



CASSANDRA CLARE

# CAZADORES DE SOMBRAS LOS ORÍGENES

2. PRÍNCIPE MECÁNICO



Consciente del singular poder de Tessa, El Magister sigue tras sus pasos, dispuesto a acabar con los Cazadores de Sombras. Tessa, junto al bello y autodestructivo Will y el dulce y devoto Jem, iniciará un viaje que les llevará a descubrir el secreto familiar que esconde la verdadera identidad de la chica.

Segundo título de la exitosa trilogía que precede la historia de Cazadores de sombras y nos desvela sus orígenes.



Cassandra Clare

# **Príncipe mecánico**

**Cazadores de sombras. Los orígenes - 2**

ePub r1.2

Edusav 02.01.14

Título original: *Clockwork Prince*  
Cassandra Clare, 2011  
Traducción: Patricia Nunes  
Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav  
Corrección de erratas: Rubirpg  
ePub base r1.0



Para Elka  
Khal epa ta kala

Deseo deciros que habéis sido el último sueño de mi alma [...] Desde que os conocí, me turba el remordimiento que no creí ya vivo, y he oído voces, que creía silenciosas, que me incitan a recobrar el ánimo. He tenido ideas vagas de volver a esforzarme, de empezar de nuevo la vida, de arrojar de mí la pereza y la sensualidad y volver a la abandonada lucha. Pero todo eso no es más que un sueño, que no conduce a nada...

CHARLES DICKENS, *Historia de dos ciudades*

# Prólogo

## LOS MUERTOS MARGINADOS

La niebla era espesa y dificultaba tanto la vista como el oído. Cuando se abría, Will Herondale alcanzaba a ver la empinada calle que tenía ante él, mojada, resbaladiza y negra por la lluvia, y podía oír las voces de los muertos.

No todos los cazadores de sombras tenían la capacidad de oír a los fantasmas, a no ser que los fantasmas así lo quisieran, pero Will era uno de los que sí podían. Mientras se acercaba al viejo campo santo, las voces se alzaron en un disorde coro; gemidos y ruegos, gritos y gruñidos. No era un lugar tranquilo, pero Will ya lo sabía; no era su primera visita al cementerio de Cross Bones, cerca del Puente de Londres. Hizo lo que pudo por amortiguar el ruido: inclinó los hombros y agachó la cabeza para que el cuello del abrigo le cubriera las orejas, mientras una fina llovizna le humedecía el negro cabello.

La entrada del cementerio estaba a mitad de la manzana, franqueada por una verja doble de hierro forjado, fijada a un alto muro de piedra. Sin embargo, cualquiera que pasara por delante no hubiera visto nada excepto un descampado lleno de matorros, parte del patio de un constructor anónimo. Will se acercó a la verja y algo que tampoco hubiera visto cualquiera se materializó entre la niebla: una gran aldaba de bronce con la forma de una mano de dedos huesudos y esqueléticos. Con una mueca, Will tomó la aldaba con una de sus enguantadas manos y la levantó; acto seguido la dejó caer una, dos, tres veces, y el eco del repique resonó en la noche.

Más allá de la verja, la fina niebla se alzaba del suelo, disipándose en el aire, al tiempo que su ósea tonalidad contrastaba con la negrura del áspero suelo. Lentamente, la niebla comenzó a fusionarse y fue adquiriendo un tenebroso resplandor azulado. Will apoyó las manos sobre las barras de la verja; el frío del metal le atravesó los guantes, le llegó hasta el tuétano y lo hizo temblar. Era más que un frío corriente. Cuando los fantasmas se alzaban, chupaban la energía de lo que los rodeaba y enfriaban el ambiente. A Will se le pusieron de punta los pelos de la nuca, mientras la niebla iba adoptando lentamente la forma de una anciana con la cabeza gacha, ataviada con un vestido ajado y un delantal blanco.

—¡Hola, Mol! —saludó Will—. Esta noche estás especialmente guapa, si no te importa que te lo diga.

El fantasma alzó la cabeza. La vieja Molly era un espíritu fuerte, uno de los más fuertes con los que él se había encontrado. Ni siquiera cuando un rayo de luz de luna se abrió paso entre las nubes se vio transparente: su cuerpo era sólido; el cabello recogido en un grueso moño gris amarillento; las manos, ásperas y enrojecidas, en jarras sobre las caderas, y sólo los ojos eran dos llamas gemelas, huecas y azules, que relucían en la profundidad de las cuencas.

—¡William Herondale! —exclamó ella—. ¿De vuelta tan pronto?

Fue hacia la puerta con ese movimiento deslizante tan peculiar de los fantasmas. Tenía los pies desnudos y sucios, a pesar de que nunca tocaban el suelo.

Will se inclinó sobre la verja.

—Ya sabes, echaba de menos tu cara bonita...

Ella sonrió, con los ojos brillantes, y él captó un vistazo de la calavera bajo la piel semitransparente.

En lo alto, las nubes se habían vuelto a cerrar y ocultaban la luna. Will se preguntó qué habría hecho la vieja Molly para que la enterraran ahí, lejos de suelo consagrado. La mayoría de las gimientes voces de los muertos eran de prostitutas, suicidas y niños nacidos muertos, los difuntos marginados a los que no podía enterrarse en un cementerio. No obstante, Molly había conseguido aprovecharse de su situación, así que quizá no le importara.

Ella se echó a reír.

—¿Y qué es lo que quieres, cazador de sombras? ¿El veneno de Malphas? Tengo el talón de un demonio Morx, finamente pulido; el veneno de la punta es totalmente invisible...

—No —respondió Will—. No es eso lo que necesito. Necesito polvo de demonio Foraii, molido muy fino.

Molly echó la cabeza hacia un lado y escupió un hilillo de fuego azul.

—¿Y para qué va a querer un joven elegante como tú una cosa como ésa?

Will suspiró por dentro; las protestas de Molly formaban parte del regateo. Magnus ya lo había enviado varias veces a tratar con Mol. Una, en busca de velas negras apestosas, que se le pegaron a la piel como alquitrán; otra, a por huesos de un niño nacido muerto, y una tercera, a por una bolsa de ojos de hada, cuya sangre le había chorreado sobre la camisa. En comparación, el polvo de demonio Foraii parecía algo agradable.

—Crees que soy tonta —continuó Molly—. Es una trampa, ¿verdad? Los nefilim me pilláis vendiendo eso y se las carga la vieja Molly, eso es.

—Ya estás muerta —replicó él, haciendo lo posible para no sonar irritado—. No sé qué crees que puede hacerte ahora la Clave.

—Bah. —Los huecos ojos llamearon—. Las prisiones de los Hermanos Silenciosos, bajo tierra, pueden retener tanto a los vivos como a los muertos; ya lo sabes, cazador de sombras.

Will alzó las manos.

—Sin trucos, anciana. Seguro que has oído los rumores que corren por el submundo. La Clave tiene otras cosas en que pensar que en atrapar a fantasmas que trafican con polvos de demonio y sangre de hada. —Se inclinó hacia delante—. Te daré un buen precio. —Sacó una bolsa cámblica del bolsillo y la agitó en el aire. Su contenido tintineó—. Todos se ajustan a tu descripción, Mol.

Una mirada ansiosa cubrió el cadavérico rostro, y Molly se solidificó lo suficiente para cogerle la bolsa. Metió una mano dentro y sacó un gran número de anillos de oro, alianzas de boda, todas con la forma de un nudo. La vieja Molly, como muchos otros fantasmas, siempre estaba buscando su talismán, aquella parte perdida de su pasado, que finalmente le permitiría morir, levar el ancla que la mantenía atrapada en el mundo. En su caso, era su anillo de boda. Magnus le había explicado a Will que se creía que el anillo se había perdido mucho tiempo atrás, enterrado bajo el cenagoso lecho del Támesis; aun así, ella aceptaba cualquier bolsa con anillos encontrados, con la esperanza de que uno resultara ser el suyo.

Volvió a meter las alhajas en la bolsa, que desapareció en algún lugar de su cuerpo sin vida, y, a cambio, le pasó a Will un saquito de polvos. Él se lo metió en el bolsillo de la chaqueta justo cuando el fantasma comenzaba a titilar y a desaparecer.

—Espera, Molly. No es por esto por lo que he venido esta noche.

El espectro destelló, mientras la avaricia luchaba con la impaciencia y el esfuerzo por mantenerse visible.

—Muy bien —gruñó finalmente—. ¿Qué más quieres?



Will vaciló. No era algo que Magnus lo hubiera enviado a buscar; era algo que quería para sí.

—Filtros de amor...

La vieja Mol se echó a reír con agudas carcajadas.

—¿Filtros de amor? ¿Para Will Herondale? No soy quién para rechazar pagos, pero un hombre con tu aspecto no necesita filtros de amor, y no me equivoco.

—No —replicó él, con algo de desesperación en la voz—. Lo cierto es que estaba buscando lo contrario, algo que hiciera dejar de estar enamorado.

—¿Un filtro de odio? —Molly parecía divertirse.

—Esperaba algo más similar a la indiferencia. ¿Tolerancia?

Ella soltó un resoplido burlón, sorprendentemente humano para un fantasma.

—No es que me guste decirte esto, nefilim, pero si quieres que una chica te odie, hay maneras más fáciles de conseguirlo. No necesitas mi ayuda con la pobrecilla.

Y entonces se desvaneció, mezclada con la niebla que se alzaba de entre las tumbas. Will suspiró al verla desaparecer.

—No es para ella —dijo en voz baja, aunque no había nadie para oírlo—, sino para mí... —Y apoyó la cabeza sobre la fría verja de hierro.

# 1

## LA CÁMARA DEL CONSEJO

Por encima, el elegante techo de señorial factura  
por múltiples altos arcos soportado,  
y ángeles en ascenso y descenso se encuentran,  
con intercambio de regalos...

LORD ALFRED TENNYSON, *El Palacio de Arte*

—Oh, sí. Es exactamente como me la imaginaba —exclamó Tessa, y se volvió para sonreír al chico que tenía a su lado.

Él la acababa de ayudar a saltar un charco, y aún apoyaba la mano educadamente en el brazo de la muchacha, justo sobre el codo.

James Carstairs le devolvió la sonrisa; estaba muy elegante ataviado con un traje negro, con el claro cabello plateado echado hacia atrás por el viento. Su otra mano reposaba sobre el pomo de jade de un bastón. Si a alguien entre la ajetreada multitud que los rodeaba le resultó extraño que un individuo tan joven necesitara un bastón, o si alguno de los asistentes encontró curiosa su coloración o chocantes sus rasgos, no se paró a contemplarlo.

—Lo consideraré un logro —dijo Jem—. Estaba comenzando a preocuparme que todo lo que vieras en Londres fuera a resultar una decepción.

«Una decepción». El hermano de Tessa, Nate, una vez se lo había prometido todo de Londres: un nuevo comienzo, un lugar maravilloso donde vivir, una ciudad de altos edificios y parques encantadores. Pero Tessa sólo había encontrado horror y traición, y un peligro mayor de lo que nunca hubiera llegado a imaginarse. Y aun así...

—No todo me ha decepcionado —repuso, y sonrió a Jem.

—Me alegro de oírlo. —Su tono era serio.

Ella apartó la vista de él para mirar el imponente templo que se alzaba ante ellos. La Abadía de Westminster, con sus magníficas agujas góticas que casi tocaban el cielo. El sol había hecho todo lo posible por abrirse paso entre las nubes bordeadas de niebla, y la iglesia estaba bañada por un haz de luz pálida.

—¿Es aquí donde está realmente? —preguntó Tessa a Jem mientras éste la llevaba hacia la entrada—. Parece tan...

—¿Mundana?

—Iba a decir abarrotada.

Ese día, la abadía estaba abierta a los turistas, y algunos de ellos cruzaban muy diligentes las enormes puertas, entrando o saliendo, la mayoría con una guía Baedeker en las manos. Un grupo de turistas americanos, mujeres de mediana edad con ropa pasada de moda, murmurando en acentos que, por un instante, hicieron que Tessa añorara su país, los adelantaron en la escalera, apresurándose detrás de un profesor que les ofrecía una visita guiada del monumental edificio. Jem y Tessa se mezclaron sin problemas con el final del grupo.

Dentro de la abadía olía a piedra fría y a metal. Tessa miró arriba, a un lado y al otro, maravillándose del tamaño. Hacía que el Instituto pareciera una iglesia de pueblo.

—Fíjense en la triple división de la nave —recitaba el guía, y pasó a explicar que había capillas más pequeñas alineadas en los pasillos este y oeste de la abadía. Reinaba un silencio absoluto, aunque no estaba realizándose ningún servicio. Mientras Tessa dejaba que Jem la condujera hacia el lado este del templo, se dio cuenta de que estaba pisando grandes losas con nombres y fechas tallados. Ya sabía que tanto reyes como reinas, soldados y poetas famosos se hallaban enterrados en la Abadía de Westminster, pero no había esperado caminar sobre ellos.

Jem y ella redujeron finalmente la marcha al alcanzar la esquina sudeste de la iglesia. Una luz acuosa se filtraba por el rosetón en lo alto.

—Tenemos que darnos prisa para llegar a la reunión del Consejo —indicó Jem—, pero quería que vieras esto. —Hizo un gesto abarcando la esquina—. El Rincón de los Poetas.

Tessa, por supuesto, había leído sobre ese lugar, donde había enterrados grandes escritores de Inglaterra. Allí se hallaba la gran lápida de Chaucer, con su baldaquino, junto a otros nombres conocidos.

—Edmund Spencer, oh, y Samuel Johnson —murmuró ella, maravillada—, y Coleridge, y Robert Burns, y ¡Shakespeare!...

—Realmente no está enterrado aquí —se apresuró a decir el chico—. Sólo es un monumento. Como el de Milton.

—Oh, ya lo sé, pero... —Lo miró y notó que se turbaba—. No sé cómo explicarlo. Encontrarme entre estos nombres es como estar entre amigos. Ya sé que es tonto...

—No es tonto en absoluto.

Tessa le sonrió.

—¿Cómo sabías justo lo que quería ver?

—¿Cómo no iba a saberlo? —replicó él—. Cuando pienso en ti y no estás delante, siempre te imagino con un libro en las manos. —Jem apartó la mirada mientras lo confesaba, pero no antes de que ella le viera un ligero rubor en las mejillas.

Era tan pálido que no podía disimular ni el menor sonrojo, pensó Tessa, y se sorprendió de lo tierna que resultaba esa idea.

Le había cogido mucho cariño a Jem durante las dos semanas pasadas; Will había estado evitándola escrupulosamente, Charlotte y Henry estaban liados con asuntos de la Clave y el Consejo, y dirigiendo el Instituto, y hasta Jessamine parecía preocupada. Pero Jem siempre estaba disponible. Parecía tomarse muy en serio su papel de guía en Londres. Habían estado en el Hyde Park y en los Kew Gardens, en la Galería Nacional y el Museo Británico, en la Torre de Londres y la Puerta de los Traidores. Habían ido a ver cómo ordeñaban las vacas en St. James Park, y a los vendedores de fruta y verdura voceando en sus puestos de Covent Garden. Habían visto los botes navegando por el Támesis desde Embankment, y había comido algo llamado «*door-stops*», cuyo nombre no prometía mucho, pero que resultó ser pan con mantequilla y azúcar. Y mientras pasaban los días, Tessa se encontró desligándose lentamente de su callada y arrinconada infelicidad a causa de Nate, de Will y de la pérdida de su antigua vida, y renaciendo como una flor que se abriera paso en el suelo helado. Incluso se había sorprendido riendo. Y tenía que agradecerse a Jem.

—Eres un buen amigo —manifestó ella, y cuando, para su sorpresa, él no contestó nada, añadió—: Al menos, creo que somos buenos amigos. Tú también lo crees, ¿verdad, Jem?

Éste se volvió hacia ella, pero antes de que pudiera decir nada, una voz sepulcral habló desde las sombras:

¡Mortalidad, contempla y teme!  
Qué cambio de la carne hay aquí:  
Piensa en cuántos reales huesos  
Duermen en estas pilas de piedras.

Una sombra oscura salió de entre dos monumentos.

—Will —dijo Jem en un tono resignado, mientras Tessa parpadeaba sorprendida—. ¿Has decidido honrarnos con tu presencia?

—Nunca dije que no fuera a venir.

Will se acercó a ellos, y la luz de la roseta cayó sobre él, iluminándole el rostro. Incluso en ese momento, Tessa no pudo mirarlo sin que se le hiciera un nudo en el estómago, un doloroso tartamudeo del corazón. Cabello negro, ojos azules, elegantes pómulos, gruesas pestañas, boca carnosa; sería muy mono si no fuera tan alto y musculoso. Tessa había pasado las manos por esos brazos. Sabía cómo era su tacto: de hierro, con duros músculos trenzados; las manos, cuando le había cogido la cabeza por la nuca, resultaron delgadas y flexibles, pero ásperas a causa de las callosidades...

Tessa apartó esos recuerdos de la mente. No hacían ningún bien, no cuando se sabía la verdad del presente. Will era hermoso, pero no era suyo; no era de nadie. Tenía algo roto en su interior, y por esa grieta se derramaba una crueldad ciega, una necesidad de herir y de distanciarse.

—Llegarás tarde a la reunión del Consejo —señaló Jem, afable. Era el único al que la malicia desvergonzada de Will no parecía afectarle nunca.

—He ido a un recado —replicó Will.

De cerca, Tessa vio que parecía cansado. Tenía los ojos enrojecidos y las ojeras casi púrpura. Llevaba la ropa arrugada, como si hubiera dormido vestido, y necesitaba un corte de pelo.

«Pero eso no tiene nada que ver conmigo —se dijo Tessa con severidad mientras apartaba la mirada de los suaves rizos que se le formaban a Will sobre las orejas y la nuca—. No importa lo que piense de su aspecto o de cómo decide pasar el tiempo. Ya me lo ha dejado muy claro».

—Pues vosotros tampoco vais a ser muy puntuales —añadió Will.

—Quería enseñarle a Tessa el Rincón de los Poetas —explicó Jem—. He pensado que le gustaría.

Hablaba con tanta sencillez y claridad que nadie dudaría de él o imaginaría que decía más que la verdad. En vista de su simple deseo de complacer, ni siquiera a Will parecía ocurrírsele algo desagradable que decir; sólo se encogió de hombros, y caminó por delante de ellos a paso rápido, cruzando la abadía hacia el claustro este.

La gente caminaba alrededor del claustro, que cercaba un jardín, murmurando en voz baja, como si aún estuvieran en la iglesia. Nadie se fijó en Tessa y en sus compañeros mientras éstos se acercaban a una puerta de doble hoja situada en uno de los muros. Will, después de echar una mirada alrededor, sacó su estela del bolsillo y apuntó a la madera. La puerta lanzó un destello azul un instante y se abrió. Will entró, y Jem y Tessa lo siguieron de cerca. La puerta era pesada, y se cerró con un resonante golpe detrás de Tessa, casi pillándole la falda; ella la apartó justo a tiempo, y dio un rápido paso, volviéndose en lo que era casi una oscuridad total.

—¿Jem?

Una luz se encendió; era Will, que sujetaba su piedra mágica. Se hallaban en una gran sala de muros de piedra y techo arqueado. El suelo parecía ser de ladrillo, y había un altar en uno de los extremos.

—Estamos en la Cámara Pyx —señaló éste—. Solía ser una tesorería. Cajas de oro y plata alineadas en las paredes.

—¿Una tesorería de los cazadores de sombras? —preguntó Tessa, totalmente perpleja.

—No, la tesorería real británica; de ahí los gruesos muros y las puertas —explicó Jem—. Pero los cazadores de sombras siempre han tenido acceso. —Sonrió al ver la expresión de la chica—. Durante siglos, las monarquías han pagado impuestos a los nefilim, en secreto, para mantener sus reinos a salvo de los demonios.

—No en Estados Unidos —replicó ella, airada—. Nosotros no tenemos monarquía...

—Tenéis un departamento del gobierno que trata con los nefilim, no te preocupes —repuso Will, y fue hacia el altar—. Antes era el Departamento de la Guerra, pero ahora es una rama del Departamento de Justicia...

Calló en seco, porque el altar comenzó a desplazarse hacia un lado con un gemido, lo que dejó al descubierto un agujero negro y vacío. Entre las sombras, Tessa pudo ver leves destellos de luz. Will se agachó para meterse dentro, con su luz mágica iluminando la oscuridad.

Cuando Tessa lo siguió, se encontró en un largo corredor de piedra que descendía. La piedra de las paredes, el techo y el suelo era la misma, por lo que daba la impresión de que el pasadizo se había excavado directamente en la roca, aunque al tacto era liso y no rugoso. A cada pocos pasos había luces mágicas que ardían en antorchas colocadas en unos soportes con forma de mano humana que salían de la pared.

A sus espaldas, el altar volvió a su posición, cubriendo el agujero, y ellos comenzaron a avanzar. El pasadizo fue descendiendo con una inclinación cada vez más pronunciada. Las antorchas ardían con un resplandor azul verdoso e iluminaban los grabados en la roca, que repetían una y otra vez el mismo motivo: un ángel alzándose en llamas desde un lago, con una espada en una mano y una copa en la otra.

Al final se encontraron ante una gran puerta de plata de doble hoja. Cada una de ellas tenía grabado un dibujo que Tessa ya había visto antes: cuatro ces entrelazadas. Jem las señaló.

—Son por Clave, Consejo, Cónsul y Convenio, aunque también lo llamamos Alianza —le explicó antes de que Tessa pudiera preguntar.

—El Cónsul. ¿Es... es el jefe de la Clave? ¿Como si fuera una especie de rey?

—No tan endogámico como un monarca corriente —contestó Will—. Se le elige, como al presidente o al primer ministro.

—¿Y el Consejo?

—Pronto los verás —repuso él, y abrió la puerta.

Tessa se quedó con la boca abierta; la cerró en seguida, pero no antes de percatarse de la mirada divertida de Jem, que estaba a su derecha. La sala que se abría ante ella era una de las más grandes que jamás había visto; un enorme espacio abovedado, con el techo cubierto por un dibujo de estrellas y constelaciones. Una gran lámpara con la forma de un ángel sujetando antorchas ardientes, colgaba del punto más alto de la bóveda. El resto de la sala tenía forma de anfiteatro, con largas gradas curvadas. Will, Jem y Tessa se hallaban en lo alto de una escalera que dividía el centro de la zona de asiento, que estaba llena de gente en sus dos terceras partes. Al final de los escalones había una tarima, y en ella se veían varias sillas de madera de alto respaldo con aspecto de ser muy incómodas.

En una de ellas estaba sentada Charlotte; a su lado se hallaba Henry, nervioso y mirando con ojos

muy abiertos. Charlotte tenía las manos sobre el regazo y parecía tranquila; sólo alguien que la conociera bien notaría la tensión en sus hombros y en el gesto de la boca.

Ante ellos, en una especie de atril de orador, aunque era más ancho y más largo de lo normal, se hallaba un hombre alto, de largo cabello rubio y espesa barba; sobre sus anchos hombros llevaba una larga toga negra que le cubría el traje, como la de un juez; en las mangas destellaban runas entretejidas. A su lado, en una silla baja, se sentaba un hombre de más edad, con el cabello cubierto de canas y el rostro afeitado y surcado por arrugas severas. Su túnica era azul oscuro, y le brillaban gemas en los dedos al moverlos. Tessa lo reconoció: el inquisidor Whitelaw, de voz y ojos glaciales, que interrogaba a los testigos en nombre de la Clave.

—Señor Herondale —saludó el hombre rubio mirando a Will, y en su boca se dibujó una sonrisa—. Qué amable ha sido al unirse a nosotros. Y el señor Carstairs también. Y su compañera debe de ser...

—La señorita Gray —dijo Tessa antes de que el hombre pudiera acabar—. La señorita Theresa Gray, de Nueva York.

Un leve murmullo recorrió la sala, como el sonido de una ola al retroceder. Tessa noto que Will se tensaba a su lado, y Jem inspiró como si fuera a decir algo. «Interrumpiendo al Cónsul», creyó oír Tessa que alguien decía. Así que ése era el cónsul Wayland, el oficial en jefe de la Clave. La chica recorrió la sala con la mirada y reconoció unos cuantos rostros: Benedict Lightwood, con sus rasgos agudos y aguileños, y su tensa postura, y su hijo, Gabriel Lightwood, con el cabello alborotado como siempre y los ojos clavados al frente. Lilian Highsmith, la de los ojos oscuros. El simpático George Penhallow, e incluso la formidable tía de Charlotte, Callida, con el cabello recogido en un moño alto de espesos rizos grises. Había muchos otros rostros, rostros que Tessa no reconoció. Era como mirar un libro ilustrado donde hubieran querido representar a las diversas gentes del mundo. Había cazadores de sombras rubios y con aspecto vikingo; un hombre de piel oscura que parecía un califa salido de una versión ilustrada de *Las mil y una noches*, y una mujer india vestida con un bonito sari orillado con runas plateadas. Ésta se hallaba sentada junto a otra mujer, que había vuelto la cabeza para mirarlos. Llevaba un elegante vestido de seda, y su rostro era como el de Jem: los mismos hermosos rasgos, las mismas formas en los ojos y los pómulos, aunque su cabello y sus ojos eran oscuros, no plateados como los de él.

—Bienvenida, entonces, señorita Theresa Gray de Nueva York —dijo el Cónsul, que parecía divertido—. Le agradezco que se haya unido a nosotros hoy. Según tengo entendido, ya ha respondido a bastantes preguntas del Enclave de Londres. Confiaba en que estuviera dispuesta a responder unas cuantas más.

A través de la distancia que las separaba, Tessa miró a Charlotte a los ojos.

«¿Debo hacerlo?».

Ésta hizo un casi imperceptible asentimiento.

«Por favor».

Tessa se cuadró de hombros.

—Si eso es lo que usted desea, no hay problema.

—Entonces, aproxímese al banco del Consejo —ordenó el Cónsul, y Tessa supuso que debía de referirse al largo banco de madera que se hallaba ante el atril—. Y sus amigos pueden acompañarla —añadió.

Will masculló algo para sí, pero tan bajo que Tessa no llegó a entenderlo; flanqueada por éste a la

izquierda y por Jem a la derecha, Tessa bajó los escalones y fue hasta el asiento. Se quedó tras él, vacilando. Al estar tan cerca del Cónsul, pudo ver que éste tenía unos amables ojos azules, a diferencia de los del Inquisidor, que eran de un gris triste y tormentoso, como un mar bajo la lluvia.

—Inquisidor Whitelaw —habló el Cónsul—, la Espada Mortal, por favor.

El aludido se puso en pie, y de su túnica sacó una enorme espada. Tessa la reconoció al instante: era la espada del *Códice*, la que el ángel Raziel llevaba al alzarse del lago, y la que le había dado a Jonathan Cazador de Sombras, el primero de ellos.

—*Maellartach* —murmuró Tessa, dándole su nombre a la espada.

Al cogerla, volvió a dar la sensación de que el Cónsul se divertía.

—Parece que has estado estudiando —advirtió—. ¿Cuál de vosotros le ha estado enseñando? ¿William? ¿James?

—Tessa aprende por sí sola, señor —contestó Will, en un tono ligero y alegre, muy contrario a la atmósfera seria que reinaba en la sala—. Es muy inquisitiva.

—Una razón más por la que no debería estar aquí. —Tessa no tuvo que mirar, reconoció la voz: Benedict Lightwood—. Éste es el Gran Consejo. No traemos subterráneos a este lugar —añadió con voz tensa—. La Espada Mortal no puede usarse para hacerle decir la verdad; no es una cazadora de sombras. Entonces, ¿para qué está la Espada, o ella, aquí?

—Paciencia, Benedict. —El cónsul Wayland sujetó la Espada sin esfuerzo, como si no pesara nada. Su mirada sobre Tessa se hizo más dura. Ésta sintió como si le estuviera escrutando el rostro, leyendo el miedo en sus ojos—. No vamos a hacerte daño, pequeña bruja —dijo—. Los Acuerdos lo prohíben.

—No debería llamarme bruja —repuso Tessa—. No porto ninguna marca de bruja. —Le resultaba extraño tener que repetir eso, pero cuando la habían interrogado antes, siempre habían sido miembros de la Clave, no el propio Cónsul. Éste era un hombre alto y de anchos hombros, que exudaba poder y autoridad. Justo el tipo de poder y autoridad que tan mal le sentaba a Benedict Lightwood que Charlotte también poseyera.

—Entonces ¿qué eres? —preguntó Wayland.

—No lo sabe —contestó el Inquisidor en tono seco—. Ni tampoco lo saben los Hermanos Silenciosos.

—Se le permitirá sentarse —determinó el Cónsul—. Y dar testimonio, aunque éste sólo contará como la mitad del de un cazador de sombras. —Se volvió hacia los Branwell—. Mientras tanto, Henry, por el momento se te excusa de ser interrogado. Charlotte, quédate, por favor.

Tessa se tragó su resentimiento y fue a sentarse en la primera línea de asientos, donde se le unió un Henry con aspecto cansado y el cabello pelirrojo de punta. Jessamine estaba allí, con un vestido de alpaca marrón claro, con apariencia aburrida y molesta. Tessa se sentó junto a ella, con Will y Jem al otro lado. Éste estaba justo a su lado, y como los asientos eran estrechos, Tessa notaba la calidez del hombro de él contra el suyo.

Al principio, el Consejo discurrió como muchas otras reuniones del Enclave. Pidieron a Charlotte que contara lo que recordaba de la noche en la que el Enclave había atacado la base del vampiro De Quincy, matándolo a él y a aquellos de sus seguidores que se hallaban presentes, mientras el hermano de Tessa, Nate, traicionaba la confianza que habían depositado en él y permitía al Magíster, Alex Mortmain, entrar en el Instituto, donde había asesinado a dos de los sirvientes y a punto había estado de raptar a Tessa. Cuando llamaron a la chica, dijo lo mismo que ya había dicho: que no sabía dónde se

hallaba Nate, que no había sospechado de él, que no había sabido nada de sus poderes hasta que las Hermanas Oscuras se los habían mostrado y que siempre había creído que sus padres eran humanos.

—Richard y Elizabeth Gray han sido minuciosamente investigados —señaló el Inquisidor—. No hay ninguna prueba que sugiera que ninguno de ellos fuera otra cosa que humano. El joven, el hermano, también es humano. Bien podría ser, como sugirió Mortmain, que el padre de la chica fuera un demonio, pero, en tal caso, queda la cuestión de la inexistencia de la marca de bruja.

—Es muy curioso todo lo referente a ti, incluso ese poder que posees —admitió el Cónsul, mirando a Tessa con unos ojos de un azul firme y claro—. ¿No tienes idea de cuáles son sus límites, su estructura? ¿Te han hecho probar con algo perteneciente a Mortmain, para ver si podías acceder a sus recuerdos o pensamientos?

—Sí, lo he... intentado. Con un botón que se le cayó. Debería haber funcionado.

—¿Pero?

Tessa negó con la cabeza.

—No pude hacerlo. No había ninguna chispa en él, ninguna... vida. Nada con lo que yo pudiera conectar.

El Cónsul le indicó que volviera a sentarse. Ella vio el rostro de Benedict Lightwood al hacerlo; los labios estaban apretados en una fina y furiosa línea. Se preguntó qué podía haber dicho que lo enfureciera así.

—Y nadie le ha visto un pelo a ese Mortmain desde su... altercado con la señorita Gray en el Santuario —continuó el Cónsul mientras Tessa tomaba asiento.

El Inquisidor hojeó unos papeles que estaban apilados sobre el atril.

—Se han registrado sus casas y se han encontrado totalmente vacías de cualquier pertenencia. Sus almacenes se registraron con el mismo resultado. Incluso nuestros amigos de Scotland Yard lo han investigado. Ese hombre ha desaparecido. Literalmente, como dice nuestro amigo William Herondale.

Will sonrió de oreja a oreja, como si le hubieran hecho un cumplido, aunque Tessa veía la malicia bajo esa sonrisa, como una luz que se reflejara en el filo de una cuchilla.

—Mi sugerencia —expuso el Cónsul— es que Charlotte y Henry Branwell sean censurados, y que durante los tres meses próximos las acciones oficiales que realicen para la Clave deban pasar por mí para obtener mi aprobación...

—Mi señor Cónsul... —Una voz firme y clara se alzó entre la multitud. Las cabezas se volvieron, mirando; Tessa tuvo la sensación de que eso, que alguien interrumpiera al Cónsul, no pasaba con mucha frecuencia—. Si se me permite hablar...

El Cónsul frunció el ceño.

—Benedict Lightwood —repuso—. Ya has tenido oportunidad de hablar, durante los testimonios.

—No tengo ninguna objeción a los testimonios que se han ofrecido —contestó éste. Su perfil aguileño resultaba aún más agudo bajo la luz mágica—. Es su sentencia la que cuestiono.

El Cónsul se inclinó sobre el atril. Era un hombre robusto, de grueso cuello y amplio pecho, y sus grandes manos parecían capaces, por separado, de rodear el cuello de Benedict con facilidad. Tessa deseó que lo hiciera. Por lo que había visto del joven, no le caía nada bien.

—¿Y por qué razón, Benedict?

—Creo que ha dejado que su larga amistad con la familia Fairchild le ciegue ante los fallos de Charlotte como directora del Instituto —respondió Benedict, y se oyó cómo la sala cogía aire—. Los errores cometidos la noche del 5 de julio han hecho algo más que avergonzar a la Clave y hacernos



perder la Pyxis. Ha dañado severamente nuestra relación con los subterráneos, al atacar a De Quincey sin razón.

—Ya se han recibido varias quejas en Compensaciones —masculló el Cónsul—, pero se responderán de acuerdo con la Ley. Compensaciones no es realmente tu problema, Benedict...

—Y —continuó éste, elevando el tono—, lo peor de todo: ha dejado escapar a un peligroso criminal con planes para desacreditar y destruir a los cazadores de sombras, y no tenemos ni idea de dónde puede hallarse ahora. Ni tampoco se carga la responsabilidad de encontrarlo en los hombros sobre los que debería recaer, ¡en los de aquellos que lo perdieron!

Alzó la voz. En realidad, en toda la sala se alzó un clamor; Charlotte parecía consternada; Henry, confuso, y Will, furioso. El Cónsul, al que se le habían oscurecido los ojos de una forma alarmante cuando Benedict había mencionado a los Fairchild (quienes Tessa supuso que debían de ser la familia de Charlotte), permaneció en silencio hasta que el vocerío se extinguió.

—Tu hostilidad hacia el líder de tu Enclave no habla muy bien de ti, Benedict.

—Mis disculpas, Cónsul. No creo que mantener a Charlotte Branwell como directora del Instituto (porque todos sabemos que la participación de Henry Branwell es, como mucho, nominal) sea lo mejor para la Clave. Creo que una mujer no puede dirigir el Instituto; las mujeres no piensan con lógica y discreción, sino con las emociones del corazón. No dudo de que Charlotte sea una mujer buena y decente, pero a un hombre no lo habría engañado un espía tonto como Nathaniel Gray...

—A mí me engañó —replicó Will mientras se ponía en pie de un salto y miraba alrededor con ojos ardientes—. Nos engañó a todos. ¿Qué insinuaciones está haciendo usted sobre Jem, Henry y yo mismo, señor Lightwood?

—Jem y tú sois unos niños —soltó Benedict, cortante—. Y Henry nunca levanta la vista de su mesa de trabajo.

Will comenzó a pasar por detrás del respaldo de su silla; Jem tiró de él hasta que lo hizo sentar a la fuerza, mascullando algo. Jessamine aplaudió, con los ojos brillantes.

—¡Por fin, esto es excitante! —exclamó.

Tessa la miró con desagrado.

—¿Has estado escuchando? ¡Está insultando a Charlotte! —susurró, pero Jessamine no le hizo ningún caso.

—¿Y a quién sugerirías tú para que dirija el Instituto? —preguntó el Cónsul con una voz cargada de sarcasmo—. ¿Tal vez a ti mismo?

Benedict abrió las manos en un gesto de humildad.

—Si usted lo dice, Cónsul...

Antes de que acabara la frase, tres personas se habían alzado; Tessa reconoció a dos como miembros del Enclave de Londres, aunque no sabía su nombre; la tercera era Lilian Highsmith.

Benedict sonrió. Todo el mundo lo miraba; junto a él estaba sentado su hijo pequeño, Gabriel, que miraba a su padre con unos ojos verdes inescrutables. Sus delgados dedos se aferraron al respaldo de la silla que tenía delante.

—Tres que apoyan mi punto de vista —dijo Benedict—. Eso es lo que legalmente exige la Ley para desafiar formalmente a Charlotte Branwell por la posición de líder del Enclave de Londres.

Charlotte ahogó un grito, pero siguió inmóvil en su silla, negándose a volverse. Jem aún agarraba a Will por la cintura. Y Jessamine seguía mirando como si estuviera contemplando una obra de teatro.

—No —replicó el Cónsul.

—No puede impedirme que desafíe...

—Benedict, te opusiste a mi nombramiento de Charlotte en cuanto lo hice. Siempre has querido dirigir el Instituto. Ahora, cuando el Enclave necesita más que nunca trabajar unido, traes la división y la disputa al Consejo.

—El cambio no siempre se logra de forma tranquila, pero eso no lo hace innecesario. Mi desafío permanece. —Benedict se agarraba las manos con fuerza.

El Cónsul tamborileó sobre el atril. A su lado, el Inquisidor se puso en pie, con ojos como témpanos.

—Has sugerido, Benedict —habló finalmente el Cónsul—, que la responsabilidad de encontrar a Mortmain debe recaer sobre los hombros de «aquellos que lo perdieron». Creo que estarás de acuerdo con que nuestra máxima prioridad es encontrar a Mortmain, ¿me equivoco?

Benedict asintió secamente.

—Entonces, mi propuesta es ésta: dejemos que Charlotte y Henry Branwell se encarguen de investigar el paradero de Mortmain. Si en dos semanas no lo han localizado, ni presentan al menos alguna prueba sólida sobre su paradero, entonces el desafío seguirá su curso.

Charlotte se abalanzó de golpe hasta el extremo de su asiento.

—¿Localizar a Mortmain?! —bramó—. ¿Henry y yo solos?, ¿sin ayuda del resto del Enclave?

Cuando el Cónsul le clavó los ojos, su mirada no carecía de amabilidad, pero tampoco la perdonaba del todo.

—Puedes recurrir a otros miembros de la Clave si tienes alguna necesidad específica y, naturalmente, los Hermanos Silenciosos y las Hermanas de Hierro están a tu disposición —contestó el Cónsul—. Pero en cuanto a la investigación, sí, eso lo tenéis que hacer vosotros mismos.

—No me gusta —protestó Lilian Highsmith—. Estáis convirtiendo la búsqueda de un loco en un juego de poder...

—Entonces ¿deseas retirar tu apoyo a Benedict? —preguntó el Cónsul—. Su desafío acabaría y no habría ninguna necesidad de que los Branwell tuvieran que demostrar su valía.

Lilian abrió la boca, y entonces, después de que Benedict le echara una mirada, la cerró. Negó con la cabeza.

—Acabamos de perder a nuestros sirvientes —dijo Charlotte con voz tensa—. Sin ellos...

—Se os proveerá de nuevos sirvientes, como es lo acostumbrado —repuso el Cónsul—. Cyril, el hermano de vuestro difunto sirviente, Thomas, está viniendo de Bristol para unirse a vuestra casa, y el Instituto de Dublín ha prescindido de su segunda cocinera. Ambos son luchadores bien entrenados; a lo que debería añadir, Charlotte, que los vuestros también deberían haberlo sido.

—Tanto Thomas como Agatha estaban entrenados —protestó Henry.

—Pero hay varios en vuestra casa que no —intervino Benedict—. No sólo la señorita Lovelace está muy retrasada en su entrenamiento, sino que también la doncella, Sophie, y esa subterránea de allí... —Señaló a Tessa—. Bueno, ya que pareces decidida a hacer una nueva incorporación a tu casa, no sería mala idea si ella y la doncella recibieran unos conocimientos básicos de defensa.

Tessa miró a Jem, sorprendida.

—¿Se refiere a mí?

Jem asintió. Su expresión era sombría.

—No puedo; ¡me cortaría mi propio pie! —exclamó Tessa.

—Si tienes que cortarle el pie a alguien, corta el de Benedict —murmuró Will.

—No te pasará nada, Tessa. No es nada que no puedas hacer —comenzó Jem, pero el resto de sus palabras se perdieron bajo el vozarrón de Benedict.

—De hecho —decía éste—, como vosotros dos estaréis muy ocupados investigando el paradero de Mortmain, sugiero prestaros a mis hijos, Gabriel y Gideon, que regresa hoy de España, para que se encarguen del entrenamiento. Ambos son luchadores excelentes y les iría bien cierta experiencia como entrenadores.

—¡Padre! —protestó Gabriel. Parecía horrorizado; era evidente que Benedict no había hablado antes con él de ello.

—Podemos entrenar a nuestros propios sirvientes —replicó Charlotte, pero el Cónsul negó con la cabeza.

—Benedict Lightwood te ofrece un generoso regalo. Acéptalo.

Charlotte tenía el rostro enrojecido. Después de un largo momento inclinó la cabeza, aceptando las palabras del Cónsul. Tessa sintió que se mareaba. ¿La iban a entrenar? Claro que una de sus heroínas favoritas siempre había sido Capitola, de la novela *The Hidden Hand*, que podía luchar igual que un hombre y se vestía como si lo fuera. Pero eso no significaba que quisiera ser ella.

—Muy bien —continuó el Cónsul—. Esta sesión del Consejo se da por terminada; nos volveremos a reunir, en el mismo lugar, en dos semanas. Podéis marcharos.

Naturalmente, no todos se fueron inmediatamente. Hubo un súbito clamor de voces cuando la gente comenzó a levantarse de los asientos y a charlar excitadamente entre sí. Charlotte permaneció sentada muy quieta; Henry, a su lado, con aspecto de estar buscando desesperadamente algo consolador que decirle, sin que se le ocurriera nada. Tenía la mano apoyada insegura sobre el hombro de su esposa. Will le lanzaba una mirada furiosa a Gabriel Lightwood, que miraba fríamente en su dirección.

Lentamente, Charlotte se puso en pie. Henry ya le había puesto la mano en la espalda y le murmuraba algo. Jessamine estaba de pie, y hacía girar su nueva sombrilla blanca de encaje. Henry habría reemplazado la que resultó destruida en la batalla contra los autómatas de Mortmain. Jessamine llevaba el cabello recogido en tirantes racimos, como de uvas, sobre las orejas. Tessa se levantó en seguida, y todo el grupo se dirigió hacia el pasillo central de la sala del Consejo. Tessa captó susurros por ambos lados, retazos de las mismas palabras, una y otra vez: «Charlotte», «Benedict», «nunca encontrarán al Magíster», «dos semanas», «desafío», «cónsul», «Mortmain», «Enclave», «humillante»...

Charlotte caminaba con la espalda erguida, las mejillas rojas y mirando al frente, como si no oyera los murmullos. Will parecía a punto de lanzarse contra los susurradores para administrar justicia a palos, pero Jem lo tenía firmemente agarrado a su *parabatai* por la chaqueta. Ser Jem, pensó Tessa, debía de ser muy parecido a ser el amo de un perro de raza al que le gustase morder a los invitados. Había que tener una mano constantemente en su collar. Jessamine volvía a parecer aburrida. No estaba demasiado interesada en lo que el Enclave pensara de ella, o de ninguno de ellos.

Cuando llegaron a las puertas de la sala del Consejo, casi estaban corriendo. Charlotte se detuvo un instante para que el resto del grupo la alcanzara. La mayoría de los presentes salían por la izquierda, por donde habían llegado Tessa, Jem y Will, pero Charlotte fue hacia la derecha, dio varios pasos por el pasillo, torció una esquina y se detuvo de golpe.

—¿Charlotte? —Henry, que llegaba a su altura, parecía preocupado—. Querida...

Sin previo aviso, Charlotte echó el pie hacia atrás y dio una patada al muro, con toda su fuerza. Como éste era de piedra, el puntapié le causó algo de daño; aun así, soltó un bajo gruñido.

—Oh, vaya —exclamó Jessamine, mientras hacía girar la sombrilla.

—Si se me permite una sugerencia —intervino Will—. A unos veinte pasos atrás, en la sala del Consejo, se halla Benedict. Si quieres ir y probar a pegarle una patada a él, te recomendaría apuntar hacia arriba y un poco hacia la izquierda...

—Charlotte. —La voz grave y profunda era muy reconocible.

Ésta se dio la vuelta, sorprendida.

Era el Cónsul. Las runas bordadas en hilo de plata en las mangas y el bajo de su capa destellaban mientras él se acercaba al pequeño grupo del Instituto, con la mirada fija en la mujer. Con una mano apoyada en el muro, ésta no se movió.

—Charlotte —repitió el cónsul Wayland—, ya sabes lo que siempre decía tu padre sobre perder los estribos.

—Decía eso, y también decía que debería haber tenido un hijo —replicó ella con amargura—. De haber sido así, si yo fuera un hombre, ¿me habrías tratado como acabas de hacerlo?

Henry le puso una mano en el hombro a su esposa, murmurando algo, pero ella se apartó. Sus grandes ojos, castaños y heridos, estaban clavados en el Cónsul.

—¿Y cómo te he tratado? —preguntó éste.

—Como a una niña pequeña que necesita una regañina.

—Charlotte, yo soy quien te nombró directora del Instituto y del Enclave —repuso el Cónsul en un tono exasperado—. Lo hice no sólo porque apreciara a Granville Fairchild y supiera que él quería que su hija lo sucediera, sino porque creía que harías un buen trabajo.

—También nombraste a Henry —repuso ella—. E incluso nos dijiste al hacerlo que era porque el Enclave aceptaría a un matrimonio como sus líderes, pero no a una mujer sola.

—Bien, felicidades, Charlotte. Me parece que ningún miembro del Enclave de Londres tiene la sensación de que Henry los dirige en absoluto.

—Eso es cierto —admitió Henry, mirando al suelo—. Todos saben que soy bastante inútil. Todo lo que ha sucedido ha sido culpa mía, Cónsul...

—No es verdad —replicó el cónsul Wayland—. Ha sido una combinación de una complacencia generalizada por parte de la Clave, mala suerte y mal momento, y algunas decisiones no muy acertadas por tu parte, Charlotte. Sí, te considero responsable de ellas...

—¿Así que estás de acuerdo con Benedict! —exclamó Charlotte.

—Benedict Lightwood es un sinvergüenza y un hipócrita —reconoció el Cónsul, molesto—. Todo el mundo lo sabe. Pero, políticamente, tiene mucho poder, y es mejor calmarlo con este montaje que contrariarlo más no haciéndole ningún caso.

—¿Un montaje? ¿Así lo llamas? —preguntó Charlotte con amargura—. Me has impuesto una tarea imposible.

—Te he impuesto la tarea de localizar al Magíster —repuso el cónsul Wayland—. El hombre que entró en el Instituto, mató a tus sirvientes, se llevó tu Pyxis y planea construir un ejército de monstruos mecánicos para destruirnos a todos nosotros; en resumen, un hombre al que hay que detener. Como líder del Enclave, Charlotte, detenerlo es tu obligación. Si la consideras imposible, entonces, quizá deberías preguntarte en primer lugar por qué ansías tanto este puesto.

## 2

# COMPENSACIÓN

Entonces comparto tu pena, permíteme ese triste alivio.  
¡Ah, más que compartirlo, dame todo tu dolor!

ALEXANDER POPE, *Eloísa a Abelardo*

La luz mágica que iluminaba la Gran Biblioteca parecía arder con poca intensidad, como una vela que goteara sobre su palmatoria, aunque Tessa sabía que sólo era su imaginación. La luz mágica, a diferencia del fuego o el gas, nunca parecía disminuir o agotarse.

Por otra parte, se le estaban comenzando a cansar los ojos, y por el aspecto de sus compañeros, no era la única a la que le pasaba. Estaban todos sentados alrededor de una de las mesas largas, con Charlotte a la cabeza, y Henry y Tessa a la derecha. Will y Jem estaban un poco más allá, uno al lado del otro; sólo Jessamine se había colocado en la otra punta de la mesa, apartada de los demás. La superficie de la mesa estaba totalmente cubierta de papeles de todo tipo: viejos artículos de periódicos, libros, pergaminos cubiertos con una letra fina e inclinada. Había genealogías de varias familias Mortmain, historias de autómatas, innumerables libros de hechizos para invocar y para poseer, y hasta el último dato sobre el Club Pandemónium que los Hermanos Silenciosos habían conseguido desenterrar de sus archivos.

A Tessa le habían asignado la tarea de leer los artículos de prensa, buscando historias sobre Mortmain y su compañía naviera, y se le estaba comenzando a nublar la vista; las palabras le bailaban sobre la página. Sintió alivio cuando Jessamine rompió el largo silencio, mientras apartaba el libro que había estado leyendo: *Sobre los motores de la hechicería*.

—Charlotte —dijo—, creo que estamos perdiendo el tiempo.

Ésta alzó la mirada con una expresión dolorida.

—Jessamine, no es necesario que te quedes si no lo deseas. Debo decir que dudo que nadie de nosotros esperara tu ayuda en este asunto, y como nunca te has aplicado mucho en tus estudios, no puedo evitar preguntarme si al menos sabes lo que estás buscando. ¿Podrías distinguir un hechizo de invocación de uno de sujeción si te los pusiera delante?

Tessa no pudo evitar sorprenderse. Charlotte pocas veces era tan severa con ninguno de ellos.

—Sí que quiero ayudar —replicó Jessamine de mal humor—. Esas cosas mecánicas de Mortmain casi me mataron. Quiero que lo atrapen y lo castiguen.

—No, no quieres —la contradijo Will, mientras desenrollaba un pergamino tan viejo que crujía, y miraba achinando los ojos los símbolos negros que había dibujados—. Tú quieres que atrapen y castiguen al hermano de Tessa por hacerte creer que estaba enamorado de ti cuando era mentira.

Jessamine se sonrojó.

—No es eso. Quiero decir que yo no... Es que... ¡Agg! Charlotte, Will se está metiendo conmigo.

—Y el sol se alza por el este —dijo Jem a nadie en concreto.

—No quiero que nos echen del Instituto por no haber localizado al Magíster —insistió Jessamine—. ¿Es tan difícil de comprender?

—A ti no te echarán del Instituto, echarán a Charlotte. Estoy segura de que los Lightwood te dejarán quedarte. Y Benedict tiene dos hijos para casar. Deberías estar encantada —soltó Will.

Jessamine le hizo una mueca.

—Cazadores de sombras. Como si yo fuera a querer casarme con uno de ellos...

—Jessamine, tú eres uno de ellos.

Antes de que Jessamine pudiera responderle, la puerta de la biblioteca se abrió y entró Sophie, inclinando la cabeza tocada con una cofia blanca. Le dijo algo en voz baja a Charlotte, que se puso en pie.

—El hermano Enoch está aquí —informó ésta al grupo—. Tengo que hablar con él. Will, Jessamine, tratad de no mataros mientras estoy fuera. Henry, si pudieras...

Dejó la frase a medias. Henry estaba mirando un libro: *El libro del conocimiento de los ingeniosos mecanismos*, de Al-Jazirí, y no prestaba atención a nada más. Su esposa alzó las manos al cielo y se marchó de la sala con Sophie.

En cuanto la puerta se cerró detrás de la directora, Jessamine lanzó a Will una mirada asesina.

—Si crees que yo no tengo la experiencia necesaria para poder ayudar, entonces ¿por qué está ella aquí? —Señaló a Tessa—. No quiero ser grosera, pero ¿crees que ella puede diferenciar un hechizo de invocación de uno de sujeción? —Miró a Tessa—. ¿Qué? ¿Puedes? Y ya puestos, Will, tú prestas tanta atención en clase que ¿puedes diferenciar un hechizo de sujeción de una receta de suflé?

El aludido se echó atrás en la silla.

—«Yo no estoy loco, más que cuando sopla el nordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña» —citó.

—Jessamine, Tessa se ha ofrecido amablemente a ayudarnos, y en estos momentos necesitamos todos los ojos de los que podemos disponer —explicó Jem muy serio—. Will, no cites *Hamlet*. Henry... —Se aclaró la garganta—. ¡HENRY!

Éste alzó la cabeza, parpadeando.

—¿Sí, cariño? —Volvió a parpadear, mirando alrededor—. ¿Dónde está Charlotte?

—Ha ido a hablar con los Hermanos Silenciosos —contestó Jem, al que no parecía haberle molestado que Henry lo hubiera tomado por su esposa—. Mientras tanto, me temo... que estoy de acuerdo con Jessamine.

—Y el sol se alza por el oeste —replicó Will, que, al parecer, sí había oído el anterior comentario de Jem.

—Pero ¿por qué? —preguntó Tessa—. Ahora no podemos rendirnos. Sería como ofrecerle el Instituto en bandeja a ese horrible Benedict Lightwood.

—No estoy diciendo que no hagamos nada, entendedme. Pero estamos tratando de descifrar qué va a hacer Mortmain. Estamos intentando predecir el futuro en vez de tratar de comprender el pasado.

—Ya sabemos el pasado de Mortmain, y sus planes —replicó Will, e hizo un gesto indicando los periódicos—. Nacido en Devon, era cirujano en un barco, se convirtió en un comerciante rico, se acabó mezclando en cosas de magia negra y ahora planea dirigir el mundo flanqueado por su enorme ejército de criaturas mecánicas. Una historia no muy atípica en un joven ambicioso y decidido...

—Creo que nunca dijo nada de dominar el mundo —interrumpió Tessa—. Sólo el Imperio británico.

—Admirablemente literal —repuso Will—. Pero lo que yo quería decir es que sabemos de dónde viene Mortmain. No es nuestra culpa si eso no era muy interesante... —Dejó la frase a medias—. ¡Ah!

—¿Ah, qué? —quiso saber Jessamine, y miró de Will a Jem como si estuviera ofendida—. Os aseguro que la manera en que parece que os leáis el pensamiento me pone los pelos de punta.

—Ah —siguió Will—. Jem estaba pensando, y yo estaría de acuerdo, que la vida de Mortmain es, por así decirlo, una tontería. Algunas mentiras, algunas verdades, pero seguramente no hay nada que nos ayude. Sólo son cuentos que se fue inventando para dar a los periódicos algo que escribir sobre él. Además, no nos importa cuántos barcos tiene; lo que queremos saber es dónde aprendió magia negra y de quién.

—Y por qué odia a los cazadores de sombras —añadió Tessa.

Los azules ojos de Will se desplazaron lentamente hacia ella.

—¿Es odio? —inquirió—. Me pareció más que era una simple ambición de poder. Con nosotros fuera de juego, y con el ejército mecánico a su lado, podría conseguir el poder que quisiera.

Tessa negó con la cabeza.

—No, es más que eso. Me cuesta explicarlo, pero... odia a los nefilim. Es algo muy personal. Y tiene algo que ver con ese reloj. Es..., es como si deseara que le recompensaran por algo malo que le han hecho.

—Compensación —dijo Jem de repente mientras dejaba la pluma que tenía en la mano.

Will lo miró confuso.

—¿Es un juego? ¿Soltamos la primera palabra que se nos ocurra? En ese caso, la mía es «genufobia». Significa un miedo irracional a las rodillas.

—¿Y cuál es la palabra para un miedo perfectamente racional a los idiotas molestos? —preguntó Jessamine.

—La sección de Compensaciones de los archivos —continuó Jem, sin hacer caso a ninguno de los dos—. El Cónsul la mencionó ayer, y no me lo he quitado de la cabeza desde entonces. No hemos mirado ahí.

—¿Compensaciones? —inquirió Tessa.

—Cuando un subterráneo, o un mundano, alega que un cazador de sombras ha violado la Ley al tratar con él, el subterráneo presenta una queja a través de Compensaciones. Hay un juicio, y al subterráneo se le concede algún tipo de pago, en caso de que pueda probar que tiene razón.

—Bueno, parece un poco tonto mirar ahí —comentó Will—. Mortmain no va a presentar ninguna queja contra los cazadores de sombras a través de los canales oficiales. «Muy molesto porque los cazadores de sombras se negaran a morir cuando yo quería. Exijo compensación. Por favor, envíen un cheque a A. Mortmain, Kensington Road, 18».

—Ya basta de guasa —intervino Jem—. Tal vez no haya odiado siempre a los cazadores de sombras. Quizá alguna vez intentara conseguir una compensación por los canales oficiales, y el sistema le falló. ¿Qué perdemos con preguntar? Lo peor que puede pasar es que acabemos con nada, que es justo lo que tenemos ahora. —Se puso en pie y se echó hacia atrás el cabello plateado—. Voy a pillar a Charlotte antes de que se marche el hermano Enoch y a decirle que pida a los Hermanos Silenciosos que revisen los archivos.

Tessa se levantó de la silla. No le apetecía quedarse sola en la biblioteca con Will y Jessamine, quienes, sin duda, iban a discutir. Claro que Henry también estaba allí, pero al parecer estaba echando una cabezadita sobre una pila de libros, e incluso en el mejor de los casos no serviría de mucho. Estar cerca de Will ya le resultaba incómodo casi siempre; sólo se le hacía soportable con Jem. De algún modo, Jem era capaz de limar los ásperos bordes de Will y hacerlo casi humano.

—Voy contigo, Jem —dijo—. Además, hay..., hay algo que quiero hablar con Charlotte.

Jem pareció agradablemente sorprendido; Will miró del uno al otro y echó la silla hacia atrás.

—Llevamos días entre estos libros mohosos —proclamó—. Mis bellos ojos están cansados, y tengo cortes de papel en las manos. ¿Veis? —Extendió los dedos—. Voy a dar un paseo.

—Quizá podrías usar un *iratze* para curártelos —soltó Tessa sin poder contenerse.

Will la miró molesto. Sí que tenía unos bellos ojos.

—Servicial como siempre y en toda ocasión, Tessa.

Ella le devolvió la mirada.

—Mi único deseo es ayudar.

Jem le puso la mano a Will en el hombro.

—Tessa, Will. No creo... —comenzó con voz preocupada.

Pero el chico ya se iba; cogió la chaqueta y al salir de la biblioteca dio un portazo, con tal fuerza que el marco de la puerta vibró.

Jessamine se echó hacia atrás en la silla y entornó sus ojos castaños.

—Qué interesante.

A Tessa le temblaban las manos mientras se ponía tras la oreja un mechón de cabello suelto. No le gustaba nada que Will le causara ese efecto. Lo odiaba. Sabía que era una tontería. Sabía lo que él pensaba de ella. Que no era nada, que no valía nada. Aun así, una mirada de él podía hacerla temblar con una mezcla de odio y anhelo. Era como veneno en las venas, y Jem era el único antídoto. Sólo con él se sentía sobre tierra firme.

—Vamos —dijo Jem, y la cogió del brazo con suavidad.

Un caballero no tocaría a una dama en público, pero en el Instituto, los cazadores de sombras mantenían una relación más familiar entre ellos que los mundanos del exterior. Cuando ella se volvió para mirarlo, Jem le sonrió. —Ponía todo de sí mismo en cada sonrisa; parecía sonreír con los ojos, con el corazón, con todo su ser.

—Busquemos a Charlotte.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo mientras no estáis? —preguntó Jessamine, molesta, mientras ellos se dirigían hacia la puerta.

Jem la miró volviendo la cabeza.

—Siempre puedes despertar a Henry. Parece que vuelve a comer papel dormido, y ya sabes lo poco que le gusta eso a Charlotte.

—¿Qué lata! —exclamó Jessamine con un suspiro de exasperación—. ¿Por qué siempre me toca hacer las cosas más tontas?

—Porque no quieres hacer las importantes —repuso Jem, que sonaba lo más parecido a irritado que Tessa le había oído nunca. Ninguno de ellos notó la fría mirada que Jessamine les lanzó mientras salían de la biblioteca y avanzaban por el pasillo.

—El señor Bane estaba esperando su llegada, señor —dijo el criado, y se apartó para permitir la entrada a Will. El nombre del sirviente era Archer, o Walker, o algo así, pensó el cazador de sombras, y era uno de los siervos humanos de Camille. Como todos los que estaban sometidos a la voluntad de un vampiro, tenía un aspecto enfermizo, con una piel apergaminada y pálida, y un cabello fino y grasiento. Parecía tan contento de ver a Will como un comensal en una cena podía estarlo de ver un gusano salir



de debajo de la lechuga de su plato.

En cuanto Will entró en la casa, el olor le impactó. Era el olor a magia negra, como de azufre mezclado con el Támesis en un día caluroso. Will arrugó la nariz. El criado lo miró aún con más desprecio.

—El señor Bane está en el salón. —Su voz indicaba que no había ninguna posibilidad de que fuera a acompañar a Will hasta allí—. ¿Me da su abrigo?

—No será necesario —contestó Will.

Con la prenda puesta, Will siguió el olor a magia por el pasillo. Se intensificó al acercarse a la puerta del salón, que estaba bien cerrada. Hilillos de humo salían por la rendija de debajo de la puerta. Will inspiró hondo el aire acre y la abrió.

El interior del salón parecía curiosamente despejado. Al cabo de un momento, Will se dio cuenta de que era así porque Magnus había cogido todos los pesados muebles de teca, incluso el piano, y los había puesto contra las paredes. Una elegante lámpara de gas colgaba del techo, pero la iluminación de la sala provenía de docenas de gruesas velas negras colocadas en círculo en el centro de la habitación. Magnus se hallaba junto al círculo, con un libro abierto en las manos; se había aflojado el fular pasado de moda que llevaba al cuello, y tenía el oscuro cabello encrespado alrededor del rostro, como si se le hubiera cargado de electricidad estática. Alzó la mirada cuando Will entró y le sonrió.

—¡Justo a tiempo! —exclamó—. Estoy convencido de que esta vez lo hemos logrado. Will, te presento a Thammuz, un demonio menor de la octava dimensión. Thammuz, te presento a Will, un cazador de sombras menor de... Gales, ¿verdad?

—Te sacaré los ojos —siseó la criatura que se hallaba sentada en el centro del ardiente círculo. Sin duda era un demonio, de no más de un metro de alto, con la piel azul claro, tres ojos candentes y negros como la brea, y largas garras de rojo sangre en las manos de ocho dedos—. Te arrancaré la piel de la cara.

—No seas grosero, Thammuz —lo regañó Magnus, y aunque su tono era ligero, de repente el círculo de velas lanzó largas y brillantes llamaradas hacia arriba, lo que hizo que el demonio se acurrucara sobre sí mismo con un grito—. Will tiene preguntas. Tú se las responderás.

Will negó con la cabeza.

—No sé, Magnus —dudó—. No me parece que sea éste.

—Dijiste que era azul. Éste es azul.

—Es azul —reconoció el nefilim, y se acercó más al círculo de llamas—. Pero el demonio que necesito... Bueno, era de un azul cobalto. Éste es más... liliáceo.

—¿Qué me has llamado? —rugió furioso el demonio—. ¡Acércate, cazador de sombras de tres al cuarto, y déjame que me regale con tu hígado! Te lo arrancaré del cuerpo mientras gritas.

Will miró a Magnus.

—Tampoco suena como debe. La voz es diferente. Y el número de ojos.

—¿Estás seguro de...?

—Totalmente seguro —contestó Will con una voz que no permitía contradicción—. No es algo que vaya a olvidar, o pueda hacerlo.

Magnus suspiró y se volvió hacia el demonio.

—Thammuz —le dijo, leyendo en voz alta del libro—, te conmino, por el poder de la campana, el libro y la vela, y por los grandes nombres de Sammael, Abbadon y Molock, a que digas la verdad. ¿Te has encontrado alguna vez con el cazador de sombras Will Herondale antes de hoy, o con cualquiera de

su sangre o linaje?

—No lo sé —respondió el demonio, petulante—. Todos los humanos son iguales.

—¡Contéstame! —La voz de Magnus se alzó seca y autoritaria.

—Oh, muy bien. No, nunca lo he visto antes. Lo recordaría. Tiene pinta de tener buen sabor. —Thammuz puso una sonrisa irónica, mostrando los afilados dientes—. No he estado en este mundo desde hace... oh, unos cien años, quizá más. Nunca me acuerdo de la diferencia entre cien y mil. De todas formas, la última vez que estuve aquí toda la gente vivía en cabañas de barro y comía gusanos. Así que dudo que él estuviera por aquí —señaló a Will con un dedo de muchos nudillos—, a no ser que los terrestres vivan mucho más de lo que se me hizo creer.

Magnus puso los ojos en blanco.

—Ya veo que estás decidido a no ayudar en nada, ¿verdad?

El demonio se encogió de hombros, un gesto muy humano.

—Me has obligado a decir la verdad. La he dicho.

—Bueno, entonces ¿has oído hablar alguna vez de un demonio como el que he descrito? —intervino Will, con un deje de desesperación en la voz—. Azul oscuro, con una voz rasposa, como de papel de lija... Y tenía una cola larga y con pinchos.

Thammuz lo miró con expresión aburrida.

—¿Tienes idea de cuántas clases de demonios hay en el Vacío, nefilim? Cientos y cientos de millones. La gran ciudad demonio de Pandemónium hace que vuestro Londres parezca una aldea. Demonios de todas las formas, tamaños y colores. Algunos pueden cambiar de aspecto a voluntad...

—Oh, entonces cállate si no vas a ayudar en nada —replicó Magnus, y cerró el libro de golpe. Al instante, las velas se apagaron, y el demonio se desvaneció con un grito de sorpresa, dejando tras de sí sólo unos zarcillos de humo maloliente.

El brujo miró a Will.

—Estaba convencido de que esta vez había dado con el bueno.

—No es culpa tuya. —Will se tiró sobre uno de los divanes apoyados contra la pared. Tenía calor y frío al mismo tiempo, y los nervios le cosquilleaban con una decepción que estaba tratando de tragarse sin demasiado éxito. Inquieto, se sacó los guantes y se los metió en el bolsillo del abrigo, que aún llevaba abrochado—. Lo intentas. Thammuz tiene razón. No te he dado mucho con lo que trabajar.

—Supongo —dijo Magnus— que me has contado todo lo que recuerdas. Abriste la Pyxis y soltaste a un demonio. Te maldijo. Quieres que encuentre a ese demonio y vea si te saca la maldición. ¿Es eso todo lo que puedes decirme?

—Es todo lo que puedo decirte —contestó Will—. No me serviría de nada guardarme información de forma innecesaria, cuando sé lo que te estoy pidiendo. Que me encuentres una aguja en un... Dios, ni siquiera en un pajar. Una aguja en una torre llena de agujas.

—Mete la mano en una torre de agujas —repuso Magnus—, y lo más probable es que te pinches mucho. ¿Estás seguro de que es esto lo que quieres?

—Estoy seguro de que la alternativa es peor —afirmó Will mientras miraba el punto ennegrecido del suelo donde había estado el demonio. Se sentía agotado. La runa de energía que se había puesto esa mañana antes de salir hacia la reunión del Consejo había perdido su fuerza al mediodía, y la cabeza le palpitaba—. He vivido con esto durante cinco años. La idea de vivir así aunque sea uno más me asusta más que la idea de la muerte.

—Eres un cazador de sombras; no temes a la muerte.

—Claro que sí —replicó Will—. Todo el mundo teme a la muerte. Quizá hayamos nacido de los ángeles, pero no tenemos más idea que tú de lo que hay después.

Magnus se acercó a él y se sentó en el lado opuesto del diván. Sus ojos de color verde dorado brillaban como los de un gato bajo la tenue luz.

—No sabes si después de la muerte sólo hay la nada.

—Tampoco sabes tú que no la haya, ¿verdad? Jem cree que todos renacemos, que la vida es una rueda. Morimos, giramos, renacemos como merecemos renacer, según lo que hayamos hecho en este mundo. —Will se miró las uñas mordisqueadas—. Seguramente, yo renaceré como una babosa a la que alguien echa sal.

—La Rueda de la Trasmigración —señaló Magnus. Sonrió—. Bueno, míralo así. Debes de haber hecho algo bueno en tu última vida para renacer como eres. Nefilim.

—Oh, sí —reconoció Will en un tono neutro—. He tenido mucha suerte. —Apoyó la cabeza en el diván, exhausto—. Supongo que necesitarás más... ingredientes. Me parece que la vieja Mol de Cross Bones se debe de estar hartando de mí.

—Tengo otros contactos —explicó Magnus, que claramente sentía lástima de él—, y antes necesito investigar más. Si me pudieras decir de qué es la maldición...

—No. —Will se incorporó de golpe—. No puedo. Ya te lo he dicho antes, incluso he corrido un gran riesgo hablándote de su existencia. Si te explicara más...

—Entonces ¿qué? Déjame adivinar. No lo sabes, pero estás seguro de que sería malo.

—No me hagas empezar a pensar que me he equivocado recurriendo a ti...

—Esto tiene que ver con Tessa, ¿verdad?

Durante los últimos cinco años, Will se había entrenado para no demostrar sus emociones: sorpresa, cariño, esperanza, alegría... Estaba convencido de que su expresión no había cambiado, pero oyó la tensión en su voz al contestar a Magnus.

—¿Tessa?

—Han pasado cinco años —prosiguió Magnus—. Sin embargo, de alguna manera has conseguido pasar todo este tiempo sin decírselo a nadie. ¿Qué tipo de desesperación te trajo a mí, en medio de la noche bajo una tormenta? ¿Qué ha cambiado en el Instituto? Sólo se me ocurre una cosa, y bastante bonita, con unos grandes ojos grises...

Will se puso en pie con tal brusquedad que casi tumbó el alargado y mullido asiento.

—Hay otras cosas —afirmó, tratando de no mostrar nada en la voz—. Jem se está muriendo.

Magnus lo miró a los ojos con frialdad.

—Lleva muriendo cinco años —replicó—. Ninguna maldición que tú tengas puede agravar o mejorar su estado.

Will se dio cuenta de que le temblaban las manos; apretó los puños.

—No lo entiendes...

—Sé que sois *parabatai* —admitió el mago—. Sé que su muerte será una gran pérdida para ti. Pero lo que no sé...

—Sabes lo que hace falta que sepas. —Will sintió frío, aunque la sala estaba caliente y él llevaba puesto el abrigo—. Te pagaré más, si con eso dejas de hacerme preguntas.

Magnus puso los pies sobre el diván.

—Nada hará que deje de hacerte preguntas —confesó—. Pero haré lo que pueda para respetar tu reserva.

El alivio relajó las manos de Will.

—Entonces, seguirás ayudándome.

—Seguiré ayudándote. —Magnus puso las manos tras la cabeza y se echó hacia atrás, mirando a Will con los ojos entornados—. Aunque podría ayudarte más si me dijeras la verdad, haré lo que pueda. Me resultas curiosamente interesante, Will Herondale.

Éste se encogió de hombros.

—Eso ya es suficiente razón. ¿Cuándo planeas intentarlo de nuevo?

Magnus bostezó.

—Seguramente, este fin de semana. Te enviaré un mensaje el sábado si hay... novedades.

«Novedades. Maldición. Verdad. Jem. Morir. Tessa. Tessa. Tessa».

Su nombre le retumbaba a Will en la cabeza como una campana; se preguntó si algún otro nombre sobre la tierra tendría una resonancia tan persistente. No podía haber tenido un nombre feo, ¿verdad? Algo como Mildred. No se podía imaginar pasarse las noches en vela, mirando al techo mientras voces invisibles le susurraban «Mildred» al oído. Pero «Tessa»...

—Gracias —respondió bruscamente. Había pasado de tener frío a tener calor; la habitación le resultaba agobiante, aún con el olor a cera quemada—. Entonces esperaré ansioso tus noticias.

—Sí, de acuerdo —convino Magnus, y cerró los ojos.

Will no pudo decir si el mago realmente estaba durmiendo o sólo esperando a que él se fuera; de una forma u otra, resultaba evidente que quería que se marchara. Finalmente, no sin cierto alivio, lo hizo.

Sophie estaba de camino hacia la habitación de la señorita Jessamine, para sacar las cenizas y limpiar la rejilla de la chimenea, cuando oyó voces en el pasillo. En la casa donde había trabajado antes le habían enseñado a «hacer sitio»: a volverse y mirar hacia la pared cuando pasaban sus señores, y esforzarse todo lo posible para parecer un mueble, algo inanimado que ellos podían pasar por alto.

Cuando fue al Instituto se quedó parada al ver que allí las cosas no funcionaban así. Primero, para ser una casa tan grande, le sorprendió que tuviera tan poco servicio. Al principio no se dio cuenta de que los cazadores de sombras hacían muchas cosas que una típica familia de buena cuna consideraría que no correspondían a su alto estatus: se encendían el fuego, hacían parte de la compra, mantenían limpias y ordenadas salas como la de entrenamiento y la de armas... Se había sorprendido de la familiaridad con la que Agatha y Thomas trataban a sus señores, sin pensar que sus compañeros del servicio procedían de familias que llevaban generaciones sirviendo a los cazadores de sombras, o que tenían poderes mágicos propios.

Ella procedía de una familia pobre, y la habían llamado «estúpida» y la habían abofeteado con frecuencia al principio de trabajar de doncella, porque no estaba acostumbrada a los muebles delicados o a la plata auténtica, o a la porcelana tan fina que se podía ver el oscuro té a contraluz. No obstante había aprendido, y cuando resultó evidente que iba a ser muy guapa, la habían ascendido a doncella de sala. Esta ocupación era precaria. Se suponía que tenía que estar guapa para los de la casa, y, por tanto, su salario disminuía con cada año que cumplía después de los dieciocho.

Ir a trabajar al Instituto había sido un alivio tal —allí no tenían en cuenta que tuviera ya casi veinte años, nadie le exigía que mirara a la pared ni ninguna persona mostraba su desagrado porque hablase sin que se hubieran dirigido a ella antes— que casi pensaba que valía la pena la desfiguración que había

sufrido en su hermoso rostro a manos de su último señor. Aún evitaba mirarse al espejo, pero la horrible sensación de pérdida había ido desapareciendo. Jessamine se burlaba de ella por la larga cicatriz que le afeaba la mejilla, pero los otros no parecían notarlo, excepto Will, que alguna vez decía algo desagradable, pero de una forma casi mecánica, como si, en lugar de decirlo de corazón, lo hiciera porque eso fuera lo que se esperara de él.

Pero todo eso era antes de que se enamorara de Jem.

En ese momento reconoció su voz avanzando por el pasillo, riendo; y la señorita Tessa estaba respondiéndole. Sophie notó una ligera presión extraña en el pecho. Celos. Se despreciaba por ello, pero no podía evitarlo. La señorita Tessa siempre había sido amable con ella, y había una vulnerabilidad tan enorme en sus enormes ojos grises... tanta necesidad de una amiga... que resultaba imposible despreciarla. Aun así, la forma en que el señor Jem la miraba... y Tessa ni parecía notarlo.

No. Sophie no podría resistir encontrárselos a los dos en el pasillo, con Jem mirando a Tessa como lo hacía últimamente. Con la escoba y el cubo contra el pecho, Sophie abrió la puerta más cercana, se metió dentro y la ajustó a su espalda, dejando una pequeña rendija. Como la mayoría de las habitaciones del Instituto, aquél era un dormitorio sin usar, para cazadores de sombras de visita. Cada quince días o así, daba un repaso a las habitaciones si nadie las estaba usando; salvo en casos excepcionales, estaban siempre vacías. En ésta había bastante polvo; las motas bailaban en la luz que entraba por la ventana, y Sophie contuvo un estornudo mientras apretaba el rostro para mirar por la rendija abierta de la puerta.

No se había equivocado. Eran Jem y Tessa, yendo hacia ella por el pasillo. Parecían totalmente centrados el uno en el otro. Jem llevaba algo, que parecía como ropa doblada, y Tessa reía de algo que él había dicho. Ella miraba un poco hacia abajo y hacia el otro lado; él la miraba intensamente, como se hacía cuando uno pensaba que no lo observaban. Él tenía aquella expresión en el rostro, la que por lo general sólo mostraba cuando tocaba el violín, como si estuviera totalmente absorto y encantado.

Sophie notó un dolor en el corazón. Era tan guapo... Siempre le había parecido hermoso. La mayoría de la gente hablaba de Will, de lo atractivo que era, pero ella pensaba que Jem era mil veces más guapo. Tenía el aspecto etéreo de los ángeles de los cuadros, y aunque sabía que el color plateado de la piel y el cabello era el resultado de la medicina que tomaba para su enfermedad, no podía evitar que también le pareciera encantador. Y era amable, firme y considerado. Pensar en sus manos acariciándole el cabello, apartándose del rostro, la hacía sentirse tranquila, mientras que, por lo general, pensar en un hombre, incluso en un chico, tocándole el rostro la había sentir vulnerable y enferma. Jem tenía las manos más cuidadosas y bien hechas...

—No me acabo de creer que vengan mañana —estaba diciendo Tessa, mientras volvía la mirada hacia Jem—. Tengo la sensación como si a Sophie y a mí nos arrojaran a Benedict Lightwood para calmarlo, como un hueso a un perro. No puede importarle realmente si estamos entrenadas o no. Sólo quiere que sus hijos estén en esta casa para molestar a Charlotte.

—Es cierto —reconoció Jem—. Pero ¿por qué no aprovechar el entrenamiento cuando te lo ofrecen? Por eso Charlotte está tratando de animar a Jessamine para que tome parte. En cuanto a ti, dado tu talento, incluso si Mortmain no es una amenaza, y yo diría que ahora no lo es, habrá otros que se sientan atraídos por tu poder. Mejor que aprendas cómo quitártelos de encima.

Tessa se llevó la mano al ángel que le colgaba del cuello; un gesto habitual del que seguramente ni se daba cuenta, pensó Sophie.

—Sé lo que diría Jessie. Diría que lo único que necesita aprender a quitarse de encima son sus

muchos y atractivos pretendientes.

—¿Acaso no preferiría aprender a quitarse de encima los que no sean atractivos?

—No si son mundanos —respondió Tessa con una sonrisa traviesa—. Prefiere a un mundano feo que a un cazador de sombras atractivo.

—Eso me pone totalmente fuera de combate, ¿verdad? —bromeó Jem con una expresión de fingida decepción, y Tessa volvió a reír.

—Es una pena —se lamentó después—. Cualquiera chica tan bonita como Jessamine debería poder elegir, pero está tan obstinada en que un cazador de sombras no le sirve...

—Tú eres mucho más bonita —la interrumpió Jem.

Tessa lo miró sorprendida, y se sonrojó. Sophie notó de nuevo una punzada de celos en el pecho, aunque estaba de acuerdo con Jem. Jessamine era guapa de una forma tradicional, una Venus de bolsillo, por llamarlo de algún modo, pero su agria expresión habitual le restaba encanto. En contraste, Tessa tenía un atractivo cálido, con su espeso cabello oscuro y ondulado, y unos ojos grises como el mar que crecían en ti cuanto más la conocías. Había inteligencia en su rostro, y humor, lo que Jessamine no tenía, o al menos no mostraba.

Jem se detuvo ante la puerta de la señorita Jessamine y llamó. Al no obtener respuesta se encogió de hombros, se agachó y colocó la tela oscura delante de la puerta.

—Nunca se lo pondrá —auguró Tessa, y se le formaron hoyuelos al sonreír.

Jem se incorporó.

—No me he comprometido a meterla a la fuerza en esa ropa, sólo a entregársela.

Volvió a caminar por el pasillo, con Tessa a su lado.

—No sé cómo Charlotte puede soportar hablar con el hermano Enoch tan a menudo. Me da escalofríos —comentó ella.

—Oh, no sé. Prefiero pensar que, cuando están en casa, los Hermanos Silenciosos se parecen mucho a nosotros. Haciéndose bromas en la Ciudad Silenciosa, preparando queso tostado...

—Espero que jueguen a hacer mímica —ironizó Tessa—. Así podrían aprovechar su talento natural.

Jem se echó a reír, y entonces torcieron la esquina del corredor y se perdieron de vista. Sophie se dejó caer contra el marco de la puerta. No creía haber hecho reír a Jem así nunca; no creía que nadie lo hubiera hecho excepto Will. Había que conocer muy bien a alguien para hacerle reír así. Pensó que hacía mucho que estaba enamorada de él. ¿Cómo era que no lo conocía en absoluto?

Con un suspiro de resignación, se dispuso a salir de su escondite; en ese preciso momento se abrió la puerta del dormitorio de la señorita Jessamine, y su ocupante emergió. Sophie volvió a hundirse en las sombras. La joven llevaba una larga capa de viaje de terciopelo, que le cubría la mayor parte del cuerpo, desde el cuello hasta los pies. Se había recogido el cabello, y en una mano llevaba un sombrero de hombre. Sophie se quedó helada de la sorpresa cuando Jessamine miró hacia abajo, vio la ropa a sus pies e hizo una mueca. La metió dentro de la habitación de una patada, lo que permitió a Sophie ver que llevaba puestas unas botas de hombre, y cerró la puerta sin hacer ruido. Miró a un lado y a otro del pasillo, se colocó el sombrero en la cabeza, se arrebujó bajo la capa y se escabulló entre las sombras, dejando a Sophie mirándola, perpleja.

### 3

## MUERTE INJUSTIFICABLE

Amigos fueron en la juventud;  
pero los murmullos pueden envenenar la verdad;  
y la constancia vive en los reinos de lo alto;  
y la vida es espinosa, y la juventud vana;  
y merecer a quien amamos  
es como una locura para el cerebro.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE, *Christabel*

Al día siguiente, después del desayuno, Charlotte indicó a Tessa y a Sophie que volvieran a sus habitaciones, se vistieran con el uniforme recién adquirido y se reunieran con Jem en la sala de entrenamiento, donde debían esperar a los hermanos Lightwood. Jessamine no había ido a desayunar, aduciendo un dolor de cabeza, y a Will tampoco se lo encontraba por ninguna parte. Tessa sospechó que estaría escondido, para evitar verse obligado a ser amable con Gabriel Lightwood y su hermano. Ella sólo podía culparlo en parte.

De vuelta en su cuarto, mientras cogía el uniforme, Tessa notó los nervios en el estómago; era tan diferente de todo lo que había llevado antes... Sophie no estaba allí para ayudarla con la nueva ropa. Parte del entrenamiento, claro, consistía en ser capaz de vestirse y de familiarizarse con el uniforme: zapatos planos, pantalones sueltos confeccionados con un grueso material negro y una túnica larga hasta las rodillas, que se ajustaba con un cinturón. Era la misma ropa con la que había visto luchar a Charlotte, y también la misma que había visto dibujada en el *Códice*. Entonces le había parecido extraña, pero llevarla puesta resultaba todavía más raro. Si tía Harriet la pudiera ver, pensó Tessa, sin duda se habría desmayado.

Se encontró con Sophie al pie de la escalera que llevaba a la sala de entrenamiento del Instituto. No intercambiaron palabra, sólo sonrisas de ánimo. Pasado un momento, Tessa subió delante los escalones, un tramo de madera con barandillas tan viejas que la madera había comenzado a astillarse. Resultaba extraño, reflexionó Tessa, subir una escalera y no tener que preocuparse por cogerse las faldas para no pisar el bajo. Aunque tenía el cuerpo cubierto por completo, se sentía curiosamente desnuda en esa ropa de entrenamiento.

La ayudaba tener a Sophie a su lado; resultaba evidente que ella se encontraba igualmente incómoda en su uniforme de cazadora de sombras. Cuando llegaron al final de la escalera, Sophie abrió la puerta y entraron en silencio en la sala, juntas.

Era indiscutible que estaban en lo más alto del Instituto, en una sala adyacente al desván, y casi de doble tamaño. El suelo era de madera pulida con varios dibujos esparcidos sobre su superficie y realizados en tinta negra: círculos, cuadrados, algunos numerados. Cuerdas largas y flexibles colgaban de las grandes vigas inclinadas del techo, sólo visibles a medias entre las sombras. Antorchas de luz mágica brillaban a lo largo de las paredes, alternándose con armas colgadas: mazas y hachas, y todo tipo de otros objetos con aspecto letal.

—¡Uf! —exclamó Sophie, y se estremeció al mirarlos—. ¿No parecen de lo más horrible?

—Lo cierto es que reconozco unas cuantas del *Códice* —comentó Tessa señalando—. Esa de ahí es una espada larga, y hay un estoque y un florete, y esa que parece que necesites las dos manos para cogerla es un espadón, me parece.

—Casi —dijo una voz, muy desconcertante, por encima de su cabeza—. Es una espada de verdugo. Sobre todo para las decapitaciones. Se puede ver porque no tiene una punta afilada.

Sophie soltó un grito de sorpresa y se echó atrás cuando una de las cuerdas comenzó a moverse y una oscura figura apareció sobre su cabeza. Era Jem, que descendía por la cuerda con la elegante agilidad de un pájaro. Aterrizó sin esfuerzo ante ellas y sonrió.

—Mis disculpas. No pretendía asustaros.

Iba también vestido con el uniforme, aunque en vez de una túnica llevaba una camisa que sólo le llegaba a la cintura. Una única correa de cuero le cruzaba el pecho, y el mango de una espada le sobresalía tras el hombro. La oscura tonalidad de la ropa hacía que su piel pareciera aún más pálida, y el cabello y los ojos, más plateados que nunca.

—Sí, nos has sobresaltado —admitió Tessa con una leve sonrisa—, pero no pasa nada. Estaba comenzando a pensar que nos ibais a dejar a Sophie y a mí aquí solas para que nos entrenáramos mutuamente.

—Oh, los Lightwood vendrán en seguida —explicó Jem—. Sólo llegan tarde para dejar claro que no tienen que hacer lo que les decimos, o lo que les dice su padre.

—Ojalá fueras tú el que nos entrenara —soltó Tessa impulsivamente.

El chico pareció sorprenderse.

—No podría... aún no he acabado mi propio entrenamiento.

Pero cuando sus ojos se encontraron, y en otro momento de silenciosa comunicación, Tessa oyó lo que les decía realmente: «No estoy bien con la suficiente frecuencia para poder entrenaros de una manera fiable».

De repente, Tessa notó un nudo en la garganta, y miró a Jem a los ojos, esperando que él pudiera leer en ellos su silenciosa compasión. No quería apartar la mirada, y se encontró preguntándose si la forma en que se había recogido el cabello hacia atrás, sujetándose en un moño del que ningún mechón podía escapar, resultaría de lo más desfavorecedora. Aunque tampoco importaba, claro. Después de todo, sólo era Jem.

—No nos harán un entrenamiento completo, ¿verdad? —preguntó Sophie, y su voz preocupada interrumpió sus pensamientos—. El Consejo sólo dijo que necesitábamos aprender a defendernos un poco...

Jem apartó la mirada de Tessa; la conexión se quebró de golpe.

—No hay nada de lo que tener miedo, Sophie —contestó con su afable voz—. Y te alegrarás de hacerlo; siempre es útil que una chica guapa sepa quitarse de encima las atenciones indeseadas de un caballero.

El rostro de la doncella se tensó, la cicatriz de la mejilla se puso tan roja como si se la hubieran pintado.

—No se burle —replicó—. No tiene gracia.

Jem pareció perplejo.

—Sophie, no pretendía...

En ese instante, la puerta de la sala de entrenamiento se abrió. Tessa se volvió y vio a Gabriel



Lightwood entrando en la sala, seguido de un muchacho que ella no conocía. Mientras que Gabriel era delgado y de cabello oscuro, el desconocido era musculoso y con un espeso cabello rubio pajizo. Ambos iban vestidos con el uniforme de entrenamiento, y llevaban unos guantes con tachuelas en los nudillos, que parecían muy caros. También ambos lucían sendas cintas plateadas en las muñecas, que Tessa sabía que eran vainas para cuchillos, y tenían el mismo elaborado diseño de runas tejido en las mangas. No sólo por el parecido de su ropa, sino por la forma del rostro y los luminosos ojos verde claro, quedaba claro que eran familia, así que Tessa no se sorprendió por lo que dijo Gabriel.

—Bueno, aquí estamos, como dijimos —afirmó con su habitual parquedad—. James, supongo que recuerdas a mi hermano, Gideon. La señorita Gray, la señorita Collins...

—Encantado de conocerlos —murmuró Gideon sin mirar a ninguno a los ojos. Los malos modales parecían ser marca de familia, y Tessa recordó que Will le había dicho que, comparado con su hermano, Gabriel era un amor.

—No te preocupes. Will no está aquí —dijo Jem a Gabriel, que estaba mirando por toda la sala. Éste lo miró con el ceño fruncido, pero Jem ya se había vuelto hacia Gideon—. ¿Cuándo has regresado de Madrid? —preguntó con cortesía.

—Padre me ha hecho volver hace poco. —El tono de Gideon era neutro—. Asuntos de familia.

—Espero que todo esté bien...

—Todo está bien, gracias, James —intervino Gabriel, con tono cortante—. Ahora, antes de que comencemos con la parte de entrenamiento de esta visita, hay dos personas que seguramente deberíais conocer. —Volvió la cabeza y llamó—. ¡Señor Tanner, señorita Daly! Por favor, suban.

Se oyeron pisadas en la escalera y entraron dos desconocidos, ninguno con el uniforme. Ambos vestían ropa de criados. Uno era una joven que era la definición misma de «huesuda»: los huesos parecían demasiado grandes para su delgada y extraña forma. Su cabello era de un color escarlata brillante y lo llevaba recogido en un moño bajo un modesto sombrero. Tenía las manos enrojecidas, obviamente a consecuencia de mucho fregar. Tessa supuso que tendría unos veinte años. A su lado había un joven con el cabello castaño rizado, alto y musculoso...

Sophie tragó aire de golpe. Se puso pálida.

—Thomas...

El joven parecía terriblemente incómodo.

—Soy el hermano de Thomas, señorita. Cyril. Cyril Tanner.

—Éstos son los suplentes de vuestros criados perdidos que el Consejo os prometió —expuso Gabriel—. Cyril Tanner y Bridget Daly. El Consejo nos preguntó si podíamos traerlos aquí desde Kings Cross, y naturalmente aceptamos. Cyril tomará el puesto de Thomas, y Bridget sustituirá a Agatha. Ambos han sido entrenados en buenas casas de cazadores de sombras y vienen con muy buenas recomendaciones.

A Sophie le habían comenzado a arder puntos rojos en las mejillas.

—Para nosotros, nadie puede reemplazar a Thomas o a Agatha, Gabriel —admitió Jem antes de que Sophie pudiera decir nada—. Eran amigos además de criados. —Inclinó la cabeza hacia Bridget y Cyril—. Sin intención de ofender.

La chica sólo parpadeó.

—No nos ofendemos —repuso Cyril. Incluso la voz sonaba como la de Thomas; era inquietante—. Thomas era mi hermano. Nadie puede sustituirlo para mí tampoco.

Se hizo un silencio tenso en la sala. Gideon se apoyó en la pared con los brazos cruzados y un

ligero ceño en el rostro. Tessa pensó que era bastante guapo, como su hermano, pero esa señal de disgusto lo afeaba.

—Muy bien —dijo Gabriel finalmente, rompiendo el silencio—. Charlotte nos ha pedido que los trajéramos para que pudierais conocerlos. Jem, si no te importa acompañarlos de nuevo al salón, Charlotte los espera allí para darles instrucciones...

—¿Así que ninguno de los dos necesita entrenamiento extra? —preguntó Jem—. Como vais a entrenar a Tessa y a Sophie de todas formas, si Bridget o Cyril...

—Como dijo el Cónsul, ya han sido entrenados de una forma muy adecuada en sus casas anteriores —respondió Gideon—. ¿Te gustaría una demostración?

—No creo que sea necesario —contestó Jem.

Gabriel sonrió malicioso.

—Va, Carstairs. A las chicas les iría bien ver que un mundano puede luchar casi como un cazador de sombras con la instrucción adecuada. ¿Cyril? —Fue a grandes zancadas hasta la pared, seleccionó dos espadas y le lanzó una al criado, que la atrapó en el aire con destreza y avanzó hasta el centro de la sala, donde había un círculo pintado en el suelo.

—Eso ya lo sabemos —masculló Sophie, en voz tan baja que sólo Tessa pudo oírla—. Thomas y Agatha estaban entrenados.

—Gabriel sólo está tratando de fastidiarte —le indicó Tessa, también en un susurro—. No le dejes ver que te molesta.

Sophie apretó los dientes mientras Gabriel y Cyril se encontraban en el centro de la sala, con las espadas destellando.

La muchacha tuvo que admitir que era un espectáculo bastante hermoso: la forma en que se rodeaban el uno al otro, las hojas cortando el aire, el destello del negro y el plata. El repique del metal contra el metal; el modo como se movían, tan rápido que su mirada casi no los podía seguir. Y, sin embargo, Gabriel era mejor; eso era evidente incluso para el ojo inexperto. Sus reflejos eran más rápidos, sus movimientos, más elegantes. No era una pelea igualada; Cyril, con el cabello pegado a la frente por el sudor, estaba esforzándose al máximo, mientras que el pequeño de los Lightwood sólo estaba haciendo tiempo. Al final, cuando Gabriel desarmó velozmente a Cyril con un limpio giro de muñeca, y envió la espada de éste repicando contra el suelo, Tessa no pudo evitar sentirse casi indignada por el sirviente. Ningún humano podía superar a un cazador de sombras. ¿No se trataba de eso?

La punta de la espada de Gabriel estaba sobre el cuello de Cyril. Éste alzó las manos en un gesto de rendición; una sonrisa, muy parecida a la de su hermano, se le dibujó en el rostro.

—Me rindo...

Hubo un movimiento confuso. Gabriel soltó un gáñido, cayó y la espada se le escapó de las manos. Se dio contra el suelo; Bridget estaba arrodillada sobre él, mostrando los dientes. Se había acercado sigilosamente por detrás y le había hecho la zancadilla cuando nadie la miraba. Sacó una pequeña daga del corpiño y se la puso a Gabriel en el cuello. Éste la miró un segundo, anonadado, parpadeando. Luego se echó a reír.

A Tessa le cayó mejor en ese momento que nunca antes. Aunque eso no fuera muy difícil.

—Muy impresionante —soltó una voz conocida desde la puerta. Tessa se volvió hacia allí. Era Will, con aspecto, como habría dicho su tía, de que le había pasado un carro por encima. Tenía la camisa rota, el cabello alborotado y los ojos enrojecidos. Se inclinó, recogió la espada caída de Gabriel y

apuntó con ella a Bridget con expresión divertida—. Pero ¿sabe cocinar?

La criada se puso rápidamente en pie, con las mejillas teñidas de rojo oscuro. Miraba a Will como siempre lo hacían las chicas: un poco boquiabierta, como si no acabara de creer la visión que se había materializado ante sí. A Tessa le hubiera gustado decirle que Will aún estaba mejor menos desarreglado, y que dejarse fascinar por su belleza era como dejarse fascinar por una hoja de acero afilado: peligroso e insensato. Pero ¿de qué serviría? No tardaría en aprenderlo sola.

—Soy una buena cocinera, señor —respondió Bridget con un cantarín acento irlandés—. Mis antiguos señores no tenían ninguna queja.

—Dios, eres irlandesa —exclamó Will—. ¿Puedes hacer platos sin patatas? Cuando era niño tuvimos una cocinera irlandesa. Pastel de patata, crema de patata, patatas con salsa de patata...

Bridget parecía anonadada. Mientras tanto, de alguna manera, Jem había cruzado la sala y había cogido al recién llegado por el brazo.

—Charlotte quiere ver a Cyril y a Bridget en la sala. ¿Les enseñamos dónde está?

Will titubeó. En ese momento estaba mirando a Tessa. Ella tragó saliva con la garganta reseca. Parecía que él quería decirle algo. Gabriel los miró a los dos y sonrió irónico. Los ojos de Will se ensombrecieron, se volvió de espaldas, con la mano de Jem guiándolo hacia la escalera, y se marchó. Después de un momento de sorpresa, Bridget y Cyril los siguieron.

Cuando Tessa volvió al centro de la sala, vio que Gabriel había cogido una de las espadas y se la había pasado a su hermano.

—Ahora —dijo—. Ya es hora de comenzar a entrenarlas, ¿no creen, señoras?

Gideon cogió la espada.

—*Ésta es la idea más estúpida que nuestro padre ha tenido* —dijo en un perfecto español—. *Nunca.*

Sophie y Tessa intercambiaron una mirada. Tessa no estaba segura de qué había dicho exactamente Gideon, pero «estúpida» le pareció una palabra bastante reconocible. Iba a ser un largo día.

Se pasaron las siguientes horas realizando ejercicios de equilibrio y bloqueo. Gabriel se encargó de supervisar a Tessa, mientras Gideon se dedicó a Sophie. Tessa no pudo evitar sentir que Gabriel la había escogido a ella para molestar a Will de alguna retorcida manera, tanto si éste lo llegaba a saber como si no. La verdad, no era un mal instructor; bastante paciente, dispuesto a recogerle las armas una y otra vez cuando se le caían, hasta que pudo enseñarle cómo cogerlas correctamente, incluso alabándola cuando hacía algo bien. Tessa estaba demasiado concentrada para fijarse en si Gideon era tan voluntarioso entrenando a Sophie, aunque Tessa lo oía mascullar en español de vez en cuando.

Para cuando acabaron la sesión de entrenamiento, y Tessa se hubo bañado y vestido para la cena, estaba hambrienta hasta un punto nada femenino. Por suerte, a pesar de los temores de Will, Bridget sí sabía cocinar, y muy bien. Sirvió un asado con verduras y una tarta de mermelada con crema a Henry, Will, Tessa y Jem. Jessamine aún estaba en su cuarto con jaqueca, y Charlotte se había ido a la Ciudad de Hueso para revisar personalmente los archivos de Compensaciones.

Resultaba extraño ver a los dos sirvientes entrando y saliendo del comedor con bandejas de comida; a Cyril cortando el asado como hubiera hecho Thomas, a Sophie ayudándolo en silencio. Tessa no pudo evitar pensar en lo difícil que debía de ser para la doncella, ya que sus compañeros en el Instituto habían sido Thomas y Agatha; pero siempre que Tessa trataba de mirarla a los ojos, apartaba

la vista.

Tessa recordaba la expresión en el rostro de Sophie la última vez que Jem había estado enfermo, la forma en que daba vueltas a la cofia entre las manos, rogándole que le diera noticias de él. Había tenido la intención de hablar con ella después, pero no había podido. Los romances entre los mundanos y los cazadores de sombras estaban prohibidos; la madre de Will era una mundana, y a su padre lo habían obligado a separarse de los cazadores de sombras para poder estar con ella. Debía de haber estado muy enamorado para estar dispuesto a hacerlo; Tessa nunca había tenido la sensación de que Jem estuviera interesado en Sophie de esa manera, ni mucho menos. Y luego estaba el asunto de su enfermedad...

—Tessa —la llamó Jem en voz baja—, ¿estás bien? Pareces estar en otro mundo.

Ella le sonrió.

—Sólo estoy cansada. El entrenamiento... no estoy acostumbrada. —Era cierto. Le dolían los brazos de sujetar la pesada espada de prácticas, y aunque Sophie y ella habían hecho poco más que ejercicios de equilibrio y de bloqueo, también le dolían las piernas.

—Los Hermanos Silenciosos preparan un ungüento para los músculos doloridos. Llama a mi cuarto antes de irte a dormir y te aplicaré un poco.

Tessa se sonrojó levemente, y luego se preguntó por qué lo había hecho. Los cazadores de sombras tenían su propia manera de hacer las cosas. Ya había estado antes en la habitación de Jem, incluso sola con él, incluso sola con él en camisón, y no había pasado nada. Él sólo le estaba ofreciendo una medicina, pero, aun así, Tessa notó que le ardía el rostro; él pareció verlo y se ruborizó también, con un color muy visible sobre su pálida piel. Tessa apartó la mirada rápidamente y vio a Will mirándolos a ambos, con sus ojos azules fijos y molestos. Sólo Henry, que estaba intentando pillar los guisantes del plato con un tenedor, pareció no enterarse de nada.

—Muchas gracias —contestó Tessa—. Lo haré...

Charlotte entró de golpe en la sala; varios rizos oscuros se le escapaban de las horquillas con que se había recogido el cabello, y sostenía un largo rollo de papel.

—¡Lo he encontrado! —gritó. Se dejó caer sin aliento en la silla que había junto a Henry, con el rostro enrojecido por el esfuerzo. Sonrió a Jem—. Tenías toda la razón; los archivos de Compensaciones... Lo he encontrado después de buscar sólo unas horas.

—Déjame ver —pidió Will mientras soltaba el tenedor. A Tessa no se le pasó por alto que había comido muy poco. El anillo con el pájaro le destelló en el dedo mientras se disponía a cogerle el rollo a Charlotte.

Ella le apartó la mano de un amistoso manotazo.

—No. Lo veremos todos a la vez. De todas formas, fue idea de Jem, ¿verdad?

Will frunció el cejo, pero no dijo nada. Charlotte extendió el rollo sobre la mesa, apartando al mismo tiempo los platos vacíos y las tazas de té para hacer sitio, y miró el documento. El papel era más bien como un grueso pergamino, con tinta rojo oscuro, como el color de las runas en los hábitos de los Hermanos Silenciosos. Estaba escrito en inglés, pero en una letra muy apiñada y lleno de abreviaturas; Tessa no le encontraba ni pies ni cabeza a lo que veía.

Jem se acercó a ella, rozándole el brazo, y leyó por encima de su hombro, pensativo.

La chica volvió la cabeza hacia él; un mechón de su blanco cabello le cosquilleó en el rostro.

—¿Qué dice? —le preguntó en un susurro.

—Es una petición de compensación —contestó Will, sin importarle que ella hubiera hecho la

pregunta a Jem—. Enviada al Instituto de York en 1825 por Axel Hollingworth Mortmain, reclamando compensación por la muerte injustificable de sus padres, John Thaddeus y Anne Evelyn Shade, casi una década antes.

—John Thaddeus Shade —repitió Tessa—. JTS, las iniciales que había en el reloj de Mortmain. Pero si es su hijo, ¿por qué no tiene el mismo apellido?

—Los Shade eran brujos —respondió Jem, leyendo más abajo—. Ambos. No puede haber sido su hijo natural; debieron de adoptarlo y dejarle conservar su apellido mundano. Pasa de vez en cuando. —Desvió la mirada hacia Tessa, y luego la apartó; ella se preguntó si estaría recordando, como ella, la conversación de la sala de música acerca de que los brujos no podían tener hijos.

—Mortmain dijo que había comenzado a conocer las artes oscuras durante sus viajes —recordó Charlotte—, pero si sus padres eran brujos...

—Padres adoptivos —remarcó Will—. Sí, estoy seguro de que sabía perfectamente con quién contactar en el submundo para aprender las artes oscuras.

—«Muerte injustificable» —dijo Tessa a media voz—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que él cree que los cazadores de sombras mataron a sus padres a pesar de que ellos no habían violado ninguna de las Leyes —explicó Charlotte.

—¿Qué Ley se suponía que habían violado?

Charlotte frunció el cejo.

—Dice algo sobre tratos ilegales y antinaturales con demonios; eso puede ser casi cualquier cosa. Y que se les acusó de crear una arma que podía acabar con los cazadores de sombras. La sentencia por eso sería la muerte. Pero recordad que esto fue antes de los Acuerdos. Los cazadores de sombras podían matar a los subterráneos sólo por ser sospechosos de alguna maldad. Seguramente es por eso por lo que no hay nada más sustancial o detallado en este papel. Mortmain presentó su demanda de compensación a través del Instituto de York, que se halla bajo la dirección de Aloysius Starkweather. No pedía dinero, sino que los culpables, cazadores de sombras, fueran juzgados y condenados. Pero se le negó el juicio aquí en Londres sobre la base de que los Shade eran culpables «más allá de toda duda». Y esto es todo lo que hay. Sólo es un informe resumido del hecho, no todos los papeles. Ésos deben de seguir en el Instituto de York. —Charlotte se apartó el cabello húmedo de la frente—. Esto explicaría el odio de Mortmain hacia los cazadores de sombras. Tenías razón, Tessa. Era... es... algo personal.

—Y nos proporciona un punto de partida. El Instituto de York —intervino Henry, alzando la vista de su plato—. Los Starkweather lo dirigen, ¿verdad? Ellos tendrán todas las cartas, papeles...

—Y Aloysius Starkweather tiene ochenta y nueve años —le cortó Charlotte—. Debía de ser joven cuando mataron a los Shade. Quizá recuerde algo de lo que ocurrió. —Suspiró—. Mejor le envío un mensaje. Oh, vaya. Esto va a ser muy incómodo.

—¿Por qué, cariño? —preguntó Henry a su manera amable y ausente.

—Mi padre y él fueron amigos, pero luego discutieron... algo horroroso, hace muchísimo tiempo, pero nunca volvieron a hablarse.

—¿Cómo iba aquel poema? —Will, que había estado jugueteando con su taza de té vacía, se puso derecho y declamó:

Ambos pronunciaron palabras de gran desprecio,  
E insultaron el corazón de su mejor hermano...

—Oh, por el Ángel, Will, cállate —rogó Charlotte mientras se ponía en pie—. Tengo que escribir una carta a Aloysius Starkweather que rebose arrepentimiento y ruegos. No te necesito para que me distraigas. —Y recogiendo las faldas, salió a toda prisa del comedor.

—Ya nadie aprecia el arte —murmuró Will, mientras dejaba la taza sobre la mesa.

Alzó la mirada, y Tessa se dio cuenta de que lo había estado mirando. Conocía el poema, claro, era de Coleridge, uno de sus... favoritos. Había mucho más en él, sobre el amor, la muerte y la locura, pero no podía recordar los versos, al menos no en ese momento, con los ojos azules de Will clavados en ella.

—Y claro, Charlotte no ha comido nada —observó Henry mientras se levantaba—. Voy a ver si Bridget le puede preparar un plato de pollo frío. En cuanto a vosotros... —Se detuvo un instante, como si fuera a darles una orden, como enviarlos a la cama o de vuelta a la biblioteca para que siguieran investigando. Éste pasó, y una expresión de desconcierto cruzó el rostro de Henry—. Vaya, no recuerdo lo que iba a decir —anunció, y se metió en la cocina.

En cuanto Henry se fue, Will y Jem comenzaron una seria discusión sobre compensaciones, subterráneos, acuerdos, alianzas y leyes que hizo que a Tessa le diera vueltas la cabeza. En silencio, se levantó, dejó la mesa y se fue sola a la biblioteca.

A pesar de su inmenso tamaño y de que casi ninguno de los libros que cubrían las paredes estaba en inglés, era su estancia favorita del Instituto. Había algo en el olor de los libros; en el aroma del papel, tinta y cuero; en la diferente manera en que el polvo de la biblioteca parecía comportarse en esa estancia en comparación con cómo se comportaba en cualquier otra sala: era dorado bajo la luz de las velas de luz mágica y se posaba cual polen sobre las pulidas superficies de las largas mesas. *Iglesia*, el gato, estaba durmiendo sobre un alto atril, con la cola enrollada sobre la cabeza; Tessa le dejó espacio mientras iba hacia la pequeña sección de poesía en la parte baja de la pared derecha. *Iglesia* adoraba a Jem, pero era sabido que mordía a otros, por lo general sin previo aviso.

Encontró el libro que estaba buscando y se arrodilló junto a la estantería; lo hojeó hasta que encontró la página, la escena en la que el viejo de «Christabel» se da cuenta de que la muchacha que está ante sí es la hija del que fuera su mejor amigo y que ahora es su enemigo más odiado, el hombre al que nunca podrá perdonar.

Amigos fueron en la juventud;  
Pero los murmullos pueden envenenar la verdad;  
Y la constancia vive en los reinos de lo alto;  
Y la vida es espinosa, y la juventud vana;  
Y merecer a quien amamos  
Es como una locura para el cerebro.  
Ambos pronunciaron palabras de gran desprecio,  
E insultaron el corazón de su mejor hermano:  
Se separaron, ¡para nunca verse más!

La voz que oyó sobre ella era tan desenfadada como conocida.

—¿Comprobando si mi cita es exacta?

El libro se le resbaló a Tessa de las manos y cayó al suelo. Ella se levantó y observó, paralizada, a

Will agacharse para recogerlo y luego tendérselo con toda la cortesía del mundo.

—Te lo aseguro —añadió él—: mi memoria es perfecta.

«Y la mía», pensó Tessa.

Ésa era la primera vez que estaban solos desde hacía semanas. Desde aquella horrible escena en el tejado, cuando él había insinuado que la consideraba poco más que una prostituta y, además, estéril. Nunca habían vuelto a mencionar ese momento. Habían continuado como si todo fuera normal, comportándose con corrección cuando se hallaban en grupo y evitando quedarse solos. De alguna manera, cuando estaban con otra gente, Tessa casi era capaz de olvidarse de eso. Pero frente a Will, sólo Will (guapo como siempre, con el cuello de la camisa abierto para mostrar las Marcas negras sobre la clavícula y la blanca piel del cuello, y con la luz bailoteante de la vela reflejando los elegantes planos y ángulos de su rostro), el recuerdo de la vergüenza y la rabia le formaron un nudo en la garganta que ahogó sus palabras.

Él se miró la mano, que aún sujetaba el pequeño volumen encuadernado en cuero verde.

—¿Vas a quitarme a Coleridge de la mano o me voy a quedar eternamente en esta posición tan tonta?

En silencio, Tessa le cogió el libro.

—Si deseas utilizar la biblioteca —dijo ella, disponiéndose a salir—, puedes hacerlo sin problema. Ya he encontrado lo que buscaba, y como se hace tarde...

—Tessa —la llamó él, y tendió una mano para detenerla.

Ella lo miró y deseó poder pedirle que volviera a llamarla señorita Gray. Sólo la forma en que él decía su nombre la deshacía, le soltaba algo que tenía anudado con fuerza bajo las costillas y le cortaba la respiración. Deseó que él no usara su nombre, pero sabía lo ridículo que resultaría si se lo pedía. Sin duda estropearía todo lo que se había esforzado para conseguir que él le resultara indiferente.

—¿Sí? —preguntó ella.

Había algo de melancolía en la expresión de Will mientras la contemplaba. Tessa se contuvo para no mirarlo sorprendida. ¿Will, melancólico? Tenía que estar fingiendo.

—Nada. Yo... —Él sacudió la cabeza; un mechón de cabello oscuro le cayó sobre la frente, y se lo apartó de los ojos con un gesto impaciente—. Nada —repitió—. La primera vez que te enseñé la biblioteca, me dijiste que tu libro favorito era *The Wide Wide World*. He pensado que quizá te gustaría saber que lo... he leído. —Tenía la cabeza inclinada, y la miraba a través de las espesas pestañas, alzando sus ojos azules; Tessa se preguntó cuántas veces Will habría conseguido lo que se proponía sólo mirando así.

—¿Y ha resultado ser de tu gusto? —preguntó la chica con una voz educada y distante.

—En absoluto —contestó el cazador—. Me parece tonto y sentimental.

—Bueno, contra gustos... —repuso Tessa con dulzura, sabiendo que él estaba tratando de pincharla y negándose a morder el anzuelo—. Lo que para uno es miel para otro es hiel, ¿no te parece?

¿Se lo estaba imaginando o Will parecía decepcionado?

—¿Tienes algún otro americano que recomendarme?

—¿Por qué iba a hacerlo si usted se burla de mis gustos? Creo que tiene que aceptar que en cuestiones de lectura estamos en extremos opuestos, como lo estamos en muchas otras cosas, y buscar sus recomendaciones en otra parte, señor Herondale.

Se mordió la lengua en cuanto acabó de hablar. Eso había sido excesivo, y lo sabía.

Y como cabía esperar, Will no lo dejó pasar, y reaccionó como una araña que salta sobre una

mosca especialmente jugosa.

—¿Señor Herondale? —repitió—. Tessa, pensaba...

—¿Qué pensabas? —preguntó ella en un tono glacial.

—Que al menos podríamos hablar de libros.

—Lo hemos hecho —replicó ella—. Tú has insultado mis gustos. Y deberías saber que *The Wide World* no es mi libro favorito. Sólo es una historia que me gustó, como la de *The Hidden Hand*, o... ¿sabes?, quizá deberías sugerirme tú algo a mí, para que pueda juzgar tus gustos. De otra forma no sería justo.

Will saltó sobre la mesa más cercana y se sentó, balanceando las piernas, claramente pensando en el asunto.

—*El castillo de Otranto*...

—¿No es ése el libro en el que el hijo del héroe muere aplastado por un casco gigante que cae del cielo? ¡Y tú decías que *Historia de dos ciudades* era tonto! —exclamó Tessa, que habría muerto antes de admitir que había leído *Otranto* y le encantaba.

—*Historia de dos ciudades* —repitió Will—. Lo he vuelto a leer, ¿sabes?, porque hablamos de él. Y tenías razón. No es nada tonto.

—¿No?

—No —contestó él—. Hay demasiada desesperación en él.

Ella lo miró a los ojos. Eran azules como lagos; sintió como si se hundiera en ellos.

—¿Desesperación?

—Sydney no tiene futuro —comentó él, serio—, ¿no? Con amor o sin amor. Sabe que no puede salvarse sin Lucie, pero permitirle que esté con él sería degradarla.

Tessa negó con la cabeza.

—No es así como yo lo recuerdo. Su sacrificio es noble...

—Es lo único que puede hacer —insistió él—. ¿Recuerdas lo que le dice a Lucie? «De haber sido posible... que correspondierais al amor del hombre que tenéis delante, de este hombre degradado, fracasado, borracho y completamente inútil, él se hubiera dado cuenta en este día y en esta hora, a pesar de su felicidad, de que no os habría acarreado más que miseria, tristeza y arrepentimiento, que os habría mancillado y os habría hecho desgraciada, al arrastraros en su caída».

Un leño cayó en la chimenea y lanzó una lluvia de chispas, que los sobresaltó a ambos e hizo callar a Will; a Tessa el corazón le dio un vuelco, y apartó los ojos de su acompañante.

«Estúpida —se dijo enfadada—. Qué estúpida».

Recordaba cómo la había tratado, lo que le había dicho, y en ese momento estaba dejando que se le deshicieran las rodillas tan sólo por oír unas frases de Dickens.

—Bueno —repuso ella—. Sin duda has memorizado un buen trozo. Muy impresionante.

Will se abrió más el cuello de la camisa, dejando al descubierto la elegante curva de la clavícula. A Tessa le costó unos segundos darse cuenta de que él le estaba enseñando una Marca que tenía unos centímetros por encima del corazón.

—*Mnemosyne* —dijo Will—. La runa de la memoria. Es permanente.

Rápidamente, Tessa apartó la mirada.

—Es tarde. Debo retirarme; estoy agotada. —Pasó junto a él y fue hacia la puerta. Se preguntó si él resultaría herido, luego apartó esa idea de la cabeza. Era Will; por muy volátil que tuviera el humor, por muy encantador que fuera cuando estaba de buenas, era un veneno para ella, para cualquiera.



—*Vathek* —dijo él, mientras se dejaba caer de la mesa.

Tessa se detuvo en la puerta, al darse cuenta de que aún aferraba el libro de Coleridge, pero luego decidió que haría bien en llevárselo. Sería un agradable cambio respecto al *Códice*.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—*Vathek* —repitió Will—. De William Beckford. Si te gustó *Otranto* —ella pensó que no había admitido que le gustara—, creo que te gustará éste.

—Oh —exclamó ella—. Bueno. Gracias. Lo recordaré.

Él no contestó; seguía de pie donde ella lo había dejado, cerca de la mesa. Miraba al suelo, y el oscuro cabello le ocultaba el rostro. Un trocito del corazón de Tessa se ablandó.

—Y buenas noches, Will —añadió antes de darse cuenta.

Él la miró.

—Buenas noches, Tessa.

De nuevo parecía melancólico, pero no tan triste como antes. Fue a acariciar a *Iglesia*, que había estado durmiendo durante toda su conversación y ni siquiera se había despertado por el ruido del leño al caer en la chimenea, y aún se desperezaba en el atril, con las patas en alto.

—Will... —comenzó Tessa, pero fue demasiado tarde. *Iglesia* soltó un fuerte maullido al ser despertado, y enseñó las garras. Will comenzó a maldecir. Ella se marchó, incapaz de ocultar una ligerísima sonrisa.

## 4

### UN VIAJE

La amistad es una mente en dos cuerpos.

MENCIUS

Charlotte estrelló el papel contra el escritorio con una exclamación de rabia.

—Aloysius Starkweather es el más terco, hipócrita, obstinado, degenerado... —Se calló, en un evidente intento de controlar su rabia.

Tessa nunca le había visto la boca más apretada a la directora del Instituto.

—¿Quieres un diccionario de sinónimos? —preguntó Will. Se hallaba tumbado en uno de los sillones orejeros cerca de la chimenea del salón, con las botas sobre la otomana. Las tenía llenas de barro, y el sofá ya lo estaba también. En un día normal, Charlotte le hubiera reñido, pero la carta de Aloysius que había recibido esa mañana y por la que había reunido a todos en el salón parecía absorber toda su atención—. Parece que se te acaban las palabras.

—¿Y realmente es un «degenerado»? —preguntó Jem, ecuánime, desde las profundidades de otro sillón—. Quiero decir, el viejo tiene casi noventa años, sin duda ya le ha pasado la época de cualquier perversión auténtica.

—No sé —repuso Will—. Te sorprendería lo que llegan a hacer algunos de los viejos en la Taberna del Demonio.

—Nada de lo que haga alguien que tú conoces podría sorprendernos, Will —intervino Jessamine, que estaba tumbada en el diván, con un trapo húmedo sobre la frente. Aún no se le había pasado la jaqueca.

—Cariño —dijo Henry con ansiedad mientras iba hacia donde se hallaba sentada su esposa—, ¿estás bien? Se te ve un poco... a topos.

No se equivocaba. Manchas rojas de ira le habían cubierto el rostro y el cuello a Charlotte.

—Me parece encantador —señaló Will—. He oído que los topos son el último grito en moda esta temporada.

Henry, inquieto, le dio unas palmaditas a su mujer en el hombro.

—¿Quieres un paño frío? ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Podrías cabalgar hasta Yorkshire y cortarle la cabeza a ese viejo chivo. —Charlotte sonaba a punto de hacer una locura.

—¿No nos pondría eso en una posición bastante incómoda con la Clave? —preguntó su esposo—. No les suele gustar mucho lo de, ya sabes, las decapitaciones y cosas así.

—¡Oh! —exclamó la directora exasperada—. Es mi culpa, ¿no? No sé por qué pensé que me lo podía ganar. Ese hombre es una pesadilla.

—¿Qué te ha dicho exactamente? —preguntó Will—. En la carta, quiero decir.

—Se niega a verme, a mí o a Henry —explicó ella—. Dice que nunca perdonará a mi familia por lo que le hizo mi padre. Mi padre... —Suspiró—. Era un hombre difícil. Totalmente fiel a la letra de la Ley, y los Starkweather siempre han interpretado la Ley de un modo más abierto. Mi padre pensó que

allí en el norte vivían de cualquier manera, como salvajes, y no tuvo ningún reparo en decirlo. No sé qué más hizo, pero el viejo Aloysius parece que aún se siente personalmente insultado. Por no hablar de que también ha dicho que si me importara realmente lo que él piensa sobre algo, lo habría invitado a la última reunión del Consejo. ¡Como si yo estuviera a cargo de ese tipo de cosas!

—¿Por qué no lo invitaron? —inquirió Jem.

—Es demasiado viejo; no debería estar dirigiendo el Instituto. Pero se niega a renunciar y, por ahora, el cónsul Wayland no le ha obligado a ello, pero tampoco lo invita a las reuniones del Consejo. Creo que espera que Aloysius se dé cuenta de la insinuación o simplemente muera de viejo. Pero el padre de Aloysius vivió hasta los ciento cuatro años. Puede que tengamos que aguantarlo como otros quince años. —Charlotte movió la cabeza, desesperada.

—Bueno, si no quiere verte ni a ti ni a Henry, ¿por qué no envías a otro? —preguntó Jessamine con voz aburrida—. Diriges el Instituto; se supone que los miembros del Enclave deben hacer lo que tú les digas.

—Pero hay muchos del lado de Benedict —se quejó la mujer—. Quieren verme fracasar. No sé en quién puedo confiar.

—Puedes confiar en nosotros —afirmó Will—. Envíame a mí. Y también a Jem.

—¿Y yo qué? —preguntó Jessamine, indignada.

—¿Y tú qué? No querrás ir de verdad, ¿no?

Jessamine alzó la punta del paño húmedo que tenía sobre los ojos para mirar molesta a Will.

—¿En un tren apestoso todo el camino hasta la mortalmente aburrida Yorkshire? No, claro que no. Sólo quería que Charlotte supiera que puede confiar en mí.

—Confío en ti, Jessamine, pero es evidente que no te encuentras bien como para ir. Lo que es una pena, porque Aloysius siempre ha tenido debilidad por las caras bonitas.

—Una razón más por la que debo ir yo —insistió Will.

—Will, Jem... —Charlotte se mordió el labio—. ¿Estáis seguros? El Consejo no estaba nada complacido con las acciones independientes que realizasteis en el asunto de la Señora Oscuro.

—Bueno, pues deberían estarlo. ¡Matamos a un peligroso demonio! —protestó Will.

—Y salvamos a *Iglesia*.

—Dudo bastante que eso cuente a nuestro favor —opinó Will—. Ese gato me mordió tres veces la otra noche.

—Seguramente eso sí cuenta a tu favor —intervino Tessa—. O al menos en el de Jem.

Will le hizo una mueca, pero no parecía enfadado; era el tipo de mueca que podría haberle hecho a Jem si el otro chico se hubiera burlado de él. Quizá sí que podían comportarse de una manera educada el uno con el otro, pensó Tessa. La noche anterior había sido muy amable con ella en la biblioteca.

—Parece un viaje absurdo —señaló Charlotte. Las manchas rojas de la piel comenzaban a desvanecersele, pero tenía mal aspecto—. No creo que os cuente gran cosa si sabe que yo os he enviado. Si sólo...

—Charlotte —exclamó Tessa—, sí que hay una manera para conseguir que nos lo cuente.

La aludida la miró confusa.

—Tessa, ¿qué estás...? —Se interrumpió de golpe, y se le iluminaron los ojos—. Oh, ya veo. Tessa, qué idea más buena.

—¿Oh, qué? —quiso saber Jessamine—. ¿Qué idea?

—Si pudiéramos conseguir algo de él —explicó Tessa—, y me lo dierais, lo podría usar para

Cambiarme en él. Y quizá acceder a sus recuerdos. Os podría decir qué recuerda de Mortmain y los Shade, si es que recuerda algo.

—Entonces vendrás con nosotros a Yorkshire —afirmó Jem.

De repente, todos los ojos de la sala estaban clavados en Tessa. Completamente sobresaltada, no dijo nada durante un momento.

—No hace falta que nos acompañe —opinó Will—. Podemos conseguir un objeto y traérselo aquí.

—Pero Tessa ya nos ha dicho que necesita emplear algo que tenga una fuerte relación con el portador —explicó Jem—. Si lo que elegimos resulta ser insuficiente...

—También ha dicho que puede emplear un recorte de uña, un mechón de cabello...

—Así que me estás sugiriendo que cojamos el tren hasta York, nos reunamos con un viejo de noventa años, saltamos sobre él y le tiremos del pelo, ¿no? Estoy seguro de que la Clave estará encantada.

—Sólo dirían que estáis locos —replicó Jessamine—. Ya lo creen, así que ¿qué diferencia habrá?

—La decisión es de Tessa —apuntó Charlotte—. Es su poder el que le pedimos usar; debe decidir ella.

—¿Has dicho que cogeríamos el tren? —preguntó Tessa mirando a Jem.

Él asintió con la cabeza, y los ojos plateados le bailaron alegres.

—La línea norte tiene trenes que salen de Kings Cross durante todo el día —contestó—. Sólo son unas horas.

—Entonces iré —decidió Tessa—. Nunca he cogido un tren.

Will alzó las manos al cielo.

—¿Así? ¿Vienes porque nunca antes has estado en un tren?

—Sí —respondió ella; sabía que con su actitud tranquila lo volvía loco—. Me gustaría mucho viajar en uno.

—Los trenes son cosas sucias y llenas de humo —advirtió Will—. No te gustará.

Tessa no se inmutó.

—No lo sabré hasta que lo pruebe, ¿verdad?

—Yo nunca me he bañado desnudo en el Támesis, pero sé que no me gustaría.

—Pero piensa en lo entretenido que sería para los que te vieran —replicó Tessa, y vio que Jem agachaba la cabeza para ocultar una gran sonrisa—. De todas formas, no importa. Quiero ir e iré. ¿Cuándo salimos?

Will puso los ojos en blanco, pero Jem seguía sonriendo.

—Mañana por la mañana. Así llegaremos antes de que anochezca.

—Tengo que enviar un mensaje a Aloysius diciendo que os espere —dijo Charlotte, cogiendo la pluma. Se detuvo y los miró a todos—. ¿Es una mala idea? Me siento... como si no estuviera segura.

Tessa la miró preocupada; ver a Charlotte así, dudando de su propio instinto, la hacía odiar a Benedict Lightwood y a sus seguidores más de lo normal.

Fue Henry el que se acercó a la directora y le puso la mano sobre el hombro.

—La única alternativa parece ser no hacer nada, querida Charlotte —indicó—. Y soy de la opinión de que hacer nada pocas veces da resultado. Además, ¿qué podría ir mal?

—Oh, por el Ángel, ojalá no hubieras dicho eso —replicó su esposa con pasión, pero se inclinó sobre el papel y comenzó a escribir.

Esa tarde Tessa y Sophie tuvieron su segunda sesión de entrenamiento con los Lightwood. Después de ponerse el uniforme, Tessa salió de su cuarto y se encontró a la doncella esperándola en el pasillo. Ésta también estaba vestida para entrenar, con el cabello recogido en un adecuado moño detrás de la cabeza, y una expresión sombría en el rostro.

—Sophie, ¿qué pasa? —inquirió Tessa, mientras comenzaba a caminar junto a ella—. Tienes muy mala cara.

—Bueno, si de verdad lo quiere saber... —Sophie bajó la voz—. Es Bridget.

—¿Bridget? —La chica irlandesa se había mantenido invisible en la cocina desde su llegada, a diferencia de Cyril, que había estado de aquí para allá por la casa, haciendo recados para Sophie. El último recuerdo que Tessa tenía de Bridget era verla sentada sobre Gabriel Lightwood con un cuchillo. Se recreó en esa imagen durante un momento—. ¿Qué ha hecho?

—Es que... —Sophie dejó escapar un largo suspiro—. No es muy simpática. Agatha era mi amiga, pero Bridget... bueno, entre los criados nos da por hablar, ya sabe, normalmente, pero Bridget no quiere. Cyril es bastante simpático, pero Bridget se queda en la cocina sola, cantando esas horribles baladas irlandesas. Apuesto a que ahora mismo está cantando una.

No pasaban muy lejos de la puerta de la antecocina; Sophie hizo un gesto a Tessa para que la siguiera, y juntas se acercaron sigilosas y miraron dentro. La antecocina era grande, con puertas que daban a la cocina y a la despensa. La encimera estaba llena de comida para la cena: pescado y verduras, acabados de limpiar y preparar. Bridget estaba junto al fregadero, con el cabello rodeándole la cabeza con muchos rizos rojos, encrespados por la humedad. Y estaba cantando; Sophie tenía razón en eso. Su voz, que se alzaba sobre el ruido del agua, era aguda y dulce.

*Oh, su padre por la escalera la acompañó,  
Su madre el cabello rubio le peinó.  
Su hermana Ann a la cruz la llevó,  
Y su hermano John al caballo la subió.  
«Ahora tú estás arriba y yo abajo,  
Antes de partir, dame un beso».  
Ella se inclinó para besarlo,  
Él profundo la hirió y no falló.  
Y con un cuchillo afilado como un dardo,  
Su hermano, en el corazón, la apuñaló.*

Por un segundo, el rostro de Nate se le apareció a Tessa ante los ojos, y ésta se estremeció. Sophie, mirando más allá, no pareció notarlo.

—Eso es lo único sobre lo que canta —susurró Sophie—. Asesinato y traición. Sangre y dolor. Es horrible.

Por suerte, la voz de Sophie cubrió el final de la canción. Bridget había comenzado a secar los platos y comenzó una nueva balada, una melodía aún más melancólica que la primera.

*¿Por qué tu espada así gotea sangre,*

*Edward, Edward?*

*¿Por qué tu espada así gotea sangre?*

*¿Y por qué tan triste estás?*

—Ya basta. —Sophie se volvió y se apresuró por el pasillo; Tessa la siguió—. Ve a qué me refiero, ¿verdad? Es tan horriblemente morbosa, y es horrible compartir la habitación con ella. No dice ni una palabra ni de día ni de noche, sólo gime...

—¿Compartes la habitación con ella? —Tessa estaba sorprendida—. Pero hay muchas habitaciones en el Instituto...

—Para cazadores de sombras de visita —explicó Sophie—. No para los sirvientes. —Lo dijo sin segundas, como si nunca se le hubiera ocurrido quejarse porque docenas de espléndidas habitaciones estuvieran vacías mientras ella tenía que compartir una con Bridget, la cantante de baladas macabras.

—Podría hablar con Charlotte... —comenzó Tessa.

—Oh, no. Por favor, no lo haga. —Habían llegado a la puerta de la sala de entrenamiento. Sophie se volvió hacia ella, nerviosa—. No quería que pensara que me he estado quejando de los otros sirvientes. De verdad que no, señorita Tessa.

Ella iba a asegurarle que no diría nada a la directora si eso era lo que Sophie quería, cuando oyó voces airadas al otro lado de la puerta de la sala de entrenamiento. Le hizo un gesto a la criada para que guardara silencio, se inclinó y escuchó.

Las voces eran sin duda las de los hermanos Lightwood. Reconoció los tonos graves y ásperos de Gideon.

—Llegará el momento del juicio, Gabriel. De eso puedes estar seguro. Lo que importa es de qué lado estemos cuando llegue.

—Estaremos junto a padre, claro. ¿Dónde si no? —replicó Gabriel en un tono tenso.

Hubo un silencio.

—No lo sabes todo de él, Gabriel. No sabes todo lo que ha hecho.

—Sé que somos Lightwood, y que él es nuestro padre. Sé que estaba convencido de que lo nombrarían director del Instituto cuando Granville Fairchild muriera...

—Quizá el Cónsul sepa más sobre él que tú. Y más sobre Charlotte Branwell. No es la tonta que tú crees que es.

—¿De verdad? —La voz de Gabriel era sarcástica—. ¿Dejarnos venir aquí para entrenar a sus preciosas chicas, no la convierte en una tonta? ¿No debería haber supuesto que estamos espiando para padre?

Sophie y Tessa se miraron con ojos muy abiertos.

—Lo acepta porque el Cónsul la obligó. Y además, nos reciben en la puerta, nos acompañan a esta sala, y luego nos acompañan al salir. Y la señorita Collins y la señorita Gray no saben nada importante. ¿Qué mal dirías tú que le está causando nuestra presencia aquí?

Hubo un silencio durante el que Tessa casi pudo oír a Gabriel ponerse de morros.

—Si desprecias tanto a padre —dijo éste finalmente—, ¿por qué has regresado de España?

—He vuelto por ti... —contestó Gideon, con tono de exasperación.

Sophie y Tessa habían estado apoyadas contra la puerta, con la oreja pegada a la hoja. En ese momento, ésta cedió y se abrió de golpe. Ambas se irguieron rápidamente, y Tessa esperó que no se les notara en la cara que habían estado escuchando.

Gabriel y Gideon se hallaban en un charco de luz en el centro de la sala, cara a cara. Tessa se fijó en algo que no había visto antes: Gabriel, a pesar de ser el menor, era varios centímetros más alto que Gideon. Éste era más musculoso, más ancho de hombros. Se pasó la mano por el rubio cabello, e hizo una seca inclinación de cabeza a las chicas cuando aparecieron en el umbral.

—Buenos días —saludó.

Gabriel Lightwood fue a recibirlas. Era bastante alto, pensó Tessa, que hubo de inclinar el cuello hacia atrás para mirarle a la cara. Al ser una chica alta, no le ocurría a menudo tener que echar la cabeza hacia atrás para mirar a un hombre, aunque tanto Will como Jem eran más altos que ella.

—¿La señorita Lovelace está aún lamentablemente ausente? —inquirió él sin molestarse en saludarla.

Su expresión era tranquila, y la única señal de su anterior agitación era una vena que le latía justo debajo de la runa de Valor en Combate que tenía dibujada en el cuello.

—Sigue con jaqueca —contestó Tessa, mientras iba tras él hacia el centro de la sala de entrenamiento—. No sabemos por cuánto tiempo estará indispuesta.

—Sospecho que hasta que se acaben estas sesiones de entrenamiento —replicó Gideon, de una forma tan seca que Tessa se sorprendió cuando Sophie se echó a reír.

Inmediatamente, la joven recuperó la seriedad, pero no antes de que el mayor de los Lightwood le hubiera lanzado una mirada sorprendida, y casi apreciativa, como si no estuviera acostumbrado a que rieran sus chistes.

Con un suspiro, Gabriel soltó dos largos palos de sus vainas en la pared. Le pasó uno a Tessa.

—Hoy —comenzó a explicar—, haremos ejercicios de parada y bloqueo...

Como era habitual, Tessa estuvo despierta mucho rato esa noche antes de conseguir dormir. Últimamente había estado teniendo pesadillas, por lo general sobre Mortmain, con sus fríos ojos grises y la voz aún más fría diciéndole tranquilamente que él la había hecho, que «No hay ninguna Tessa Gray».

Ella se había enfrentado cara a cara con él, con el hombre al que buscaban, y aún seguía sin saber realmente qué quería de ella. Casarse, pero ¿por qué? Para poseer su poder, pero ¿con qué fin? La idea de sus fríos ojos de lagarto sobre ella la hacía estremecer; la idea de que él pudiera tener algo que ver con su nacimiento era incluso peor. No creía que nadie, ni siquiera Jem, el maravilloso y comprensivo Jem, entendiera del todo su ardiente necesidad de saber qué era, o el temor a ser algún tipo de monstruo, un temor que la despertaba en medio de la noche y la dejaba jadeante y arañándose la propia piel, como si pudiera pelarse para mostrar una piel de demonio debajo.

En ese momento oyó un ruido junto a su puerta y el ligero arañazo de algo al ser empujado contra ella. Después de unos segundos, salió de la cama y cruzó el cuarto.

Abrió la puerta y se encontró con el pasillo vacío y el suave sonido de música de violín que le llegaba de la habitación de Jem al otro lado del corredor. A sus pies había un pequeño libro verde. Lo cogió y miró las letras estampadas en oro en el lomo: «*Vathek*, de William Beckford».

Cerró la puerta, se llevó el libro a la cama y se sentó para examinarlo. Will debía de habérselo dejado. No podía haber sido nadie más. Pero ¿por qué? ¿Por qué esas pequeñas y extrañas gentilezas en la oscuridad, la charla sobre libros y la frialdad el resto del tiempo?

Abrió el libro por la página del título. Will le había escrito una nota; no una nota exactamente. Un

poema.

Para Tessa Gray, con motivo de recibir una copia de *Vathek* para leer:

*El califa Vathek y su sombría horda  
Al infierno van, ¡no te aburrirán!  
Tu fe en mí recuperarás,  
A menos que este detalle te desagrade  
Y mi humilde regalo desoigas.*

WILL

Tessa se echó a reír, y luego se tapó la boca con la mano. A la porra Will, porque siempre conseguía hacerla reír, incluso cuando ella no quería, incluso cuando ella sabía que abrirle su corazón, aunque sólo fuera una ranura, era como tomar un pellizco de alguna droga adictiva. Dejó la copia de *Vathek*, junto con el poema de Will, deliberadamente terrible, en su mesilla de noche, se metió en la cama y hundió el rostro en la almohada. Aún podía oír la música del violín de Jem, tristemente dulce, colándose por debajo de la puerta. Con todas sus fuerzas, trató de no pensar en Will, y al final, cuando se quedó dormida y soñó, por una vez él no apareció en sus sueños.

El día siguiente llovía, y a pesar del paraguas, Tessa notaba que el fino sombrero que Jessamine le había prestado comenzaba a caérsele sobre las orejas, como un pájaro empapado, mientras Jem, Will y ella, con Cyril cargando su equipaje, corrían desde el carruaje hasta la Estación de Kings Cross. A través de la cortina de lluvia gris, sólo veía un alto e impresionante edificio, con una gran torre con reloj alzándose ante ella. En lo más alto había una veleta, que mostraba que el viento soplabla hacia el norte, y con fuerza, salpicándole frías gotas de lluvia a la cara.

En el interior, la estación era un caos: gente apresurándose aquí y allí; vendedores de periódicos gritando las noticias; hombres paseándose de arriba abajo con carteles atados al pecho, anunciando desde tónicos capilares hasta jabón. Un niño con una chaqueta Norfolk corría de un lado al otro, con su madre persiguiéndolo. Will le dijo algo a Jem y se perdió entre la multitud.

—Se ha ido y nos ha dejado, ¿no? —preguntó Tessa, peleándose con el paraguas, que se negaba a cerrarse.

—Permíteme hacerlo. —Con habilidad, Jem apretó el mecanismo; el paraguas se plegó con un decidido chasquido. Tessa sonrió a Jem, mientras se apartaba el cabello húmedo de los ojos. En ese momento regresó Will acompañado con un mozo con cara de pocos amigos, que le cogió el equipaje a Cyril y les soltó que se dieran prisa, que el tren no iba a esperar todo el día.

Will miró al mozo y luego el bastón de Jem, y de vuelta. Entrecerró los ojos.

—Nos espera a nosotros —puntualizó Will con una sonrisa asesina.

El mozo parecía anonadado, pero dijo: «Señor» en un tono mucho menos agresivo, y procedió a guiarlos hacia el andén de salida. La gente, ¡muchísima gente!, pasaba junto a Tessa mientras ésta se abría camino, agarrando a Jem con una mano y el sombrero de Jessamine con la otra. Al fondo de la estación, donde las vías salían a campo abierto, vio el cielo gris acero, manchado de hollín.



Jem la ayudó a subir al compartimento; hubo mucho alboroto con el equipaje. Will finalmente le dio una propina al mozo entre gritos y pitidos mientras el convoy se preparaba para partir. La puerta se cerró tras ellos justo cuando el tren comenzaba a avanzar, con el humo pasando por la ventana en rachas blancas y las ruedas traqueteando alegremente.

—¿Ta has traído algo para leer durante el viaje? —preguntó Will mientras se sentaba frente a Tessa.

Jem estaba al lado de ella, y apoyaba el bastón contra la pared.

Ella pensó en la copia de *Vathek* y en el poema de Will en su interior; lo había dejado en el Instituto para evitar tentaciones, igual que se dejaría una caja de bombones si se estuviera a dieta y no se quisiera ganar peso.

—No —contestó Tessa—. Últimamente no he encontrado nada que quiera leer especialmente.

Will alzó el mentón, pero no dijo nada.

—Siempre resulta excitante iniciar un viaje, ¿no te parece? —continuó Tessa, pegada a la ventanilla, aunque poco podía ver aparte del humo, el hollín y la lluvia gris; Londres era una tenue sombra en la niebla.

—No —respondió Will, mientras se recostaba en su asiento y se ponía el sombrero sobre los ojos.

Tessa siguió con la cara pegada en el vidrio mientras el gris Londres fue quedando atrás, y con él la lluvia. Pronto estuvieron avanzando a través de campos verdes moteados de ovejas blancas, y aquí y allí se distinguía la punta de la torre de algún pueblo en la distancia. El cielo había pasado de un color acero a un azul húmedo y neblinoso, y pequeñas nubes negras se deslizaban por él. Tessa lo observaba todo fascinada.

—¿No habías estado nunca antes en el campo? —preguntó Jem, y, a diferencia de la de Will, su pregunta tenía el aire de auténtica curiosidad.

Tessa negó con la cabeza.

—No recuerdo haber salido nunca de Nueva York, excepto para ir a Coney Island, y eso no es realmente el campo. Supongo que debo de haber pasado por una parte cuando llegué desde Southampton con las Hermanas Oscuras, pero era de noche, y tenían las cortinas echadas sobre las ventanas. —Se quitó el sombrero, que goteaba, y lo dejó en el asiento que había entre ellos para que se secara—. Pero me parece como si ya lo hubiera visto. En los libros. No dejo de imaginarme que veré Thornfield Hall alzándose entre los árboles, o Wuthering Heights colgada de un peñasco rocoso...

—Wuthering Heights está en Yorkshire —indicó Will, desde debajo de su sombrero—, y aún estamos lejos de allí. Ni siquiera hemos llegado a Grantham. Y no hay nada tan impresionante en Yorkshire. Colinas y valles, ni siquiera auténticas montañas como tenemos en Gales.

—¿Echas de menos Gales? —quiso saber Tessa.

No estaba segura de por qué lo había hecho; sabía que preguntar a Will sobre su pasado era como echar sal en la herida, pero no parecía poder evitarlo.

Will se encogió de hombros despreocupadamente.

—¿Qué hay para echar de menos? Ovejas y canciones —contestó—. Y el ridículo idioma. *Fe hoffwn i fod mor feddw, fyddai ddim yn cofio enw.*

—¿Qué significa?

—Significa: «Me gustaría emborracharme tanto que no pudiera recordar ni mi nombre». Muy útil.

—No pareces muy patriótico —observó Tessa—. ¿No estabas recordando las montañas?

—¿Patriótico? —Will parecía satisfecho de sí mismo—. Te diré lo que es patriótico —añadió—:

En honor a mi lugar de nacimiento, tengo el dragón de Gales tatuado en el...

—Estás de un humor encantador, ¿verdad, William? —lo interrumpió Jem, aunque no había ninguna aspereza en su voz. Aun así, después de haberlos observado durante cierto tiempo, juntos y por separado, Tessa sabía que el uso de sus nombres completos en vez de la forma abreviada tenía un significado—. Recuerda que Starkweather no aguanta a Charlotte, así que si estás de este humor...

—Te prometo que lo encantaré hasta la médula —repuso Will, incorporándose y ajustándose su chafado sombrero—. Lo encantaré con tal fuerza que cuando acabe, lo dejaré tirado en el suelo, tratando de recordar su propio nombre.

—Tiene ochenta y nueve años —masculló Jem—. Quizá ya tenga ese problema.

—¿Y supongo que ahora te estás reservando todo ese encanto? —intervino Tessa—. ¿No te apetecería gastar un poco con nosotros?

—En eso estaba pensando... —Will parecía satisfecho—. Y no es a Charlotte a quien los Starkweather no soportan, Jem. Es a su padre.

—Los pecados del padre... —replicó su amigo—. No están muy dispuestos a que les agrade ningún Fairchild, o nadie relacionado con uno. Charlotte ni siquiera ha dejado venir a Henry...

—Eso es porque siempre que se deja salir a Henry de casa solo, se corre el riesgo de crear un incidente internacional —bromeó Will—. Pero sí, para responder a la pregunta que no has formulado, sí que comprendo la confianza que Charlotte ha depositado en nosotros, y tengo la intención de comportarme. Al igual que vosotros, no quiero ver a ese Benedict Lightwood y a sus horrorosos hijos a cargo del Instituto.

—No son horrorosos —protestó Tessa.

—¿Qué? —preguntó Will, sorprendido.

—Gideon y Gabriel —insistió la chica—. Lo cierto es que son bastante guapos, nada horrorosos.

—Me refería —explicó Will en un tono sepulcral— a las negras profundidades de sus almas.

Tessa resopló.

—¿Y de qué color se supone que son las profundidades de tu alma, Will Herondale?

—Malva —contestó él.

Tessa miró a Jem en busca de ayuda, pero éste se limitó a sonreír.

—Quizá deberíamos preparar una estrategia —planteó—. Starkweather odia a Charlotte, pero sabe que ella nos ha enviado. Así que ¿qué haremos para abrirnos un camino hasta su corazón?

—Tessa puede utilizar sus encantos femeninos —respondió Will—. Charlotte dijo que al viejo le gustaría una cara bonita.

—¿Cómo ha explicado Charlotte mi presencia? —inquirió Tessa, al darse cuenta con retraso de que debería haberlo preguntado antes.

—No lo ha hecho; sólo le ha dado nuestros nombres —reveló el galés—. Ha sido bastante seca. Creo que nos toca a nosotros inventarnos una historia plausible.

—No podemos decir que soy una cazadora de sombras; sabría inmediatamente que no es cierto. No tengo Marcas.

—Ni tampoco ninguna marca de bruja. Pensará que eres una mundana —dijo Jem—. Podrías Cambiar, pero...

Will la miró meditando. Aunque Tessa sabía que aquello no significaba nada, peor que nada, en realidad, aún sintió su mirada como si fuera el roce de un dedo sobre la nuca, haciéndola estremecer. Se obligó a devolverle la mirada fijamente.

—Quizá podríamos decir que es una tía solterona loca que insiste en hacernos de carabina allá adonde vamos.

—Mi talento es cambiar de forma, Will, no actuar —replicó Tessa, y Jem se echó a reír con ganas. Will lo miró muy serio.

—Aquí te ha ganado, Will —observó Jem—. A veces pasa, ¿no? Quizá debería presentar a Tessa como mi prometida. Podríamos decirle al viejo loco de Aloysius que su Ascensión está en camino.

—¿Ascensión? —Tessa no recordaba nada sobre ese término en el *Códice*.

—Cuando un cazador de sombras desea casarse con una mundana... —comenzó Jem.

—Pero creía que estaba prohibido, ¿no? —preguntó ella, mientras el tren entraba en un túnel. De repente se hizo la oscuridad en su compartimento, aunque Tessa tuvo de todas formas la sensación de que Will estaba mirándola, esa sensación escalofriante de que tenía los ojos clavados en ella.

—Lo está. A no ser que la Copa Mortal se emplee para transformar a ese mundano en un cazador de sombras. No es un resultado habitual, pero pasa. Si el cazador de sombras en cuestión solicita a la Clave una Ascensión para su pareja, la Clave debe pensarlo al menos tres meses. Mientras tanto, el mundano se embarca en un programa de estudios para aprender la cultura de los cazadores de sombras...

El pitido del tren tapó la voz de Jem mientras la locomotora salía del túnel. Tessa miró a Will, pero éste tenía la mirada fija en la ventana, y no en ella. Debía de habérselo imaginado.

—Supongo que no es una mala idea —comentó—. Sé bastante; casi me he acabado todo el *Códice*.

—Y parecería razonable que te hubiera traído conmigo —añadió Jem—. Como una posible Ascendente, puedes querer aprender sobre los otros Institutos además del de Londres. —Miró a Will—. ¿Qué te parece?

—Me parece tan buena idea como otra cualquiera —contestó Will, que seguía mirando por la ventana; el campo era menos verde, más inhóspito. No se veía ningún pueblo, sólo largas franjas de hierba gris verdosa y peñascos de roca negra.

—¿Cuántos Institutos hay, además del de Londres? —preguntó Tessa.

Jem los fue contando con los dedos.

—¿En Gran Bretaña? Londres; York; uno en Cornualles, cerca de Titangel; uno en Cardiff, y uno en Edimburgo. Aunque todos son más pequeños, y dependen del Instituto de Londres, que a su vez depende de Idris.

—Gideon Lightwood dijo que estaba en el Instituto de Madrid. ¿Qué diablos estaba haciendo allí?

—Perdiendo el tiempo, lo más seguro —contestó Will.

—Cuando terminamos nuestro entrenamiento, a los dieciocho años —explicó Jem, como si Will no hubiera hablado—, nos animan para que viajemos, para que pasemos tiempo en otros Institutos, para experimentar algo de la cultura de los cazadores de sombras en otros lugares. Siempre hay técnicas diferentes y trucos locales que aprender. Gideon sólo ha estado fuera unos meses. Si Benedict lo ha hecho volver tan pronto, es que debe de pensar que su puesto en el Instituto es cosa segura. —Jem parecía preocupado.

—Pero se equivoca —añadió Tessa con firmeza, y cuando la preocupación no abandonó los ojos grises de Jem, buscó algo para cambiar de tema—. ¿Dónde está el Instituto de Nueva York?

—No nos hemos aprendido todas las direcciones, Tessa. —Había algo en la voz de Will, un trasfondo peligroso.

—¿Pasa algo? —le preguntó Jem, mirándolo fijamente.

Will se sacó el sombrero y lo dejó en el asiento junto al suyo. Los miró a ambos fijamente durante un momento. Tessa pensó que era tan agradable de contemplar como siempre, pero que parecía haber algo «gris» en él, casi desleído. Para alguien que a menudo parecía brillar con fuerza, era como si esa luz se hubiera agotado, como si hubiera estado haciendo rodar permanentemente una roca cuesta arriba como Sísifo.

—Anoche bebí demasiado —contestó Will finalmente.

«La verdad, ¿por qué te molestas, Will? ¿No te das cuenta de que ambos sabemos que mientes?», estuvo a punto de decir Tessa, pero una mirada de Jem la hizo callar.

Éste miraba al galés con preocupación, mucha preocupación, aunque Tessa sabía que él no creía a Will en lo de beber, como tampoco lo creía ella. Pero...

—Bueno —fue todo lo que Jem dijo, como bromeando—, si hubiera una runa de la Sobriedad...

—Sí. —Will le devolvió la mirada, y la tensión en su rostro se relajó ligeramente—. Si podemos seguir discutiendo tu plan, Jem... Es bueno, excepto por una cosa. —Se inclinó hacia adelante—. Si se supone que es tu prometida, Tessa necesita un anillo.

—Ya lo había pensado —admitió Jem, y sorprendió a Tessa, que se había imaginado que esa idea de la Ascendente se le acababa de ocurrir. Jem metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un anillo de plata, que le tendió a Tessa en la palma. No era muy diferente del anillo de plata que Will llevaba muchas veces, aunque el de éste tenía un dibujo de unos pájaros en vuelo y ése tenía alrededor un detallado grabado de las almenas de un castillo—. El anillo de la familia Carstairs —anunció—. Si te parece...

Tessa se lo cogió y se lo puso en el dedo anular izquierdo, donde pareció ajustársele de forma mágica. Pensó que tenía que decir algo como «Es muy bonito» o «Gracias», pero, naturalmente, él no le estaba pidiendo matrimonio, ni tampoco era un regalo. Sólo era parte de la trama.

—Charlotte no lleva un anillo de casada —comentó—. No me había dado cuenta de que los cazadores de sombras los llevaban.

—No los llevamos —informó Will—. La costumbre es dar a la chica el anillo de tu familiar cuando te comprometes, pero en la ceremonia de la boda se intercambian runas en vez de anillos. Una en el brazo y otra sobre el corazón.

—«Grábame como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor; los celos crueles como la tumba» —citó Jem—. *El Cantar de los Cantares*.

—¿«Los celos crueles como la tumba»? —Tessa arqueó las cejas—. Eso no es... muy romántico.

—«Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama» —añadió Will, sacudiendo las cejas—. Siempre había pensado que las mujeres encontraban muy romántica la idea de los celos. Hombres luchando por ti...

—Bueno, no hay ninguna «tumba» en las bodas mundanas —replicó ella—. Aunque vuestra capacidad para citar la Biblia es impresionante. Mejor que la de mi tía Harriet.

—¿Lo has oído, Jem? Nos acaba de comparar con su tía Harriet.

El aludido, como siempre, estaba tranquilo.

—Debemos conocer bien todos los textos religiosos —explicó—. Para nosotros son manuales de instrucciones.

—¿Y los memorizáis en la escuela? —Tessa se dio cuenta de que no había visto ni a Will ni a Jem estudiando desde que estaba en el Instituto—. ¿O quizá cuando estáis bajo un tutor?

—Sí, aunque Charlotte ha descuidado bastante nuestra formación últimamente, como puedes imaginarte —dijo Will—. O tienes un tutor o vas a la escuela en Idris; es decir, hasta que llegues a la mayoría de edad, a los dieciocho. Que por suerte será pronto, para los dos.

—¿Quién es el mayor de los dos?

—Jem —contestó Will.

—Yo —respondió el aludido al mismo tiempo.

Y también rieron al unísono.

—Pero sólo por tres meses —añadió Will.

—Sabía que tendrías de decir eso —replicó Jem sonriendo de medio lado.

Tessa miró a uno y a otro. No podía haber dos chicos con aspecto más diferente o que tuvieran un carácter más distinto. Sin embargo...

—¿Es eso lo que significa ser *parabatai*? —preguntó—. ¿Acabar las frases del otro y cosas así? Porque en el *Códice* no se explica mucho.

Will y Jem se miraron. Will se encogió de hombros primero.

—Es bastante difícil de explicar —contestó altivo—. Si no lo has experimentado...

—Quiero decir —lo interrumpió Tessa—, no podéis... no sé... leerlos el pensamiento, o algo así, ¿no?

Jem soltó un resoplido de risa. Will abrió sus brillantes ojos como platos.

—¿Leernos el pensamiento? Horror, no.

—Entonces ¿de qué sirve? Juráis protegeros mutuamente, eso lo entiendo, pero ¿no se supone que tienen que hacer eso todos los cazadores de sombras?

—Es más que eso —contestó Jem, que había dejado de resoplar y parecía sombrío—. La idea de *parabatai* viene de una vieja historia, la de Jonathan y David. «Y así ocurrió... que el alma de Jonathan estaba unida con el alma de David, y Jonathan lo amaba como a su propia alma... Entonces, Jonathan y David hicieron un pacto, porque lo amaba como a su propia alma». Eran dos guerreros, y sus almas estaban unidas por el Cielo, y de ahí Jonathan Cazador de Sombras tuvo la idea de los *parabatai*, e incluyó la ceremonia en la Ley.

—Pero no es necesario que sean dos hombres. ¿Pueden ser un hombre y una mujer, o dos mujeres?

—Claro —asintió Jem—. Sólo tienes dieciocho años para elegir a tu *parabatai*. Una vez tienes más edad, el ritual ya no te está permitido. Y no es sólo cuestión de prometer guardar al otro. Debes ponerte delante del Consejo y jurar que darás tu vida por tu *parabatai*. Que irás a donde él vaya, que te enterrarán donde lo entierren. Si hubiera una flecha dirigida hacia Will, yo estaría obligado por juramento a ponerme en medio.

—Muy cómodo eso —dijo Will.

—Y naturalmente, él está obligado a hacer lo mismo por mí —continuó Jem—. Aunque pueda decir lo contrario, Will no viola sus juramentos, o la Ley. —Le echó una dura mirada a su amigo, que le sonrió débilmente y miró por la ventana.

—Vaya —exclamó Tessa—, eso es muy enternecedor, pero no consigo ver cómo puede resultar una ventaja.

—No todos tienen un *parabatai* —añadió Jem—. La verdad es que muy pocos de nosotros encuentra uno en el tiempo permitido. Pero los que lo tienen, pueden sacar fuerzas de su *parabatai* en la batalla. Una runa puesta por tu *parabatai* siempre es más potente que una que te pones tú mismo, o

que te ponga otro. Y hay algunas runas que podemos utilizar y que ningún otro cazador de sombras puede, porque emplean nuestro doble poder.

—Pero ¿qué pasa si decidís que ya no queréis seguir siendo *parabatai*? —inquirió Tessa, curiosa—. ¿Se puede deshacer el ritual?

—Dios santo, mujer —exclamó Will—. ¿Hay alguna pregunta de la que no quieras saber la respuesta?

—No veo qué mal hay en explicárselo. —Jem tenía las manos dobladas sobre el pomo del bastón—. Cuanto más sepa, mejor podrá fingir que planea Ascender. —Miró a la chica—. El ritual no se puede deshacer excepto en unas cuantas situaciones. Si uno de nosotros se convierte en un subterráneo o un mundano, entonces se rompe el lazo. Y claro, si uno de nosotros muere, él otro queda libre. Pero no para elegir a otro *parabatai*. Un cazador de sombras no puede participar en el ritual más de una vez.

—Es como estar casado, ¿no? —comentó Tessa plácidamente—, por la Iglesia católica. Como Enrique VIII; tuvo que crear una nueva religión para poder escapar de sus votos.

—Hasta que la muerte nos separe —sentenció Will, con la mirada aún fija en el campo, que corría a toda velocidad fuera de la ventana.

—Bueno, Will no necesitará crear una nueva religión sólo para librarse de mí —repuso Jem—. Pronto será libre.

Will lo miró fijamente, pero fue Tessa la que respondió.

—No digas eso —regañó a Jem—. Aún se podría encontrar una cura. No veo ninguna razón para abandonar toda esperanza.

Casi se encogió ante la mirada que Will le echó: azul, ardiente y furiosa. Jem pareció no darse cuenta.

—No he abandonado la esperanza —replicó tranquilamente y sin que le afectara lo que había dicho—. Sólo que espero cosas diferentes que tú, Tessa Gray.

Después de eso fueron pasando las horas, horas en las que Tessa dormitó, con la cabeza apoyada en la mano, con el sordo estruendo de las ruedas del tren entremezclándose en sus sueños. Al final se despertó cuando Jem la sacudió suavemente por los hombros, mientras el pitido del tren sonaba y los revisores gritaban el nombre de la estación de York. En un lío de maletas, sombreros y mozos, descendieron al andén. No estaba ni mucho menos tan lleno de gente como en Kings Cross, y lo cubría una impresionante bóveda de vidrio y hierro, por la que se podía divisar el cielo gris oscuro.

Había andenes hasta donde alcanzaba la vista; Tessa, Jem y Will se hallaban en el que estaba más cerca del edificio de la estación, donde unos grandes relojes de esfera dorada proclamaban que eran las seis de la tarde. Se hallaban más al norte que en Londres, y el cielo ya se había oscurecido.

Acababan de colocarse bajo uno de los relojes cuando un hombre salió de entre las sombras. Tessa casi se sobresaltó al verlo. Llevaba una pesada capa, un sombrero que parecía de lona impermeabilizada y botas como un viejo marino. Tenía una barba larga y blanca, y sobre los ojos unas espesas cejas blancas. Le puso la mano a Will en el hombro.

—¿Nefilim? —preguntó con una voz brusca y con mucho acento—. ¿Sois vosotros?

—Dios santo —exclamó Will mientras se llevaba la mano al corazón en un gesto teatral—. Es el viejo marino que a uno detuvo de los tres.

—Me hallo aquí a petición de Aloysius Starkweather. ¿Sois los chicos que quiere o no? No tengo toda la noche para perder.

—¿Una cita importante con un albatros? —inquirió Will—. Por nosotros no te molestes.

—Lo que mi amigo quiere decir —repuso Jem—, es que sí que somos los cazadores de sombras del Instituto de Londres. Nos envía Charlotte Branwell. ¿Y usted es...?

—Gottshall —contestó el hombre con aspereza—. Mi familia lleva sirviendo a los cazadores de sombras del Instituto de York casi tres siglos. Puedo ver más allá de los *glamoures*, jovencitos. Excepto por ésta —añadió, y miró a Tessa—. Si hay un *glamour* en la chica, es algo que no he visto nunca.

—Es una mundana... una Ascendente —repuso Jem inmediatamente—. Pronto será mi esposa. —Le cogió la mano a Tessa de una forma protectora, y se la volvió para que Gottshall pudiera ver el anillo—. El Consejo pensó que le resultaría beneficioso ver otro Instituto además del de Londres.

—¿Se ha informado al señor Starkweather de esto? —preguntó Gottshall, y sus ojos negros los miraron penetrantes por debajo del ala del sombrero.

—Depende de lo que le haya dicho la señora Branwell —respondió Jem.

—Bueno, espero por vuestro bien que le haya dicho algo —replicó el viejo sirviente, alzando las cejas—. Si alguien en el mundo odia más las sorpresas que Aloysius Starkweather, aún no he conocido al cabr... caballero. Con perdón, señorita.

Tessa sonrió e inclinó la cabeza, pero, por dentro, se le retorció el estómago. Miró a Jem y a Will, pero ambos chicos parecían tranquilos y sonreían. Estaban acostumbrados a ese tipo de subterfugios, pensó Tessa, y ella no. Ya había fingido ser otra persona antes, pero nunca como sí misma, nunca con su propio rostro y no el de otro. Por alguna razón, la idea de mentir sin un cuerpo falso en el que esconderse la aterrorizaba. Lo único que esperaba era que Gottshall estuviera exagerando, aunque había algo, tal vez el brillo en sus ojos mientras la miraba, que le decía que no era así.

## 5

### SOMBRAS DEL PASADO

Pero seres malvados, con ropajes de luto,  
asaltaron la elevada posición del monarca;  
(¡Ay, lloremos, pues nunca el alba  
despuntará sobre él, el desolado!)  
Y en torno a su mansión, la gloria que brillaba y florecía  
es sólo una leyenda vagamente recordada  
de las viejas edades sepultadas

EDGAR ALLAN POE, *El palacio encantado*

Tessa casi ni se fijó en el interior de la estación mientras seguían al criado de Starkweather por el bullicioso vestíbulo, en medio del barullo y el ajetreo, la gente que se topaba contra ella, el olor a humo de carbón y comida, los carteles medio empañados de la Gran Línea del Norte y de las líneas de York y las Midlands. Pronto estuvieron fuera de la estación, bajo el cielo gris que se arqueaba en lo alto, amenazando lluvia. Un gran hotel se recortaba contra el cielo del ocaso junto a un extremo de la estación; Gottshall los guió apresuradamente hacia allí, donde un carruaje negro con las cuatro ces de la Clave pintadas en la puerta esperaba junto a la entrada. Después de cargar el equipaje y subir a su interior, partieron; el carruaje torció por Tanner Row para unirse al flujo del tráfico.

Will permaneció en silencio la mayor parte del viaje, tamborileando con los dedos sobre la rodilla, con los ojos distantes y pensativos. Fue Jem quien se encargó de hablar; se inclinó sobre Tessa para abrir las cortinas de su lado del carruaje. Le fue señalando puntos de interés: el cementerio donde habían enterrado a las víctimas de la epidemia de cólera, y las antiguas murallas de la ciudad, que se alzaban ante ellos, almenadas en lo alto como el diseño de su anillo. Una vez fuera de las murallas, las calles se estrecharon. Tessa pensó que era como Londres, pero a escala reducida; incluso las tiendas ante las que pasaron, una carnicería y una mercería, parecían más pequeñas. Los peatones, hombres en su mayor parte, que se apresuraban con la barbilla hundida en el cuello del abrigo para protegerse de la suave lluvia que había comenzado a caer, no iban vestidos a la moda; parecían «de campo», como los granjeros que acudían a Manhattan en algunas ocasiones, y que se reconocían por la rojez de sus grandes manos, y la piel curtida y bronceada del rostro.

El carruaje salió de una estrecha calle y entró en una gran plaza; Tessa tragó aire. Ante ellos se alzaba una impresionante catedral, con sus agujas góticas clavadas en el cielo gris, como un san Sebastián asaetado. Una enorme torre de piedra caliza dominaba la estructura, y en la fachada había nichos con estatuas, cada una diferente.

—¿Es el Instituto? Dios, es mucho más espléndido que el de Londres.

Will se echó a reír.

—A veces una iglesia es sólo una iglesia, Tessa.

—Eso es la catedral de York —explicó Jem—. El orgullo de la ciudad. No el Instituto. El Instituto está en la calle Goodramgate.



Sus palabras se vieron confirmadas cuando el carruaje pasó ante la catedral, bajó por Deangate y entró en la estrecha calle de Goodramgate, donde traqueteó bajo una pequeña verja de hierro entre dos edificios estilo Tudor.

Cuando la traspasaron, Tessa entendió por qué Will se había reído. Lo que se alzaba ante ellos era una iglesia de bonito aspecto, rodeada de muros y hierba, pero no tenía nada de la grandeza de la catedral. Después de que Gottshall les abriera la puerta y ayudara a Tessa a descender, ésta vio que algunas lápidas se alzaban de la hierba húmeda de lluvia, como si alguien hubiera pretendido iniciar un cementerio allí y hubiera perdido interés a la mitad.

El cielo era ya casi negro, ribeteado de plata en algunos puntos por nubes casi transparentes por la luz de las estrellas. Tras ella, las voces de Jem y de Will susurraban; ante sí, las puertas de la iglesia estaban abiertas, y más allá de ellas, alcanzaba a ver el parpadeo de las velas. De repente se sintió incorpórea, como si fuera el fantasma de Tessa, rondando ese extraño lugar tan alejado de la vida que había conocido en Nueva York. Se estremeció, y no sólo de frío.

Notó el roce de una mano en el brazo, y un aliento cálido le agitó el cabello. Sabía quién era sin volverse.

—¿Entramos, mi prometida? —le preguntó Jem al oído. Tessa podía notar que él se reía por dentro: le hacía vibrar los huesos, le contagiaba su alegría. Casi sonrió—. Desafiemos juntos al león en su madriguera.

Ella le puso la mano en el brazo. Juntos subieron los escalones del templo; ella miró hacia atrás desde lo alto y vio a Will mirándolos a su vez, al parecer sin darse cuenta de que Gottshall lo llamaba tocándole en el hombro y le decía algo al oído. Los ojos de Tessa se encontraron con los del galés, pero ella en seguida los apartó; unir miradas con Will era turbador como mínimo, mareante como máximo.

El interior de la iglesia era pequeño y oscuro comparado con el del Instituto de Londres. Bancos oscurecidos por el paso del tiempo iban de un lado a otro de las paredes, y sobre ellos, velas de luz mágica ardían en candelabros hechos de hierro ennegrecido. En el ábside del santuario, ante una auténtica cascada de velas ardiendo, se hallaba un anciano vestido con el traje de cazador de sombras. El cabello y la barba eran espesos y grises, y se le alborotaban alrededor de la cabeza; las enormes cejas casi le ocultaban los ojos gris oscuro; la piel marcada por la edad... Tessa sabía que casi tenía noventa años, pero su espalda estaba recta y el contorno de su tórax era ancho, como el tronco de un árbol.

—Usted es el joven Herondale, ¿cierto? —ladró cuando Will se adelantó para presentarse—. Medio mundano, medio galés, y con lo peor de ambos, según he oído.

—*Diolch* —repuso Will sonriendo educadamente.

Starkweather se erizó.

—Lengua mestiza —masculló, y miró a Jem—. Jem Carstairs. Otro malcriado del Instituto. Estoy medio tentado de enviarlos al infierno. Esa chiquilla presuntuosa de Charlotte Fairchild, imponiéndome sus presencias sin casi ni un «por favor». —Tenía un poco del acento de Yorkshire de su criado, aunque mucho menos notable—. Nadie de esa familia ha tenido nunca modales. Podía pasar sin su padre, y puedo pasar sin...

Su penetrante mirada se posó en Tessa, y se calló de golpe, con la boca abierta, como si le hubieran abofeteado en el rostro a media frase. Tessa miró a Jem; él parecía tan sorprendido como ella por el repentino silencio de Starkweather. Pero allí, en la brecha, estaba Will.

—Le presento a Tessa Gray, señor —dijo—. Es una mundana, pero está prometida a Carstairs, y es una Ascendente.

—¿Ha dicho mundana? —quiso saber el anciano, abriendo mucho los ojos.

—Una Ascendente —insistió Will en su tono más tranquilizador y sedoso—. Ha sido una fiel amiga del Instituto de Londres, y esperamos recibirla pronto entre nuestros rangos.

—Una mundana —repitió Starkweather, y le cogió un acceso de tos—. Bueno, los tiempos han... Sí, supongo, entonces... —Miró de nuevo el rostro de Tessa, y se volvió hacia Gottshall, que parecía martirizado en medio de todo el equipaje—. Que Cedric y Andrew te ayuden a subir las pertenencias de nuestros invitados a sus habitaciones —señaló—. Y dile a Ellen que avise a la cocinera para que ponga tres servicios más esta noche para la cena. Quizá me haya olvidado de recordarle que tendremos invitados.

El sirviente miró boquiabierto a su señor antes de asentir en medio de lo que parecía un absoluto desconcierto; Tessa no lo culpaba. Era evidente que Starkweather había tenido la intención de hacerlos marchar y había cambiado de parecer en ese mismo momento. Miró a Jem, que parecía tan asombrado como ella; sólo Will, con los ojos muy abiertos y el rostro tan inocente como el de un monaguillo, parecía como si no hubiera esperado otra cosa.

—Bueno, vengan, entonces —ordenó el viejo director sin mirar a Tessa—. No hace falta que se queden ahí. Siganme y les mostraré sus habitaciones.

—Por el Ángel —exclamó Will, rascando con el tenedor la masa marronácea que tenía en su plato—. ¿Qué es esta cosa?

Tessa tenía que reconocer que no era fácil saberlo. Los sirvientes de Starkweather, la mayoría ancianos y ancianas encorvados, y una ama de llaves de expresión agria, habían hecho lo que les habían ordenado y habían colocado tres platos extras para la cena, que consistía en un oscuro estofado grumoso servido desde una sopera de plata por una mujer de vestido negro y cofia blanca, tan jorobada y vieja que Tessa tuvo que hacer un esfuerzo físico para no saltar a ayudarla a servir. Cuando la mujer hubo acabado, se volvió y salió lentamente, y dejó a Jem, Tessa y Will solos en el comedor, mirándose por encima de la mesa.

Starkweather también tenía un sitio preparado en ella, pero él no estaba. Tessa tuvo que admitir que, de él, ella tampoco correría para comer ese estofado. De verduras demasiado cocidas y carne dura, aún resultaba menos apetecible bajo la tenue luz del comedor. Sólo unas cuantas velas alumbraban el atiborrado espacio; el papel de la pared era marrón oscuro, el espejo sobre la chimenea apagada estaba manchado y descolorido. Tessa se sentía terriblemente incómoda en su vestido de noche, de tieso tafetán azul, que Jessamine le había prestado y Sophie le había arreglado, el cual se había vuelto del color de un moratón bajo esa insana luz.

De todas formas, insistir en que cenaran con él y luego no aparecer era un comportamiento muy peculiar en un anfitrión. Una criada tan frágil y vieja como la que les había servido el estofado había acompañado antes a Tessa a su habitación, una gran cueva oscura llena de pesados muebles tallados. Allí también había poca luz, como si Starkweather estuviera tratando de ahorrar dinero en aceite y velas, aunque por lo que ella sabía, la luz mágica no costaba nada. Tal vez simplemente le gustara la oscuridad.

Su habitación le había parecido helada, oscura y más que un poco tenebrosa. El pequeño fuego que

ardía en el hogar no había hecho mucho para calentar el ambiente. A ambos lados de la chimenea había tallado un quebrado rayo. El mismo símbolo aparecía en la jarra blanca llena de agua que Tessa había usado para lavarse las manos y el rostro. Se había secado en seguida, mientras se preguntaba por qué no podía recodar ese símbolo en el *Códice*. Todo el Instituto de Londres estaba decorado con símbolos de la Clave, como el Ángel alzándose del lago, o las ces entrelazadas de Consejo, Convenio, Clave y Cónsul.

También había retratos, viejos y pesados, por todas partes, en su dormitorio, en los pasillos, en la escalera... Después de ponerse el vestido de noche y de oír la campana de la cena, Tessa había bajado por la escalera, una monstruosidad tallada de estilo jacobita, y se había detenido en el descansillo para mirar el retrato de una niña de largo cabello rubio, con vestido infantil pasado de moda y una gran cinta rodeándole la cabecita. Tenía el rostro delgado, pálido y enfermizo, pero los ojos eran brillantes; lo único brillante en ese oscuro lugar, pensó Tessa.

—Adele Starkweather —había dicho una voz a su espalda, leyendo la placa en el marco del cuadro—. Mil ochocientos cuarenta y dos.

Tessa se había vuelto para mirar a Will, que estaba con los pies separados y las manos a la espalda, contemplando el cuadro con un ceño.

—¿Qué pasa? Parece que no te guste, pero a mí sí. Debe de ser la hija de Starkweather... no, su nieta.

Will había negado con la cabeza, pasando la mirada del cuadro a Tessa.

—Sin duda. Este lugar está decorado como una casa familiar. Es evidente que los Starkweather llevan generaciones en el Instituto de York. ¿Has visto los rayos por todas partes?

Tessa asintió con la cabeza.

—Es el símbolo de la familia. Aquí hay tanto de los Starkweather como de la Clave. Es de poca educación comportarse como si este lugar fuera suyo. No se puede heredar un Instituto. Al director de un Instituto lo nombra el Cónsul. Este lugar pertenece a la Clave.

—Los padres de Charlotte dirigieron el Instituto de Londres antes que ella.

—Parte del motivo por el que el viejo Lightwood está tan furioso con todo el asunto —puntualizó Will—. Los Institutos no tienen por qué quedarse en la familia. Pero el Cónsul no le hubiera dado el puesto a Charlotte si no hubiera pensado que era la persona adecuada. Y sólo es una generación. Esto... —Hizo un gesto con el brazo para abarcar todos los retratos, el descansillo y el extraño y solitario Aloysius Starkweather—. Bueno, no me extraña que el viejo piense que tiene derecho a echarnos de aquí.

—Loco como una cabra, habría dicho mi tía. ¿Bajamos a cenar?

En una rara muestra de caballerosidad, Will le había ofrecido el brazo. Tessa no lo había mirado mientras se lo cogía. Vestido para cenar, ya era lo suficientemente atractivo para dejarla sin aliento, y Tessa tenía la sensación de que iba a necesitar estar bien alerta.

Jem ya aguardaba en el comedor cuando ellos llegaron, y Tessa se sentó junto a él para esperar a su anfitrión. Tenía preparado el lugar en la mesa, el plato de estofado, incluso la copa estaba llena de vino tinto, pero no había ni rastro de él. Fue Will quien sugirió que comenzaran a comer, aunque pronto pareció arrepentirse de haberlo hecho.

—¿Qué es esto? —decía en ese momento, mientras clavaba el tenedor en un desafortunado objeto y lo alzaba para mirarlo—. ¿Esta... esta... cosa?

—¿Una chirivía? —sugirió Jem.

—Una chirivía del huerto del propio Satán —replicó Will. Miró alrededor—. No debe de haber ningún perro al que se la pueda dar, ¿verdad?

—No parece que haya ninguna mascota por aquí —observó Jem, que amaba a todos los animales, incluso al desvergonzado y malhumorado *Iglesia*.

—Seguramente todos han sido envenenados con chirivías —aventuró Will.

—Oh, vaya —exclamó Tessa tristemente, mientras dejaba el tenedor—. Y yo que estaba hambrienta...

—Siempre quedan los panecillos —sugirió Will, y señaló hacia una cestita cubierta—. Aunque te advierto que están duros como piedras. Se podrían usar para matar escarabajos negros, si algún escarabajo te molesta a media noche.

La chica hizo una mueca y tomó un trago de vino. Era tan agrio como el vinagre.

Will dejó el tenedor y comenzó a recitar alegremente, a la manera del *The Book of Nonsense*, de Edward Lear:

*Había una vez una chica de Nueva York  
Que se encontró hambrienta en York  
Pero el pan era como piedra,  
Y las chirivías parecían de...*

—No puedes hacer rimar «York» con «Nueva York» —lo interrumpió Tessa—. Es trampa.

—Tiene razón, ¿sabes? —intervino Jem, mientras sus delicados dedos jugueteaban con la base de su copa—. Tendrías que cambiar los versos...

—Buenas noches. —La rotunda sombra de Aloysius Starkweather apareció de pronto en la puerta; Tessa se preguntó, mientras se sonrojaba de vergüenza, cuánto rato llevaría ahí—. Señor Herondale, señor Carstairs, señorita... ah...

—Gray. Theresa Gray.

—Cierto. —Starkweather no se disculpó, sólo se sentó pesadamente a la cabeza de la mesa.

Llevaba una caja cuadrada y plana, del tipo de las que los banqueros empleaban para guardar papeles, y la dejó junto a su plato. Nerviosa, Tessa vio que había un año marcado en ella, 1825, e incluso algo mejor, tres juegos de iniciales: JTS, AES, AHM.

—Sin duda su joven señora estará complacida al saber que me he avenido a su petición y he estado buscando en los archivos durante todo el día y parte de la noche —comenzó el anciano en un tono agraviado. Tessa tardó un momento en darse cuenta que, en ese caso, «joven señora» se refería a Charlotte—. Tiene suerte, sin duda, de que mi padre nunca tirara nada. Y en cuanto vi los papeles, lo recordé. —Se tocó la sien—. Ochenta y nueve años, y nunca olvido nada. Se lo dicen al viejo Wayland cuando hable de reemplazarme.

—Sin duda lo haremos, señor —convino Jem, con los ojos bailándole.

Starkweather tomó un buen trago de vino e hizo una mueca.

—Por el Ángel, esto es una porquería. —Dejó la copa y comenzó a sacar papeles de la caja—. Lo que tenemos aquí es una solicitud de Compensación por dos brujos. John y Anne Shade. Un matrimonio.

»Ahora viene lo raro —continuó el anciano—. La solicitud la presentó su hijo, Axel Hollingworth

Mortmain, de veintidós años. Pero claro, los brujos son estériles...

Will se removió incómodo en la silla, y miró de reojo a Tessa.

—Su hijo era adoptado —aclaró Jem.

—Eso no debería permitirse —replicó Starkweather, mientras tomaba otro trago del vino que había calificado de porquería. Se le comenzaban a colorear las mejillas—. Es como dar un niño humano a los lobos para que lo críen. Antes de los Acuerdos...

—Si hay alguna pista sobre su posible paradero —lo interrumpió Jem con educación, tratando de devolver la conversación a su cauce—. Tenemos muy poco tiempo...

—Muy bien, muy bien —soltó Starkweather—. Aquí hay muy poca información sobre su precioso Mortmain. Más sobre los padres. Al parecer, las sospechas recayeron sobre ellos cuando se descubrió que el brujo, John Shade, tenía en su posesión el *Libro de lo Blanco*. Un poderoso libro de hechizos, entiendan; desapareció de la biblioteca del Instituto de Londres en sospechosas circunstancias en 1752. El libro está especializado en conjuros de sujeción y liberación: atar el alma a un cuerpo, o desatarla, según sea el caso. Resultó que el brujo estaba tratando de animar cosas. Desenterraba cadáveres o los compraba a los estudiantes de medicina, y les sustituía las partes más dañadas por mecanismos. Luego trataba de volverlos a la vida. Un grupo del Enclave entró en su casa y mató a ambos brujos.

—¿Y el niño? —preguntó Will—. ¿Mortmain?

—Ni rastro de él —contestó Starkweather—. Lo buscamos, pero nada. Supusimos que estaba muerto, hasta que apareció, con todo descaro, exigiendo compensación. Incluso su dirección...

—¿Su dirección? —soltó Will. Esa información no estaba incluida en el rollo que habían visto en el Instituto—. ¿En Londres?

—No. Aquí en Yorkshire. —Starkweather dio unos golpecitos al papel con un dedo arrugado—. Ravenscar Manor. Un enorme caserón al norte de aquí. Creo que lleva décadas abandonado. Pero ahora que lo pienso, no me imagino cómo podía pagarlo, para empezar. No era donde vivían los Shade.

—Aun así —dijo Jem—, es un excelente punto de partida para ir a buscarlo. Si ha estado abandonado desde que él se marchó, puede que se dejara alguna cosa. Es más, incluso podría estar usándolo.

—Supongo que sí. —El director del Instituto de York no parecía muy entusiasmado con todo ese asunto—. La mayoría de las posesiones de los Shade fueron tomadas como botín.

—Botín —repitió Tessa en voz baja. Recordaba ese término del *Códice*. Cualquier cosa que un cazador de sombras le quitara a un subterráneo que había violado la Ley, le pertenecía. Era el botín de guerra. Miró a Jem y a Will; los amables ojos del primero la observaban preocupados. Los inquietos y azules de Will guardaban todos sus secretos. ¿Sería cierto que ella pertenecía a una raza que estaba en guerra contra lo que eran Jem y Will?

—Botines —masculló Starkweather con su grave voz. Se había acabado el vino y comenzaba con el que Will no había tocado—. ¿Le interesan, muchacha? Aquí en el Instituto tenemos una buena colección. Me han dicho que deja en ridículo la colección de Londres. —Se puso en pie y casi volcó la silla—. Vengan, se los enseñaré, y les contaré el resto de este triste cuento, aunque no hay mucho más.

Tessa lanzó una rápida mirada a sus amigos cazadores para ver qué hacían, pero ambos ya estaban en pie y se disponían a seguir al anciano. Éste continuó hablando mientras caminaba, lo que hizo que el resto se apresurara para no perderlo.

—Nunca he tenido muy buena opinión de Compensaciones —expuso mientras entraban en otro

pasillo poco iluminado e interminablemente largo—. Hace que a los subterráneos se les suban los humos, pensando que tienen derecho a sacar algo de nosotros. Todo el trabajo que hacemos y ni las gracias, sólo las manos abiertas para recibir más, más, más. ¿No les parece, caballeros?

—Unos malnacidos, todos —repuso Will, que parecía tener la cabeza a miles de kilómetros de allí. Jem lo miró de reojo.

—¡Totalmente! —ladró el anciano, claramente satisfecho—. Aunque no se debería emplear ese lenguaje delante de una dama, claro. Como decía, ese Mortmain reclamaba por la muerte de Anne Shade, la esposa del brujo. Decía que ella no había tenido nada que ver con los proyectos de su esposo, que no había sabido nada de ellos. Su muerte era injustificable. Quería que se juzgara a los culpables de lo que él llamaba su asesinato, y recuperar las pertenencias de sus padres.

—¿Estaba el *Libro de lo Blanco* entre lo que pedía? —inquirió Jem—. Sé que es un crimen que un brujo posea un volumen así...

—Lo estaba. Se había recuperado y devuelto a la biblioteca del Instituto de Londres, donde sin duda debe de seguir. Lo evidente era que nadie se lo iba a dar a él.

Tessa hizo unos rápidos cálculos mentales. Si Starkweather tenía ochenta y nueve años, cuando los Shade murieron debía de tener veintiséis.

—¿Estuvo usted allí?

Sus ojos inyectados en sangre bailaron sobre ella; Tessa notó que, incluso en ese instante, un poco ebrio, no parecía querer mirarla directamente.

—¿Si estuve dónde?

—Ha dicho que se envió a un grupo del Enclave para ocuparse de los Shade. ¿Estaba usted entre ellos?

Starkweather vaciló, luego se encogió de hombros.

—Sí —contestó, y su acento de Yorkshire se hizo más pronunciado por un momento—. No tardamos mucho en cogerlos. No estaban preparados. Ni un poco. Los recuerdo yaciendo sobre su propia sangre. Era la primera vez que veía sangre de brujos, me sorprendió que fuera roja. Hubiera jurado que sería de otro color, azul o verde, o algo así. —Se encogió de hombros—. Les sacamos las capas, como la piel de un tigre. Me las dieron para que las guardara, o mejor dicho, a mi padre. Gloria, gloria. Aquéllos eran buenos tiempos. —Sonrió como una calavera, y Tessa pensó en la cámara donde Barbazul guardaba los restos de sus esposas asesinadas. Sintió calor y frío al mismo tiempo.

—Mortmain nunca tuvo ni la más mínima oportunidad, ¿verdad? —preguntó ella a media voz—. Haciendo su solicitud así. Nunca iba a conseguir su compensación.

—¡Claro que no! —ladró Starkweather—. Basura, todo basura... Decir que la mujer no estaba implicada. ¿Qué esposa no está metida hasta el cuello en los negocios de su esposo? Además, él ni siquiera era su hijo natural, no podía serlo. Seguramente, para ellos era más una mascota que otra cosa. Apostaría a que el padre lo hubiera utilizado como pieza de recambio llegado el caso. Estaba mejor sin ellos. Debería habernos dado las gracias, en vez de exigir un juicio...

El anciano se calló al llegar a una pesada puerta al final de un pasillo, la empujó con el hombro, sonriéndoles bajo las pobladas cejas.

—¿Han estado alguna vez en el Palacio de Cristal? Bueno, pues esto es aún mejor.

Siguió empujando hasta abrir la puerta, y una fuerte luz los envolvió cuando pasaron al otro lado. Era evidente que ése era el único lugar bien iluminado del edificio.

La sala estaba llena de vitrinas, y sobre cada una había colocada una lámpara de luz mágica, que

alumbraba el contenido. Tessa notó que Will se tensaba, y Jem la cogió, apretándole el brazo con la mano hasta casi amoratárselo.

—No... —comenzó él a decir, pero Tessa ya había avanzado, y estaba mirando el contenido de las vitrinas.

Botines. Un relicario de oro, abierto para mostrar un daguerrotipo de un niño riendo. Estaba manchado de sangre seca. Detrás de ella, Starkweather estaba hablando de sacar las balas de plata del cuerpo de los licántropos recién muertos para fundirlas y hacer más. De hecho, había un puñado de balas de esas en una de las vitrinas, llenando un bol manchado de sangre. Juegos de colmillos de vampiros, filas y filas de ellos. Lo que parecía como entramados de hilos finos o de tela muy delicada, entre cristales. Sólo al mirarlos mejor vio Tessa que se trataba de alas de hadas. Un trasgo, como el que había visto con Jessamine en Hyde Park, flotaba con los ojos abiertos en un tarro de líquido conservante.

Y los restos de brujos. Manos momificadas con garras, como las de la señora Negro. Una calavera desnuda, totalmente carente de carne, con aspecto humano excepto porque tenía unos dientes demasiado afilados. Viales de sangre con aspecto pastoso. Starkweather estaba hablando de a cuánto se podían vender las partes de brujo, sobre todo las «marcas» de brujo, en el mercado subterráneo. La chica se sintió mareada y sofocada, con los ojos ardiendo.

Se volvió; le temblaban las manos. Jem y Will siguieron mirando al anciano con silenciosas expresiones de horror; éste sujetaba otro trofeo de caza: una cabeza de aspecto humano colocada sobre un soporte. La piel se había arrugado y vuelto gris, tensa sobre los huesos. Unos cuernos descarnados salían de lo alto del cráneo.

—Conseguí esto de un brujo al que maté cerca de Leeds —explicó—. No creerían lo mucho que se resistió...

La voz de Starkweather se fue haciendo más vacía y resonante, y de repente, Tessa se sintió libre y flotando. La oscuridad la envolvió, y luego notó unos brazos rodeándola y la voz de Jem. Las palabras flotaban hasta ella en fragmentos.

—Mi prometida... nunca había visto botines antes..., no soporta la sangre... muy delicada...

Tessa quería soltarse de Jem, quería lanzarse sobre Starkweather y golpearlo, pero sabía que lo estropearía todo si lo hacía. Apretó los párpados y hundió el rostro contra el pecho de Jem, respirando su olor. Era a jabón y madera de sándalo. Luego notó otras manos sobre ella, que la apartaban de éste. Las criadas de Starkweather. Lo oyó decirles que la llevaran arriba y la ayudaran a acostarse. Abrió los ojos y vio el rostro preocupado del muchacho mirándola, hasta que la puerta de la sala del botín se cerró entre ellos.

Esa noche, a Tessa le costó mucho dormirse y, cuando lo logró, tuvo una pesadilla. En el sueño se hallaba esposada a la cama de latón de la casa de las Hermanas Oscuras...

La luz se colaba por las ventanas como una fina sopa gris. La puerta se abrió y la señora Oscuro entró, seguida de su hermana, que no tenía cabeza, sólo el hueso blanco de la columna que le sobresalía por el cuello, seccionado con cortes irregulares.

—Aquí está, la bella, bella princesa —hablaba la señora Oscuro, aplaudiendo—. Piensa en lo que nos darán por sus partes. Cien por cada una de sus blancas manos, y mil por el par de ojos. Sacaríamos más si fueran azules, claro, pero no se puede tener todo.

Rió por lo bajo, y la cama comenzó a dar vueltas mientras Tessa gritaba y forcejeaba en la oscuridad. Aparecían rostros sobre ella: Mortmain, con sus afilados rasgos retorcidos de risa.

—Dicen que el valor de una buena mujer está muy por encima del de los rubíes —decía—. ¿Y qué del valor de una bruja?

—Ponedla en una jaula, digo yo, y dejemos que los espectadores paguen por verla —indicaba Nate, y de repente los barrotes de una jaula la rodeaban, y él se reía de ella desde el otro lado, con una mueca de desprecio en su bello rostro.

Henry también estaba allí, meneando la cabeza.

—La he desmontado —explicaba—, y no puedo ver lo que hace que le lata el corazón. Aun así, es toda una curiosidad, ¿verdad? —Abría la mano, y tenía algo rojo y carnoso en ella, que palpitaba y se contraía como un pez fuera del agua, ahogándose—. ¿Ves cómo está dividido en dos partes iguales...?

—Tess. —Oyó una voz urgente hablándole al oído—. Tess, estás soñando. Despierta. Despierta. —Unas manos sobre los hombros, sacudiéndola; abrió los ojos, y se encontró tratando de tragar aire en su feo dormitorio de luz grisácea en el Instituto de York. Tenía la ropa de cama enrollada por el cuerpo, y el camisón se le pegaba a la espalda por el sudor. Notaba como si le ardiera la piel. Seguía viendo a las Hermanas Oscuras; a Nate, riéndose de ella; a Henry, diseccionando su corazón.

—¿Era un sueño? —preguntó—. Parecía tan real, tan absolutamente real...

Se cayó de golpe.

—Will —susurró. Él seguía con el traje de la cena, aunque estaba arrugado y tenía el cabello revuelto, como si se hubiera quedado dormido sin cambiarse. Seguía con las manos sobre sus hombros, calentándole la fría piel a través de la tela del camisón.

—¿Qué estabas soñando? —inquirió él. Su tono era tranquilo y normal, como si no fuera nada raro que ella se despertara y lo encontrara sentado en el borde de su cama.

Tessa se estremeció al recordar.

—He soñado que me cortaban en pedazos; que exhibían trozos de mí para que los cazadores de sombras se rieran.

—Tess. —Le acarició el cabello, y le puso los alborotados rizos tras las orejas. Ella se sintió atraída hacia él, como limaduras de hierro hacia un imán. Sus brazos ansiaban rodearlo; su cabeza, apoyarse en el hueco del codo—. Maldito sea ese diablo de Starkweather por enseñarte lo que te enseñó, pero debes saber que ya no es así. Los Acuerdos han prohibido tomar botines. Sólo ha sido un sueño.

«No es cierto —pensó Tessa—. Esto es el sueño».

La vista se le había acostumbrado a la oscuridad; la luz gris de la habitación hacía que los ojos de Will resplandecieran con un azul casi sobrenatural, como los de un gato. Cuando ella respiró temblorosa, los pulmones se le llenaron con el aroma de él, Will, sal y trenes, humo y lluvia, y se preguntó si habría salido a caminar por las calles de York como hacía en Londres.

—¿Dónde has estado? —susurró ella—. Hueles a noche.

—Fuera, buscando pistas. Como de costumbre. —Le acarició la mejilla con dedos cálidos y ásperos—. ¿Podrás dormir ahora? Tenemos que levantarnos temprano. Starkweather nos deja su carruaje para que vayamos a investigar a Ravenscar Manor. Tú, claro, puedes quedarte aquí. No es necesario que nos acompañes.

La muchacha se estremeció.

—¿Quedarme aquí sin vosotros? ¿En este caserón sombrío? Prefiero no hacerlo.

—Tess. —Su voz era tan suave...—. Debe de haber sido toda una señora pesadilla para haberte



dejado tan inquieta. Por lo general no hay muchas cosas que te asusten.

—Ha sido horrible. Hasta Henry estaba en mi sueño. Estaba desmontando mi corazón como si fuera un artefacto mecánico.

—Bueno, eso lo aclara todo —repuso Will—. Pura fantasía. Como si Henry fuera un peligro para nadie excepto para sí mismo. —Cuando ella sonrió, él añadió con convicción—: Nunca dejaré que nadie te toque ni un pelo. Lo sabes, ¿verdad, Tess?

Sus miradas se encontraron y se unieron. Ella pensó en la ola que parecía revolcarla siempre que estaba cerca de Will, cómo se sentía subir y bajar, atraída hacia él por fuerzas que escapaban de su control; en el desván, en el tejado del Instituto... Como si él sintiera la misma atracción, Will se inclinó hacia ella. Fue algo natural, tan natural como respirar, alzar la cabeza para que sus labios se posaran en los suyos. Tessa notó la suave exhalación de Will en su boca; alivio, como si se hubiera quitado de encima un gran peso. Él le tomó el rostro entre las manos. Incluso mientras ella cerraba los ojos, oyó la voz de él en su cabeza, de nuevo, inesperadamente.

«No hay futuro para un cazador de sombras que tiene devaneos con brujos».

Ella apartó el rostro rápidamente, y los labios de Will le rozaron la mejilla en vez de la boca. Él se apartó, y ella vio sus azules ojos abiertos, sorprendidos... y heridos.

—No —respondió ella—. No, no lo sé, Will. —Bajó la voz—. Dejaste muy claro —continuó— qué clase de uso quieres darme. Piensas que soy un juguete con el que entretenerme. No deberías haber venido aquí, no es correcto.

Él dejó caer las manos.

—Llamabas...

—No a ti.

Él se quedó en silencio, sólo se oía su agitada respiración.

—¿Lamentas lo que me dijiste aquella noche en el tejado, Will? ¿La noche del funeral de Thomas y de Agatha? —Era la primera vez que alguno de los dos hacía referencia a ese incidente desde que ocurriera—. ¿Me aseguras que no pensabas de verdad lo que dijiste?

Él agachó la cabeza; el cabello le cayó hacia adelante, ocultándole el rostro. Ella apretó los puños a los costados para no empujarlo hacia atrás.

—No —contestó él, en voz muy baja—. Que el Ángel me perdone, pero no puedo decirlo.

Tessa se apartó y se hizo un ovillo, mirando hacia el otro lado.

—Por favor, Will, márchate.

—Tessa...

—Por favor.

Hubo un largo silencio. Luego él se puso en pie, y la cama crujió al moverse. La muchacha oyó sus ligeros pasos sobre el suelo y luego la puerta del dormitorio cerrándose tras él. Como si el sonido le hubiera roto algún hilo que la mantuviera erguida, se dejó caer sobre las almohadas. Se quedó mirando el techo durante largo rato, tratando en vano de olvidar las preguntas que le inundaban la mente: ¿qué había pretendido Will, yendo así a su dormitorio? ¿Por qué había estado tan dulce cuando ella sabía que la despreciaba? ¿Y por qué, aun sabiendo que él era lo peor del mundo para ella, hacerle marchar le parecía un error tan terrible?

La mañana siguiente amaneció inesperadamente azul y bonita, un bálsamo para la dolorida cabeza y

el exhausto cuerpo de Tessa. Después de arrastrarse fuera de la cama, donde se había pasado la mayor parte de la noche dando vueltas, se vistió, incapaz de soportar la idea de que la ayudara alguna de las criadas ancianas y medio ciegas. Mientras se abrochaba los botones de la chaqueta, se contempló en el viejo espejo manchado.

Tenía unas profundas ojeras oscuras, como si estuvieran pintadas con carbón.

Will y Jem ya estaban en el salón este, ante un desayuno de tostadas medio quemadas, té, mermelada y nada de mantequilla. Cuando Tessa entró, Jem ya había comido, y Will estaba ocupado cortando su tostada en finas tiras y haciendo obscenos pictogramas con ellas.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó Jem, curioso—. Casi se parece a un... —Alzó la mirada, vio a Tessa y sonrió—. Buenos días.

—Buenos días.

Tessa se dejó caer en la silla frente a Will; él la miró una vez mientras ella se sentaba, pero no había nada en sus ojos ni en su expresión que indicara que recordaba nada de lo que había pasado entre ellos unas horas antes.

Jem la miró preocupado.

—Tessa, ¿cómo te encuentras? Después de anoche... —Se interrumpió y alzó la voz—. Buenos días, señor Starkweather —saludó precipitadamente, y le dio tal empujón en el hombro a Will que éste dejó caer el tenedor, y los trozos de tostada se esparcieron por el plato.

El anciano, que había entrado en la sala aún envuelto en la capa negra que llevaba la noche anterior, le lanzó una mirada ceñuda.

—El carruaje los espera en el patio —anunció, con su habitual parquedad de palabras—. Será mejor que se apresuren si quieren regresar antes de la cena; necesitaré el vehículo esta noche. Le he dicho a Gottshall que de vuelta les deje directamente en la estación, no hace falta entretenerse. Confío en que hayan conseguido todo lo que necesitan.

No era una pregunta. Jem asintió.

—Sí, señor. Ha sido usted muy amable.

Starkweather posó la mirada sobre Tessa, una última vez, antes de volverse y salir de la sala, con la capa ondeando tras él. Ella no podía quitarse de la cabeza la imagen de un gran pájaro de presa, quizá un buitre. Pensó en las vitrinas de trofeos llenas de «botín» y se estremeció.

—Come de prisa, Tessa, antes de que cambie de opinión sobre el carruaje —le advirtió Will, pero ella negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Al menos toma un té. —El galés se lo sirvió, y le puso abundante leche y azúcar; estaba mucho más dulce de lo que a la muchacha le gustaba, pero era tan raro que él tuviera un detalle como ése, incluso si sólo era para meterle prisa, que se lo bebió de todas formas y consiguió tragar unos trocitos de tostada. Los chicos fueron a buscar los abrigos y el equipaje; volvieron con la capa de viaje, el sombrero y los guantes de Tessa, y pronto se encontraron en la escalera del Instituto de York, parpadeando ante la acuosa luz del sol.

Starkweather había cumplido su palabra. Su carruaje estaba allí, esperándolos, con las cuatro ces de la Clave pintadas en la puerta. El viejo cochero de larga barba y cabello blanco ya estaba en su asiento, fumando un puro; lo tiró cuando los vio aparecer, y se hundió más en el asiento, con los ojos negros mirándolos por debajo de las caídas cejas.

—¡Maldito infierno, es el viejo marino de nuevo! —exclamó Will, aunque parecía más divertido que

otra cosa. Saltó dentro del vehículo y ayudó a Tessa a subir. Jem fue el último; cerró la portezuela tras él y se asomó por la ventana para decir al cochero que partiera. Tessa se sentó junto a Will en el estrecho asiento, y notó que le rozaba el hombro; él se tensó al instante, y ella se apartó, mordiéndose el labio. Era como si la noche anterior no hubiera existido, y él volvía a comportarse como si ella fuera puro veneno.

El carruaje comenzó a moverse con una sacudida que casi tiró a Tessa sobre Will de nuevo, pero ella se agarró a la ventana y se mantuvo donde estaba. Los tres permanecieron callados mientras rodaban sobre los adoquines de la estrecha Stonegate Street y pasaban bajo el cartel del Old Star Inn. Los otros chicos estaban callados; Will sólo se animó al contarle a Tessa con una alegría macabra que estaban pasando por las viejas murallas, traspasando la entrada de la ciudad, donde antes se exponían clavadas en picas las cabezas de los traidores. Ella le hizo una mueca, pero no dijo nada.

Una vez atravesaron las murallas, la ciudad rápidamente dejó paso al campo. El paisaje no era suave y ondulado, sino duro e imponente. Colinas verdes salpicadas de aulaga gris arramblaban las grietas de roca oscura. Largas líneas de muros de piedra, que servían para guardar las ovejas, se entrecruzaban sobre los campos verdes; aquí y allí había alguna solitaria cabaña. El cielo parecía una infinita extensión de azul, con pinceladas de largas nubes grises.

Tessa no podría haber dicho cuánto rato llevaban viajando cuando las chimeneas de piedra de una gran mansión se alzaron en la distancia. Jem sacó la cabeza por la ventana de nuevo y llamó al cochero; el carruaje fue parando lentamente.

—Pero aún no hemos llegado —señaló Tessa, confusa—. Si eso es Ravenscar Manor...

—No podemos llegar así hasta la puerta principal; sé razonable, Tess —dijo Will, mientras Jem saltaba del carruaje y alzaba la mano para ayudar a la muchacha a bajar. Las botas de ésta se salpicaron de barro al caer sobre el suelo húmedo y lodoso; Will saltó ágilmente junto a ella—. Tenemos que echar una ojeada a este lugar. Usaremos el artefacto de Henry para registrar si hay alguna presencia demoníaca, así nos aseguraremos de que no vamos directos a una trampa.

—¿El artefacto de Henry de verdad funciona? —preguntó ella; se alzó las faldas para que no se le embarraran mientras los tres comenzaban a avanzar por la carretera. Echó una mirada atrás y vio al cochero, que parecía haberse dormido ya, medio tumbado en su asiento, con el sombrero inclinado sobre los ojos. Alrededor de ellos, el campo era un conjunto de parches grises y verdes; colinas, de grandes pendientes, con las laderas cubiertas parcialmente por trozos de pizarra gris; hierba recortada por las ovejas al pastar, y algunos grupos esparcidos de árboles retorcidos y entrelazados. Había cierta belleza severa en todo ello, pero Tessa se estremeció ante la idea de vivir allí, tan lejos de cualquier parte.

Jem, al verla estremecerse, le sonrió de medio lado.

—Chica de ciudad.

Tessa rió.

—Estaba pensando en lo raro que sería crecer en un lugar como éste, tan lejos de otra gente.

—El lugar donde crecí no era muy diferente de éste —confesó Will inesperadamente, asombrándolos a ambos—. No es tan solitario como piensas. Puedes estar segura de que, en el campo, la gente se visita muy a menudo. Sólo tienen que atravesar distancias mayores que en Londres, pero, una vez llegan, suelen permanecer un tiempo prolongado. Después de todo, ¿hacer todo el viaje para quedarse sólo una noche o dos? A menudo teníamos invitados que se quedaban semanas.

Tessa lo miró sorprendida, sin decir nada. Era tan raro que hiciera la más mínima referencia a su

vida pasada que, a veces, Tessa pensaba en él como en alguien sin ningún tipo de pasado. Jem también parecía asombrado, pero se recuperó antes.

—Comparto la opinión de Tessa. Nunca he vivido fuera de la ciudad. No sé cómo podría dormir por las noches, sin saberme rodeado de otras mil almas dormidas y soñando.

—Y suciedad por todos lados, y todo el mundo respirándote encima —contraatacó Will—. Cuando llegué a Londres por primera vez, me hartaba tan rápido de estar rodeado de tanta gente que tenía que hacer un gran esfuerzo para no coger al primer desafortunado que se me cruzara por delante y cometer un acto de violencia contra su persona.

—Algunos dirían que continuas con ese problema —replicó Tessa, pero Will sólo rió, una breve carcajada casi de sorpresa, y luego se detuvo para mirar Ravenscar Manor, que se alzaba ante ellos.

Jem silbó al mismo tiempo que Tessa comprendía por qué antes sólo habían podido ver los extremos de las chimeneas. La mansión estaba construida en el centro de una profunda hondonada entre tres colinas; sus escarpadas pendientes se elevaban rodeándola, como si la sujetaran en la palma de una mano. Tessa, Jem y Will se hallaban en el borde de una de esas colinas, contemplando la mansión. Un largo camino se curvaba ante las enormes puertas delanteras. Nada parecía indicar abandono o desarreglo; no crecían malas hierbas en el camino, ni en los senderos que conducían a los cobertizos de piedra, y no faltaba ningún vidrio en las ventanas con parteluz.

—Alguien vive aquí —dedujo Jem, dando voz a los pensamientos de Tessa. Comenzó a bajar la colina. Allí la hierba era más alta y se agitaba hasta casi la cintura—. Quizá si...

Se quedó en silencio cuando el traqueteo de unas ruedas se hizo audible; por un momento, Tessa pensó que el cochero de su carruaje había ido tras ellos, pero no, ése era muy diferente: un vehículo de aspecto sólido, que cruzó la verja y comenzó a rodar hacia la mansión. Jem se agachó inmediatamente entre la hierba, y Will y Tessa lo secundaron. Vieron cómo se detenía delante de la mansión y el cochero saltaba para abrir la portezuela.

Salió de él una chica muy joven, de unos catorce o quince años, supuso Tessa; sin la edad suficiente para recogerse el cabello en alto, porque se le agitaba con el viento como una cortina de seda negra. Llevaba un vestido azul, sencillo y elegante. Hizo un gesto con la cabeza al cochero y, luego, mientras comenzaba a subir los escalones que llevaban a la puerta de la espectacular vivienda, se detuvo; se detuvo y miró hacia donde Jem, Will y Tessa estaban agachados, casi como si pudiera verlos, aunque ésta estaba segura de que estaban bien ocultos por la hierba.

En realidad, la distancia era excesiva para permitir a la mundana distinguir sus rasgos; sólo veía el pálido óvalo de su rostro enmarcado por el cabello oscuro. Iba a preguntarle a Jem si llevaba un catalejo, cuando Will hizo un ruido; un ruido que Tessa no había oído a nadie hacer antes, una especie de grito ahogado, desagradable y terrible, como si le hubieran extraído todo el aire de un golpe tremendo.

Se percató al instante de que no era sólo un grito ahogado: era una palabra; y no sólo una palabra, sino un nombre; y no cualquier nombre, sino el que le había oído decir anteriormente.

«Cecily».

## 6

### SELLADOS EN SILENCIO

El corazón humano oculta tesoros,  
guardados en secreto, sellados en silencio;  
las ideas, las esperanzas, los sueños, los placeres,  
cuyo encanto se rompe si revelados.

CHARLOTTE BRONTË, *Solaz vespertino*

La puerta de la gran mansión se abrió; la joven desapareció en el interior. El carruaje traqueteó por el costado de la casa hasta la cochera, mientras Will se levantaba vacilante. Se había puesto de un feo color grisáceo, como las cenizas de un fuego apagado.

—Cecily —repitió. Su voz estaba cargada de asombro y horror.

—¿Se puede saber quién es Cecily? —Tessa se incorporó, sacudiéndose la hierba y los cardos del vestido—. Will...

Jem ya estaba junto a su amigo, con la mano sobre el hombro de éste.

—Will, tienes que hablar con nosotros. Parece que hayas visto un fantasma.

Éste respiró profundamente.

—Cecily...

—Sí, eso ya lo has dicho —replicó Tessa. Oyó la aspereza de su propio tono, y lo suavizó haciendo un esfuerzo. Era grosero hablar así a alguien que estaba obviamente trastornado, incluso si éste insistía en mirar al vacío y mascullar «Cecily» de vez en cuando.

En realidad no importaba; el galés no parecía haberla oído.

—Mi hermana —dijo—. Cecily. Tenía... Dios, tenía nueve años cuando me marché.

—Tu hermana —repitió Jem, y Tessa sintió que se le aflojaba el nudo que le oprimía el corazón, y se maldijo por ello. ¿Qué importaba si Cecily era la hermana de Will o alguien de quien estuviera enamorado? Eso no tenía nada que ver con ella.

El chico comenzó a bajar la colina, sin rumbo, sólo pisoteando ciegamente el brezo y la aulaga. Al cabo de un momento, Jem fue tras él y lo cogió por la manga.

—Will, no...

Él trató de soltarse.

—Si Cecily está aquí, entonces el resto, mi familia, deben de estar también.

Tessa corrió para alcanzarlos, haciendo una mueca de dolor cuando casi se torció el tobillo con una piedra.

—Pero no tiene ningún sentido que tu familia esté aquí, Will. Ésta era la casa de Mortmain. Starkweather nos lo dijo. Estaba en los papeles...

—Ya lo sé —replicó el chico medio gritando.

—Cecily podría estar visitando a alguien aquí...

Will le echó a Tessa una mirada incrédula.

—¿En medio de Yorkshire, sola? Y ése era nuestro carruaje. Lo he reconocido. No hay otro

carruaje en la cochera. No, mi familia está en esto de alguna manera. Los han arrastrado a este maldito asunto..., tengo... tengo que avisarlos. —Reanudó el descenso de la colina.

—¡Will! —le gritó Jem, y fue tras él, agarrándolo por la espalda del abrigo. Su amigo se dio la vuelta y empujó a Jem, no muy fuerte; Tessa oyó a Jem decirle algo a Will sobre haberse contenido todos esos años y lo absurdo de echarlo por la borda por un arrebató, y luego todo se mezcló: Will maldiciendo, y Jem tirando de él hacia atrás, y Will resbalando sobre el suelo mojado, y ambos cayendo juntos, rodando en un revoltijo de piernas y brazos, hasta que los paró una gran roca, circunstancia que Jem aprovechó para inmovilizar a Will contra el suelo, poniéndole el codo contra el cuello.

—Sal de encima —Will lo empujó—. No lo entiendes. Tu familia está muerta...

—Will. —Jem agarró a su amigo por la pechera de la camisa y lo sacudió—. Sí que lo entiendo. Y a no ser que quieras que tu familia también esté muerta, me vas a escuchar.

Will se quedó muy quieto.

—James, tú seguro que no... —le dijo en una voz ahogada...—, yo nunca.

—Mira. —Jem alzó la mano con la que no sujetaba a Will y señaló—. Allí. Mira.

Tessa miró hacia donde señalaba, y notó que se le helaban las entrañas. Estaban a media ladera, con la mansión a sus pies, y allí, sobre ellos, como una especie de centinela en el borde de la cima de la colina, había un autómatas. Supo al instante lo que era, aunque no tenía el mismo aspecto que los autómatas que Mortmain había enviado contra ellos antes. Aquéllos, al menos superficialmente, habían pretendido parecerse a seres humanos. Éste era una criatura de metal, alta y estilizada, con largas piernas articuladas, un torso metálico retorcido y brazos como sierras.

Permanecía absolutamente inmóvil, y de alguna manera su quietud y su silencio lo hacían aún más espantoso. Tessa ni siquiera podía decir si los estaba observando. Parecía estar vuelto hacia ellos, pero aunque tenía cabeza, ésta carecía de rasgos, excepto por una hendidura a modo de boca, donde destellaban dientes metálicos. No parecía tener ojos.

Tessa contuvo el grito que le subía por la garganta. Era un autómatas. Se había enfrentado a ellos antes. No iba a gritar. Will, apoyado sobre el codo, lo contemplaba fijamente.

—Por el Ángel...

—Esa cosa nos ha estado siguiendo, estoy seguro —afirmó Jem queda y urgentemente—. Antes he visto un destello de metal, desde el carruaje, pero no estaba seguro. Ahora lo estoy. Si vas corriendo colina abajo, te arriesgas a conducir a esas cosas directamente hacia tu familia.

—Ya veo —admitió Will. El ligero tono histérico había desaparecido de su voz—. No voy a acercarme a la casa. Déjame que me levante.

Jem dudó.

—Lo juro por el nombre de Raziel —masculló Will entre dientes—. Ahora déjame levantarme.

Su amigo rodó apartándose y se puso en pie; Will pegó un bote, lo esquivó y, sin ni siquiera mirar a Tessa, echó a correr, pero no hacia la casa sino en dirección contraria, hacia la criatura mecánica de la cima. Jem se tambaleó un instante, boquiabierto, maldijo y corrió tras él.

—¡Jem! —gritó Tessa. Pero éste ya casi estaba demasiado lejos para oírla, corriendo tras Will. El autómatas había desaparecido de la vista. La muchacha soltó una palabra nada propia de una dama, se agarró las faldas y salió tras ellos.

No resultaba fácil ascender corriendo una colina de Yorkshire con unos pesados ropajes y arbustos que la arañaban al pasar. Practicar en su uniforme de entrenamiento le había hecho entender por qué los

hombres podían moverse con tanta rapidez y soltura, y eran capaces de correr tan rápido. La tela de su vestido pesaba una tonelada, los tacones de las botas se le encallaban entre las rocas al correr y el corsé la dejaba sin aire.

Para cuando llegó a lo alto, sólo tuvo tiempo de ver a Jem, lejos de ella, desaparecer entre un oscuro grupo de árboles. Escudriñó los alrededores, frenética, pero no pudo ver ni la carretera ni el carruaje de Starkweather. Con el corazón saltándole en el pecho, corrió tras el cazador de sombras.

El bosquecillo era ancho y se extendía por la cresta de la colina. En cuanto Tessa se sumergió en la arboleda, la luz desapareció: gruesas ramas entrelazadas en lo alto bloqueaban el sol. Sintióse como Blancanieves huyendo por el bosque, miró a todas partes, desesperada por hallar cualquier indicio que le dijera por dónde habían ido los chicos, como ramas rotas u hojas pisoteadas. Sin embargo, lo único que captó fue un reflejo de luz sobre metal cuando el autómatas salió del oscuro espacio entre dos árboles y se lanzó a por ella.

Tessa gritó y saltó para esquivarlo, pero no tardó en tropezarse con las faldas. Se cayó de espaldas y se estrelló dolorosamente contra la tierra embarrada. La criatura alargó uno de sus largos brazos entomorfos hacia ella. Tessa rodó hacia un lado, y el metal del brazo cortó la tierra junto a ella. Había una rama caída cerca; sus dedos la arañaron, se cerraron alrededor y la alzaron justo cuando el otro brazo de la criatura iba hacia la chica. Blandió la rama entre ellos, concentrándose en las lecciones de paro y bloqueo que había recibido de Gabriel.

Pero sólo era una rama. El brazo de metal del autómatas la segó en dos. Su extremo se abrió de golpe en una garra de múltiples dedos metálicos que trataron de aferrarle el cuello. No obstante, antes de que pudiera tocarla, Tessa notó un violento aleteo contra la clavícula. Su ángel. Se quedó inmóvil mientras la criatura retiraba rápidamente la garra, con uno de sus «dedos» perdiendo un fluido negro. Un momento después, el androide soltó un agudo chirrido y se desplomó hacia atrás, mientras un torrente de más líquido negro manaba del agujero que le habían abierto limpiamente en el pecho.

Tessa se incorporó hasta sentarse y se lo quedó mirando.

Will se hallaba con una espada en la mano; el mango salpicado de negro. Iba con la cabeza descubierta, y su espeso cabello oscuro estaba alborotado y enredado con hojas y briznas de hierba. Jem estaba junto a él, con una piedra de luz mágica brillándole entre los dedos. Mientras Tessa lo observaba, Will dio otro mandoble con la espada y cortó al autómatas casi por la mitad. Éste se desmoronó sobre el suelo húmedo. Sus entrañas eran una fea masa de tubos que, espeluznantemente, recordaba a un ser vivo.

Jem alzó los ojos. Su mirada se encontró con la de Tessa. Sus ojos eran tan plateados como espejos. Will, a pesar de haberla salvado, parecía ignorar su presencia; echó el pie hacia atrás y le dio una salvaje patada en el costado a la criatura. Su bota hizo resonar el metal.

—Dinos —ordenó con los dientes apretados—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué nos sigues?

La afilada línea de la boca del autómatas se abrió. Su voz, cuando habló, sonó como el zumbido y el chirrido de un mecanismo estropeado.

—Soy... un... aviso... del Magíster.

—¿Un aviso para quién? ¿Para la familia que está en la mansión? ¡Dímelo! —Will parecía ir a darle otra patada; Jem le puso una mano en el hombro.

—No siente dolor, Will —señaló en voz baja—. Y dice que tiene un mensaje. Déjale que lo diga.

—Un aviso... para ti, Will Herondale... y para todos los... nefilim... —La rota voz de la criatura se hizo más clara—. El Magíster dice... debes cesar tu investigación. El pasado... es pasado. Deja lo

que Mortmain ha enterrado, o tu familia pagará el precio. No oses acercarte o advertirles. Si lo haces, serán destruidos.

Jem miraba a Will; éste seguía con un color ceniza pálido, pero las mejillas le ardían de furia.

—¿Cómo ha traído Mortmain a mi familia aquí? ¿Los ha amenazado? ¿Qué ha hecho?

El androide chirrió y soltó chasquidos, luego comenzó a hablar de nuevo.

—Soy... un... aviso... del...

Will rugió como un animal y le asestó un tajo con la espada. Tessa se acordó de Jessamine, en Hyde Park, cuando había hecho trizas a una criatura del mundo de las hadas con su delicada sombrilla. Will cortó al autómatas hasta convertirlo en poco más que virutas de metal y sólo se detuvo cuando Jem consiguió pararlo rodeándolo con los brazos y tirando de él.

—Will —dijo Jem—. Will, ya basta. —Miró hacia arriba, y los otros dos siguieron su mirada. A lo lejos, entre los árboles, se movían otras formas, más autómatas como el que acababa de ser destruido—. Debemos irnos —insistió—. Si queremos apartarlos de tu familia, debemos marcharnos.

Su amigo vaciló.

—Will, sabes que no puedes acercarte a ellos —añadió Jem, desesperado—. Aunque no sea más que porque es la Ley. Si les llevamos el peligro, la Clave no se moverá para ayudarlos de ninguna manera. Ya no son cazadores de sombras. Will.

Lentamente, éste bajó los brazos. Se quedó, con un brazo de Jem aún sobre los hombros, contemplando la pila de restos de metal que tenía a los pies. Líquido negro goteaba de la hoja de la espada que le colgaba de la mano y chamuscaba la hierba sobre la que caía.

Tessa exhaló. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Will debió de oírla, porque alzó la cabeza y sus miradas se encontraron. Algo le hizo apartarla: una agonía tan descarnada no era para sus ojos.

Al final escondieron los restos del autómatas lo más rápido posible, enterrándolos en tierra blanda bajo un tronco podrido. Tessa ayudó en lo que pudo, a pesar del estorbo de las faldas. Cuando acabaron, tenía las manos tan negras de tierra y barro como las de los muchachos.

Ninguno habló; trabajaron en un inquietante silencio. Una vez finalizaron, Will abrió camino por el bosquecillo, guiado por la luminosidad de la piedra de luz mágica de Jem. Salieron del bosque cerca de la carretera, donde los esperaba el carruaje de Starkweather, con Gottshall dormitando en su asiento como si sólo hubieran pasado unos minutos desde su llegada.

Si su aspecto, sucios, manchados de barro y con hojas enredadas en el cabello, sorprendió al anciano, no lo mostró. Ni tampoco les preguntó si habían encontrado lo que habían ido a buscar. Sólo les gruñó un saludo y esperó a que subieran al vehículo antes de indicar a los caballos, chasqueando la lengua, que dieran la vuelta y comenzaran el largo camino de regreso a York.

Las cortinas de las ventanas del carruaje estaban abiertas; el cielo estaba cargado de nubes negruzcas, que se hundían en el horizonte.

—Va a llover —avisó Jem, apartándose el húmedo cabello plateado de los ojos.

Will no dijo nada. Miraba por la ventana. Sus ojos eran del color del océano Ártico por la noche.

—Cecily —dijo Tessa en una voz más amable de la que había estado usando con Will esos días. Se le veía tan apenado, tan triste e inhóspito como los páramos que estaban atravesando—. Tu hermana; se parece a ti.



Will siguió callado. Tessa, sentada junto a Jem en el duro banco, tiritaba levemente. Tenía la ropa húmeda por la tierra mojada y las ramas, y dentro del coche hacía frío. Jem rebuscó debajo del asiento, encontró una manta de viaje bastante vieja y la colocó sobre ambos. Tessa notaba el calor que desprendía su cuerpo, como si tuviera fiebre, y luchó contra el impulso de acercarse más a él para calentarse.

—¿Tienes frío, Will? —preguntó, pero él sólo negó con la cabeza, con la mirada clavada, sin verlo, en el paisaje.

Tessa miró a Jem desesperada.

—Will —dijo éste con una voz clara y directa—. Creía... creía que tu hermana estaba muerta.

El chico apartó la mirada de la ventana y los miró a ambos. Cuando sonrió, su sonrisa fue espectral.

—Mi hermana está muerta —afirmó.

Y eso fue todo lo que dijo. El resto del camino hasta la ciudad de York transcurrió en silencio.

Después de pasarse casi toda la noche anterior en vela, Tessa fue durmiendo profundamente a ratos hasta que llegaron a la estación de tren de York. En medio de una niebla, bajó del carruaje y siguió a los otros hasta el andén del tren de Londres; llegaban tarde y estuvieron a punto de perder el tren; Jem sujetó abierta la puerta para ella y para Will, mientras ambos subían atropelladamente los escalones y entraban en el compartimento tras él. Más tarde, Tessa recordaría el aspecto de Jem, colgando de la puerta, sin sombrero, llamándolos a los dos, y recordaría también mirar por la ventanilla del tren mientras éste partía y ver a Gottshall en el andén contemplándolos con sus inquietantes ojos oscuros y el sombrero bien calado. Lo demás era confuso.

Esta vez no hubo conversación mientras el tren avanzaba echando humo por un campo cada vez más oscurecido por las nubes, sólo silencio. Tessa apoyó la barbilla en la palma, e inclinó la cabeza sobre el duro vidrio de la ventanilla. Colinas verdes desfilaban ante ella, y pueblos y aldeas, todos con su pequeña estación, con el nombre en letras doradas sobre un cartel de fondo rojo. Las torres de las iglesias se alzaban en la distancia; los pueblos crecían y se desvanecían, y Tessa era consciente de que Jem le estaba susurrando a Will «*Me specta, me specta*», en latín, según le pareció, y de que Will no le respondía. Más tarde se dio cuenta de que Jem había dejado el compartimento, y miró a Will, al otro lado del oscurecido espacio que los separaba. El sol había comenzado a ponerse y cubría la piel de Will de un tono rosado, que contrastaba con la mirada vacía de sus ojos.

—Will —dijo ella en voz baja, adormilada—. Anoche...

«Anoche fuiste amable conmigo —iba a decir—. Gracias».

La mirada de sus ojos azules fue como una puñalada.

—No hubo anoche —repuso él entre dientes.

Al oír eso, Tessa se incorporó, casi despierta.

—Oh, ¿de verdad? ¿Así que pasamos de una tarde directamente a la mañana siguiente? Qué curioso que nadie más lo haya comentado. Supongo que es alguna especie de milagro, un día sin noche...

—No me pongas a prueba, Tessa. —El cazador de sombras tenía las manos sobre las rodillas y clavaba las uñas, sucias, en la tela de los pantalones.

—Tu hermana está viva —aseveró ella, sabiendo perfectamente que lo estaba provocando—. ¿No deberías alegrarte?

Él palideció.

—Tessa... —comenzó, y se inclinó hacia delante como si fuera a hacer... ¿qué? ¿Golpear la ventana y romperla, coger a Tessa por los hombros y zarandearla, o retenerla como si nunca quisiera dejarla ir? Con él todo era un gran desconcierto o al menos eso creía. Entonces, la puerta del compartimento se abrió, y Jem entró con un paño húmedo en la mano.

Miró a Will y luego a Tessa, y alzó sus cejas plateadas.

—Un milagro —bromeó—. Has conseguido que hable.

—En realidad sólo para gritarme —replicó Tessa—. Nada de panes y peces.

Will volvía a estar cara a la ventana, y no los miraba mientras hablaban.

—Por algo se empieza... —comentó Jem—. Ven, dame las manos.

Sorprendida, Tessa le tendió las manos y se quedó horrorizada. Las tenía asquerosas, con las uñas rotas y llenas de suciedad por haber escarbado en la tierra de Yorkshire. Incluso tenía un arañazo ensangrentado en los nudillos, aunque no sabía cómo se lo había hecho.

No eran las manos de una dama. Pensó en las perfectas manos, rosa y blancas, de Jessamine.

—Jessie se horrorizaría —admitió tristemente—. Me diría que tengo manos de carbonera.

—¿Y qué hay de deshonroso en eso, dime? —repuso Jem, mientras le limpiaba con cuidado los rasguños—. Te vi correr detrás de nosotros y de esa criatura autómatas. Si Jessamine no sabe ya que hay honor en la sangre y la suciedad, entonces, jamás lo aprenderá.

La sensación del paño en los dedos era agradable. Tessa miró a Jem, que estaba concentrado en su tarea; sus pestañas eran un fleco plateado.

—Gracias —dijo Tessa—. Me parece que no fui de ayuda, sino más bien una carga, pero gracias de todas formas.

Jem le sonrió; el sol salía de detrás de las nubes.

—Para eso te están entrenando, ¿no es cierto?

—¿Tienes idea de qué puede haber pasado? —preguntó Tessa bajando la voz—. ¿Por qué la familia de Will estará viviendo en una casa que antes era de Mortmain?

Jem echó una mirada al muchacho, que seguía mirando tristemente por la ventana. Ya habían entrado en Londres, y los edificios grises comenzaban a alzarse a ambos lados de la carretera. La mirada que Jem echó a Will era una mirada cansada y cariñosa, una mirada corriente, y Tessa se percató de que, aunque cuando se los había imaginado como hermanos, siempre había pensado en Will como el mayor, el cuidador, y en Jem como el pequeño, la realidad era mucho más complicada que eso.

—No lo sé —respondió Jem—, aunque me hace pensar que el juego de Mortmain es a largo plazo. De alguna manera, sabía exactamente adónde nos iba a llevar nuestra investigación, y preparó este... encuentro... para impresionarnos lo más posible. Quiere recordarnos quién tiene el poder.

Tessa se estremeció.

—No sé qué quiere de mí, Jem —se lamentó en voz baja—. Cuando me dijo que me había hecho, era como si estuviera diciendo que podía deshacerme con la misma facilidad.

El cálido brazo de Jem tocó el de ella.

—No puedes ser deshecha —la contradijo asimismo quedamente—. Y Mortmain te subestima. He visto hoy cómo empleabas esa rama contra el autómatas...

—No ha sido suficiente. De no haber sido por mi ángel... —Tessa tocó el colgante que llevaba al cuello—. El autómatas lo tocó y se echó atrás. Otro misterio que no entiendo. Me ha protegido antes, y

de nuevo esta vez, pero en otras situaciones se queda inactivo. Es tan misterioso como mi capacidad.

—La que, por suerte, no tienes que emplear para Cambiarte en Starkweather. Parecía satisfecho con simplemente entregarnos el archivo de los Shade.

—Gracias a Dios —exclamó Tessa—. No me apetecía nada hacerlo. Parecía un hombre tan desagradable y amargado... Pero si resulta que acaba siendo necesario... —Sacó algo del bolsillo y lo alzó, algo que brilló bajo la tenue luz del compartimento—. Un botón —dijo muy satisfecha—. Se le ha caído del puño de la chaqueta esta mañana y lo he recogido.

Jem sonrió.

—Muy lista, Tessa. Sabía que me alegraría de haberte traído con nosotros...

Un acceso de tos le hizo dejar la frase a medias. Tessa lo miró alarmada; incluso Will salió de su silencioso abatimiento y se volvió a mirar al chico con los ojos entornados. Éste tosió de nuevo, apretándose la boca con la mano, pero cuando la apartó, no había sangre. Tessa vio que Will relajaba los hombros.

—Sólo un poco de polvo en la garganta —los tranquilizó Jem.

No parecía enfermo, pero sí muy cansado, aunque su agotamiento sólo servía para realzar la delicadeza de sus rasgos. Su belleza no era como la de Will, en fieros colores y fuego contenido, pero tenía una singular perfección callada, el encanto de la nieve cayendo contra un cielo plateado.

—¡Tu anillo! —Tessa se sobresaltó al recordar que aún lo llevaba. Se metió el botón en el bolsillo y luego se quitó el sello de los Carstairs de la mano—. Pensaba devolvértelo antes —se disculpó, mientras le ponía el anillo en la palma de la mano—. Me había olvidado...

Él cerró los dedos sobre los de ella. A pesar de sus ideas de nieve y cielos grises, la mano de Jem le sorprendió por su calidez.

—No pasa nada —repuso él a media voz—. Me gusta cómo te queda.

Tessa notó calor en las mejillas. Antes de que pudiera responder, se oyó el silbato del tren. Unas voces gritaron que se hallaban en la estación de Kings Cross, en Londres. El convoy comenzó a detenerse al aproximarse al andén. El alboroto de la estación llegó hasta los oídos de Tessa, junto al chirrido del tren frenando. Jem dijo algo, pero sus palabras se perdieron en medio del ruido; parecía una advertencia, pero Will ya estaba de pie, a punto de abrir el pestillo de la puerta. Lo hizo y saltó fuera. Tessa pensó que de no haber sido un cazador de sombras, habría tenido una mala caída, pero al serlo, aterrizó suavemente de pie y comenzó a correr, abriéndose camino entre la masa de mozos, viajeros, burgueses que iban al norte a pasar el fin de semana con sus enormes baúles y sus sabuesos de caza de la correa, los chicos de los periódicos, los carteristas, los vendedores ambulantes y el resto de los componentes del tráfico humano de la gran estación.

Jem estaba en pie, con las manos sobre la puerta, pero se volvió y miró a Tessa, y ésta vio como una expresión le cruzaba el rostro, una expresión que decía que se daba cuenta de que si él salía corriendo detrás de Will, ella no podría seguirlos. Con otra prolongada mirada, Jem cerró la puerta y se dejó caer en el asiento frente al de ella mientras el tren acababa de detenerse.

—Will... —comenzó ella.

—No le pasará nada —afirmó Jem con convicción—. Ya sabes cómo es. A veces quiere estar solo. Y dudo que desee participar cuando relatemos las experiencias de hoy a Charlotte y a los demás. —Al ver que ella seguía mirándolo angustiada, insistió con suavidad—: Will sabe cuidarse solo, Tessa.

Tessa pensó en la sombría mirada de Will cuando le había hablado, más inhóspita que los páramos de Yorkshire que acababan de dejar atrás. Deseó que Jem estuviera en lo cierto.

## LA MALDICIÓN

La maldición de un huérfano arrastra al infierno  
 hasta a un ángel de lo alto;  
 pero ¡más horrible aún es  
 la maldición en los ojos de un muerto!  
 Siete días, siete noches, esa maldición vi.  
 Y ni así pude morir.

SAMUEL TYLOR COLERIDGE, *La canción de viejo marino*

Magnus oyó abrirse la puerta principal y el alboroto de voces alzadas, e inmediatamente pensó: «Will». Y luego le hizo gracia haberlo pensado. El muchacho cazador de sombras era cada vez más como un pariente molesto, se dijo a sí mismo Magnus mientras doblaba la esquina de la página del libro que estaba leyendo —*Diálogo de los dioses*, de Luciano; Camille estaría furiosa de que hubiera marcado la página—, una persona de la que conocías sus costumbres, pero resultaba imposible cambiarlas. Alguien cuya presencia se podía reconocer por el sonido de sus pasos en el corredor. Alguien que consideraba tener derecho a discutir con el sirviente cuando a éste se le había dado órdenes de decir a todo el mundo que no estabas en casa.

La puerta del salón se abrió de golpe, y Will apareció en el umbral, medio triunfal y medio abatido; todo un logro.

—Sabía que estabas aquí —afirmó mientras Magnus se incorporaba en el sofá, y bajaba los pies al suelo—. Bien, ¿te importaría decirle a este... murciélago desmesurado que deje de revolotear sobre mi hombro? —Señaló a Archer, el siervo de Camille y criado temporal de Magnus, quien, efectivamente, estaba rondado junto al recién llegado. Tenía en el rostro una marcada expresión de repulsa, algo, por otra parte, habitual—. Dile que quieres verme.

Magnus dejó el libro sobre la mesa que tenía al lado.

—Pero tal vez no quiera verte —replicó de una forma muy razonable—. He dicho a Archer que no dejara entrar a nadie, no que no dejara entrar a nadie excepto a ti.

—Me ha amenazado —intervino Archer, en su voz susurrante no del todo humana—. Se lo diré a mi señora.

—Hazlo —repuso Will, pero miraba al brujo, con sus ojos azules y ansiosos—. Por favor. Tengo que hablar contigo.

«Pesado, el chavab», pensó éste.

Después de un día agotador eliminando un hechizo de amnesia de un miembro de la familia Penhallow, había querido descansar. Ya había dejado de estar pendiente de oír los pasos de Camille en el pasillo, o de esperar un mensaje, pero aún seguía prefiriendo esa sala a las demás, esa sala, donde el toque personal de Camille parecía aferrarse a las rosas espinosas del papel de la pared, al tenue perfume que emanaba de las cortinas... Había esperado con ganas pasar la tarde delante del fuego, con una copa de vino, un libro y estrictamente solo.

Pero ahí estaba Will Herondale, con una expresión que era una mezcla de dolor y desesperación, pidiendo su ayuda. Iba a tener que hacer algo contra ese molesto y blandengue impulso de ayudar a los desesperados. Contra eso y contra su debilidad por los ojos azules.

—Muy bien —repuso con un suspiro de mártir—. Puedes quedarte y hablarme. Pero te lo advierto, no voy a invocar a ningún demonio. Al menos no antes de la cena. A no ser que hayas descubierto algún tipo de prueba...

—No. —El muchacho entró ansioso en la sala, y cerró la puerta en las narices a Archer. Se dio la vuelta y le echó la llave, para asegurarse. Y luego fue hasta el fuego. Hacía frío fuera. El trocito de ventana que no cubrían las cortinas mostraba la plaza en el exterior sumida en un oscuro ocaso; hojas revoloteando sobre el pavimento, impulsadas por un brioso viento. Will se quitó los guantes, los dejó sobre la repisa de la chimenea y acercó las manos al fuego—. No quiero que invoques a ningún demonio.

—Ah. —Magnus puso los pies, enfundados en unas botas, sobre la mesita de madera delante del sofá, otro gesto que hubiera enfurecido a Camille de haber estado allí—. Una buena noticia, supongo...

—Quiero que me envíes al otro lado. A los reinos de los demonios.

El mago se atragantó.

—¿Quieres que haga qué?

El perfil de Will quedaba en sombras contra el brillo del fuego.

—Que crees un portal y me envíes al otro lado. Puedes hacerlo, ¿no?

—Eso es magia negra —repuso Magnus—. No llega a ser necromancia, pero...

—Nadie tiene por qué enterarse.

—La verdad. —El tono del hechicero era ácido—. Esas cosas siempre acaban sabiéndose. Y si la Clave descubriera que he enviado a uno de los suyos, a su miembro más prometedor, a que lo despedacen los demonios en otra dimensión...

—La Clave no me considera prometedor. —La voz de Will era fría—. No soy prometedor. No soy nada, ni lo seré nunca. No sin tu ayuda.

—Estoy comenzando a pensar si te han enviado para probarme, Will Herondale.

Éste soltó una corta carcajada seca.

—¿Dios?

—La Clave. Que es como si fuera Dios. Quizá sólo pretenden descubrir si estoy dispuesto a violar la Ley.

El chico se volvió en redondo y lo miró fijamente.

—Lo digo totalmente en serio —afirmó—. No es ningún tipo de prueba. No puedo seguir así, invocando demonios al azar, y que nunca sea el que busco; esperanza infinita, decepción infinita. Cada día amanece más y más negro, y la perderé para siempre si tú...

—¿La perderás? —Magnus se aferró a esas palabras; se irguió en el asiento, entornando los ojos—. Esto tiene que ver con Tessa. Lo sabía.

Will se sonrojó, una pincelada de color en la palidez de su rostro.

—No sólo con ella.

—Pero la amas.

El chico se lo quedó mirando.

—Claro que la sí —admitió finalmente—. Había llegado a pensar que nunca amaría a nadie, pero la amo.

—¿Se supone que esa maldición tiene algo que ver con arrebatarte tu capacidad de querer? Porque eso sería la mayor tontería que he oído nunca. Jem es tu *parabatai*. Te he visto con él. Lo quieres, ¿no es cierto?

—Jem es mi mayor pecado —respondió él—. No me hables de Jem.

—No me hables de Jem, no me hables de Tessa. Quieres que te abra un portal hacia los mundos de los demonios, y ¿no vas a hablarme o a decirme por qué? No lo haré, Will. —Magnum cruzó los brazos sobre el pecho.

Will apoyó una mano en la repisa de la chimenea. Se quedó muy quieto, mientras las llamas resaltaban su silueta, el hermoso perfil, la gracia de las esbeltas manos.

—Hoy he visto a mi familia —anunció, y luego se corrigió de inmediato—. A mi hermana. He visto a mi hermana pequeña, Cecily. Sabía que estaban vivos, pero nunca pensé que volvería a verlos. No pueden estar cerca de mí.

—¿Por qué? —preguntó Magnus, poniendo una voz suave; sentía que estaba al borde de algo, algún tipo de avance con ese muchacho extraño, irritante, herido y destrozado—. ¿Qué hicieron que fuera tan terrible?

—¿Qué hicieron ellos? —Will alzó la voz—. ¿Qué hicieron ellos? Nada. Soy yo. Soy un veneno. Un veneno para ellos. Un veneno para cualquiera que me ame.

—Will...

—Te he mentido —confesó éste, y se alejó del fuego de repente.

—Sorprendente —murmuró Magnus, pero él se había ido, a sus recuerdos, lo que tal vez fuera lo mejor. Había comenzado a andar, arrastrando los pies por la bonita alfombra persa de Camille.

—Ya sabes lo que te he contado. Estaba en la biblioteca de casa de mis padres en Gales. Llovía; como me aburría, estaba mirando las cosas viejas de mi padre. Había guardado unas cuantas cosas de su vida anterior como cazador de sombras, cosas que no había querido tirar, supongo que por alguna razón sentimental. Una vieja estela, aunque en ese momento, yo no sabía lo que era, y una pequeña caja grabada, escondida en un cajón secreto de su escritorio. Supongo que creyó que eso sería suficiente para que no la encontráramos, pero nada es suficiente con los niños curiosos. Y, claro, lo primero que hice al dar con la caja fue abrirla. Salió una niebla a chorro, y al instante se transformó en un diablo viviente. En cuanto vi la criatura, comencé a gritar. Sólo tenía doce años. Nunca había visto nada igual. Enorme, letal, con una boca llena de dientes puntiagudos y una cola con pinchos; y yo no tenía nada. Ninguna arma. Cuando el demonio rugió, me caí sobre la alfombra. Esa cosa estaba sobre mí, siseando. Entonces entró mi hermana.

—¿Cecily?

—Ella. Mi hermana mayor. Tenía algo ardiendo en la mano. Ahora sé lo que era: un cuchillo serafín. En aquel entonces no tenía ni idea. Le grité que se fuera, pero ella se puso entre la criatura y yo. No tenía ningún miedo, mi hermana. Nunca lo había tenido. No le daba miedo subir al árbol más alto o montar el caballo más salvaje, y allí, en la biblioteca, tampoco tenía miedo. Le dijo a la cosa que se marchara. La criatura estaba a media altura, como un enorme y feo insecto. Ella dijo: «Yo te expulso». Entonces, el demonio rió.

Como era de esperar. Magnus sintió pena y simpatía a la vez por la muchacha; la habían criado para que no supiera nada de demonios, de su invocación o su expulsión, pero de todas formas se mantenía firme.

—Se rió, y luego meneó la cola y la tiró al suelo. Entonces clavó los ojos en mí. Eran

completamente rojos. Dijo: «Es a tu padre a quien destruiré, pero como no se halla aquí, tú tendrás que servir». Yo estaba tan impresionado que lo único que pude hacer fue mirarlo. Ella se arrastraba por la alfombra, tratando de coger el cuchillo serafín. «Te maldigo», prosiguió el ser. «Todos los que te amen, morirán. Su amor será su destrucción. Puede tardar un momento, puede tardar años, pero quien te mire con amor morirá por ello, a no ser que te separes de tus seres queridos para siempre. Y comenzaré con ella». Le dedicó un gruñido a mi hermana y desapareció.

Magnus estaba fascinado, a pesar suyo.

—¿Y cayó muerta?

—No. —Will seguía andando de un lado a otro. Se quitó el abrigo y lo colgó sobre una silla. Su oscuro cabello había comenzado a rizarse con el calor que le salía del cuerpo, mezclado con el del fuego; se le pegaba a la nuca—. Estaba ilesa. Me abrazó. Ella me consoló a mí. Me dijo que las palabras del demonio no significaban nada. Admitió que había leído algunos de los libros prohibidos de la biblioteca, y que así era como sabía qué era un cuchillo serafín y cómo usarlo, y que la caja que yo había abierto se llamaba Pyxis, aunque no podía imaginar por qué mi padre habría conservado una. Me hizo prometer no volver a tocar nada de mis padres, a no ser que ella estuviera conmigo, y luego me llevó a la cama, y se quedó leyéndome hasta que me dormí. El susto me había dejado agotado, creo. Recuerdo oírla murmurar con mi madre, decirle que me había puesto enfermo mientras estaba fuera, que sería alguna fiebre infantil. En ese momento, yo estaba disfrutando de toda la atención que me prestaban, y el demonio estaba comenzando a parecerme un recuerdo bastante excitante. Recuerdo perfectamente contárselo a Cecily, sin admitir, claro, que ella me había salvado mientras que yo había gritado como un niño...

—Eras un niño —remarcó Magnus.

—Era lo suficientemente mayor —replicó Will—. Lo suficientemente mayor para saber qué significaban los gritos de dolor de mi madre cuando me desperté a la mañana siguiente. Estaba en el dormitorio de Ella, y ésta estaba muerta en la cama. Hicieron lo que pudieron para que yo no entrara, pero vi lo que necesitaba ver. Estaba hinchada, y de un color verdoso oscuro, como si algo la hubiera podrido por dentro. Ya no parecía mi hermana. Ya ni parecía humana.

Yo sabía lo que había pasado, aunque ellos no. «Todos lo que te amen, morirán [...] Y comenzaré por ella». Era mi maldición en acción. Entonces supe que tenía que alejarme de ellos, de toda mi familia, antes de que hiciera caer sobre ellos el mismo horror. Me marché esa misma noche, y seguí los caminos hasta Londres.

Magnus abrió la boca y la volvió a cerrar. Por una vez, no sabía qué decir.

—Así que ya ves —concluyó Will—, mi maldición no se puede decir que sea una tontería. La he visto en acción. Y desde aquel día he tratado de asegurarme de que lo que le pasó a Ella no le vuelva a pasar a nadie más. ¿Puedes imaginártelo? ¿Puedes? —Se pasó los dedos por el cabello, y los enredados mechones le volvieron a caer sobre los ojos—. No permitir que nadie se te acerque. Hacer que cualquiera que pudiera quererte te odie. Dejé a mi familia para distanciarme de ellos y que me olvidaran. Todos los días debo mostrar crueldad hacia aquellos con los que he escogido vivir, para que no puedan sentir demasiado afecto hacia mí.

—Tessa... —De repente, Magnus vio en su cabeza a la chica de ojos grises y rostro serio que había mirado a Will como si él fuera el sol que se alza en el horizonte—. ¿Crees que te ama?

—No lo creo. Me he comportado muy mal con ella. —En la voz del muchacho se combinaban el sufrimiento, la desgracia y el desprecio a sí mismo—. Creo que hubo un momento en que ella casi...

Pensé que estaba muerta, ¿sabes?, y le demostré... le dejé ver lo que siento. Creo que ella me podría haber correspondido después de eso. Pero destruí cualquier esperanza que pudiera haber tenido, de la forma más brutal que pude. Imagino que ahora me odia.

—Y Jem —dijo Magnus, temiendo la respuesta que ya sabía.

—Jem se está muriendo de todas formas —contestó Will con voz ahogada—. Jem es lo que me he permitido. Me digo que, si muere, no será por mi culpa. Se está muriendo, y con dolor. Al menos, la muerte de mi hermana fue rápida. Quizá a través de mí, Jem pueda tener una buena muerte. —Alzó la vista tristemente, y se encontró con la mirada acusadora del brujo—. Nadie puede vivir sin nada —susurró—. Jem es todo lo que tengo.

—Deberías habérselo explicado —le reprochó Magnus—. Habría decidido ser tu *parabatai* igualmente, y conociendo los riesgos.

—¿No puedo imponerle esa carga! Lo mantendría en secreto si se lo pidiera, pero sabiéndolo, sólo sufriría, y el dolor que causo a los otros le haría aún más daño. Sin embargo, si les dijera a Charlotte, a Henry y al resto que mi comportamiento es una farsa, que todas las cosas crueles que les he dicho son mentira, que recorro las calles sólo para dar la impresión de que he estado bebiendo y con putas, cuando en realidad ese comportamiento no va en absoluto conmigo, habría cejado en mi empeño de apartarlos de mí.

—¿Y por eso nunca has hablado a nadie de esta maldición? ¿A nadie excepto a mí, desde que tenías doce años?

—No podía —respondió Will—. ¿Cómo podía estar seguro de que no se encariñarían conmigo, cuando supieran la verdad? Una historia como ésta puede dar lástima, la lástima puede convertirse en aprecio y luego...

Magnus alzó una ceja.

—¿No te preocupo yo?

—¿Que tú puedas quererme? —El chico parecía realmente asombrado—. No, odias a los nefilim, ¿no es cierto? Además, supongo que los brujos tenéis protecciones contra los sentimientos indeseados. Pero para la gente como Charlotte, como Henry,... si supieran que la imagen que les dejo ver es falsa, si supieran lo que siento de verdad... podrían llegar a tenerme cariño.

Charlotte alzó el rostro lentamente de entre las manos.

—¿Y no tenéis ni la más remota idea de dónde está? —preguntó por tercera vez—. ¿Will... simplemente se ha ido?

—Charlotte —habló Jem con voz tranquilizadora. Estaban en el salón, con su papel pintado de flores y parras. Sophie se hallaba junto a la chimenea, usando el atizador para que el carbón ardiera más. Henry estaba sentado al otro lado del escritorio, haciendo algo con un juego de instrumentos de cobre; Jessamine se hallaba en el diván, y Charlotte, en el sillón junto al fuego. Tessa y Jem se habían sentado juntos en el sofá, muy correctos, y la chica le hacía sentirse como si estuviera de visita. Se había hartado de bocadillos, que Bridget había llevado en una bandeja, y té, que lentamente le había ido deshelandando por dentro—. Tampoco es tan raro. ¿Cuándo hemos sabido dónde está Will por las noches?

—Pero esto es diferente. Ha visto a su familia, o al menos a su hermana. Oh, pobre Will. —La voz de la directora temblaba de ansiedad—. Había pensado que tal vez finalmente estuviera comenzando a



olvidarlos...

—Nadie olvida a su familia —exclamó Jessamine con sequedad. Estaba sentada en el diván, con un caballete y láminas ante ella; hacía poco había decidido que se había retrasado en el aprendizaje de las artes de una dama y había comenzado a pintar, a recortar siluetas, a secar flores y a tocar el clavecín, aunque Will le había dicho que al cantar, su voz le hacía pensar en *Iglesia* cuando estaba especialmente protestón.

—Bueno, no, claro que no —se apresuró a rectificar Charlotte—, pero quizá se pueda no vivir constantemente con el recuerdo, como una especie de terrible carga.

—Como si supiéramos qué hacer con Will, con lo repelente que es siempre —soltó Jessamine—. De todas formas, nunca debe de haberle importado tanto su familia, si no, no la hubiera abandonado.

Tessa soltó un pequeño grito ahogado.

—¿Cómo puedes decir eso? No sabes por qué se marchó. No viste su cara en Ravenscar Manor...

—Ravenscar Manor —repitió Charlotte, con la mirada perdida en la chimenea—. De entre todos los lugares a los que pensé que irían...

—Paparruchas —exclamó Jessamine, mirando enfadada a Tessa—. Al menos su familia está viva. Además, apuesto a que no estaba triste de verdad; apuesto a que estaba fingiendo. Siempre lo hace.

Tessa miró a Jem en busca de apoyo, pero el chico estaba mirando a Charlotte, y su mirada era tan dura como una moneda de plata.

—¿Qué quieres decir —preguntó Jem— con «de entre todos los lugares a los que pensé que irían»? ¿Sabías que la familia de Will se había trasladado?

Ella se sobresaltó y suspiró.

—Jem...

—Es importante, Charlotte.

La mujer miró hacia la lata que tenía sobre el escritorio y que contenía sus caramelos de limón favoritos.

—Después de que los padres de Will vinieran a visitarle, cuando tenía doce años, y él no quiso verlos... Le rogué que hablara con ellos, aunque sólo fuera un momento, pero se negó. Traté de que entendiera que si se marchaban, quizá no volvería a verlos. Me cogió la mano y me dijo: «Por favor, prométeme que me dirás si mueren, Charlotte. Prométemelo». —Bajó la mirada y jugueteó nerviosa con la tela de su vestido—. Era una petición muy rara para un chico tan joven. Le... le dije que sí.

—¿Así que te has mantenido al tanto de lo que le pasaba a la familia de Will? —preguntó Jem.

—Contraté a Ragnor Fell para hacerlo —respondió Charlotte—. Los primeros tres años. Al cuarto, vino a verme y me dijo que los Herondale se habían trasladado. Edmund Herondale, el padre de Will, había perdido la casa por deudas de juego. Eso fue todo lo que Ragnor fue capaz de averiguar. Los Herondale se habían visto obligados a trasladarse. No pudo encontrar rastro de ellos.

—¿Se lo dijiste a Will? —inquirió Tessa.

—No. —Charlotte negó con la cabeza—. Me había hecho prometer que le informaría si morían, eso fue todo. ¿Por qué intensificar su tristeza diciéndole que habían perdido la casa? Él nunca los mencionaba. Yo había llegado a confiar en que los hubiera olvidado...

—Nunca los ha olvidado. —Había una fuerza en las palabras de Jem que hizo que Charlotte parara el nervioso movimiento de sus dedos.

—No debería haberlo hecho —repuso Charlotte—. Nunca debería haberle hecho esa promesa.

Iba contra la Ley...

—Cuando Will quiere algo de verdad... —dijo Jem—, cuando lo siente, puede romperte el corazón.

Se hizo el silencio. Charlotte apretaba los labios, y los ojos le brillaban de una manera sospechosa.

—Cuando se fue en Kings Cross, ¿dijo algo sobre adónde iba?

—No —respondió Tessa—. Llegamos, y él para arriba y puso pies en polvorosa... perdón, se levantó y se largó —se corrigió Tessa cuando las miradas de los otros le hicieron ver que estaba usando argot americano.

—«Para arriba y puso pies en polvorosa» —repitió Jem—. Me gusta. Parece como si dejara una nube de polvo detrás. No dijo nada, no; sólo se fue abriendo paso a codazos entre la multitud y desapareció. Casi tiró a Cyril, que venía a recogerlos.

—No tiene ningún sentido —se quejó la directora del Instituto—. ¿Por qué iba a estar la familia de Will viviendo en una casa que antes era de Mortmain? ¿Y además en Yorkshire? No es allí adonde pensaba que nos llevaría este camino. Buscábamos a Mortmain y encontramos a los Shade; lo buscamos de nuevo y encontramos a la familia de Will. Nos rodea, como ese maldito uróboro que usa como símbolo.

—Tiempo atrás encargaste a Ragnor Fell que se ocupara de ver cómo le iba la familia de Will —expuso Jem—. ¿No podrías encargárselo de nuevo? Si Mortmain está relacionado con ellos de alguna manera... por la razón que sea...

—Sí, sí, claro —contestó Charlotte—. Le escribiré inmediatamente.

—Hay una parte de esto que no entiendo —confesó Tessa—. La solicitud de compensación se presentó en 1825, y consta que el solicitante tenía veintidós años. Si tenía veintidós entonces, ahora tendrá setenta y cinco, y no parece tan viejo. Quizá unos cuarenta...

—Hay maneras —explicó Charlotte despacio— de que los mundanos que tontean con la magia negra prolonguen su vida. Por cierto, ésa sería la clase de conjuros que se encuentran en el *Libro de lo Blanco*. Y por esa razón, que alguien que no sea la Clave esté en posesión de ese libro se considera un crimen.

—Todo ese asunto en los periódicos de que Mortmain heredó una naviera de su padre... —intervino Jem—. ¿Crees que emplearía el truco del vampiro?

—¿El truco del vampiro? —repitió Tessa, intentando recordarlo en el *Códice*.

—Es la manera en que los vampiros conservan su dinero a lo largo de los años —aclaró Charlotte—. Cuando llevan demasiado tiempo en un mismo lugar, tanto que la gente empieza a notar que no envejecen, fingen su muerte y dejan todo en herencia a algún hijo o sobrino perdido. Y *voilà*, el sobrino aparece, se parece mucho a su tío o su padre, pero ahí está y se queda con el dinero. Y van haciendo eso, a veces durante generaciones. Mortmain podría haberse dejado fácilmente su compañía a sí mismo para ocultar que no envejecía.

—Y fingir que era su propio hijo —concluyó Tessa—. Lo que también le daría una razón para que lo vieran cambiando la orientación de la empresa, para regresar a Gran Bretaña y comenzar a interesarse por mecanismos y esas cosas.

—Y también es probable que sea por eso por lo que dejó la casa de Yorkshire —añadió Henry.

—Aunque eso no explica por qué ahora la habita la familia de Will —caviló Jem.

—O dónde está Will —añadió Tessa.

—O dónde está Mortmain —recordó Jessamine, con una especie de tenebrosa alegría—. Sólo

quedan nueve días, Charlotte.

Ésta volvió a ocultar el rostro entre las manos.

—Tessa, odio tener que pedirte esto, pero después de todo, es para lo que te enviamos a Yorkshire y no debemos dejar piedra sin remover. ¿Aún tienes el botón del abrigo de Starkweather?

Sin decir nada, Tessa sacó el botón del bolsillo. Era redondo, de nácar y plata, y lo notaba extrañamente frío en la mano.

—¿Quieres que me Cambie en él?

—Tessa —intervino Jem rápidamente—. Si no lo quieres hacer, Charlotte... nosotros... nunca te lo exigiremos.

—Lo sé —repuso la mundana—. Pero me ofrecí y no me desdiré de mi palabra.

—Muchas gracias, Tessa. —Charlotte parecía aliviada—. Debemos saber si nos ha ocultado algo, si os ha mentido sobre cualquiera de las partes de este asunto. Su participación en lo que les pasó a los Shade...

Henry frunció el cejo.

—Será un día negro cuando no puedas confiar en tu compañero cazador de sombras, Lottie.

—Ya es un día negro, querido Henry —replicó su mujer sin mirarlo.

—Entonces no piensas ayudarme —dijo Will en una voz inexpresiva. Con magia, Magnus había encendido un fuego en la chimenea. En el resplandor de las llamas bailarinas, el brujo podía ver más detalles del aspecto de Will: el cabello rizado en la nuca, los delicados pómulos y el fuerte mentón, las sombras que le proyectaban las pestañas... A Magnus le recordaba a alguien; esa imagen le rondaba por la memoria, pero no se mostraba con claridad. Después de tantos años, a veces le resultaba difícil recuperar un recuerdo concreto, incluso de aquellos a los que había amado. Ya no lograba recordar el rostro de su madre, aunque sabía que se parecía a ella, una mezcla de su abuelo holandés y su abuela indonesia.

—Si en tu definición de «ayuda» entra tirarte a los reinos de los demonios como una rata en un foso lleno de terriers, entonces no, no pienso ayudarte —contestó Magnus—. Es una locura y lo sabes. Vete a casa. Duerme y que se te pase.

—No estoy borracho.

—Como si lo estuvieras. —El mago se pasó ambas manos por el cabello y pensó, de repente y de forma irracional, en Camille. Y se sintió satisfecho. En esa sala, con Will, había pasado casi dos horas sin pensar en ella. Era todo un avance—. ¿Crees que eres la única persona que ha perdido a alguien?

Will retorció el rostro en una mueca.

—No lo digas así. Como un dolor corriente. No es así. Dicen que el tiempo lo cura todo, pero eso asume que el origen del pesar es finito. Que se acaba. Esto es una herida abierta que sangraba día tras día.

—Sí —repuso Magnus mientras se reclinaba sobre los cojines—. Eso es lo que tienen las maldiciones.

—Sería diferente si me hubieran maldecido para que murieran todos aquellos a quienes yo quiero —dijo Will—. Podría evitar querer. Pero evitar que otros me quieran... es algo extraño y agotador. —Sí que sonaba agotador, reflexionó Magnus, y con un dramatismo que sólo alguien de diecisiete años podía lograr. También dudaba de la veracidad que lo que había dicho Will sobre poder no amar a

nadie, pero entendía por qué el chico prefería explicarse esa historia—. Tengo que ser otra persona todo el día, todos los días, alguien amargado, malhumorado y cruel.

—Ya me gustas así. Y no me digas que no te diviertes al menos un poco, jugando al diablo, Will Herondale.

—Dicen que lo llevamos en la sangre, esa especie de humor negro —repuso éste, mirando las llamas—. Ella lo tenía. Y Cecily también. Yo no creía tenerlo hasta que lo necesité. En estos años he aprendido buenas lecciones sobre cómo ser odioso. Pero siento que me estoy perdiendo a mí mismo... —Trató de encontrar las palabras—. Me siento empequeñecido, con partes de mí rodando hacia la oscuridad, las partes que son buenas, sinceras y leales. Si las ocultas demasiado tiempo, ¿las pierdes del todo? Porque si no hay nadie en el mundo a quien le importes, ¿realmente existes?

Eso último lo dijo en una voz tan baja que Magnus tuvo que esforzarse para oírlo.

—¿Qué dices?

—Nada. Algo que leí una vez en algún lado. —Will se volvió hacia él—. Me harías un favor enviándome a los reinos de los demonios. Hasta podría encontrar lo que busco. Es mi única oportunidad, y sin esa oportunidad mi vida no vale nada para mí.

—Muy fácil de decir a los diecisiete años —replicó Magnus, con gran frialdad—. Estás enamorado y crees que eso es todo lo que hay en el mundo. Pero el mundo es mayor que tú, Will, y puede que te necesite. Eres un cazador de sombras. Sirves a una causa mayor. Tu vida no te pertenece para poder desperdiciarla.

—Entonces, nada me pertenece —sentenció Will, y se apartó de la chimenea, bamboleándose como si realmente estuviera ebrio—. Si ni siquiera me pertenece mi propia vida...

—¿Quién dijo alguna vez que se nos debe la felicidad? —le espetó Magnus en voz baja, y en su cabeza se dibujó la imagen de su casa de la infancia y a su madre apartándose de él con ojos espantados, y a su esposo, que no era el padre de Magnus, ardiendo—. ¿Y qué hay de lo que debemos a los otros?

—Ya les he dado todo lo que tengo —contestó Will, mientras cogía su abrigo del respaldo de la silla—. Ya han sacado lo suficiente de mí, y si esto es lo que tienes que decirme, entonces tú también... brujo.

Escupió la última palabra como una maldición. Magnus lamentó su dureza y comenzó a ponerse en pie, pero el muchacho lo apartó y fue a la puerta. La cerró de un portazo. Un momento después, Magnus lo vio pasar por delante de la ventana, poniéndose el abrigo mientras caminaba con la cabeza inclinada para hacer frente al intenso viento.

Tessa se hallaba sentada en su tocador, envuelta en su bata, y hacía rodar el pequeño botón en la palma de la mano. Había querido que la dejaran sola para hacer lo que Charlotte le había pedido. No era la primera vez que se había transformado en un hombre; las Hermanas Oscuras la habían obligado a hacerlo, más de una vez, y aunque resultaba una sensación peculiar, no era eso lo que la hacía vacilar. Era la oscuridad que había visto en los ojos de Starkweather, la ligera pátina de locura en su tono cuando hablaba de los botines que había tomado. No era una mente a la que quisiera conocer más.

Sabía que no estaba obligada a hacerlo. Podía salir de allí y decirles que lo había intentado, pero que no había funcionado. Pero incluso mientras esa idea le pasaba por la cabeza, supo que no sería capaz de mentirles. De alguna manera había llegado a considerar que debía lealtad a los cazadores de

sombras del Instituto. La habían protegido, había sido amables con ella, le habían enseñado mucho sobre lo que era en realidad y tenían su mismo objetivo: encontrar a Mortmain y acabar con él. Pensó en los amables ojos de Jem sobre ella, firmes, plateados y cargados de fe. Respiró profundamente y cerró la mano sobre el botón.

La oscuridad llegó y la envolvió, rodeándola de su frío silencio. Los leves sonidos del fuego crepitando en la chimenea, del viento contra los cristales de la ventana, desaparecieron. Se dio cuenta de que su cuerpo Cambiaba: sus manos eran más grandes e hinchadas y sintió las punzadas de la artritis. La espalda le dolía, notaba la cabeza pesada, los pies le palpitaban de una forma dolorosa y tenía un sabor amargo en la boca. Dientes podridos, pensó, y se sintió enferma, tan enferma que tuvo que obligar a su mente a salir de la oscuridad que la envolvía, buscando la luz, la conexión.

Y llegó, pero no como le solía llegar la luz, tan firme como la proyectada por un faro. Llegó en rotos fragmentos, como si estuviera viendo hacerse añicos un espejo. Cada trozo contenía una imagen que pasaba ante ella, a una velocidad terrorífica. Vio la imagen de un caballo encabritándose, una oscura colina cubierta de nieve, el basalto negro de la sala del Consejo de la Clave, una lápida quebrada... Trató de atrapar una única imagen. Allí tenía una, un recuerdo: Starkweather bailando en una fiesta con una risueña mujer ataviada con un vestido de gala estilo imperio. Tessa la descartó y buscó otra.

La casa era pequeña, enclavada entre una colina y otra. Starkweather observaba desde la oscuridad de un bosquecillo mientras la puerta se abría y un hombre salía. Incluso en el recuerdo, Tessa notó que el corazón del anciano aceleraba sus latidos. El hombre era alto, y de hombros anchos..., y con una piel tan verdosa como la de un lagarto. Tenía el cabello negro. El niño que cogía de la mano, en contraste, parecía tan normal como puede ser un niño: pequeño, de piel rosada y manos regordetas.

Tessa supo el nombre del hombre, porque Starkweather lo sabía.

John Shade.

Shade se subió al niño a hombros mientras de la puerta de la casa surgían varias criaturas extrañas, como muñecos infantiles articulados, pero de tamaño humano y con la piel de brillante metal. No tenían rostro. Aunque, curiosamente, estaban vestidas, algunas con el basto mono de trabajo de un granjero de Yorkshire, otras con sencillos vestidos de muselina. Los autómatas se cogieron de las manos y comenzaron a girar, como si ejecutaran una danza en un baile de pueblo. El niño reía y aplaudía.

—Míralo bien, hijo —dijo el hombre de piel verdosa—, porque algún día gobernaré un reino mecánico de criaturas así, y tú serás su príncipe.

—¡John! —llamó una voz desde dentro de la casa; una mujer se asomó por la ventana. Tenía una larga cabellera del color de un cielo sin nubes—. John, entra. ¡Los va a ver alguien! ¡Y estás asustando al niño!

—No está asustado en absoluto, Anne. —El hombre rió y dejó al pequeño en el suelo, alborotándole el cabello—. Mi principito mecánico...

Ante ese recuerdo, en el corazón de Starkweather se alzó una marea de odio, tan violenta que lanzó a Tessa, libre, rodando hacia la oscuridad de nuevo. Ésta comenzó a darse cuenta de lo que estaba pasando. El anciano se estaba sumiendo en la senilidad, perdiendo el hilo que conectaba el pensamiento a la memoria. Lo que iba y venía en su mente parecía aleatorio. Con esfuerzo, Tessa trató de visualizar de nuevo a la familia Shade, y captó un breve destello de una evocación: una habitación destrozada, ruedas dentadas, levas, engranajes y trozos de metal por todas partes; fluido goteando tan negro como la sangre, y el hombre de piel verdosa y la mujer de cabello azul muertos entre las ruinas. Entonces, también eso desapareció, y vio, una y otra vez, el rostro de la niña del retrato de la escalera,

la niña de cabello rubio y expresión obstinada; la vio cabalgando un pequeño poni, con la determinación dibujada en el rostro; vio su cabello al viento de los páramos; la vio gritando y retorciéndose de dolor cuando le posaron una estela en la piel y Marcas negras mancharon su blancura. Y al final, Tessa vio su propio rostro, apareciendo en la sombría luz de la nave del Instituto de York, y sintió un estremecimiento de sorpresa tan intenso que la lanzó fuera del cuerpo de Starkweather y de vuelta al suyo propio.

Se oyó un leve golpecito cuando el botón se le cayó de la mano y dio contra el suelo. Tessa alzó la cabeza y miró en el espejo de su tocador. Volvía a ser ella misma. Y el sabor amargo en su boca era de la sangre que se había hecho al morderse el labio.

Se puso en pie, sintiéndose mareada, y fue a abrir la ventana para sentir el frío aire nocturno sobre su sudorosa piel. La noche estaba cargada de sombras; no hacía mucho viento, y las negras verjas del Instituto parecían alzarse frente a ella, con su lema hablando más que nunca de mortalidad y muerte.

Soltó un grito ahogado y se echó hacia atrás instintivamente, apartándose de la ventana. Se sintió mareada. Sacudió la cabeza para recuperarse, mientras se agarraba al alféizar, y se acercaba de nuevo, mirando con temor...

Sin embargo el patio estaba vacío, nada se movía en él excepto sombras. Cerró los ojos, luego los volvió a abrir despacio, y llevó una mano al ángel que le colgaba al cuello. No había visto nada allí, se dijo, era sólo su imaginación desbocada. Cerró la ventana mientras se decía que más le valía dominar sus ensoñaciones o acabaría tan loca como el viejo Starkweather.

## UNA SOMBRA EN EL ALMA

¡Oh, justo, sutil y poderoso opio! Para los corazones de los ricos y los pobres por igual, para las heridas que nunca sanarán, y para «los remordimientos que tientan al espíritu a rebelarse», eres un bálsamo calmante; ¡elocuente opio!, que con tu potente retórica deshaces los propósitos de la furia, y al hombre culpable le devuelves por una noche las esperanzas de su juventud, y sus manos purificadas y limpias de sangre.

THOMAS DE QINCEY, *Confesiones de un inglés comedor de opio*

Por la mañana, cuando Tessa bajó a desayunar, encontró, para su sorpresa, que Will no se hallaba allí. No se había dado cuenta de lo convencida que estaba de que regresaría durante la noche, y se encontró deteniéndose ante la puerta, recorriendo con la mirada los diferentes asientos como si, de alguna manera, lo hubiera pasado por alto accidentalmente. No fue hasta que sus ojos se posaron en Jem, que se la devolvió con una expresión compungida y preocupada, cuando supo que era cierto: Will seguía desaparecido.

—Oh, ya volverá, por el amor de Dios —exclamó Jessamine molesta, mientras dejaba, con un golpe, su taza de té sobre el plato—. Siempre acaba arrastrándose hasta casa. Miraos los dos. Como si hubierais perdido a vuestro perrito favorito.

Tessa lanzó a Jem una mirada casi culpable y cómplice, mientras se sentaba frente a él y cogía una tostada de la bandeja. Henry se hallaba ausente; Charlotte, a la cabecera de la mesa, estaba tratando de no parecer nerviosa y preocupada, pero era en vano.

—Claro que volverá —aseguró ésta—. Will sabe cuidarse solo.

—¿Crees que puede haber regresado a Yorkshire? —preguntó Tessa—. ¿Para advertir a su familia?

—No... no lo creo —respondió Charlotte—. Will lleva años evitando a su familia. Y conoce la Ley. Sabe que no puede hablar con ellos. Sabe que perdería. —Su mirada se posó durante un instante en Jem, que estaba muy ocupado jugueteando con la cuchara.

—Cuando vio a Cecily, en la mansión, trató de correr hacia ella...

—Fue en el calor del momento —repuso la directora—. Pero regresó a Londres con vosotros; estoy segura de que también regresará al Instituto. Sabe que cogiste ese botón, Tessa. Querrá descubrir lo que sabía Starkweather.

—Bien poco, la verdad —dijo Tessa.

Se sentía extrañamente culpable de no haber hallado más información útil en los recuerdos del anciano. Había tratado de explicar cómo era estar en la mente de alguien con un cerebro deteriorado, pero le había resultado difícil dar con las palabras, y recordaba sobre todo la mirada de decepción en el rostro de Charlotte al decirle que no había descubierto nada útil sobre Ravenscar Manor. Les había contado los recuerdos que Starkweather tenía de la familia Shade y que, sin duda, sus muertes habían sido el impulso del deseo de Mortmain, anhelante de justicia y venganza, y parecía ser un impulso muy potente. Se había guardado para sí la impresión de verse a sí misma; aún le resultaba difícil de aceptar y lo consideraba algo privado.

—¿Y si Will decide dejar la Clave para siempre? —planteó Tessa—. ¿Regresaría con su familia para que lo protegiera?

—No —contestó Charlotte un poco demasiado tajante—. No, no creo que lo hiciera.

«Charlotte echaría de menos a Will si se marchara», pensó Tessa, sorprendida. Will siempre era tan desagradable —también, y a menudo, con Charlotte— que la muchacha a veces olvidaba el obstinado amor que la directora parecía sentir por todos los chicos a su cargo.

—Pero si corren peligro... —protestó Tessa, y luego se calló, porque Sophie entró en el comedor con un pote de agua caliente y lo depositó en la mesa. Charlotte se animó al verla.

—Tessa, Sophie, Jessamine —dijo—, no olvidéis que esta mañana tenéis entrenamiento con Gabriel y Gideon Lightwood.

—Yo no puedo hacerlo —replicó Jessamine al instante.

—¿Por qué no? Pensaba que ya te habías recuperado de la jaqueca que tenías...

—Sí, pero no quiero que me vuelva, ¿verdad? —Jessamine se puso en pie apresuradamente—. Prefiero ayudarte a ti, Charlotte.

—No necesito tu ayuda para escribir a Ragnor Fell, Jessie. La verdad es que preferiría que aprovecharas el entrenamiento...

—Pero hay docenas de respuestas apilándose en la biblioteca, de los subterráneos a los que les hemos preguntado por el paradero de Mortmain —objetó Jessamine—. Podría ayudarte a mirarlas.

Charlotte suspiró.

—Muy bien. —Se volvió hacia Tessa y Sophie—. Mientras tanto, no diréis nada a los Lightwood de lo de Yorkshire o lo de Will, ¿vale? Preferiría no tenerlos por el Instituto ahora, pero no puede evitarse. Seguir con el entrenamiento es una muestra de buena fe y de confianza. Debéis comportaros como si no pasara nada. ¿Podréis hacerlo, chicas?

—Claro que podemos, señora Branwell —contestó Sophie al instante.

Le brillaban los ojos y sonreía. Tessa suspiró para sus adentros, sin saber muy bien cómo sentirse. Sophie adoraba a Charlotte, y haría cualquier cosa por complacerla. También detestaba a Will, y no debía de preocuparle su ausencia. Tessa miró a Jem. Sentía un vacío en el estómago, el dolor de no saber dónde estaba Will, y se preguntó si él lo sentiría también. Su rostro, por lo general tan expresivo, estaba inmóvil y resultaba indescifrable, aunque cuando él captó su mirada, le sonrió para animarla. Jem era el *parabatai* de Will, su hermano de sangre; sin duda, si hubiera algo de lo que preocuparse realmente respecto a Will, Jem no podría ocultarlo... ¿o sí?

Desde la cocina, les llegó la suave voz de Bridget que trinaba:

*¿Debo estar atada mientras tú libre eres,  
Debo amar a un hombre que a mí no me ame,  
Debo nacer con tan poca razón  
Como para amar a un hombre que me romperá el corazón?*

Tessa echó atrás la silla para apartarse de la mesa.

—Creo que es mejor que vaya a vestirme.



Después de ponerse el uniforme de entrenamiento, Tessa se sentó al borde de la cama y cogió la copia de *Vathek* que Will le había pasado. No le trajo el recuerdo de él sonriendo, sino otras imágenes: Will inclinándose hacia ella en el Santuario, cubierto de sangre; Will guiñando los ojos hacia el sol en el tejado del Instituto; Will rodando por la colina de Yorkshire con Jem, salpicándose de barro sin importarle; Will cayéndose de la mesa del comedor; Will cogiéndola en la oscuridad. Will. Will. Will.

Tiró el libro. Éste golpeó la repisa de la chimenea y rebotó, para aterrizar en el suelo. Si hubiera alguna manera de quitarse a Will de la cabeza, igual que se rascaba el barro de las botas... Si sólo supiera dónde se hallaba. La preocupación lo empeoraba todo, pero no podía evitarlo. No podía olvidar la expresión en el rostro de Will al ver a su hermana.

Se entretuvo pensando y llegó tarde a la sala de entrenamiento; por suerte, la puerta estaba abierta y dentro sólo se hallaba Sophie, con un cuchillo largo en la mano, que examinaba con el mismo detenimiento con el que podría haber examinado un plumero para decidir si aún servía o si ya había llegado el momento de tirarlo.

Miró a Tessa cuando ésta entró en la sala.

—Vaya, tiene el aspecto de un fin de semana lluvioso, señorita —observó con una sonrisa—. ¿Le pasa algo? —Inclinó la cabeza hacia un lado mientras Tessa asentía—. ¿Es el señorito Will? Ya ha desaparecido durante un día o dos otras veces. Volverá, no tema.

—Es muy amable por tu parte decir eso, Sophie, sobre todo porque sé que no le tienes gran estima.

—Yo pensaba que usted tampoco —repuso la sirvienta—, al menos ya no...

Tessa la miró fijamente. Creía no haber tenido una auténtica conversación con Sophie sobre Will desde el incidente del tejado y, además, Sophie le había advertido contra él, comparándolo con una serpiente venenosa. Antes de que Tessa le pudiera contestar, la puerta se abrió y entraron Gabriel y Gideon Lightwood, seguidos de Jem. Éste le hizo un guiño a Tessa antes de marcharse y cerró la puerta a su espalda.

Gideon fue derecho hacia Sophie.

—Una buena elección de hoja —dijo, con un tono que revelaba una leve sorpresa. Sophie se sonrojó, complacida.

—Bien... —dijo Gabriel, que de alguna manera había conseguido ponerse detrás de Tessa sin que ésta lo notara. Después de examinar los estantes llenos de armas que se alineaban en la pared, cogió un cuchillo y se lo pasó a Tessa—. Note el peso de esta hoja.

Tessa trató de notar el peso, mientras se esforzaba por recordar lo que le había dicho sobre dónde debía equilibrarla en la palma y cómo.

—¿Qué opina? —preguntó Gabriel. Ella lo miró. De los dos chicos, él era el que más se parecía a su padre, con los rasgos aguileños y una cierta arrogancia en la expresión. Su fina boca formó una sonrisa—. ¿U hoy está demasiado ocupada preocupándose por el paradero de Herondale para practicar?

A Tessa casi se le cayó el cuchillo de la mano.

—¿Qué?

—He oído a la señorita Collins y a usted cuando subía por la escalera. Ha desaparecido, ¿no? No me sorprende, considerando que no creo que Will Herondale y la responsabilidad hayan llegado a

conocerse nunca.

Tessa tensó la mandíbula. Aunque sus sentimientos hacia Will fueran encontrados, por alguna razón, que alguien que no pertenecía a la pequeña familia del Instituto lo criticara, la enrababa.

—Sucedé a menudo, no es nada por lo que hacer ningún revuelo —contestó—. Will es... un espíritu libre. Volverá pronto.

—Espero que no —replicó Gabriel—. Espero que esté muerto.

Tessa apretó la mano alrededor del cuchillo.

—Lo dice en serio, ¿verdad? ¿Qué le hizo a su hermana para que usted lo odie tanto?

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Gabriel. —La voz de Gideon era severa—. ¿Podemos empezar la instrucción, por favor, y dejar de perder el tiempo?

El pequeño de los Lightwood miró molesto a su hermano mayor, que estaba tranquilamente junto a Sophie, pero obedeció y, olvidando a Will, concentró su atención en el entrenamiento. Ese día practicaron cómo sujetar las armas de filo y cómo equilibrarlas, mientras cortaban el aire, sin que la punta se fuera hacia abajo ni se les escurrieran de las manos. Era más difícil de lo que parecía, y ese día Gabriel no tenía paciencia. Tessa envidió a Sophie, a la que enseñaba Gideon, que siempre era un instructor metódico y cuidadoso, aunque tendía a hablar en español siempre que la doncella hacía algo mal.

—Ay, Dios mío —exclamaba en esa lengua, mientras arrancaba la hoja de donde se hubiera clavado, punta abajo, en el suelo—. ¿Lo probamos otra vez?

—Póngase derecha —le decía mientras tanto Gabriel a Tessa, con impaciencia—. No, ¡derecha! Como esto. —Y se lo mostró.

La muchacha quería replicarle que ella, a diferencia de él, no se había pasado toda la vida aprendiendo cómo estar derecha y moverse; que los cazadores de sombras eran acróbatas por naturaleza, y que ella no era nada de eso.

—¡Uf! —resopló Tessa—. ¡Me gustaría verle a usted aprendiendo a sentarse y a estar derecho con corsé, enaguas y un vestido con una cola de dos palmos!

—A mí también —exclamó Gideon desde el otro lado de la sala.

—Oh, por el Ángel —protestó Gabriel; la cogió por los hombros y la hizo volverse de forma que quedó de espaldas a él. La rodeó con los brazos, le enderezó la espalda y le puso bien el cuchillo en la mano. Ella notaba su aliento en la nuca y se estremeció; también se molestó. Si él la tocaba, era sólo porque presumía que podía hacerlo, sin preguntar, y porque pensaba que eso irritaría a Will.

—Suélteme —dijo a media voz.

—Esto es parte del entrenamiento —replicó Gabriel con voz aburrida—. Además, mire a mi hermano y a la señorita Collins. Ella no se queja.

Tessa miró a la criada, que parecía muy concentrada en la lección con Gideon. Él estaba detrás de ella, rodeándola con un brazo desde la espalda y mostrándole cómo sujetar un cuchillo arrojadizo de punta muy afilada. Le cubría las manos con las suyas, y parecía hablarle a la nuca, donde el cabello oscuro de ella se había escapado de su moño y se rizaba graciosamente. Cuando vio que Tessa los miraba, él se sonrojó.

La muchacha estaba asombrada. ¡Gideon Lightwood sonrojándose! ¿Habría estado «admirando» a Sophie? Aparte de la cicatriz, en la que Tessa apenas ya reparaba, Sophie era encantadora, pero era una mundana y una sirvienta, y los Lightwood eran terriblemente esnobs. Tessa notó como se tensaba

por dentro. Sophie había recibido un trato abominable de su anterior señor. Lo último que necesitaba era que algún cazador de sombras guapito se aprovechara de ella.

Miró alrededor, a punto de decir algo al chico que la rodeaba con los brazos, pero se calló. Había olvidado que tenía a Gabriel a su lado, no a Jem. Se había acostumbrado a la presencia del cazador de sombras, a la facilidad con la que podía conversar con él, a la comodidad de su mano en el brazo cuando caminaban, a que él fuera en esos momentos la única persona en el mundo a la que creía que podía contarle cualquier cosa. Se dio cuenta, sorprendida y con una punzada de algo parecido al dolor, de que, aunque lo acababa de ver en el desayuno, lo echaba de menos.

Estaba tan perdida en esa mezcla de sentimientos —añorar a Jem y proteger apasionadamente a Sophie—, que su siguiente lanzamiento se desvió varios metros, pasó por encima de la cabeza de Gideon y rebotó en el alféizar de la ventana.

Sin perder la calma, el mayor de los Lightwood miró el cuchillo caído y luego a su hermano. Nada parecía alterarlo, ni siquiera lo cerca que había estado de la decapitación.

—Gabriel, ¿cuál es exactamente el problema?

Éste miró a Tessa.

—No quiere escucharme —replicó resentido—. No puedo entrenar a alguien que no me escucha.

—Quizá si tú fueras mejor instructor, ella sería mejor escuchándote.

—Y quizá habrías visto venir el cuchillo —replicó Gabriel— si prestaras más atención a lo que pasa a tu alrededor y menos a la nuca de la señorita Collins.

Así que Gabriel lo había notado, pensó Tessa. Mientras, Sophie se sonrojó. Gideon echó a su hermano una larga y fija mirada; Tessa intuyó que tendrían unas palabras cuando llegaran a su casa. Luego el mayor de los Lightwood se volvió hacia Sophie y le dijo algo muy bajo, demasiado bajo para que Tessa lo oyera.

—¿Qué le pasa? —preguntó ésta a Gabriel a media voz, y notó que se tensaba.

—¿Qué quiere decir?

—Normalmente tiene paciencia —contestó ella—. Es un buen profesor, Gabriel, la mayor parte del tiempo, pero hoy está impaciente y a la que salta, y... —miró la mano de él sobre su brazo— incorrecto.

Él tuvo el buen sentido de soltarla, y de parecer avergonzado.

—Mil perdones. No debería haberla tocado así.

—No, no debería. Y menos después del modo en que ha criticado a Will...

Gabriel se ruborizó.

—Ya me he disculpado, señorita Gray. ¿Qué más quiere de mí?

—Quizá un cambio de comportamiento. Y una explicación de por qué Will le desagrada tanto...

—¡Ya se lo he dicho! Si quiere saber por qué no me gusta, ¡pregúnteselo a él! —Gabriel dio media vuelta y salió de la habitación.

Tessa miró los cuchillos clavados en la pared y suspiró.

—Y así acaba mi lección.

—No le dé demasiada importancia —se disculpó Gideon, mientras se acercaba a ella con Sophie al lado. Era muy raro, pensó Tessa. La criada solía parecer incómoda con los hombres, con cualquier hombre, incluso con el amable Henry. Con Will era como un gato escaldado, y con Jem, vergonzosa y cuidadosa, pero junto a Gideon parecía...

Bueno, era difícil de definir, pero resultaba de lo más curioso.

—No es culpa suya que Gabriel esté así hoy —continuó Gideon. Sus ojos la miraban sin vacilar. A esa distancia, Tessa pudo ver que no eran exactamente del mismo color que los de su hermano. Eran más bien de un color gris verdoso, como el mar en un día nublado—. Las cosas no están siendo... fáciles en casa con padre, y Gabriel lo está pagando con usted o, en realidad, con cualquiera que tenga cerca.

—Lamento mucho oír eso. Espero que su padre se encuentre bien —murmuró Tessa, y rogó que no la partiera un rayo en el acto por esa descarada mentira.

—Supongo que conviene que me reúna con mi hermano —repuso Gideon sin responder su pregunta—. Si no, cogerá el carruaje y me dejará aquí, sin poder volver a casa. Espero traérselo de vuelta de mejor humor en la próxima sesión. —Hizo una reverencia a Sophie y luego a Tessa—. Señorita Collins, señorita Gray.

Y se fue, dejando a ambas chicas mirándolo con una mezcla de confusión y sorpresa.

Con la sesión por fin acabada, Tessa fue corriendo a ponerse su ropa de siempre, y luego a comer, ansiosa por ver si Will había regresado. No era así. Su silla, entre Jessamine y Henry, estaba vacía; pero había alguien nuevo en el comedor, alguien que hizo que Tessa se quedara parada en la puerta, tratando de no mirarlo con ojos desorbitados. Un hombre alto estaba sentado casi a la cabecera de la mesa, cerca de Charlotte, y era verde. No un verde oscuro, sino tenue, como el de la luz reflejándose en el mar. Su cabello era blanco como la nieve. Desde la frente se le curvaban dos elegantes cuernos.

—La señorita Tessa Gray —dijo Charlotte, presentándolos—, y éste es el Gran Brujo de Londres, Ragnor Fell. Señor Fell, señorita Gray.

Después de murmurar que estaba encantada de conocerlo, Tessa se sentó a la mesa al lado de Jem, en diagonal a Fell, y trató de no mirarlo con el rabillo del ojo. Dedujo que, al igual que la marca de brujo de Magnus eran sus ojos de gato, la de Fell serían sus cuernos y su tono de piel. Tessa aún no podía evitar sentirse fascinada por los subterráneos, y por los brujos en particular. ¿Por qué ellos estaban marcados y ella no?

—¿Qué está pasando, Charlotte? —estaba diciendo Ragnor—. ¿De verdad me has llamado para hablar de brujería en los páramos de Yorkshire? Tenía la impresión de que nunca pasaba nada de gran interés en Yorkshire. Es más, tenía la impresión de que no había nada en Yorkshire excepto minas y ovejas.

—¿Así que no conocías a los Shade? —inquirió Charlotte—. La población de brujos en Inglaterra no es tan...

—Los conocía. —Cuando Fell comenzó a cortar la carne de su plato, Tessa vio que tenía una articulación de más en todos los dedos. Pensó en la señora Negro, con sus largas manos con garras, y contuvo un estremecimiento—. Shade estaba un poco loco, con su obsesión por los relojes y los mecanismos. Su muerte supuso un fuerte shock para el submundo. La tensión se extendió por toda la comunidad, e incluso se habló de venganza, aunque creo que no se pasó a la acción.

Charlotte se inclinó hacia él.

—¿Recuerdas a su hijo? ¿Su hijo adoptivo?

—Sabía de su existencia. Que dos brujos se casen es raro. Que además adopten a un niño humano en un orfanato, más raro aún. Pero nunca lo vi. Los brujos... vivimos para siempre. Un período de treinta, o incluso cincuenta años, entre reuniones no es extraño. Claro que ahora que sé en quién se ha

convertido el chico, desearía haberlo conocido. ¿Crees que vale la pena tratar de descubrir quiénes eran sus verdaderos padres?

—Sin duda, si puede averiguarse. Cualquier información que podamos obtener sobre Mortmain puede ser útil.

—Puedo decirte que él mismo se puso ese nombre —apuntó Fell—. Parece un nombre de cazador de sombras. Es la clase de nombre que alguien que tuviera algo contra los nefilim, y un sentido del humor bastante negro, se pondría. *Mort main*...

—La mano de la muerte —aportó Jessamine, que estaba muy orgullosa de su francés.

—Da que pensar —reconoció Tessa—. Si la Clave le hubiera dado a Mortmain la compensación que quería, ¿aun así se habría convertido en lo que es? ¿Habría habido un club Pandemónium?

—Tessa... —comenzó Charlotte, pero Ragnor Fell le hizo un gesto para que la dejara hablar.

La miró con divertida curiosidad.

—Eres una Cambiante, ¿verdad? —preguntó—. Magnus Bane me ha hablado de ti. Dicen que no tienes ninguna marca.

Tessa tragó saliva y lo miró a los ojos. Eran unos discordantes ojos humanos, ordinarios en su rostro extraordinario.

—No, ninguna marca.

Él sonrió, con el tenedor aún en la mano.

—Supongo que han mirado bien en todas partes, ¿no?

—Estoy segura de que Will lo ha intentado —soltó Jessamine en tono aburrido.

Los cubiertos de Tessa resonaron al estrellarse contra el plato. Jessamine, que había estado aplastando sus guisantes con el cuchillo, alzó la mirada cuando Charlotte soltó un horrorizado: «¡Jessamine!».

—Bueno —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Él es así.

Fell volvió a su plato con una leve sonrisa en el rostro.

—Recuerdo al padre de Will. Todo un donjuán. Las mujeres no podían resistírsele. Hasta que conoció a la madre de Will, claro. Entonces lo dejó todo y se fue a vivir a Gales para estar con ella. Era todo un caso.

—Se enamoró —dijo Jem—. Eso no es tan raro.

—Enamorarse —repuso el brujo, aún con la misma leve sonrisa—. Más bien perdió la cabeza por ella. Le sorbió el seso. Pero siempre hay hombres así; para ellos sólo existe una mujer, y sólo la quieren a ella, o nada.

Charlotte miró a Henry, pero éste parecía estar completamente perdido en sus pensamientos, contando algo con los dedos, aunque quién podía saber qué. Ese día llevaba un chaleco rosa y violeta, y tenía una mancha de salsa en la manga de la camisa. Charlotte hundió los hombros ostensiblemente, y suspiró.

—Bueno —concluyó—. Pero al parecer eran muy felices juntos...

—Hasta que perdieron a dos de sus tres hijos, y Edmund Herondale perdió en el juego todo lo que tenían —explicó Fell—. Pero supongo que nunca se lo dijiste a Will.

Tessa intercambió una mirada con Jem. Will había dicho: «Mi hermana está muerta».

—Entonces ¿tenían tres hijos? —inquirió Tessa—. ¿Will tenía dos hermanas?

—Tessa, por favor. —Charlotte parecía incómoda—. Ragnor... No te contraté para que invadieras la intimidad de los Herondale, o de Will. Lo hice porque le prometí a Will que lo avisaría si le

ocurría algo malo a su familia.

Tessa pensó en Will, en un Will de doce años, aferrándose a la mano de Charlotte, rogándole que le dijera si su familia moría.

«¿Por qué huir? —pensó por centésima vez—. ¿Por qué dejarlos atrás?».

Tessa había pensado que igual no le importaba, pero evidentemente no era así. Aún le importaba. No podía evitar la tensión que sentía en el corazón mientras lo veía de nuevo llamando a su hermana. Si quería a Cecily tanto como ella había querido a Nate...

Mortmain le había hecho algo a su familia, pensó Tessa. Igual que a la de ella. Eso los unía de una manera muy peculiar. Tanto si él lo sabía como si no.

—Sea lo que sea lo que Mortmain ha estado planeando —se oyó decir—, lleva mucho tiempo preparándolo. Desde antes de que yo naciera, cuando engañó o presionó a mis padres para que me «hicieran». Y ahora sabemos que hace algunos años tuvo relación con la familia de Will y los trasladó a Ravenscar Manor. Me temo que somos como piezas de ajedrez que él mueve a su antojo por el tablero, y ya conoce el resultado de la partida.

—Eso es lo que él quiere que creamos, Tessa —intervino Jem—. Pero sólo es un hombre. Y cada descubrimiento que hacemos sobre él lo hace más vulnerable. Si no fuéramos una amenaza para él, no nos habría enviado el autómatas para asustarnos.

—Sabía exactamente dónde estaríamos...

—No hay nada más peligroso que un hombre decidido a vengarse —afirmó Ragnor—. Un hombre que lleva seis décadas decidido a hacerlo, que ha hecho crecer una pequeña semilla venenosa hasta que se ha convertido en una flor asfixiante. Llegará hasta el final, a no ser que acabéis con él antes.

—Entonces acabaremos con él —sentenció Jem secamente. Era lo más parecido a una amenaza que Tessa le había oído proferir.

La chica se miró las manos. Eran de un blanco más pálido que cuando vivía en Nueva York, pero eran sus manos, familiares, con el dedo índice más largo que el dedo corazón, y la media luna de las uñas marcada.

«Puedo cambiarlas —pensó—. Puedo ser cualquier cosa, cualquiera».

Nunca se había sentido más mutable, más fluida o más perdida.

—Sin duda. —El tono de Charlotte era firme—. Ragnor, quiero saber por qué la familia Herondale está en esa casa, esa casa que perteneció a Mortmain, y quiero asegurarme de que están a salvo. Y quiero hacerlo sin que Benedict Lightwood o el resto de la Clave se enteren.

—Entiendo. Quieres que los vigile lo más disimuladamente posible mientras también hago averiguaciones sobre Mortmain en la zona. Si los llevó allí él, debió de ser por una razón.

—Sí —respondió Charlotte con un suspiro.

Ragnor le dio vueltas al tenedor.

—Eso será caro.

—Sí —convino Charlotte—. Estoy dispuesta a pagar.

Fell sonrió de medio lado.

—Entonces yo estoy dispuesto a soportar a las ovejas.

El resto del almuerzo pasó en medio de una incómoda conversación, con Jessamine malhumorada, jugando con la comida sin probarla; Jem, mucho más callado que de costumbre; Henry, mascullando

ecuaciones para sí mismo, y Charlotte y Fell, finalizando sus planes para la protección de la familia de Will. Por mucho que Tessa estuviera de acuerdo con esa idea, que lo estaba, había algo en el brujo que la hacía sentirse incómoda de una forma que nunca le había ocurrido con Magnus, y se alegró de que la comida acabara y de poder escaparse a su habitación con una copia de *La inquilina de Wildfell Hall*.

No era su libro favorito de las hermanas Brontë, ese honor recaía en *Jane Eyre*, seguido de *Cumbres borrascosas*, con *La Inquilina* en un distante tercer lugar, pero había leído los otros dos tantas veces que ya no quedaba ninguna sorpresa entre sus páginas, sólo frases tan familiares que se habían convertido en viejas amigas. Lo que le hubiera gustado leer era *Historia de dos ciudades*, pero Will había citado tantas veces a Sydney Carton que se temía que si lo cogía, le haría pensar en él y aumentaría su nerviosismo.

Fuera ya estaba oscuro y el viento enviaba ráfagas de lluvia fina contra los cristales de las ventanas, cuando llamaron a su puerta. Era Sophie, que le llevaba una carta en una bandeja de plata.

—Una carta para usted, señorita.

Tessa dejó el libro atónita.

—¿Correo para mí?

Sophie asintió y se acercó, con la bandeja en la mano.

—Sí, pero no pone quién la envía. La señorita Lovelace ha estado a punto de cogerla, ¡vaya curiosa!, pero he podido evitarlo.

Tessa tomó el sobre. Estaba dirigido a ella, con una caligrafía inclinada y desconocida, sobre un grueso papel de color crema. Le dio la vuelta una vez, comenzó a abrirlo y se fijó en la curiosa mirada de Sophie, que se reflejaba en la ventana. Se volvió hacia ella.

—Esto será todo, Sophie —dijo. Era la manera en que había leído que las heroínas de sus novelas despedían al servicio, y parecía ser la correcta. Con una mirada de decepción, la doncella cogió la bandeja y salió de la habitación.

Tessa desdobló la carta y se la extendió sobre el regazo.

Querida y sensata señorita Gray:

Le escribo en nombre de un amigo mutuo, un tal Will Herondale. Sé que es su costumbre ir y venir, sobre todo ir, del Instituto como le place y que, por consiguiente, podría pasar algún tiempo antes de que su ausencia provoque cualquier tipo de alarma. Pero le pido, como alguien que valora su sensatez, que no suponga que esta ausencia es de las habituales. Lo vi anoche, y estaba angustiado, por no decir más, cuando dejó mi residencia. Tengo razones para temer que pueda causarse algún daño y, por lo tanto, le sugiero que lo localice y verifique su seguridad. Es un joven al que cuesta apreciar, pero creo que usted ha visto la bondad que hay en él, al igual que yo, señorita Gray, y por eso le envío humildemente esta carta.

Suyo,

MAGNUS BANE

P. D.: Yo que usted, no compartiría el contenido de esta misiva con la señora Branwell. Sólo es una sugerencia.

M. B.

Aunque leer la carta de Magnus la hizo sentir como si tuviera las venas llenas de fuego, de alguna manera Tessa sobrevivió al resto de la tarde, y también a la cena, sin mostrar ninguna señal de inquietud, o al menos eso creyó. Sophie pareció tardar un tiempo larguísimo en ayudarla a quitarse el vestido, cepillarle el cabello, atizar el fuego y contarle los cotilleos del día. (El primo de Cyril trabajaba

en casa de los Lightwood y le había contado que Tatiana, la hermana de Gabriel y de Gideon, volvería muy pronto con su marido de su luna de miel en el continente. La casa estaba revuelta, ya que se rumoreaba que tenía un carácter de lo más desagradable).

Tessa masculló algo sobre que entonces debía de parecerse a su padre. La impaciencia hacía que se le rompiera la voz, y sólo pudo evitar que Sophie saliera corriendo a buscarle una tisana de menta insistiendo en que estaba agotada y que necesitaba dormir más de lo que necesitaba la infusión.

En cuanto la puerta se cerró tras la sirvienta, Tessa se puso en pie, se despojó del camisón, se puso un vestido, abrochándose lo mejor que pudo, y se colocó una especie de chaqueta por encima. Después de echar una cautelosa mirada al pasillo, salió de su cuarto y cruzó hasta la puerta de Jem, donde llamó haciendo el menor ruido posible. Por un momento no ocurrió nada, y tuvo el pasajero temor de que Jem ya estuviera durmiendo, pero la puerta finalmente se abrió y el chico apareció en el umbral.

Era evidente que lo había pillado leyendo antes de meterse en la cama; se había quitado la chaqueta y los zapatos; la camisa, con el cuello abierto, y el cabello era un adorable alboroto de plata. Tuvo el impulso de tender la mano y alisárselo. Él la miró sorprendido.

—¿Tessa?

Sin decir palabra, ella le pasó la nota. Él comprobó que no hubiera nadie por el pasillo y a continuación le hizo un gesto para que entrara en el cuarto. Ella cerró la puerta mientras Jem leía la carta de Magnus una vez, y luego otra, antes de hacer una bola con el papel, que crujó con fuerza en la habitación.

—Lo sabía —exclamó.

Le tocó a Tessa el turno de sorprenderse.

—Sabías ¿qué?

—Que no era una ausencia normal. —Se sentó en el baúl a los pies de la cama y metió los pies en los zapatos—. Lo notaba. Aquí. —Se puso la mano sobre el pecho—. Sabía que había algo raro. Lo sentía como una sombra en mi alma.

—No crees que realmente se haya hecho daño, ¿verdad?

—Hacerse daño, no lo sé. Ponerse en una situación donde pueda resultar herido... —Jem se puso en pie—. Debo irme.

—¿No quieres decir «debemos»? No estarás pensando en ir a buscar a Will sin mí, ¿no? —preguntó ella con cierta petulancia—. La carta estaba dirigida a mí, James. No tenía por qué enseñártela.

Él entornó los ojos durante un instante, y cuando los volvió a abrir sonreía de medio lado.

—James —repitió—. Por lo general, sólo Will me llama así.

—Lo siento...

—No. No lo sientas. Me gusta cómo suena en tus labios.

Labios. Había algo extraño y sutilmente indelicado en esa palabra, como si fuera un beso en sí misma. Pareció quedar colgada en el aire entre ambos mientras los dos vacilaban.

«Pero es Jem», pensó Tessa perpleja. Jem. No Will, que podía hacerle sentir como si le estuviera acariciando la piel desnuda con sólo mirarla...

—Tienes razón —repuso el chico, carraspeando—. Magnus no te habría enviado a ti la carta si no pretendiera que también buscaras a Will. Quizá piense que tu poder puede ser útil. En cualquier caso... —Le dio la espalda, fue al armario y lo abrió de par en par—. Espérame un momento en tu cuarto.



Estaré allí en seguida.

Tessa no estaba segura de si había asentido, creía que sí, y un momento después se halló de nuevo en su dormitorio, apoyada contra la puerta. Notaba calor en el rostro, como si hubiera estado demasiado cerca del fuego. Miró alrededor. ¿Cuándo había empezado a pensar en esa habitación como en su dormitorio? El espacio grande y elegante, con sus ventanas divididas y el suave resplandor de las velas de luz mágica, era totalmente diferente de la caja de cerillas que tenía por habitación en el piso de Nueva York, con sus montoncitos de cera en la mesilla acumulados al quedarse toda la noche leyendo a la luz de las velas, y la barata cama de madera con sus finas mantas. En invierno, las ventanas, que no encajaban bien, repiqueteaban en el marco cuando soplaba el viento.

Un suave golpe en la puerta la sacó de su ensoñación; la abrió y se encontró a Jem en el umbral. Estaba totalmente vestido con el uniforme de cazador de sombras: los pantalones y la chaqueta negra que parecían de cuero, las pesadas botas. Se llevó un dedo a los labios y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Debían de ser como las diez de la noche, supuso Tessa, y las luces mágicas brillaban con poca intensidad. Tomaron un camino extraño y serpenteante por los pasillos, no el que ella estaba acostumbrada a recorrer para llegar a la puerta principal. Su confusión tuvo respuesta cuando llegaron a una puerta al final de un largo corredor. El espacio en el que se hallaban era redondo, y Tessa supuso que estarían dentro de una de las torres góticas que se alzaban en las esquinas del Instituto.

Jem abrió la puerta y la hizo entrar tras él; luego cerró la puerta firmemente y se guardó en el bolsillo la llave que había usado.

—Ésta —habló— es la habitación de Will.

—Curioso —repuso Tessa—. Nunca había estado aquí. Estaba comenzando a pensar que dormía cabeza abajo como los murciélagos.

Jem rió y pasó ante ella, hacia el escritorio de madera, y comenzó a revisar lo que había encima mientras Tessa miraba alrededor. El corazón le latía de prisa, como si estuviera viendo algo que no tendría que ver, una parte secreta y escondida de Will. Se dijo a sí misma que no debía ser tonta, que sólo era una habitación, con los mismos pesados muebles oscuros que las otras habitaciones del Instituto. Y además estaba revuelta; mantas arrugadas a los pies de la cama; ropa colgada de los respaldos de las sillas; tazas medio llenas, en un precario equilibrio sobre la mesilla de noche. Y libros por todas partes: libros en las mesitas, libros en la cama, libros apilados en el suelo, libros en doble fila en estantes a lo largo de la pared... Mientras Jem buscaba, Tessa se acercó a los estantes y miró los títulos con curiosidad.

No se sorprendió al ver que la mayoría eran novelas y poesía. Algunos títulos estaban en idiomas que ella no sabía leer. Reconoció el latín y el alfabeto griego. También había libros de cuentos de hadas; *Las mil y una noches*; obras de James Payn; *El vicario de Bullhampton*, de Anthony Trollope; *Remedios desesperados*, de Thomas Hardy; un montón de Wilkie Collins —*La nueva Magdalena*, *La ley y la dama*, *Los dos destinos*— y una novela nueva de Julio Verne titulada *La Indias negras*, a la que tenía muchas ganas de hincarle el diente. Y luego, allí estaba: *Historia de dos ciudades*. Con una sonrisa triste fue a cogerlo del estante. Al levantarlo, varios papeles escritos, que habían estado bajo la tapa, cayeron al suelo. Tessa se agachó para recogerlos y se quedó helada. Reconoció la letra al instante. Era la suya.

Se le hizo un nudo en la garganta mientras pasaba de una hoja a otra. «Querido Nate —leyó—. Hoy he tratado de Cambiar y he fracasado. Me dieron una moneda y no pude sacar nada de ella. O

nunca perteneció a una persona, o mi poder está debilitándose. No me importaría, si no fuera porque me azotan... ¿Te han azotado alguna vez? No, qué pregunta más tonta. Claro que no. Es como si te pusieran rayas de fuego en la piel. Me avergüenza decir que he llorado, y ya sabes cuánto odio llorar». Y «Querido Nate, hoy te he echado tanto de menos, que pensaba que iba a morir. Si te has ido, entonces no hay nadie en el mundo a quien le importe si estoy viva o muerta. Siento como si me disolviera, como si desapareciera en la nada, porque si no hay nadie en el mundo a quien le importes, ¿realmente existes?».

Eran las cartas que había escrito a su hermano en la Casa Oscura, sin esperar que Nate las leyera, sin esperar que nadie las leyera. Eran más un diario que unas cartas, el único lugar donde podía volcar su horror, su tristeza y su miedo. Sabía que las habían encontrado, que Charlotte las había leído, pero ¿qué estaban haciendo en la habitación de Will, precisamente, escondidas entre las páginas de un libro?

—Tessa. —Era Jem. Ella se volvió de inmediato, y se metió las cartas en el bolsillo del abrigo al hacerlo. Él estaba junto al escritorio, con un cuchillo de plata en la mano—. Por el Ángel, este lugar está hecho tal asco que no estaba seguro de poder encontrarlo. —Volvió las manos—. Will no se trajo mucho de su casa cuando vino aquí, pero sí esto. Es una daga que le dio su padre. Tiene las marcas de los pájaros de los Herondale en la hoja. Debería conservar una huella lo suficientemente fuerte de él para poder localizarlo.

A pesar de las palabras de ánimo, fruncía el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Tessa, acercándose a él.

—He encontrado algo más —contestó Jem—. Siempre ha sido él quien me compra la... la medicina. Sabe que yo odio toda la transacción, encontrar a los subterráneos dispuestos a venderla, pagar por ella... —El pecho le subía y bajaba muy rápido, como si sólo hablar de eso lo enfermara—. Le daba el dinero y él salía a buscarlo. He encontrado un recibo, de la última transacción. Al parecer, las drogas, la medicina, no costaban lo que yo creía.

—¿Quieres decir que Will te ha estado sacando dinero? —Tessa se sorprendió. Will podía ser horrible y cruel, pero de alguna manera había creído que su crueldad era más refinada. Menos mezquina. Y hacerle eso justamente a Jem...

—Al contrario. Las drogas cuestan mucho más de lo que él me decía. De alguna manera debía de estar poniendo la diferencia. —Todavía ceñudo, se metió la daga en el cinturón—. Lo conozco mejor que nadie en el mundo —dijo—. Y, aun así, descubro que Will tiene secretos que me sorprenden.

Tessa pensó en las cartas metidas en el libro de Dickens, y en lo que pensaba decirle a Will al respecto cuando lo viera de nuevo.

—Sin duda —convino—. Aunque tampoco es tanto misterio, ¿no? Will haría cualquier cosa por ti...

—Yo no diría tanto... —El tono de Jem era irónico.

—Claro que lo haría —insistió Tessa—. Cualquiera lo haría. Eres tan amable y bueno...

Se calló, pero los ojos de Jem la miraban muy abiertos. Parecía sorprendido, como si no estuviera acostumbrado a tales alabanzas, pero, pensó Tessa confusa, debería estarlo. Seguro que todos los que lo conocían sabían la suerte que tenían. Notó que se volvía a ruborizar y se maldijo. ¿Qué estaba pasando?

Se oyó un leve tintineo en la ventana; Jem se volvió al cabo de un instante.

—Debe de ser Cyril —supuso, y había un leve deje áspero en su voz—. Le... le he pedido que trajera el carruaje. Mejor nos vamos.

Tessa asintió en silencio, y lo siguió fuera de la habitación.

Cuando Jem y Tessa abandonaron del Instituto, el viento aún soplab a ráfagas por el patio, formando pequeños torbellinos de hojas secas que giraban como hadas danzarinas. El cielo estaba cargado de una niebla amarilla; la luna era un disco dorado tras ella. Las palabras en latín sobre la verja del Instituto parecían relucir, resaltadas por la luz de la luna: «Somos polvo y sombras».

Cyril, que esperaba con el carruaje y los dos caballos, *Balios* y *Xanthos*, pareció aliviado al verlos; ayudó a Tessa a subir al vehículo, Jem la siguió y luego el criado volvió a encaramarse al asiento del conductor. Tessa, sentada frente a Jem, observó fascinada cómo sacaba tanto la daga como la estela del cinturón; sujetó el arma con la mano derecha y se trazó una runa en el dorso de esa mano con la punta de la estela. Para Tessa tenía el aspecto de las Marcas, unas líneas onduladas, entremezcladas e ilegibles, torciéndose para conectarse unas con otras formando unos gruesos dibujos negros.

Él se miró la mano durante un largo rato, luego cerró los ojos, con el rostro inmóvil en una intensa concentración. Justo cuando Tessa comenzaba a impacientarse, abrió los ojos.

—Brick Lane, cerca de Whitechapel High Street —dijo, medio para sí; volvió a meterse la daga y la estela en el cinturón; sacó el cuerpo por la ventanilla, y Tessa le oyó repetir esas palabras a Cyril. Un momento después, Jem ya estaba de nuevo en el carruaje, cerrando la ventana al aire frío, y ya traqueteaban sobre los adoquines.

Tessa respiró hondo. Llevaba todo el día queriendo ir a buscar a Will, preocupada por él, preguntándose dónde estaría, pero una vez comenzaron a rodar hacia el oscuro corazón de Londres, lo único que pudo sentir era miedo.

## FIERA MEDIANOCHE

Fieras medianoche y hambrientas mañanas,  
y los amores que controlan y completan  
todas las alegrías de la carne, todas las penas  
que el alma agotan.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, *Dolores*

Tessa dejó abierta la cortina de su lado del carruaje, y clavó los ojos en el cristal de la ventana, mientras rodaban por Fleet Street hacia Ludgate Hill. La niebla amarilla se había espesado, y poco podía ver a través de ella: las oscuras siluetas de gente apresurándose de aquí para allí, las nubladas letras de los carteles pintados en las fachadas de edificios... De vez en cuando, la niebla se dispersaba, y Tessa captaba una imagen nítida: una niña cargando con ramos de lavanda marchita, apoyada contra una pared, agotada; un afilador arrastrando su carro pesadamente hacia casa; un cartel de cerillas Bryant y Mary's Lucifer colgando de repente desde las tinieblas.

—Desechables —dijo Jem. Estaba reclinado contra el respaldo en el asiento frente a ella, con los ojos brillantes bajo la tenue luz. Tessa se preguntó si habría tomado un poco de droga antes de salir, y en tal caso, cuánta.

—¿Perdón?

Él imitó el gesto de encender una cerilla, soplarla y tirársela por encima del hombro.

—Así llaman aquí a las cerillas, desechables, porque las tiras después de usarlas una vez. También llaman así a las chicas que trabajan en las fábricas de cerillas.

Tessa pensó en Sophie, que tan fácilmente podría haberse convertido en una de esas «desechables» si Charlotte no la hubiera encontrado.

—Eso es cruel.

—Estamos pasando por una parte cruel de la ciudad. El East End. Las barriadas pobres. —Se inclinó hacia adelante—. Quiero que tengas cuidado y no te alejes de mí.

—¿Sabes qué está haciendo Will allí? —preguntó Tessa, con cierto temor a la respuesta. Estaban pasando ante la gran mole de Saint Paul, que se alzaba sobre ellos como la brillante tumba de mármol de un gigante.

Jem negó con la cabeza.

—No. Sólo he captado una sensación, una rápida imagen de la calle, por medio de un hechizo de rastreo. Pero diría que hay unas cuantas razones «inocentes» por las que un caballero podría «bajar a Chapel» después de oscurecer.

—Podría estar jugando...

—Podría ser —reconoció él, pero sonaba como si lo dudara.

—Has dicho que sentirías, aquí. —Tessa se llevó una mano al corazón—. Si algo le pasara. ¿Es porque sois *parabatai*?

—Sí.

—Así que ser *parabatai* es más que jurar que cuidaréis uno del otro. Hay algo... místico.

Jem le sonrió, esa sonrisa que era como si encendieran la luz en todas las habitaciones de una casa.

—Somos nefilim. Todos los pasos de nuestra vida tienen algún componente místico... El nacimiento, la muerte, el matrimonio... todo tiene una ceremonia. También hay una si quieres convertirte en el *parabatai* de alguien. Primero debes pedírselo, claro. No es un compromiso que se haga a la ligera...

—Se lo pediste a Will —supuso Tessa.

Jem negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Él me lo pidió a mí —contestó—. O mejor dicho, me lo dijo. Estábamos practicando con espadas largas, en la sala de entrenamiento. Me lo pidió y le dije que no, que merecía a alguien que fuera a vivir, que pudiera cuidarlo toda su vida. Él apostó a que podía quitarme la espada de la mano, y si lo lograba, yo tenía que acceder a ser su hermano de sangre.

—¿Y te la quitó?

—En nueve segundos justos. —Jem se echó a reír—. Me inmovilizó contra la pared. Debía de haber estado entrenando sin que yo me enterara, porque nunca habría aceptado la apuesta si hubiera pensado que era tan bueno con una espada. Sus armas siempre habían sido los cuchillos arrojadizos. —Se encogió de hombros—. Teníamos trece años. Nos hicieron la ceremonia cuando cumplimos los catorce. Ahora han pasado tres años, y no puedo imaginarme no tener un *parabatai*.

—¿Por qué no querías hacerlo? —lo interrogó Tessa un poco vacilante—. Cuando te lo pidió al principio.

Jem se pasó la mano por el plateado cabello.

—La ceremonia te liga —contestó él—. Te hace más fuerte. Ambos tenemos la fuerza del otro, de la que podemos beber. Te hace notar más dónde está el otro, para poder trabajar juntos sin fisuras durante una pelea. Hay runas que puedes emplear si eres parte de un par de *parabatai* que, si no, no se pueden usar. Pero... sólo puedes escoger un *parabatai* en tu vida. No puedes tener un segundo, incluso si el primero muere. No creí ser una buena opción, considerando mi situación.

—Ésa parece una regla muy dura.

Entonces, Jem dijo algo en un idioma que Tessa no entendía. Sonó como «*khal epa ta kala*».

Tessa lo miró ceñuda.

—Eso no es latín, ¿verdad?

—Griego —respondió él—. Tiene dos significados. Significa que lo que vale la pena tener, las cosas buenas, nobles y honorables, son difíciles de conseguir. —Se inclinó hacia adelante, más cerca de ella. Tessa podía oler el dulce olor de la droga en él y, por debajo, el olor penetrante de su piel—. Y también significa otra cosa.

Tessa tragó saliva.

—¿Qué?

—Significa «la belleza es crue».

Ella le miró las manos. Manos delgadas, finas, capaces, con uñas mal cortadas y cicatrices en los nudillos. ¿Habría algún nefilim sin cicatrices?

—Esas palabras tienen un atractivo especial para ti, ¿no? —preguntó Tessa a media voz—. Esas lenguas muertas. ¿Por qué?

Él estaba tan cerca de ella que Tessa notaba su cálido aliento en la mejilla.

—No estoy seguro —contestó él—, aunque creo que guarda alguna relación con la claridad que

tienen. Griego, latín, sánscrito... contienen verdades puras, antes de que atiborráramos nuestras lenguas con tantas palabras inútiles.

—Pero ¿y qué hay de tu idioma? —inquirió ella—. El que creciste hablando.

Los labios le tironearon.

—Crecí hablando inglés y chino mandarín —respondió—. Mi padre hablaba inglés, y chino mal. Cuando nos mudamos a Shanghái, era incluso peor. El dialecto de allí es casi ininteligible para alguien que hable mandarín.

—Di algo en mandarín —le pidió Tessa sonriendo.

Jem dijo algo rápidamente, que sonaba como un montón de vocales aspiradas y consonantes mezcladas, con la voz subiendo y bajando melodiosamente: «*Ni hen piao liang*».

—¿Qué has dicho?

—Sé que se te está deshaciendo el moño. Ven —dijo él, y le metió un rizo suelto detrás de la oreja. Tessa notó que la sangre le subía caliente a las mejillas, y se alegró de la tenue luz del carruaje—. Debes tener cuidado con el cabello —advirtió; fue retirando la mano lentamente y entretuvo los dedos un instante sobre la mejilla de Tessa—. No querrás darle al enemigo nada por donde pueda agarrarte.

—Oh..., sí..., claro. —La muchacha miró rápidamente hacia la ventana y dejó allí la mirada. La niebla amarilla colgaba pesada sobre la ciudad, pero podía ver lo suficiente. Estaban en una estrecha calle, aunque tal vez fuera ancha en comparación con otras de Londres. El aire parecía denso y grasiento, cargado de polvo de carbón y niebla, y una muchedumbre inundaba el espacio. Sucios, vestidos con harapos, se dejaban caer contra las paredes de los desvencijados edificios, observando pasar el carruaje como perros hambrientos siguiendo el avance de un hueso. Tessa vio a una mujer envuelta en un chal, con una cesta de flores colgando de una mano y un bebé tapado con ese chal o con la cabeza recostada en su hombro. Tenía los ojos cerrados, la piel pálida como la leche cuajada; parecía enfermo, o muerto. Niños descalzos, tan sucios como gatos callejeros, jugaban en las calles; había mujeres sentadas, apoyadas las unas contra las otras en las entradas de los edificios, claramente borrachas. Los hombres eran lo peor, tirados contra las paredes de las casas, vestidos con gabanes sucios y apedazados, y gorras, con la expresión de desesperación en el rostro como grabada en una lápida.

—A los londinenses ricos de Mayfair y Chelsea les gusta darse paseos a medianoche por distritos como éste —explicó Jem, con una voz amarga muy poco frecuente en él.

—¿Se paran y... ayudan de algún modo?

—La mayoría, no. Sólo quieren mirar para poder volver a su casa y hablar en su siguiente fiesta de que han visto auténticos «cazatrágos» o «cantoneras» o «Jemmys Temblones». La mayoría nunca baja del carruaje o del ómnibus.

—¿Qué es un Jemmy Temblón?

—Un mendigo helado y harapiento —contestó—. Alguien que seguramente morirá de frío.

Tessa pensó en el grueso papel pegado sobre las aberturas de los cristales de su apartamento en Nueva York. Pero al menos tenía una habitación, y un lugar donde estirarse y donde la tía Harriet podía hacer su sopa caliente o el té sobre una pequeña cocina de leña. Tessa se consideraba afortunada.

El carruaje se detuvo en una esquina cualquiera. Al otro lado de la calle, la luz de un bar se proyectaba sobre la acera; un continuo torrente de borrachos emergía también del establecimiento, algunos con mujeres apoyadas en el brazo, cuyos vestidos de brillantes colores estaban manchados y sucios, y las mejillas muy empolvadas. En alguna parte, alguien cantaba «Cruel Lizzie Vickers».

Jem le cogió la mano.

—No puedo hacerte un *glamour* que te proteja de las miradas de los mundanos —le advirtió—. Así que mantén la cabeza agachada y quédate a mi lado.

Tessa sonrió de medio lado, pero no apartó la mano de la de él.

—Ya me lo has dicho.

Él se acercó mucho y le susurró en la oreja. Su aliento hizo que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo.

—Es muy importante —remarcó él.

Pasó la otra mano ante ella para abrir la puerta. Luego saltó a la acera, la ayudó a bajar y la puso a su lado muy cerca. Tessa miró a ambos lados de la calle. Recibió algunas miradas carentes de curiosidad, pero ellos no les prestaron ninguna atención. Se dirigieron hacia una puerta pintada de rojo. Había tres escalones ante ella, pero a diferencia de los de otras escaleras de la calle, estaban vacíos. Nadie estaba sentado en ellos. Jem los subió rápidamente, tirando de ella tras de sí, y llamó con fuerza a la puerta.

Al cabo de un momento, la abrió una mujer ataviada con un largo vestido rojo, tan ajustado que Tessa la miró asombrada. Llevaba la oscura melena recogida sobre la cabeza y sujeta por un par de palillos dorados. La piel era muy pálida, y tenía los ojos pintados con kohl, pero, al mirarla con más detalle, Tessa se percató de que no era extranjera. Su boca era un fruncido arco rojo. Las comisuras se curvaron al ver a Jem.

—No —dijo ella—. No nefilim.

Fue a cerrar la puerta, pero Jem alzó su bastón; una hoja afilada salió de la base y mantuvo la puerta abierta.

—No hay problema —repuso él—. No venimos de parte de la Clave. Es personal.

Ella entornó los ojos.

—Estamos buscando a alguien —añadió el chico—. Un amigo. Llévanos con él y no te molestaremos más.

Al oír eso, ella echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Ya sé a quién estáis buscando —contestó—. Sólo hay uno de los tuyos aquí.

Se apartó de la puerta con un gesto de desprecio. El espadín de Jem volvió a introducirse en su cubierta con un chasquido, y él se agachó para pasar bajo el dintel; Tessa fue con él.

Al otro lado de la puerta había un estrecho pasillo. Un espeso olor impregnaba el aire, como el olor que quedaba en la ropa de Jem después de haber tomado su droga. Sin darse cuenta, Tessa le apretó la mano con más fuerza.

—Aquí es donde Will viene a comprar la... a comprar lo que necesito —susurró Jem, inclinando la cabeza hasta que sus labios casi le tocaron la oreja—. Aunque por qué está aquí ahora...

La mujer que les había abierto la puerta miró hacia atrás volviendo la cabeza mientras caminaba por el pasillo. Había una gran abertura en la espalda de su vestido, por donde mostraba gran parte de las piernas y el final de una larga y fina cola bífida, con marcas blancas y negras como las escamas de una serpiente.

«Es una bruja», pensó Tessa, y sintió un golpe sordo en el pecho. Ragnor, las Hermanas Oscuras, esa mujer... ¿Por qué sería que los brujos siempre parecían tan... siniestros? Quizá con la excepción de Magnus, pero le daba la sensación de que Magnus era la excepción a muchas reglas.

El pasillo se abría a una gran sala, con las paredes pintadas de rojo oscuro. Monumentales

lámparas, con los lados tallados y pintadas con delicadas figuras geométricas que se proyectaban sobre las paredes, colgaban del techo. A lo largo de las paredes había camas alineadas, en literas, como en un barco. Una mesa redonda de considerables dimensiones dominaba el centro de la sala. A ella se hallaban sentados varios hombres, con la piel del mismo color rojo que las paredes y el cabello negro cortado a cepillo. Sus manos acababan en garras casi negras, que también estaban cortadas, seguramente para permitirles contar, remover y mezclar los diferentes polvos y brebajes que había ante ellos. Bajo la luz de la lámpara, los polvos parecían resplandecer, como joyas pulverizadas.

—¿Es un fumadero de opio? —le preguntó Tessa a Jem en un susurro.

Él estaba recorriendo ansiosamente la sala con la mirada. La muchacha notó su tensión, un zumbido bajo su piel, como el rápido aleteo de un colibrí.

—No. —Parecía atribulado—. No exactamente; sobre todo hay drogas de demonios y polvos de hadas. Esos hombres en la mesa son ifrits. Brujos sin poderes.

La mujer del vestido rojo estaba inclinada sobre el hombro de uno de los ifrits. Ambos miraron a Tessa y Jem, aunque a él con más atención. La bruja se irguió y fue hacia ellos, moviendo las caderas como un metrónomo bajo su ajustado vestido de satén.

—Madran dice que tenemos lo que quieres, chico de plata —informó, mientras le pasaba una uña de color sangre por la mejilla al chico—. No hace falta que finjas.

Él se apartó ligeramente, Tessa nunca lo había visto tan nervioso.

—Ya te lo he dicho, estamos aquí por un amigo —replicó secamente—. Un nefilim. Ojos azules, cabello negro... —Alzó la voz—. *Ta xian zai zai na li?*

La mujer lo miró durante un momento y luego negó con la cabeza.

—Eres un tonto —soltó—. Queda muy poco de *yin fen*, y cuando se acabe, morirás. Tratamos de obtener más, pero últimamente la demanda...

—Ahórranos tus intentos de vender tu mercancía —replicó Tessa, muy furiosa de repente. No podía soportar la expresión del rostro de Jem, como si cada palabra fuera el corte de un cuchillo. No era de extrañar que Will le comprara sus venenos—. ¿Dónde está nuestro amigo?

La bruja siseó, se encogió de hombros y señaló uno de los camastros atornillados a la pared.

—Allí.

Jem palideció mientras Tessa miraba fijamente hacia donde le indicaba. Sus ocupantes estaban tan quietos que al principio había pensado que las camas se hallaban vacías, pero entonces se dio cuenta de que en cada una había un cuerpo tumbado. Algunos estaban de lado, con los brazos colgando por el borde de la cama y las manos extendidas; la mayoría de ellas estaban boca arriba, con los ojos abiertos clavados en el techo o en la litera que tenían encima.

Sin decir más, Jem comenzó a cruzar la sala a grandes zancadas, con Tessa pisándole los talones. Al acercarse a las camas, Tessa vio que no todos los ocupantes eran humanos. Fue viendo pieles de color azul, violeta, rojo y verde; cabello verde tan largo y enredado como una red de algas que se removiera inquieta sobre una almohada sucia; garras que agarraban la madera del marco del camastro mientras alguien gemía. Alguien más estaba riendo tontamente, desesperadamente, con un sonido más triste que el llanto; otra voz repetía una rima infantil una y otra vez:

Naranjas y limones

Dicen las campanas de St. Clement

¿Cuándo me pagarás?



Suenan las campanas en Old Bailey  
¿Cuándo rico seré?  
Dicen las campanas de Shoreditch...

—Will —susurró Jem. Se había detenido junto a un camastro a mitad de la pared y parecía abalanzarse sobre él, como si las piernas estuvieran a punto de fallarle.

Sobre el camastro se hallaba Will, enrollado a medias en una manta oscura y gastada. Sólo llevaba los pantalones y la camisa; su cinturón de armas estaba colgado de un gancho dentro de la litera. Tenía los pies descalzos, los párpados pesados y los ojos casi invisibles bajo el extremo de sus oscuras pestañas. El cabello estaba empapado de sudor, pegado a la frente; las mejillas, de un rojo brillante y febril. El pecho le subía y bajaba de forma irregular, como si le costara respirar.

Tessa le puso el dorso de la mano sobre la frente. Estaba ardiendo.

—Jem. Jem, tenemos que sacarlo de aquí.

El hombre en el camastro contiguo seguía cantando. Aunque no era exactamente un hombre. Su cuerpo era corto y retorcido, y sus pies descalzos acababan en pezuñas hendidas.

¿Cuándo será eso?  
Dicen las campanas de Stepney  
No lo sé,  
Dice la gran campana de Bow.

Jem seguía mirando a Will, inmóvil. Parecía haberse quedado paralizado. El rostro lo tenía a manchas blancas y rojas.

—¡Jem! —susurró Tessa—. Por favor. Ayúdame a ponerlo en pie. —Al ver que éste no se movía, cogió a Will del hombro y se lo sacudió—. Will. Will, despierta, por favor.

Will sólo gruñó, se volvió hacia el otro lado y ocultó la cabeza bajo el brazo. Era un cazador de sombras, pensó Tessa, metro ochenta de hueso y músculo, demasiado pesado para que ella lo levantara. A no ser...

—Si no me ayudas —amenazó Tessa a Jem—, te juro que me Cambiaré en ti, y lo cogeré yo misma. Y entonces todo el mundo verá qué aspecto tienes con un vestido. —Lo miró fijamente—. ¿Me has entendido?

Muy lentamente, él alzó los ojos hacia los de ella. No parecía importarle que los ifrits lo vieran con un vestido de mujer; no parecía verla en absoluto. Era la primera vez que veía esos ojos plateados sin ninguna luz dentro.

—¿Y tú? —repuso él; cogió a Will del brazo y lo puso de lado, con poco cuidado. Will se golpeó la cabeza con fuerza contra el cabezal de la cama.

Gruñó y abrió los ojos.

—Suéltame...

—Ayúdame a levantarlo —pidió Jem sin mirar a Tessa, y juntos arrancaron a Will del camastro. Éste casi se cayó, y rodeó a la chica con el brazo para equilibrarse mientras Jem recogía su cinturón de armas del gancho del que colgaba.

—Dime que esto no es un sueño —susurró Will, hundiéndole el rostro en el cuello. Tessa pegó un bote. Lo notó ardiendo de fiebre contra su piel. Los labios del cazador de sombras le rozaron el pómulo; eran tan suaves como los recordaba.

—Jem —pidió Tessa desesperada, y éste los miró; había estado abrochándose el cinturón de Will sobre el suyo, y era evidente que no había oído las palabras de su amigo. Se arrodilló para meterle los pies en las botas, y luego se alzó para coger a su *parabatai* por el brazo. Will pareció encantado.

—¡Oh, bien! —exclamó—. Ahora estamos los tres juntos.

—Calla —le ordenó Jem.

Will soltó una risita.

—Escucha, Carstairs, no tendrás nada de lo necesario contigo, ¿verdad? Estoy hasta arriba, pero pelado.

—¿Qué ha dicho? —Tessa estaba desconcertada.

—Quiere que pague por sus drogas —contestó Jem con voz tensa—. Vamos. Lo llevaremos al carruaje, y volveré con el dinero.

Mientras iban penosamente hacia la puerta, Tessa oyó la voz del hombre de las pezuñas, siguiéndolos, fina y tan alta como la música de algún instrumento de viento. Lo siguió una risita aguda.

¡Aquí viene una vela para iluminarte la cama,  
Y aquí viene una hacha para cortarte la cabeza!

Incluso el sucio aire de Whitechapel parecía fresco y claro después del agobiante hedor a incienso del antro de drogas de hada. Tessa casi se cayó al bajar por la sucia escalera. Por suerte, el carruaje seguía junto a la acera, y Cyril estaba bajando del asiento, para ir hacia ellos, con su rostro grande y sincero.

—¿Está bien? —preguntó mientras le cogía a Will el brazo que éste había echado sobre los hombros de Tessa y se lo cargaba. Ésta se quedó a un lado, agradecida; la espalda había comenzado a dolerle.

Pero, como era de esperar, a Will no le gustó el cambio.

—Suéltame —exclamó con repentina irritación—. Suéltame. Puedo sostenerme solo.

Jem y Cyril intercambiaron una mirada y luego se apartaron. Will se tambaleó, pero se mantuvo en pie. Alzó la cabeza, y el frío viento le alborotó el sudado cabello del cuello y de la frente, cubriéndole los ojos. Tessa lo recordó en el tejado del Instituto: «Y contemplad Londres, una horrible maravilla humana de Dios».

Will miró a Jem. Sus ojos eran de un azul más que azul, las mejillas arreboladas, las facciones angelicales.

—No tenías que venir a buscarme como a un niño —le reprochó—. Me lo estaba pasando bien.

Jem lo miró.

—Maldito seas —espetó, y le cruzó la cara de un guantazo que hizo tambalearse a Will; éste se agarró al carruaje para no caer, con la mano sobre la mejilla. Le sangraba la boca. Miró a Jem totalmente anonadado.

—Mételo en el carruaje —ordenó Jem a Cyril; se dio la vuelta y volvió a entrar por la puerta roja; Tessa pensó que iría a pagar lo que Will había consumido. Éste aún lo estaba mirando, con la sangre manando de la boca.

—¿James? —lo llamó.

—Para adentro, va —le dijo Cyril, no sin cierta amabilidad. Se parecía terriblemente a Thomas, pensó Tessa, mientras el sirviente abría la puerta del carruaje y ayudaba a entrar a Will y luego a Tessa.

A ésta le pasó un pañuelo, que sacó del bolsillo. Estaba caliente y olía a colonia barata. Ella le sonrió y le dio las gracias mientras él cerraba la puerta.

Will estaba desmadejado en un rincón del vehículo, rodeándose con los brazos, y los ojos abiertos a medias. La sangre le había manchado la barbilla. Tessa se la limpió con el pañuelo; él puso la mano sobre la de ella, inmovilizándosela.

—La he fastidiado bien —comentó—. ¿Verdad?

—Terriblemente, me temo —contestó Tessa, mientras trataba de no notar en la mano el calor de la de él. Incluso en la oscuridad del carruaje, sus ojos eran de un azul luminoso. ¿Qué había dicho Jem sobre la belleza? «La belleza es cruel». ¿Le perdonarían a Will todo lo que hacía si fuera feo? Y en el fondo ¿lo ayudaba que lo perdonaran? Sin embargo, no pudo evitar la sensación de que hacía las cosas que hacía no porque se quisiera demasiado, sino porque se odiaba. Y ella no sabía por qué.

—Estoy tan cansado, Tessa —se quejó él, cerrando los ojos—. Sólo quería tener sueños agradables por una vez.

Él le apretó más la mano.

La puerta del coche se abrió. Tessa se apartó de Will rápidamente. Era Jem, con mirada furiosa; le lanzó una breve ojeada a su *parabatai*, se tiró en un asiento y golpeó el techo.

—A casa, Cyril —indicó, y en seguida el carruaje comenzó a avanzar a través de la noche.

Jem cerró las cortinas de las ventanillas. En la penumbra, Tessa se metió el pañuelo en la manga. Estaba húmedo con la sangre de Will.

Jem permaneció en silencio todo el viaje desde Whitechapel, mirando al frente con los brazos cruzados, mientras Will dormía, con una leve sonrisa en el rostro, en un rincón del vehículo. A Tessa, frente a ambos, no se le ocurría qué decir para sacar a Jem de su silencio. Eso no era nada habitual en él; Jem siempre era dulce, siempre amable, siempre optimista. Pero su expresión en ese momento era peor que vacía, y se clavaba las uñas en la tela del traje, con los hombros tensos y cuadrados de rabia.

En cuanto pararon ante el Instituto, abrió la puerta y saltó afuera. Tessa lo oyó gritar algo a Cyril sobre ayudar a Will a llegar a su dormitorio, y luego lo vio marcharse, subir la escalera, sin decirle a ella ni una palabra. Estaba tan perpleja que lo único que se le ocurrió hacer fue quedarse mirándolo. Luego se acercó a la puerta del carruaje; el criado ya estaba allí para ayudarla a bajar. Sus zapatos apenas habían tocado los adoquines del patio cuando salió corriendo tras Jem, llamándolo, pero él ya había entrado en el Instituto. Había dejado la puerta abierta para ella, y Tessa fue detrás de él, limitándose a lanzar una breve mirada hacia atrás para asegurarse de que Cyril estaba ayudando a Will. Corrió escaleras arriba y bajó la voz al darse cuenta de que, como era de esperar, los del Instituto dormían, con las luces mágicas a baja intensidad.

Primero fue al dormitorio de Jem y llamó; no hubo respuesta, así que lo fue a buscar a las estancias que él frecuentaba, la sala de música y la biblioteca, pero no lo encontró, y regresó, desconsolada, a su propia habitación, para irse a la cama. Ya en camión, con el vestido cepillado y colgado, se metió entre las sábanas y miró al techo. Incluso cogió del suelo la copia de *Vathek* que Will le había pasado, pero por primera vez el poema de la primera página no la hizo sonreír, y no pudo concentrarse en el relato.

Estaba asombrada de su propio enfado. Jem estaba furioso con Will, no con ella. Aun así, pensó que tal vez era la primera vez que lo veía perder los nervios. La primera vez que había estado seco con ella, que no la había escuchado amablemente, que no la había puesto a ella por delante de sí mismo.

Con sorpresa y vergüenza fue consciente de que había dado todo eso por sentado. Había supuesto que su gentileza era tan natural, tan innata, que nunca se había preguntado si le costaba algún esfuerzo. Algún esfuerzo ponerse entre Will y el mundo, protegiéndolos a ambos. Algún esfuerzo seguir alegre y tranquilo a pesar de estar muriendo.

Un sonido desgarrador, penetró en la habitación. Tessa se incorporó al instante. ¿Qué era eso? Parecía provenir del otro lado de la puerta, del otro lado del pasillo...

¿Jem?

Saltó de la cama y cogió la bata de la percha. Se la puso a toda prisa, fue hasta la puerta y salió al pasillo.

No se había equivocado; el ruido procedía de la habitación de Jem. Recordó la primera noche que lo había visto, la encantadora música de violín que había manado como agua por la puerta. Lo que se oía en esos momentos no se parecía en nada a la música de Jem. Oía el paso del arco contra las cuerdas, pero sonaba como un grito, como una persona chillando de terrible dolor. Deseó entrar y, al mismo tiempo, le aterrorizaba hacerlo; finalmente agarró el picaporte y abrió la puerta; luego entró y la cerró.

—Jem —susurró.

Las antorchas de luz mágica de las paredes brillaban tenues. Jem estaba sentado en el baúl al pie de su cama, en mangas de camisa, con el cabello plateado alborotado y el violín apoyado en el hombro. Pasaba el arco con rabia, y le extraía horribles sonidos, como alaridos. Mientras Tessa lo observaba, una de las cuerdas del violín saltó rota.

—¡Jem! —gritó ella de nuevo, y como no la miraba, fue hasta él y le arrebató el arco de la mano—. ¡Jem, para! Tu violín, tu querido violín, lo vas a romper.

Entonces la miró. Sus pupilas eran enormes, sólo se le veía un pequeño anillo de plata alrededor de la pupila. Respiraba jadeante, tenía la camisa abierta en el cuello y el sudor le cubría la clavícula. Las mejillas mostraban su sonrojo.

—¿Qué importa? —preguntó en una voz tan baja que fue casi un siseo—. ¿Qué más da? Me estoy muriendo. No acabaré la década. ¿Qué importa si el violín muere antes que yo?

Tessa estaba horrorizada. Jem nunca había hablado así de su enfermedad, jamás.

El chico se puso en pie, le dio la espalda y fue hacia la ventana. Sólo un poco de luz de luna se abría camino entre la niebla; parecía haber formas visibles en la blanca bruma, pegadas al cristal: fantasmas, sombras, rostros burlones.

—Sabes que es cierto —insistió él.

—Nada es seguro —replicó Tessa con voz temblorosa—. Nada es inevitable. La cura...

—No hay cura. —Ya no parecía enfadado, sólo ausente, lo que casi era peor—. Moriré, Tess, y tú lo sabes. Seguramente el año próximo. Me estoy muriendo, y no tengo familia en el mundo, y la persona en la que he confiado más que en nadie se dedica a jugar con lo que me está matando.

—Pero, Jem, no creo que sea eso lo que pretendiera Will. —Tessa apoyó el arco en el cabezal de la cama y se acercó al muchacho, de forma tentativa, como si fuera un animal al que temiera espantar—. Sólo trataba de escapar. Está escapando de algo, algo horrible y oscuro. Sabes que es cierto, Jem. Ya viste cómo estaba después de... después de Cecily.

Estaba justo detrás de él, tan cerca como para tocarle cuidadosamente con el brazo, pero no lo hizo. A él, el sudor le pegaba la camisa a los omóplatos. Tessa podía ver las Marcas de su espalda a través de la tela. El chico dejó el violín sobre el baúl casi sin ningún cuidado y se volvió para mirarla.

—Él sabe lo que eso significa para mí —repuso—. Verlo jugar con lo que me ha destrozado la vida...

—Pero no estaba pensando en ti...

—Ya lo sé. —En ese momento sus ojos eran prácticamente negros—. Me digo que es mejor de lo que quiere hacernos creer, pero, Tessa, ¿y si no lo es? Siempre había pensado que, al menos, tenía a Will. Aunque sea lo único que ha dado sentido a mi vida, siempre lo he defendido. Pero quizá no debería haberlo hecho.

El pecho le subía y bajaba a tal velocidad que Tessa se espantó; le puso el dorso de la mano en la frente y casi soltó un grito.

—Estás ardiendo. Deberías estar descansando...

Él se apartó de ella, y Tessa bajó la mano, herida.

—Jem, ¿qué te pasa? ¿No quieres que te toque?

—No así —soltó él, encendido, y luego se sonrojó aún más que antes.

—¿Cómo? —Estaba sinceramente perpleja; ése era el comportamiento que podría haberse esperado de Will, pero no de Jem; esos misterios, esa rabia.

—Como si fueras una enfermera y yo fuera tu paciente. —Su voz era seria pero irregular—. Crees que porque estoy enfermo no soy como... —Suspiró pesadamente—. ¿Crees que no sé —continuó— que cuando me coges la mano es sólo para tomarme el pulso? ¿Crees que no sé que cuando me miras a los ojos es sólo para ver cuánta droga he tomado? Si fuera otro hombre, un hombre normal, podría tener esperanzas, incluso presunciones; podría... —Pareció quedarse sin voz, o bien porque se había dado cuenta de que había hablado demasiado o porque se había quedado sin aliento; estaba tragando aire, con las mejillas arreboladas.

Tessa negó con la cabeza, y notó que las trenzas le cosquilleaban en el cuello.

—Esto lo dice la fiebre, no tú.

A Jem se le oscurecieron aún más los ojos y comenzó a alejarse de ella.

—No puedes creer que te desee —dijo en un medio susurro—. Que esté lo suficientemente vivo, lo suficientemente sano...

—No... —Sin pensar, Tessa lo cogió por el brazo. Él se tensó—. James, no es eso en absoluto a lo que me refería...

Él cerró los dedos sobre la mano que ella tenía en su brazo, abrasándole la piel, ardiendo como el fuego. Y entonces la hizo volverse y la acercó a sí.

Se quedaron cara a cara, pecho contra pecho. El aliento de Jem agitaba el cabello de Tessa. Ella notó la fiebre manando de él como la niebla manaba del Támesis; sintió el bombeo de la sangre bajo la piel de él; vio con extraña claridad el pulso en la carótida, la luz sobre los pálidos rizos del cabello, donde le caían sobre la piel más oscura del cuello. El calor cosquilleaba la piel de Tessa, asombrándola. Ése era Jem, su amigo, tan seguro y fiable como un latido del corazón. Jem no le hacía arder la piel ni le aceleraba la sangre en las venas hasta marearla.

—Tessa —la llamó él. Ésta lo miró. No había nada seguro o fiable en su expresión. Tenía los ojos oscurecidos y las mejillas enrojecidas. Mientras ella alzaba el rostro, él bajó el suyo, colocando la boca sobre la de ella y, antes de que ella saliera de su asombro, ya se estaban besando. Jem. Estaba besando a Jem. Si los besos de Will eran fuego, los de Jem eran aire puro después de haber pasado mucho tiempo encerrado en una oscuridad sin aire. Su boca era suave y firme; le apoyó una mano tiernamente en la nuca, para guiar la boca de ella hacia la suya. Con la otra mano le cubrió la mejilla y le acarició el

pómulo con el pulgar. Sus labios sabían a azúcar quemado; Tessa supuso que sería la dulzura de la droga. Sus caricias y sus labios eran inseguros, y ella sabía por qué. A diferencia de Will, a él sí le importaba que eso fuera algo indecoroso, sabía que no debía tocarla, besarla, que ella debería estar apartándose.

Pero ella no quería apartarse. Incluso mientras le sorprendía que fuera a Jem a quien estuviera besando, que fuera él quien hacía que le diera vueltas la cabeza y le pitaran los oídos, notó que los brazos se alzaban por cuenta propia y le rodeaban el cuello, acercándolo.

Él aspiró sorprendido en su boca. Debía de haber estado tan seguro de que ella lo rechazaría que por un instante se quedó inmóvil. Ella le pasó las manos sobre los hombros, pidiéndole, con suaves caricias y con un murmullo contra sus labios, que no parara. Vacilante, él le devolvió las caricias, y luego con más intensidad, besándola una y otra vez, con mayor urgencia; le tomó el rostro entre las ardientes manos y sus delgados dedos de violinista la acariciaron, haciéndola estremecer. Le bajó las manos hasta la cintura, mientras la presionaba contra sus labios; los desnudos pies de Tessa resbalaron sobre la alfombra y se dejaron caer sobre la cama.

Agarrándolo con fuerza por la camisa, Tessa tiró de Jem hacia sí, notó su peso sobre el cuerpo con la sensación de que le estaban devolviendo algo que siempre había sido de ella, un trocito que le había faltado sin saberlo. Jem era ligero, de huesos huecos como un pájaro y con el mismo corazón acelerado; ella le pasó las manos por el cabello, y era tan suave como siempre, en sus sueños más ocultos, había soñado que sería, como el plumón. Él parecía no poder dejar de acariciarla, asombrado. Le bajó las manos por el cuerpo, respirando entrecortadamente, hasta que encontró el nudo de la bata y se detuvo, con dedos temblorosos.

Su inseguridad hizo que Tessa sintiera como si el corazón se le estuviera agrandando dentro del pecho, con una ternura capaz de contenerlos a ambos en su interior. Quería que Jem la viera, tal como era, ella misma, Tessa Gray, sin nada de Cambio. Bajó las manos y se desató el nudo, se desprendió de la prenda y quedó ante él sólo con su camison de batista.

Ella lo miró, sin respiración, y se sacudió los mechones de cabello suelto de la cara. Él se alzó sobre los codos, mirándola, y de nuevo dijo, con voz grave, lo que le había dicho en el carruaje antes, cuando le había tocado el cabello.

—*Ni hem piao liang.*

—¿Qué significa? —le susurró ella.

—Significa que eres hermosa —le contestó esta vez, sonriéndole—. No quise decírtelo antes. No quería que creyeras que me estaba tomando libertades.

Ella le acarició la mejilla, tan cerca de la suya, y luego la frágil piel del cuello, donde la sangre palpitaba con fuerza bajo la superficie. Él parpadeó mientras seguía los movimientos del dedo con los ojos, como lluvia plateada.

—Tómatelas —susurró ella.

Él se inclinó sobre ella; sus bocas se encontraron de nuevo, y la sensación fue tan intensa, tan arrolladora, que ella cerró los ojos, como si pudiera esconderse en la oscuridad. Él murmuró algo y la acercó contra sí. Rodaron de lado, las piernas de ella entrelazadas con las de él; sus cuerpos moviéndose para apretarse más y más hasta que resultaba difícil respirar y, aun así, sin poder parar. Tessa encontró los botones de la camisa, pero, a pesar de haber abierto los ojos, apenas podía desabrocharlos por el temblor de sus manos. Torpemente, los fue abriendo, rompiendo la tela. Cuando él se quitó la camisa de los hombros, ella vio que sus ojos eran de nuevo pura plata. No obstante, sólo

tuvo un instante para maravillarse por ello; en seguida estuvo demasiado ocupada admirándose con el resto de él. Era tan delgado, sin los músculos fibrosos de Will, pero había algo en su fragilidad que era encantador, como las líneas sueltas de un poema. «Oro batido hasta una finura etérea». Aunque una capa de músculo le cubría el pecho, Tessa le vio sombras entre las costillas. El colgante de jade que Will le había dado le reposaba entre las clavículas.

—Lo sé —dijo él mirándose crítico—. No soy..., quiero decir, parezco...

—Hermoso —concluyó ella, y lo decía de corazón—. Eres hermoso, James Carstairs.

Él abrió mucho los ojos cuando ella fue a acariciarlo. A Tessa ya no le temblaban las manos. En ese momento deseaban explorarlo, fascinadas. Recordó que, una vez, su madre había tenido una copia muy vieja de un libro, con unas páginas tan frágiles que podían convertirse en polvo al tocarlas, y en ese momento Tessa sintió esa misma responsabilidad de ser muy cuidadosa al rozarle con los dedos las Marcas del pecho, los huecos entre las costillas y la curva del estómago, que se estremecía bajo su tacto; ahí estaba algo tan frágil como encantador.

Él tampoco parecía capaz de dejar de acariciarla. Sus hábiles dedos de músico le rozaron los costados y se colaron bajo el camisón para acariciarle las piernas desnudas. La tocaba como normalmente tocaba su adorado violín, con una gracia suave y urgente que la dejó sin aliento. Parecían compartir la fiebre; les ardía el cuerpo y tenían el cabello bañado en sudor, pegados a la frente y al cuello. A Tessa no le importaba; quería ese calor, esa sensación de casi dolor. Aquella no era ella, aquella era otra Tessa, una Tessa de ensueño que se comportaría así. Recordó el sueño donde había visto a Jem en una cama rodeado de llamas. Pero no había soñado que ardería con él. Deseaba más de esa sensación, de ese fuego, pero ninguna de las novelas que había leído le había explicado qué pasaba a partir de aquel instante. ¿Lo sabría él? Will lo sabría, pero sintió que Jem, al igual que ella, debía de estar obedeciendo a un instinto que le salía del tuétano. Él metió los dedos en el inexistente espacio entre ellos y buscó los botones que le cerraban el camisón; estaba inclinado para besarle la piel desnuda del hombro cuando la tela cayó a un lado. Nadie le había besado nunca la piel ahí, y la sensación fue tan sorprendente que ella estiró una mano para sujetarse, por lo que tiró una almohada de la cama, que cayó sobre la mesilla de noche. Se oyó el sonido de algo al romperse. Un repentino aroma dulce y oscuro, de especias, inundó el dormitorio.

Jem apartó las manos, con una mirada de horror. Tessa se incorporó también hasta sentarse, y se cubrió con el camisón, púdica de repente. Jem estaba mirando al lado de la cama, y ella siguió su mirada. Una espesa capa de polvo brillante yacía en el suelo. Una tenue bruma plateada se alzaba de allí, arrastrando el olor dulce y especiado.

El chico cogió a Tessa y la apartó, pero en su forma de agarrarla ya no había pasión sino miedo.

—Tess —dijo en voz baja—. No puedes tocar eso. Que se te metiera en la piel podría ser... peligroso. Incluso respirarlo lo es... Tessa, debes irte.

Tessa pensó en Will, echándola del desván. ¿Siempre iba a ser así? ¿Todos los chicos la besarían y luego le dirían que se marchara como si fuera un molesto sirviente?

—No me voy —replicó molesta—. Jem, puedo ayudarte a limpiarlo. Soy...

«Tu amiga», estuvo a punto de decir. Pero lo que habían estado haciendo no era lo que hacían los amigos. ¿Qué era entonces para él?

—Por favor —le rogó él. Su voz era ronca. Ella reconoció la emoción: era vergüenza—. No quiero que me veas de rodillas, recogiendo del suelo esa droga que necesito para vivir. No es así como a ningún hombre le gustaría que la chica que... —Respiró tembloroso—. Lo siento, Tessa.

«La chica que ¿qué?». Pero no pudo preguntarlo; estaba superada por la lástima, la compasión, por la impresión por lo que habían hecho. Lo besó en la mejilla. Él no se movió mientras ella se levantaba de la cama, recogía la bata y salía en silencio del dormitorio.

El pasillo era el mismo que Tessa había cruzado hacía un rato (¿horas, minutos?), con una tenue iluminación procedente de luces mágicas colocadas a ambos lados. Acababa de entrar en su dormitorio y estaba a punto de cerrar la puerta cuando captó un destello de movimiento al fondo del corredor. Algún instinto la hizo quedarse como estaba, con la puerta entornada, mirando por la rendija.

El movimiento correspondía a alguien que caminaba por él. Un muchacho rubio, pensó durante un momento, confusa, pero no... ¡era Jessamine! Jessamine vestida con ropas de chico. Llevaba pantalones y una chaqueta abierta sobre un chaleco; sujetaba un sombrero en la mano, y su melena rubia estaba recogida muy tirante en la parte trasera de la cabeza. Miró a su espalda mientras se apresuraba por el pasillo, como si temiera que la siguieran. En un momento desapareció por la esquina.

Tessa cerró la puerta, con las ideas dando vueltas a su cabeza a toda velocidad. ¿De qué iría eso? ¿Qué estaba haciendo Jessamine, paseándose por el Instituto en plena noche, vestida de chico? Después de colgar la bata, Tessa se tumbó en la cama. Se sentía inmensamente cansada, el tipo de cansancio que había sentido la noche de la muerte de su tía, como si hubiera agotado la capacidad de su cuerpo de sentir emociones. Cuando cerró los ojos, vio el rostro de Jem, luego el de Will, con la mano sobre la boca ensangrentada. Ambos ocuparon su mente hasta que se quedó dormida, no muy segura de si estaba soñando que besaba al uno o al otro.



## LA VIRTUD DE LOS ÁNGELES

La virtud de los ángeles es que no pueden empeorar;  
 su fallo es que no pueden mejorar. El fallo del hombre  
 es que puede empeorar, y su virtud es que puede mejorar.

*Proverbio jasídico*

—Supongo que ya sabéis todos —comentó Will durante el desayuno a la mañana siguiente— que anoche fui a un fumadero de opio.

Era una mañana contenida. El día había amanecido gris y lluvioso, y el Instituto parecía soportar un peso plomizo encima, como si el cielo lo estuviera aplastando. Sophie entraba y salía de la cocina portando humeantes bandejas de comida; tenía mala cara; Jessamine se apoyaba en su mano, con apariencia cansada ante su té; Charlotte parecía inquieta y alterada, después de pasar la noche en la biblioteca, y Will tenía los ojos enrojecidos y un moratón en la mejilla, donde Jem le había pegado. Sólo Henry, que leía el periódico con una mano mientras pinchaba su huevo con la otra, parecía tener alguna energía.

Jem era notable sobre todo por su ausencia. Cuando Tessa se había levantado esa mañana, había flotado durante un momento en un feliz estado de olvido, los acontecimientos de la noche anterior semejaban algo tenue y distante. Luego se había sentado de golpe, cuando el horror absoluto había caído sobre ella como un jarro de agua hirviendo.

¿Realmente había hecho esas cosas con Jem? En la cama de él, dejándose acariciar, y la droga derramada. Se había tocado el cabello. Lo tenía suelto sobre los hombros, porque él le había deshecho las trenzas.

«Oh, Dios —pensó—. Lo he hecho de verdad; era yo».

Se había cubierto los ojos, presionándoselos, con una apabullante mezcla de confusión, aterrorizada felicidad —porque no podía negar que había sido maravilloso a su manera—, horror hacia sí misma y humillación odiosa y total.

Jem pensaría que había perdido el control por completo. No le sorprendía que no quisiera verla durante el desayuno.

—He dicho que anoche fui a un fumadero de opio.

Charlotte alzó la mirada de su tostada. Lentamente, dobló el periódico, lo dejó sobre la mesa y se bajó por la nariz las gafas de leer.

—No —repuso—. Lo cierto es que no estábamos al corriente de ese aspecto, sin duda glorioso, de tus recientes actividades.

—¿Y es ahí donde has estado todo este tiempo? —preguntó Jessamine sin gran interés, mientras cogía un terrón de azúcar del azucarero y lo mordía—. ¿Ya eres un adicto irremediable? Dicen que sólo hacen falta una o dos dosis.

—No era realmente un fumadero de opio —protestó Tessa, antes de darse cuenta de lo que decía—. Es decir... parecía que se dedicaban más al comercio de polvos mágicos y esas cosas.

—Quizá no fuera exactamente un fumadero de opio —replicó Will—, pero seguía siendo un antro. ¡De vicio! —añadió, remarcando esto último clavando el dedo en el aire.

—Oh, vaya, no sería uno de esos sitios que llevan los ifrits —suspiró la directora—. La verdad, Will...

—Justo uno de esos sitios —dijo Jem, que acababa de entrar en la sala del desayuno, mientras se sentaba junto a Charlotte, lo más lejos posible de Tessa, como ella no dejó de notar con una extraña opresión en el pecho. Y tampoco la miró—. En Whitechapel Street.

—¿Y cómo lo sabéis todo de ese lugar Tessa y tú? —quiso saber Jessamine, que pareció revivir, ya fuera por el azúcar que había tomado, por la perspectiva de un poco de cotilleo o por ambas cosas.

—Anoche empleé un conjuro de localización para encontrar a Will —explicó Jem—. Su ausencia me preocupaba cada vez más. Pensé que igual había olvidado cómo se volvía al Instituto.

—Te preocupas demasiado —repuso Jessamine—. Es una tontería.

—Tienes razón. No volveré a cometer ese error —admitió Jem, mientras cogía la fuente de arroz, pescado y huevo—. Resultó que Will no necesitaba en absoluto mi ayuda.

Will miró a Jem pensativo.

—Al parecer me he despertado con lo que llaman un cardenal —comentó Will, señalando el moratón que tenía bajo el ojo—. ¿Alguna idea de cómo llegó aquí?

—Ninguna —contestó Jem mientras se servía el té.

—Huevos —habló Henry en tono soñador mirando su plato—. Me encantan los huevos. Podría comerlos durante todo el día.

—¿Y era realmente necesario llevar a Tessa contigo a Whitechapel? —preguntó Charlotte a Jem, mientras se sacaba las gafas y las dejaba sobre el periódico. Sus ojos lo miraban con reproche.

—Tessa no es de porcelana —repuso Jem—. No se va a romper.

Por alguna razón, esa afirmación, aunque dicha sin mirarla, hizo que a Tessa le pasaran por la cabeza un montón de imágenes de la noche anterior; el abrazo a Jem en las sombras sobre su cama, las manos de él agarrándole los hombros, las bocas besándose con ferocidad. No, él no la había tratado como si fuera un objeto frágil. Un ardiente calor le inundó las mejillas, y bajó rápidamente la cabeza, rogando para que su rubor desapareciera.

—Te sorprenderá saber —intervino Will— que vi algo muy interesante en el fumadero de opio.

—Seguro que sí —replicó Charlotte con aspereza.

—¿Era un huevo? —inquirió Henry.

—Subterráneos —siguió Will—. La mayoría licántropos.

—Los licántropos no tienen nada interesante. —Jessamine pareció molesta—. Nos estamos centrando en encontrar a Mortmain, Will, por si lo has olvidado, no a subterráneos atontados por las drogas.

—Estaban comprando *yin fen* —informó Will—. A paletadas.

Al oír eso, Jem alzó la cabeza y miró a Will a los ojos.

—Ya habían comenzado a cambiar de color —explicó Will—. Algunos ya tenían el cabello plateado o los ojos. Incluso la piel se les estaba volviendo plateada.

—Eso es muy inquietante —repuso Charlotte con el ceño fruncido—. Deberíamos hablar con Woolsey Scott en cuanto este asunto de Mortmain se aclare. Si tiene un problema en su manada de adicción a los polvos de los brujos, querrá saberlo.

—¿No crees que ya debe de saberlo? —aventuró Will, mientras se echaba hacia atrás en la silla.

Parecía complacido de haber conseguido por fin alguna reacción a sus noticias—. Después de todo, es su manada.

—Su manada son todos los lobos de Londres —manifestó Jem—. Es imposible que pueda seguir los pasos de todos.

—No estoy seguro de que quieras esperar —añadió Will—. Si puedes localizar a Scott, yo hablaría con él lo antes posible.

Charlotte inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Y por qué?

—Porque —contestó Will— uno de los ifrits preguntó a uno de los licántropos por qué necesitaban tanto *yin fen*. Al parecer es un estimulante para los hombres lobo. La respuesta fue que al Magíster le complacía que la droga los tuviera trabajando durante toda la noche.

La taza de Charlotte se estrelló contra el platito.

—¿Trabajando en qué?

Will sonrió con suficiencia, claramente satisfecho de la impresión que estaba causando.

—No tengo ni idea. Fue por entonces cuando perdí la conciencia. Estaba teniendo un hermoso sueño sobre una joven que había perdido casi toda la ropa...

La mujer tenía el rostro blanco.

—Dios, espero que Scott no esté involucrado con el Magíster. Primero De Quincey, ahora los lobos... todos nuestros aliados. Los Acuerdos...

—Estoy seguro de que todo irá bien, Charlotte —la tranquilizó Henry con suavidad—. Scott no parece de los que se involucrarían con tipos como Mortmain.

—Quizá deberías estar conmigo cuando hable con él —dijo Charlotte—. En el papel; tú eres el director del Instituto.

—Oh, no —exclamó Henry con cara de horror—. Cariño, estarás perfectamente sin mí. Eres un genio en ese tipo de negociaciones, y yo no. Además, el invento en el que estoy trabajando podría hacer saltar a todo el ejército mecánico en pedazos, si consigo afinar la formulación.

Sonrió orgulloso a toda la mesa. Charlotte lo miró durante un largo rato, luego apartó la silla de la mesa, se puso en pie y se marchó de la sala sin decir nada más.

Will miró a Henry con los ojos entornados.

—Nunca nada toca tus círculos, ¿verdad, Henry?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, confuso.

—Arquímedes —contestó Jem, sabiendo como siempre lo que quería decir Will con sólo mirarlo—. Había un diagrama matemático dibujado en la arena cuando los romanos atacaron su ciudad. Estaba tan concentrado en lo que estaba haciendo que no vio a un soldado que se le acercaba por detrás. Sus últimas palabras fueron «no toquéis mis círculos». Claro que entonces ya era un anciano.

—Y probablemente jamás se casó —añadió Will, y sonrió a Jem desde el otro lado de la mesa.

Éste no respondió a la sonrisa. Sin mirar a Will, o a Tessa, sin mirar a nadie, se puso en pie y se marchó de la sala detrás de Charlotte.

—Oh, vaya —se lamentó Jessamine—. ¿Es uno de esos días en que todos nos marchamos furiosos? —Puso la cabeza sobre los brazos y cerró los ojos.

Henry miró sorprendido a Will y a Tessa.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho mal?

La chica suspiró.

—Nada terrible, Henry. Es que... creo que Charlotte quería que fueras con ella.

—Entonces, ¿por qué no lo ha dicho? —La tristeza había invadido sus ojos. Su alegría por los huevos y sus inventos, en cambio, parecía haber desaparecido.

«Quizá no debería haberse casado con Charlotte —pensó Tessa, de un humor tan sombrío como el tiempo—. Tal vez hubiera sido más feliz dibujando círculos en la arena, como Arquímedes».

—Porque las mujeres nunca dicen lo que piensan —contestó Will. Su mirada fue hacia la cocina, donde Bridget estaba limpiando los restos del desayuno. Su canción flotó lúgubre hasta el comedor:

*¡Me temo que estás envenenado, mi muchacho hermoso,  
Me temo que estás envenenado, mi consuelo y gozo!  
Oh, sí, me han dado veneno, pronto la cama hazme,  
Tengo un dolor en el corazón, y deseo acostarme.*

—Juraría que esa mujer ha trabajado antes como una cazadora de muerte, vendiendo baladas trágicas por el Seven Dials —afirmó Will—. Y me gustaría que no cantara sobre veneno justo después de que hayamos comido. —Miró a Tessa de reojo—. ¿No deberías ir a ponerte el uniforme? ¿Hoy no tienes entrenamiento con los lunáticos Lightwood?

—Sí, esta mañana, pero no tengo que cambiarme de ropa. Sólo vamos a practicar con los cuchillos arrojados —contestó Tessa, sorprendida de poder tener esa conversación trivial y educada con Will después de lo ocurrido la noche anterior. El pañuelo de Cyril, manchado con la sangre del cazador de sombras, seguía en el cajón de su tocador; recordó la calidez de sus labios en los dedos y apartó los ojos de él.

—Qué suerte que yo sea magnífico lanzando cuchillos. —Will se puso en pie y le ofreció el brazo—. Vamos; Gideon y Gabriel se pondrán como locos si me quedo a observar el entrenamiento, y esta mañana me iría bien un poco de locura.

Will no se equivocaba. Su presencia durante la sesión de entrenamiento pareció enloquecer, al menos, a Gabriel, aunque Gideon se tomó la intrusión con la misma impasibilidad que parecía tomarse todo. Will se sentó en un banco bajo de madera que estaba junto a una pared, y se comió una manzana, con las piernas estiradas ante él, lanzando de vez en cuando consejos a los que el mayor de los Lightwood no prestaba atención y que a Gabriel le sentaban como patadas en el pecho.

—¿Tiene que estar aquí? —preguntó Gabriel a Tessa en un gruñido la segunda vez que casi se le cayó el cuchillo mientras se lo pasaba a ella. Le puso una mano en el hombro, mostrándole cómo apuntar al objetivo: un círculo negro dibujado en la pared. Tessa sabía lo mucho que éste hubiera preferido que estuviera apuntando a Will—. ¿No puede decirle que se vaya?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó Tessa razonablemente—. Will es mi amigo, y usted es alguien que ni siquiera me agrada.

Lanzó el cuchillo. Falló el blanco por más de un metro y clavó el cuchillo en la pared cerca del suelo.

—No, todavía está cargando demasiado la punta... ¿Y qué quiere decir con que no le agrado? —quiso saber el joven, mientras le pasaba otro de los cuchillos sin pensar, aunque su expresión era de

asombro.

—Bueno —respondió Tessa, apuntando con el cuchillo—, se comporta como si yo le desagradara. Lo cierto es que se comporta como si todos le desagradáramos.

—No es verdad —replicó Gabriel—. Sólo me desagrada él. —Señaló a Will.

—Oh, vaya —exclamó el aludido, y cogió otro bocado de la manzana—. ¿Es porque soy más guapo que tú?

—Callaos los dos —ordenó Gideon desde el otro lado de la sala—. Se supone que estamos trabajando, no discutiendo sobre tontos desacuerdos de hace años.

—¿Tontos? —gruñó Gabriel—. Me rompió el brazo.

Will le dio otro mordisco a la manzana.

—No puedo creer que todavía estés molesto por eso.

Tessa lanzó el cuchillo. Ese tiro fue mejor. Se clavó dentro del círculo negro, aunque no en el centro. Gabriel buscó otro cuchillo, y al no encontrar ninguno, suspiró molesto.

—Cuando nosotros dirijamos el Instituto —dijo, subiendo la voz lo suficiente para que Will lo oyera—, esta sala de entrenamiento estará mejor cuidada y equipada.

Tessa lo miró enfadada.

—Es increíble que no me agrade, ¿verdad?

El atractivo rostro de Gabriel se transformó en una mueca de desdén.

—No sé qué tiene que ver eso con usted, pequeña bruja; este Instituto no es su hogar. No pertenece a este lugar. Créame, estará mejor con mi familia al cargo de las cosas; podríamos encontrar empleo a su... talento. Empleo que la haría rica. Podría vivir donde quisiera. Y Charlotte podría ir a dirigir el Instituto de York, donde haría mucho menos daño.

Will estaba sentado muy recto, había olvidado la manzana. Gideon y Sophie habían dejado de practicar y estaban observando la conversación. Él, inquieto; ella, con los ojos muy abiertos.

—Por si no lo has notado —replicó Will—, ya hay alguien dirigiendo el Instituto de York.

—Aloysius Starkweather es un viejo senil. —Gabriel lo despreció con un gesto de la mano—. Y no tiene descendientes que puedan rogar al Cónsul que los coloque en el puesto. Desde ese asunto con su nieta, su hijo y su nuera lo cogieron todo y se largaron a Idris. No volverían aquí ni aunque les pagaran.

—¿Qué asunto con su nieta? —se interesó Tessa, recordando el retrato de la niña de aspecto enfermizo que había en la escalera del Instituto de York.

—Sólo vivió hasta los diez años o así —contestó Gabriel—. Nunca tuvo muy buena salud, de todas formas, y cuando la Marcaron por primera vez... Bueno, debían de haberla entrenado mal. Se volvió loca, se convirtió en Desamparada y murió. La impresión mató a la esposa del viejo Starkweather, e hizo huir a sus hijos a Idris. No sería muy difícil que lo reemplazara Charlotte. El Cónsul ya sabe que el viejo no sirve; demasiado apegado a las viejas costumbres.

Tessa miró incrédula a Gabriel. Éste había contado la historia de los Starkweather con la fría indiferencia con la que se contaría un cuento de hadas. Y ella..., ella no quería sentir lástima por el viejo de los ojos astutos y la maldita sala llena de restos de subterráneos muertos, pero no pudo evitarlo. Lo apartó de su mente.

—Charlotte dirige este Instituto —dijo molesta—. Y su padre no se lo arrebatara.

—Merece que se lo arrebatara.

Will tiró el corazón de la manzana al aire, al mismo tiempo que sacaba un cuchillo del cinturón y lo lanzaba. El cuchillo y la manzana cruzaron la sala juntos y, de alguna manera, consiguieron clavarse en la

pared justo detrás de la cabeza de Gabriel, con el cuchillo atravesando limpiamente el centro de la fruta.

—Vuelve a decir eso —amenazó Will—, y te oscureceré el mundo.

Gabriel hizo una mueca.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

Gideon dio un paso adelante, y cada línea de su postura era una advertencia.

—Gabriel...

Pero su hermano no le prestó atención.

—¿Acaso sabes lo que el padre de tu preciosa Charlotte le hizo al mío? ¿Lo sabes? Yo sólo me enteré hace unos días. Al final, mi padre no pudo más y nos lo dijo. Había protegido a los Fairchild hasta entonces.

—¿Tu padre? —El tono de Will era de incredulidad—. ¿Proteger a los Fairchild?

—También nos estaba protegiendo a nosotros —explicó Gabriel atropelladamente—. El hermano de mi madre, mi tío Silas, era uno de los mejores amigos de Granville Fairchild. Entonces tío Silas violó la Ley, algo pequeño, una infracción menor, y Fairchild lo descubrió. Lo único que le importaba era la Ley, no la amistad, no la lealtad. Fue directo a la Clave. —Gabriel alzó la voz—. Mi tío se mató por vergüenza, y mi madre murió de pena. ¡A los Fairchild no les importa nadie aparte de ellos mismos y la Ley!

Durante un momento se hizo el silencio en la sala; incluso Will se había quedado sin palabras. Fue Tessa la que habló primero:

—Pero eso fue culpa del padre de Charlotte, no de Charlotte.

Gabriel estaba pálido de furia, los ojos verdes contrastaban con la blanca piel.

—Usted no lo entiende —le espetó con crueldad—. No es una cazadora de sombras. Tenemos orgullo de sangre. Honor de familia. Granville Fairchild quería que el Instituto pasara a su hija, y el Cónsul así lo hizo. Pero aunque Fairchild está muerto, aún le podemos sacar esto. Era odiado, tan odiado que nadie se habría casado con Charlotte si no hubiera pagado a los Branwell para que trajeran aquí a Henry. Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo sabe que él, en realidad, no la ama. ¿Cómo podría...?

Se oyó un sonido seco, como el ruido de un disparo, y Gabriel se calló. Sophie lo había abofeteado. La pálida piel ya comenzaba a enrojecer. Ella lo miraba fijamente, respirando agitada, con una expresión de incredulidad en el rostro, como si no creyera lo que acababa de hacer.

El joven apretó los puños en los costados, pero no se movió. Tessa sabía que no podía. No podía golpear a una chica, una chica que ni siquiera era cazadora de sombras o subterránea, sino una simple mundana. Miró a su hermano, pero éste, sin mostrar expresión alguna, lo miró a los ojos y movió lentamente la cabeza; con un sonido ahogado, Gabriel se volvió sobre los talones y salió a grandes zancadas de la habitación.

—¡Sophie! —exclamó Tessa, yendo hacia ella—. ¿Estás bien?

Pero la criada miraba ansiosa a Gideon.

—Lo siento muchísimo, señor —se disculpó—. No hay excusa... he perdido la cabeza, y...

—Ha sido un golpe bien colocado —repuso Gideon con calma—. Ya veo que ha estado prestando atención a mis lecciones.

Will estaba sentado en el banco, con los ojos azules despiertos y curiosos.

—¿Es cierto? —preguntó—. Esa historia que Gabriel acaba de contarnos.

Gideon se encogió de hombros.

—Gabriel adora a nuestro padre —contestó—. Cualquier cosa que diga Benedict es como un pronunciamiento venido de lo alto. Sabía que mi tío se había suicidado, pero no las circunstancias, hasta el día después de la primera vez que volvimos a casa tras entrenarnos. Padre nos preguntó cómo nos parecía que funcionaba el Instituto, y le dije que parecía en orden, en nada diferente del Instituto de Madrid. Lo cierto es que le dije que no había visto ninguna prueba de que Charlotte estuviera haciendo un mal trabajo. Fue entonces cuando nos contó esa historia.

—Si no le importa —dijo Tessa—, ¿qué fue lo que hizo su tío?

—¿Silas? Se enamoró de su *parabatai*. No fue, como ha dicho Gabriel, una infracción menor, sino una muy grave. Las relaciones románticas entre *parabatai* están estrictamente prohibidas, aunque hasta el cazador de sombras mejor entrenado puede caer presa de los sentimientos. La Clave los habría separado, y eso fue lo que Silas no pudo soportar. Por eso se mató. Mi madre se consumió de rabia y dolor. No me cuesta creer que su último deseo fuera que les arrebatáramos el Instituto a los Fairchild. Gabriel era muy pequeño cuando ella murió, sólo tenía cinco años, se colgaba de sus faldas, y me parece que sus sentimientos ahora lo abruman demasiado para poder entenderlos bien. Mientras que yo... yo creo que los hijos no deben pagar por los pecados de los padres.

—O las hijas —añadió Will.

Gideon lo miró y le sonrió de medio lado. No había ningún desagrado en esa sonrisa; de hecho, era sorprendentemente la mirada de alguien que entendía a Will y por qué se comportaba como lo hacía. Incluso éste pareció sorprendido.

—Claro que está el problema de que Gabriel nunca volverá aquí —manifestó Gideon—. No después de esto.

Sophie, que había comenzado a recuperar el color, volvió a palidecer.

—La señora Branwell se pondrá furiosa...

Tessa la detuvo.

—Iré tras él y me disculparé, Sophie. Todo se arreglará.

Oyó que Gideon la llamaba, pero ella ya corría hacia el pasillo. Odiaba tener que admitirlo, pero había sentido una chispa de compasión por Gabriel cuando Gideon les había contado su historia. Perder a la madre a una edad tan temprana que casi ni se la podía recordar era algo que ella conocía. Si alguien le hubiera dicho que su madre había tenido un último deseo, no estaba segura de que no hubiera hecho todo lo posible para cumplirlo..., tanto si tenía sentido como si no.

—¿Tessa! —Estaba ya a medio pasillo cuando oyó que Will la llamaba. Se volvió y lo vio avanzando rápidamente hacia ella, con una media sonrisa en el rostro.

—¿Por qué me estás siguiendo? —Esas palabras borraron la sonrisa del rostro del muchacho—. ¡Will, no deberías haberlos dejado solos! Tienes que volver inmediatamente a la sala de entrenamiento.

—¿Por qué? —preguntó Will, plantado sobre los pies.

Tessa alzó las manos al cielo.

—¿Acaso los hombres no os enteráis de nada? Gideon tiene los ojos puestos en Sophie...

—¿En Sophie?

—Es una chica muy hermosa —replicó ella encendida—. Y eres un idiota si no te has fijado en cómo la mira; pero no quiero que se aproveche de ella. Ya ha tenido suficientes problemas en su vida y, además, si estás conmigo, Gabriel no me hablará. Ya sabes que no.

Will masculló algo para sí, y la cogió por la muñeca.

—Ven conmigo.

La calidez de su piel sobre la de ella le envió un espasmo por todo el brazo. La hizo entrar en el salón y la llevó hasta el gran ventanal. Le soltó la muñeca a tiempo para que se inclinara y viera el carruaje de Lightwood traqueteando furiosamente por el patio de piedra rodeado por verjas de hierro.

—Mira, Gabriel ya se ha ido, a no ser que quieras perseguir el carruaje. Y Sophie es muy sensata. No va a permitir que Gideon la seduzca. Además, él es tan encantador como un buzón de correos.

Tessa se sorprendió a sí misma soltando una carcajada. Se cubrió la boca con la mano, pero era demasiado tarde; ya estaba riendo a mandíbula batiente, apoyada ligeramente en la ventana.

Will la miró con una expresión inquisitiva en sus ojos azules; la boca comenzó a curvarsele.

—Debo de ser más divertido de lo que creía. Lo que me haría realmente muy feliz.

—No me estoy riendo de ti —le aclaró ella entre risas—. Es que... ¡Oh! La expresión de Gabriel cuando Sophie lo ha abofeteado. Dios. —Se apartó el cabello del rostro y añadió—: No debería reírme. En parte la razón por la que estaba tan picajoso era porque tú lo estabas provocando. Debería enfadarme contigo.

—Oh, deberías —replicó Will, mientras se volvía y se dejaba caer en una silla junto a la chimenea, estirando las largas piernas hacia las llamas. Como todas las salas en Inglaterra, pensó Tessa, ésta era helada excepto delante del fuego. Uno se asaba por delante y se helaba por detrás, como un pavo mal cocinado—. Ninguna buena frase incluye la palabra «debería». Debería haber pagado la cuenta en la taberna; ahora vienen a romperme las piernas. Nunca debería haberme escapado con la esposa de mi mejor amigo, ahora me maldice constantemente. Debería...

—Tú deberías —repuso Tessa en voz baja— pensar en cómo afectan a Jem las cosas que haces.

Will se recostó sobre el cuero del sillón y la miró. Se lo veía adormilado, cansado y guapo. Podría haber sido algún Apolo prerrafaelita.

—¿Es esto ahora una conversación seria, Tess? —Su voz aún sonaba divertida, pero había algo en ella que recordaba a una hoja de oro con borde de acero afilado.

Tessa se sentó en el sillón frente a él.

—¿No te preocupa que esté enfadado contigo? Es tu *parabatai*. Y es Jem. Nunca se enfada.

—Quizá está mejor enfadado conmigo —repuso el chico—. Tanta paciencia de santo no puede ser buena para nadie.

—No te burles de él —replicó Tessa secamente.

—Nada está más allá de la burla, Tess.

—Jem sí. Siempre ha sido bueno contigo. Es la bondad personificada. Que anoche te pegara sólo demuestra lo capaz que eres de volver locos hasta a los santos.

—¿Jem me pegó? —Will se tocó la mejilla, sorprendido—. Debo confesar que recuerdo muy poco de anoche. Sólo que vosotros me despertasteis, aunque quería seguir durmiendo. Recuerdo a Jem gritándome... y a ti sujetándome. Sabía que eras tú. Siempre hueles a lavanda.

Tessa no prestó atención a eso.

—Bueno, pues Jem te pegó. Y te lo merecías.

—Sí que pareces despectiva, casi como Raziel en esos cuadros, como si nos mirara por encima del hombro. Así que dime, ángel despectivo, ¿qué hice para merecerme que Jem me pegara en la cara?

Tessa buscó las palabras, pero se le escapaban; recurrió al lenguaje que compartía con Will, la poesía.

—¿Sabes?, en aquel ensayo de Donne, cuando dice...

—¿«Da licencia a mis manos errantes, y déjalas ir»? —citó Will mirándola.



—Me refería al ensayo sobre que ningún hombre es una isla. Todo lo que haces afecta a otros. Pero tú nunca piensas en eso. Te comportas como si vivieras en alguna especie de... de isla de Will, y ninguna de tus acciones tuviera consecuencias. Pero las tienen.

—¿Y cómo le afecta a Jem que yo vaya a un antro de brujos? —inquirió Will—. Supongo que tuvo que ir y sacarme de allí, pero ha hecho cosas mucho más peligrosas por mí en el pasado. Nos protegemos mutuamente...

—¡No, tú no! —gritó Tessa frustrada—. ¿Crees que le importa el peligro? ¿De verdad lo crees? Esa droga le ha destrozado toda la vida, esa *yin fen*, y ahí vas tú, a un antro de brujos y te drogas como si no tuviera la menor importancia, como si para ti fuera un juego. Él tiene que tomar esa porquería todos los días sólo para sobrevivir, pero al mismo tiempo lo está matando. Odia depender de eso. Ni siquiera es capaz de comprarlo personalmente; te tiene a ti para hacerlo. —El muchacho intentó protestar, pero Tessa alzó la mano—. Y luego tú te metes tranquilamente en Whitechapel y derrochas tu dinero con los que hacen esa droga y convierten en adictos a ella a otra gente, como si fueran unas vacaciones en el continente. ¿En qué estabas pensando?

—Pero no tenía nada en absoluto que ver con Jem...

—No pensaste en él —continuó Tessa—. Pero quizá deberías haberlo hecho. ¿No entiendes que él cree que te burlas de lo que lo está matando? Y se supone que tú eres su hermano.

Will se había quedado pálido.

—No puede pensar eso.

—Pues lo piensa —afirmó ella—. Comprendo que no te importe lo que piense la otra gente de ti. Pero yo creo que él siempre había esperado que te importara lo que él pensara. Lo que sintiera.

Will se inclinó hacia adelante. La luz del fuego le dibujaba extrañas formas sobre la piel y le oscurecía el morado en la mejilla hasta hacerlo negro.

—Sí que me importa lo que piense la gente —replicó él con una sorprendente intensidad, mirando a las llamas—. Es en lo único que pienso, en lo que otros piensan, en lo que sienten por mí y yo por ellos; y me vuelve loco. Quería escapar...

—No puedes decirlo en serio. ¿Will Herondale, preocupado por lo que otros puedan pensar de él? —Tessa trató de que su voz sonara lo más burlona posible. La expresión del rostro de Will la asombró.

No era indescifrable sino abierta, como si lo hubiera pillado medio liado en un pensamiento que deseaba compartir desesperadamente, pero no soportara hacerlo.

«Éste es el chico que cogió mis cartas privadas y las escondió en su dormitorio», pensó Tessa, pero no podía enfadarse con él. Había creído que estaría furiosa cuando lo viera de nuevo, pero no lo estaba, sólo confusa y con preguntas. Además, querer leer las cartas, ¿no revelaba eso una curiosidad por otra gente que era muy poco propia de Will?

—Tess —dijo él, y había algo áspero en su rostro, en su voz—. Eso es en lo único que pienso. Nunca te miro sin pensar en lo que sientes por mí y temiendo...

Se calló de golpe cuando la puerta de la sala se abrió y entró Charlotte, seguida de un hombre alto, cuyo cabello rubio brillaba como un girasol bajo la tenue luz. Will se volvió rápidamente, haciendo una mueca. Ella lo miró. ¿Qué habría estado a punto de decir?

—¡Oh! —Charlotte se sobresaltó al verlos a los dos—. Tessa, Will, no sabía que estabais aquí.

Will apretaba los puños en los costados, con el rostro en la sombra, pero pudo contestar con una voz neutra:

—Vimos que se apagaba el fuego. El resto de la casa está helada.

—Ya nos íbamos...

—Will Herondale, me alegro de verte tan bien. ¡Y Tessa Gray! —El hombre rubio se separó de la directora y se acercó a la chica, sonriendo de oreja a oreja como si la conociera—. La cambiante, ¿correcto? Encantado de conocerla. ¡Qué curiosidad!

Charlotte suspiró.

—El señor Woolsey Scott, líder de la manada de hombres lobo de Londres y un viejo amigo de la Clave.

—Muy bien —dijo Gideon mientras la puerta se cerraba tras Tessa y Will. Se volvió hacia Sophie, que de repente fue muy consciente de la amplitud de la sala y de lo pequeña que se sentía en su interior—. ¿Continuamos con el entrenamiento?

Le tendió un cuchillo, que brillaba como una varita de plata en medio de la tenue iluminación de la estancia. Los verdes ojos de Gideon eran firmes. Todo en él era firme: su mirada, su voz, la forma en que se movía... Sophie recordó cómo era tener esos fuertes brazos alrededor, y se estremeció. Nunca antes había estado sola con él, y la asustaba.

—No creo que pueda concentrarme, señor Lightwood —confesó—. Le agradezco la oferta igualmente, pero...

Él bajó el brazo lentamente.

—¿Cree usted que no me tomo el entrenamiento en serio?

—Creo que está siendo muy generoso. Pero tengo que enfrentarme a los hechos, ¿no? Estas sesiones de entrenamiento nunca han tenido que ver con Tessa o conmigo. Son por su padre y el Instituto. Y ahora que he abofeteado a su hermano... —Notó que se le hacía un nudo en la garganta—. La señora Branwell se decepcionaría tanto conmigo si lo supiera...

—Tonterías. Se lo merecía. Y está la pequeña cuestión de la enemistad entre las familias. —Gideon hizo rodar el cuchillo entre los dedos sin prestarle atención y se lo metió en el cinturón—. Si Charlotte se enterara, probablemente le subiría el sueldo.

La criada negó con la cabeza. Sólo estaba a un par de pasos de un banco; se dejó caer sobre él, agotada.

—Usted no conoce a Charlotte. Se sentirá obligada por su honor a castigarme.

Él se sentó también en el banco, pero no a su lado, sino en la otra punta, tan lejos de ella como pudo. Sophie no supo decirse si eso la complacía o la molestaba.

—Señorita Collins —dijo Gideon—. Hay algo que debería saber.

Ella entrelazó las manos.

—¿Qué?

Él se inclinó un poco hacia adelante, con los anchos hombros encorvados. La muchacha podía ver que tenía motas de gris en los ojos verdes.

—Cuando mi padre me llamó para que regresara de Madrid —habló él—, yo no quería volver. Nunca había sido feliz en Londres. Nuestra casa ha sido un lugar muy triste desde que murió mi madre.

Sophie lo miró a los ojos. No se le ocurría ninguna palabra. Él era un cazador de sombras y un caballero y, sin embargo, parecía estar abriéndole su alma. Incluso Jem, con toda su amabilidad, nunca había hecho eso.

—Cuando oí que tenía que dar estas lecciones, pensé que serían una pérdida de tiempo. Me

imaginé a dos chicas muy tontas sin ningún tipo de interés en cualquier tipo de formación. Pero eso no describe ni a la señorita Gray ni a usted. Le diré que yo solía entrenar a jóvenes cazadores de sombras en Madrid. Y había bastantes que no tenían la misma habilidad innata que tiene usted. Es una buena alumna, y es un placer enseñarle.

Sophie notó que se ponía roja como un tomate.

—No lo dice en serio.

—Sí, lo digo en serio. La primera vez que vine, tuve una sorpresa muy agradable, y de nuevo la siguiente vez y la otra. Me encontré esperándolo con ganas. Para ser justos le diría que desde que he vuelto a casa, he odiado todo en Londres excepto estas horas aquí con usted.

—Pero usted exclama «Ay, Dios mío» en español siempre que se me cae la daga...

Él sonrió divertido. Se le iluminó el rostro. La sirvienta lo miró fijamente. No era tan guapo como Jem, pero era muy apuesto, sobre todo cuando sonreía. Esa sonrisa pareció llegarle al corazón, y se lo aceleró.

«Es un cazador de sombras —pensó Sophie—. Y un caballero. Ésa no es la manera en que debes pensar en él. Para ya».

Pero no podía parar, tampoco había podido quitarse a Jem de la cabeza. De todas formas, mientras que con Jem se había sentido segura, con Gideon notaba una excitación que era como un rayo recorriéndole las venas, sorprendiéndola. Y, aun así, no quería que acabara.

—Hablo en español cuando estoy de buen humor —explicó él—. Mejor que sepa eso de mí.

—Entonces, ¿no era que estuviera tan harto de mi ineptitud que deseaba tirarse desde el tejado?

—Todo lo contrario. —Se inclinó más hacia ella. Sus ojos eran del gris verdoso de un mar tempestuoso—. ¿Sophie? ¿Puedo pedirte algo?

Ella sabía que debía corregirle, pedirle que le llamara señorita Collins y no la tuteara, pero no lo hizo.

—Eh... sí.

—Pase lo que pase con las lecciones, ¿puedo volver a verte?

Will se había puesto en pie, pero Woolsey Scott aún estaba observando a Tessa, con la mano bajo la barbilla, analizándola como si fuera algo expuesto bajo una campana de cristal en un museo de historia natural. No era exactamente como Tessa se hubiera esperado que fuera el líder de una manada de licántropos. Debía de tener unos veintitantos, alto y delgado hasta casi estar demacrado, con un cabello rubio que le llegaba a los hombros, vestido con una chaqueta de terciopelo, calzas hasta la rodilla y un largo fular con un estampado de cachemira. Un monóculo tintado le oscurecía un ojo verde claro. Se parecía a los dibujos de esos que se llamaban a sí mismos «ascetas» que había visto en la revista satírica *Punch*.

—Adorable —sentenció Scott finalmente—. Charlotte, insisto en que se queden mientras hablamos. ¡Qué pareja más encantadora hacen! Mira cómo el cabello oscuro del chico combina con la pálida piel de ella...

—Gracias —dijo Tessa, con una voz que se le alzó varias octavas más de lo normal—. Señor Scott, eso es muy amable de su parte, pero no hay ninguna relación de ese tipo entre Will y yo. No sé qué habrá oído...

—¡Nada! —afirmó él, y se dejó caer sobre un sillón y se recolocó el largo fular—. Nada en

absoluto, se lo aseguro, aunque su rubor contradice sus palabras. Va, sentémonos todos. No hay por qué intimidarse conmigo. Charlotte, llama para que traigan un té. Estoy seco.

Tessa miró a la directora, quien se encogió de hombros como diciendo que no se podía hacer nada. Lentamente, Tessa volvió a sentarse. Will también. La chica no lo miró; no podía, con Woolsey Scott sonriéndoles a ambos como si supiera algo que ella no conocía.

—¿Y dónde está el joven Carstairs? —inquirió Scott—. Un muchacho adorable. Con una coloración tan interesante... Y con tanto talento para el violín... Claro que he oído al propio Gracin actuando en la Ópera de París, y después de eso, bueno, todo suena como polvo de carbón rascándote los tímpanos. Una pena lo de su enfermedad.

Charlotte, que había ido al fondo de la sala a llamar a Bridget, regresó, se sentó y se alisó las faldas.

—En cierto modo, de eso era de lo que quería hablar contigo...

—Oh, no, no, no. —De la nada, Scott había sacado una caja de cerámica, que agitó en dirección a Charlotte—. Ninguna discusión seria, por favor, hasta que me haya tomado mi té y mi cigarro. ¿Un cigarro egipcio? —Le tendió la caja a Charlotte—. Son los mejores que hay.

—No, gracias. —La mujer parecía un poco horrorizada ante la idea de fumarse un puro; sin duda era difícil de imaginar, y Tessa notó que Will, a su lado, reía en silencio. El líder de los licántropos se encogió de hombros y siguió preparando su cigarro. La caja de cerámica era un artefacto muy ingenioso, con compartimentos para los cigarros, atados con una cinta de seda, cerillas nuevas y gastadas, y un espacio donde tirar la ceniza. Todos observaron al hombre lobo encender su cigarro con evidente gusto, y el dulce aroma del tabaco llenó la sala.

—Ahora —dijo él—, cuéntame qué tal te va, Charlotte, querida. Y a ese esposo abstraído que tienes. ¿Aún rondando por la cripta inventando cosas que estallan?

—A veces —intervino Will— hasta se supone que tienen que estallar.

Se oyó un tintineo y Bridget apareció con la bandeja del té, lo que salvó a Charlotte de tener que contestar. La criada puso las cosas del té en una mesita entre los sillones, mirando inquieta a uno y otro lado.

—Lo siento, señora Branwell. Pensaba que sólo serían dos para tomar el té...

—No pasa nada, Bridget —repuso Charlotte, con un tono que indicaba firmemente que se retirara—. Te llamaré si necesitamos algo más.

La muchacha hizo una reverencia y se retiró, mientras echaba una ojeada curiosa y disimulada a Woolsey Scott. Él no se fijó en ella. Ya se había servido leche en su taza y estaba mirando a su anfitriona con un leve reproche.

—Oh, Charlotte.

Ella lo miró perpleja.

—¿Sí?

—Las pinzas... las pinzas del azúcar —dijo Scott tristemente, con una voz que parecía que comentara la trágica muerte de algún conocido—. Son de plata.

—¡Oh! —Charlotte parecía sobresaltada. Tessa recordó que la plata era peligrosa para los hombres lobo—. Lo siento mucho...

—No pasa nada —suspiró él—. Por suerte, llevo las mías. —De otro bolsillo de su chaqueta de terciopelo, que estaba abrochada sobre un chaleco de seda con un estampado de nenúfares que no tenía nada que envidiar a los de Henry, sacó un atadito de seda; lo desenrolló y reveló unas pinzas de oro y una cucharilla de té. Las puso sobre la mesa, quitó la tapa de la tetera y pareció complacido.

—¡Té de pólvora! De Ceilán, supongo. ¿Alguna vez has tomado té en Marrakech? Lo empapan con azúcar o miel...

—¿Pólvora? —preguntó Tessa, que nunca había sido capaz de dejar de hacer preguntas incluso cuando sabía perfectamente que era una mala idea—. No hay pólvora en el té, ¿verdad?

Scott se echó a reír y volvió a poner la tapa en la tetera. Se recostó en el asiento mientras Charlotte, con los labios apretados, le servía el té.

—¡Qué encantadora! —exclamó Scott—. No, lo llaman así porque las hojas de té se enrollan en bolitas que se parecen a las de la pólvora.

—Señor Scott —insistió Charlotte—, de verdad que tenemos que hablar de la situación.

—Sí, sí, he leído tu carta. —Suspiró—. Política de subterráneos. Tan aburrida... ¿Supongo que no me dejarás contarte que Alma-Tadema me ha pintado un retrato? Estoy vestido de soldado romano...

—Will —lo interrumpió Charlotte con firmeza—. Quizá deberías contarle al señor Scott lo que viste en Whitechapel anoche.

Éste hizo obedientemente lo que le pedía, lo cual sorprendió un tanto a Tessa, pero se abstuvo de hacer observaciones sarcásticas. Scott lo observaba por encima del borde de la taza de té durante el relato. Sus ojos eran de un verde tan claro que parecía amarillo.

—Lo siento, muchacho —dijo el hombre lobo cuando Will acabó de hablar—. No veo por qué esto requiere una reunión urgente. Todos sabemos de la existencia de esos antros de los ifrits, y no puedo estar vigilando a cada miembro de mi manada permanentemente. Si algunos de ellos deciden dejarse llevar por el vicio... —Se acercó más a él—. ¿Sabes que tus ojos son casi del tono exacto de los pétalos de los pensamientos? No del todo azul, no del todo violeta. Extraordinario.

Will abrió mucho sus extraordinarios ojos y sonrió de medio lado.

—Creo que ha sido la mención del Magíster lo que ha preocupado a Charlotte.

—Ah. —Scott volvió su mirada hacia ella—. Estás preocupada porque pueda traicionarte como lo hizo De Quincey. Que esté aliado con el Magíster..., mejor llamémosle por su nombre, ¿de acuerdo?: Mortmain, y que les esté dejando a mis lobos cumplir su voluntad.

—Había pensado —explicó la mujer, titubeando— que quizá los subterráneos se sintieran traicionados por el Instituto después de lo que pasó con De Quincey. Su muerte...

—Bueno, los Hijos de la Noche y los Hijos de la Luna nunca se han...

—De Quincey hizo matar a un hombre lobo —dijo Tessa de repente; sus recuerdos se mezclaron con los de Camille, y con el recuerdo de un par de ojos verde amarillo como los de Scott—. Por su... relación... con Camille Belcourt.

Woolsey Scott lanzó una mirada larga y curiosa a la cambiante.

—Ése —replicó— era mi hermano. Mi hermano mayor. Era el líder de la manada antes que yo, ¿sabes?, y yo heredé el puesto. Por lo general se debe matar para convertirse en jefe de la manada. En mi caso, se hizo por votación, y la tarea de vengar a mi hermano en nombre de la manada recayó sobre mí. Sólo que ahora, ya veis... —Hizo un gesto con su elegante mano—. Os habéis encargado de De Quincey. No tenéis ni idea de lo agradecido que os estoy. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Murió bien?

—Murió gritando —contestó Charlotte, y su brusquedad sorprendió a Tessa.

—Qué agradable es oír eso. —El licántropo dejó su taza—. Y por eso, os habéis ganado mi favor. Os contaré lo que sé, que no es mucho. Mortmain vino a verme al principio; quería que me uniera a él en el Club Pandemónium. Me negué, porque De Quincey ya se había unido, y yo no formaría parte de

un club en el que estuviera él. Mortmain me hizo saber que habría un lugar para mí si cambiaba de parecer...

—¿Le explicó sus objetivos? —interrumpió Will—. ¿O cuál era el propósito final del club?

—La destrucción de todos los cazadores de sombras —contestó Scott—. Pensaba que ya lo sabían. No es un club de jardinería.

—Creemos que nos guarda rencor —explicó Charlotte—. A la Clave. Los cazadores de sombras mataron a sus padres hace años. Eran brujos, dedicados al estudio de la magia negra.

—No tanto rencor como una idea fija —repuso el hombre lobo—. Una obsesión. Querría ver a los vuestros borrados de la faz de la Tierra, aunque parece conformarse con empezar en Inglaterra y luego ir hacia afuera. Un tipo de loco paciente y metódico. De la peor clase. —Se reclinó en el sillón y suspiró—. Me han llegado noticias sobre un grupo de lobos jóvenes que no pertenece a ninguna manada, que han estado haciendo algún tipo de trabajo oculto por el que les han pagado muy bien. Han estado luciendo su peculio entre las manadas y creando animosidad. No sabía lo de la droga.

—Los hará seguir trabajando, día y noche, hasta que caigan de puro cansancio o la droga los mate —explicó Will—. Y no hay cura para esa adicción. Es mortal.

El licántropo lo miró a los ojos.

—Este *yin fen*, este polvo plateado, es a lo que es adicto su amigo Carstairs, ¿no es cierto? Y él está vivo.

—Jem sobrevive porque es un cazador de sombras, y porque consume la menor cantidad de droga posible, las menos veces posible. E incluso así, al final lo matará. —La voz de Will era terriblemente inexpresiva—. Como también lo haría no tomarla.

—Bueno, bueno —dijo Scott animado—. En tal caso, espero que las compras que hace el Magíster alegremente no provoquen una escasez.

Will se puso blanco. Era evidente que esa idea no se le había ocurrido. Tessa se volvió hacia él, pero el chico ya estaba yendo hacia la puerta. La cerró con un portazo al salir.

Charlotte frunció el ceño.

—Dios, va hacia Whitechapel de nuevo —se lamentó—. ¿Era necesario, Woolsey? Creo que acabas de aterrorizar al pobre chico, y seguramente por nada.

—No hay nada malo en ser un poco precavido —replicó éste—. Yo pensaba que mi hermano viviría para siempre, hasta que De Quincey lo mató.

—De Quincey y el Magíster era iguales: despiadados —afirmó la mujer—. Si tú pudieras ayudarnos.

—Toda la situación es sin duda de lo más horrorosa —observó Scott—. Por desgracia, los licántropos que no forman parte de mi manada no son mi responsabilidad.

—Si sólo tuvieras los ojos bien abiertos, señor Scott, cualquier información sobre dónde están trabajando y qué están haciendo sería de gran valor. La Clave se mostraría agradecida.

—Oh, la Clave —repitió el hombre lobo como si estuviera muerto de aburrimiento—. Muy bien. Y ahora, Charlotte, hablemos de ti.

—Oh, pero yo soy muy aburrida —repuso ésta, y volcó la tetera (Tessa estaba segura de que lo había hecho de forma deliberada), que golpeó la mesa con un satisfactorio golpe, salpicando agua caliente. Scott saltó pegando un grito y apartó el fular del peligro.

La mujer se puso en pie al instante, disculpándose.

—Woolsey, querido —dijo poniéndole la mano en el brazo—, has sido de gran ayuda. Déjame que

te acompañe a la puerta. Hay un antiguo *keris* que nos ha enviado el Instituto de Bombay que he estado deseando enseñarte...

# 11

## FURIOSA AFLICCIÓN

Tu congoja ha sido mi angustia; sí, temo y  
muero por tu fría maldición.  
Y he buscado en los más alto y lo más bajo,  
por todo nuestro universo, con la desesperada esperanza  
de hallar alivio a tu furiosa aflicción.

JAMES THOMSON, *The City of Dreadful Night*

A mi querida señora Branwell:

Quizá le sorprenda recibir una carta al cabo de tan poco tiempo de mi partida de Londres, pero a pesar de la placidez del campo, los acontecimientos se han precipitado y considero que debo mantenerla al corriente de su evolución.

El tiempo continúa siendo bueno, lo que me ha permitido dedicar mucho tiempo a explorar los alrededores, sobre todo la zona de Ravenscar Manor, que es sin duda una elegante mansión. La familia Herondale parece vivir sola allí; el padre, Edmund; la madre y la hija pequeña, Cecily, que pronto cumplirá los quince años y se parece mucho a su hermano en sus formas, su impaciencia y su aspecto. En seguida llegaré a cómo sé todo esto.

Ravenscar está cerca de un pequeño pueblo. Me instalé en la posada local, el Cisne Negro, y me presenté como un caballero interesado en comprar algunas propiedades en la zona. Los lugareños han sido de lo más amables en proporcionarme información, y cuando no, uno o dos hechizos de persuasión los han ayudado a ver las cosas desde mi punto de vista.

Al parecer, los Herondale se relacionan muy poco con la gente del lugar. A pesar de esta tendencia, o tal vez por ella, corren muchos rumores sobre ellos. Parece ser que no son dueños de Ravenscar Manor, sino que se hallan, a modo de cuidadores, encargándose de la propiedad para su verdadero propietario: Axel Mortmain, naturalmente. Para esta gente, Mortmain no es más que un rico industrial que compró una casa de campo que muy pocas veces visita; no me he topado con ningún rumor que lo relacione con los Shade, cuya presencia aquí parece llevar largo tiempo olvidada. Los Herondale son tema de mucha especulación y curiosidad. Se sabe que se les murió un hijo, y que Edmund, al que yo conocía, cayó en el juego y la bebida; al final perdió la casa en Gales, tras lo cual, al estar en la miseria, el propietario de esta mansión en Yorkshire les ofreció su puesto en la vivienda. Esto ocurrió hace dos años.

Todo esto me ha sido confirmado esta tarde, cuando, mientras observaba la mansión a distancia, me he sorprendido ante la aparición de una niña. Inmediatamente he sabido quién era. La había visto entrar y salir de la casa, y su parecido con su hermano Will, como he dicho, es acentuado. Se me ha encarado inmediatamente, queriendo saber por qué espiaba a su familia. Al principio no parecía enfadada sino bastante esperanzada. «¿Le ha enviado mi hermano? —me ha preguntado—. ¿Tiene algún mensaje de mi hermano?».

Ha resultado bastante conmovedor, pero conozco la Ley, y sólo le he podido decir que su hermano estaba bien y quería saber si ellos estaban a salvo. Ante eso, se ha enfadado y ha opinado que Will aseguraría mejor el bienestar de la familia volviendo con ella. También ha dicho que no había sido la muerte de su hermana (¿conocía usted la existencia de esta hermana?) lo que había acabado con su padre, sino la desertión de Will. Le dejo a su discreción si comunicar esto al joven Herondale o no, ya que parece que las noticias le harán más mal que bien.

Luego le ha hablado de Mortmain, ella me ha hablado de él sin ninguna reserva; ha dicho que era un amigo de la familia, que les había ofrecido esa casa cuando se habían quedado sin nada. Mientras ella



hablaba, he comenzado a captar cómo piensa Mortmain. Sabe que va contra la Ley que los nefilim se relacionen con los cazadores de sombras que han elegido abandonar la Clave, y que, por lo tanto, Ravenscar Manor se evitará; sabe también que la ocupación de la casa por parte de los Herondale hace que los objetos en su interior sean de ellos y, por consiguiente, no se puedan usar para rastrearlo a él. Y finalmente, sabe que tener poder sobre los Herondale puede traducirse en tener poder sobre Will. ¿Necesita tener poder sobre Will? Tal vez ahora no, pero puede llegar un momento en que lo desee y, cuando eso ocurra, lo tendrá con facilidad. Es un hombre muy precavido, y los hombres así son peligrosos.

En su lugar, que no lo estoy, aseguraría al joven Will que su familia está a salvo y que los estoy vigilando; evitaría hablarle de Mortmain hasta que pueda reunir más información. Por lo que puedo deducir a partir de lo que me ha dicho Cecily, los Herondale no saben dónde se halla Mortmain. Ha dicho que se encontraba en Shanghái, y que a veces recibían correspondencia de su compañía allí, todas las cartas franqueadas con sellos peculiares. Sin embargo, es mi parecer que el Instituto de Shanghái opina que él no está allí.

Le he dicho a la señorita Herondale que su hermano la añora; creo que es lo mínimo que podía hacer. Me ha dado la sensación de que se ponía contenta. Permaneceré en esta zona todavía algún tiempo, me parece; se me ha despertado la curiosidad de averiguar cómo las desgracias de los Herondale se entrelazan con los planes de Mortmain. Aún hay secretos que desentrañar bajo la tranquila hierba de los campos de Yorkshire, y pretendo hacerlo.

RAGNOR FELL

Charlotte leyó la carta completa dos veces, para memorizar los detalles, y luego, después de plegarla, la tiró a la chimenea del salón. Se levantó y se apoyó en la repisa para ver cómo las llamas devoraban el papel surcado por líneas de negro y dorado.

No estaba segura de si el contenido de la carta la había dejado sorprendida, inquieta, o simplemente muy cansada. Intentar localizar a Mortmain era como intentar matar a una araña y acabar desesperadamente enganchado en los pegajosos hilos de su tela. Y Will... No le gustaba nada hablar de eso con él. Miró al fuego con la mirada perdida. A veces pensaba que a Will se lo había enviado el Ángel para probar su paciencia. Era un joven amargado, tenía una lengua que golpeaba como un látigo, y correspondía a todos sus intentos de cariño y afecto con veneno y desdén. Aun así, cuando lo miraba, veía al chico de doce años, acurrucado en un rincón de su dormitorio, tapándose los oídos con las manos cuando sus padres lo llamaban por su nombre unos escalones más abajo, tratando de que saliera y regresara con ellos.

Ella se había arrodillado junto a él cuando los Herondale se hubieron marchado. Recordaba que él había alzado el rostro, pequeño, blanco y serio, con los ojos azules y las cejas oscuras. Entonces era tan guapo como una niña, delgado y delicado. Sin embargo, al lanzarse al entrenamiento de los cazadores de sombras con tal determinación, tras dos años toda esa delicadeza había desaparecido, cubierta por músculo, cicatrices y Marcas. Pero aquel día ella le había cogido la mano y él la había dejado entre las de ella como un peso muerto. Se había mordido el labio inferior, aunque parecía no haberse dado cuenta, y la sangre le cubría la barbilla y le caía sobre la camisa.

«—Charlotte, me lo dirás, ¿verdad? ¿Me dirás si algo les pasa?

»—Will, no puedo...

»—Conozco la Ley. Sólo quiero saber si viven. —Sus ojos le habían rogado—. Charlotte, por favor...»

—¿Charlotte?

Apartó los ojos del fuego. Jem se hallaba en la puerta del salón. La mujer, aún medio atrapada en la red del pasado, lo miró parpadeando. Cuando Jem había llegado de Shanghái, sus ojos y su cabello

habían sido negros como la brea. Con el tiempo se le habían vuelto plateados, como el cobre oxidándose con verdín, mientras la droga le circulaba por las venas, cambiándolo, matándolo lentamente.

—James —dijo Charlotte—. Es tarde, ¿no?

—Las once. —Jem inclinó la cabeza hacia un lado, observándola—. ¿Estás bien? Parece como si tu tranquilidad de espíritu acabara recibir un duro golpe.

—No, es sólo que... —Hizo un gesto vago—. Es todo este asunto de Mortmain.

—Tengo una pregunta —anunció Jem; entró más en el salón y bajó la voz—. No totalmente carente de relación con él. Gabriel ha dicho algo hoy, durante el entrenamiento...

—¿Estabas allí?

Él negó con la cabeza.

—Me lo ha contado Sophie. No le gusta ir con cuentos, pero estaba preocupada y no puedo culparla. Gabriel ha asegurado que su tío se había suicidado y que su madre había muerto de pena por... bueno, por culpa de tu padre.

—¿Mi padre? —preguntó Charlotte, inexpresiva.

—Al parecer, el tío de Gabriel, Silas, cometió alguna violación de la Ley, y tu padre lo descubrió. Tu padre lo denunció ante la Clave. El tío se mató por vergüenza, y la señora Lightwood murió de pena. Según Gabriel, «a los Fairchild no les importa nadie excepto ellos mismos y la Ley».

—¿Y me estás contando esto porque...?

—Me preguntaba si era cierto —contestó el muchacho—. Y de serlo, quizá pudiera ser útil informar al Cónsul de que el motivo por el que Benedict quiere el Instituto es por venganza, no por un deseo altruista de verlo funcionar mejor.

—No es cierto. No puede serlo. —Charlotte negó con la cabeza—. Silas se suicidó porque estaba enamorado de su *parabatai*, pero no porque mi padre se lo dijera a la Clave. Lo primero que la Clave supo de eso fue por la nota de suicidio de Silas. De hecho, el padre de éste pidió ayuda a mi padre para escribir el panegírico de Silas. ¿Te parece que haría eso un hombre que culpara a mi padre por la muerte de su hijo?

Los ojos de Jem se oscurecieron.

—Eso es muy interesante.

—¿Crees que Gabriel sólo estaba siendo desagradable, o crees que su padre le ha mentado para...?

Charlotte no llegó a acabar la pregunta. De repente, el chico se dobló por la mitad, como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago, con un ataque de tos tan fuerte que le sacudió los delgados hombros. Un chorro de sangre le salpicó la manga de la chaqueta al alzar el brazo para cubrirse la cara.

—Jem... —Ella fue hacia él con los brazos extendidos, pero él se irguió tambaleante y se apartó de ella, con la mano en alto como para detenerla.

—Estoy bien —aseguró con voz entrecortada—. Estoy bien. —Se limpió la sangre del rostro con la manga de la chaqueta—. Por favor, Charlotte —añadió con una voz derrotada cuando ella fue hacia él—. No.

La directora se detuvo, con el corazón en un puño.

—¿Hay algo...?

—Ya sabes que no hay nada. —Jem bajó el brazo, con la sangre en la manga como una acusación, y le dedicó la más dulce de las sonrisas—. Querida Charlotte —habló—, siempre te he considerado

como una hermana mayor. Lo sabes, ¿verdad?

Ella se lo quedó mirando, boquiabierta. Eso se parecía tanto a una despedida que no podía contestar. Jem se volvió con su paso ligero de siempre y se marchó del salón. Lo observó mientras se iba, diciéndose que eso no significaba nada, que no estaba peor que otras veces, que todavía le quedaba tiempo. Quería a Jem como quería a Will, como no podía evitar quererlos a todos ellos, y la idea de perderlo le destrozaba el corazón. No sólo por su propia pérdida, sino por la de Will. Si Jem moría, Charlotte no podía evitar pensar que se llevaría con él todo lo que a Will aún le quedaba de humano.

Era casi medianoche cuando Will regresó al Instituto. Había comenzado a llover cuando estaba a medio camino de Threadneedle Street. Se había protegido bajo el toldo de Dan & Son Publishers para abrocharse la chaqueta y recolocarse el fular, pero la lluvia se le había metido incluso en la boca: gotas gordas y heladas que sabían a carbonilla y cieno. Había encorvado la espalda para hacer frente al hiriente agujujeo de la lluvia mientras dejaba el refugio del toldo y pasaba ante el banco, camino del Instituto.

Incluso después de llevar años en Londres, la lluvia le hacía pensar en su casa. Aún recordaba cómo llovía en el campo, en Gales, el olor a hierba fresca, lo agradable que era rodar una y otra vez por las húmedas laderas de las colinas, llenándose el cabello y la ropa de briznas. Si cerraba los ojos, podía oír el eco de las risas de sus hermanas.

«Will, te estropearás la ropa; Will, mamá se pondrá furiosa...»

Se preguntó si se podía ser realmente londinense teniendo eso en las venas: el recuerdo de los grandes espacios abiertos, la amplitud del cielo, el aire limpio... No esas estrechas calles, llenas de gente; el polvo de Londres que se metía por todas partes, en la ropa, como una fina capa en el cabello y por la nuca; el hedor del sucio río.

Llegó a Fleet Street. Temple Bar se veía en la distancia a través de la neblina; la calle estaba resbaladiza por la lluvia. Un carruaje pasó traqueteando mientras él se metía en un callejón entre dos edificios; las ruedas salpicaron agua sucia a la acera.

Ya veía la aguja del Instituto en la distancia. Sin duda ya habrían acabado de cenar, pensó. Lo habrían recogido todo. Bridget estaría durmiendo; se podría colar en la cocina y apañarse una cena de pan, queso y pastel. Se había estado perdiendo muchas comidas últimamente y, si era sincero consigo mismo, sólo había una razón para ellos: estaba evitando a Tessa.

No quería evitarla; la verdad era que esa tarde había fracasado miserablemente al acompañarla no sólo al entrenamiento, sino también después al salón. A veces se preguntaba si hacía esas cosas sólo para probarse. Para ver si sus sentimientos habían desaparecido. Pero no era así. Cuando la veía, quería estar con ella; cuando estaba con ella, ansiaba tocarla; cuando le tocaba aunque fuera la mano, quería abrazarla. Quería sentirla contra él como en el desván. Quería conocer el sabor de su piel y el olor de su cabello. Quería hacerla reír. Quería sentarse y escucharla hablar de libros hasta que se le cayeran las orejas. Pero todo eso no lo podía querer, porque no lo podía tener, y querer lo que no se podía tener sólo llevaba a la desesperación y la locura.

Había llegado a casa. La puerta del Instituto se abrió bajo su mano, mostrando el vestíbulo lleno de una parpadeante luz mágica. Pensó en la nube que las drogas le habían producido en el antro de Whitechapel High Street. Una bendita liberación del querer y el necesitar. Había soñado que estaba

tumbado en una ladera en Gales, con el cielo alto y azul sobre su cabeza, y que Tessa había subido la colina hasta llegar a él y se había sentado a su lado. «Te amo», él le había dicho a ella, y la había besado, como si fuera la cosa más natural del mundo. «¿Me amas tú?».

Ella le había sonreído. «Siempre serás el primero en mi corazón», le había contestado.

«Dime que esto no es un sueño», le había susurrado él a ella, mientras ella lo abrazaba, y luego ya no había sabido qué era sueño y qué realidad.

Se quitó el abrigo mientras subía la escalera, sacudiéndose el mojado cabello. Le caía agua fría por la camisa, humedeciéndole la espalda, haciéndolo estremecer. El precioso paquete que les había comprado a los ifrits se hallaba en el bolsillo del pantalón. Metió la mano y lo tocó con los dedos, sólo para asegurarse de que seguía allí.

En los pasillos, la luz mágica ardía con poca intensidad; estaba a medio camino del primero de ellos cuando se detuvo. La puerta de Tessa estaba allí, lo sabía, frente a la de Jem. Y allí, delante de la puerta de Tessa, se hallaba Jem; paseando de arriba abajo, «desgastando la alfombra», como hubiera dicho Charlotte.

—James —lo llamó Will, más sorprendido que otra cosa.

Su *parabatai* alzó la cabeza de golpe, se apartó de la puerta de Tessa al instante y se dirigió hacia la suya.

—Supongo que no debería sorprenderme encontrarte paseando por los corredores a cualquier hora —comentó con rostro inexpresivo.

—Creo que estoy de acuerdo que lo contrario me cuadra menos —repuso Will—. ¿Por qué estás despierto? ¿Estás bien?

Jem lanzó una mirada hacia la puerta de Tessa, y luego volvió a mirar a su amigo.

—Iba a pedirle disculpas a Tessa —contestó—. Creo que no la he dejado dormir tocando el violín. ¿Dónde has estado? ¿Ocupado otra vez con Nigel Seisdedos?

Will esbozó una sonrisa simpática, pero Jem no se la devolvió.

—Lo cierto es que tengo algo para ti —respondió Will—. Vamos, déjame entrar en tu cuarto. No quiero pasar toda la noche en el pasillo.

Después de un instante de vacilación, su amigo se encogió de hombros y abrió su puerta. Entró, seguido de Will, que cerró la puerta y echó la llave, mientras Jem se dejaba caer en el sillón. Había ardido un fuego en la chimenea, pero se había quedado reducido a unos cuantos carbones incandescentes. Jem miró a Will.

—Entonces ¿qué es...? —comenzó, y se dobló por la mitad, sacudido por una seca tos. Se le pasó en seguida, antes de que Will pudiera moverse o decirle algo, pero cuando se irguió y se pasó el dorso de la mano por la boca, ésta se le manchó de rojo. Miró la sangre sin inmutarse.

Will se sintió mal. Se acercó a su *parabatai*, sacó un pañuelo, que Jem le cogió, y luego el polvo plateado que había comprado esa noche en Whitechapel.

—Toma —le ordenó, incómodo. No se había sentido incómodo con Jem en cinco años, pero ahí estaba—. He ido a Whitechapel y te he traído esto.

Jem, después de limpiarse la sangre de la mano con el pañuelo de Will, tomó el paquete y se quedó mirando el *yin fen*.

—Me queda —dijo— al menos para otro mes. —De repente lo miró, con un repentino brillo en los ojos—. ¿O acaso Tessa te ha dicho...?

—Decirme ¿qué?

—Nada. Se me derramó un poco de polvo el otro día. Conseguí recoger la mayor parte. —Jem dejó el paquete a su lado—. Esto no era necesario.

Will se sentó en el baúl al pie de la cama de su amigo. No le gustaba sentarse ahí, tenía las piernas demasiado largas y siempre se sentía como un adulto tratando de meterse en un pupitre de escuela, pero quería tener los ojos a la misma altura que los de él.

—Los hombres de Mortmain han estado comprando gran cantidad de *yin fen* en el East End —le explicó—. Lo he confirmado. Si tú te quedaras sin y él fuera el único con existencias...

—Estaríamos en su poder —concluyó Jem—. A no ser que estuvierais dispuestos a dejarme morir, claro, lo que sería el plan más sensato.

—Yo no estaría dispuesto —afirmó Will con voz seca—. Eres mi hermano de sangre. He jurado no permitir que te pase nada...

—Dejando a un lado los juramentos —replicó Jem—, y los juegos de poder, ¿tiene algo de esto que ver conmigo?

—No sé a qué te refieres...

—Había comenzado a preguntarme si eras capaz de querer ahorrarle sufrimientos a alguien.

Will se echó un poco hacia atrás, como si Jem lo hubiera empujado.

—Yo... —Tragó saliva, buscando las palabras. Había pasado tanto tiempo desde que había querido emplear palabras que le hicieran lograr el perdón y no el odio, tanto tiempo pretendiendo presentarse bajo la peor luz posible, que, por un aterrorizado segundo, se preguntó si aún sería capaz de encontrarlas—. He hablado con Tessa hoy —dijo finalmente, sin notar que Jem palidecía aún más—. Me ha hecho entender... que lo que hice anoche es imperdonable. Aun así —añadió rápidamente—, espero que me perdones.

«Por el Ángel, qué mal se me da esto».

Jem alzó una ceja.

—¿Por qué?

—Fui al antro porque no podía dejar de pensar en mi familia y quería, necesitaba, dejar de pensar —explicó—. Ni se me pasó por la cabeza que podía parecer como si me estuviera burlando de tu enfermedad. Supongo que te pido perdón por mi falta de consideración. —Bajó la voz—. Todo el mundo se equivoca, Jem.

—Sí —repuso éste—. Sólo que tú te equivocas mucho más a menudo que la mayoría de la gente.

—Yo...

—Haces daño a todo el mundo —continuó—. A todos aquellos que conoces.

—No a ti —susurró Will—. Hago daño a todos menos a ti. Nunca he tenido la intención de herirte.

—Will... —Jem se apretó los ojos con la palma de las manos.

—No puedes no perdonarme —suplicó Will, y oyó el pánico en su propia voz—. Estaré...

—¿Solo? —Jem bajó las manos, pero estaba sonriendo de medio lado—. ¿Y de quién es la culpa? —Se apoyó en el respaldo de su asiento, con los ojos medio cerrados de cansancio—. Te habría perdonado —añadió—: Te habría perdonado aunque no te hubieras disculpado. Lo cierto es que no esperaba que lo hicieras. Debe de ser la influencia de Tessa.

—No estoy aquí porque me lo haya pedido; tú eres toda la familia que tengo. —Le tembló la voz—. Moriría por ti. Lo sabes. Moriría sin ti. De no ser por ti, habría muerto cien veces en estos cinco años. Te lo debo todo, y si no puedes creerte que tenga empatía, al menos creerás que sé lo que es el honor; el honor y la deuda...

Jem comenzó a parecer alarmado.

—Will, tu inquietud es mayor de lo que mi enfado merece. Ya no estoy enfadado; ya sabes que nunca me dura mucho.

Su tono era de consuelo, pero algo en Will no lograba consolarse.

—He ido a buscarte la medicina porque no puedo soportar la idea de que mueras sufriendo, sobre todo cuando podría haber hecho algo para evitarlo. Y lo hice porque tengo miedo. Si Mortmain viniera y dijera que es el único que tiene la droga que te salvaría la vida, debes saber que le daría lo que quisiera para poder conseguírtela. Ya he fallado a mi familia antes, James. No te fallaré a ti...

—Will. —Jem se puso de pie; se acercó a Will y se arrodilló para mirar a la cara a su amigo—. Empiezas a preocuparme. Tu arrepentimiento dice mucho de ti, pero debes saber...

Will lo miró. Recordaba a Jem cuando acababa de llegar de Shanghái, y cuando parecía ser todo grandes ojos negros en un rostro cargado de dolor. No había sido fácil hacerle reír, pero Will se había obstinado en intentarlo.

—Saber ¿qué?

—Que moriré —dijo Jem. Tenía los ojos muy abiertos y febriles; en la comisura de la boca le quedaba un resto de sangre. Las ojeras eran casi azules.

Will le clavó los dedos en la cintura, arrugando la tela de la camisa. Su amigo no se inmutó.

—Juraste que estarías conmigo —replicó—. Cuando hicimos el juramento, como *parabatai*. Nuestras almas están unidas. Somos una sola persona, James.

—Somos dos personas —corrigió Jem—. Dos personas con un acuerdo entre nosotros.

Will sabía que parecía un niño, pero no podía evitarlo.

—Un acuerdo que dice que no puedes ir a donde no puedo ir contigo.

—Hasta la muerte —repuso Jem con amabilidad—. Ésas son las palabras del juramento. «Hasta nada más que la muerte nos separe a ti y a mí». Algún día, Will, iré a donde nadie puede seguirme. Y creo que será más pronto que tarde. ¿Alguna vez te has preguntado por qué accedí a ser tu *parabatai*?

—¿Ninguna oferta mejor? —Will probó con el humor, pero la voz se le quebró como el hielo.

—Creía que me necesitabas —explicó Jem—. Has construido un muro a tu alrededor, Will, y nunca te he preguntado el porqué. Pero nadie debe soportar todas las cargas solo. Pensé que te abrirías conmigo si era tu *parabatai*, y entonces tendrías al menos a alguien con quien hablar. Me pregunté qué significaría mi muerte para ti. Solía temerla, por ti. Temía que te quedaras solo dentro de ese muro. Pero ahora... algo ha cambiado. No sé por qué. Pero sé que es cierto.

—¿Qué es cierto? —Will seguía clavándole los dedos a Jem en la cintura.

—Que ese muro se está derrumbando.

Tessa no podía dormir. Estaba tumbada de espaldas, inmóvil, mirando al techo. Había una grieta en el yeso que a veces parecía una nube y, otras, era igual que una cuchilla, dependiendo del movimiento de la vela.

La cena había sido tensa. Al parecer, Gabriel le había dicho a Charlotte que se negaba a regresar y seguir con el entrenamiento, así que en adelante iban a contar sólo con Gideon, trabajando con Sophie y con ella. El pequeño de los Lightwood se había negado a decir por qué, pero era evidente que la directora culpaba a Will; Tessa, al ver lo cansada que estaba ésta ante la idea de aumentar el conflicto con Benedict, se había sentido culpable por haber llevado a Will con ella al entrenamiento y por haberse

reído de Gabriel.

No ayudó mucho que Jem no fuera a cenar. Tessa tenía muchas ganas de hablar con él. Después de que evitara mirarla durante el desayuno y luego hubiera estado «indispuesto» para la cena, el pánico le había retorcido el estómago. ¿Estaría horrorizado por lo que había pasado entre ellos la noche anterior, o peor, asqueado? Quizá en lo más profundo de su corazón, Jem sentía lo mismo que Will, que los brujos estaban por debajo de él. O tal vez no tuviera nada que ver con lo que era ella. Quizá fuera simplemente que le había repelido su ligereza; ella había aceptado con ganas sus abrazos, sin apartarlo, y ¿no le había dicho siempre la tía Harriet que los hombres eran débiles en lo referente al deseo, y que eran las mujeres las que tenían que contenerse?

La noche pasada no se había contenido mucho precisamente. Recordaba estar tumbada junto a Jem, con sus suaves manos encima. Sabía, con una dolorosa sinceridad interna, que si hubieran continuado, ella habría hecho todo lo que él hubiese querido. Incluso en ese momento, pensándolo, notaba el cuerpo ardiendo e inquieto; se movió en la cama y ahuecó una de las almohadas. Si había destruido la amistad que compartía con Jem al permitir lo que había ocurrido la noche anterior, nunca se lo perdonaría.

Estaba a punto de hundir el rostro en ella, cuando oyó un ruido. Unos golpecitos en la puerta. Se quedó inmóvil. Los golpes se repitieron, insistentes. Jem. Con manos temblorosas, saltó de la cama, corrió a la puerta y la abrió.

En el umbral se hallaba Sophie. Llevaba el oscuro uniforme de doncella, pero tenía la cofia de medio lado y los oscuros rizos le caían por la espalda. Estaba muy pálida, y había una mancha de sangre en el cuello del vestido; parecía horrorizada y casi enferma.

—Sophie. —La voz de Tessa evidenció su sorpresa—. ¿Estás bien?

La criada miró alrededor, temerosa.

—¿Puedo entrar, señorita?

Tessa asintió y le aguantó la puerta. Cuando ambas estuvieron dentro, la cerró con llave y se sentó en el borde de la cama, con la aprensión como un plomo en el pecho. La sirvienta permaneció de pie, y se retorció las manos ante el regazo.

—Sophie, por favor, ¿qué pasa?

—Es la señorita Jessamine —soltó.

—¿Qué pasa con Jessamine?

—Es que... Es justo decir que la he visto... —Se interrumpió con gran pesadumbre—. Ha estado saliendo por las noches, señorita.

—¿De verdad? La vi anoche, en el pasillo, vestida como un muchacho y con un aspecto muy furtivo...

Sophie pareció aliviada. No le agradaba Jessamine, Tessa lo sabía bien, pero era una doncella bien instruida, y una doncella bien instruida no delata a su señora.

—Sí —respondió con firmeza—. Hace días que lo vengo notando. A veces la cama está intacta, hay barro en las alfombras por la mañana cuando no estaba la noche anterior. Se lo habría dicho a la señora Branwell, pero ya tiene tal horrible cantidad de cosas en la cabeza que no me he visto con ánimo.

—¿Y por qué me lo estás contando? —preguntó Tessa—. Parece que Jessamine ha encontrado un pretendiente. No puedo decir que apruebe su comportamiento, pero... —tragó saliva, pensando en su conducta de la noche anterior— ninguno de nosotros somos responsables. Y quizá exista alguna

explicación inofensiva...

—Oh, pero, señorita. —Sophie metió la mano en el bolsillo de su uniforme y sacó una tarjeta de color crema entre los dedos—. Esta noche he encontrado esto. En el bolsillo de su nueva chaqueta de terciopelo. Ya sabe, la que tiene una raya de color crudo.

A Tessa no le importaba la raya de color crudo. Tenía los ojos clavados en la tarjeta. La cogió lentamente, y le dio la vuelta. Era una invitación a un baile.

20 de julio de 1878

Sr. BENEDICT LIGHTWOOD  
Presenta sus respetos a  
Srta. JESSAMINE LOVELACE  
y le solicita el placer de su compañía  
en el baile de máscaras que tendrá lugar el  
Martes, 27 de julio. *RSVP*.

La invitación seguía con los detalles de la dirección y la hora de inicio del baile, pero era lo que había en el dorso de la invitación lo que a Tessa le heló la sangre en las venas. Escrito a mano, con una letra que a ella le resultaba tan familiar como la suya propia, estaban escritas las palabras: «Mi Jessie. El corazón me revienta de alegría ante la idea de verte mañana por la noche en el “gran evento”. Por muy grande que sea, sólo tendré ojos para ti. Ponte el vestido blanco, querida, ya que sabes que me gusta; “en brillo de satén y resplandor de perlas”, como dice el poeta. Tuyo siempre, N. G.».

—Nate —murmuró Tessa anonadada, tomando asiento y mirando la nota—. Nate ha escrito esto. Y cita a Tennyson.

Sophie inhaló profundamente.

—Me lo temía, pero pensaba que no podría ser. No después de lo que hizo.

—Conozco la letra de mi hermano. —Su voz era sombría—. Está planeando reunirse con ella esta noche en ese... baile secreto. Sophie, ¿dónde está Jessamine? Debo hablar con ella inmediatamente.

La sirvienta comenzó a retorcerse las manos con más rapidez.

—Es que... ésa es la cuestión, señorita...

—Oh, Dios, ¿ya se ha marchado? Tenemos que hablar con Charlotte. No veo otra manera de...

—No se ha marchado. Está en su dormitorio —la interrumpió Sophie.

—¿No sabe que has encontrado esto? —Tessa agitó la tarjeta.

Sophie tragó saliva visiblemente.

—Es... me ha encontrado con la tarjeta en la mano, señorita. He tratado de esconderla, pero ya la había visto. Tenía una mirada tan amenazadora cuando ha venido a cogérmela, que no lo he podido evitar. Todas las sesiones de entrenamiento que he tenido con el señorito Gideon me han venido a la mente y... bueno...

—¿Bueno, qué, Sophie?

—La he golpeado en la cabeza con un espejo —contestó desencajada—. Uno de esos con marco de plata, así que era bastante pesado. Se ha desplomado como una piedra. Así que... La he atado a la cama y he venido a buscarla a usted.

—Déjame ver si lo he entendido bien —dijo Tessa al cabo de un instante—. Jessamine te ha visto con la invitación en la mano, así que le has dado con un espejo en la cabeza y la has atado a la cama.



La doncella asintió.

—¡Dios santo! —exclamó Tessa—. Sophie, tenemos que ir a buscar a alguien. Este baile no pude seguir siendo un secreto, y Jessamine...

—No a la señora Branwell —gimió la chica—. Me despedirá. Tendrá que hacerlo.

—Jem...

—¡No! —Sophie se llevó la mano al cuello del vestido, donde tenía la mancha de sangre. Tessa se dio cuenta, sobresaltada, de que debía de ser sangre de Jessamine—. No podría soportar que él pensara que puedo hacer algo así... es tan amable. Por favor, no se lo diga a él, señorita.

Claro, pensó Tessa. Sophie estaba enamorada de Jem. Con todo el ajetreo de los últimos días, se había olvidado. La vergüenza la cubrió como una ola al recordar la noche anterior; la reprimió como pudo.

—Entonces, sólo queda una persona a la que podamos acudir, Sophie. ¿Lo entiendes?

—El señorito Will —contestó ella con desdén, y suspiró—. Muy bien, señorita. Supongo que no me importa lo que él piense de mí.

Tessa se levantó, cogió la bata y se envolvió en ella.

—Míralo por el lado bueno, Sophie. Al menos Will no se sorprenderá. Dudo que Jessamine sea la primera mujer inconsciente con la que ha tenido que tratar, o que vaya a ser la última.

Tessa se había equivocado al menos en un detalle: Will sí que se sorprendió.

—¿Esto lo ha hecho Sophie? —dijo, no por primera vez. Estaban a los pies de la cama de Jessamine. Ésta yacía encima, con el pecho subiendo y bajando lentamente como la famosa Bella Durmiente de cera de Madame du Barry. Tenía el cabello extendido por la almohada y un gran verdugón ensangrentado en la frente. Estaba atada a la cama por ambas muñecas—. ¿Nuestra Sophie?

Tessa miró a ésta, que estaba sentada en una silla junto a la puerta. Agachaba la cabeza y se contemplaba las manos. Evitaba tener contacto visual con Tessa o Will.

—Sí —contestó Tessa—, y deja de repetirlo.

—Creo que podría enamorarme de ti, Sophie —soltó él—. Quizá hablemos de matrimonio.

La chica gimió.

—Para ya —siseó Tessa—. Creo que estás asustando a la pobre chica más de lo que ya lo está.

—¿Y de qué va a tener miedo? ¿De Jessamine? Parece que Sophie ya ha ganado esta pequeña escaramuza con facilidad. —A Will le estaba costando reprimir una sonrisa maliciosa—. Sophie, querida, no tienes nada de que preocuparte. Yo he querido darle con algo en la cabeza a Jessamine en muchas ocasiones. Nadie podrá culparte.

—Tiene miedo de que Charlotte la despidan —explicó Tessa.

—¿Por pegar a Jessamine? —Will se puso más serio—. Tess, si esa invitación es lo que parece, y Jessamine sí que iba a encontrarse en secreto con tu hermano, puede que nos haya traicionado a todos. Por no hablar de qué está haciendo Benedict Lightwood, organizando fiestas de las que ninguno de nosotros sabemos nada. ¿Fiestas a las que Nate está invitado? Lo que Sophie ha hecho es heroico. Charlotte le dará las gracias.

Al oír eso, la doncella alzó la cabeza.

—¿De verdad lo cree usted?

—Lo sé —respondió Will. Por un momento, Sophie y él se miraron fijamente. La criada apartó la

mirada primero, pero si Tessa no se equivocaba, por primera vez no había habido desprecio en sus ojos al mirarlo.

Will sacó la estela del cinturón. Se sentó en la cama junto a Jessamine y le apartó suavemente el cabello. Tessa se mordió el labio para contenerse y no preguntarle qué estaba haciendo.

Le puso la estela a la chica inconsciente en el cuello y en seguida trazó dos runas.

—Un *iratze* —explicó sin que Tessa tuviera que preguntarle—. Es decir, una runa curativa, y una runa de duerme ahora. Esto la mantendrá tranquila al menos hasta la mañana. Tu habilidad con el espejo de mano es admirable, Sophie, pero tus nudos pueden mejorar.

La aludida masculló algo por lo bajo en respuesta. El paréntesis en su desagrado por Will parecía cerrado.

—La pregunta —expuso él— es qué hacer ahora.

—Debemos decirle a Charlotte...

—No —replicó con firmeza—. No debemos.

Tessa lo miró asombrada.

—¿Por qué no?

—Por dos razones —contestó el cazador de sombras—. Primero, estaría obligada a explicárselo a la Clave, y si Benedict Lightwood es el anfitrión de ese baile, puedo imaginarme que algunos de sus seguidores estarán allí. Pero quizá no estén todos. Si se contacta con la Clave, tal vez puedan avisarlo antes de que alguien llegue para ver qué está pasando realmente. Segundo, el baile ha comenzado hace una hora. No sabemos cuándo llegará Nate buscando a Jessamine, y si no la ve, puede que se vaya. No tenemos tiempo que perder o desperdiciar, y despertando a Charlotte para explicarle todo esto haríamos justo eso.

—Entonces ¿a Jem?

Algo pasó por los ojos de Will.

—No. No esta noche. Jem no se encuentra del todo bien, pero dirá que sí. Después de anoche debo dejarlo fuera de todo esto.

Tessa lo miró con severidad.

—¿Qué propones que hagamos?

El muchacho alzó las comisuras de la boca.

—Señorita Gray, ¿me haría el honor de asistir a un baile conmigo?

—¿Te acuerdas de la última fiesta a la que fuimos? —le preguntó Tessa.

Él mantuvo la sonrisa. Tenía esa mirada de gran intensidad que se le ponía cuando estaba elaborando un plan.

—¿No me digas que estabas pensando lo mismo que yo, Tessa?

—Sí —contestó ella con un suspiro—. Me Cambiaré en Jessamine e iré en su lugar. Es el único plan que tiene sentido. —Se volvió hacia Sophie—. ¿Sabes cuál es el vestido del que habla Nate? ¿Un vestido blanco de Jessamine?

La doncella asintió.

—Cepíllalo y prepáralo para usarlo —le indicó Tessa—. También tendrás que peinarme, Sophie. ¿Te has calmado ya lo suficiente?

—Sí, señorita. —Se levantó, fue al armario y lo abrió. Will seguía mirando a Tessa; su sonrisa se hizo más amplia.

Ésta bajó la voz.

—Will, ¿se te ha ocurrido pensar que podría estar Mortmain?

La sonrisa desapareció del rostro del chico.

—Si está allí, ni te acerques a él.

—No puedes decirme qué debo hacer.

Will frunció el cejo. No estaba reaccionando en absoluto como Tessa creía que debía. Cuando Capitola, en *The Hidden Hand*, se había vestido de chico y se había enfrentado al merodeador Black Donall para demostrar su valor, nadie le había ordenado nada.

—Tu poder es impresionante, Tessa, pero no estás en posición de capturar a un poderoso mago adulto como Mortmain. Eso me lo dejarás a mí —dijo él.

Ella lo miró mal.

—Y tú ¿qué planeas hacer para que no te reconozcan en el baile? Benedict conoce tu rostro, como...

Will le cogió la invitación de la mano y la agitó.

—Es un baile de máscaras.

—Y supongo que, por casualidad, tú tienes una máscara.

—Lo cierto es que sí —contestó él—. La última fiesta de Navidad tenía como tema el Carnaval de Venecia. —Sonrió pícaramente—. Díselo, Sophie.

Ésta, que estaba ocupada con lo que parecía una mezcla de telarañas y rayos de luna en la bandeja del cepillo, suspiró.

—Es cierto, señorita. Y usted le deja que se ocupe él de Mortmain, ¿me oye? Es demasiado peligroso. ¡Y estarán allí lejos, en Chiswick!

Will miró triunfal a Tessa.

—Si hasta Sophie está de acuerdo conmigo, no puedes decir que no.

—Sí puedo —replicó ella obstinada—, pero no lo haré. Muy bien. Pero debes dejar en paz a Nate mientras hablo con él. No es idiota; si nos ve juntos, es capaz de sumar dos y dos. Por la nota, no me da la sensación de que espera que Jessamine asista acompañada.

—Por la nota, no me da ninguna sensación —repuso Will, mientras se ponía en pie—, excepto que puede citar la poesía menor de Tennyson. Sophie, ¿cuánto tardarás en arreglar a Tessa?

—Media hora —contestó la doncella, sin alzar la mirada del vestido.

—Entonces, Tessa, reúnete conmigo en el patio en media hora —dijo él—. Despertaré a Cyril. Y prepárate para desmayarte con mis galas.

La noche era fría, y Tessa se estremeció mientras atravesaba las puertas del Instituto y se quedaba en lo alto de los escalones exteriores. Recordó que era allí donde se había sentado la noche que Jem y ella habían paseado juntos hasta el Blackfriars Bridge, la noche que las criaturas mecánicas los habían atacado. Esa noche era más clara que aquélla, a pesar de haber llovido durante el día; la luna perseguía retazos sueltos de nubes por el fondo negro del cielo.

El carruaje estaba allí, al pie de la escalera, y Will esperaba delante. Alzó la mirada cuando las puertas del Instituto se cerraron detrás de ella. Por un momento, se quedaron mirándose mutuamente. Tessa sabía lo que él estaba viendo; lo había visto ella misma en el espejo de la habitación de Jessamine. Era Jessamine hasta en el más pequeño detalle, ataviada con un delicado vestido de seda de color marfil. Tenía un generoso escote, que mostraba buena parte del pecho, con una cinta de seda en

el cuello para remarcar su forma. Las mangas eran cortas, y dejaban los brazos a merced del aire nocturno. Incluso si el escote no hubiera sido tan bajo, Tessa se hubiera sentido desnuda sin su ángel, pero no podía llevarlo; sin duda Nate se fijaría en él. La falda, con una cola en cascada, se ahuecaba hacia atrás desde una cintura fina y con un lazo; llevaba el cabello recogido en lo alto, con una tira de perlas sujeta con horquillas también de perlas. Y llevaba una máscara de dómino dorada que remarcaba el cabello rubio de Jessamine a la perfección.

«Parezco tan delicada... —había pensado con distancia, al mirarse en la plateada superficie del espejo mientras Sophie la arreglaba—. Como una princesa de las hadas».

Era fácil tener esas ideas cuando tu reflejo no era realmente el tuyo.

Pero Will... Will. Le había dicho que debía prepararse para desmayarse al ver sus galas, y ella había puesto los ojos en blanco, pero en su traje de etiqueta negro y blanco estaba más guapo de lo que ella podía haberse imaginado. Esos colores, sencillos y contrastados, realzaban la angulosa perfección de sus rasgos. El cabello negro le caía sobre una máscara asimismo negra de media cara que remarcaba el azul de los ojos que había detrás. Tessa notó que se le contraía el corazón, y se odió al instante por ello. Apartó la mirada de él, hacia Cyril, que se hallaba en el asiento del cochero. Éste entrecerró los ojos, confundido al verla; pasó la mirada de ella a Will y de vuelta a ella, y se encogió de hombros. Tessa se preguntó qué le habría dicho para explicar por qué se llevaba a Jessamine a Chiswick en plena noche. Debía de haber sido toda una historia.

—¡Ah! —fue todo lo que dijo Will mientras ella descendía los escalones y se cerraba el chal. Tessa esperaba que él culpaba al frío del involuntario estremecimiento que la recorrió cuando él le cogió la mano—. Ahora veo por qué tu hermano citó esa deplorable poesía. Se supone que eres Maud, ¿no? ¿«Reina rosa del jardín de muchachas rosa»?

—¿Sabes? —dijo Tessa mientras él la ayudaba a subir al carruaje—, a mí tampoco me gusta ese poema.

Él subió tras ella y cerró la puerta.

—A Jessamine le encanta.

El vehículo comenzó a traquetear sobre los adoquines, y cruzó las puertas de la verja. Tessa se percató de que el corazón le latía acelerado. Era el temor a que los pillaran Charlotte o Henry, se dijo a sí misma. Nada que ver con estar sola con Will en un coche de caballos.

—Yo no soy Jessamine.

Él la miró. Había algo en sus ojos, una especie de admiración burlona; Tessa se preguntó si sería simplemente admiración por el aspecto de Jessamine.

—No —admitió él—. No, incluso siendo el retrato perfecto de Jessamine, de algún modo llego a ver a Tessa; como si rascando una capa de pintura, pudiera ver a mi Tessa debajo.

—Tampoco soy tu Tessa.

La luz que le brillaba a Will en los ojos se atenuó.

—Muy bien —repuso—. Supongo que no lo eres. ¿Y qué tal resulta ser Jessamine? ¿Puedes captar sus pensamientos? ¿Saber lo que siente?

Tessa tragó saliva, y tocó la cortina de terciopelo de la ventanilla del carruaje con una mano enguantada. Fuera, vio pasar las luces amarillas de las farolas como una mancha continua; dos niños estaban sentados en un portal, apoyados el uno en el otro, dormidos. Temple Bar pasó por delante.

—Lo he intentado —contestó—. Arriba en su dormitorio. Pero hay algo que va mal. No... no he podido sentir nada.

—Bueno, supongo que es difícil meterse en el cerebro de alguien si ese alguien no tiene cerebro, para empezar.

Tessa le hizo una mueca.

—Bromea si quieres, pero hay algo raro en Jessamine. Tratar de tocar su mente es como tratar de tocar... un nido de serpientes, o una nube venenosa. Puedo notar sus emociones levemente. Mucha rabia, y anhelo, y amargura. Pero no puedo separar los pensamientos individuales. Es como tratar de coger agua.

—Es curioso. ¿Te habías encontrado antes con algo parecido?

Tessa negó con la cabeza.

—Me preocupa. Tengo miedo de que Nate espere que yo sepa algo y no saberlo o no tener la respuesta correcta.

Will se inclinó hacia delante. En días lluviosos, esto es, prácticamente a diario, su cabello liso se rizaba. Había algo en la vulnerabilidad del cabello húmedo rizándosele en las sienes que hizo que Tessa sintiera un dolor en el corazón.

—Eres una buena actriz, y conoces a tu hermano —la animó él—. Tengo absoluta confianza en ti.

Ella lo miró sorprendida.

—¿De verdad?

—Y —continuó él sin responder a la pregunta— en caso de que algo vaya mal, yo estaré allí. Incluso si no me ves, Tess, estaré allí. Recuérdalo.

—Muy bien. —Tessa inclinó la cabeza hacia el lado—. ¿Will?

—¿Sí?

—Hay una tercera razón por la que no querías despertar a Charlotte y decirle lo que estamos haciendo, ¿verdad?

Él la miró con ojos entrecerrados.

—¿Cuál?

—Porque todavía no sabes si esto es sólo un estúpido tonto por parte de Jessamine o si es algo más serio y tenebroso. Una auténtica conexión con mi hermano y con Mortmain. Y sabes que si es lo segundo, a Charlotte se le romperá el corazón.

Un músculo le tironeó a Will en la comisura de la boca.

—¿Y qué me importa si pasa eso? Si es tan tonta como para encariñarse de Jessamine...

—Sí que te importa —replicó Tessa—. No eres un trozo de hielo inhumano, Will. Te he visto con Jem; he visto cuando mirabas a Cecily. Y tenías otra hermana, ¿verdad?

Él la miró molesto.

—¿Qué te hace pensar que tuviera... tenga... más de una hermana?

—Jem dijo que pensaba que tu hermana estaba muerta —contestó Tess—. Y tu dijiste: «Mi hermana está muerta». Pero es evidente que Cecily está bien viva. Lo que me hizo pensar que tenías otra hermana que murió. Una que no era Cecily.

Will dejó escapar un largo resoplido.

—Eres muy lista.

—Pero ¿soy lista y acierto, o soy lista y no acierto?

El chico parecía alegrarse de llevar una máscara que ocultara su expresión.

—Ella —respondió—. Dos años mayor que yo. Y Cecily, tres años más pequeña. Mis hermanas.

—Y Ella...

Will apartó la mirada, pero no antes de que Tessa viera el dolor en sus ojos. Así que Ella sí que estaba muerta.

—¿Cómo era? —preguntó la cambiante, al recordar lo que había agradecido a Jem que le preguntara sobre Nate—. ¿Ella? Y Cecily, ¿qué clase de chica es?

—Ella era protectora —explicó Will—. Como una madre. Hubiera hecho cualquier cosa por mí. Y Cecily era una criatura loca. Sólo tenía nueve años cuando me marché. No puedo decir si sigue siendo igual, pero era... como Cathy en *Cumbres Borrascosas*. No tenía miedo de nada y lo exigía todo. Podía pelear como un demonio y jurar como una pescadera de Billingsgate. —Había simpatía en su voz, y admiración, y... amor. Nunca le había oído hablar de nadie así, excepto quizá de James.

—Si puedo preguntar... —comenzó Tessa.

Will suspiró.

—Sabes que vas a preguntarlo tanto si digo que puedes como si no.

—Tú mismo tienes una hermana pequeña —planteó ella—. ¿Qué le hiciste exactamente a la hermana de Gabriel para que te odie así?

Will se irguió.

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí —respondió—. Me veo obligada a pasar mucho tiempo con los Lightwood, y es evidente que Gabriel te desprecia. Y le rompiste el brazo. Me quedaría más tranquila si supiera por qué.

Will arañó el aire, sacudiendo la cabeza.

—¡Dios! —exclamó—. Su hermana... se llama Tatiana, por cierto; la llamaron así por la mejor amiga de su madre, que era rusa... Creo que entonces tenía doce años.

—¿Doce? —Tessa estaba horrorizada.

Will soltó aire.

—Veo que ya has decidido tú sola lo que pasó —replicó—. ¿Te quedarías más tranquila si te dijera que yo también tenía doce años? Tatiana... creía estar enamorada de mí. De ese modo como se enamoran las niñas. Me seguía y se reía, y se metía detrás de las columnas para mirarme.

—A los doce años se hacen cosas muy tontas.

—Fue la primera fiesta de Navidad en el Instituto a la que yo asistía —continuó—. Los Lightwood lucían sus mejores galas. Tatiana con lazos plateados en el pelo. Tenía un librito que llevaba consigo a todas partes. Esa noche, se le debió de caer. Era su diario. Lleno de poemas sobre mí: el color de mis ojos, la boda que celebraríamos. Había escrito «Tatiana Herondale» por todas partes.

—Suenas muy tierno.

—Yo había estado en el salón, pero volví a la sala de baile con el diario. Elise Penhallow acababa de tocar el clavicémbalo. Me puse a su lado y empecé a leer el diario de Tatiana.

—Oh, Will..., ¡no!

—Sí —repuso él—. Había hecho rimar «Will» con «mil» como en «Nunca sabrás, dulce Willi / Cuáles son las mil formas en que te amo». Eso había que pararlo.

—¿Qué ocurrió?

—Oh, Tatiana salió corriendo de la sala llorando, y Gabriel saltó al estrado y trató de estrangularme. Gideon permaneció con los brazos cruzados. Te habrás fijado en que es lo que hace siempre.

—Supongo que Gabriel no lo consiguió —repuso Tessa—. Estrangularte, me refiero.

—No, antes le rompí el brazo —contestó el chico satisfecho—. Y ya lo sabes. Por eso me odia.

Humillé a su hermana en público, y lo que no menciona es que también lo humillé a él. Pensó que podría ganarme sin problemas. Yo todavía no había tenido mucho entrenamiento serio, y lo había oído llamarme «casi un mundano» a mis espaldas. Le gané de calle, le rompí el brazo. Sin duda fue un sonido mucho más agradable que el de Elise machacando el clavicémbalo.

Tessa se frotó las enguantadas manos para calentárselas, y suspiró. No sabía qué pensar. No era en absoluto la historia de seducción y traición que se había esperado, pero tampoco dejaba muy bien a Will.

—Sophie me ha dicho que ahora está casada —comentó—. Tatiana. Acaba de regresar de viajar por el continente con su esposo.

—Estoy seguro de que es tan aburrida y estúpida como lo era entonces. —Will sonaba como si estuviera a punto de quedarse dormido. Cerró la cortina, y se quedaron a oscuras. Tessa oía su respiración, notaba su calor frente a ella. Podía entender por qué una joven con decoro nunca debía viajar en un carruaje con un caballero que no fuera de su familia. Había algo extrañamente íntimo en hacerlo. Claro que ya hacía tiempo que ella rompía las reglas del decoro cuando le interesaba.

—Will —volvió a decir.

—La dama tiene otra pregunta. Lo noto en su tono. ¿Alguna vez pararás de hacer preguntas, Tessa?

—No hasta que tenga todas las repuestas que quiero —contestó ella—. Will, si los brujos se crean de la unión de un demonio y un humano, ¿qué pasa si uno de ellos es un cazador de sombras?

—Un cazador de sombras no permitiría nunca que pasara eso —respondió el muchacho, tajante.

—Pero en el *Códice* dice que la mayoría de los brujos son el resultado de una... violación —insistió Tessa, quebrándosele la voz en la fea palabra—, o de demonios cambiantes que toman la forma del amado y engañan en la seducción. Jem me dijo que la sangre de cazador de sombras es dominante. El *Códice* explica que los hijos de cazadores de sombras y licántropos o hadas son siempre cazadores de sombras. ¿Y no podría la sangre de ángel de un cazador de sombras anular lo que hay de demoníaco y producir...?

—Lo que produce es nada. —Will tiró de la cortina—. El niño nacería muerto. Siempre es así. Quiero decir, muerto antes de nacer. El hijo de un demonio y un cazador de sombras es la muerte. —Bajo la tenue luz, la miró—. ¿Por qué quieres saber esas cosas?

—Quiero saber qué soy —respondió ella—. Creo que soy una especie de... combinación que no se ha visto antes. En parte hada, en parte...

—¿Has pensado alguna vez transformarte en tus padres? —preguntó él—. ¿En tu madre o tu padre? Te permitiría acceder a sus recuerdos, ¿no?

—Lo he pensado. Claro que lo he pensado. Pero no tengo nada de mi madre ni de mi padre. Todo lo que metí en los baúles para el viaje lo tiraron las Hermanas Oscuras.

—¿Y tu colgante del ángel? —inquirió Will—. ¿No era de tu madre?

Tessa negó con la cabeza.

—Lo he intentado. No... no pude acceder a ella a través de él. Supongo que hace demasiado tiempo que es mío; lo que lo hacía de ella se ha evaporado, como el agua.

Los ojos de Will resplandecían en la oscuridad.

—Quizá seas una muchacha mecánica. Quizá el padre brujo de Mortmain te construyó, y ahora éste busca el secreto de cómo crear una imitación tan perfecta de la vida, porque lo único que puede construir son esas horribles monstruosidades. Tal vez lo que late bajo tu pecho sea un corazón hecho de

metal.

Tessa cogió aire y, por un momento, se sintió mareada. La suave voz de Will era tan convincente, y sin embargo...

—No —negó ella—. Te olvidas que recuerdo mi infancia. Las criaturas mecánicas no cambian o crecen. Y eso tampoco explicaría mi capacidad.

—Lo sé —repuso el chico con una sonrisa que destelló blanca en la oscuridad—. Sólo quería ver si podía convencerte a ti.

Tessa lo miró fijamente.

—No soy yo la que no tiene corazón.

Estaba demasiado oscuro en el carruaje para estar segura, pero notó que él se sonrojaba. Antes de que él pudiera replicarle algo, las ruedas se pararon con una sacudida. Habían llegado.



## 12

### MASCARADA

Ahora he jurado enterrar  
todo este cuerpo muerto de odio,  
me siento tan libre, tan limpio,  
al sacarme este peso muerto,  
que me exaltaré, me temo,  
de fantástica alegría.

Pero esta noche llega su hermano, como una peste  
en mi nueva esperanza, a la Mansión.

LORD ALFRED TENNYSON, *Maud*

Cyril había detenido el carruaje ante las verjas de la propiedad, bajo la sombra de un roble cargado de hojas. La casa de campo de los Lightwood, justo a las afueras de Londres, era enorme, de estilo Palladio, con altos pilares y múltiples escaleras. El brillo de la luna brindaba un tono perlado al conjunto, como en el interior de una ostra. La piedra de la casa parecía resplandecer de color plata, mientras que la verja que rodeaba la propiedad tenía el tono del aceite negro. Ninguna de las luces de la casa parecía hallarse encendida; el lugar estaba oscuro como boca de lobo y silencioso como una tumba. Los amplios terrenos que la rodeaban por todas partes y bajaban por el borde de un meandro hasta el río Támesis estaban asimismo a oscuras y desiertos. Tessa comenzó a pensar si habría cometido un error al ir allí.

Mientras Will salía del carruaje y la ayudaba a bajar, volvió la cabeza y el gesto de la boca se le endureció.

—¿Lo hueles? Magia demoníaca. Su hedor está en el aire.

Tessa hizo una mueca. No podía oler nada fuera de lo normal; de hecho, tan lejos del centro de la ciudad, el aire parecía más limpio que cerca del Instituto. Olía hojas mojadas y tierra. Miró a Will, que tenía el rostro alzado hacia la luna, y se preguntó qué armas ocultaría bajo su ajustada levita. Tenía las manos enfundadas en guantes blancos, y la pechera de la camisa immaculada. Con la máscara, podría haber sido la ilustración de un apuesto bandolero en algún folletín de a penique.

Tessa se mordió el labio.

—¿Estás seguro? La casa parece muy silenciosa. Como si no hubiera nadie. ¿Nos habremos equivocado?

Él negó con la cabeza.

—Aquí hay una magia muy poderosa en operación. Algo más potente que un *glamour*. Un auténtico hechizo. Alguien tiene mucho interés en que no sepamos qué está ocurriendo aquí esta noche. —Miró la invitación que tenía en la mano, se encogió de hombros y fue a la verja. Allí había una campanilla, y Will la hizo sonar, con un repiqueteo que sacudió los nervios ya tensos de la muchacha. Ésta lo miró. Él le sonrió travieso—. *Caelum denique*, ángel —añadió, y se perdió entre las sombras justo cuando la verja se abría.

Alguien encapuchado se hallaba ante ella. Lo primero que se le ocurrió pensar a Tessa fue que sería

un Hermano Silencioso, pero el hábito de éstos era del color del pergamino, y la persona que tenía delante vestía una túnica del color del humo negro. La capucha le ocultaba el rostro por completo. Sin hablar, Tessa le tendió la invitación.

La mano que la cogió iba enguantada. Por un momento, el rostro oculto miró la invitación. Tessa no podía evitar jugar con los dedos. En circunstancias normales, que una joven dama asistiera sola a un baile sería una falta de decoro tal que resultaría escandaloso. Pero ésas no eran unas circunstancias normales. Finalmente, una voz se alzó desde debajo de la capucha.

—Sea bienvenida, señorita Lovelace.

Era una voz granulosa, una voz como de piel arañada sobre una superficie áspera y cortante. Tessa notó un desagradable cosquilleo en la columna, y se alegró de no poder ver bajo la capucha. El individuo le devolvió la invitación y se apartó mientras le hacía un gesto para que entrara; ella lo siguió, y se obligó a no mirar alrededor para ver si Will también los seguía.

La guió hasta el lateral de la casa, por un estrecho sendero del jardín. Los jardines cubrían un extenso terreno alrededor del edificio, que se veía de un verde plateado bajo la luz de la luna. Había un estanque circular, con un banco de mármol blanco al lado, y setos bajos, recortados con cuidado para demarcar limpios senderos. El que ella recorría acababa en una entrada alta y estrecha en el costado de la casa. En la puerta había tallado un extraño símbolo. Parecía moverse y cambiar cuando Tessa lo miró, haciendo que le dolieran los ojos. Apartó la mirada, pero su encapuchado acompañante abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrara.

Tessa penetró en la casa, y la puerta se cerró de golpe tras ella. Se volvió justo cuando se cerraba y pudo vislumbrar por un instante el rostro bajo la capucha. Le pareció haber visto algo muy parecido a un grupo de ojos rojos en el centro de un óvalo oscuro, como los de una araña. Contuvo el aliento mientras la puerta se cerraba con un clic y todo se tornaba oscuro.

Mientras trataba de coger, a ciegas, el pomo de la puerta, se hizo la luz a su alrededor. Estaba al pie de una larga y estrecha escalera. Unas antorchas ardían con una llama verdosa, que seguro que no era luz mágica, colgadas en las paredes.

En lo alto había una puerta. Ésta tenía pintado otro símbolo. Tessa notó que la boca se le secaba. Era el uróboro, la doble serpiente. El símbolo del Club Pandemónium.

Por un momento se quedó helada de terror. El símbolo hizo que los recuerdos volvieran: la Casa Oscura; las Hermanas torturándola, tratando de obligarla a Cambiar; la traición de Nate. Se preguntó qué sería lo que Will había dicho en latín antes de desaparecer. «Valor», sin duda, o alguna variante de eso. Pensó en Jane Eyre, enfrentándose valientemente a un furioso señor Rochester; en Catherine Earnshaw, que cuando la atacó un perro salvaje, «no gritó, ¡no!, se hubiera avergonzado de hacerlo». Y finalmente pensó en Boadicea, que según le había dicho Will, «era más valiente que cualquier hombre».

«Sólo es un baile, Tessa —se dijo a sí misma, y fue a coger el picaporte—. Sólo una fiesta».

Nunca antes había asistido a un baile, claro. Sólo tenía una ligera idea de qué sería, y la había sacado de los libros. En las novelas de Jane Austen, los personajes siempre esperaban a que se celebrara un baile, o estaban organizando uno, y a menudo todo un pueblo parecía estar involucrado en su preparación. Mientras que en otros libros, como *La feria de las vanidades*, los bailes eran como grandes decorados en los que se planeaban intrigas y confabulaciones. Sabía que habría un vestidor para las damas, donde podría dejar el chal, y otro para los hombres, donde podrían dejar los sombreros, los abrigos y los bastones. Tendría que haber un carnet de baile para ella, donde apuntar los nombres de los hombres que le pedían para bailar. Era grosero bailar más de unas cuantas veces

seguidas con el mismo caballero. Debía de haber un salón de baile, grande y decorado con elegancia, y un salón más pequeño para el refrigerio, donde habría bebidas frías, emparedados, galletas y pastel...

Pero no fue así. Cuando la puerta se cerró a su espalda, Tessa no vio a ningún criado apresurándose a recibirla para guiarla al vestidor de las damas y ofrecerle el chal o ayudarla con un botón perdido. En vez de eso, el ruido, la música y la luz la cubrieron como una ola. Se quedó en la entrada de una estancia tan enorme que era difícil de creer que cupiera en la casa de los Lightwood. Una gran araña de cristal colgaba del techo; sólo después de mirarla durante unos segundos Tessa se dio cuenta de que, efectivamente, tenía forma de araña, con ocho «patas» colgando, cada una con un conjunto de enormes candelas. Las paredes, lo que podía ver de ellas, eran de un azul muy oscuro, y a lo largo del lado que daba al río había grandes ventanales, algunos abiertos para que entrara la brisa, porque el salón, a pesar del frío de fuera, resultaba agobiante de calor. Más allá de éstos, había balcones de piedra curvados, desde los que se veía la ciudad. Las paredes estaban cubiertas en gran parte por grandes telas brillantes, formando lazos y espirales que colgaban por encima de los ventanales y se movían con la tenue brisa. La tela tenía todo tipo de dibujos, tejidos en rojo; los mismos dibujos brillantes y cambiantes que le habían molestado a la vista abajo.

El salón estaba lleno de gente. Bueno, no exactamente gente. La mayoría de ellos parecían bastante humanos. Vio también las pálidas caras muertas de los vampiros, y unos cuantos ifrits de tonos violeta y rojos, todos vestidos a la última. La mayoría de los asistentes, pero no todos, llevaban máscaras: elaborados artilugios en negro y dorado; la máscara picuda de Doctor Plaga con pequeños anteojos; máscaras rojas de demonio con cuernos incluidos. Sin embargo, algunos llevaban el rostro al descubierto, incluido un grupo de mujeres con cabello de apagados tonos lavanda, verde y violeta —no creía que fueran tintes— y lo llevaban suelto, como las ninfas de los cuadros. Su ropa también era escandalosamente vaporosa. Resultaba evidente que no llevaban corsé bajo los amplios vestidos de terciopelo, tul y satén.

Entrando y saliendo entre los invitados humanos había seres de todas formas y tamaños. Había un individuo, demasiado alto y delgado para ser un hombre, con un sombrero de copa y un frac, junto a una joven con una capa verde y cabello que brillaba como un penique de cobre. Criaturas que parecían grandes perros se movían entre los invitados, con sus ojos amarillos muy alerta. Tenían filas de pinchos en la espalda, como los dibujos de los animales exóticos que Tessa había visto en libros. Varios trasgos chillaban entre ellos en un lenguaje incomprensible. Parecían estar peleándose por algo de comer, algo que parecía una rana despedazada. Tessa se tragó la bilis y se volvió de espaldas...

Y entonces los vio, donde antes no los había visto. Tal vez su mente los había tomado por objetos decorativos, armaduras, pero no lo eran. Los autómatas se alineaban en las paredes, callados e inmóviles. Tenían forma humana, como el cochero de las Hermanas Oscuras, y vestían la librea de la casa Lightwood, cada uno con un uróboro pintado sobre el lado izquierdo del pecho. Sus rostros eran vacíos y sin rasgos, como un dibujo de un niño sin acabar de pintar.

Alguien la cogió del codo. El corazón le dio un gran vuelco de miedo. ¡La habían descubierto! Mientras todos los músculos de su cuerpo se tensaban, oyó una voz tranquila y conocida:

—Pensaba que no ibas a llegar nunca, querida Jessie.

Se volvió y miró al rostro de su hermano.

La última vez que Tessa había visto a Nate, éste estaba magullado y ensangrentado, y le gruñía en

un corredor del Instituto con un cuchillo en la mano. Le había producido una mezcla de temor, compasión y horror, todo al mismo tiempo.

Este Nate era diferente. Le sonrió inclinando la cabeza; Jessamine era mucho más baja que ella, y le resultaba extraño no llegarle a su hermano a la barbilla, sino sólo al pecho. La miraba con unos intensos ojos azules. Su cabello rubio estaba cepillado y limpio; la piel, sin marcas moradas. Lucía un elegante chaqué y una pechera negra que contrastaba con sus atractivos rasgos. Sus guantes eran de un blanco imaculado.

Ése era el Nate que su hermano siempre había soñado ser: con aspecto de rico, elegante y sofisticado. Emanaba una aura de bienestar... o mejor, tuvo que admitir Tessa, menos de bienestar que de satisfacción consigo mismo. Era como *Iglesia* después de haber cazado un ratón.

Él rió por lo bajo.

—¿Qué pasa, Jess? Parece que hayas visto un fantasma.

«Y así es. El fantasma del hermano al que quise».

Tessa buscó a Jessamine, a la marca de Jessamine en su mente. De nuevo sintió como si metiera las manos en una agua envenenada, incapaz de agarrar nada sólido.

—He tenido un miedo repentino, pensando que quizá no estuvieras aquí —repuso ella.

Esa vez, la risa de Nate fue tierna.

—¿Y perderme la oportunidad de verte? —Miró alrededor, sonriendo—. Lightwood debería tratar de impresionar al Magíster más a menudo. —Le tendió la mano—. ¿Me harías el honor de concederme este baile, Jessie?

Jessie. No «señorita Lovelace». Cualquier duda que Tessa hubiera tenido sobre si su relación era realmente seria, se evaporó. Se obligó a mover los labios formando una sonrisa.

—Por supuesto.

La orquesta, un grupo de pequeños hombrecillos de piel color púrpura vestidos con unas mallas plateadas, estaba tocando un vals. Nate le cogió la mano y la llevó hacia la pista.

«Gracias a Dios», pensó Tessa.

Gracias a Dios que durante años había bailado con su hermano en el salón de su pequeño piso en Nueva York. Sabía exactamente cómo bailaba, cómo aunar sus movimientos a los de él, incluso en ese cuerpo más pequeño y poco conocido. Claro que él nunca la había mirado así, con ternura, con los labios ligeramente separados. Dios, ¿y si la besaba? No había pensado en esa posibilidad. Vomitaría si lo hacía.

«Oh, Dios —rogó—. Que no lo intente».

Se puso a hablar a toda velocidad.

—Esta noche me ha costado mucho escaparme del Instituto —explicó—. Esa desgraciada de Sophie casi me encuentra la invitación.

—Pero no lo ha hecho, ¿verdad? —Nate la cogió con más fuerza.

Había una advertencia en su voz. Tessa se dio cuenta que estaba muy cerca de cometer un serio error. Echó una rápida mirada por la estancia. Oh, ¿dónde estaba Will? ¿Qué había dicho? ¿«Incluso si no me ves, estaré allí»? Pero nunca se había sentido más sola.

Con un profundo suspiro inclinó la cabeza en su mejor imitación de Jessamine.

—¿Crees que soy tonta? Claro que no. Le he dado en la muñeca con el espejo, y la ha soltado. Además, seguramente ni sabe leer.

—Cierto —repuso Nate, relajándose visiblemente—, podrían haberte buscado una doncella que

fuera más como corresponde a una dama. Una que hable francés, sepa coser...

—Sophie sabe coser —replicó Tessa automáticamente, y se hubiera pegado por ello—. Regular —se corrigió, y batió las pestañas mirando a Nate—. ¿Y cómo te ha ido desde la última vez que nos vimos?

«Aunque no tengo ni idea de cuándo puede haber sido».

—Muy bien. El Magíster sigue concediéndome su favor.

—Es listo —murmuró Tessa—. Reconoce un tesoro cuando lo ve.

Nate le acarició levemente la mejilla con su mano enguantada.

—Todo gracias a ti, querida. Mi auténtica mina de información. —Se acercó más a ella—. Veo que te has puesto el vestido, como te pedí —le susurró—. Desde que me describiste cómo lo llevaste en tu último baile de Navidad, he ansiado verte con él. ¿Puedo decirte que estás deslumbrante?

Tessa sintió como si el estómago se le quisiera escapar por la boca. Volvió a mirar por la sala. Con un estremecimiento, vio a Gideon Lightwood, muy elegante en su traje de etiqueta, aunque estaba muy tenso, apoyado en una de las paredes como si estuviera pegado allí. Sólo sus ojos se movían por la estancia. Gabriel iba de aquí para allí, con un vaso de lo que parecía limonada en la mano y los ojos brillantes de curiosidad. Lo vio acercarse a una de las chicas con la melena color lavanda y comenzar una conversación.

«Ahí se va la esperanza de que los chicos no supieran qué está haciendo su padre», pensó Tessa, apartando los ojos de Gabriel, irritada. Entonces localizó a Will.

Estaba apoyado en la pared frente a ella, entre dos sillas vacías. A pesar de la máscara, Tessa se sintió como si pudiera ver dentro de sus ojos. Como si estuviera tan cerca que lo pudiera tocar. Se habría esperado que Will pareciera divertirse viéndola en esa situación, pero no; parecía tenso, y furioso, y...

—Dios, tengo celos de cualquier hombre que te mire —confesó Nate—. Sólo debería mirarte yo.

«Dios santo», pensó Tessa. ¿Realmente esas tonterías funcionaban con la mayoría de las mujeres? Si su hermano le hubiera pedido consejo sobre esas perlas de sabiduría, le habría dicho directamente que sonaba como un idiota. Aunque tal vez sólo pensara que sonaba como un idiota porque era su hermano. Y despreciable. «Información», pensó.

«Debo obtener información y alejarme de él antes de que acabe vomitando».

Miró de nuevo a Will, pero éste había desaparecido, como si nunca hubiera estado allí. Sin embargo, creía que él se hallaba en alguna parte, observándola, incluso si no podía verlo. Se armó de valor.

—¿De verdad, Nate? A veces me temo que sólo me aprecias por la información que puedo proporcionarte.

Por un instante, el chico se quedó parado, casi sacándola de la pista.

—¡Jessie! ¿Cómo puedes pensar eso? Sabes que te adoro. —La miró con ojos cargados de reproche, mientras seguían bailando de nuevo—. Es cierto que tu conexión con los nefilim del Instituto ha sido invaluable. Sin ti, nunca habiéramos sabido que iban a York, por ejemplo. Pero pensaba que sabías que me estás ayudando porque tratamos de crear un futuro juntos. Cuando me haya convertido en la mano derecha del Magíster, querida, piensa en cómo podré cuidar de ti.

Tessa rió nerviosa.

—Tienes razón, Nate. Es sólo que a veces tengo miedo. ¿Y si Charlotte descubriera que estoy espiando para ti? ¿Qué me harían?

Él la hizo girar con facilidad.

—Oh, nada, querida; ya lo has dicho tú, son unos cobardes. —Miró más allá y alzó una ceja—. Benedict, otra vez con sus viejas costumbres —observó—. Muy desagradable.

Tessa miró y vio a Benedict Lightwood recostado en un sofá de terciopelo escarlata cerca de la orquesta. Estaba sin chaqueta, con una copa de vino tinto en la mano y los ojos entrecerrados. Apoyada sobre su pecho, vio Tessa sorprendida, había una mujer, o al menos tenía forma de mujer. Largo cabello suelto, vestido de terciopelo negro con un gran escote y la cabeza de pequeñas serpientes saliéndole por los ojos, siseantes. Mientras Tessa miraba, una de las serpientes sacó una larga lengua bífida y lamió a Benedict Lightwood en la cara.

—Es un demonio —susurró Tessa, olvidando por un momento ser Jessamine—. ¿Verdad?

Por suerte, Nate pareció no encontrar nada extraño en esa pregunta.

—Claro que sí, tontita. Eso es lo que le gusta a Benedict, los demonios femeninos.

La voz de Will le resonó en la cabeza: «Me sorprendería si algunas de las visitas nocturnas de Lightwood a ciertas casas de Shadwell no lo han dejado con un feo caso de viruela demoníaca».

—Oh, ¡uf! —exclamó ella.

—Sin duda —repuso Nate—. Irónico, considerando la altiva manera en la que se comportan los nefilim. A menudo me pregunto por qué goza tanto del favor de Mortmain, que desea fervientemente verlo instalado en el Instituto. —Nate sonaba molesto.

Tessa ya se lo había imaginado, pero, aun así, saber que Mortmain estaba sin duda detrás de la feroz determinación de Benedict de arrebatarse el Instituto a Charlotte fue como una bofetada.

—No veo —dijo ella, tratando de imitar lo mejor posible la actitud ligeramente malhumorada de Jessie— de qué le va a servir el Instituto al Magíster. Sólo es un viejo edificio...

Nate rió con indulgencia.

—No es el edificio, tontita. Es el puesto. El director del Instituto de Londres es uno de los cazadores de sombras más poderosos de Inglaterra, y el Magíster controla a Benedict como a una marioneta. Con él, podrá destruir el Consejo desde dentro, mientras el ejército de autómatas los destruye desde fuera. —Giró con tanta destreza como exigía el baile; sólo años de práctica bailando con Nate hicieron que Tessa no se cayera, de lo anonadada que estaba—. Además, no es del todo cierto que el Instituto no contenga nada valioso. Sólo el acceso a la Gran Biblioteca ya será de incalculable valor para el Magíster. Por no hablar de la sala de armas...

—¿Y Tessa? —Se concentró en la voz para que no le temblara.

—¿Tessa?

—Tu hermana. El Magíster aún la quiere, ¿no?

Por primera vez, Nate la miró con una sonrisa sorprendida.

—Ya hemos hablado de esto, Jessamine —respondió él—. A Tessa la arrestarán por posesión ilegal de artículos de magia negra, y la enviarán a la Ciudad Silenciosa. Benedict la sacará de allí para entregársela al Magíster. Es parte del acuerdo al que han llegado, sea cual sea, aunque el beneficio que esto reporta a Benedict no me resulta muy claro. Debe de ser algo muy importante, o no estaría tan dispuesto a volverse contra los suyos.

«¿Arrestada? ¿Posesión de artículos de magia negra?».

A Tessa le daba vueltas la cabeza.

Nate la había colocado la mano en la nuca. Llevaba guantes, pero ella no podía librarse de la sensación de que algo baboso estaba tocándole la piel.

—Mi pequeña Jessie —murmuró—. Te comportas como si hubieras olvidado tu parte en todo eso. Has escondido el *Libro de lo Blanco* en la habitación de mi hermana como te pedimos, ¿no?

—Cla... claro. Sólo estaba bromeando, Nate.

—Buena chica. —Se le estaba acercando. Sin duda iba a besarla. Era de lo más indecoroso, pero nada en ese lugar podía considerarse correcto.

—Nate —farfulló Tessa absolutamente horrorizada—, me siento mareada, como si fuera a desmayarme. Creo que es el calor. ¿Puedes traerme una limonada?

Él la miró un momento, con la boca apretada por la frustración, pero Tessa sabía que no se podía negar. Ningún caballero podría. Nate se irguió, se tiró de los puños y sonrió.

—Naturalmente —contestó mientras le hacía una pequeña reverencia—. Déjame acompañarte primero a una silla.

Ella protestó, pero él ya la había cogido del codo y la guiaba hacia una de las sillas alineadas contra la pared. La sentó y se perdió entre la gente. Ella lo observó marchar, temblando. Magia negra. Se sentía enferma y furiosa. Quería pegar a su hermano, sacudirlo hasta que le contara el resto de la verdad, pero sabía que no podía.

—Tú debes de ser Tessa Gray —dijo una suave voz a su lado—. Eres igual que tu madre.

Tessa se pegó un susto de muerte. A su lado había una mujer alta y delgada con una larga melena suelta del color de los pétalos de la lavanda. Su piel era azul claro, su vestido una larga y vaporosa confección de gasa y tul. Iba descalza, y entre los dedos tenía finas telas como las de una araña, de un azul más oscuro que la piel. Tessa se llevó las manos al rostro con un súbito horror; ¿estaría perdiendo su disfraz? La mujer azul rió.

—No quería hacerte temer por tu ilusión, pequeña. Sigue en su lugar. Sólo que mi gente puede ver a través de ella. Todo esto —hizo un vago gesto indicando el cabello rubio de Tessa, su vestido blanco y las perlas— es como el vapor de una nube, y tú eres el cielo que está detrás. ¿Sabías que los ojos de tu madre eran como los tuyos, grises unas veces y azules otras?

Tessa encontró su voz.

—¿Quién eres?

—Oh, mi gente no da su nombre, pero puedes llamarme como quieras. Puedes inventarte un nombre bonito para mí. Tu madre solía llamarme Jacinto.

—La flor azul —dijo Tessa casi sin voz—. ¿Cómo es que conocías a mi madre? No pareces mayor que yo...

—Después de la juventud, nuestra gente no envejece ni muere. Ni tú tampoco. ¡Chica con suerte! Espero que valores el servicio que te han hecho.

Tessa sacudió la cabeza perpleja.

—¿Servicio? ¿Qué servicio? ¿Estás hablando de Mortmain? ¿Sabes lo que soy?

—¿Y tú sabes qué soy yo?

Tessa pensó en el *Código*.

—¿Una hada? —aventuró.

—¿Sabes lo que es un cambiado?

Tessa negó con la cabeza.

—A veces —le explicó Jacinto, en un susurro—, cuando nuestra sangre de hada se hace débil y clara, encontramos la forma de entrar en una casa humana y llevarnos al mejor de los niños, el más hermoso y rollizo, y en un abrir y cerrar de ojos, cambiamos al bebé por uno de los débiles nuestros.

Mientras que el niño humano crece alto y fuerte en nuestras tierras, la familia humana se carga con una criatura agonizante que teme al hierro. Nuestra sangre se refuerza...

—¿Por qué molestarse? —preguntó Tessa—. ¿Por qué no sólo robar al niño humano y no dejar nada en su lugar?

Los ojos oscuros de Jacinto se abrieron como platos.

—Porque no sería justo —contestó—. Y crearía sospechas entre los mundanos. Son estúpidos, pero son muchos. No va bien despertar su ira. Entonces es cuando vienen con hierro y antorchas. —Se estremeció.

—Espera un momento —la detuvo Tessa—. ¿Me estás diciendo que soy un cambiado?

Jacinto se rió alegre.

—¡Claro que no! ¡Qué idea más ridícula! —Se llevó las manos al corazón sin dejar de reír, y Tessa vio que también los dedos de las manos estaban unidos por una membrana azul. De repente, Jacinto sonrió, mostrando unos dientes brillantes—. Hay un chico muy guapo mirándonos —anunció—. ¡Tan apuesto como el señor de las hadas! Debo dejarte. —Le hizo un guiño y, antes de que Tessa pudiera protestar, volvió a mezclarse entre la gente.

Anonadada, Tessa se volvió, esperando que el «chico guapo» fuera Nate, pero era Will, apoyado contra una pared próxima. En cuanto ella lo miró, él se volvió y comenzó a examinar la pista de baile.

—¿Qué quería esa hada? —le preguntó él.

—No lo sé —respondió Tessa, exasperada—. Al parecer, decirme que no soy un cambiado.

—Bueno, esto está bien. Proceso de eliminación.

Tessa tuvo que admitir que Will estaba haciendo un buen trabajo mezclándose con las oscuras cortinas que tenía detrás, como si no se hallara allí en absoluto. Debía de ser una habilidad de cazador de sombras.

—¿Y qué noticias hay de tu hermano? —añadió él.

Ella se apretó las manos, mirando al suelo mientras hablaba.

—Jessamine ha estado espiando para Nate todo el tiempo. No sé exactamente desde hace cuánto. Le ha estado contando todo. Cree que él está enamorado de ella.

Will no pareció asombrarse.

—¿Y tú crees que lo está?

—Creo que a Nate sólo le importa sí mismo —contestó Tessa—. Y peor aún: Benedict Lightwood está trabajando para Mortmain. Por eso está intrigando para conseguir el Instituto. Para que se lo quede el Magíster. Y también a mí. Nate lo sabe todo, claro. No le importa. —Tessa volvió a mirarse las manos. Las manos de Jessamine. Pequeñas y delicadas dentro de los guantes de cabritilla.

«Oh, Nate —pensó—. La tía Harriet solía llamarlo su niño de ojos azules».

—Supongo que eso era antes de que la matara —dijo. Y entonces Tessa se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta—. Aquí vuelve —añadió en un susurro.

Tessa miró hacia la gente y vio a Nate, con su cabello rubio tan atrayente como un faro, yendo hacia ella. En la mano llevaba una copa de un líquido dorado brillante. Tessa se volvió para decirle a Will que se marchara, pero él ya había desaparecido.

—Limonada —la informó Nate, al llegar mientras le pasaba la copa. Tessa la notó fría contra su ardiente piel. Tomó un sorbo; a pesar de todo, era deliciosa.

Nate le apartó el cabello de la frente.

—Bien, me estabas diciendo —comenzó— que sí has escondido el libro en la habitación de mi



hermana...

—Sí, como me dijiste que hiciera —mintió ella—. No sospecha nada, claro.

—Espero que no.

—Nate...

—¿Sí?

—¿Sabes qué pretende hacer el Magíster con tu hermana?

—Ya te he dicho que no es mi hermana. —Su voz era sincopada—. No tengo ni idea de lo que planea hacer con ella, ni me interesa. Mis planes son para mí... para nuestro futuro juntos. Espero que tú tengas la misma intención. —Tessa pensó en Jessamine, sentada de mal humor en la habitación con los otros cazadores de sombras mientras consultaban papeles sobre Mortmain; Jessamine durmiéndose en vez de irse cuando estaban haciendo planes con Ragnor Fell. Y Tessa se compadeció de ella, mientras odiaba a Nate, lo odiaba tanto que era como un fuego en la garganta.

«Ya te he dicho que no es mi hermana».

Tessa abrió mucho los ojos e hizo que le temblara el labio.

—Hago todo lo que puedo, Nate —replicó—. ¿Acaso no me crees?

Sintió una vaga sensación de triunfo mientras observaba cómo él olvidaba su enfado.

—Claro, querida. Claro. —Le contempló el rostro—. ¿Te encuentras mejor? ¿Bailamos de nuevo?

Ella apretó la copa en la mano.

—No sé...

—Claro —rió Nate—, dicen que los caballeros sólo deben bailar una vez o dos con su esposa.

Tessa se quedó helada. Fue como si el tiempo se detuviera. Todo en la estancia parecía haberse quedado helado con ella, incluso la sonrisa en el rostro de su hermano.

¿Esposa?

¿Jessamine y él estaban casados?

—¿Ángel? —la llamó él, y su voz pareció provenir de muy lejos—. ¿Estás bien? Te has puesto pálida como la cera.

—Señor Gray. —Una voz neutra y mecánica habló desde detrás de Nate. Era uno de los autómatas sin rostro, que sujetaba una bandeja de plata en la que había un papel doblado—. Un mensaje para usted.

El joven se volvió sorprendido y cogió el papel; Tessa lo vio desplegarlo, leerlo, soltar una palabrota y metérselo en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Ay, ay! —exclamó—. Una nota de él. —Tessa supuso que debía de referirse al Magíster—. Al parecer me necesitan. Un fastidio, pero ¿qué puedo hacer? —Le cogió la mano y se puso en pie, luego se inclinó y le dio un casto beso en la mejilla—. Habla con Benedict; se asegurará de que te escolten hasta tu carruaje, señora Gray. —Pronunció las dos últimas palabras en un susurro.

Tessa asintió.

—Buena chica —dijo Nate. Luego se dio la vuelta y se metió entre la gente, seguido del autómata. Tessa se los quedó mirando mareada. Debía de ser la impresión, pensó, pero todo en la sala había comenzado a parecer un poco... peculiar. Era como si pudiera ver por separado cada uno de los rayos de luz que destellaban desde los cristales de la araña. El efecto era muy hermoso, aunque raro y un poco mareante.

—Tessa. —Era Will, que se colocaba sin esfuerzo a su lado. Ella se volvió a mirarlo. Parecía sonrojado, como si hubiera estado corriendo, otro efecto raro y maravilloso, pensó ella; el cabello

negro y la máscara, los ojos azules y la piel clara, y el rubor sobre los pómulos. Era como mirar un cuadro—. Ya veo que tu hermano ha recibido la nota.

—Ah. —Todo encajó de repente—. La has enviado tú.

—Sí. —Muy satisfecho consigo mismo, Will le cogió la copa de limonada de la mano, acabó el resto y la dejó sobre el alféizar—. Tenía que sacarlo de aquí. Y seguramente deberíamos imitarlo, antes de que se dé cuenta de que la nota es falsa y regrese. Aunque lo he enviado a Vauxhall; tardará siglos en llegar hasta allá y volver, así que seguramente estamos a salvo... —Se interrumpió, y Tessa le notó una súbita alarma en la voz—. Tess... Tessa, ¿te encuentras bien?

—¿Por qué lo preguntas? —Su propia voz le resonó en los oídos.

—Mira. —Le cogió un mechón de cabello suelto, y se lo puso delante para que lo pudiera ver. Ella miró. Castaño oscuro en vez de rubio. Su propio cabello. No el de Jessamine.

—Oh, Dios. —Se llevó las manos al rostro y reconoció los cosquilleos habituales del Cambio cuando comenzaron a invadirla—. ¿Cuánto hace...?

—No mucho. Eras Jessamine cuando me he sentado. —La cogió de la mano—. Vamos. Rápido. —Se apresuró hacia la salida, pero era un largo trecho cruzando el salón de baile, y todo el cuerpo de Tessa estaba agitándose y temblando por el Cambio. Ella ahogó un grito cuando lo sintió morderla como dientes. Vio a Will moviendo la cabeza de un lado a otro, alarmado; notó que la cogía cuando ella trastabillaba y la medio cargaba. La estancia le daba vueltas.

«No puedo desmayarme. No dejes que me desmaye».

Notó aire fresco en el rostro. Se dio cuenta vagamente de que Will le había hecho cruzar uno de los ventanales y que se hallaban en un pequeño balcón de piedra, uno de los muchos que daban al jardín. Se apartó de él, arrancándose la máscara dorada del rostro, y casi se desplomó contra la balaustrada. Después de cerrar las puertas, Will fue corriendo hacia ella y le puso una mano en la espalda.

—¿Tessa?

—Estoy bien. —Se alegraba de tener la barandilla de piedra bajo las manos; su solidez y dureza resultaban inexpresablemente tranquilizadoras. Y el frescor del aire estaba aliviándole el mareo. Se miró a sí misma y pudo ver que volvía a ser totalmente Tessa. El vestido blanco le quedaba unos centímetros corto, y el lazo le apretaba tanto que los pechos se le subían y le presionaban contra el escote. Sabía que algunas mujeres se apretaban mucho la cintura justo para conseguir ese efecto, pero le resultaba muy impactante ver tanta de su propia piel al descubierto.

Miró de reojo a Will, y se alegró de que el frío aire impidiera que se le pusieran las mejillas al rojo vivo.

—No... no sé qué ha pasado. Nunca me ha ocurrido antes, perder el Cambio sin darme cuenta. Debe de haber sido la sorpresa. Se han casado, ¿lo sabías? Nate y Jessamine. Casados. Nate siempre se manifestó en contra del matrimonio. Y no la ama. Lo veo. No ama a nadie excepto a sí mismo. Nunca lo ha hecho.

—Tess —repitió Will, esta vez con más amabilidad. Él también estaba apoyado en la barandilla, mirándola. Se hallaban a muy poca distancia. Sobre ellos, la luna nadaba entre las nubes, como un barco blanco sobre un mar negro e inmóvil.

Tessa cerró la boca, consciente de que estaba farfullando.

—Lo siento —se disculpó en voz baja, y apartó la mirada.

Casi vacilante, Will le puso la mano en la mejilla, y le volvió el rostro hacia él. Se había quitado el guante, y su piel rozaba la de ella.

—No hay nada de que disculparse —repuso—. Has estado brillante ahí dentro. Tessa. Ni un paso en falso.

Ella notó calor en el rostro bajo los fríos dedos de Will, y se quedó asombrada. ¿Era Will el que decía esas palabras? ¿Will, quien le había hablado en el tejado del Instituto como si ella fuera pura basura?

—Antes querías a tu hermano, ¿no? —prosiguió él—. He visto tu cara cuando él te hablaba, y he querido matarlo por romperte el corazón.

«Tú me rompiste el corazón», habría querido decir Tessa.

—Una parte de mí lo echa de menos —fue lo que dijo—, como tú echas de menos a tu hermana. Aunque sé lo que es, echo de menos al hermano que creía tener. Era mi única familia.

—Ahora el Instituto es tu familia. —Su voz era increíblemente amable. Tessa lo miró sorprendida. La amabilidad no era algo que ella hubiera asociado con Will. Pero ahí estaba, en el roce de su mano en la mejilla, en la suavidad de su voz, en sus ojos al mirarla. Era como siempre había soñado que la miraría un chico. Pero nunca lo había soñado tan hermoso como Will, en ninguno de sus sueños. Bajo la luz de la luna, la curva de su boca se veía pura y perfecta, los ojos detrás de la máscara eran casi negros.

—Deberíamos volver adentro —sugirió ella en un susurro a medias. No quería volver. Quería quedarse allí, con Will dolorosamente cerca, casi sobre ella. Notaba el calor que le irradiaba del cuerpo. El cabello oscuro le caía alrededor de la máscara, sobre los ojos, enredándosele con las largas pestañas—. Tenemos muy poco tiempo...

Dio un paso adelante, y chocó con Will, que la cogió. Tessa se quedó inmóvil, y luego sus brazos lo rodearon, y le entrelazó las manos sobre la nuca. Le puso el rostro contra el cuello, y notó su suave cabello entre los dedos. Cerró los ojos, dejando fuera el mareante mundo, la luz más allá de los ventanales, el brillo del cielo. Quería estar ahí con él, arropada en ese momento, inhalando su aroma limpio y penetrante, notando el latido de su corazón contra el suyo, tan firme y fuerte como el pulso del océano.

Notó que él aspiraba con fuerza.

—Tess —habló Will—. Tess, mírame.

Ella alzó la mirada, lentamente y sin ganas, preparada para captar su enfado o frialdad, pero él la miraba fijamente, con sus oscuros ojos sombríos bajo las espesas pestañas negras, y carecía de su usual frialdad o altiva distancia. Eran tan claros como el cristal y cargados de deseo. Y más que deseo: una ternura que nunca había visto en ellos antes, que ni siquiera nunca habría asociado con Will Herondale. Eso, más que nada, detuvo su protesta mientras él alzaba las manos y metódicamente comenzaba a sacarle las horquillas del cabello, una a una.

«Esto es una locura», pensó Tessa, cuando la primera horquilla tintineó sobre el suelo. Deberían estar corriendo, escapando de ese lugar. En vez de eso, estaba quieta, sin palabras, mientras Will dejaba la diadema de perlas de Jessamine a un lado como si no fuera más que una pieza de bisutería barata. Su propio cabello, oscuro, largo y rizado, le cayó sobre los hombros, y Will hundió las manos en él. Ella lo oyó exhalar al hacerlo, como si hubiera estado conteniendo el aliento durante meses y acabara de soltarlo. Se quedó quieta, fascinada, mientras él le cogía el cabello con las manos y se lo extendía sobre los hombros, enrollándose los rizos en los dedos.

—Mi Tessa —murmuró él, y esa vez ella no le dijo que no era suya.

—Will —susurró mientras él le cogía las manos y se las soltaba de su cuello. Le quitó los guantes,

que se unieron a la máscara y a las horquillas de Jessie en el suelo de piedra del balcón. Luego, Will se sacó su propia máscara y la tiró a un lado; se pasó las manos por el húmedo cabello negro para retirárselo de la frente. El borde inferior de la máscara le había dejado marcas en sus altos pómulos, como ligeras cicatrices, pero cuando ella fue a tocárselas, él le cogió las manos con suavidad y se las hizo bajar.

—No —dijo él—. Déjame que te toque primero. He querido...

Ella no se negó. En vez de eso, se irguió, con los ojos muy abiertos, mirándolo mientras él le recorría las sienes con la punta de los dedos, luego los pómulos. A pesar de las ásperas callosidades de los dedos, le trazó el contorno de la boca como si deseara grabársela en la memoria. El gesto hizo que a Tessa el corazón le brincara dentro del pecho. Él no apartaba la mirada de ella, tan profunda como el fondo de un océano, escrutadora, maravillada ante los descubrimientos.

Ella se quedó quieta mientras las yemas de los dedos dejaban su boca y le trazaban un sendero en el cuello, deteniéndose en el pulso, y luego se metían bajo la cinta de seda que llevaba a modo de collar y tiraban de un extremo. Ella entrecerró los ojos cuando el lazo se deshizo, y él le cubrió la clavícula desnuda con la mano. Tessa recordó una vez, en el *Main*, que el barco había pasado sobre un trozo de mar extrañamente brillante, y cómo el *Main* había marcado un camino de fuego en el agua, alzando chispas a su paso. Era como si las manos de Will hicieran lo mismo a su piel. Ardía donde le tocaba, y podía notar dónde habían estado los dedos de él incluso cuando los apartaba. Will fue bajando las manos con la misma suavidad, sobre el corpiño del vestido, siguiendo la curva de los pechos. Tessa ahogó un grito, aun cuando él le deslizó las manos por la cintura y la acercó a él, uniendo sus cuerpos hasta que no quedó ni un milímetro de espacio entre ambos.

Él se inclinó para juntar su mejilla con la de ella. El aliento de él en la oreja la hizo estremecerse con cada palabra que pronunció deliberadamente.

—He querido hacer esto —confesó él—, en todo momento de todas las horas de todos los días que he estado contigo desde que te conocí. Pero tú ya lo sabes. Debes saberlo. ¿No es cierto?

Ella lo miró y abrió un poco la boca, perpleja.

—¿Saber qué? —preguntó, y Will, con un suspiro de algo como la derrota, la besó.

Sus labios eran suaves, muy suaves. Ya la había besado antes, loca y desesperadamente, y sabiendo a sangre, pero eso era diferente. Eso era deliberado y sin prisas, como si le estuviera hablando en silencio, diciéndole con el roce de sus labios en los de ella lo que no podía decir con palabras. Le fue recorriendo la boca con lentos besos breves, cada uno tan medido como el latido de un corazón, cada uno diciéndole que ella era preciosa, irremplazable, deseada. Tessa no pudo aguantar más las manos junto a los costados. Las alzó para cubrirle la nuca, para sentir el pulso de él palpitándole contra las manos.

Él la cogía con firmeza mientras le exploraba la boca detalladamente con la suya. Will sabía a refresco de limonada, dulce y cosquilleante. El movimiento de su lengua mientras le acariciaba los labios le provocaba agradables estremecimientos por todo el cuerpo; los huesos se le derretían y los nervios le ardían. Tessa ansiaba apretarlo contra sí, pero él estaba siendo tan dulce, tan increíblemente tierno..., aunque ella notaba lo mucho que él la deseaba por sus manos temblorosas, por el martilleo de su corazón contra el de ella. Seguro que alguien que no la amara aunque fuera un poco no se comportaría con tanta delicadeza. Todas las partes de su interior que se habían sentido rotas y desgarradas cuando había mirado a Will esas últimas semanas comenzaron a unirse y a sanar. Se sentía ligera, como si pudiera flotar.

—Will —susurró ella contra la boca de él. Lo quería más cerca de ella con tal desesperación que era como un sufrimiento, un dolor agudo y cálido que se le extendía desde el estómago para acelerarle el corazón, enredarle las manos en el cabello y hacerle arder la piel—. Will, no hace falta que seas tan cuidadoso. No voy a romperme.

—Tessa —gimió él contra la boca de ella, pero notó la vacilación en su voz. Ella le mordisqueó los labios, tentándolo, y él se quedó sin aliento. Le puso las manos en la parte baja de la espalda y la apretó contra sí, mientras iba perdiendo el control y su suavidad se convertía en una urgencia más exigente. Sus besos se fueron haciendo más y más profundos, como si respiraran el uno del otro, se consumieran mutuamente, se devoraran ambos. Tessa sabía que estaba soltando gemiditos guturales; que Will la estaba empujando hacia atrás, contra la barandilla, de una manera que tendría que haberle dolido, pero que por extrañón que pareciera no era así; que las manos de él estaban en el corpiño del vestido de Jessamine aplastando las delicadas rosas de tela. Vagamente, Tessa oyó que alguien abría el ventanal, y Will y ella seguían agarrados, como si nada más importara.

Se oyó un murmullo de voces.

—Ya te lo he dicho, Edith —dijo alguien en un tono de reproche—. Esto es lo que pasa si bebes los líquidos rosa.

Las puertas se cerraron de nuevo, y Tessa oyó pasos que se alejaban. Se apartó de Will.

—Oh, Dios mío —exclamó ella sin aliento—. Qué humillante...

—No me importa. —Él la volvió a acercar y hundió el rostro en su cuello, cálido contra la fría piel de Tessa. Alzó la boca hacia ella—. Tess...

—No paras de repetir mi nombre —murmuró ella. Tenía una mano sobre el pecho de él, para mantener un poco de distancia, pero no tenía ni idea de cuánto la podría mantener ahí. Su cuerpo ansiaba el de él. El tiempo se había roto y había perdido el significado. Sólo existía ese momento, sólo Will. Nunca había sentido nada igual, y se preguntó si sería así como se sentía Nate estando borracho.

—Me encanta tu nombre. Me encanta cómo suena. —Él también parecía ebrio, con la boca sobre la de ella mientras hablaba de forma que ella podía notar el delicioso movimiento de sus labios. Tessa aspiró su aliento, lo inhaló. No pudo dejar de notar que sus cuerpos encajaban perfectamente; con los zapatos de satén de Jessie, de tacón alto, sólo era un poco más baja que él, sólo tenía que alzar un poco la cabeza para besarlo.

—Tengo que preguntarte algo. Debo saberlo...

—Aquí estáis los dos —clamó una voz desde la puerta—. Y estáis dando todo un espectáculo, si me permitís decirlo.

Se apartaron de golpe. Allí, en el ventanal, aunque Tessa no recordaba haber oído que lo abrieran, con un largo cigarrillo entre sus finos dedos castaños, estaba Magnus Bane.

—Dejadme adivinar —habló Magnus, soltando el humo. Formó una nubecilla blanca con la forma de un corazón, que se fue distorsionando al irse alejando de su boca, expandiéndose y retorciéndose hasta que dejó de ser reconocible—. Habéis tomado limonada.

Tessa y Will, ya uno al lado del otro, se miraron. Ella habló primero.

—Yo... sí. Nate me trajo un vaso.

—Había un poco de polvo de brujo mezclado dentro —explicó Magnus. Iba todo vestido de negro, sin ningún complemento excepto en las manos. En cada dedo llevaba un anillo con una piedra de

diferente color: citrino amarillo limón, jade verde, rojo rubí y azul topacio—. Del tipo que te hace olvidar las inhibiciones y te hace hacer las cosas que —tosió con delicadeza— de otra forma no harías.

—Oh —repuso Will—. Oh —manifestó en voz baja. Se volvió y apoyó las manos en la balaustrada. Tessa notó que le comenzaba a arder la cara.

—Vaya, qué escote tan generoso —continuó alegremente Magnus, señalando a Tessa con la ardiente punta del cigarrillo—. «*Tout le monde sur le balcon*», como dicen en francés —añadió, dibujando con las manos la forma de un pecho desbordante—. Especialmente adecuado, ya que ahora estamos, de hecho, en un balcón.

—Déjala en paz —soltó Will. Ella no le podía ver el rostro; tenía la cabeza gacha—. No sabía lo que estaba bebiendo.

Tessa se cruzó de brazos, pero se dio cuenta de que con ese gesto agravaba su problema de busto y los dejó caer.

—Es el vestido de Jessamine, y ella es la mitad que yo —replicó Tessa—. Nunca saldría así en circunstancias normales.

Magnus alzó una ceja.

—Has vuelto a Cambiar en ti, ¿no? ¿Cuando la limonada ha comenzado a hacer efecto?

Tessa lo miró ceñuda. Se sentía oscuramente humillada, de haber sido pillada besando a Will, de estar frente a Magnus —algo que habría provocado que su tía cayera fulminada—, de haberlo visto; sin embargo, parte de ella deseaba que Magnus se fuera para poder seguir besando a Will.

—¿Y qué estás haciendo tú aquí, si puedo preguntar? —le espetó arisca—. ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Tengo mis fuentes —contestó el mago, sacando humo sin darle importancia—. Pensaba que podríais estar en un lío. Las fiestas de Benedict Lightwood tienen fama de ser peligrosas. Cuando he oído que estabais aquí...

—Estamos bien preparados para enfrentarnos al peligro —replicó la muchacha.

Magnus le miró el busto descaradamente.

—Ya lo veo, ya —repuso—. Armados hasta los dientes, como si dijéramos. —Acabó el cigarrillo y lo tiró por encima de la barandilla del balcón—. Uno de los siervos humanos de Camille está aquí y ha reconocido a Will. Me ha enviado un mensaje, pero si ya han reconocido a uno de vosotros, ¿cuál es la probabilidad de que vuelva a ocurrir? Es hora de que desaparezcáis de aquí.

—¿Y a ti qué te importa si nos vamos o no? —Era Will, con la cabeza aún gacha y la voz apagada.

—Me lo debes —respondió Magnus, con voz acerada—. Tengo intención de cobrar.

Will lo miró. Tessa se quedó parada al ver la expresión de su rostro. Parecía enfermo e incómodo.

—Debería haber sabido que era por eso.

—Puedes elegir a tus amigos, pero no a tus improbables salvadores —soltó Magnus alegremente—. Entonces, ¿nos vamos? ¿O preferís quedaros y probar suerte? Podéis seguir con los besos donde lo dejasteis una vez estéis de vuelta en el Instituto.

Will lo miró frunciendo el cejo.

—Sácanos de aquí.

Los ojos de gato del mago brillaron. Chasqueó los dedos, y una extraordinaria lluvia de chispas azules cayó sobre ellos de repente. Tessa se tensó, esperando que le quemaran la piel, pero sólo notó el viento azotándole el rostro. El cabello se le alzó cuando una extraña energía le hizo crepitar los nervios. Oyó a Will soltar un grito ahogado, y acto seguido ya estaban sobre uno de los senderos de piedra del

jardín, cerca del estanque, y la gran mansión Lightwood se alzaba ante ellos, silenciosa y oscura.

—Bueno —dijo Magnus en un tono aburrido—. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Will lo miró sin gratitud.

—Magia —masculló.

Magnus alzó las manos al cielo. Aún le crepítaban de energía azul, como un rayo seco.

—¿Y qué piensas acaso que son tus preciosas runas? ¿No magia?

—Chist —lo hizo callar Tessa. De repente se sentía cansada hasta la médula. Le dolía donde el corsé la chafaba las costillas, y los pies, en los zapatos demasiado pequeños de Jessamine, eran un suplicio—. Parad de decir tonterías ambos. Creo que alguien viene.

Todos se callaron, justo cuando un grupo torció la esquina de la casa. Tessa se quedó inmóvil. Incluso bajo la tenue luz de luna que se colaba entre las nubes, veía que no eran humanos. Y tampoco eran subterráneos. Eran un grupo de demonios: uno con aspecto de cadáver desgarbado con dos agujeros negros por ojos; otro de la mitad del tamaño de un hombre, con la piel azul y vestido con chaleco y pantalones, pero con una cola con pinchos, rasgos de lagarto y un morro plano como el de una serpiente; un tercero que parecía una rueda cubierta de húmedas bocas rojas.

Varias criaturas pasaron al mismo tiempo.

Tessa se cubrió la boca con la mano antes de ponerse a gritar. No servía de nada correr. Los demonios ya los habían visto y se habían detenido de golpe en el sendero. Un hedor a podrido emanaba de ellos, cubriendo la fragancia de los árboles.

Magnus alzó una mano, con un fuego azul rodeándole los dedos. Estaba mascullando algo. Parecía tan descompuesto como nunca lo había visto Tessa.

Y Will... Will, de quien Tessa se esperaba que sacara sus cuchillos serafines, hizo algo totalmente inesperado. Alzó un tembloroso dedo, señaló al demonio de piel azul y dijo: «Tú».

Éste se sorprendió. Todos los demás se quedaron parados, mirándose. Debían de tener algún tipo de acuerdo, pensó Tessa, para no atacar a los humanos en la fiesta, pero no le gustaba la forma en que las húmedas bocas azules se lamían los labios.

—Eh... —dijo el demonio al que Will había señalado, en una voz sorprendentemente común—. No recuerdo... Eso es, no creo haber tenido el placer de conocerle, ¿no?

—¡Mentiroso! —Will se tambaleó hacia adelante y cargó. Mientras Tessa lo miraba asombrada, Will pasó ante los otros demonios y se lanzó sobre el azul, que dejó escapar un chillido agudo. Magnus miraba lo que estaba ocurriendo boquiabierto. Tessa gritó: «Will, ¡Will!», pero él rodaba y rodaba sobre la hierba aferrado a la criatura de piel azul, que era sorprendentemente ágil. Will lo tenía agarrado por el chaleco, pero el ser consiguió soltarse y salió corriendo a toda velocidad por los jardines, con Will persiguiéndolo.

Tessa dio unos pasos hacia él, pero el dolor en los pies era una pura agonía. Se quitó los zapatos de Jessamine, y estaba a punto de salir corriendo detrás de Will cuando se dio cuenta de que las otras criaturas estaban haciendo un sonido como un furioso zumbido. Parecían dirigirse a Magnus.

—Ah, bueno, ya saben —contestó éste, ya con la compostura recuperada, e hizo un gesto en la dirección en la que Will había desaparecido—. Un desacuerdo. Por una mujer. Suele pasar.

El zumbido se intensificó. Resultaba evidente que los demonios no le creían.

—¿Una deuda de juego? —sugirió Magnus. Chasqueó los dedos y apareció una llama en su palma, bañando el jardín con un intenso brillo—. Les sugiero que no se preocupen demasiado, caballeros. Entretenimiento y diversión los esperan dentro. —Hizo un gesto hacia la estrecha puerta que llevaba al

salón de baile—. Algo mucho más agradable de lo que les espera aquí fuera si continúan entreteniéndose.

Eso pareció convencerlos. Los demonios avanzaron, zumbando y mascullando, llevándose con ellos su hedor a basura.

Tessa se volvió hacia el mago.

—Rápido, tenemos que ir tras ellos...

Magnus se agachó, recogió los zapatos del suelo y los sostuvo por las cintas de satén.

—No tan de prisa, Cenicienta —dijo—. Will es un cazador de sombras. Corre muy rápido. Nunca lo alcanzarás.

—Pero tú... debe de haber alguna magia...

—Magia —exclamó Magnus, imitando el tono de disgusto del muchacho—. Will está donde tiene que estar, haciendo lo que tiene que hacer. Su propósito en este mundo es matar demonios, Tessa.

—¿Acaso te agrada? —preguntó ésta; tal vez fuera una pregunta extraña, pero había algo en la manera en que el brujo miraba a Will, hablaba con él, que ella no era capaz de precisar.

Magnus la sorprendió tomándose en serio su pregunta.

—Me agrada —contestó—, aunque bastante a mi pesar. Al principio lo consideraba un bonito veneno, pero he cambiado de parecer. Hay una alma bajo toda esa fanfarronería. Y está realmente vivo, una de las personas más vivas que he conocido jamás. Cuando siente algo, es tan brillante y acertado como un rayo.

—Todos sentimos —replicó Tessa, totalmente sorprendida. ¿Will, sintiendo con más intensidad que los demás? Más loco que los demás, quizá.

—No así —repuso el hechicero—. Créeme, he vivido mucho tiempo y lo sé. —Su mirada no carecía de compasión—. Y también descubrirás que los sentimientos van desapareciendo cuanto más vives. El brujo más viejo que he conocido había vivido casi mil años, y me dijo que ya no podía recordar cómo era el amor, o el odio, ninguno. Le pregunté por qué no acababa con su vida y me contestó que aún sentía una cosa: miedo, miedo a lo que hay después de la muerte. «Aquel país desconocido de cuyos límites ningún caminante torna».

—*Hamlet* —dijo Tessa automáticamente. Estaba tratando de alejar la idea de su propia inmortalidad. El concepto era demasiado enorme y terrorífico para poder abarcarlo de verdad, y además... podía no ser cierto.

—Los que somos inmortales estamos atados a esta vida por una cadena de oro, y no osamos cortarla por miedo a lo que se halla más allá de la caída —dijo Magnus—. Ahora ve, y no le reproches a Will sus deberes morales. —Comenzó a caminar por el sendero, con Tessa cojeando detrás en un esfuerzo por mantenerse a su altura.

—Pero se ha comportado como si conociera al demonio...

—Probablemente ya haya tratado de matarlo antes —supuso el brujo—. A veces se escapan.

—Pero ¿cómo regresará al Instituto? —gimió Tessa.

—Es un chico listo. Encontrará la manera. Me preocupa más llevarte de vuelta a ti antes de que alguien note que no estás y se arme un jaleo. —Llegaron a la verja principal, donde esperaba el carruaje, con Cyril descansando tranquilamente en el pescante, con el sombrero sobre los ojos.

Tessa lanzó a Magnus una mirada rebelde mientras él abría la puerta del vehículo y le daba la mano para ayudarla a subir.

—¿Y cómo sabes que Will y yo no tenemos el permiso de Charlotte para estar aquí esta noche?



—Dame un poco más de crédito, querida —repuso él, y sonrió de una manera tan contagiosa que Tessa, con un suspiro, le dio la mano—. Bien —prosiguió—. Te llevaré al Instituto, y por el camino me lo puedes contar todo.

## 13

### LA ESPADA MORTAL

Toma mi parte de un corazón veleta,  
la mía de un mísero amor;  
cógelo o déjalo, como gustes,  
yo me lavo las manos.

CHRISTINA ROSETTI, *Maude Clare*

—¡Oh, por todos los santos del cielo! —exclamó Sophie, saltando de la silla cuando Tessa abrió la puerta del dormitorio de Jessamine—. Señorita Tessa, ¿qué ha ocurrido?

—¡Sophie! ¡Chist! —Ella agitó la mano advirtiéndola mientras cerraba la puerta a su espalda. El dormitorio seguía como lo había dejado. Su camión y su bata estaban pulcramente doblados sobre una silla, el espejo de plata quebrado estaba en el tocador, y Jessamine... Jessamine seguía profundamente inconsciente, con las muñecas atadas a los postes de la cama. La doncella, sentada en una silla junto al armario, había estado, sin duda, allí desde que Will y Tessa se marcharon; aferraba un cepillo del pelo con una mano (Tessa se preguntó si sería para pegar a Jessamine con él, en el caso de que se despertara) y la miraba con grandes ojos castaños.

—Pero señorita... —Sophie dejó la frase a medias mientras la mirada de Tessa caía sobre su propio reflejo en el espejo. No pudo evitar quedarse parada: el cabello le caía revuelto sobre los hombros, las perlas de Jessamine se habían quedado donde Will las había arrojado, iba descalza y cojeaba, las medias blancas estaba muy sucias, sólo tenía un guante y el vestido la estaba asfixiando—. ¿Tan terrible ha sido?

Tessa pensó de golpe en el balcón y en los brazos de Will rodeándola. «¡Oh, Dios!». Apartó ese pensamiento y miró a Jessamine, que seguía durmiendo ajena a todo.

—Sophie, vamos a tener que despertar a Charlotte. No tenemos elección.

La chica la miró con ojos de cordero. Tessa no la culpó; ella también tenía que despertar a la directora del Instituto. Tessa incluso le había rogado a Magnus que entrara con ella para ayudarla a explicar las noticias, pero él se había negado, aduciendo que los dramas internos de los cazadores de sombras no tenían nada que ver con él, y que además le estaba esperando una novela.

—Señorita... —protestó Sophie.

—Tenemos que hacerlo. —Tan rápido como pudo, Tessa le resumió lo que había pasado, excepto la parte con Will en el balcón. Nadie tenía por qué saber eso—. Esto va mucho más allá de nosotros. No podemos seguir actuando a espaldas de Charlotte.

La sirvienta no protestó más. Dejó el cepillo en el tocador, se puso en pie y se alisó las faldas.

—Iré a buscar a la señora Branwell, señorita.

Tessa se dejó caer en la silla junto a la cama, con una mueca de dolor cuando el vestido de Jessamine la pellizcó.

—Me gustaría que me llamaras Tessa.

—Lo sé, señorita. —Sophie salió y cerró la puerta a su espalda sin hacer ruido.

Magnus estaba tumbado en el sofá del salón con los pies en alto cuando captó el alboroto. Sonrió sin moverse al oír a Archer protestar y a Will hacer lo mismo. Unos pasos se acercaron a la puerta. Pasó una página del libro de poesía que leía mientras ésta se abría y Will entraba.

El chico apenas estaba reconocible. Su elegante traje estaba roto y lleno de barro; el abrigo, rasgado de arriba abajo, y las botas, con barro pegado. Tenía el alborotado cabello en punta, y múltiples rasguños le marcaban el rostro, como si lo hubieran atacado una docena de gatos a la vez.

—Lo lamento, señor —se disculpó Archer desconsolado—. Me ha apartado.

—Magnus —dijo Will. Tenía una sonrisa de satisfacción en el rostro. El mago le había visto antes esa sonrisa, pero en esta ocasión demostraba auténtica alegría. Transformaba el rostro de Will—. Dile que me deje pasar.

Magnus agitó una mano.

—Déjalo pasar, Archer.

El siervo humano hizo una mueca, y la puerta se cerró violentamente detrás de Will.

—Magnus. —Will fue hacia la chimenea, medio tambaleándose, y se apoyó en la repisa—. No vas a creerlo...

—Chist —dijo el brujo, con el libro abierto entre las piernas—. Escucha esto:

Estoy cansado de lágrimas y risas,  
Y de hombres que ríen y lloran  
De lo que pueda venir después  
A hombres que siembran para recoger.  
Estoy cansado de los días y las horas,  
De trémulos capullos entre flores estériles,  
De deseos y ensueños de gloria,  
Y de todo, excepto de dormir.

—Swinburne —citó Will, aún apoyado en la repisa de la chimenea—. Sentimental y sobrevalorado.

—Tú no sabes lo que es ser inmortal. —El brujo dejó el libro y se incorporó—. ¿Y qué es lo que quieres?

Will se subió la manga. Magnus se tragó un sonido de sorpresa. En el antebrazo, el chico tenía un largo corte, profundo y ensangrentado. La sangre le rodeaba la muñeca y le goteaba por los dedos. Alojado en el corte, como un cristal hallado en la pared de una cueva, había un diente blanco.

—¿Qué...? —comenzó Magnus.

—Diente de demonio —explicó Will, jadeando un poco—. He perseguido a ese cabrón azul por todo Chiswick; se me ha escapado, pero antes me ha mordido. Se ha dejado un diente en mí. Lo puedes usar, ¿verdad? ¿Para invocar al demonio? —Agarró la pieza y se la arrancó. Más sangre manó, le bajó por el brazo y salpicó el suelo.

—La alfombra de Camille —protestó el mago.

—Es sangre —repuso Will—. Debería estar encantada.

—¿Estás bien? —Magnus lo miró fascinado—. Estás sangrando mucho. ¿No tienes una estela por algún lado? Una runa curativa...

—No me importan las runas curativas. Me importa esto. —Will dejó caer el diente ensangrentado

en la mano de Magnus—. Encuéntrame al demonio. Sé que puedes hacerlo.

Magnus miró el diente con una mueca de asco.

—Sin duda que puedo, pero...

La luz del rostro de Will parpadeó.

—¿Pero?

—Pero no esta noche —repuso el hechicero—. Puede costarme unos días. Tendrás que ser paciente.

El cazador de sombras respiró de forma entrecortada.

—No puedo ser paciente. No después de esta noche. No lo entiendes... —Se tambaleó y se aguantó agarrándose a la repisa. Alarmado, Magnus se levantó del sofá.

—¿Estás bien?

El color del rostro del muchacho iba y venía. El cuello de la camisa estaba oscuro de sudor.

—No lo sé —jadeó—. El diente. Puede que sea venenoso.

Se quedó sin voz. Se cayó y se le pusieron los ojos en blanco. Con una exclamación de sorpresa, Magnus cogió a Will antes de que se estrellara contra la alfombra; lo cogió en brazos y lo llevó al sofá.

Tessa, sentada en la silla junto a la cama de Jessamine, se masajeó las doloridas costillas y suspiró. El corsé seguía clavándosele, y no tenía ni idea de cuándo tendría la oportunidad de desprenderse de él; le dolían los pies, y también lo más profundo del alma. Ver a Nate había sido como si le clavaran un cuchillo en una herida ya abierta. Él había bailado con Jessamine, había flirteado con ella, y había charlado del destino de Tessa, su hermana, como si no significara nada para él.

Supuso que no debería sorprenderse, que debería estar por encima de cualquier sorpresa en lo referente a Nate. Pero le dolía igualmente.

Y Will, aquellos momentos en el balcón con Will habían sido los más turbadores de su vida. Después de la forma en que éste le había hablado en el tejado, Tessa se había jurado que nunca pensaría en él en un sentido romántico. No era ningún oscuro Heathcliff, el protagonista de *Cumbres borrascosas*, ocultando una pasión secreta, se había dicho a sí misma, sino sólo un chico que se creía demasiado bueno para ella. Pero la manera en que la había mirado en el balcón, en que le había apartado el cabello del rostro, incluso el leve temblor de las manos cuando la había tocado..., sin duda todo eso no podía ser el producto de una mentira.

Aunque ella lo había tocado de la misma forma. En ese momento lo único que había querido era a Will. Sin embargo, justo la noche anterior había acariciado y besado a Jem, había sentido que lo amaba, le había permitido verla como nadie la había visto antes. Y al pensar en él en esos instantes, al pensar en su silencio de aquella mañana, su ausencia en la cena, lo volvía a echar de menos, con un dolor físico que no podía ser una mentira.

¿Se podía de verdad amar a dos personas a la vez? ¿Se podía dividir el corazón en dos? ¿O era sólo que el episodio con Will en el balcón había sido una locura inducida por las drogas de los brujos? ¿Habría sido igual con cualquiera? Esa idea la rondaba como un fantasma.

—Tessa.

Al oír su nombre casi pegó un bote. La voz era casi un susurro. Pertenecía a Jessamine. Tenía los ojos medio abiertos, y la luz se reflejaba parpadeante en sus profundidades castañas.

Tessa se irguió en el asiento.

—Jessamine. ¿Estás...?

—¿Qué ha pasado? —La chica movió la cabeza de un lado a otro, ansiosa—. No lo recuerdo. —  
Trató de sentarse y ahogó un grito al notar que tenía las manos atadas—. ¡Tessa! ¿Qué...?

—Es por tu propio bien, Jessamine. —Le tembló la voz—. Charlotte... tiene que hacerte unas preguntas. Sería mucho mejor si estuvieras dispuesta a contestarle...

—La fiesta. —Jessamine movió los ojos de un lado a otro, como si estuviera viendo algo que ella no podía ver—. Sophie, ese pequeño mono, estaba rebuscando entre mis cosas. La encontré con la invitación en las manos...

—Sí, la fiesta —repuso Tessa—. En casa de Benedict Lightwood. Ibas a encontrarte allí con Nate.

—¿Has leído su nota? —Jessamine movió la cabeza hacia el lado de golpe—. ¿No sabes que es grosero e indecoroso leer la correspondencia privada de otra persona? —Trató de sentarse de nuevo, y otra vez cayó sobre las almohadas—. De todos modos, no la firmó. No puedes probar...

—Jessamine, ahora no sacarás nada con mentir. Puedo probarlo, porque he ido a la fiesta y he hablado con mi hermano allí.

La boca de Jessamine se abrió en una O rosa. Por primera vez pareció fijarse en lo que llevaba puesto Tessa.

—Mi vestido —dijo a media voz—. ¿Te has disfrazado de mí?

Tessa asintió.

Los ojos de la muchacha se oscurecieron.

—Eres antinatural —espetó en voz baja—. ¡Una criatura desagradable! ¿Qué le has hecho a Nate? ¿Qué le has dicho?

—Dejó muy claro que has estado espiando para Mortmain —contestó Tessa, y deseó que llegaran Sophie y Charlotte. ¿Por qué estarían tardando tanto?—. Que nos has traicionado, informándole de todas nuestras actividades, obedeciendo las órdenes de Mortmain...

—¿Nuestras?! —gritó Jessamine, tratando de incorporarse hasta donde le permitían las cuerdas—. ¡Tú no eres una cazadora de sombras! ¡No les debes ninguna lealtad! A ellos no les importas, como tampoco les importo yo. Sólo a Nate le importo...

—Mi hermano —habló Tessa en una voz apenas controlada— es un asesino mentiroso, incapaz de sentir. Quizá se haya casado contigo, Jessamine, pero no te ama. Los cazadores de sombras me han ayudado y protegido, igual que a ti. Y, aun así, tú te vuelves contra ellos como un perro en cuanto mi hermano chasquea los dedos. Te abandonará, suponiendo que no te mate primero.

—¡Mentirosa! —gritó la otra—. No le comprendes. ¡Nunca lo hiciste! Su alma es buena y pura...

—Tan pura como el agua de una alcantarilla —repuso Tessa—. Y le comprendo mucho mejor que tú; estás cegada por su encanto. A él no le importas en absoluto.

—Mentirosa...

—Lo he visto en sus ojos. Lo he visto en la manera en que te mira.

Jessamine lanzó un grito ahogado.

—¿Cómo puedes ser tan cruel?

Tessa meneó la cabeza.

—No puedes verlo, ¿verdad? —añadió en tono inquisitivo—. Para ti, todo es un juego, como esas muñecas de tu casita: moviéndolas, haciendo que se besen y se casen. Querías un marido mundano, y Nate ya era suficiente. No puedes ver lo que tu traición ha costado a aquellos que siempre te han cuidado.

Jessamine mostró los dientes; en ese momento se parecía tanto a un animal acorralado que Tessa casi se echó atrás.

—Amo a Nate —afirmó—. Y él me ama. Tú eres la que no entiendes el amor. «Oh, no puedo decidirme entre Will o Jem. ¿Qué debo hacer?» —la imitó en un tono melindroso, y Tessa se sonrojó furiosamente—. ¿Y qué si Mortmain quiere destruir a los cazadores de sombras de Gran Bretaña? Por mí, ya pueden arder.

Tessa se la quedó mirando boquiabierta, y justo en ese momento se abrió la puerta a su espalda y entró Charlotte. Parecía demacrada por el agotamiento, llevaba un vestido gris que hacía juego con sus ojeras, pero caminaba erguida y con los ojos claros. Detrás de ella iba Sophie, correteando como asustada, y un segundo después Tessa vio por qué: cerrando el grupo había una aparición en hábito de color pergamino y el rostro escondido bajo la sombra de la capucha, con una espada terriblemente brillante en la mano. Era el hermano Enoch, de los Hermanos Silenciosos, con la Espada Mortal.

—¿Podemos arder? ¿Es eso lo que has dicho, Jessamine? —preguntó Charlotte en una voz dura y penetrante tan diferente a la suya que Tessa se la quedó mirando.

La aludida lanzó un grito ahogado. Clavó los ojos en la espada que sujetaba el hermano Enoch. Su gran empuñadura estaba tallada en la forma de un ángel con las alas extendidas.

El encapuchado alzó la Espada hacia Jessamine, quien se echó hacia atrás, y las cuerdas que le sujetaban las muñecas a los postes de la cama se soltaron. Las manos le cayeron muertas sobre el regazo. Ella se las miró, y luego a la directora.

—Charlotte, Tessa es una mentirosa. Es una subterránea mentirosa...

La mujer se detuvo junto a la cama y miró a la chica sin alterarse.

—Ésa no es la impresión que yo tengo de ella por lo que he visto. ¿Y qué hay de Sophie? Siempre ha sido una criada totalmente honesta.

—¡Me ha golpeado! ¡Con un espejo! —Jessamine tenía el rostro rojo de furia.

—Porque encontró esto. —Charlotte sacó la invitación, que Tessa le había devuelto a Sophie, del bolsillo—. ¿Puedes explicar esto, Jessamine?

—Ir a una fiesta no va contra la Ley. —Sonaba tan malhumorada como asustada—. Benedict Lightwood es un cazador de sombras...

—Ésta es la letra de Nathaniel Gray. —La voz de Charlotte no parecía perder su imparcialidad, pensó Tessa. Había algo en ella que la hacía resultar aún más inexorable—. Es un espía buscado por la Clave, y tú has estado reuniéndote con él en secreto. ¿Por qué razón?

Jessamine abrió un poco la boca. Tessa esperó excusas como: «Todo es mentira», «Sophie se ha inventado la invitación», «sólo me veía con Nate para ganarme su confianza», pero en cambio aparecieron lágrimas.

—Lo amo —confesó—. Y él me ama.

—Así que nos traicionaste —repuso Charlotte.

—¡No lo hice! —alzó la voz—. ¡Diga lo que diga Tessa, no es verdad! Está mintiendo. Siempre ha tenido celos de mí, y ¡está mintiendo!

Charlotte miró un momento a Tessa.

—¿Miente? ¿Y Sophie?

—Sophie me odia —sollozó Jessamine. Al menos, eso era cierto—. Deberías echarla a la calle, y sin referencias...

—Deja de complicar las cosas, Jessamine. No consigues nada. —La voz de Charlotte cortó los

sollozos de la muchacha como una navaja. Se volvió a Enoch—. Será fácil conseguir la auténtica historia. La Espada Mortal, por favor, hermano Enoch.

El Hermano Silencioso se acercó, apuntando a Jessamine con el arma. Tessa miró horrorizada. ¿Iba a torturar a Jessamine en su propia cama, delante de todos?

—¡No! ¡No! —gritó ésta—. ¡Apártalo de mí! ¡Charlotte! —Su voz se alzó hasta convertirse en un alarido que parecía hacerse más y más agudo, hasta romper los tímpanos a Tessa.

—Extiende las manos, Jessamine —ordenó Charlotte con frialdad.

La chica negó con la cabeza salvajemente, con el cabello agitándose de un lado al otro.

—Charlotte, no —intervino Tessa—. No le hagas daño.

—No interfieras con lo que no entiendes, Tessa —contestó la directora con una voz cortante—. Extiende las manos, Jessamine, o te irá muy mal.

Con lágrimas rodando por las mejillas, Jessamine extendió las manos, con las palmas arriba. Tessa se tensó. De repente se sintió asqueada y apenada de haber tenido algo que ver con ese plan. Si Nate había engañado a Jessamine, a ella también. Jessie no se merecía eso...

—No pasa nada —la tranquilizó una voz baja a su espalda. Era Sophie—. No le hará daño. La Espada Mortal hace que los nefilim digan la verdad.

El hermano Enoch puso la hoja de la Espada plana sobre las palmas de Jessamine. Lo hizo sin fuerza ni suavidad, como si casi no fuera consciente de ella como persona. Soltó el arma y se apartó; incluso Jessamine miró sorprendida; la hoja pareció equilibrarse a la perfección sobre sus manos, totalmente inmóvil.

—No es un instrumento de tortura, Jessamine —explicó Charlotte, con las manos cruzadas—. Debemos usarla sólo porque de otra manera no podríamos confiar en que nos dijeras la verdad. —Alzó la invitación—. Esto es tuyo, ¿no?

La muchacha no respondió. Estaba mirando al hermano Enoch con ojos muy abiertos y cargados de terror, y el pecho se le movía acelerado.

—No puedo pensar, no con ese monstruo en el cuarto... —Le temblaba la voz.

Charlotte apretó los labios, pero se volvió hacia el hermano Enoch y le dijo algo. Él asintió, luego flotó silenciosamente fuera de la habitación.

—Ya está —dijo la mujer cuando se cerró la puerta—. Estará esperando en el pasillo. No creas que no te atraparé si intentas escapar, Jessamine.

Ésta asintió. Pareció desmoronarse, rota como una muñeca de porcelana.

La directora agitó la invitación.

—Esto es tuyo, ¿no? Y te lo envió Nathaniel Gray. Ésta es su letra.

—S... sí. —La afirmación pareció salir de Jessamine contra su voluntad.

—¿Cuánto hace que lo has estado viendo en secreto?

Jessamine apretó la boca, pero le temblaban los labios. Al cabo de un momento, un torrente de palabras brotó de su boca. Movié los ojos sorprendida, como si no pudiera creer que estuviera hablando.

—Me envió un mensaje sólo unos días después de que Mortmain invadiera el Instituto. Se disculpaba por su comportamiento conmigo. Decía que me agradecía que lo hubiera cuidado y que no había podido olvidar mi amabilidad ni mi belleza. Tra... traté de no prestarle atención. Pero llegó una segunda carta, y una tercera... Acepté reunirme con él. Dejé el Instituto en plena noche y nos encontramos en Hyde Park. Me besó...

—Basta de eso —la atajó Charlotte—. ¿Cuánto tiempo tardó en convencerte de que nos espieras?

—Dijo que sólo trabajaría para Mortmain hasta que pudiera reunir una fortuna suficiente para vivir cómodamente. Le dije que podíamos vivir juntos con mi dinero, pero no quiso aceptarlo. Tenía que ser el suyo. Dijo que no viviría de su mujer. ¿No es eso noble?

—¿Y para entonces ya te había pedido matrimonio?

—Me lo pidió la segunda vez que nos vimos —explicó falta de aliento—. Dijo que sabía que nunca habría otra mujer para él. Y me prometió que en cuanto tuviera suficiente dinero, yo tendría la vida que siempre he querido, que nunca tendríamos que preocuparnos por el dinero, y que tendríamos hijos. —Sorbió las lágrimas.

—Oh, Jessamine. —Charlotte casi parecía triste.

La chica se sonrojó.

—¡Era cierto! ¡Me amaba! Lo ha probado. ¡Estamos casados! Lo hicimos de la manera correcta en una iglesia con un cura...

—Seguramente en una iglesia desacralizada con algún criado vestido de cura —aventuró Charlotte—. ¿Qué sabes tú de las bodas mundanas, Jessie? ¿Cómo ibas a saber si era una boda real? Te doy mi palabra de que Nathaniel Gray no te considera su esposa.

—¡Sí que lo hace, sí, sí, sí! —gritó Jessamine, y trató de apartarse de la Espada. Se le quedó en las manos como si se la hubieran clavado. Sus alaridos subieron una octava—. Soy Jessamine Gray.

—Eres una traidora a la Clave. ¿Qué más le has contado a Nathaniel?

—Todo —soltó Jessamine—. Dónde estabais buscando a Mortmain, qué subterráneos habías contratado para tratar de dar con él. Por eso no estaba nunca donde lo buscabais. Le avisé del viaje a York. Por eso envió los autómatas a la casa de la familia de Will. Mortmain quería aterrorizaros para que dejarais de buscarlo. Os considera una pestilente molestia. Pero no os tiene miedo. Os vencerá. Él lo sabe. Y yo también.

Charlotte se inclinó hacia ella, con los brazos en jarras.

—Pero no consiguió asustarnos para que dejáramos de buscarlo —replicó—. Y los autómatas que envió para tratar de capturar a Tessa fracasaron...

—No los envió para capturar a Tessa. Oh, aún tiene planeado hacerse con ella, pero no de esa manera, todavía no. Su plan está a punto de realizarse, y entonces es cuando dará los pasos para hacerse con el Instituto, para capturar a Tessa...

—¿Cuán a punto está? ¿Ha conseguido abrir la Pyxis? —inquirió Charlotte.

—No... no lo sé. Creo que no.

—Así que tú le has contado todo a Nathaniel y él no te ha contado nada. ¿Y qué hay de Benedict? ¿Por qué ha accedido a trabajar mano con mano con Mortmain? Siempre he sabido que era un hombre desagradable, pero no parece muy propio de él traicionar a la Clave.

Jessamine negó con la cabeza. Estaba sudando y se le pegaba el cabello a las sienes.

—Mortmain tiene algo que él quiere. No sé lo que es. Pero Benedict hará cualquier cosa para conseguirlo.

—Incluido entregarme a Mortmain —intervino Tessa. Charlotte pareció sorprenderse al oírla y parecía ir a interrumpirla, pero Tessa siguió adelante—. ¿Qué es eso de hacer que me acusen falsamente de estar en posesión de objetos de magia negra? ¿Cómo va a conseguirlo?

—El *Libro de lo Blanco* —respondió Jessamine—. Lo... cogí del estante cerrado de la biblioteca y lo escondí en tu habitación cuando no estabas.



—¿En qué sitio?

—Una tabla del suelo suelta... cerca de la chimenea. —Las pupilas de Jessamine eran enormes—. Charlotte... por favor...

Pero ésta no cedía.

—¿Dónde está Mortmain? ¿Ha hablado con Nate de sus planes para la Pyxis, para sus autómatas?

—Yo... —Jessamine tragó aire, temblorosa. Tenía el rostro rojo oscuro—. No puedo...

—Nate no se lo diría —intervino Tessa—. Sabía que podríamos descubrirla. Y pensaría que Jessamine cedería ante la tortura y lo contaría todo. Él lo haría.

La aludida le lanzó una mirada venenosa.

—Te odia, ¿sabes? —masculló—. Dice que durante toda su vida lo has menospreciado, tú y tu tía con vuestra estúpida moralidad provinciana, juzgándolo por lo que hacía. Diciéndole siempre lo que debía hacer, sin querer que avanzara en la vida. ¿Sabes cómo te llama?

—No me importa —mintió Tessa; la voz le temblaba un poco. A pesar de todo, oír que su hermano la odiaba le dolía más de lo que había pensado—. ¿Te ha dicho lo que soy? ¿Por qué tengo el poder que tengo?

—Dijo que tu padre era un demonio. —Jessamine trató de esbozar una sonrisa—. Y que tu madre era una cazadora de sombras.

La puerta se abrió con sigilo, con tanto que si Magnus no hubiera estado ya dormitando con un ojo medio abierto, el ruido no lo hubiera despertado.

Alzó la vista. Estaba sentado en un sillón junto al fuego, ya que su sitio favorito en el sofá estaba ocupado por Will. Éste, en mangas de ensangrentada camisa, dormía con el pesado sueño de las drogas y la curación. Tenía el antebrazo vendado hasta el codo, las mejillas sonrojadas, la cabeza apoyada en el brazo sano. El diente que Will se había arrancado se hallaba sobre la mesita junto a él, brillando como el marfil.

La puerta del salón se abrió a su espalda. Al volverse vio que, bajo su umbral, se encontraba Camille.

Llevaba una capa de viaje de terciopelo negro sobre un vestido verde brillante que le hacía juego con los ojos. Tenía el cabello recogido en lo alto de la cabeza con pasadores de esmeralda. Y mientras Magnus la observaba, se quitó los guantes blancos de cabritilla, deliberadamente despacio, dedo a dedo, y los dejó en la mesa junto a la puerta.

—Magnus —dijo, y su voz, como siempre, sonó como campanillas de cristal—. ¿Me has añorado?

El brujo se incorporó en el asiento. La luz del fuego jugaba sobre el brillante cabello de la vampira, su lisa piel blanca. Era de una belleza extraordinaria.

—No era consciente de que ibas a concederme el honor de tu presencia esta noche.

Camille miró a Will, dormido en el sofá. Curvó los labios en una sonrisa.

—Evidentemente.

—No me has enviado ningún mensaje. Lo cierto es que no me has informado de nada desde que te marchaste de Londres.

—¿Me estás haciendo un reproche, Magnus? —Camille parecía divertida. Flotó hasta detrás del sofá, se inclinó sobre el respaldo y miró el rostro del cazador de sombras—. Will Herondale —dijo—. Es encantador, ¿verdad? ¿Tu nuevo entretenimiento?

En vez de responder, Magnus cruzó sus largas piernas ante sí.

—¿Dónde has estado?

Camille se inclinó aún más; si hubiera tenido aliento, éste habría agitado el cabello que le caía sobre la frente a Will.

—¿Puedo besarlo?

—No —contestó el mago—. ¿Dónde has estado, Camille? Todas las noches me he tumbado en tu sofá y he esperado a oír tus pasos en el pasillo, y me he preguntado dónde estarías. Al menos, podrías decírmelo.

Camille se incorporó y puso los ojos en blanco.

—Oh, muy bien. Estaba en París, probándome unos vestidos. Unas vacaciones muy necesarias para alejarme de los dramas de Londres.

Se hizo un largo silencio.

—Estás mintiendo —la acusó Magnus, finalmente.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque es la verdad. —Sacó del bolsillo una arrugada carta y la tiró al suelo entre ambos—. No se puede localizar a un vampiro, pero se puede localizar a un siervo de vampiro. Te llevaste a Walker. No me resultó muy difícil localizarlo en San Petersburgo. Tengo informadores allí. Me hicieron saber que vivías allí con un amante humano.

Camille lo observó, con un sonrisita en los labios.

—¿Y eso te puso celoso?

—¿Querías que lo estuviera?

—*Ça m'est égal* —repuso Camille, pasando al francés, como lo hacía cuando quería fastidiarlo de verdad—. Me da lo mismo. Él no tenía nada que ver contigo. Sólo era una diversión mientras estaba en Rusia, nada más.

—Y ahora está...

—Muerto. Así que no puede competir contigo. Debes dejarme que tenga mis pequeñas diversiones, Magnus.

—¿O si no?

—O si no me enfadaré mucho.

—¿Tanto como te enfadaste con tu amante humano, que acabó asesinado por ti? —inquirió Magnus—. ¿Qué hay de la pena? ¿La compasión? ¿El amor? ¿O acaso no sientes esa emoción?

—Yo amo —replicó Camille, indignada—. Tú y yo, Magnus, que duramos para siempre, amamos de una manera tal que es inconcebible para los mortales; una oscura llama constante comparada con su lucecita efímera y parpadeante. ¿Qué te importan? La fidelidad es un concepto humano, que se basa en la idea de que estamos aquí durante poco tiempo. No puedes exigir mi fidelidad para toda la eternidad.

—Estúpido de mí. Pensaba que sí. Pensaba que al menos podía esperar que no me mintieras.

—Estás siendo ridículo —repuso ella—. Como un niño. Esperas que tenga la moral de cualquier mundano cuando no soy humana, y tú tampoco. Además, no hay nada que puedas hacer al respecto. No acataré órdenes, y sobre todo no de un híbrido como tú. —Ése era el término insultante que los subterráneos aplicaban a los brujos—. Tú estás entregado a mí; lo has dicho tú mismo. Tu devoción tendrá que soportar mis diversiones, y luego nos llevaremos la mar de bien. Si no, te dejaré. Me imagino que no querrás eso.

Había un ligero tono de desprecio en su voz que hizo que algo se rompiera en el interior del mago. Recordó la desagradable sensación en la garganta cuando había llegado la carta de San Petersburgo. Y sin embargo, había esperado el regreso de Camille, confiando en que tuviera una explicación. Que se disculpara. Que le pidiera que la amara de nuevo. Pero en ese momento, al darse cuenta de que él no valía todo eso para ella, y nunca lo había valido, los ojos se le cubrieron de un velo rojo; pareció enloquecer durante unos segundos, porque ésa era la única explicación para lo que hizo a continuación.

—No me importa. —Se puso en pie—. Ahora tengo a Will.

Ella se quedó boquiabierta.

—No puedes decirlo en serio. ¿Un cazador de sombras?

—Serás inmortal, Camille, pero tus sentimientos son pasajeros y superficiales. Los de Will no. Él entiende lo que es el amor. —Magnus, después de haber soltado ese discurso con gran dignidad, cruzó la sala y movió a Will por el hombro—. Will. William. Despierta.

El chico abrió unos nublados ojos azules. Estaba tumbado de espaldas, mirando hacia arriba, y lo primero que vio fue el rostro de Camille inclinado sobre él desde el respaldo del sofá, observándolo. Se incorporó de golpe.

—Por el Ángel...

—Oh, calla —repuso Camille en tono perezoso, sonriendo lo justo para mostrar la punta de unos pequeños colmillos—. No voy a hacerte daño, nefilim.

Magnus ordenó que Will se pusiera en pie.

—La señora de la casa —anunció— ha regresado.

—Ya lo veo. —Estaba ruborizado, y tenía el cuello de la camisa marcado de sudor—. Encantado —dijo a nadie en particular, y Magnus no estaba seguro si quería decir que estaba encantado de ver a Camille, encantado con los efectos del hechizo contra el dolor que él le había realizado, lo cual era una posibilidad, o simplemente hablando de nada.

—Y por tanto —continuó el brujo, mientras le apretaba el brazo al chico en un gesto significativo—, tenemos que irnos.

El muchacho parpadeó sorprendido.

—Irnos ¿adónde?

—No te preocupes de eso ahora, mi amor.

Will parpadeó de nuevo.

—¿Perdón? —Miró alrededor, como si se esperara a medias que hubiera gente observándolos—. Eh..., ¿dónde está mi abrigo?

—Inservible de sangre —contestó Magnus—. Archer lo ha tirado. —Hizo un gesto de asentimiento hacia Camille—. Will se ha pasado toda la noche cazando demonios. Es tan valiente...

La expresión de la vampira era una mezcla de asombro y enfado.

—Soy valiente —replicó Will. Parecía satisfecho de sí mismo. El bebedizo contra el dolor le había agrandado las pupilas, y los ojos se le veían muy negros.

—Sí que lo eres —recalcó Magnus, y lo besó. No fue el beso más espectacular, pero Will agitó su brazo libre como si se le hubiera posado encima una abeja; el hechicero esperó que Camille supusiera que eso era pasión. Cuando se separaron, Will parecía perplejo. E igual le sucedía a ella.

—Bueno —dijo Magnus, esperando que Will recordara que estaba en deuda con él—. Tenemos que marcharnos.

—Yo... pero... —Will se fue hacia un lado—. ¡El diente! —Corrió al otro extremo de la sala, lo

recuperó y se lo metió a Magnus en el bolsillo del chaleco. Luego, después de hacerle un guiño a Camille, que, pensó el brujo, sólo Dios sabría cómo ella interpretaría, salió airoso de la sala.

—Camille... —comenzó Magnus.

Ella tenía los brazos cruzados sobre el pecho y le lanzaba una mirada emponzoñada.

—Liándote con cazadores de sombras a mis espaldas —dijo con una voz glacial—. ¡Y en mi propia casa! La verdad, Magnus. —Señaló la puerta—. Por favor, sal de mi residencia y no regreses. Confío en no tenértelo que decir dos veces.

Él estuvo encantado de satisfacer su voluntad. Un momento después, se reunía con Will en la acera frente a la casa mientras se ponía el abrigo, su única pertenencia en el mundo excepto por lo que tenía en los bolsillos, y abrochándose los botones para evitar el aire frío. No quedaba mucho, pensó, para que las primeras luces grises del día iluminaran el cielo.

—¿Me has besado? —inquirió Will.

Magnus tomó una decisión instantánea.

—No.

—Pensaba...

—A veces, los efectos residuales de los hechizos contra el dolor pueden producir alucinaciones muy extravagantes.

—Oh —repuso el cazador de sombras—. Qué curioso. —Miró la casa de Camille. Magnus veía la ventana del salón, con las cortinas de terciopelo verde cerradas—. ¿Adónde vamos ahora? ¿Y sobre lo de invocar al demonio? ¿Tenemos algún lugar adonde poder ir?

—Yo tengo adónde ir —contestó Magnus, agradeciendo en silencio la fijación obsesiva de Will por invocar al demonio—. Tengo un amigo en cuya casa puedo quedarme. Tú regresa al Instituto. Me pondré a trabajar con tu maldito diente de demonio en cuanto pueda. Te enviaré un mensaje tan pronto como sepa algo.

Will asintió lentamente, luego miró hacia el negro cielo.

—Las estrellas —comentó—. Nunca las había visto tan brillantes. Creo que el viento ha barrido la niebla.

Magnus pensó en la alegría en el rostro de Will mientras había estado sangrando en el salón de Camille, apretando el diente del demonio en la mano.

«De alguna manera, no creo que sean las estrellas las que han cambiado».

—¿Una cazadora de sombras? —exclamó Tessa—. Eso no es posible. —Se volvió en redondo y miró a Charlotte, en cuyo rostro vio reflejada su propia sorpresa—. No es posible, ¿verdad? Will me dijo que los hijos de cazadores de sombras y de demonios mueren antes de nacer.

La directora estaba negando con la cabeza.

—No. No es posible.

—Pero Jessamine tiene que decir la verdad... —objetó Tessa con voz vacilante.

—Tiene que decir la verdad según la cree ella —repuso Charlotte—. Si tu hermano le mintió, pero ella le creyó, dirá eso como si fuera la verdad.

—Nate nunca me mentiría —escupió Jessamine.

—Si la madre de Tessa era una cazadora de sombras —expuso la mujer con frialdad—, entonces Nate también es un cazador de sombras. La sangre de cazador de sombras da a los cazadores de sombras.

¿Alguna vez te mencionó eso? ¿Que fuera un cazador de sombras?

La chica parecía asqueada.

—¡Nate no es un cazador de sombras! —bramó—. ¡Yo lo habría sabido! Nunca me habría casado... —Dejó la frase colgando y se mordisqueó el labio.

—Bueno, es una cosa u otra, Jessamine —remarcó Charlotte—. O bien te has casado con un cazador de sombras, lo que sería una suprema ironía, o, lo más seguro, te has casado con un mentiroso que te usará y te tirará. Debe de haber sabido que finalmente te descubriríamos. ¿Y qué pensaba que te pasaría a ti entonces?

—Nada. —Jessamine parecía alterada—. Dijo que erais débiles. Que no me castigaríais. Que no tendrías el valor de hacerme un verdadero daño.

—Se equivocaba —repuso la directora—. Has traicionado a la Clave. Y Benedict Lightwood también. Cuando el Cónsul se entere de esto...

Jessamine se echó a reír con un sonido débil y roto.

—Díselo. Eso es exactamente lo que quiere Mortmain —farfulló—. N... no te molestes en preguntarme por qué. No lo sé. Pero sé que lo quiere. Así que suelta todo lo que te venga en gana, Charlotte. Sólo conseguirás que te tenga en su poder.

Ésta se aferró a la madera de los pies de la cama, con tal fuerza que las manos se le quedaron blancas.

—¿Dónde está Mortmain?

Jessamine se estremeció y negó con la cabeza, con el cabello flotándole de un lado a otro.

—No...

—¿Dónde está Mortmain?

—Es... está —jadeó—. Está... —Jessamine tenía el rostro casi púrpura, y los ojos se le salían de las órbitas. Estaba agarrando la Espada con tanta fuerza que la sangre se le escurría entre los dedos. Tessa miró a Charlotte horrorizada—. Idris —soltó Jessamine finalmente, y se desplomó sobre la almohada.

La mujer se quedó de piedra.

—¿Idris? —repitió—. ¿Mortmain está en Idris, nuestro hogar?

Jessamine parpadeó.

—No. No está allí.

—¡Jessamine! —Charlotte parecía a punto de saltar sobre la muchacha y sacudirla hasta que le castañetearan los dientes—. ¿Cómo puede estar en Idris y no estar? Sálvate, niña estúpida. ¡Dinos dónde está!

—¡Para! —gritó Jessamine—. Para, me duele...

Charlotte la miró con gran dureza. Luego se fue a la puerta de la habitación; cuando regresó, el hermano Enoch estaba con ella. Cruzó los brazos sobre el pecho y señaló a Jessamine con un movimiento de la barbilla.

—Algo no va bien, hermano. Le he preguntado dónde estaba Mortmain; ha dicho que en Idris. Cuándo se lo he vuelto a preguntar, lo ha negado. —Su voz se endureció—. ¡Jessamine! ¿Ha roto Mortmain los hechizos de protección de Idris?

Ésta soltó un sonido ahogado; el aire silbaba al entrarle y salirle del pecho.

—No, no lo ha hecho... Lo juro... Charlotte, por favor.

*Charlotte.* El hermano Enoch habló con firmeza, y sus palabras resonaron en la mente de Tessa.

*Basta. Hay algún tipo de bloqueo en la mente de la chica, algo que Mortmain ha puesto ahí. Nos provoca con la idea de Idris, pero ella confiesa que él no está allí. Esos bloqueos son muy fuertes. Si continuas interrogándola así, el corazón podría fallarle.*

Charlotte se apartó, derrotada.

—Entonces, ¿qué...?

*Déjame llevarla a la Ciudad Silenciosa. Tenemos nuestras formas de desvelar secretos encerrados en la mente, secretos que incluso la propia chica puede no ser consciente de saber.*

El hermano Enoch le sacó la Espada a Jessamine de las manos. Ésta casi ni pareció notarlo. Su mirada estaba fija en Charlotte, con los ojos muy abiertos y cargados de pánico.

—¿La Ciudad de Hueso? —susurró—. ¿Donde yacen los muertos? ¡No! ¡No iré allí! ¡No soporto ese lugar!

—Entonces, dínos dónde está Mortmain —replicó la directora, con una voz glacial.

Jessamine sólo comenzó a sollozar. Charlotte no le hizo caso. El hermano Enoch la obligó a levantarse; se resistió, pero el Hermano Silencioso la sujetaba férreamente con una mano, mientras que la otra se cerraba sobre la empuñadura de la Espada Mortal.

—¡Charlotte! —Jessamine gritó lastimera—. Charlotte, por favor, ¡a la Ciudad Silenciosa no! Enciérrame en la cripta, entrégame al Consejo, pero, por favor, no me envíes sola a ese... ¡a ese cementerio! ¡Me moriré de miedo!

—Deberías haber pensado en eso antes de traicionarnos —replicó la mujer—. Hermano Enoch, llévatela, por favor.

La chica seguía chillando cuando el Hermano Silencioso la alzó y se la puso al hombro. Mientras Tessa los miraba boquiabierta, él salió de la sala, llevándosela. Los gritos y los sollozos de Jessamine resonaron por el pasillo hasta mucho después de que la puerta se cerrara tras ellos... y luego pararon de golpe.

—Jessamine... —comenzó Tessa.

—No le ha pasado nada. Seguramente le debe de haber puesto una runa de silencio. Eso es todo. No hay nada de lo que preocuparse —dijo la directora del Instituto, y se sentó en el borde de la cama. Se miró las manos, pensativa, como si no le pertenecieran—. Henry...

—¿Debo despertarlo, señora Branwell? —preguntó Sophie con suavidad.

—Está en la cripta, trabajando... No quería molestarlo. —La voz de Charlotte sonaba distante—. Jessamine ha estado con nosotros desde que era una niña. Hubiera sido demasiado para él, demasiado. Henry no es capaz de ninguna crueldad.

—Charlotte. —Tessa le tocó el hombro con suavidad—. Charlotte, tú tampoco eres cruel.

—Hago lo que debo hacer. No hay nada de lo que preocuparse —insistió ésta, y rompió a llorar.

## 14

### LA CIUDAD SILENCIOSA

Bramó ella: «Ardo por dentro.  
Ni un murmullo de respuesta.  
¿Qué será lo que me borrará los pecados  
y me salvará de morir?».

LORD ALFRED TENNYSON, *El Palacio de Arte*

—¿Jessamine? —repitió Henry, la que debía de ser la quinta o sexta vez—. No puedo creerlo. ¿Nuestra Jessamine?

Tessa se fijó en que cada vez que él lo decía, Charlotte tensaba un poco más los labios.

—Sí —dijo ella de nuevo—. Jessamine. Nos ha estado espiando e informando de todos nuestros movimientos a Nate, que le pasaba la información a Mortmain. ¿Debo repetirlo otra vez?

Henry la miró sorprendido.

—Perdón, cariño. Te he estado escuchando. Sólo que... —Suspiró—. Sabía que no era feliz aquí. Pero no pensaba que nos odiara.

—No creo que lo hiciera, o lo haga —repuso Jem, que se hallaba junto a la chimenea del salón, con un brazo sobre la repisa. No se habían reunido para desayunar como de costumbre; no se había dicho oficialmente por qué, pero Tessa supuso que la idea de ir a desayunar, con el lugar de Jessamine vacío, como si nada hubiera pasado, había sido demasiado para Charlotte.

Ésta sólo había llorado un instante aquella noche antes de recuperar la compostura; había rechazado los intentos de Sophie y de Tessa de ayudarla con paños fríos o té; había sacudido la cabeza secamente y repetido que no debía permitirse hundirse así, que era el momento de hacer planes, de la estrategia. Había ido a la habitación de Tessa, con ésta y la sirvienta corriendo tras ella, y había ido probando con las tablas de suelo hasta que sacó un librito, como una Biblia familiar, encuadernado en cuero blanco y envuelto en terciopelo. Se lo había metido en el bolsillo con una expresión de determinación, haciendo caso omiso a las preguntas de Tessa. Por la ventana, se veía el cielo comenzar a clarear con la pálida luz del amanecer. Con aspecto agotado, le dijo a Sophie que avisara a Bridget de que sirviera un desayuno sencillo en el salón, y se lo dijera a Cyril para que informara a los hombres. Luego se había ido.

Con la ayuda de la doncella, Tessa pudo, por fin, quitarse el vestido de Jessamine; se había bañado y se había puesto su propio vestido amarillo, el que Jessamine le había comprado. Pensó que el color podría mejorarle el ánimo, pero seguía sintiéndose triste y cansada.

Vio también tristeza y cansancio reflejados en el rostro de Jem cuando entró en el salón. El chico tenía ojeras, y apartó rápidamente la mirada de ella. Eso le dolió. También la hizo pensar en la noche anterior, con Will, en el balcón. Pero aquello había sido diferente, se dijo. Aquello había sido el resultado de los polvos de brujo, una locura pasajera. Nada como lo que había pasado entre Jem y ella.

—No creo que nos odiara... odie —repitió Jem en ese momento, corrigiendo el uso del pasado—.

Siempre ha sido alguien llena de deseos. Siempre ha estado tan desesperada...

—Es mi culpa —dijo Charlotte a media voz—. No la debería haber obligado a reconocer que es una cazadora de sombras cuando era algo que ella despreciaba con tanta intensidad.

—¡No, no! —Henry se apresuró a tranquilizar a su esposa—. Siempre has sido amable con ella. Has hecho todo lo que has podido. Hay mecanismos que están tan... tan rotos que no se pueden reparar.

—Jessamine no es un reloj, Henry —replicó su esposa en un tono remoto. Tessa se preguntó si seguiría enfadada con el hombre por no recibir a Woolsey Scott con ella, o si simplemente estaba enfadada con el mundo—. Quizá debería envolver el Instituto con un lazo y regalárselo a Benedict Lightwood. Ésta es la segunda vez que hemos tenido un espía bajo nuestro techo sin saberlo hasta después de que se hubiera infligido un considerable daño. Es evidente que soy una incompetente.

—En cierto sentido ha sido sólo un espía —comenzó su marido, pero se calló cuando Charlotte le lanzó una mirada que podría haber fundido el cristal.

—Si Benedict Lightwood está trabajando para Mortmain, no se le puede permitir que tenga la custodia del Instituto —dijo Tessa—. Lo cierto es que el baile que ofreció anoche debería ser suficiente para descalificarlo.

—El problema será probarlo —repuso Jem—. Benedict lo negará todo, y será su palabra contra la tuya..., y tú eres una subterránea...

—Está Will —mencionó Charlotte, frunciendo el ceño—. Y hablando de él, ¿dónde está?

—Sin duda durmiendo hasta tarde —contestó Jem—, y en cuanto a lo de ser testigo, bueno, todos creen que Will es un lunático...

—Ah —exclamó una voz desde la puerta—, os pillo en vuestra reunión anual de «todos creen que Will es un lunático», ¿eh?

—Es bianual —bromeó Jem—. Y no, no es esa reunión.

Will buscó a Tessa con los ojos.

—¿Saben lo de Jessamine? —preguntó. Parecía cansado, pero no tanto como ella hubiera pensado. Estaba pálido, sin embargo, había un entusiasmo contenido en él que era casi... alegría. Tessa notó que el estómago le daba un vuelco al recordar la noche anterior; las estrellas, el balcón, los besos...

¿Cuándo habría vuelto Will a casa?, pensó. ¿Cómo habría llegado? ¿Y por qué parecía tan... excitado? ¿Estaría horrorizado por lo que había pasado en el balcón entre ellos, o lo encontraría muy divertido? Y, Dios santo, ¿se lo habría contado a Jem? «Polvos de brujo», se repitió desesperada. No había sido ella misma, no había actuado por propia voluntad. Sin duda, Jem podría entenderlo. Le rompería el corazón hacer daño a Jem. Si a él le importaba...

—Sí, saben lo de Jessamine —contestó rápidamente—. La han interrogado con la Espada Mortal y la han llevado a la Ciudad Silenciosa, y en este momento estamos reunidos para decidir qué hacer ahora, y es muy importante. Charlotte estaba muy afectada.

Ésta la miró perpleja.

—Bueno, lo estás —dijo Tessa, casi sin aliento por hablar tan de prisa—. Y estabas preguntando por Will...

—Y aquí estoy —repuso éste, mientras se dejaba caer en una silla junto a Jem. Llevaba un brazo vendado, y la manga bajada en parte sobre la venda. Las uñas de esa mano estaban llenas de sangre seca—. Me alegro de oír que Jessamine está en la Ciudad Silenciosa. El mejor lugar para ella. ¿Cuál es



el siguiente paso?

—Ésa es justamente la reunión que tratamos de tener —ironizó Jem.

—Bueno, ¿quién sabe que está allí? —preguntó Will, siendo práctico.

—Sólo nosotros —contestó Charlotte— y el hermano Enoch, pero él ha accedido a no informar a la Clave hasta dentro de un día o así. Hasta que decidamos qué hacer. Lo que me recuerda que deberé tener unas palabras contigo, Will, por salir corriendo a casa de Benedict Lightwood sin informarme, y por llevar a Tessa contigo.

—No había tiempo que perder —se excusó el muchacho—. Para cuando te hubiéramos despertado y hubiéramos conseguido que aceptaras el plan, Nathaniel podría haberse marchado. Y no puedes decir que fuera una terrible idea. Hemos averiguado mucho sobre Nathaniel y Benedict Lightwood...

—Nathaniel Gray y Benedict Lightwood no son Mortmain.

Will hizo un dibujo en el aire con sus largos y elegantes dedos.

—Mortmain es la araña en el corazón de la telaraña —sentenció—. Cuanto más averiguamos, más sabemos de hasta dónde llega su alcance. Antes de anoche no teníamos ni idea de que tuviera ninguna conexión con los Lightwood; ahora sabemos que Benedict es su marioneta. Yo propongo que vayamos a la Clave e informemos sobre Benedict y Jessamine. Dejemos que Wayland se encargue de ellos. Veamos qué cuenta Benedict bajo la Espada Mortal.

Charlotte se negó.

—No, no... no creo que podamos hacer eso.

Will echó la cabeza hacia atrás.

—¿Y por qué no?

—Jessamine dijo que eso era exactamente lo que Mortmain quería que hiciéramos. Y lo dijo bajo la influencia de la Espada Mortal. No estaba mintiendo.

—Pero podría estar equivocada —repuso Will—. Mortmain podría haber previsto esta circunstancia y haber hecho que Nate le metiera esa idea en la cabeza.

—¿Crees que Mortmain podría haber pensado con tanta previsión? —preguntó Henry.

—Sin duda —contestó Will—. Ese hombre es un estratega. —Se dio unos toques en la sien—. Como yo.

—¿Así que tú crees que debemos acudir a la Clave? —inquirió Jem.

—Claro que no —exclamó Will—. ¿Y si fuera cierto? Entonces nos sentiríamos como completos idiotas.

La directora alzó las manos.

—Pero acabas de decir...

—Ya sé lo que he dicho —lo interrumpió Will—. Pero hay que mirar las consecuencias. Si vamos a la Clave y nos equivocamos, entonces habremos jugado a favor de Mortmain. Aún nos quedan unos días para que se cumpla el plazo. Acudir a la Clave antes no nos sirve de nada. Si investigamos y podemos proceder con más seguridad...

—¿Y cómo propones que investiguemos? —quiso saber Tessa.

Will volvió la cabeza para mirarla. No había nada en sus ojos azules que recordara al Will de la noche anterior, que la había acariciado con tanta ternura, que había susurrado su nombre como si fuera un secreto.

—El problema con interrogar a Jessamine es que incluso obligada a decir la verdad, lo que sabe es

limitado. Sin embargo, tenemos otra conexión con el Magíster. Alguien que seguro que sabe mucho más. Tu hermano. Él aún confía en Jessamine. Si ella lo llama, entonces podremos capturarlo.

—Jessamine nunca accederá a hacerlo —aventuró Charlotte—. No ahora...

Will la miró muy serio.

—Estáis todos atontados, ¿no? —soltó él—. Claro que no. Le pediremos a Tessa una repetición de su papel estelar como Jessamine, la joven dama traidora.

—Eso parece peligroso —apuntó Jem a media voz—. Para Tessa.

Ésta lo miró rápidamente, y captó un destello en sus ojos plateados. Era la primera vez que él la había mirado desde que ella había salido de su dormitorio aquella noche. ¿Se había imaginado la preocupación en su voz cuando había hablado del peligro que correría ella, o era simplemente la preocupación que Jem sentía por cualquiera? No desear su muerte era una simple cortesía, no..., no lo que ella esperaba que él sintiera.

—Tessa no tiene miedo —repuso Will—. Y no correrá gran peligro. Nosotros enviaremos una nota para concertar un encuentro en un lugar donde podamos caer sobre él con facilidad y rapidez. Los Hermanos Silenciosos pueden torturarlo hasta que nos dé la información que necesitamos.

—¿Torturar? —se extrañó Jem—. Es el hermano de Tessa...

—Torturadlo —replicó ésta—. Si es necesario. Os doy mi permiso.

Charlotte la miró sorprendida.

—No puedes decirlo en serio.

—Dijiste que había una manera de escarbar en su mente en busca de secretos —explicó la mundana—. Te pedí que no lo hicieras, y no lo hiciste. Te lo agradezco, pero no te haré mantener esa promesa. Escarbad en su mente si es necesario. Todo esto es más importante para mí incluso que para vosotros, ya lo sabes. Para vosotros se trata del Instituto y de la seguridad de los cazadores de sombras. A mí también me importa eso, Charlotte. Pero Nate está trabajando para Mortmain. Mortmain, que quiere atraparme y usarme para algo que sigo sin saber qué es. Mortmain, que puede saber qué soy. Nate le dijo a Jessamine que mi padre era un demonio y mi madre una cazadora de sombras...

Will se incorporó en su asiento.

—Eso es imposible —saltó—. Cazadores de sombras y demonios... no pueden procrear. No pueden producir hijos vivos.

—Entonces, quizá fuera una mentira, como la mentira de que Mortmain estaba en Idris —dedujo Tessa—. Eso no quiere decir que Mortmain no sepa la verdad. Debo saber qué soy. Y además, creo que eso es la clave de por qué me quiere.

Había tristeza en los ojos de Jem cuando la miró, y luego alejó la mirada.

—Muy bien —aceptó—. Will, ¿cómo propones que lo atraigamos a ese encuentro? ¿Crees que conoce la letra de Jessamine? ¿Es posible que tengan alguna señal secreta entre ambos?

—Debemos convencer a Jessamine —respondió Will— de que nos ayude.

—Por favor, no sugieras que la torturemos —replicó Jem, irritado—. Ya se ha usado la Espada Mortal. Nos ha dicho todo lo que puede...

—La Espada Mortal no nos dio sus lugares de reunión ni cualquier código o nombre cariñoso que puedan usar —contestó Will—. ¿No lo entiendes? Ésta es la última oportunidad de Jessamine. Su última oportunidad de cooperar. De conseguir clemencia de la Clave. De ser perdonada. Incluso si Charlotte conserva el Instituto, ¿crees que dejarán el destino de Jessamine en nuestras manos? No,

estará en manos del Cónsul y el Inquisidor. Y no serán amables. Si no hace esto por nosotros, puede perder su vida.

—No estoy muy segura de que le importe su vida —comentó Tessa.

—A todo el mundo le importa —repuso Will—. Todo el mundo quiere vivir.

Jem se volvió de golpe y miró al fuego.

—La pregunta es a quién podemos enviar para persuadirla —señaló Charlotte—. Yo no puedo ir. Me odia y me culpa más que a nadie.

—Podría ir yo —propuso Henry, con su amable cara marcada por la preocupación—. Tal vez pudiera razonar con la pobre chica, hablarle de la locura del primer amor, de lo rápido que desaparece ante las duras realidades de la vida...

—No. —El tono de Charlotte era definitivo.

—Bueno, dudo mucho que quiera verme a mí —dijo Will—. Tendrá que ser Jem. Es imposible odiarlo. Incluso ese demonio de gato lo adora.

Jem dejó escapar aire, aún mirando hacia el fuego.

—Iré a la Ciudad Silenciosa —aceptó—. Pero Tessa tiene que venir conmigo.

La chica lo miró perpleja.

—Oh, no —contestó—. Me parece que Jessamine no me aprecia mucho. Cree que lo he traicionado terriblemente al disfrazarme de ella, y lo cierto es que no puedo culparla.

—Sí —admitió Jem—, pero eres la hermana de Nate. Si lo ama como dices que lo ama... —Sus ojos se encontraron con los de ella—. Conoces a Nate. Puedes hablar de él con autoridad. Puede que le hagas creer lo que yo no podría.

—Muy bien —accedió Tessa—. Lo intentaré.

Eso pareció indicar el final del desayuno; Charlotte corrió a llamar para que un carruaje de la Ciudad Silenciosa fuera a recogerlos; así era como a los Hermanos les gustaba hacer las cosas, explicó. Henry regresó a su cripta y sus inventos, y Jem, después de murmurar algo a Tessa, fue a buscar su abrigo y su sombrero. Sólo Will se quedó, mirando el fuego, y Tessa, al ver que no se iba, esperó hasta que la puerta se cerró tras Jem y fue a colocarse entre Will y las llamas.

Él alzó lentamente la mirada. Aún llevaba la ropa de la noche anterior, aunque la blanca pechera estaba manchada de sangre y la levita desgarrada. También tenía un corte en la mejilla, bajo el ojo izquierdo.

—Will.

—¿No se supone que tienes que ir con Jem?

—E iré —replicó ella—. Pero antes necesito que me prometas algo.

Él miró el fuego; Tessa podía ver las bailoteantes llamas reflejadas en sus pupilas.

—Entonces, dime rápido lo que es. Tengo asuntos importantes que atender. Y tengo planeado estar de mal humor toda la tarde, seguido, quizá, de una noche de melancolía *byrónica* y luego algo de disipación.

—Disipa todo lo que quieras. Sólo quiero que me asegures que no le dirás a nadie lo que ocurrió entre nosotros anoche en el balcón.

—¿Oh, eras tú! —soltó Will, con el aire de alguien que acaba de recordar un detalle sorprendente.

—Déjate de tonterías —replicó ella, dolida a pesar de todo—. Estábamos bajo el influjo de unos polvos de brujos. No significó nada. Incluso ni me culpo por lo ocurrido, por muy tonto que te estés poniendo ahora. Pero no hace falta que nadie más lo sepa, y si fueras un caballero...

—Pero no lo soy.

—Pero sí eres un cazador de sombras —contraatacó ella con veneno en la voz—. Y no hay futuro para un cazador de sombras que tontea con brujos.

Los ojos de Will refulgieron.

—Ya me aburre meterme contigo, Tess.

—Dame tu palabra de que no se lo dirás a nadie, ni siquiera a Jem, y me iré y dejaré de aburrirte.

—Tienes mi palabra, por el Ángel —dijo él—. Para empezar, no era algo de lo que tuviera la intención de alardear. Aunque no sé por qué estás tan interesada en que nadie aquí sospeche de tu falta de virtud.

La imagen de Jem destelló en la cabeza de Tessa.

—No —replicó ella—. No lo sabes.

Se volvió en redondo sobre los talones, se marchó de la sala y lo dejó mirándola perplejo.

Sophie se apresuraba por Piccadilly, con la cabeza gacha y los ojos clavados en el pavimento. Estaba acostumbrada a los murmullos apagados y algunas que otras miradas fijas cuando salía y le veían la cicatriz; había perfeccionado una manera de caminar que le ocultaba el rostro bajo el ala del sombrero. No se avergonzaba de esa marca, pero odiaba las miradas de compasión de quienes se la veían.

Llevaba uno de los vestidos viejos de Jessamine. Todavía no había pasado de moda, pero Jessamine era una de esas chicas que llamaban «histórico» a cualquier vestido que hubiera llevado más de tres veces, y o bien los dejaba de lado o los rehacía. Era un vestido de rayas verdes y blancas, en una seda con aguas. El sombrero estaba adornado con unas florecillas de cera, blancas y con hojas verdes. En conjunto, pensaba Sophie, podía pasar por una muchacha de buena familia —sobre todo si se cubría las ásperas manos con un par de guantes de cabritilla—, excepto por el hecho de que estaba en la calle sola.

Vio a Gideon antes de que él la viera. Estaba apoyado contra una farola cerca de la gran puerta de la caballeriza, verde claro, de Fortnum & Mason. A Sophie, el corazón le dio un vuelco dentro del pecho al mirarlo, tan apuesto vestido de oscuro, consultando la hora en un reloj de oro sujeto al bolsillo del chaleco por una fina cadena. Sophie se detuvo un momento, observando a la gente pasar alrededor, la ajetreada vida londinense rugiendo ante él, y Gideon tan tranquilo como una roca en medio de un furioso torrente. Todos los cazadores de sombras tenían algo así, esa calma, esa tenebrosa aura de separación que los mantenía lejos de la corriente de la vida mundana.

Entonces, él alzó la mirada y la vio, y sonrió con esa sonrisa que le iluminaba todo el rostro.

—Señorita Collins —dijo, yendo hacia ella, y ella también fue hacia él, sintiendo al hacerlo que estaba entrando en el círculo de su separación. El continuo ruido del tráfico, tanto de peatones como de vehículos, pareció disminuir, y sólo fueron Gideon y ella, mirándose en la calle.

—Señor Lightwood —repuso Sophie.

El rostro de él cambió, sólo un poco, pero ella se percató. También vio que él sujetaba algo en la mano izquierda, una cesta de picnic trenzada. Ella miró la cesta y luego a él.

—Una de las famosas cestas de Fortnum & Mason —explicó él con una sonrisa de medio lado—. Queso stilton, huevos de codorniz, mermelada de pétalos de rosa...

—Señor Lightwood —repitió ella, interrumpiéndolo para su propia sorpresa. Un sirviente nunca

interrumpía a un caballero—. He estado de lo más inquieta, inquieta en mi propia cabeza, ya me entiende, sobre si debía venir aquí o no. Finalmente he decidido que debía hacerlo, aunque sólo fuera para decirle cara a cara que no puedo verle. He pensado que se lo merecía, aunque no estoy segura.

Él la miró, asombrado, y en ese momento, ella vio no a un cazador de sombras sino a un chico normal, como Thomas o Cyril, con una cesta de picnic en la mano e incapaz de ocultar su sorpresa y su decepción.

—Señorita Collins, si he hecho algo que la haya ofendido...

—No puedo verle. Eso es todo —zanjó la conversación Sophie, y se volvió, con la intención de apresurarse a regresar por donde había llegado. Si se daba prisa, podría coger el siguiente ómnibus de vuelta a la City...

—Señorita Collins, por favor. —Era Gideon, tras ella. No la tocó, pero caminaba a su lado, con expresión consternada—. Ya sé qué es —añadió de repente—. Will. Se lo ha dicho, ¿verdad?

—Que diga eso me da a entender que hay algo que contar.

—Señorita Collins, se lo puedo explicar. Sólo venga conmigo... por aquí.

Él torció una esquina, y ella se encontró siguiéndolo, inquieta. Se hallaban ante St. James's Church; él la llevó por un lado y luego por una estrecha calle que cubría la separación entre Piccadilly y Jermyn Street. Allí todo estaba más tranquilo, aunque no desierto; varios peatones que pasaban les lanzaron miradas curiosas; la chica marcada y el apuesto chico de rostro pálido, dejando con cuidado una cesta de picnic a sus pies.

—Es por anoche —dijo él—. El baile en casa de mi padre en Chiswick. Me pareció ver a Will. Y me preguntaba si se lo contaría al resto de ustedes.

—Entonces, ¿lo confiesa? Que usted se hallaba allí, en ese depravado..., ese inapropiado...

—¿Inapropiado? Era mucho peor que inapropiado —repuso Gideon, con más pasión de la que ella nunca le había oído emplear. A su espalda, la campana de la iglesia dio la hora; él pareció no oírla—. Señorita Collins, todo lo que puedo hacer es jurarle que hasta anoche no tenía ni idea de la escoria con la que mi padre se codea y los hábitos destructivos a los que se entrega. He estado en España los últimos meses...

—¿Y él no era así antes? —preguntó Sophie, incrédula.

—No del todo. Es difícil de explicar. —Su mirada fue más allá de ella, y sus ojos verde gris se veían más tormentosos que nunca—. Mi padre siempre ha sido de los que desobedecen las convenciones, que caminan por el límite de la Ley, si no es que llegan a transgredirla. Siempre nos había enseñado que todo el mundo funcionaba así, que todos los cazadores de sombras lo hacían. Y nosotros, Gabriel y yo, al haber perdido a nuestra madre, no teníamos ningún ejemplo mejor que seguir. No fue hasta que llegué a Madrid cuando comencé a comprender hasta dónde llegaba la... incorrección de mi padre. No todo el mundo desobedece la Ley y tuerce las reglas, y se me trató como si fuera algún tipo de monstruo por creer que eso era así, hasta que me enmendé. La investigación y la observación me han llevado a creer que se me dieron unos principios muy malos para seguir, y que se hizo de forma deliberada. Sólo podía pensar en Gabriel y en cómo podría salvarlo de ese descubrimiento o, al menos, de llegar a él de una manera tan brusca.

—¿Y su hermana, la señorita Lightwood?

Gideon negó con la cabeza.

—Ella había estado protegida de todo eso. Mi padre cree que las mujeres no han de tener nada que ver con los aspectos más oscuros del submundo. No, soy yo quien él cree que debe conocer sus

relaciones, porque soy el heredero de los Lightwood. Pensando en eso fue como mi padre me llevó con él a la fiesta de anoche, en la cual, supongo, Will me vio.

—¿Usted sabía que él estaba allí?

—Estaba tan asqueado por lo que veía en esa sala que finalmente conseguí abrirme paso y salí al jardín para tomar aire fresco. El hedor de los demonios me provocaba náuseas. Allí fuera, vi a alguien conocido persiguiendo a un demonio azul por el parque con una gran determinación.

—¿El señor Herondale?

El muchacho se encogió de hombros.

—No tenía ni idea de qué estaba haciendo allí; sabía que no podían haberlo invitado, y no me imaginaba cómo se habría enterado de la fiesta. Tampoco sabía con qué relacionar su persecución del demonio. No he estado seguro hasta que he visto la mirada en su rostro cuando usted me ha mirado, ahora mismo...

—Pero ¿le ha dicho usted algo a su padre o a Gabriel? —La voz de Sophie se oyó más alta y seca—. ¿Lo saben? ¿Lo del señorito Will?

Él negó lentamente con la cabeza.

—No les he dicho nada. No creo que esperaran allí a Will de ningún modo. Se supone que los cazadores de sombras del Instituto deben estar persiguiendo a Mortmain.

—Y lo están —afirmó Sophie lentamente, y cuando la única expresión de él fue de incompreensión, añadió—: Esas criaturas mecánicas de la fiesta de su padre, ¿de dónde cree usted que proceden?

—No pensé nada..., supuse que eran algún tipo de juguetes de los demonios...

—Sólo pueden proceder de Mortmain —aseveró Sophie—. Usted no ha visto a sus autómatas antes, pero el señor Herondale y la señorita Gray sí, y ambos estaban seguros.

—Pero ¿por qué mi padre tiene algo de Mortmain?

Sophie meneó la cabeza.

—Quizá no debería hacerme preguntas de las que no quiere saber las respuestas, señor Lightwood.

—Señorita Collins. —El cabello le cayó sobre los ojos; se lo echó hacia atrás con un gesto impaciente—. Señorita Collins, sé que cualquier cosa que me diga será la verdad. En muchos sentidos, de todas las personas que he conocido en Londres, la encuentro la más digna de confianza... mucho más que mi propia familia.

—Eso me parece una gran desgracia, señor Lightwood, porque hace muy poco tiempo que nos conocemos.

—Espero cambiar eso. Al menos camine hasta el parque conmigo, Soph... señorita Collins. Explíqueme esa verdad de la que habla. Si entonces aún desea no tener más relación conmigo, respetaré sus deseos. Sólo le pido una hora de su tiempo. —Le rogó con la mirada—. ¿Por favor?

Casi contra su voluntad, Sophie sintió compasión por ese chico de ojos tormentosos que parecía tan solo.

—Muy bien —contestó—. Iré al parque con usted.

Todo un viaje en carruaje con Jem, pensó Tessa, y el estómago se le retorció mientras se ponía los guantes y se lanzaba una última mirada en el espejo de su dormitorio. Hacía sólo dos noches, esa idea no le había producido ninguna sensación nueva o rara; había estado preocupada por Will, y había sentido curiosidad por Whitechapel, y Jem la había distraído amablemente mientras viajaban, hablando

de latín, griego y *parabatai*.

¿Y esta vez? Sentía como si tuviera un montón de mariposas sueltas en el estómago ante la idea de estar encerrada en un espacio pequeño con él. Se contempló el pálido rostro en el espejo, se pellizcó las mejillas y se mordió los labios para darles color; luego cogió el sombrero que estaba en la percha junto al tocador. Se lo colocó sobre el cabello castaño; se descubrió deseando tener rizos dorados como los de Jessamine, y pensó: «¿Podría?». ¿Le sería posible Cambiar sólo una pequeña parte de sí misma, concederse un cabello reluciente o quizá una cintura más estrecha o labios más carnosos?

Se apartó del espejo, negando con la cabeza. ¿Cómo no había pensado antes en eso? Pero con todo, la simple idea de hacerlo le parecía como una traición a su propio rostro; si incluso sus propios rasgos no eran con los que había nacido, ¿cómo podría justificar esa exigencia, esa necesidad de saber cuál era su propia naturaleza? «¿No sabe que no existe una Tessa Gray?», le había dicho Mortmain. Si empleaba su poder para volver sus ojos de color azul cielo o para oscurecerse las pestañas, ¿no le estaría dando la razón?

Meneó la cabeza para tratar de quitarse esos pensamientos de encima mientras salía corriendo de su dormitorio y se disponía a bajar la escalera hasta la entrada del Instituto. Un carruaje negro, sin escudo de armas, esperaba en el patio, tirado por dos caballos del color del humo. En el asiento del cochero se hallaba un Hermano Silencioso, no era el hermano Enoch sino otro de sus hermanos al que Tessa no reconoció. Su rostro no estaba tan marcado como el de Enoch, por lo que pudo ver bajo la capucha.

Comenzaba a bajar la escalera cuando la puerta se abrió a su espalda y Jem salió; hacía frío, él llevaba un abrigo gris ligero que hacía que su cabello y sus ojos se vieran más plateados que nunca. El muchacho miró hacia el cielo, igualmente gris, cargado de nubes de bordes negros.

—Será mejor que nos metamos en el carruaje antes de que comience a llover.

Era una frase bien corriente, pero de todas formas, Tessa se quedó sin habla. Lo siguió en silencio hasta el vehículo y le permitió ayudarla a subir. Mientras él hacía lo propio detrás y cerraba la puerta, Tessa se fijó en que no llevaba su bastón espada.

Comenzaron a avanzar con una sacudida. Tessa, con la mano en la ventanilla, soltó un grito.

—¡Las verjas... están cerradas! El carruaje...

—Chist. —Jem le puso la mano en el brazo. Ella no pudo evitar ahogar un grito cuando el carruaje alcanzó las verjas de hierro cerradas con un candado... y pasó a través de ellas, como si no fueran más sólidas que el aire. Tessa notó que soltaba el aire con una exhalación de sorpresa—. Los Hermanos Silenciosos poseen magias extrañas —comentó él y dejó caer la mano.

En ese momento comenzó a llover, y el cielo se abrió como si fuera una bolsa de agua caliente pinchada. La chica contempló fijamente el exterior apartando la cortina mientras el coche pasaba a través de los viandantes como si fueran fantasmas, se metía en las aberturas más pequeñas entre edificios, traqueteaba por un patio y luego por un almacén, con cajas por todos lados, y finalmente aparecía en Embankment, que estaba resbaladizo y húmedo por la lluvia además de por el agua gris del Támesis.

—Oh, Dios santo —exclamó Tessa y cerró la cortina—. Dime que no vamos directos al río.

Jem rió. Incluso con la impresión, esas risas fueron bien recibidas.

—No. Los carruajes de la Ciudad Silenciosa sólo viajan por tierra, que yo sepa, aunque sí que viajan de una forma peculiar. Las primeras veces es un poco impresionante, pero te acostumbras.

—¿De verdad? —Tessa lo miró directamente. Ése era el momento. Tenía que decirlo antes de que

su amistad comenzara a resentirse más. Antes de que pudiera haber más tensión—. Jem.

—¿Sí?

—De... debes saber... lo mucho que tu amistad significa para mí —comenzó torpemente—. Y... Una expresión de dolor cruzó el rostro del chico.

—No, por favor.

Cogida a contrapié, Tessa se lo quedó mirando sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre que dices la palabra «amistad», se me clava como un cuchillo —contestó él—. Ser amigos es algo muy bonito, Tessa, y no lo desprecio, pero ya llevo tiempo esperando que pudiéramos ser más que amigos. Y pensé, después de la otra noche, que mis esperanzas no eran vanas. Pero ahora...

—Ahora lo he estropeado todo —susurró ella—. Lo siento muchísimo.

Él miró por la ventana; ella pudo sentir que estaba tratando de controlar alguna fuerte emoción.

—No debes disculparte por no corresponder a mis sentimientos.

—Pero... —Estaba perpleja, y sólo podía pensar en calmar el dolor de Jem, en hacerle sentirse menos herido—. Me estaba disculpando por mi comportamiento de la otra noche. Fue atrevido e inexcusable. Lo que debes de pensar de mí...

Él la miró sorprendido.

—Tessa, no puedes creer eso, ¿verdad? He sido yo quien se ha comportado de una forma inexcusable. Casi ni he podido mirarte después, pensando en lo mucho de que debías de despreciarme...

—Nunca podría despreciarte —dijo Tessa—. No he conocido nunca a nadie tan amable y bueno como tú. Pensaba que eras tú el que estabas decepcionado de mí. Que me despreciabas.

Jem parecía asombrado.

—¿Cómo podría despreciarte cuando fue mi propia locura lo que condujo a lo que pasó entre nosotros? Si no hubiera estado tan desesperado, hubiera mostrado más control.

«Quiere decir que hubiera tenido suficiente control para pararme —pensó Tessa—. No espera que yo me comporte con propiedad. Supone que no está en mi naturaleza».

Tessa volvió a mirar fijamente por el trozo de ventanilla que no tapaba la cortina. El río era visible: botes negros cabeceando en la marea, la lluvia mezclándose con el agua sucia.

—Tessa. —Se movió para sentarse a su lado en vez de enfrente, con su rostro, ansioso y hermoso, cerca del de ella—. Sé que a las chicas mundanas se les enseña que no han de tentar a los hombres. Que los hombres son débiles y las mujeres tienen que contenerlos. Te aseguro que las costumbres de los cazadores de sombras son diferentes. Más igualitarias. Fue responsabilidad de los dos hacer... lo que hicimos.

Ella se lo quedó mirando. Era tan amable..., pensó. Parecía leerle los temores en el corazón y hacer algo para borrarlos antes de que ella pudiera expresarlos en voz alta.

Pensó en Will. En lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior. Apartó el recuerdo del frío aire que los rodeaba, del calor que emanaban de sus cuerpos mientras se abrazaban. La habían drogado, y también a él. Nada de lo que habían dicho o hecho significaba más que los balbuceos de un adicto al opio. No hacía falta decírselo a nadie; no había significado nada. Nada.

—Di algo, Tessa. —A Jem le temblaba la voz—. Me temo que piensas que lamento lo ocurrido esa noche. No es cierto. —Le rozó la muñeca con el pulgar, la piel desnuda entre el puño del vestido y el



guante—. Sólo lamento que ocurriera tan pronto. Me hubiera gustado... cortejarte antes. Llevarte a pasear, con una carabina.

—¿Una carabina? —Tessa se echó a reír a pesar de sí misma.

Él continuó decidido:

—Explicarte mis sentimientos antes de mostrártelos. Escribirte poemas...

—No te gusta la poesía —repuso Tessa, y en la voz se le escapó una media carcajada de alivio.

—No. Pero tú me haces querer escribirla. ¿No cuenta eso para nada?

Tessa sonrió. Se inclinó y lo miró a la cara, tan cerca de ella que podía distinguir cada pestaña por separado, las leves cicatrices en su blanco cuello donde antes había Marcas.

—Eso casi parece preparado, James Carstairs. ¿A cuántas chicas has hecho perder la cabeza con esa observación?

—Sólo hay una chica a la que me importa hacerle perder la cabeza —contestó él—. La pregunta es: ¿la pierde?

Ella le sonrió.

—La pierde.

Un momento después, sin saber muy bien cómo había pasado, él la estaba besando, sus labios suaves sobre los de ella, la mano cubriéndole la mejilla y la barbilla, sujetándole el rostro. Tessa oyó un leve crujido y se dio cuenta de que era el ruido de las flores de seda del sombrero al chafarse contra el lateral del carruaje cuando el cuerpo de él presionó el de ella hacia el respaldo del asiento. Ella le agarró las solapas del abrigo, tanto para mantenerlo cerca como para no caerse.

El carruaje se detuvo con una sacudida. Jem se apartó de ella, perplejo.

—Por el Ángel —dijo—. Quizá sí que necesitamos una carabina.

Tessa meneó la cabeza.

—Él. Yo...

Él seguía pareciendo anonadado.

—Creo que será mejor que me siente allí —afirmó, y se pasó al asiento frente a él. Tessa miró hacia la ventanilla. Vio que el Parlamento se alzaba sobre ellos, con las oscuras torres contrastando con un cielo que clareaba. Había dejado de llover. Tessa no estaba segura de por qué se había interrumpido la marcha; lo cierto fue que el vehículo siguió adelante al cabo de un rato, rodando directamente hacia lo que parecía un pozo de sombras negras que se había abierto ante ellos. Esta vez ya sabía lo suficiente para no ahogar un grito de sorpresa; se sumergieron en la oscuridad, y luego emergieron a una gran sala de basalto iluminada con antorchas que ella recordaba de la reunión del Consejo.

El carruaje se detuvo y las puertas se abrieron. Varios Hermanos Silenciosos se quedaron al otro lado, con el hermano Enoch a la cabeza. Dos hermanos los franquearon, cada uno sujetando una ardiente antorcha. Llevaban la capucha echada hacia atrás. Ambos eran ciegos, aunque sólo a uno, como a Enoch, parecía faltarle los ojos; los otros los tenían cerrados, con runas escritas en negro sobre ellos. Todos tenían la boca cosida.

*Bienvenida de nuevo a la Ciudad Silenciosa, hija de Lilith*, dijo el hermano Enoch.

Por un momento, Tessa quiso buscar la mano de Jem para notar su cálida presión, para que fuera él quien la ayudara a descender del coche. Entonces pensó en Charlotte. Charlotte tan pequeña y fuerte, que no se apoyaba en nadie.

Bajó sola, y los tacones de sus botas resonaron sobre el suelo de basalto.

—Gracias, hermano Enoch —respondió—. Estamos aquí para ver a Jessamine Lovelace. ¿Nos

llevarán con ella?

Los prisioneros de la Ciudad Silenciosa se hallaban bajo el primer nivel, más allá de pabellón de las Estrellas Parlantes. Una lúgubre escalera conducía hasta allí. Los Hermanos Silenciosos pasaron primero, seguidos de Jem y Tessa, que no se habían hablado desde que descendieron del carruaje. Aunque no era un mutismo tenso. Había algo en la abrumadora grandeza de la Ciudad de Hueso, con sus enormes mausoleos y sus altísimos arcos, que la hacía sentirse como si se hallara en un museo o una iglesia, donde se imponía el silencio.

Al final de la escalera, un corredor serpenteaba en dos sentidos; los Hermanos Silenciosos torcieron hacia la izquierda, y guiaron a Jem y a Tessa casi hasta el final del mismo. Mientras avanzaban, pasaban ante filas y filas de pequeñas estancias, cada una con una puerta barrada y candado. Todas contenían una cama, un lavamanos y nada más. Las paredes eran de piedra, y el olor era de agua y humedad. Tessa se preguntó si se encontrarían bajo el Támesis, o en algún lugar totalmente diferente.

Finalmente, los Hermanos Silenciosos se detuvieron ante una puerta, la penúltima del pasillo. El hermano Enoch tocó el candado y las cadenas que la cerraban cayeron al suelo.

*Sed bienvenidos*, dijo el hermano Enoch, mientras se apartaba. *Os esperaremos fuera*.

Jem puso la mano en el picaporte y vaciló, mirando a Tessa.

—Quizá deberías hablar con ella un momento a solas. De mujer a mujer.

Tessa se quedó sorprendida.

—¿Estás seguro? La conoces mejor que yo...

—Pero tú conoces a Nate —repuso Jem, y apartó los ojos de ella durante un instante. Tessa tuvo la sensación de que había algo que no le quería decir. Era una sensación tan poco habitual cuando se trataba de Jem que no estaba segura de cómo reaccionar—. Me reuniré contigo en unos momentos, en cuanto la hayas tranquilizado.

Tessa asintió con lentitud. El hermano Enoch abrió la puerta, y ella entró, estremeciéndose levemente cuando la pesada puerta se cerró de golpe a su espalda.

Era una habitación pequeña, como las otras, de piedra. Había un lavamanos y lo que debía de haber sido una jarra de agua; estaba hecha pedazos en el suelo, como si alguien la hubiera tirado con fuerza contra la pared. En la estrecha cama se hallaba sentada Jessamine, vestida con un sencillo camisón blanco, envuelta en una basta manta. El cabello le caía sobre los hombros como serpientes retorcidas, y tenía los ojos rojos.

—Bienvenida Tessa. Bonito lugar para vivir, ¿no te parece? —ironizó Jessamine. La voz le sonaba áspera, como si tuviera la garganta hinchada de tanto llorar. Miró a la mundana, y le comenzó a temblar el labio inferior—. ¿Te... te ha enviado Charlotte para llevarme de vuelta al Instituto?

Tessa negó con la cabeza.

—No.

—Pero... —Los ojos comenzaron a llenarse de lágrimas—. No puede dejarme aquí. Puedo oírlos, durante toda la noche. —Se estremeció y se arrebujó más en la manta.

—¿Qué puedes oír?

—A los muertos —contestó Jessamine—. Susurrando en sus tumbas. Si estoy aquí mucho tiempo, me uniré a ellos. Lo sé.

Tessa se sentó en el borde de la cama y, con cuidado, le tocó el cabello, acariciándole los enredos.

—Eso no pasará —le garantizó, y Jessamine comenzó a sollozar. Se le sacudían los hombros. Impotente, Tessa paseó la vista por la estancia, como en busca de algo que en esa miserable celda pudiera darle la inspiración que necesitaba—. Jessamine, te he traído algo.

La chica alzó el rostro muy lentamente.

—¿Es de Nate?

—No —respondió Tessa con suavidad—. Es algo tuyo. —Lo extrajo del bolsillo y extendió la mano hacia Jessamine. En la palma tenía una diminuta muñequita que había sacado de la cuna de la casa de muñecas de Jessamine—. Bebé Jessie.

Jessamine hizo un «oh» gutural y arrebató la muñeca de la mano de Tessa. Se la apretó con fuerza contra el pecho. Los ojos se le anegaron, y las lágrimas comenzaron a dejar churretes en la suciedad de su rostro. Tessa pensó que daba mucha pena verla. Con sólo que...

—Jessamine —habló Tessa de nuevo. Le parecía como si la joven fuera un animal que necesitara calmarse, y que repetir su nombre en un tono amable pudiera contribuir a ello—. Necesitamos que nos ayudes.

—Para traicionar a Nate —soltó Jessamine—. Pero no sé nada. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Sí, sí que lo sabes. —Era Jem, que entraba en la celda. Estaba sonrojado y le faltaba el aliento, como si hubiera estado corriendo. Lanzó a Tessa una mirada cómplice y cerró la puerta a su espalda—. Sabes exactamente por qué estás aquí, Jessie...

—¡Porque me he enamorado! —soltó ésta—. Tú deberías saber cómo es. Veo cómo miras a Tessa. —Lanzó a ésta una mirada envenenada mientras la mundana se ruborizaba—. Como mínimo, Nate es humano.

Jem no perdió la compostura.

—No he traicionado al Instituto por Tessa —repuso—. No he mentido y he puesto en peligro a los que siempre me han cuidado desde que me quedé huérfano.

—Si no eres capaz de hacerlo —dijo Jessamine—, entonces no la amas de verdad.

—Si ella me lo pidiera —replicó Jem—, yo sabría que ella no me ama realmente.

Jessamine tragó aire y apartó el rostro de él, como si la hubiera abofeteado.

—Tú —habló en una voz apagada—. Siempre he pensado que eras el mejor. Pero eres horrible. Todos sois horribles. Charlotte me torturó con la Espada Mortal hasta que se lo conté todo. ¿Qué más puede querer de mí? Ya me habéis obligado a traicionar al hombre al que amo.

Con el rabillo del ojo, Tessa vio a Jem poner los ojos en blanco. Había cierta teatralidad en la desesperación de Jessamine, como la había en todo lo que hacía, pero bajo ese papel de mujer injustamente tratada en el que se había metido, Tessa notó que estaba realmente asustada.

—Sé que amas a Nate —comenzó Tessa—. Y sé que no seré capaz de convencerte de que él no te corresponde.

—Estás celosa...

—Jessamine, Nate no puede amarte. Hay algo que no le funciona bien, le falta alguna pieza en el corazón. Dios sabe que mi tía y yo tratamos de no hacer caso, de decirnos que sólo eran travesuras y desconsideración juvenil. Pero asesinó a su tía, ¿te lo ha contado?, mató a la mujer que lo había criado y después se rió de ello ante mí. No tiene empatía, no tiene capacidad de gratitud. Si lo escudas ahora, no ganarás nada ante sus ojos.

—Y tampoco será probable que lo vuelvas a ver —añadió Jem—. Si no nos ayudas, la Clave nunca te soltará. Estarás aquí con los muertos para toda la eternidad, suponiendo que no te castiguen

con una maldición.

—Nate dijo que intentarais asustarme —les acusó Jessamine con un hilillo de voz.

—Nate también te dijo que la Clave y Charlotte no te harían nada porque son débiles —le recordó Tessa—. Y se ha demostrado que no es cierto. Te dijo sólo lo que te tenía que decir para que hicieras lo que él quería que hicieras. Es mi hermano, y te digo que es un tramposo y un mentiroso.

—Tenemos que escribirle una carta —propuso Jem—, contándole que te has enterado de un complot secreto de los cazadores de sombras contra Mortmain, y que se reúna contigo esta noche...

Jessamine negó con la cabeza, pellizcando la burda manta.

—No lo traicionaré.

—Jessie. —La voz de Jem era amable; Tessa no sabía cómo la chica podía resistírsele—. Por favor. Sólo te estamos pidiendo que te salves a ti misma. Envía este mensaje; dínos dónde soléis veros. Esto es todo lo que te pedimos.

Ella negó con la cabeza.

—Mortmain —dijo—. Mortmain os ganará. Entonces, derrotará a los Hermanos Silenciosos y Nate vendrá a buscarme.

—Muy bien —aceptó Tessa—. Supongamos que pasa eso. Dices que Nate te ama. Entonces, te lo perdonará todo, ¿no? Porque cuando un hombre ama a una mujer, entiende que sea débil. Que no pueda resistirse contra, por ejemplo, la tortura, como lo haría él.

Jessamine lanzó un gemido.

—Entenderá que es frágil y delicada, y que es fácil engañarla —continuó Tessa, y le tocó el brazo a Jessamine con mucha suavidad—. Jessie, decide cuál es tu elección. Si no nos ayudas, la Clave lo sabrá, y no serán clementes contigo. Si nos ayudas, Nate lo entenderá. Si te ama... no podrá hacer otra cosa. Porque el amor significa perdonar.

—Yo... —Jessamine miró de uno a otro, como un conejo asustado—. ¿Tú perdonarías a Tessa, si estuviera en mi lugar?

—Le perdonaría cualquier cosa —aseveró Jem.

Ella no podía ver su expresión, estaba mirando a Jessamine, pero notó que el corazón le daba un vuelco. No podía mirar a Jem, temía que su expresión traicionara sus sentimientos.

—Jessie, por favor —insistió Tessa.

Jessamine guardó silencio durante un buen rato. Cuando habló, su voz era un leve susurro.

—Tú te encontrarás con él, supongo, disfrazada de mí.

Tessa asintió.

—Debes vestirme de chico —explicó—. Cuando me encuentro con él por las noches, siempre visto como un chico. Es más seguro para atravesar las calles sola. Él se lo esperará. —Alzó la vista y se apartó las greñas del rostro—. ¿Tenéis papel y pluma? —preguntó—. Escribiré la nota.

Cogió lo que le pasaba Jem y comenzó a escribir.

—Tendré que conseguir algo a cambio de esto —dijo—. Si no me dejan salir...

—No lo harán —aclaró Jem— hasta que se confirme que tu información es cierta.

—Entonces, al menos deberían darme mejor comida. —Después de terminar de escribir la nota, se la pasó a Tessa—. Las ropas de chico que llevo están detrás de la casa de muñecas, en mi dormitorio. Ve con cuidado al moverla —añadió, y por un momento, volvió a ser Jessamine, con sus altivos ojos castaños—. Y si tienes que cogerme ropa, hazlo. Has estado llevando los mismos cuatro vestidos que te compré en junio una y otra vez. Ese amarillo es una antigualla. Y si no queréis que nadie se entere de

que os besáis en los carruajes, deberías evitar llevar un sombrero con flores que se chafan con facilidad. La gente no es ciega, ¿sabes?

—Eso parece —repuso Jem con gravedad, y cuando Tessa lo miró, sonrió, sólo para ella.

# 15

## MIL MÁS

Hay algo horrible en una flor;  
ésta, rota en mi mano, es una de éstas  
que él acaba de tirar; no vivirá otra hora.  
Hay mil más; no se añora una rosa.

CHARLOTTE MEW, *In Nunhead Cemetery*

El resto del día en el Instituto pasó en un ambiente de gran tensión, mientras los cazadores de sombras se preparaban para enfrentarse a Nate esa noche. De nuevo no hubo comidas formales, sólo ajeteo. Las armas se sacaban y se limpiaban, se preparaba el equipo y se consultaban mapas, mientras Bridget, canturreando tristes baladas, llevaba bandejas de emparedados y tazas de té de arriba abajo por los pasillos.

Si no hubiera sido por la invitación de Sophie de «venga y pruebe esto», Tessa no habría comido nada en todo el día; de todas formas, el nudo que tenía en la garganta sólo le permitió dar unos bocados de emparedado antes de sentirse como si se ahogara.

«Voy a ver a Nate esta noche —pensaba, mirándose al espejo mientras Sophie, arrodillada a sus pies, le ataba las botas, unas botas de chico del alijo de ropas de hombre que escondía Jessamine—. Y luego voy a traicionarlo».

Pensó en cómo Nate se había apoyado en su regazo durante el camino de vuelta desde la residencia de De Quincey, y en cómo había gritado su nombre y se había agarrado a ella cuando el hermano Enoch había aparecido. Se preguntó cuánto de todo eso había sido fingido. Con total seguridad, al menos en parte él había estado realmente aterrado: abandonado por Mortmain, odiado por De Quincey, en las manos de unos cazadores de sombras en los que no tenía motivos para confiar.

Excepto que ella le había dicho que eran de fiar. Y a él no le había importado. Había querido lo que Mortmain le ofrecía. Más de lo que había deseado la seguridad de ella. Más de lo que le había importado nada. Todos esos años pasados juntos, el tiempo que los había unido tanto que ella los creía inseparables, no significaban nada para él.

—No le dé más vueltas, señorita —le aconsejó Sophie mientras se ponía en pie y se sacudía las manos—. No se lo merece.

—¿Quién no se lo merece?

—Su hermano. ¿No era en él en quien estaba pensando?

Tessa entrecerró los ojos, suspicaz.

—¿Puedes decirme lo que pienso porque tienes la Visión?

La doncella se echó a reír.

—Dios, no, señorita. Lo veo en su rostro como si lo tuviera escrito. Siempre tiene la misma expresión cuando piensa en el señorito Nathaniel. Pero es una mala pieza, no merece que usted piense en él.

—Es mi hermano.

—Eso no significa que a usted deba gustarle —replicó ella tajante—. Algunos nacen malos, y no hay más.

—¿Y qué hay de Will? —le hizo preguntar algún diablillo perverso—. ¿Aún crees que nació malo? Encantador y venenoso como una serpiente, dijiste.

La muchacha alzó las cejas delicadamente arqueadas.

—El señorito Will es un misterio, sin duda.

Antes de que Tessa pudiera contestarle, se abrió la puerta y Jem apareció en el umbral.

—Charlotte me envía para darte... —comenzó, y se quedó mudo, con la vista clavada en Tessa.

Ésta bajó la vista para mirarse. Pantalones, zapatos, camisa, chaleco, todo en orden. Sin duda era una sensación peculiar la de llevar ropa de hombre; se le ajustaba en partes donde no estaba acostumbrada a ir ajustada, y le bailaba en otras, y picaba, pero eso no explicaba la expresión del rostro de Jem.

—Eh... —El muchacho se había sonrojado desde el cuello de la camisa—. Charlotte me envía para decirte que te estamos esperando en el salón —acabó. Y luego se fue a toda prisa.

—¡Cáspita! —profriró Tessa, perpleja—. ¿Qué ha sido eso?

Sophie rió por la bajo.

—Bueno, mírese. —Se miró en el espejo. Estaba ruborizada, pensó, con el cabello cayéndole suelto sobre la camisa y el chaleco. La camisa había sido hecha pensando un poco en la figura femenina, porque no le apretaba tanto el busto como se había temido; aun así, le quedaba estrecha, debido al tamaño más reducido de Jessamine. Los pantalones también le iban ajustados, como dictaba la moda, y le marcaban la forma de las piernas. Inclino la cabeza a un lado. Había algo indecente en todo eso, ¿no? Se suponía que un hombre no debía poder ver la formas de los muslos de una mujer, o tanto de las curvas de la cadera. Había algo en la ropa de hombre que la hacía parecer no masculina sino... desnuda.

—Dios mío —exclamó.

—Y que lo diga —coincidió Sophie—. No se preocupe. Cabrá mejor cuando Cambie, y además... a él le gusta usted.

—Yo..., sabes..., digo, ¿crees que le gusto?

—Mucho —contestó Sophie, al parecer imperturbable—. Debería ver cómo la mira cuando cree que usted no lo ve. O lanza una mirada cuando se abre una puerta, y siempre se le nota la decepción cuando no es usted. El señorito Jem no es como el señorito Will. No puede ocultar lo que piensa.

—Y tú no... —Tessa buscó las palabras—. Sophie, ¿no estás... molesta conmigo?

—¿Por qué iba a estar molesta con usted? —Un poco de la diversión anterior había desaparecido de la voz de la doncella, que sonaba cuidadosamente neutra.

«Ya la has liado, Tessa», se dijo.

—Creía que hubo un tiempo en que mirabas a Jem con cierta admiración. Eso es todo. No me refería a nada incorrecto, Sophie.

La sirvienta estuvo en silencio durante un rato tan largo que Tessa se convenció de que estaría enfadada, o peor, terriblemente herida.

—Hubo un tiempo cuando... —se sinceró finalmente—, cuando lo admiraba. Era tan amable y gentil, diferente de todos los hombres que había conocido. Y tan agradable de mirar, y la música que toca... —Movi6 la cabeza, y los oscuros rizos le botaron—. Pero a él nunca le importé. Nunca, ni a través de un gesto o una palabra, me hizo creer que me correspondía esa admiración, aunque jamás fue

descortés.

—Sophie —repuso Tessa en voz baja—, para mí has sido más que una doncella desde que llegué aquí. Has sido una buena amiga. No haría nada que pudiera herirte.

La criada la miró a los ojos.

—¿Usted lo aprecia?

—Creo —contestó ella con cautela— que sí.

—¡Bien! —exclamó Sophie—. Se lo merece. Ser feliz. El señorito Will siempre ha sido la estrella más brillante, el que atrae la atención, pero Jem es la llama constante, fija y verdadera. La hará feliz.

—¿Y no tienes ninguna objeción?

—¿Objeción? —Negó con la cabeza—. Oh, señorita Tessa, es muy amable por preocuparse de lo que pienso, pero no. No tengo ninguna objeción. Mi cariño hacia él... y eso es lo que era, un cariño infantil, se ha transformado en amistad. Sólo deseo su felicidad y la de usted.

Tessa estaba asombrada. Con todo lo que se había preocupado por no herir los sentimientos de Sophie, y resultaba que a ella no le importaba en absoluto. ¿Qué había cambiado desde que la sirvienta había llorado por la enfermedad de Jem la noche de la debacle de Blackfriars Bridge? A no ser...

—¿Has estado saliendo a pasear con alguien? Cyril o...

Sophie puso los ojos en blanco.

—Oh, el Señor tenga piedad de nosotros. Primero Thomas, ahora Cyril. ¿Cuándo dejará de intentar casarme con el hombre disponible más a mano?

—Debe de haber alguien...

—No hay nadie —repuso Sophie con firmeza, mientras se ponía en pie y hacía volverse a Tessa hacia el espejo—. Ya está. Enrólese el cabello bajo el sombrero y será el caballero modelo.

Ésta hizo lo que le decía.

Cuando Tessa entró en la biblioteca, el pequeño grupo de los cazadores de sombras del Instituto, Jem, Will, Henry y Charlotte, todos ya equipados, estaban reunidos alrededor de una mesa donde se equilibraba un pequeño artefacto ovalado hecho de latón. Henry hacía animados gestos hacia él, alzando la voz.

—Esto —estaba diciendo— es en lo que he estado trabajando. Para esta ocasión. Está específicamente calibrado para funcionar como arma contra los asesinos mecánicos.

—Por muy aburrido que sea Nate Gray —repuso Will—, no tiene la cabeza llena de tuercas, Henry. Es humano.

—Puede que traiga una de esas criaturas con él. No sabemos si aparecerá solo. Como mínimo, ese cochero mecánico de Mortmain...

—Creo que Henry tiene razón —intervino Tessa, y todos se volvieron para mirarla. Jem se sonrojó de nuevo, aunque esta vez con menor intensidad, y le ofreció una sonrisa de medio lado. Will la recorrió con la mirada de arriba abajo, una vez, con calma.

—No pareces un chico en absoluto —observó—. Pareces una chica vestida de hombre.

Tessa no supo decir si eso era bueno, malo o neutro.

—Sólo estoy tratando de engañar al observador de paso —replicó molesta—. Nate sabe que Jessamine es una chica. Y la ropa me quedará mejor cuando me haya Cambiado en ella.

—Tal vez deberías hacerlo ya —sugirió Will.



Tessa lo miró fijamente, luego cerró los ojos. Era diferente. Cambiar en alguien que ya había sido. No necesitaba sujetar nada de ellos, o estar cerca. Era como abrir un armario a ciegas, encontrar por el tacto una prenda ya usada y ponérsela. Buscó a Jessamine en su interior, y la dejó suelta, envolviéndose en un disfraz de ella; sintió que su aliento salía de los pulmones al contraérsele la caja torácica, el cabello se le desenrolló y se desplomó en ligeras ondas sedosas contra el rostro. Se lo volvió a meter bajo el sombrero y abrió los ojos.

Todos la miraban fijamente. Jem fue el único que le ofreció una sonrisa mientras ella parpadeaba bajo la luz.

—Asombroso —exclamó Henry. Tenía la mano apoyada sobre el objeto de la mesa. Tessa, incómoda por tener todas las miradas clavadas en ella, fue hacia él.

—¿Qué es?

—Es una especie de... artefacto infernal que Henry ha creado —contestó Jem—. Se supone que interfiere con los mecanismos internos que hacen funcionar a las criaturas mecánicas.

—Lo retuerces, así... —el hombre imitó el gesto de girar la parte de abajo hacia un lado y la de arriba hacia otro—, y luego lo tiras. Trata de encajarlo en las ruedas dentadas de la criatura en cualquier lugar donde pueda sostenerse. Interfiere con las corrientes mecánicas que corren por su cuerpo, haciendo que se desmonte. También te podría causar algún daño, aunque no seas mecánica, por lo que no te quedes cerca una vez esté activado. Sólo tengo dos, así que...

Le pasó uno a Jem, y otro a Charlotte, que lo cogió y se lo colgó de su cinturón de armas sin decir nada.

—¿Se ha enviado el mensaje? —preguntó Tessa.

—Sí. Sólo estamos esperando la respuesta de tu hermano —contestó Charlotte. Desenrolló un papel sobre la superficie de la mesa, y fijó las puntas con ruedas de cobre de la pila que Henry debía de haber dejado allí—. Esto —explicó— es un mapa que muestra dónde dice Jessamine que Nate y ella suelen reunirse. Es un almacén en Mincing Lane, cerca de Lower Thames Street. Era una fábrica de empaquetado de té hasta que el negocio quebró.

—Mincing Lane —comentó Jem—. El centro del mercado del té. También del mercado del opio. Tiene sentido que Mortmain mantenga un almacén allí. —Pasó un delgado dedo sobre el mapa y resguió los nombres de las calles cercanas: Eastcheap, Cracechurch Street, Lower Thames Street, St. Swithin's Lane—. Pero qué sitio tan extraño para Jessamine. Siempre había soñado con tanta elegancia, con ser presentada en la Corte, hacerse un espectacular recogido para los bailes... y se ve en la obligación de celebrar reuniones clandestinas en un almacén mugriento cerca de los muelles.

—Dijo que hizo lo que tenía que hacer —repuso Tessa—. Se ha casado con alguien que no es cazador de sombras.

Will esbozó una media sonrisa.

—Si el matrimonio fuera válido, sería tu cuñada.

Tessa se estremeció.

—No es que le guarde rencor a Jessamine. Pero se merece algo mejor que mi hermano.

—Cualquiera se merece algo mejor que él. —Will metió la mano bajo la mesa y sacó un rollo de tela. La extendió sobre el tablero, sin tocar el mapa. Dentro había varias armas largas y finas, cada una con una resplandeciente runa grabada en la hoja—. Casi me había olvidado de que Thomas las pidió hace semanas. Acaban de llegar. Misericordias; buenas para introducirlas entre las junturas de esas criaturas de relojería.

—La pregunta es —intervino Jem, mientras alzaba una de las misericordias y examinaba la hoja—: una vez metamos a Tessa dentro para reunirse con Nate, ¿cómo vamos a observar el resto de su encuentro sin que nos vean? Debemos estar listos para intervenir en cualquier momento, sobre todo si Nate revela tener alguna sospecha.

—Debemos llegar primero y ocultarnos —propuso Will—. Es la única forma. Escucharemos para ver si Nate dice algo útil.

—No me gusta la idea de que Tessa se vea obligada a hablar con él —masculló Jem.

—Puede arreglárselas muy bien; lo he visto. Además, es más fácil que él hable con libertad si cree que está a salvo. Cuando lo capturemos, incluso si los Hermanos Silenciosos le exploran la mente, Mortmain puede haber pensado en ponerle bloqueos para proteger lo que sabe, y eso puede tardar en deshacerse.

—Creo que Mortmain le ha puesto bloqueos a Jessamine —indicó Tessa—. Por mucho que lo intento, no puedo acceder a sus pensamientos.

—Entonces, aún es más probable que también se los haya puesto a Nate —concluyó Will.

—Ese chico es tan débil como un gatito —dijo Henry—. Nos dirá todo lo que queramos saber. Y si no, tengo un artilugio...

—¡Henry! —Charlotte parecía realmente alarmada—. Dime que no has estado trabajando en un instrumento de tortura.

—En absoluto. Lo llamo el Confusor. Emite una vibración que afecta directamente al cerebro humano y lo hace incapaz de distinguir entre la ficción y la realidad. —El hombre, muy orgulloso, fue a coger su caja—. Simplemente soltaría todo lo que tiene en la cabeza, sin prestar ninguna atención a las consecuencias...

Su mujer alzó una mano en advertencia.

—Ahora no, Henry. Si debemos utilizar el... Confusor con Nate Gray, lo haremos cuando lo hayamos traído aquí. Por el momento debemos concentrarnos en llegar al almacén antes que Tessa. No está tan lejos; sugiero que Cyril nos lleve allí y luego vuelva a por ella.

—Nate reconocería el carruaje del Instituto —objetó la mundana—. Cuando vi a Jessamine marchándose para reunirse con Nate, sin duda iba a ir a pie. Caminaré.

—Te perderás —la advirtió Will.

—No —lo contradijo Tessa, señalando el mapa—. Es un sencillo paseo. Puedo girar a la izquierda en Gracechurch Street, seguir por Eastcheap y cortar hasta Mincing Lane.

Se desató una discusión, con Jem, para sorpresa de Tessa, tomando partido por Will contra la idea de que ella fuera sola caminando por la calle. Al final se decidió que Henry llevaría el carruaje a Mincing Lane, mientras que Tessa caminaría, seguida a distancia de Cyril, por si se perdía en la atiborrada, sucia y ruidosa ciudad. Ella aceptó con un encogimiento de hombros; parecía menos enojoso que discutir, y no le importaba que el sirviente la siguiera.

—Supongo que nadie va a mencionar —señaló Will— que una vez más dejamos el Instituto sin ningún cazador de sombras que lo proteja.

Charlotte enrolló el mapa con un juego de muñeca.

—¿Y quién vas a sugerir que se quede en casa en vez de ir a ayudar a Tessa?

—No he dicho nada sobre que alguien vaya a quedarse en casa. —Will bajó la voz—. Pero Cyril estará con Tessa; Sophie sólo está entrenada a medias y Bridget...

La cambiante miró a la doncella, que estaba sentada en silencio en un rincón de la biblioteca, pero

la chica no parecía haber oído a Will. Mientras tanto, la voz de Bridget les llegaba atenuada desde la cocina, con otra triste balada:

*Y John del bolsillo sacó  
Un cuchillo largo y punzante  
Y el corazón de su hermano atravesó,  
Y a raudales manó la sangre.  
Dijo John a William: «Coge mi camisa,  
Y rásgala de herida a herida,  
Envuelve en ella tu corazón sangrante,  
Y la sangre dejará de manar».*

—Por el Ángel —exclamó Charlotte—, sí que vamos a tener que acabar haciendo algo antes de que nos vuelva locos a todos, ¿no creéis?

Antes de que alguien pudiera responder, ocurrieron dos cosas a la vez: se oyeron unos golpecitos en la ventana, lo que sobresaltó tanto a Tessa que dio un bote hacia atrás, y un ruido resonante y potente se oyó en todo el Instituto, el ruido de la campana de llamada. Charlotte dijo algo a Will, que se perdió entre el ruido de la campana, y éste salió de la biblioteca, mientras que la directora la cruzaba, abría la ventana y agarraba algo que rondaba fuera.

Se alejó de allí, con un trozo de papel que se agitaba en su mano; se parecía un poco a un pájaro blanco, con los bordes aleteando en la brisa. A Charlotte, el cabello le voló por el rostro, lo que hizo que Tessa recordara lo joven que era en realidad.

—De Nate, supongo —dedujo Charlotte—. Su mensaje para Jessamine.

Se lo llevó a Tessa, que rasgó a lo largo el pergamino color crema en su impaciencia por abrirlo.

Tessa alzó la mirada.

—Es de Nate —confirmó—. Accede a encontrarse con Jessamine en el lugar de siempre al atardecer... —Soltó un pequeño grito cuando, como si reconociera que ya había sido leída, la nota entró en combustión, y se consumió hasta convertirse en una fina capa de ceniza negra en el dedo.

—Eso nos da poco tiempo —observó Henry—. Le iré a decir a Cyril que prepare el carruaje. —Miró a su esposa, como si esperara su aprobación, pero ésta sólo asintió sin mirarlo. Con un suspiro, Henry salió de la biblioteca, y casi chocó con Will, que regresaba seguido de alguien cubierto por una capa de viaje. Por un momento, Tessa se preguntó, confusa, si sería un Hermano Silencioso, hasta que el visitante se retiró la capucha y Tessa vio un familiar cabello rizado y rubio, y los ojos verdes.

—¿Gideon Lightwood? —preguntó sorprendida.

—Ahí lo tenéis. —La directora se metió el mapa que tenía en la mano en el bolsillo—. El Instituto no se quedará sin ningún cazador de sombras.

Sophie se puso rápidamente en pie y acto seguido se quedó inmóvil, como si, fuera de la sala de entrenamiento, no supiera muy bien qué hacer o qué decir delante del mayor de los hermanos Lightwood.

Éste recorrió la sala con la mirada. Como siempre, sus ojos verdes estaban tranquilos, serenos. Will, tras él, en comparación parecía arder con gran energía, aunque sólo estaba de pie allí.

—¿Me habéis llamado? —preguntó el recién llegado, y Tessa se dio cuenta de que, naturalmente,

al mirarla estaba viendo a Jessamine—. Y aquí estoy, aunque no sé por qué ni para qué.

—Para entrenar a Sophie, evidentemente —repuso Charlotte—. Y también para vigilar el Instituto mientras no estamos. Necesitamos que esté presente un cazador de sombras adulto, y tú cumples ese requisito. Lo cierto es que fue Sophie quien lo sugirió.

—¿Y cuánto tiempo estaréis fuera?

—Dos horas, tres. No toda la noche.

—Muy bien. —Gideon comenzó a desabrocharse la capa. Tenía polvo en las botas y, por el cabello, parecía como si hubiera estado fuera bajo el frío viento, sin sombrero—. Mi padre diría que es una buena práctica para cuando yo dirija este lugar.

Will masculló algo por lo bajo que sonó como «vaya cara». Miró a Charlotte, que le respondió negando con la cabeza.

—Bien podría ser que el Instituto fuera tuyo algún día —le dijo la directora en tono amable—. En cualquier caso, te agradecemos tu ayuda. El Instituto es responsabilidad de todos los cazadores de sombras. Es nuestra residencia, nuestro hogar, Idris, lejos de casa.

Gideon se volvió hacia Sophie.

—¿Está usted lista para entrenar?

Ella asintió. Salieron todos juntos de la biblioteca; Gideon y la sirvienta torcieron a la derecha para ir hacia la sala de entrenamiento, y el resto se dirigió a la escalera. El maullido lastimero de Bridget se oía con más fuerza allí, y Tessa oyó también al mayor de los Lightwood decirle algo a la doncella sobre ello y la suave voz de ésta respondiéndole, antes de que se alejaran lo suficiente para no poder oírlos más.

Resultaba natural caminar al lado de Jem mientras bajaban la escalera y atravesaban la nave de la catedral. Caminaba tan pegada a él que, aunque no se hablaban, notó su calor en el costado, el roce de su mano desnuda contra la de ella mientras salían afuera. El cielo estaba comenzando a tomar el tono bronceado que precedía al ocaso. Cyril esperaba en la escalera de enfrente, tan parecido a Thomas que casi dolía el corazón al mirarlo. Sostenía una daga larga y estrecha, que le pasó a Will sin decir palabra; Will la cogió y se la colgó del cinturón.

Charlotte le puso la mano a Tessa en la mejilla.

—Nos veremos en el almacén —le indicó—. Estarás completamente a salvo, Tessa. Y gracias por hacer esto por nosotros. —Dejó caer la mano y bajó los escalones. Henry la siguió, y Will fue tras él. Jem vaciló un instante, y Tessa, al recordar una noche como ésa, cuando él había subido corriendo los escalones para decirle adiós, le dio un apretón en la muñeca.

—*Mizpah* —dijo.

Lo oyó tragar aire. Los cazadores de sombras estaban entrando en el carruaje; él se volvió y la besó rápidamente en la mejilla, se volvió y corrió escalera abajo hacia los demás; nadie parecía haberlo notado, pero Tessa se llevó una mano al rostro mientras el chico se metía, por fin, en el carruaje, y Henry subía hasta el asiento del cochero. Las verjas del Instituto se abrieron, y el vehículo traqueteó hacia la tarde.

—¿Nos vamos ya, señorita? —preguntó Cyril.

A pesar de lo mucho que se parecía a Thomas, era un poco menos tímido en su comportamiento. La miraba directamente a los ojos cuando le hablaba, y las comisuras de la boca siempre parecían estar

a punto de curvarse en una sonrisa. Se preguntó si siempre había un hermano más tranquilo y otro más tenso, como Gabriel y Gideon.

—Sí, creo que... —Tessa se detuvo de repente, con un pie a medio bajar un escalón. Era ridículo, y sin embargo... se había quitado el ángel mecánico para vestirse con las ropas de Jessamine. No se lo había vuelto a poner. No podía llevarlo; Nate lo reconocería al instante, pero había pensado metérselo en el bolsillo para que le diera suerte, y se había olvidado. En ese instante vaciló. Era casi una superstición: el ángel le había salvado la vida dos veces.

Se volvió.

—He olvidado algo. Espérame aquí, Cyril. Sólo tardaré un momento.

Ese corredor seguía abierto; Tessa corrió atravesándolo y subiendo la escalera, luego por los pasillos y hasta el pasillo que daba al dormitorio de Jessamine, donde se quedó de piedra.

El pasillo de Jessamine era el mismo que llevaba a los escalones de la sala de entrenamiento. Había visto a Sophie y a Gideon desaparecer por allí hacía unos minutos. Sólo que no habían desaparecido; seguían ahí. La luz era baja, y sólo eran sombras en las tinieblas, pero Tessa pudo verlo con toda claridad: Sophie de espaldas a la pared, y Gideon cogiéndola de la mano.

Dio un paso atrás, con el corazón saltándole dentro del pecho. Ninguno de ellos se percató de su presencia. Parecían concentrados sólo en sí mismos. Gideon se inclinó, murmurando algo a la doncella; con suavidad le apartó un mechón de cabello suelto del rostro. Tessa notó que se le tensaba el estómago y se alejó sigilosamente, haciendo el menor ruido posible.

El cielo se había oscurecido un poco más cuando volvió a los escalones exteriores. Cyril seguía allí, silbando desafinado; paró de golpe cuando vio la expresión de Tessa.

—¿Va todo bien, señorita? ¿Ya tiene lo que quería?

Tessa pensó en Gideon apartándole el cabello del rostro a Sophie. Recordó las manos de Will, delicadas alrededor de la cadera, y la suavidad del beso de Jem en la mejilla, y se sintió como si la cabeza le diera vueltas. ¿Quién era ella para decir a Sophie que tuviera cuidado, incluso en silencio, cuando ella estaba tan perdida?

—Sí —mintió—. Ya tengo lo que quería. Gracias, Cyril.

El almacén era un gran edificio de piedra caliza rodeado de una valla de hierro forjado negro. Las ventanas estaban cubiertas con tablas, y un sólido candado de hierro cerraba la verja de entrada, sobre la que el ennegrecido nombre de Mortmain y Cía. se veía a duras penas bajo capas de hollín.

Los cazadores de sombras dejaron el carruaje junto a la acera, con un *glamour* para evitar que lo robaran o lo vandalizaran los mundanos que pasaban por allí, al menos hasta que Cyril llegara para esperar en él. Una inspección más detallada del candado reveló a Will que lo habían lubricado y abierto recientemente; una runa suplió la falta de llave. Los otros y él se colaron dentro, y cerraron las verjas.

Otra runa franqueó la puerta y los dejó pasar a un conjunto de despachos. Sólo uno aún estaba amueblado, con un escritorio, una lámpara de pantalla verde y un sofá floreado con respaldo alto y tallado.

—Sin duda donde Jessamine y Nate llevaron a cabo la mayor parte del cortejo —observó Will alegremente.

Jem hizo un ruido de disgusto y presionó el sofá con su bastón. Charlotte estaba en el escritorio y registraba apresuradamente los cajones.

—No me había dado cuenta de que estabas tan en contra del cortejo —comentó Will a Jem.

—No por principio. La idea de Nate Gray tocando a alguien... —Hizo una mueca de asco—. Y Jessamine está totalmente convencida de que la ama. Si la vieras, creo que hasta tú le tendrías lástima, Will.

—No —repuso Will—. El amor no correspondido es ridículo, y hace que la gente se comporte de forma igualmente ridícula. —Se tiró del vendaje del brazo como si le doliera—. ¿Charlotte? ¿El escritorio?

—Nada. —La directora cerró los cajones—. Algunos papeles con listas de precios del té y el horario de las subastas pero, aparte de eso, sólo arañas muertas.

—¡Qué romántico! —murmuró Will. Fue detrás de Jem, que ya había pasado al despacho adyacente, rompiendo telarañas con el bastón. Las siguientes salas estaban vacías, y la última daba a lo que debía de haber sido la zona de almacenaje. Era un espacio cavernoso y sombrío, con el techo que desaparecía en la oscuridad. Unos desvencijados escalones de piedra conducían a una galería en el primer piso. Contra la pared había algunos sacos de arpillera, que entre las sombras parecían cuerpos desplomados. Will alzó su piedra de luz mágica y envió rayos de luz por toda la nave, mientras Henry iba a inspeccionar uno de los sacos. Volvió en un instante, encogiéndose de hombros.

—Trozos de hojas de té —informó—. Ceilán, por el aspecto.

Pero Jem estaba negando con la cabeza mientras miraba alrededor.

—Estoy totalmente dispuesto a aceptar que esto eran las oficinas de un comercio de té en algún momento, pero resulta evidente que lleva años cerrado, posiblemente desde que Mortmain decidió interesarse por los mecanismos. Sin embargo, no hay polvo en el suelo. —Cogió a Will por la muñeca y le hizo pasar el rayo de luz mágica por el suelo de madera—. Aquí ha habido actividad, algo más que sólo Jessamine y Nate encontrándose en el despacho.

—Hay más despachos por ahí —indicó Henry, señalando el fondo de la nave—. Charlotte y yo las registraremos. Will, Jem, investigad en el piso de arriba.

Era algo raro y novedoso que Henry diera órdenes; Will miró a Jem y sonrió irónico, y comenzó a ir hacia la desvencijada escalera de madera. Los escalones crujieron bajo su peso, y también bajo el peso más ligero de Jem. La luz mágica de Will dibujaba definidas formas de luz contra la pared mientras llegaban al último escalón.

Se encontró en una galería, una plataforma donde quizá se habrían almacenado baúles de té, o desde donde un capataz habría vigilado el piso de abajo. Estaba vacía, excepto por un cuerpo en el suelo. El cuerpo de un hombre, delgado y joven, y cuando Will se fue acercando, el corazón le comenzó a latir a toda prisa, porque había visto eso antes, ya había tenido esa visión: el cuerpo caído; el cabello plateado y la ropa oscura; los ojos cerrados y con aspecto amoratado, rodeados de pestañas plateadas.

—¿Will? —lo llamó Jem desde atrás. Éste pasó la mirada del rostro silencioso y anonadado de Will al cuerpo inerte, y se arrodilló junto a él. Cogió la muñeca del hombre justo cuando Charlotte subía por la escalera. Por un instante la miró sorprendido; ella tenía el rostro brillante de sudor y parecía no encontrarse muy bien—. Tiene pulso. ¿Will?

Éste se acercó más y se arrodilló junto a su amigo. A esa distancia era fácil ver que el hombre del suelo no era Jem. Era mayor que él y caucásico; tenía una incipiente barba plateada en la barbilla y las mejillas, y sus rasgos eran más grandes y menos definidos. El corazón de Will se fue calmando mientras el hombre abría los ojos.

Eran discos plateados, como los de Jem. Y en ese momento, Will lo reconoció. Captó el olor agri dulce de las ardientes drogas de brujos, notó el calor de las drogas en las venas y supo que había visto a ese hombre antes, y dónde.

—Eres un hombre lobo —dijo Will—. Uno de los que no tienen manada; fuiste a comprar *yin fen* a los ifrits en Chapel, ¿verdad?

El licántropo paseó la mirada entre ambos y la clavó finalmente en Jem. Entrecerró los párpados, e inesperadamente agarró a éste por la solapa.

—Tú —resolló—. Tú eres de los nuestros. ¿No tendrás un poco encima..., algo de polvo...?

Jem se echó hacia atrás. Will cogió al licántropo por la muñeca y le hizo soltar a Jem. No le resultó difícil; esa mano tenía poca fuerza.

—No lo toques. —Oyó su propia voz como distante, cortada y fría—. No tiene nada de tu asqueroso polvo. No funciona con los nefilim como con vosotros.

—Will. —Había un ruego en la voz de Jem: «Sé más amable».

—Trabajas para Mortmain —afirmó Will—. Dinos qué hacéis para él. Dinos dónde está.

El hombre lobo rió. La sangre le saltó de los labios y le goteó por la barbilla. Manchó ligeramente el traje de Jem.

—Como si... yo fuera a saber... dónde está el Magíster —resolló—. Estúpidos idiotas, los dos. Estúpidos nefilim inútiles. Si tuviera... mi fuerza..., os haría pedazos...

—Pero no la tienes. —Will era implacable—. Y quizá yo sí que tenga un poco de *yin fen*.

—No es cierto. ¿Crees... que no lo sabría? —Sus ojos vagaron por la estancia—. Cuando me lo dio al principio, vi cosas... cosas que nunca podrías imaginar... la gran ciudad de cristal... las torres del Cielo... —Otra tos espasmódica lo sacudió. Escupió más sangre, con un tono plateado, como el mercurio. Will y Jem intercambiaron una mirada. La Ciudad de Cristal. No pudo evitar pensar en Alicante, aunque nunca había estado allí—. Pensé que iba a vivir para siempre; trabajar toda la noche y todo el día, sin cansarme jamás. Luego comenzamos a morir, uno a uno. La droga te mata, pero él nunca lo dijo. Volví aquí para ver si quizá aún quedaba un poco metida por algún lado. Pero no hay nada. No vale la pena marcharme ya. Me estoy muriendo. Me da igual morir aquí que en cualquier otra parte.

—Él sabía lo que estaba haciendo cuando os dio la droga —afirmó Jem—. Sabía que os mataría. No merece que le guardes el secreto. Dinos qué estaba haciendo, en qué os tenía todo el día y toda la noche trabajando.

—Montando esas cosas, esos hombres de metal. Te ponían los pelos de punta, pero el dinero era bueno, y las drogas mejor aún...

—Y ya ves para qué te va a servir todo eso ahora —repuso Jem con una voz amarga, poco corriente en él—. ¿Con qué frecuencia os lo hacía tomar? ¿El polvo plateado?

—Seis o siete veces al día.

—No me extraña que se estén quedando sin reservas en Chapel —masculló Will—. Mortmain está controlando el suministro.

—No se debe tomar así —explicó Jem—. Cuanto más tomas, antes mueres.

El licántropo miró fijamente al cazador de sombras. Tenía los ojos llenos de venitas rojas.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿A ti cuánto tiempo te queda?

Will volvió la cabeza. Charlotte estaba inmóvil detrás de él, en lo alto de la escalera, observándolos.

—Charlotte, si podemos bajarlo, quizá los Hermanos Silenciosos puedan hacer algo para ayudarlo.

Si pudieras...

Pero la directora, ante la sorpresa de Will, se había puesto de un tono verdoso claro. Se puso la mano sobre la boca y corrió hacia abajo.

—¡Charlotte! —siseó Will, no se atrevía a gritar—. Oh, mierda. Muy bien, Jem. Tú le coges las piernas, y yo los hombros...

—No vale la pena, Will. Ha muerto.

Éste se volvió para mirar. Ya no respiraba. Los ojos plateados estaban muy abiertos, vidriosos, fijos en el techo; Jem fue a cerrárselos, pero Will lo cogió por la muñeca.

—No.

—No iba a darle la bendición, Will. Sólo a cerrarle los ojos.

—No se lo merece. ¡Estaba trabajando para el Magíster! —El susurro de Will se estaba elevando hacia un grito.

—Es como yo —dijo Jem sencillamente—. Un adicto.

Will lo miró.

—No es como tú. Y tú no morirás así.

Jem abrió la boca, sorprendido.

—Will...

Ambos oyeron abrirse una puerta, y una voz que llamaba a Jessamine. Will soltó a Jem, y ambos se tiraron planos al suelo; se acercaron lentamente al borde de la galería para ver qué pasaba en el suelo de la nave.



## 16

### FURIA MORTAL

Cuando veo la mano del tiempo borrar  
las orgullosas pompas de épocas olvidadas;  
cuando a veces veo altivas torres arrasadas,  
y al bronce eterno esclavo de la furia mortal.

SHAKESPEARE, *Soneto 64*

Resultaba una experiencia muy peculiar caminar por las calles de Londres como un chico, pensó Tessa mientras avanzaba por la atestada acera de Eastcheap. Los hombres que se cruzaban con ella casi ni la miraban, sólo se abrían paso hasta la puerta de los bares o la siguiente esquina de la calle. Como chica, caminar sola por esas calles de noche, con sus elegantes vestidos, habría sido objeto de miradas y burlas. Como chico era... invisible. Nunca antes se había dado cuenta de lo que era ser invisible. Lo ligera y libre que se sentía, o se hubiera sentido, si no fuera porque se imaginaba ser un aristócrata de *Historia de dos ciudades* de camino hacia la guillotina en un carro.

Sólo vio a Cyril una vez, deslizándose entre dos edificios al otro lado de la calle en el 32 de Mincing Lane. Era un gran edificio de piedra, y la verja de hierro que lo rodeaba, bajo la luz menguante, parecía una hilera de dientes afilados. Ante ella colgaba un candado, pero lo habían dejado abierto; entró, y luego subió por los polvorientos escalones hasta la puerta principal, que también estaba abierta.

Dentro se encontró con que los despachos vacíos, con ventanas que daban a Mincing Lane, estaban silenciosos y muertos; en uno una mosca volaba, lanzándose una y otra vez contra los cristales tapados, hasta que se posó, exhausta, sobre el alféizar. Tessa se estremeció y siguió adelante.

En todos los despachos donde entraba, se tensaba, esperando ver a Nate; en todos, él no estaba. La última sala tenía una puerta que daba a la nave del almacén. Una tenue luz azulada se colaba por las grietas de las ventanas tapiadas. Miró alrededor insegura.

—¿Nate? —susurró.

Él salió de las sombras desde dos pilares de yeso. Llevaba una levita de *tweed* azul, pantalones y botas negros, pero no conservaba su imaculada apariencia habitual. El cabello rubio, que le brillaba con un tono azulado bajo el sombrero de copa, le caía sobre los ojos, y tenía una mancha en la mejilla. La ropa estaba arrugada y marcada, como si hubiera dormido con ella.

—Jessamine —dijo él, con un tono de alivio evidente—. Querida. —Abrió los brazos.

Ella se acercó lentamente, con todo el cuerpo tenso. No quería que Nate la tocara, pero no se le ocurría cómo evitar su abrazo. Él la rodeó con los brazos. Le cogió el ala del sombrero y se lo quitó, para que los rizos le cayeran por la espalda. Tessa pensó en Will sacándole las horquillas del cabello, y sin querer se le retorció el estómago.

—Necesito saber dónde está el Magíster —comenzó Tessa con voz temblorosa—. Es muy importante. He oído los planes de los cazadores de sombras, ¿sabes? Ya sé que no querías decirme nada, pero...

Nate se retiró el cabello de la cara, sin prestar atención a sus palabras.

—Ya veo —repuso él, y su voz era profunda y apagada—. Pero primero... —Él le echó la cabeza hacia atrás poniéndole un dedo en la barbilla—. «Ven y bésame, dulce jovencita».

Tessa hubiera deseado que no citara a Shakespeare. Nunca podría volver a oír el soneto al que pertenecían esas palabras sin desear vomitar. Todas las células de su cuerpo querían saltarle de la piel gritando de repulsión cuando él se acercó a ella. Rogó que los otros se lanzaran sobre él mientras le dejaba inclinarle la cabeza arriba, arriba...

Nate comenzó a reír. Con un giro de la muñeca, le envió el sombrero volando hacia las sombras; le apretó los dedos en la barbilla, clavándole las uñas.

—Mis disculpas por mi impetuoso comportamiento —dijo—. No he podido evitar sentir curiosidad de ver hasta dónde llegarías para proteger a tus amigos cazadores de sombras..., hermanita.

«Nate».

Tessa trató de echarse atrás, de soltarse, pero él la cogía con demasiada fuerza. Nate lanzó la otra mano como una serpiente, haciendo girar a Tessa, y la agarró contra él con el antebrazo apretándole el cuello. Tessa notaba su cálido aliento en la oreja. Oía agrio, como a ginebra vieja y sudor.

—¿De verdad creías que no lo sabía? —soltó—. Después de la nota que me llegó en el baile de Benedict y me envió a un viaje sin sentido a Vauxhall, me di cuenta. Todo encajaba. Desde el primer momento debería haber sabido que eras tú. Estúpida niña.

—¿Estúpida? —siseó Tessa—. Conseguí que soltaras tus secretos, Nate. Me lo contaste todo. ¿Se ha enterado Mortmain? ¿Es por eso por lo que parece no haber dormido en días?

Él le apretó más el brazo, provocándole un grito ahogado de dolor.

—No podías dejarme en paz. Tenías que meter las narices en mis asuntos. Estás encantada de verme caer, ¿verdad? ¿En qué clase de hermana te convierte eso, Tessie?

—Tú me habrías matado de haber tenido la oportunidad. No puedes jugar a nada, no puedes decir nada que me haga pensar que te he traicionado, Nate. Te lo has ganado a pulso. Aliándote con Mortmain...

Él la sacudió, con la fuerza suficiente para hacer que le castañetearan los dientes.

—Como si mis alianzas fueran asunto tuyo... Me estaba yendo muy bien hasta que tú y tus amigos nefilim os entrometisteis. Ahora el Magíster quiere mi cabeza. Por tu culpa. Estaba casi desesperado hasta que recibí esa ridícula nota de Jessamine. Sabía que tú estabas detrás, claro. Cuánto te habrás tenido que esforzar, torturándola para hacer que escribiera esa ridícula carta...

—No la hemos torturado —repuso Tessa. Se debatió, pero Nate la agarró con más fuerza; los botones del chaleco de él se le clavaron en la espalda—. Quiso hacerlo. Quiso salvar su pellejo.

—No te creo. —La mano que no le apretaba el cuello le cogió la barbilla; le clavó las uñas, y ella soltó un quejido—. Ella me ama.

—Nadie puede amarte —le escupió Tessa—. Eres mi hermano... yo te quería... y tú has matado hasta eso.

Nate se inclinó hacia adelante.

—¡No soy tu hermano! —rugió.

—Muy bien, mi medio hermano si lo prefieres...

—No eres mi hermana. Ni siquiera a medias. —Y pronunció las palabras con un placer cruel—. Tu madre y mi madre no eran la misma mujer.

—Eso es imposible —susurró Tessa—. Estás mintiendo. Nuestra madre era Elizabeth Gray...

—Tu madre era Elizabeth Gray, Elizabeth Moore antes de casarse —replicó Nate—. La mía era Harriet Moore.

—¿Tía Harriet?

—Estuvo prometida una vez. ¿Lo sabías? Después de que nuestros padres... tus padres... se casaran. El hombre murió antes de la boda. Pero ella ya estaba embarazada. Tu madre crió al bebé como si fuera suyo para evitar a su hermana la vergüenza de que se supiera que había consumado el matrimonio antes de que éste tuviera lugar. De que se supiera que era una puta. —Su voz era tan amarga como el veneno—. No soy tu hermano, y nunca lo he sido. Harriet... nunca me dijo que era mi madre. Lo descubrí por las cartas de la tuya. Todos esos años, y nunca me dijo nada. Estaba demasiado avergonzada.

—Tú la mataste —lo acusó Tessa—. A tu propia madre.

—Porque era mi madre. Porque me repudió. Porque se avergonzaba de mí. Porque nunca he sabido quién era mi padre. Porque era una puta. —La voz de Nate sonaba vacía. Nate siempre había sido vacío. Nunca había sido más que un bonito exterior, y Tessa y su tía habían soñado ver en él empatía, compasión y debilidad porque querían verlo, no porque estuviera ahí.

—¿Por qué le dijiste a Jessamine que mi madre era una cazadora de sombras? —quiso saber Tessa—. Aunque tía Harriet fuera tu madre, ella y la mía eran hermanas. Entonces, tía Harriet habría sido también una cazadora de sombras, igual que tú. ¿A qué venía una mentira tan ridícula?

Él esbozó una sonrisita de suficiencia.

—¿A que te gustaría saberlo? —Le apretó el cuello con más fuerza, ahogándola.

Tessa tragó aire y de repente recordó a Gabriel diciendo: «Da los puntapiés en la rodilla; el dolor es insoportable».

Lanzó una patada de talón hacia arriba y hacia atrás, y el tacón de su bota golpeó a Nate en la rodilla con un crujido apagado. El chico aulló, y la pierna se le dobló. Siguió aferrado a Tessa mientras caía, y rodó de forma que le clavó el codo en el estómago mientras se estrellaban contra el suelo, juntos. Tessa se quedó sin aliento y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Le dio otra patada mientras trataba de apartarse de él, y lo alcanzó de refilón en el hombro, pero él se tiró sobre ella y la agarró por el chaleco. Los botones saltaron por los aires mientras Nate la arrastraba hacia sí; con la otra mano la agarró por el pelo mientras ella le arañaba la mejilla. La sangre que le apareció sobre la piel le resultó salvajemente satisfactoria.

—Suéltame —jadeó Tessa—. No puedes matarme. El Magíster me quiere viva...

—«Viva» no es «indemne» —gruñó él, mientras la sangre le corría por la mejilla y la barbilla. Le retorció el cabello y la atrajo hacia sí; Tessa gritó de dolor al tiempo que le lanzaba patadas cada vez más débiles, pero él era ágil y las esquivaba. Jadeando, Tessa llamó en silencio: «Jem, Will, Charlotte, Henry, ¿dónde estáis?».

—¿Te preguntas dónde están tus amigos? —La hizo ponerse en pie; con una mano la agarraba por el cabello, con la otra en un puño le apretaba la espalda—. Bueno, aquí tienes al menos a uno.

Un chirrido alertó a Tessa de un movimiento entre las sombras. Nate le hizo volver la cabeza, sacudiéndola.

—Mira —soltó—. Ya es hora de que sepas a qué os enfrentáis.

Tessa miró. La cosa que surgió de entre las sombras era gigantesca, de unos seis metros de alto, hecha de hierro. Y prácticamente compacto. A pesar de su tamaño, sus movimientos eran ágiles. Sus

facciones, desdibujadas. La parte inferior de su cuerpo se separaba en piernas, cada una acabada en un pie con pinchos de metal. Los brazos eran parecidos, y acababan en manos con pinzas, y la cabeza era un óvalo pulido con una rendija por boca, como la grieta de un huevo. Un par de retorcidos cuernos plateados le surgían de la «cabeza». Una fina línea de fuego azul crepitaba entre ambos.

En sus enormes manos cargaba un cuerpo desfallecido, vestido con el traje de combate de los cazadores de sombras.

—¡Charlotte! —gritó Tessa. Redobló sus esfuerzos por apartarse del que hasta entonces había considerado su hermano, sacudiendo la cabeza de un lado al otro. Algunos mechones se desprendieron y planearon hasta el suelo: el cabello rubio de Jessamine, manchado de sangre. Nate respondió abofeteándola con tanta fuerza que Tessa vio las estrellas; cuando le flaquearon las piernas, él la cogió rodeándole el cuello con el brazo, y los botones del puño se le clavaron en el cuello.

Nate soltó una risita.

—Un prototipo —explicó—. Abandonado por el Magíster. Demasiado grande y pesado para sus propósitos. Pero no para los míos. —Alzó la voz—. Suéltala.

Las manos metálicas del autómatas se abrieron. Charlotte quedó libre y se estrelló contra el suelo con un sonoro golpetazo. Permaneció inmóvil. A esa distancia, Tessa no podía ver si respiraba o no.

—Ahora aplástala —ordenó Nate.

Pesadamente, la cosa alzó su espinoso pie metálico. Tessa arañó a Nate en el antebrazo, rasgándole la piel.

—¡Charlotte!

Por un momento, Tessa pensó que la voz que gritaba era la suya, pero era demasiado grave para serlo. Una silueta salió de detrás del autómatas, toda de negro y rematada por una mata de pelo rojo brillante, con un puñal misericordia en la mano.

Henry.

Sin mirar a Tessa o a Nate, se lanzó de un salto contra el autómatas y bajó el cuchillo describiendo un prolongado arco. Hubo un sonido de metal contra metal. Saltaron chispas, y la criatura se tambaleó hacia atrás. Se le cayó el pie, que se estrelló contra el suelo a sólo unos centímetros del cuerpo yacente de Charlotte. Henry aterrizó en el suelo y de nuevo saltó contra ella, dando sablazos con el cuchillo.

La hoja se destrozó. Por un instante, Henry se la quedó mirando con cara de tonto. Luego, la mano del ser lo agarró por el brazo. Henry gritó mientras lo alzaba y lo lanzaba con increíble fuerza contra una de las columnas; se golpeó contra ella y cayó al suelo, donde se quedó inmóvil.

Nate rió.

—Vaya demostración de devoción marital —soltó—. ¿Quién lo hubiera pensado? Jessamine siempre decía que creía que Branwell no soportaba a su esposa.

—Eres un cerdo —lo insultó Tessa, mientras trataba de soltarse—. ¿Qué sabes tú sobre lo que las personas hacen unas por otras? Si Jessamine estuviera en llamas, ni siquiera alzarías la mirada de tu mano de cartas. No te importa nada excepto tú mismo.

—Calla o te dejaré sin dientes. —Nate la zarandéó de nuevo y bramó—. ¡Ven! Aquí. Debes sujetarla hasta que llegue el Magíster.

Con un rechinar de engranajes, el autómatas se movió para obedecer. No era tan rápido como sus hermanos más pequeños, pero su tamaño era tal que Tessa no pudo evitar seguir su evolución con un horror gélido. Y eso no era todo: el Magíster iba a acudir. La chica se preguntó si Nate lo había llamado ya, si ya estaría de camino. Mortmain. Incluso el recuerdo de sus fríos ojos, de su glacial y controladora

sonrisa, hizo que el estómago se le retorciera.

—¡Suéltame! —gritó, y consiguió soltarse de su presa—. Déjame ir con Charlotte...

Nate la empujó hacia delante, con fuerza, y Tessa cayó al suelo, golpeándose los codos y las rodillas contra las tablas de madera del suelo. Ahogó un grito y rodó de lado, bajo la sombra de la galería del primer piso, mientras el autómata se cernía sobre ella. Chilló...

Y ellos saltaron desde la galería, Will y Jem. Aterrizaron cada uno en un hombro del autómata. La cosa rugió, con un sonido como el de un fuelle avivando el carbón, y se tambaleó hacia atrás, lo que permitió a Tessa rodar fuera de su alcance y ponerse en pie. Miró a Henry y a Charlotte. El hombre estaba pálido e inmóvil, tirado junto a la columna, pero la directora, que yacía donde el autómata la había dejado caer, corría el peligro inminente de ser aplastada por la máquina enloquecida.

Tessa respiró hondo, corrió por la nave hasta Charlotte y se arrodilló junto a ella; le puso los dedos en el cuello. Notó el pulso, latiendo débilmente. Le pasó las manos por debajo de los brazos y comenzó a arrastrarla hacia la pared, alejándola del centro de la nave, donde el autómata estaba girando y soltando chispas, mientras alzaba las pinzas que tenía por manos para atrapar a Jem y a Will.

Pero los chicos eran demasiado rápidos para él. Tessa dejó a Charlotte junto a los sacos de té y miró por la sala, tratando de determinar un camino que la pudiera llevar hasta Henry. Nate iba de un lado al otro, gritando y maldiciendo a la criatura mecánica; como respuesta, Will le cortó uno de los cuernos y se lo lanzó. El cuerno rebotó por el suelo y luego resbaló chisporroteando, y Nate saltó hacia atrás para esquivarlo. Will soltó una carcajada. Mientras tanto, Jem estaba aferrado al cuello del engendro, haciendo algo que Tessa no pudo distinguir. La máquina daba vueltas sobre sí misma, pero había sido diseñada para extender los «brazos» y agarrar lo que tenía delante, y no podía doblarlos bien. No podía alcanzar lo que se le había pegado a la nuca y a la cabeza.

Tessa casi se echó a reír. Will y Jem eran como ratones correteando de arriba abajo por el cuerpo de un gato, enloqueciéndolo. Pero por mucho que golpearan y atacaran a la criatura con sus armas, le estaban infligiendo poco daño. Sus cuchillos, con los que ella los había visto cortar hierro y acero como si fuera papel, sólo dejaban marcas y rasguños en su coraza.

Mientras tanto, Nate seguía gritando y maldiciendo.

—¡Quítate los de encima! —gritaba al autómata—. ¡Sacúdetelos, cabrón metálico!

El androide se detuvo, luego se sacudió con fuerza. Will se escurrió, pero consiguió agarrarse al cuello de la criatura en el último momento. Jem no tuvo tanta suerte; acuchilló hacia delante con su espada bastón, como si pretendiera hundirlo en el cuerpo de la criatura para detener la caída, pero la hoja resbaló en el cuello de la criatura. Jem cayó desmadejado, con una pierna doblada en un extraño ángulo. Su arma repicó en el suelo.

—¡James! —gritó Will.

Éste se puso en pie con un doloroso esfuerzo. Fue a sacar la estela del cinturón, pero el autómata, notando su debilidad, ya estaba sobre él, extendiendo sus manos de pinzas. Tambaleante, Jem retrocedió varios pasos y sacó una cosa del bolsillo. Era algo liso, ovalado, metálico: el objeto que Henry le había dado en la biblioteca.

Echó la mano hacia atrás para lanzarlo... y, de repente, Nate estaba a su espalda; le dio una patada en la pierna herida, que seguramente se habría roto. Jem no hizo ningún ruido, pero la pierna le falló con un crujido, y se cayó por segunda vez; el objeto se le soltó de la mano y rodó por el suelo.

Tessa se puso en pie y corrió para agarrarlo mientras Nate hacía lo mismo. Chocaron, y la mayor corpulencia del chico logró derribar a Tessa. Rodó mientras caía para amortiguar el impacto, como

Gabriel le había enseñado, pero, aun así, el golpe la dejó sin aliento. Tendió una temblorosa mano hacia el artefacto, pero éste se resbaló, alejándose de ella. Tessa oyó a Will llamándola a gritos, diciéndole que se lo tirara. Alargó la mano todavía más, y cerró los dedos sobre el objeto, pero justo entonces Nate la agarró por una pierna y tiró de ella hacia él, brutalmente.

«Es más corpulento que yo —pensó Tessa—. Más fuerte que yo. Más despiadado que yo. Pero hay algo que yo puedo hacer y él no».

Tessa Cambió.

Buscó con la mente la mano que le agarraba el tobillo, la piel que tocaba la suya. Buscó con la mente el Nate innato que siempre había conocido, la chispa en el interior de él que parpadeaba como lo hacía dentro de toda persona, como una vela en una habitación oscura. Lo oyó tragar aire, y luego el Cambio se apoderó de ella, le recorrió la piel, le deshizo los huesos. Los botones del cuello y de los puños de la camisa saltaron cuando Tessa aumentó de tamaño, los miembros se le convulsionaron y se soltó de la mano de Nate. Rodó apartándose de su contrincante, se puso en pie como pudo y vio que él la miraba con ojos muy abiertos.

Tessa era, excepto por la ropa, el reflejo exacto de sí mismo.

La chica se volvió hacia el autómata. Éste estaba inmóvil, esperando instrucciones, con Will aún aferrado a su espalda. Will alzó la mano, y Tessa le lanzó el artefacto, agradeciendo en silencio a Gabriel y a Gideon las horas que habían pasado practicando con los cuchillos arrojados. El artefacto cortó el aire describiendo un arco perfecto, y Will lo atrapó al vuelo.

Nate se había puesto en pie.

—Tessa —gruñó—. ¿Qué demonio crees estar...?

—¡Atrápalo! —gritó ella al autómata, señalando a Nate—. ¡Agárralo y reténlo!

La criatura no se movió. Tessa no podía oír nada excepto la agitada respiración de Nate a su lado, y el sonido de golpes metálicos provenientes del androide; Will había desaparecido detrás de la cosa y estaba haciendo algo, aunque ella no podía ver qué.

—Tessa, eres tonta —siseó Nate—. Eso no puede funcionar. Esa criatura sólo obedece a...

—¡Soy Nathaniel Gray! —espetó a voces Tessa al gigante de metal—. ¡Y te ordeno en nombre del Magister que agarres a este hombre y lo retengas!

Nate se volvió hacia ella.

—Ya basta de juegos, estúpida...

De repente, se quedó mudo cuando el autómata se inclinó y lo agarró con las pinzas de la mano. Lo alzó hasta la altura de la hendidura que tenía por boca, que rechinaba y chirriaba inquisitivamente. Nate comenzó a gritar, y siguió chillando, como enloquecido, sacudiendo los brazos mientras Will, después de acabar lo que había estado haciendo, saltaba hasta el suelo doblando las rodillas. Le gritó algo a Tessa, con una mirada de loco en sus ojos azules, pero ésta no pudo oírlo a causa de los alaridos de Nate. A Tessa, el corazón le latía con fuerza; notó que se le soltaba el cabello, y le caía sobre los hombros con un suave peso. Volvía a ser ella misma; la impresión de todo lo que estaba pasando era demasiada para poder mantener el Cambio. Nate seguía vociferando; la cosa lo tenía agarrado entre sus terribles pinzas. Will había comenzado a correr, y justo entonces, mirando a Tessa, se echó hacia atrás con un rugido. Se lanzó sobre ella, la tiró al suelo y la cubrió con su cuerpo mientras el autómata estallaba en pedazos como una estrella muerta.

El fragor de metal retorcido y golpes chirriantes era increíble. Tessa intentó taparse los oídos, pero el cuerpo de Will la inmovilizaba contra el suelo, apoyado en los codos, uno a cada lado de la cabeza

de la joven. Ésta notó su aliento en la nuca, el golpeteo del corazón contra la columna. Oyó a quien había considerado su hermano gritar, un terrible alarido borboteante. Volvió la cabeza y presionó el rostro contra el hombro de Will mientras el cuerpo de éste se sacudía sobre el de ella; el suelo tembló bajo ellos...

Y luego silencio. Lentamente, Tessa abrió los ojos. El aire estaba cargado de polvo de yeso, astillas flotantes y té escapado de los sacos de arpillerá. Grandes pedazos de metal yacían esparcidos de cualquier manera sobre el suelo, y varias de las ventanas se habían roto, dejando entrar la luz neblinosa del anochecer. Tessa miró a un lado y a otro de la nave. Vio a Henry, sujetando a Charlotte, besándole el pálido rostro mientras ella lo miraba; a Jem, tratando de ponerse en pie, estela en mano y cubierto de una capa de polvo de yeso..., y a Nate.

Al principio pensó que estaba apoyado en una de las columnas. Luego se fijó en la mancha roja que se le expandía sobre la camisa. Entonces lo vio; un retorcido trozo de metal lo había atravesado como una lanza y lo había clavado derecho en la columna. Tenía la cabeza gacha y se apretaba débilmente el pecho con las manos.

—¡Nate! —gritó.

Will rodó hacia un lado, liberándola, y un segundo después Tessa ya estaba en pie y corría hacia el herido de muerte. Las manos le temblaban de horror y repulsión, pero consiguió cerrarlas alrededor de la lanza de metal que atravesaba el pecho de Nate y arrancársela. La tiró a un lado y casi ni tuvo tiempo de sostenerlo cuando éste cayó hacia delante; su peso muerto la arrastró con él. Tessa volvió a encontrarse en el suelo, con el cuerpo del chico tendido sobre su regazo en una discordante posición.

Recordó una imagen: ella agachada en el suelo de la casa de De Quincey, sujetando a Nate. Entonces lo había amado. Había confiado en él. Pero en ese momento, mientras lo cogía y la sangre de él le empapaba la camisa y los pantalones, se sintió como si estuviera viendo a unos actores en el escenario, interpretando un papel, fingiendo la pena.

—Nate —susurró.

Él abrió los ojos pestañeando. Una dolorosa sorpresa la recorrió. Había pensado que ya estaba muerto.

—Tessie... —La voz de Nate era espesa, como si llegara a través de capas de agua. Le recorrió el rostro con la mirada, luego la ropa ensangrentada y finalmente detuvo la mirada sobre su propio pecho, donde la sangre manaba sin parar desde una enorme abertura en su camisa. Tessa se quitó la chaqueta, la dobló y se la apretó con fuerza contra la herida, rogando porque fuera suficiente para detener la hemorragia.

En vano. La chaqueta quedó empapada al instante; finos hilillos de sangre le caían a Nate por los costados.

—Oh, Dios —gimió Tessa. Alzó la voz—. Will...

—No. —Nate le cogió por la muñeca, clavándole las uñas.

—Pero, Nate...

—Me estoy muriendo. Lo sé. —Tosió con un sonido húmedo y vibrante—. ¿No lo entiendes? Le he fallado al Magíster. De todas maneras, me matará. Y él lo hará despacio. —Emitió un sonido ronco e impaciente—. Déjalo, Tessie. No estoy siendo noble. Ya sabes que no lo soy.

Tessa suspiró entrecortadamente.

—Debería dejarte morir aquí solo, con tu propia sangre. Eso es lo que tú harías en mi lugar.

—Tessie... —Un torrente de sangre se le derramó por la comisura de la boca—. El Magíster

nunca ha pretendido hacerte daño.

—Mortmain —susurró ella—. Nate, ¿dónde está? Por favor. Dime dónde está.

—Él... —Nate se atragantó, y resolló. Una burbuja de sangre le creció en los labios. La chaqueta que Tessa tenía en la mano era un trapo empapado. Nate abrió mucho los ojos, aterrorizado—. Tessie... me muero. Me muero de verdad...

Un gran número de preguntas estallaron en la cabeza de Tessa.

«¿Dónde está Mortmain? ¿Cómo pudo haber sido mi madre una cazadora de sombras? Si mi padre era un demonio, ¿cómo es que estoy viva cuando todos los hijos de demonios y de cazadores de sombras nacen muertos?».

Pero el terror en los ojos del muchacho la hizo guardar silencio; a pesar de todo, se encontró cogiéndole la mano.

—No hay nada de lo que tener miedo, Nate.

—Quizá no para ti. Tú siempre fuiste... la buena. Yo voy a arder, Tessie. Tessie, ¿dónde está tu ángel?

Ella se llevó la mano al cuello, en un gesto reflejo.

—No podía llevarlo. Estaba fingiendo ser Jessamine.

—Debes... llevarlo. —Nate tosió. Más sangre—. Llévalo siempre. ¿Lo juras?

Ella negó con la cabeza.

—Nate... —«No puedo confiar en ti, Nate».

—Ya lo sé. —Su voz era una leve vibración—. No hay perdón para... la clase de cosas que he tenido que hacer.

Ella le apretó la mano con la suya, resbaladiza a causa de la sangre de él.

—Te perdono —susurró ella, sin saber ni importarle si era verdad o no.

Él la miró asombrado. Su rostro era del color de un viejo pergamino amarillento; los labios, casi blancos.

—No sabes todo lo que he hecho, Tessie.

Ella se inclinó sobre él, inquieta.

—¿Nate?

Pero no hubo respuesta. El rostro de Nate se relajó, con los ojos abiertos y casi en blanco. La mano de él se resbaló de la de ella y golpeó el suelo.

—Nate —repitió Tessa, y colocó los dedos donde el pulso debería haberle latido en el cuello, sabiendo de antemano lo que iba a encontrar.

Nada. Nate había muerto.

Tessa se puso en pie. El chaleco roto, los pantalones, la camisa, incluso la punta de su cabello estaban empapados de la sangre de Nate. Se sentía tan entumecida como si la hubieran metido en agua helada. Se volvió lentamente, preguntándose por primera vez si los otros la habrían estado observando, si habrían oído su conversación con el moribundo, si se preguntaban...

Ni siquiera estaban mirando hacia ella. Estaban arrodillados, Charlotte, Jem y Henry, en un cerrado círculo alrededor de una forma oscura que yacía en el suelo, justo donde ella había estado antes, con Will encima.

Will.



Tessa había tenido pesadillas en las que caminaba por un largo pasillo oscuro hacia algo terrible, algo que no podía ver, pero que sabía que era espantoso y letal. En los sueños, a cada paso, el pasillo se había hecho más largo, perdiéndose en la oscuridad y el horror. La misma sensación de miedo e impotencia la invadió en ese instante mientras iba hacia ellos, cada paso como si fuera un kilómetro, hasta unirse al grupo de cazadores de sombras arrodillados y mirar a Will.

Éste yacía de lado. Tenía el rostro blanco y respiraba de forma superficial. Jem tenía una mano en su hombro, y le hablaba en voz baja y tranquilizadora, pero su amigo no daba ninguna señal de ser capaz de oírlo. La sangre había formado un charco bajo él, manchando el suelo y, por un momento, Tessa se lo quedó mirando, incapaz de imaginar de dónde provenía. Luego se acercó más y le vio la espalda a Will. El traje estaba hecho jirones por toda la espalda y los hombros; las afiladas esquirlas de metal que habían volado por todas partes habían destrozado el grueso material. La piel estaba cubierta de sangre; el cabello, empapado.

—Will —susurró Tessa. Se sintió curiosamente mareada, como si estuviera flotando.

Charlotte alzó la mirada.

—Tessa —dijo—. Tu hermano...

—Está muerto —respondió ella en medio de su extraña sensación—. Pero ¿Will...?

—Te ha tirado al suelo y te ha cubierto para protegerte de la explosión —explicó Jem. Por su voz, se intuía que no la culpabilizaba en absoluto—. Pero no había nada que lo protegiera a él. Estabais demasiado cerca. Los fragmentos de metal le han destrozado la espalda. Está perdiendo sangre muy de prisa.

—Pero ¿no podéis hacer algo? —Tessa alzó la voz, incluso mientras el mareo se apoderaba de ella—. ¿Y vuestras runas curativas? ¿Los *iratzes*?

—Hemos usado un *amissio*, una runa que hace que pierda sangre más despacio, pero si probamos con una runa curativa, la piel se le cerrará sobre el metal, y lo hundirá más en el tejido blando —explicó Henry—. Tenemos que llevarlo a la enfermería de casa. Hay que sacar el metal antes de poder curarlo.

—Entonces, debemos irnos. —A Tessa le temblaba la voz—. Debemos...

—Tessa —dijo Jem. Aún tenía la mano en el hombro de Will, pero la miraba a ella, con ojos muy intensos—. ¿Sabes que estás herida?

Ella se señaló la camisa con un gesto impaciente.

—No es mi sangre. Es de Nate. Ahora debemos... ¿Podemos cargar con él? ¿Hay algo con lo...?

—No —la interrumpió Jem, con la suficiente firmeza como para sorprenderla—. No hablo de la sangre de la ropa. Tienes un profundo corte en la cabeza. Aquí. —Le tocó la sien.

—No seas ridículo —replicó ella—. Estoy perfectamente.

Se llevó la mano a la sien, y se notó el pelo apelmazado por la sangre, y también la mejilla pegajosa, antes de tocar con los dedos un trozo de piel rasgada, que le iba desde el borde de la mejilla hasta la sien. Un dolor penetrante se le clavó en la cabeza.

Fue la última gota. Débil por la pérdida de sangre y mareada por las continuas impresiones, sintió que se desmoronaba. Casi ni notó que Jem la cogía antes de hundirse en la oscuridad.

## EN SUEÑOS

Acude a mí en sueños, y entonces  
de día volveré a estar bien.  
Porque la noche pagará de sobra  
el desesperado anhelo del día.

MATTHEW ARNOLD, *Longing*

La conciencia le iba y venía con un ritmo hipnótico, como el mar aparece y desaparece de la vista contemplado desde la cubierta de un barco en medio de la tormenta. Tessa sabía que estaba en una cama con limpias sábanas blancas en el centro de una larga sala; que había otras camas, todas iguales, allí; que había ventanas muy por encima de su cabeza, por las que entraban sombras y luego la roja luz del amanecer. Cerró los ojos a ella, y la oscuridad volvió.

La despertaron unos susurros y unos rostros inclinados sobre ella, ansiosos. Charlotte, con el cabello recogido en la nuca, todavía con su uniforme, y junto a ella, el hermano Enoch. Su rostro cubierto de cicatrices ya no le causaba terror. Oía su voz en su interior.

*La herida de la cabeza es superficial.*

—Pero se desmayó —señaló la directora. Para sorpresa de Tessa, había auténtico miedo en su voz, una inquietud real—. Con un golpe en la cabeza...

*Se desmayó de tantas impresiones. Su hermano murió en sus brazos, ¿has dicho? Y puede haber pensado que Will también estaba muerto. Has dicho que él la cubrió con su cuerpo cuando ocurrió la explosión. Si él hubiera muerto, habría dado su vida por ella. Eso es una pesada carga que soportar.*

—¿Crees que se pondrá bien?

*Cuando su cuerpo y su espíritu hayan reposado, se despertará. No puedo decir cuándo será eso.*

—Mi pobre Tessa... —Charlotte le acarició el rostro suavemente. Las manos le olían a jabón de limón—. Ahora ya no tiene a nadie en el mundo...

La oscuridad regresó, y Tessa se sumergió en ella, agradeciendo el descanso de la luz y el pensamiento. Se arrebujó en ella como si fuera una manta y se dejó flotar, como los icebergs de la costa del Labrador, acunados bajo la luna en la oscura agua helada.

Un grito gutural de dolor atravesó su sueño de oscuridad. Estaba acurrucada de lado en un revoltijo de sábanas, y a unas cuantas camas de distancia se hallaba Will, tumbado boca abajo. Se dio cuenta,

aunque en su estado de adormecimiento fue sólo una ligera impresión, de que seguramente estaba desnudo: lo habían tapado con las sábanas hasta la cintura, pero el pecho y la espalda estaban al descubierto. Doblaban los brazos sobre las almohadas que tenía delante, y apoyaba la cabeza en ellas, con el cuerpo tenso como una cuerda de arco. Había manchas de sangre en la blanca sábana bajera.

El hermano Enoch se hallaba a un lado del lecho y, junto a él, a la cabeza de Will, Jem, con una expresión de ansiedad.

—Will —decía Jem urgiéndolo—. Will, ¿estás seguro de que no quieres otra runa analgésica?

—No... más —masculló éste, con los dientes apretados—. Sólo... acabad de una vez...

El hermano Enoch alzó lo que parecía un par de pinzas de plata muy afiladas. Will tragó saliva y hundió la cabeza entre los brazos, con el cabello negro resaltando contra el blanco de la ropa de cama. Jem se estremeció como si el dolor fuera suyo cuando las pinzas se hundieron en la espalda de su *parabatai* y su cuerpo se tensó, con los músculos marcándose bajo la piel; su grito de dolor fue corto y amortiguado. El hermano Enoch retiró el instrumento con un fragmento de metal ensangrentado entre los extremos.

Jem le cogió la mano a Will.

—Apriétame los dedos. Te ayudará con el dolor. Sólo quedan unos pocos.

—Eso es... fácil de decir —jadeó Will, pero la mano de su amigo pareció relajarlo un poco. Estaba arqueado sobre la cama, con los codos clavados en el colchón, jadeando. Tessa sabía que no debía mirar, pero no podía evitarlo. Fue consciente de que nunca había visto tanto del cuerpo de un chico antes, ni siquiera del de Jem. Se encontró fascinada por la forma en que el terso músculo se deslizaba bajo la fina piel de Will, la flexión y la curva de los brazos, el duro y plano estómago convulsionándose con cada respiración.

Las pinzas destellaron de nuevo, y la mano de Will apretó la de Jem, hasta que los dedos de ambos se emblanquecieron. La sangre manó y se derramó por el desnudo costado. No emitió ningún sonido, aunque parecía transpuesto y pálido. Jem hizo ademán de ir a ponerle la mano sobre el hombro, pero la retiró, mordiéndose el labio.

«Todo esto es porque Will me cubrió para protegerme», pensó Tessa. Como el hermano Enoch había dicho, era una pesada carga.

*Yacía en su estrecha cama en su antigua habitación del piso de Nueva York. Por la ventana veía el cielo gris, los techos de Manhattan. Una de las coloridas colchas de parches de su tía estaba sobre la cama, y ella la agarró cuando la puerta se abrió y entró ésta.*

*Sabiendo lo que sabía en esos momentos, Tessa podía ver el parecido. Tía Harriet tenía los ojos azules, el cabello rubio claro; incluso la forma del rostro era como la de Nate. Con una sonrisa, se acercó y se inclinó sobre Tessa; le puso una mano en la frente, fría sobre la ardiente piel de la muchacha.*

*—Lo siento mucho —susurró Tessa—. Lo de Nate. Es culpa mía que haya muerto.*

*—Chist —dijo su tía—. No es culpa tuya. Es suya y mía. Siempre me sentí tan culpable, ¿sabes?, Tessa. Sabiendo que era su madre, pero incapaz de decírselo. Le permití salirse siempre con la suya en todo, hasta que se torció sin salvación posible. Si le hubiera dicho que era su auténtica madre, no se hubiera sentido tan traicionado al descubrir la verdad, y no se habría vuelto contra nosotras. Las mentiras y los secretos, Tessa, son como el cáncer del alma. Acaban*

*con lo bueno y sólo dejan destrucción a su paso.*

*—Te añoro mucho —se sinceró Tessa—. Ahora ya no tengo familia...*

*Su tía se inclinó y la besó en la frente.*

*—Tienes más familia de la que crees.*

—Ahora casi seguro que vamos a perder el Instituto —se lamentó Charlotte. No parecía triste, sino distante e indiferente. Tessa rondaba en espíritu, como un fantasma, por la enfermería, mirando a los pies de su cama, donde la directora estaba con Jem. Tessa se veía a sí misma, dormida, con el oscuro cabello desplegado como un abanico sobre las almohadas. Will dormía a unas cuantas camas más allá, con la espalda llena de vendas, y un negro *iratze* en la nuca. Sophie, con cofia blanca y uniforme negro, estaba limpiando el polvo de los alféizares—. Hemos perdido a Nathaniel Gray como fuente, una de nosotros ha resultado ser una espía y no estamos más cerca de encontrar a Mortmain de lo que lo estábamos hace quince días.

—¿Después de todo lo que hemos hecho y averiguado? La Clave lo entenderá.

—No lo harán. Ya están muy hartos de mí. Más me valdría ir a casa de Benedict Lightwood y hacer el papeleo del Instituto a su nombre. Acabar de una vez.

—¿Y qué dice Henry al respecto? —preguntó Jem. Ya no llevaba el uniforme, y la mujer tampoco; él iba con una camisa blanca y pantalones marrones, y ella con uno de sus sencillos vestidos oscuros. Pero cuando Jem volvió la mano, Tessa vio que aún la tenía manchada con la sangre seca de Will.

Charlotte resopló de una manera muy poco femenina.

—¡Oh, Henry! —dijo; parecía exhausta—. Creo que está tan sorprendido de que uno de sus artefactos funcionara que no sabe qué hacer con su vida. Y no soporta entrar aquí. Piensa que Tessa y Will están heridos por su culpa.

—Sin ese artefacto, todos podríamos estar muertos, y Tessa en manos del Magíster.

—Puedes explicárselo a Henry cuando quieras. Yo ya me he rendido.

—Charlotte... —dijo Jem en voz baja—. Sé lo que dice la gente. Sé que has oído chismorreos crueles. Pero tu marido te ama. Cuando creyó que estabas herida, en el almacén de té, casi se volvió loco. Se lanzó contra esa máquina...

—James. —Le palmeó el hombro en un gesto incómodo—. Te agradezco que trates de consolarme, pero las mentiras nunca sirven para nada bueno al final. Hace ya tiempo que he aceptado que Henry ama primero a sus inventos, y luego a mí... en todo caso.

—Charlotte —repuso Jem con tono cansado, pero antes de que pudiera decir nada más, Sophie se había puesto entre ambos, con el trapo del polvo en la mano.

—Señora Branwell —habló en voz baja—. Si me permite hablar con usted un momento...

La aludida pareció sorprendida.

—Sophie...

—Por favor, señora.

La directora le puso a Jem una mano en el hombro, le dijo algo al oído y luego asintió mirando a Sophie.

—Muy bien. Ven conmigo al salón.

Mientras Charlotte salía de la enfermería con Sophie, Tessa se dio cuenta sorprendida de que la criada era más alta que su señora. Charlotte tenía tal autoridad que a menudo la gente olvidaba lo

pequeña que era. Y Sophie era tan alta como Tessa, y delgada como un sauce. Tessa la recordó con Gideon Lightwood, apoyada en la pared del pasillo, y se preocupó.

Cuando la puerta se cerró tras las dos mujeres, Jem se inclinó hacia adelante, con los brazos cruzados y apoyados en el pie de la cama de latón de Tessa. La miraba con una ligera sonrisa, aunque torcida, y las manos colgando, con sangre seca en los nudillos y bajo las uñas.

—Tessa, mi Tessa —dijo en voz baja, con un tono tan arrullador como el de su violín—. Sé que no puedes oírme. El hermano Enoch dice que no estás malherida. No puedo decir que eso sea suficiente para tranquilizarme. Es como cuando Will me asegura en alguna parte que sólo estamos un poco perdidos. Sé que eso significa que tardaré horas en ver alguna calle que conozca.

Bajó tanto la voz que Tessa no estaba segura de si lo que dijo después era real o parte del sueño de oscuridad que se la volvía a llevar, aunque ella se resistiera.

—Nunca me había importado —continuó él—. Estar perdido, quiero decir. Siempre había pensado que no se podía estar del todo perdido si se conocía el propio corazón. Pero me temo que puedo perderme si no conozco el tuyo. —Cerró los ojos como si estuviera terriblemente agotado, y Tessa vio lo finos que eran sus párpados, como papel pergamino, y lo exhausto que parecía estar—. *Wo ai ni, Tessa* —susurró—. *Wo bu xiang shi qu ni*.

Tessa supo, sin saber cómo lo sabía, lo que significaban aquellas palabras.

«Te amo. No quiero perderte».

«Y yo tampoco quiero perderte a ti», quiso decirle, pero las palabras no acudían. En vez de eso, se apoderó de ella la lasitud, en una brumosa ola, que la cubrió en silencio.

#### *Oscuridad.*

La celda era oscura, y Tessa fue consciente primero de una sensación de gran soledad y terror. Jessamine yacía en una estrecha cama, con el cabello rubio colgándole en tiosos mechones por los hombros. Al mismo tiempo, Tessa flotaba sobre ella y sentía como si, de alguna manera, estuviera palpándole la mente. Podía notar la dolorosa sensación de una gran pérdida. De algún modo, Jessamine sabía que Nate estaba muerto. Antes, cuando Tessa había tratado de acceder a la mente de la otra chica, había encontrado resistencia, pero en ese momento sólo sentía una creciente tristeza, como la mancha de una gota de tinta negra extendiéndose por el agua.

Jessie tenía abiertos los ojos, miraba la oscuridad. «*No tengo nada*. —Las palabras sonaban tan claras como una campana en la mente de Tessa—. Escogí a Nate por encima de los cazadores de sombras, y ahora está muerto. Y Mortmain también me querrá muerta, y Charlotte me desprecia. He jugado y lo he perdido todo».

Mientras Tessa la observaba, Jessamine se sacó por la cabeza un pequeño cordón que llevaba al cuello. En el extremo de éste había un anillo de oro con una brillante piedra blanca: un diamante. La cogió entre los dedos y comenzó a usar el diamante para grabar letras en la pared de piedra.

J. G.

*Jessamine Gray*

Tal vez hubiera algo más en el mensaje, pero Tessa nunca lo supo; mientras Jessamine apretaba la joya, ésta se rompió, y la chica se golpeó con la mano en la pared, arañándose los nudillos.

Tessa no tuvo que acceder a su mente para saber qué estaba pensando ésta. Ni siquiera el diamante había sido de verdad. Con un pequeño grito, Jessamine se dio la vuelta y hundió el rostro en las ásperas mantas de la cama.

Cuando Tessa despertó de nuevo, ya era de noche. Una tenue luz de estrellas entraba por las altas ventanas de la enfermería, y había una lámpara de luz mágica encendida en la mesilla junto a su cama. Al lado de ésta, se encontraba una taza de tisana, de la que se alzaba vapor, y un platito de galletas. Se incorporó hasta sentarse, a punto de coger la taza..., y se quedó helada.

Will estaba sentado a los pies de la cama, llevando una camisa suelta, pantalones y una bata negra. Bajo la luz de las estrellas, se lo veía pálido, pero incluso esa tenue iluminación no podía borrarle el azul de los ojos.

—Will —dijo ella, sorprendida—, ¿qué haces despierto?

Se preguntó si la habría estado observando mientras dormía. Pero ésa sería una cosa muy extraña y muy poco acorde con Will.

—Te he traído una tisana —le informó él, un poco serio—. Pero parecía que estuvieras teniendo una pesadilla.

—¿Sí? No recuerdo lo que he soñado. —Se cubrió con las sábanas, aunque su casto camisón ya la cubría lo suficiente—. Pensaba que había estado escapando hacia el sueño..., que la vida real era la pesadilla y que en el sueño era donde podía hallar paz.

Will cogió la taza y se movió para quedar junto a ella en la cama.

—Toma. Bebe esto.

Ella lo obedeció. La tisana tenía un gusto amargo, pero apetecible, como el ácido del limón.

—¿Qué me hará? —preguntó ella.

—Te calmará —contestó Will.

Tessa lo miró, con el sabor a limón en la boca. Parecía tener una neblina ante los ojos; a través de ella, el chico parecía como algo salido de un sueño.

—¿Cómo están tus heridas? ¿Te duelen?

Él negó con la cabeza.

—Una vez extraído todo el metal, pudieron ponerme un *iratze* —explicó—. Las heridas no están completamente curadas, pero están sanando. Mañana serán sólo cicatrices.

—Me das celos. —Tomó otro sorbo de tisana. Estaba comenzando a hacerle sentir mareada. Se tocó el vendaje de la frente—. Creo que pasará bastante tiempo antes de que me quiten esto.

—Mientras tanto puedes disfrutar pareciendo una pirata.

Tessa se echó a reír, pero un poco insegura. Will estaba tan cerca como para que ella notara el calor que emanaba su cuerpo. Era como un horno.

—¿Tienes fiebre? —le preguntó antes de poder evitarlo.

—El *iratze* sube la temperatura del cuerpo. Es parte del proceso de curación.

—Oh —repuso ella. Tenerlo tan cerca le estaba provocando pequeños estremecimientos nerviosos, pero se sentía demasiado mareada para apartarse.

—Siento lo de tu hermano —dijo él en voz baja, y su aliento agitó el cabello de Tessa.

Ella lo miró. Su ojos, grandes y azules; ese rostro perfecto; la forma arqueada de la boca, con las comisuras hacia abajo, indicando preocupación. Preocupación por ella. Tessa se notó la piel caliente y tensa; la cabeza, ligera y etérea, como si estuviera flotando.

—Will —susurró—. Will, me siento muy rara.

Éste se inclinó sobre ella para poner la taza en la mesa, y sus hombros se rozaron.

—¿Quieres que vaya a buscar a Charlotte?

Ella negó con la cabeza. Estaba soñando. Ahora estaba segura; tenía la misma sensación de estar en su cuerpo y al mismo tiempo fuera que había experimentado cuando había soñado con Jessamine. Saber que era un sueño la hizo más atrevida. Will seguía inclinado hacia adelante, con el brazo extendido; ella se acurrucó contra él, con la cabeza sobre su hombro, y cerró los ojos. Notó que él se sobresaltaba sorprendido.

—¿Te he hecho daño? —susurró ella, sólo en ese momento recordando su espalda.

—No me importa —repuso él ferviente—. No me importa.

La rodeó con los brazos y la sujetó contra sí; ella apoyó la barbilla en la cálida unión entre el hombro y el cuello. Oyó el eco de su pulso y captó su olor: sangre, sudor, jabón y magia. No era como había sido en el balcón, todo fuego y deseo. Él la cogió con suavidad y apoyó la mejilla en su cabello. Estaba temblando, incluso mientras el pecho le subía y bajaba, incluso mientras le ponía un vacilante dedo bajo la barbilla, alzándole el rostro...

—Will —dijo Tessa—. Está bien. No importa lo que hagas. Estamos soñando, ¿sabes?

—¿Tess? —Will parecía alarmado. La estrechó más entre sus brazos. Ella se notaba cálida, suave y mareada. Si Will fuera realmente así, pensó, y no sólo en los sueños... La cama dio vueltas bajo ella como un bote a la deriva. Tessa cerró los ojos y dejó que la oscuridad se la llevara.

El aire nocturno era frío; la niebla, espesa y amarillo verdosa bajo los intermitentes charcos de luz de gas, mientras Will bajaba por King's Road. La dirección que Magnus le había dado era de Cheyne Walk, cerca del Chelsea Embankment, y Will ya captaba el familiar olor del río: limo, agua, suciedad y podredumbre.

Había estado tratando de evitar que el corazón se le saltara del pecho desde que había encontrado la nota del brujo, cuidadosamente doblada en una bandeja junto a su cama. Sólo había escrito una escueta dirección: 16 Cheyne Walk. Will conocía el Walk y el área que lo circundaba. Chelsea, cerca del río, era un lugar popular entre los artistas y los interesados en la literatura, y las ventanas de los pubs ante los que pasaba resplandecían con una acogedora luz amarilla.

Se cerró el abrigo al torcer una esquina que lo encaraba hacia el sur. La espalda y las piernas le dolían por las heridas que había recibido, a pesar de los *iratzes*; estaba incómodo, como si le hubieran picado una docena de abejas. Sin embargo, casi ni se fijaba. Tenía la cabeza rebosante de posibilidades. ¿Qué habría descubierto Magnus? Sin duda no lo habría llamado sin alguna razón, ¿no? Y su cuerpo estaba lleno de Tessa, de su tacto y de su olor. Curioso, lo que más se le había clavado en el corazón y en la cabeza no era el recuerdo de sus besos en el baile, sino la forma en que se había acurrucado contra él esa noche, con la cabeza sobre su hombro, su aliento en el cuello, como si confiara en él absolutamente. Will hubiera dado todo lo que tenía en el mundo y todo lo que podía llegar a tener sólo por estirarse junto a ella en la estrecha cama de la enfermería y abrazarla mientras ella dormía. Apartarse de ella había sido como arrancarse la piel, pero había tenido que hacerlo.

Como siempre tenía que hacerlo. Igual que siempre tenía que negarse lo que quería.

Pero tal vez... después de esa noche...

Apartó esa idea de su mente antes de que creciera en su interior. Mejor no pensarlo; mejor no esperar y sufrir otra decepción. Miró alrededor. Ya estaba en Cheyne Walk, con sus elegantes casas de fachadas georgianas. Se detuvo delante del número 16. Era un edificio alto, con una verja de hierro forjado ante la fachada y un prominente ventanal. La verja tenía una puerta con adornos; estaba abierta.

Will entró y fue hasta la puerta principal, donde llamó a la campanilla.

Para su sorpresa, no la abrió un sirviente sino Woolsey Scott, con su cabello rubio cayéndole enredado sobre los hombros. Llevaba un batín verde oscuro de brocado chino sobre unos pantalones asimismo oscuros y el pecho desnudo. Un monóculo dorado estaba colocado ante el ojo. Tenía una pipa en la mano izquierda, y mientras contemplaba a Will tranquilamente, exhaló una nube de humo de olor dulce, que hizo toser al recién llegado.

—Finalmente te has rendido y has reconocido que estás enamorado de mí, ¿verdad? —le preguntó a Will—. Me encantan estas declaraciones sorpresa a medianoche. —Se apoyó en el marco de la puerta y agitó una lánguida mano cargada de anillos—. Vamos, aquí tienes.

Por una vez, Will se quedó sin palabras. No le solía pasar con frecuencia y tuvo que admitir que no le gustaba.

—Oh, déjalo en paz, Woolsey —dijo una voz conocida desde el interior de la casa: Magnus, que se apresuraba por el pasillo. Se estaba abrochando los puños de la camisa y tenía el cabello alborotado y enmarañado—. Ya te he dicho que Will vendría por aquí.

Will pasó la mirada de Magnus a Woolsey. Aquél iba descalzo, igual que el licántropo. Woolsey tenía una brillante cadena de oro alrededor del cuello. De ella colgaba un medallón que decía *Beati Bellicosi*, «benditos sean los guerreros». Bajo la inscripción aparecía la marca de una huella de lobo. Scott se fijó en que Will lo estaba mirando y sonrió irónico.

—¿Te gusta lo que ves? —inquirió.

—Woolsey... —lo riñó Magnus.

—La nota que me has enviado tenía algo que ver con invocar demonios, ¿verdad? —preguntó Will mirando a Magnus—. Eso no es... tu cobro del favor, ¿verdad?

Éste sacudió su alborotada cabeza.

—No. Esto son negocios, nada más. Woolsey ha sido tan amable como para dejarme estar en su casa mientras decido qué hacer.

—Yo digo que vayamos a Roma —intervino el hombre lobo—. Me encanta Roma.

—Muy bien, pero primero tengo que usar una sala. A poder ser una con poco o nada en ella.

Scott se quitó el monóculo y miró al brujo.

—¿Y qué vas a hacer en esa sala? —Su tono era más que sugerente.

—Invocar al demonio Marbas —contestó Magnus, dedicándole una falsa sonrisa de oreja a oreja.

Scott se atragantó con el humo de la pipa.

—Supongo que todos tenemos ideas diferente sobre lo que constituye una agradable velada...

—Woolsey. —El mago se pasó la mano por el revuelto cabello—. No me gusta sacar esto, pero me debes una. ¿Hamburgo? ¿1863?

El aludido alzó las manos al cielo.

—Oh, muy bien. Puedes utilizar la habitación de mi hermano. Nadie la ha usado desde que murió. Disfrutad. Yo estaré en el salón con una copa de jerez y unos grabados bastante atrevidos que me he hecho traer de Rumanía.

Se volvió y se fue por el pasillo. Magnus hizo un gesto a Will para que entrara, y él lo hizo alegremente, con la calidez de la casa envolviéndolo como una manta. Como no había sirviente, se sacó su levita azul de lana y se la colgó del brazo mientras Magnus lo observaba con una mirada de curiosidad.

—Will —dijo—. Ya veo que no has perdido tiempo desde que recibiste mi nota. No te esperaba



hasta mañana.

—Ya sabes lo que esto significa para mí —repuso Will—. ¿De verdad crees que iba a esperarme?  
El hechicero le escrutó el rostro.

—¿Estás preparado? —preguntó—. ¿Para que este asunto fracase? ¿Para que el demonio no sea el que buscas? ¿Para que la invocación no funcione?

Por un momento, Will no pudo moverse. Veía su propio rostro en el espejo que colgaba junto a la puerta. Se asustó al ver lo sensible que parecía, como si ya no hubiera ningún muro entre el mundo y los deseos de su corazón.

—No —respondió—, no estoy preparado.

Magnus movió la cabeza.

—Will... —Suspiró—. Ven conmigo.

Se dio la vuelta con la gracia de un gato y fue por el pasillo, y luego arriba por la sinuosa escalera. Will lo siguió, subiendo los oscuros peldaños, mientras la gruesa alfombra persa ensordecía el sonido de sus pasos. Hornacinas en la pared contenían estatuillas de mármol de cuerpos entrelazados. Will apartó los ojos apresuradamente, y luego volvió a miraras. Tampoco era como si Magnus estuviera prestando atención a lo que hacía Will, y lo cierto era que el chico nunca se había imaginado que dos personas pudieran adoptar una posición como ésa, y mucho menos que pareciera artístico.

Llegaron al primer piso, y Magnus fue por el pasillo, abriendo las puertas a su paso y mascullando para sí. Al final halló la habitación que buscaba, abrió la puerta del todo e hizo un gesto al cazador de sombras para que entrara.

El dormitorio del hermano muerto de Woolsey Scott estaba oscuro y frío, y el aire olía a polvo. Automáticamente, Will buscó su luz mágica, pero Magnus agitó una mano indicándole que no hacía falta, mientras de los dedos le saltaban chispas azules. De repente, un fuego ardió con fuerza en la chimenea, iluminando la habitación. Estaba amueblada, aunque lo habían cubierto todo con telas blancas: la cama, el armario, las cómodas... Mientras Magnus recorría el cuarto arremangándose y gesticulando, los muebles fueron apartándose del centro de la estancia. La cama se dio la vuelta y se quedó apoyada vertical en la pared; las sillas, las cómodas y el lavamanos se colocaron en los rincones.

El chico soltó un silbido. El mago sonrió satisfecho.

—Fácil de impresionar —dijo éste, aunque parecía faltarle el aliento.

Se arrodilló en el vacío centro de la estancia y rápidamente dibujó un pentagrama. En cada uno de los puntos del símbolo ocultista, trazó una runa, aunque no eran de las que Will conocía del *Libro Gris*. Magnus alzó los brazos y los mantuvo sobre la estrella; comenzó a salmodiar, y se le abrieron unos cortes en las muñecas, de donde manó sangre que goteó en el centro del pentagrama. Will se tensó cuando el fluido se pegó en el suelo y comenzó a arder con un inquietante resplandor azul. El hechicero salió del pentagrama, aún salmodiando, se metió la mano en el bolsillo y sacó el diente del demonio. Mientras el muchacho lo contemplaba, Magnus lo tiró en el llameante centro de la estrella.

Durante un momento no ocurrió nada. Acto seguido, desde el ardiente centro de las llamas, una oscura masa comenzó a tomar forma. Magnus había dejado de salmodiar; miraba concentrado el pentagrama y lo que estaba pasando dentro, mientras los cortes de los brazos se le cerraban. La habitación estaba casi en silencio, sólo se oía el crepitar el fuego y la rápida respiración de Will, que le resonaba en sus propios oídos. La masa negra fue creciendo, fusionándose y, finalmente, adquirió una forma sólida y reconocible.

Era el demonio azul de la fiesta, aunque ya no vestía de etiqueta. Tenía el cuerpo recubierto de

escamas azules superpuestas, y una larga cola amarillenta con un aguijón en la punta iba de un lado a otro a su espalda. El demonio miró a Magnus y después a Will, entrecerrando sus ojos escarlata.

—¿Quién invoca al demonio Marbas? —exigió saber en una voz que era como si las palabras resonaran desde el fondo de un pozo.

Magnus hizo un gesto con la barbilla indicando el pentagrama. El mensaje era claro: el resto era asunto de Will.

Éste dio un paso adelante.

—¿No me recuerdas?

—Te recuerdo —gruñó el demonio—. Me perseguiste por los jardines de la casa de campo de Lightwood. Me arrancaste un diente. —Abrió la boca, mostrando la mella—. Probé tu sangre. —Su voz se convirtió en un siseo—. Cuando escape de este pentagrama la probaré otra vez, nefilim.

—No. —Will aguantó el tipo—. Te pregunto si me recuerdas a mí.

El demonio calló. Los ojos, danzando con el fuego, eran inescrutables.

—Hace cinco años —explicó el muchacho—. Una caja. Una Pyxis. La abrí, y tú saliste. Estábamos en la biblioteca de mi padre. Tú atacaste, pero mi hermana te hizo retroceder con un cuchillo serafín. ¿Me recuerdas ahora?

Hubo un silencio muy, muy largo. Magnus mantuvo sus ojos de gato fijos en el demonio. Había una amenaza implícita en esa mirada, una que Will no podía identificar.

—Di la verdad —lo instó Magnus finalmente—. O te irá muy mal, Marbas.

El demonio volvió la cabeza hacia Will.

—Tú —comenzó de mala gana—. Tú eres aquel niño. El hijo de Edmund Herondale.

Will tragó aire. De repente, se sintió mareado, como si fuera a desmayarse. Se clavó las uñas en la palma, con fuerza, rasgándose la piel, para que el dolor le aclarara la cabeza.

—Lo recuerdas.

—Llevaba veinte años atrapado en esa cosa —rugió Marbas—. Claro que recuerdo mi liberación. Imagínatelo, si puedes, mortal idiota; años de oscuridad, de negrura, sin luz ni movimiento..., y luego el cambio, la apertura. Y el rostro del hombre que me había encerrado justo sobre tu mirada.

—Yo no soy el hombre que te encerró...

—No. Ése fue tu padre. Pero a mis ojos, sois iguales. —El demonio sonrió sarcástico—. Recuerdo a tu hermana. Una chica valiente, haciéndome retroceder con un cuchillo que casi no sabía ni usar.

—Lo empleó lo suficientemente bien para apartarte de nosotros. Por eso nos maldijiste. Me maldijiste. ¿Recuerdas eso?

Marbas rió por lo bajo.

—«Todos los que te amen hallarán sólo la muerte. Su amor será su destrucción. Puede tardar un momento, puede tardar años, pero quien te mire con amor morirá por ello. Y comenzaré con ella».

Will se sintió como si estuviera respirando fuego. Le ardía todo el pecho.

—Sí.

El demonio inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Y me has invocado para que juntos podamos recordar esos instantes que compartimos en el pasado?

—Te he invocado, cabrón azul, para que me liberes de la maldición. Mi hermana, Ella, murió esa noche. Abandoné a mi familia para que estuvieran a salvo. Han pasado cinco años. Ya es suficiente. ¡Suficiente!

—No trates de darme lástima, mortal —repuso Marbas—. Durante veinte años fui torturado en esa caja. Quizá tú también deberías sufrir durante veinte años. O doscientos...

El cuerpo del chico se tensó. Antes de que pudiera lanzarse contra el pentagrama, Magnus habló.

—Algo en esta historia me resulta raro, Marbas —expuso en un tono tranquilo.

Éste lo miró.

—¿El qué?

—Un demonio, justo al salir de una Pyxis, suele estar en su momento más débil, después de llevar todo el tiempo de su cautiverio sin alimentarse. Demasiado débil para echar una maldición tan sutil y potente como la que dices que le echaste a Will.

El demonio siseó algo en un idioma que Will desconocía, una de las lenguas demoníacas menos frecuentes, ni cthonic y purgatic. Magnus entrecerró los ojos.

—Pero mi hermana murió —recordó Will—. Marbas dijo que mi hermana moriría, y murió. Esa misma noche.

Los ojos del brujo seguían clavados en los del demonio. Algún tipo de lucha de voluntades estaba teniendo lugar, algo que escapaba al entendimiento del chico.

—¿De verdad deseas desobedecerme, Marbas? —preguntó Magnus finalmente—. ¿Deseas enfurecer a mi padre?

Marbas escupió una palabrota y se volvió hacia Will. El movimiento de su hocico denotaba su enfado.

—El híbrido tiene razón. La maldición era falsa. Tu hermana murió porque le clavé el agujón. —Agitó la cola de un lado a otro, y Will recordó a Ella tirada en el suelo después de que le golpeará la cola y el arma cayéndosele de las manos—. Nunca has estado maldito, Will Herondale. Al menos no por mí.

—No —repuso éste casi sin voz—. No, es imposible. —Se sintió como si una gran tormenta hubiera estallado en su cabeza; recordó a Jem diciendo «el muro está cayendo», y se imaginó el gran muro que lo había rodeado durante años, aislándolo, desmoronándose como la arena. Era libre, y estaba solo, y el viento helado lo cortaba como un cuchillo—. No. —Su voz tenía una nota de lamento—. Magnus...

—¿Estás mintiendo, Marbas? —preguntó el mago—. ¿Me juras por Baal que lo que dices es la verdad?

—Lo juro —contestó el diablo, con los rojos ojos rodándole en las órbitas—. ¿En qué me beneficiaría mentirte?

Will cayó de rodillas. Se apretó el estómago con las manos, como si estuviera impidiendo que se le despararraran las entrañas. Cinco años, pensó. Cinco años desperdiciados. Oyó a su familia gritando y golpeando las puertas del Instituto, y a sí mismo pidiendo a Charlotte que los hiciera marchar. Y ellos nunca habían sabido el porqué. Habían perdido a una hija y a un hijo en cuestión de días. Y nunca habían sabido el porqué. Y los otros, Henry y Charlotte y Jem... y Tessa, y las cosas que había hecho...

«Jem es mi gran pecado».

—Will tiene razón —concluyó Magnus—. Eres un cabrón azul. ¡Arde y muere!

En algún punto periférico a la visión de Will, una llama roja se alzó hasta el techo; Marbas gritó, un aullido de agonía que se cortó tan de repente como había comenzado. El hedor a demonio quemado llenó la habitación. Y Will siguió arrodillado, con la respiración serrándole los pulmones.

«Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios».

Unas manos amables lo cogieron por los hombros.

—Will —le dijo Magnus; no había nada alegre en su tono, sólo una sorprendente ternura—. Will, lo siento mucho.

—Todo lo que he hecho —respondió éste. Notaba como si los pulmones le hubieran dejado de funcionar—. Todas las mentiras, apartar a la gente, abandonar a mi familia, las cosas imperdonables que le dije a Tessa... para nada. Una maldita pérdida de tiempo, y todo por una mentira que fui tan estúpido como para creer.

—Tenías doce años. Tu hermana murió. Marbas era una criatura astuta. Ha engañado a magos poderosos, ¿cómo no iba a engañar a un niño que desconocía el Mundo de las Sombras?

Will se miró las manos.

—Toda mi vida hundida, destrozada...

—Tienes diecisiete años —le recordó el hechicero—. No puedes haber destrozado una vida que casi ni has vivido. ¿Entiendes lo que esto quiere decir, Will? Te has pasado los últimos cinco años convencido de que nadie te quería porque, en el caso contrario, habrían muerto. El simple hecho de su supervivencia lo considerabas una prueba de que les resultabas indiferente. Pero te equivocabas. Charlotte, Henry, Jem..., tu familia...

Respiró hondo y dejó salir el aire. La tormenta en su cabeza amainaba lentamente.

—Tessa —exclamó.

—Bueno. —En ese momento sí que había algo de humor en el tono de Magnus. El chico se dio cuenta de que estaba arrodillado junto a él.

«Estoy en la casa de un licántropo —pensó—, con un brujo consolándome y las cenizas de un demonio muerto a unos pasos. ¿Quién se lo hubiera podido imaginar?».

—No puedo decirte con seguridad lo que siente Tessa —continuó Magnus—. Por si no lo has notado, es una chica muy independiente. Pero tienes tantas posibilidades de conseguir su amor como cualquier otro hombre, Will, ¿y no es eso lo que quieres? —Le palmeó la espalda y apartó la mano; se puso en pie como una gran sombra negra cayendo sobre Will—. Si te sirve de consuelo, por lo que vi en el balcón la otra noche, creo que le gustas mucho.

Magnus observó a Will mientras éste salía de la casa. Al llegar a la verja, el muchacho se detuvo, con la mano en el pasador, como si vacilara en el umbral al comienzo de un viaje largo y difícil. La luna había salido de entre las nubes y le hacía relucir el espeso cabello negro y la palidez de las manos.

—Muy curioso —comentó Woolsey, que apareció detrás de Magnus en el pasillo. Las cálidas luces de la casa transformaban el cabello rubio del licántropo en una maraña de oro pálido. Parecía como si hubiera estado durmiendo—. Si no te conociera, diría que aprecias a ese chico.

—¿Si no me conocieras, Woolsey? —preguntó el mago, sin prestar demasiada atención, observando aún a Will, y la luz que refulgía en el Támesis más allá de éste.

—Es un nefilim —respondió el licántropo—. Y nunca te han interesado. ¿Cuánto te ha pagado para que le invocaras a Marbas?

—Nada —contestó Magnus, y en ese momento no veía nada de lo que había allí, ni el río, ni a Will, sólo un montón de recuerdos: ojos, rostros, labios perdidos en la memoria, amores a los que ya no podía poner nombre—. Me hizo un favor. Uno que ni siquiera recuerda.

—Es muy guapo —observó el rubio—. Para ser humano.

—Está muy roto —replicó Magnus—. Como un bonito jarrón que alguien haya destrozado. Sólo la suerte y la habilidad podrán hacer que sea como era antes.

—No parece muy contento —observó Woolsey—. Lo que hayas hecho por él...

—En este momento está en estado de shock —explicó el brujo—. Durante cinco años ha creído algo, y ahora se ha dado cuenta de que todo este tiempo ha estado mirando el mundo a través de un cristal defectuoso, que todo lo que ha sacrificado en nombre de lo que creía correcto y noble ha sido un desperdicio, y que sólo ha conseguido herir lo que ama.

—¡Dios santo! —exclamó el hombre lobo—. ¿Estás seguro de que lo has ayudado?

Will atravesó la verja, y ésta se cerró a su espalda.

—Totalmente seguro —contestó Magnus—. Siempre es mejor vivir la verdad que vivir una mentira. Y esa mentira lo hubiera hecho estar solo para siempre. Durante cinco años quizá no haya tenido casi nada, sin embargo ahora lo puede tener todo. Y un chico con ese aspecto...

Woolsey soltó una risita.

—Aunque ya ha entregado su corazón —lo atajó Magnus—. Quizá sea lo mejor. Lo que necesita ahora es amar y que lo amen. No ha tenido una vida fácil para ser tan joven. Sólo espero que ella lo entienda.

Incluso a distancia, el mago pudo ver a Will respirar hondo, cuadrar los hombros y comenzar a caminar por el Walk. Y sabía que no se equivocaba al ver que su paso era cada vez más animado.

—No puedes salvar a todos los pájaros caídos —afirmó Woolsey, mientras se apoyaba en la pared y cruzaba los brazos—. Incluso a los apuestos.

—Con uno me conformo —repuso Magnus y, como ya no se veía a Will, dejó que la puerta se cerrara.

## HASTA MI MUERTE

Durante toda mi vida aprendí a amar  
 Ahora demuestro mi consumado arte  
 Y revelo mi pasión: ¿cielo o infierno?  
 ¡No quiere darme cielo! ¡Pues bueno!

ROBERT BROWNING, *One Way of Love*

—¡Señorita, señorita!

Tessa se fue despertando. Sophie la movía por el hombro. El sol entraba a raudales por las ventanas en lo alto. La doncella le sonreía con ojos animados.

—La señora Branwell me envía para llevarla a su dormitorio. No se puede quedar aquí eternamente.

—¡Uf! ¡No lo querría! —Tessa se incorporó, y luego cerró los ojos cuando una ola de mareo la recorrió—. Tendrás que ayudarme a levantarme, Sophie —dijo con voz de disculpa—. No estoy tan firme como debería.

—Claro, señorita. —La ayudó rápidamente a salir de la cama. A pesar de su delgadez era bastante fuerte. Tenía que serlo, ¿no?, pensó Tessa, después de años de cargar con ropa escalera arriba y abajo, y carbón desde la carbonera hasta las chimeneas. Hizo una mueca de dolor cuando tocó con los pies el frío suelo, y no pudo evitar mirar para ver si Will seguía en su cama de la enfermería.

No estaba.

—¿Está bien Will? —preguntó a Sophie mientras ésta la ayudaba a ponerse las zapatillas—. Me desperté un momento ayer y los vi sacándole trozos de metal de la espalda. Parecía horrible.

La sirvienta resopló.

—Parecía peor de lo que era. El señor Herondale casi ni los dejó ponerle un *iratze* ante de irse. Directo a la noche hacia el diablo sabe dónde.

—¿De verdad? Podría jurar que anoche hablé con él.

Ya se hallaban en el pasillo; Sophie ayudaba a Tessa poniéndole una mano en la espalda. Las imágenes iban tomando forma en la cabeza de la chica. Imágenes de Will bajo la luz de la luna, de sí misma diciéndole que no importaba, que sólo era un sueño... y lo había sido, o eso creía.

—Debe de haberlo soñado, señorita.

Habían llegado a la habitación de Tessa, y Sophie estaba distraída, tratando de girar el picaporte sin soltarla.

—Está bien, Sophie, puedo aguantarme sola.

Ésta protestó, pero Tessa insistió con tanta firmeza que la doncella pronto tuvo la puerta abierta y se dedicó a atizar el fuego mientras Tessa se sentaba en un sillón. Había una tetera y un plato con emparedados en la mesilla junto a la cama, y se sirvió, agradecida. Ya no estaba mareada, pero se sentía cansada, con un agotamiento que era más espiritual que físico. Recordó el amargo sabor de la tisana que había bebido, y cómo se había sentido al abrazarla Will, pero eso había sido un sueño. Se

preguntó qué más de lo que había visto la noche pasada sería también un sueño... Jem susurrándole desde los pies de la cama, Jessamine sollozando contra las mantas en la Ciudad Silenciosa...

—Lamento lo de su hermano, señorita. —Sophie estaba arrodillada junto al fuego, y el reflejo de las llamas jugaba sobre su hermoso rostro. Tenía la cabeza inclinada, y Tessa no podía verle la cicatriz.

—No tienes por qué decirlo, Sophie. Sé que fue culpa suya, la verdad, lo de Agatha y Thomas...

—Pero era su hermano. —La voz de la doncella era firme—. La sangre llora a la sangre. —Se inclinó aún más sobre el hogar, y había algo en la ternura de su voz, y en la manera en que se le rizaba el cabello, oscuro y vulnerable, en la nuca, que hizo hablar a Tessa.

—Sophie, te vi con Gideon el otro día.

Al instante, ésta se tensó por completo, sin volverse a mirarla.

—¿Qué quiere decir, señorita?

—Volví a buscar mi colgante —explicó—. Mi ángel mecánico. Y te vi en el pasillo con Gideon. — Tragó saliva—. Él te... apretaba la mano. Como un pretendiente.

Se hizo un largo silencio, mientras Sophie miraba el fuego.

—¿Va a decírselo a la señora Branwell?

Tessa se quedó parada.

—¿Qué? ¡Sophie, no! Sólo quería... advertirte...

—¿Advertirme de qué? —preguntó Sophie con voz neutra.

—Los Lightwood... —Tragó saliva—. No son gente muy amable. Cuando estuve en su casa... con Will... vi cosas terribles, terribles...

—¿Es el señor Lightwood, no sus hijos! —La brusquedad en la voz de la criada hizo que se encogiera—. ¡No son como él!

—¿Qué diferencia puede haber?

Sophie se puso en pie, y el atizador repiqueteó en el suelo al caer.

—¿Cree que soy tan tonta como para dejar que un caballero de tres al cuarto se burle de mí después de lo que he pasado? ¿Después de todo lo que la señora Branwell me ha enseñado? Gideon es un buen hombre...

—¿Es una cuestión de educación, Sophie! ¿Te lo imaginas yendo a Benedict Lightwood y diciéndole que quiere casarse con una mundana y, además una doncella?

Sophie arrugó el rostro.

—Usted no sabe nada —replicó—. No sabe lo que haría por nosotros...

—¿Te refieres al entrenamiento? —Tessa no podía creérselo—. Sophie, la verdad...

Pero ésta, sacudiendo la cabeza, se había cogido las faldas y salía de la habitación, dejando que la puerta se cerrara de golpe tras de sí.

Charlotte, apoyando los codos en el escritorio del salón, suspiró, hizo una bola con la decimocuarta hoja de papel y la tiró a la chimenea. El fuego se avivó durante un momento, y consumió el papel hasta dejarlo negro y deshecho en cenizas.

Volvió a coger la pluma, la hundió en el tintero y comenzó de nuevo.

Yo, Charlotte Mary Branwell, hija de nefilim, por la presente y en esta fecha, presento mi renuncia como directora del Instituto de Londres, en representación propia y de mi esposo, Henry Jocelyn Branwell...

—¿Charlotte?

La mano le tembló, y lanzó un borrón de tinta sobre la hoja, estropeando su concienzuda carta. Alzó la mirada y vio a Henry junto al escritorio, con una mirada preocupada en el pecoso rostro. Dejó la pluma. Pensó, como siempre le pasaba con su marido y en otras escasas ocasiones, en su aspecto físico: en que el cabello se le escapaba del moño, en que el vestido no era nuevo y tenía una mancha de tinta en la manga y en que tenía los ojos cansados e hinchados de llorar.

—¿Qué pasa, Henry?

Éste vaciló.

—Es sólo que he estado... Cariño, ¿qué estás escribiendo? —Pasó al otro lado del escritorio y echó una ojeada por encima del hombro de ella—. ¡Charlotte! —Agarró el papel del escritorio; aunque la tinta se había corrido por la hoja, pudo leer lo suficiente para captar la intención—. ¿Renunciar al Instituto? ¿Cómo puedes?

—Mejor renunciar que hacer que el cónsul Wayland tenga que obligarme —contestó Charlotte con clama.

—¿No querrás decir «obligarnos»? —Parecía herido—. ¿No debería yo tener algo que decir al menos en esta decisión?

—Nunca antes te has tomado ningún interés por la dirección del Instituto. ¿Por qué lo ibas a hacer ahora?

Su esposo la miró como si lo hubiera abofeteado, y Charlotte tuvo que contenerse para no levantarse, abrazarlo y besarle la pecosa nariz. Recordó cómo, cuando se había enamorado de él, había pensado que le recordaba a un cachorrillo adorable, con las manos demasiado grandes en relación con el resto del cuerpo, sus ojos color almendra, su voluntariosa actitud... Jamás había dudado de su agudeza e inteligencia, incluso cuando los demás se reían de sus excentricidades. Ella había pensado que sería suficiente estar cerca de él para siempre, y amarlo tanto si él la amaba como si no. Pero eso había sido antes.

—Charlotte —dijo él—. Sé por qué estás enfadada conmigo.

Ella alzó el rostro, sorprendida. ¿De verdad podría ser Henry tan perceptivo? A pesar de su conversación con el hermano Enoch, ella había pensado que nadie lo había notado. No había tenido ni tiempo de pensar en sí misma, y mucho menos en cómo reaccionaría su marido cuando lo supiera.

—¿Lo sabes?

—No estuve contigo en la reunión con Woolsey Scott.

El alivio y la decepción lucharon en el pecho de Charlotte por imponerse.

—Henry —suspiró—. Eso no es muy...

—No me di cuenta —continuó él—. A veces me quedo tan perdido en mis ideas... Siempre lo has sabido, Lottie.

Ella se sonrojó. Tan pocas veces la llamaba así...

—Cambiaría si pudiera —prosiguió—. De todas las personas de este mundo, creía que tú me entendías. Ya sabes... sabes que para mí no es sólo jugar. Sabes que quiero crear algo que haga que el mundo sea mejor, que haga las cosas más fáciles para los neofilms. Igual que lo haces tú, al dirigir el Instituto. Y aunque sé que para ti siempre estaré en segundo lugar...

—¿Segundo lugar? —La voz de Charlotte se elevó hasta ser un incrédulo graznido—. ¿Tú estás en segundo lugar para mí?

—Eso es, Lottie —respondió Henry con gran ternura—. Sabía, cuando aceptaste contraer



matrimonio conmigo, que era porque era imprescindible que estuvieras casada para dirigir el Instituto, que nadie aceptaría a una mujer soltera en el puesto de directora...

—Henry. —Se puso en pie, temblando—. ¿Cómo puedes decir esas cosas terribles de mí?

Éste parecía perplejo.

—Pensaba que simplemente era así...

—¿Crees que no sé por qué te casaste conmigo?! —gritó Charlotte—. ¿Crees que no sé lo del dinero que tu padre debía al mío, y que éste le prometió olvidarse de la deuda si lo hacías? Siempre había querido tener un hijo, alguien que dirigiera el Instituto después de él, y si no podía tenerlo, bueno, ¿por qué no pagar para casar a su hija imposible de casar, demasiado fea, demasiado obstinada, con un pobre chico que sólo estaba cumpliendo su obligación hacia su familia...?

—¡CHARLOTTE! —Henry se había puesto rojo como un tomate. Ella nunca lo había visto tan enfadado—. ¡¿DE QUÉ DIABLOS ESTÁS HABLANDO?!

Ella se aferró al escritorio.

—Lo sabes muy bien —respondió—. Fue por eso por lo que te casaste, ¿no es cierto?

—¡Nunca me has dicho una palabra de esto hasta hoy!

—¿Y para qué? No es algo que no supieras.

—Pues lo es, la verdad. —Henry soltaba rayos por los ojos—. No sé nada de que mi padre debiera dinero al tuyo. Fui a ver a tu padre de buena voluntad y le pedí si me haría el honor de permitirme pedirte matrimonio. ¡Nunca se habló de dinero!

Charlotte se quedó sin aliento. En todos los años que habían estado casados, nunca le había dicho ni una palabra sobre las circunstancias de su compromiso; nunca había habido ninguna razón, y nunca antes había querido oír detalles tartamudeados de lo que sabía que era cierto. ¿No se lo había dicho su padre cuando le había hablado de la petición de Henry? «Es un buen chico, mejor que su padre, y tú necesitas algún marido, si vas a dirigir el Instituto. Le he perdonado las deudas a su padre, así que el asunto está zanjado entre las familias».

Claro que su padre nunca había dicho, con las palabras exactas, que ésa fuera la razón por la que Henry le había pedido matrimonio. Ella había supuesto...

—No eres fea —le espetó Henry, con el rostro aún encendido—. Eres hermosa. Y no le pedí a tu padre si podía casarme contigo obligado por nadie o por nada; lo hice porque te amaba. Siempre te he amado. Soy tu esposo.

—No creía que quisieras serlo —susurró ella.

Henry estaba negando con la cabeza.

—Sé que la gente me llama excéntrico. Peculiar. Incluso loco. Todas esas cosas. Nunca me ha importado. Pero que tú pienses que tengo una voluntad tan débil... ¿Acaso no me amas?

—¡Claro que sí! —dijo Charlotte—. Eso nunca se ha cuestionado.

—¿No? ¿Crees que no oigo lo que dice la gente? Hablan de mí como si yo no estuviera presente, como si fuera una especie de retrasado. He oído a Benedict Lightwood decir tantas veces que sólo te habías casado conmigo para poder fingir que era un hombre el que dirigía el Instituto...

Le tocó el turno a Charlotte de enfadarse.

—¡Y tú me criticas por pensar que tenías poca voluntad! Henry, nunca me hubiera casado contigo por esa razón, en la vida. Perdería el Instituto al instante antes de perder...

Henry la miraba fijamente, con los ojos color almendra como platos, y el cabello rojo de punta, como si se hubiera pasado las manos por él tantas veces que corriera el peligro de arrancárselo a

trozos.

—¿Antes de perder qué...?

—Antes de perderte a ti —contestó ella—. ¿Acaso no lo sabes?

Y luego no dijo nada más, porque Henry la abrazó y la besó. La besó de tal manera que ella ya no se sintió fea, ni fue consciente de su cabello o de la mancha de tinta en la manga ni de nada que no fuera Henry, al que siempre había amado. Se le llenaron los ojos de lágrimas, que cayeron por sus mejillas, y cuando él se apartó, le tocó el húmedo rostro, inquisitivo.

—De verdad —dijo—. ¿Tú también me amas, Lottie?

—Claro que sí. No me casé contigo para tener alguien con quien dirigir el Instituto, Henry. Me casé contigo porque... porque creía que no me importaría lo difícil que pudiera ser dirigir este sitio, o lo mal que me tratara la Clave, si sabía que sería tu rostro lo que vería todas las noches antes de dormirme. — Le dio un suave golpecito en el hombro—. Llevamos años casados, Henry. ¿Qué creías que sentía por ti?

Él se encogió de hombros y la besó en la coronilla.

—Pensaba que me tenías cariño —respondió con aspereza—. Pensaba que tal vez llegaras a amarme, con el tiempo.

—Eso era lo que yo pensaba de ti —repuso ella—. ¿De verdad hemos sido ambos tan estúpidos?

—Bueno, no me sorprende por mí —reconoció Henry—. Pero, la verdad, Charlotte, tú deberías haberlo sabido.

Ella contuvo una carcajada.

—¡Henry! —Le apretó los brazos—. Hay algo más que tengo que decirte, algo importante...

La puerta del salón se abrió de golpe. Era Will. La pareja se apartó y lo miró. Parecía agotado, pálido y con grandes ojeras, pero había una claridad en su rostro que Charlotte no había visto nunca antes, una especie de brillo en su expresión. Se preparó para algún comentario sarcástico o una fría observación, pero en vez de eso les sonrió a ambos alegremente.

—Henry, Charlotte. No habéis visto a Tessa, ¿verdad?

—Seguramente está en su habitación —respondió Charlotte, asombrada—. Will, ¿pasa algo? ¿No deberías estar descansando? Después de las heridas que has sufrido...

El muchacho hizo un gesto quitándole importancia.

—Tus excelentes *iratzes* han funcionado de maravilla. No necesito descanso. Sólo quiero ver a Tessa y pedirte... —Se interrumpió, mirando la carta que Charlotte tenía sobre la mesa. Con unas cuantas zancadas de sus largas piernas, llegó hasta el escritorio, la cogió y la leyó con la misma expresión de consternación que Henry—. ¡Charlotte, no! No puedes renunciar al Instituto.

—La Clave te buscará otro sitio donde vivir —repuso ella—. O puedes quedarte aquí hasta que cumplas los dieciocho, aunque los Lightwood...

—No querría vivir aquí sin Henry ni tú. ¿Para qué iba a quedarme? —Sacudió la hoja de papel hasta que ésta crujió—. Si incluso echo de menos a Jessamine... Bueno, un poco. Y los Lightwood despedirán a nuestros criados y pondrán a los suyos. Charlotte, no puedes dejar que eso suceda. Éste es nuestro hogar. El hogar de Jem, el hogar de Sophie.

La mujer lo miró fijamente.

—¿Seguro que no tienes fiebre?

—Charlotte. —Will puso el papel otra vez sobre la mesa con una fuerza innecesaria—. Te prohíbo que dimitas como directora. ¿Lo entiendes? Durante todos estos años te has volcado conmigo como si

fuera de tu propia sangre, y nunca te he dado las gracias. Eso también va por ti, Henry. Pero estoy agradecido, y por eso no te permitiré cometer ese error.

—Will —repuso Charlotte—. Se ha acabado. Sólo nos quedan tres días para encontrar a Mortmain, y no podemos hacerlo. No contamos con tiempo suficiente.

—¡A Mortmain, que lo cuelguen! —exclamó Will—. Y lo digo literalmente, claro, pero también en sentido figurado. Las dos semanas de plazo para encontrar a Mortmain las decidió, en esencia, Benedict Lightwood como una ridícula prueba. Una prueba que, como se ha visto, era un timo. Él está trabajando para Mortmain. Dicha prueba ha sido su intento de arrancarte el Instituto. Pero si demostramos que Benedict es realmente un títere de Mortmain, el Instituto volverá a ser tuyo y podremos seguir buscando a Mortmain.

—Tenemos la palabra de Jessamine de que denunciar a Benedict es hacerle el juego a Mortmain...

—No podemos no hacer nada —repuso Will con firmeza—. El tema vale como mínimo una conversación, ¿no crees?

A Charlotte no se le ocurrió nada que decir. Ese Will no era el de antes. Era firme, directo, con la intensidad brillándole en los ojos. Y a juzgar por el silencio de Henry, él estaba igual de sorprendido. El chico asintió como si tomara su silencio por aceptación.

—¡Excelente! —gorjeó—. Le diré a Sophie que reúna a todos los demás.

Y salió corriendo del salón.

Charlotte miró a su esposo, y olvidó su intención de comunicarle las nuevas.

—¿Ése era Will? —preguntó finalmente.

Henry arqueó una ceja pelirroja.

—Quizá lo han raptado y lo han sustituido por un autómatas —sugirió—. Parece posible...

Por una vez, Charlotte no pudo menos que estar de acuerdo con él.

Abatida, Tessa se acabó los emparedados y el resto de té, maldiciendo su tendencia a inmiscuirse en los asuntos ajenos. Una vez acabó, se puso el vestido azul, lo cual le costó bastante sin la ayuda de Sophie.

«Mírate —se dijo—, echada a perder sólo después de unas semanas teniendo doncella. Ni siquiera puedes vestirme sola, no puedes dejar de meter las narices donde no te llaman. Pronto necesitarás que te den la comida en la boca o te morirás de hambre».

Se hizo una fea mueca a sí misma en el espejo y se sentó ante el tocador. Cogió el cepillo de plata y comenzó a pasárselo por la larga melena castaña.

Llamaron a la puerta.

«Sophie —pensó esperanzada—, en busca de una disculpa».

Bueno, pues se la daría. Dejó caer el cepillo y corrió a abrir la puerta.

Al igual que una vez había esperado a Jem y se había decepcionado al encontrarse a Sophie en el umbral, en ese momento, esperando a Sophie, se sorprendió de ver a Jem. Llevaba una chaqueta gris de lana y pantalones, en contraste con los cuales su cabello plateado parecía casi blanco.

—¡Jem! —dijo sorprendida—. ¿Va todo bien?

Con sus ojos grises, Jem le recorrió el rostro y la larga melena suelta.

—Parece como si estuvieras esperando a otra persona.

—A Sophie. —Suspiró, y se metió tras la oreja un mechón suelto—. Me temo que la he ofendido.

Mi costumbre de hablar sin pensar me la ha vuelto a jugar.

—¡Oh! —exclamó Jem, con una desgana muy poco habitual en él. Por lo general le habría preguntado qué era lo que le había dicho a la doncella, y luego la habría tranquilizado o la habría ayudado a pensar qué hacer para que ésta la perdonara. Su característico interés parecía extrañamente ausente, pensó Tessa alarmada; y también estaba muy pálido, y parecía estar mirando más allá de ella, como si quisiera comprobar si estaba sola—. ¿Es un...? Es decir, me gustaría hablar contigo en privado, Tessa. ¿Te sientes lo bastante bien?

—Eso depende de lo que tengas que decirme —respondió ella con una carcajada, pero cuando su risa no fue correspondida ni siquiera por una sonrisa, comenzó a sentirse inquieta—. Jem..., ¿me prometes que no pasa nada? Will...

—Esto no tiene nada que ver con Will —repuso él—. Will está vagando por ahí, y sin duda está perfectamente. Eso es sobre... Bueno, supongo que podría decir que es sobre mí. —Miró a ambos lados del pasillo—. ¿Puedo entrar?

Por un instante, Tessa reflexionó sobre lo que la tía Harriet diría de una chica que permitía entrar a un chico que no era de su familia en su dormitorio cuando no había nadie más. Pero, claro, la propia tía Harriet había estado enamorada una vez, se dijo. Lo suficientemente enamorada para dejar que su prometido hiciera... bueno, lo que fuera exactamente que hacía que una mujer se quedara embarazada. Tía Harriet, de haber vivido, no hubiera estado en la posición de decir nada. Además, la etiqueta era diferente entre los cazadores de sombras.

Abrió la puerta de par en par.

—Sí, pasa.

Jem entró en el dormitorio y cerró con firmeza a su espalda. Fue hasta la chimenea y apoyó un brazo sobre la repisa; luego pareció decidir que esa posición no le resultaba satisfactoria y se dirigió hacia donde se hallaba Tessa, en medio de la sala, y se detuvo ante ella.

—Tessa —dijo.

—Jem —contestó ella, imitando su tono serio, pero de nuevo él no sonrió—. Jem —repitió ella en voz más baja—. Si esto tiene que ver con tu salud, con tu... enfermedad, por favor, dímelo. Haré lo que sea para ayudarte.

—No tiene que ver con mi enfermedad —repuso él. Respiró hondo—. Ya sabes que no hemos hallado a Mortmain. En unos pocos días, el Instituto le será entregado a Benedict Lightwood. Sin duda, permitirá que Will y yo nos quedemos aquí, pero tú no, y no tengo ningún deseo de vivir en una casa dirigida por él. Y Will y Gabriel se matarán el uno al otro en un minuto. Sería el final de nuestro pequeño grupo; Charlotte y Henry encontrarán una casa, sin duda, y Will y yo quizá nos vayamos a Idris cuando cumplamos dieciocho años, y Jessie... supongo que eso depende de la sentencia que le imponga la Clave. Pero no podríamos llevarte a Idris con nosotros. No eres una cazadora de sombras.

A Tessa, el corazón comenzó a latirle muy de prisa. Se sentó, bastante de golpe, en el borde de la cama. Se sentía ligeramente mareada. Recordó la broma de mal gusto de Gabriel sobre los Lightwood encontrándole un «empleo»; después de haber estado en el baile en su casa, no podía imaginarse nada mucho peor.

—Ya veo —repuso ella—. Pero ¿adónde iré...? No, no me respondas a eso. No tienes ninguna responsabilidad para conmigo. Gracias por decírmelo, al menos.

—Tessa...

—Ya has sido tan amable como permite la decencia —continuó ella—, dado que permitirme vivir

aquí no os ha hecho ningún bien a ninguno de vosotros ante la Clave. Buscaré un lugar...

—Tu lugar está conmigo —la atajó Jem—. Siempre lo estará.

—¿Qué quieres decir?

Jem se sonrojó, y el color se vio muy oscuro sobre su blanca piel.

—Quiero decir —contestó él—, Tessa Gray, ¿me haría usted el honor de convertirse en mi esposa?

La muchacha se incorporó de golpe.

—¡Jem!

Se miraron durante un momento.

—Eso no ha sido un no —comentó él finalmente, decantándose por el humor, aunque se le quebraba la voz—, pero supongo que tampoco ha sido un sí.

—No puedes decirlo en serio.

—Lo digo en serio.

—No puedes... no soy una cazadora de sombras. Te expulsarían de la Clave...

Él se acercó más a ella, con una intensa mirada en los ojos.

—Quizá no seas exactamente una cazadora de sombras. Pero tampoco eres una mundana, y probablemente menos aún, una subterránea. Tu situación es única, así que no sé qué hará la Clave. Pero no pueden prohibirme algo que no está prohibido por la Ley. Tendrán que tomar en consideración tu..., nuestro... caso de forma individual, y eso puede llevar meses. Mientras tanto, no pueden impedir nuestro compromiso.

—Sí que lo dices en serio. —Tessa tenía la boca seca—. Jem, tanta amabilidad por tu parte es increíble. Dice mucho de ti. Pero no puedo permitir que te sacrifiques de esa forma por mí.

—¿Sacrificio? Tessa, te amo. Quiero casarme contigo.

—Eh..., Jem, es que eres tan amable, tan altruista... ¿Cómo puedo estar segura de que no lo haces sólo por mí?

Él metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó algo pulido y circular. Era un colgante de jade verde muy claro, con caracteres chinos grabados, que ella no podía leer. Se lo tendió con una mano que temblaba ligeramente.

—Te podría dar el anillo de mi familia —respondió—. Pero se supone que eso hay que devolverlo cuando acaba el noviazgo, a cambio de runas. Quiero darte algo que sea tuyo para siempre.

Ella negó con la cabeza.

—No podría...

Él la interrumpió.

—Mi padre le dio esto a mi madre cuando se casaron. Las palabras son del *I Ching*, el *Libro de las Mutaciones*. Dice: «Cuando dos personas son una en lo más profundo de su corazón, quiebran incluso la fuerza del hierro o el bronce».

—¿Y tú crees que lo somos? —preguntó Tessa, con un hilillo de voz por la impresión—. ¿Uno, quiero decir?

Jem se arrodilló a sus pies, de forma que tenía que alzar la vista para verle el rostro. Ella lo vio como había sido en Blackfriars Bridge, una encantadora sombra plateada contra la oscuridad.

—No puedo explicar el amor —confesó él—. No podría decirte si te amé desde el primer momento en que te vi, o si fue en el segundo, el tercero o el cuarto. Pero recuerdo la primera vez que te miré mientras caminabas hacia mí y me di cuenta de que el resto del mundo parecía desaparecer

cuando estaba contigo. Que eras el centro de todo lo que hacía, sentía y pensaba.

Abrumada, Tessa sacudió la cabeza lentamente.

—Jem, nunca me habría imaginado...

—Hay fuerza e intensidad en el amor —continuó él—. Eso es lo que significa la inscripción. También está en la ceremonia de boda de los cazadores de sombras. «Porque el amor es tan fuerte como la muerte». ¿No te has fijado en cómo me he sentido estas últimas semanas, Tessa? He estado menos enfermo, he tosido menos. Me siento más fuerte, necesito menos droga... gracias a ti. Porque mi amor por ti me da fuerza.

Tessa se lo quedó mirando. ¿Era eso posible, fuera de los cuentos de hadas? El rostro de Jem resplandecía de luz; era evidente que él lo creía, totalmente. Y sí que había estado mejor.

—Hablas de sacrificio, pero no es mi sacrificio el que te ofrezco. Es el tuyo el que pido —prosiguió—. Te puedo ofrecer mi vida, pero es una vida corta; te puedo ofrecer mi corazón, aunque no tengo ni idea de cuántos latidos más soportará. Pero te amo lo bastante para esperar que no te importe si soy egoísta al intentar hacer que el resto de mi vida, sea cual sea su duración, sea feliz al pasarlo contigo. Quiero casarme contigo, Tess. Lo quiero más de lo que nunca en mi vida he querido nada. —Él la miró a través de la cortina de cabello plateado que le caía sobre los ojos—. Es decir —añadió con timidez—, si tú también me amas.

Tessa miró a Jem, arrodillado frente a ella con el colgante en la mano, y entendió por fin lo que la gente quería decir con lo de que el corazón de alguien estaba en sus ojos, porque los ojos de Jem, sus luminosos y expresivos ojos, que siempre había encontrado tan hermosos, estaban cargados de amor y de esperanza.

¿Y por qué no iba a tener esperanza? Ella le había dado todas las razones para que creyera que lo amaba. Su amistad, su confianza, sus confidencias, su gratitud, incluso su pasión. Y si había alguna pequeña parte de ella que no había olvidado a Will, sin duda se debía a sí misma tanto como a Jem el hacer todo lo que estuviera en sus manos para eliminarla.

Muy lentamente, se agachó y le cogió el colgante a Jem. Se lo colgó del cuello por una cadena de oro, tan fría como el agua, y lo dejó caer en el hueco de la clavícula, sobre el punto en que estaba el ángel mecánico. Mientras retiraba las manos del cierre, vio la esperanza en los ojos de Jem iluminarse hasta casi ser una insoportable hoguera de felicidad incrédula. Se sintió como si alguien le hubiera metido la mano en el pecho y le hubiera abierto la caja que contenía el corazón, derramando ternura como una nueva sangre en sus venas. Nunca había sentido un impulso tan abrumador de proteger a otra persona, de abrazarla y acurrucarse contra ella, solos y lejos del resto del mundo.

—Entonces, sí —contestó—. Sí, me casaré contigo, James Carstairs. Sí.

—Oh, gracias, Dios mío —exhaló él—. Gracias, Dios mío. —Y hundió el rostro en el regazo de ella, rodeándole la cintura con los brazos. Ella se inclinó sobre él y le acarició los hombros, la espalda, la seda de su cabello... El corazón de Jem le latía contra las piernas. Alguna pequeña parte en su interior estaba totalmente asombrada. Nunca se había imaginado que tuviera el poder de hacer tan feliz a alguien. Y no era ningún poder mágico, sino uno puramente humano.

Llamaron; ambos se separaron de golpe. Tessa se apresuró a levantarse y fue hasta la puerta, donde se detuvo para alisarse el cabello y, esperaba, adoptar una expresión serena antes de abrir. Esta vez sí que era Sophie. Aunque su enfadado semblante mostraba que no había ido por propia voluntad.

—Charlotte los llama a todos al salón, señorita —informó—. El señorito Will ha regresado, y ella desea mantener una reunión. —Miró más allá de Tessa y su gesto se agrió aún más—. Usted también,

señorito Jem.

—Sophie —comenzó Tessa, pero ésta ya se había vuelto y se alejaba a toda prisa, con la cofia rebotándole. Tessa apretó la mano en el picaporte, mirándola alejarse. Sophie le había dicho que no le importaban los sentimientos de Jem hacia Tessa, y ella sabía que la razón era Gideon. De todas maneras...

Notó a Jem acercársele por la espalda y cogerla de las manos. Sus dedos eran delicados. Respiró hondo. ¿Era eso lo que significaba estar enamorada de alguien? ¿Que cualquier carga era una carga compartida, que se consolarían el uno al otro con una palabra o una caricia? Apoyó la cabeza en su hombro, y él le besó la sien.

—Se lo diremos primero a Charlotte, en cuanto tengamos ocasión —dispuso—, y luego a los otros. Una vez el destino del Instituto esté decidido...

—Lo dices como si no te importara en absoluto lo que pase con él —repuso Tessa—. ¿No lo echarás de menos? Este lugar ha sido tu hogar.

El nefilin le acarició suavemente la muñeca, haciéndola estremecerse.

—Tú eres ahora mi hogar.

## SI LA TRAICIÓN PROSPERA

La traición nunca prospera; ¿cuál será la razón?  
Porque, si prospera, nadie osa llamarla traición.

SIR JOHN HARRINGTON

Sophie estaba al cargo de un llameante fuego en la chimenea del salón, y la sala estaba caldeada, casi agobiante. Charlotte se hallaba sentada detrás del escritorio, Henry en una silla a su lado. Will estaba tirado en uno de los floreados sillones junto al hogar, con un servicio de té al lado y una taza en la mano. Cuando Tessa entró, se incorporó tan de repente que unas cuantas gotas de té le salpicaron la manga; dejó la taza en la mesa sin apartar los ojos de la recién llegada.

Parecía agotado, como si se hubiera pasado toda la noche andando. Aún llevaba puesto el abrigo, azul oscuro con forro de seda rojo, y las perneras de sus pantalones negros estaban salpicadas de barro. Tenía el cabello húmedo y enredado; el rostro, pálido; el mentón oscurecido por una sombra de barba. Pero en cuanto vio a la chica, los ojos le brillaron como dos faroles al entrar en contacto con la cerilla del farolero. Su rostro se iluminó, y la miró con tal inexplicable placer que Tessa, atónita, se detuvo de golpe, por lo que Jem chocó contra ella. Durante un momento, la muchacha no pudo apartar la mirada de Will; era como si él se la sujetara, y ella recordó de nuevo el sueño que había tenido la noche anterior, en el que Will la abrazaba y la consolaba en la enfermería. ¿Vería él ese recuerdo en su semblante? ¿Sería por eso por lo que no le quitaba los ojos de encima?

Jem miró por encima del hombro de su amada.

—Hola, Will. ¿Seguro que ha sido una buena idea pasarte la noche bajo la lluvia cuando todavía estás curándote?

Will despegó su mirada de Tessa.

—Estoy totalmente seguro —contestó con firmeza—. Tenía que caminar. Para aclararme las ideas.

—¿Y ahora tienes las ideas claras?

—Como el cristal —respondió Will, y volvió a mirar a Tessa, y volvió a pasar lo mismo. Sus miradas se encontraron y parecieron atarse, y ella tuvo que forzarse a ir a sentarse en el sofá junto al escritorio, donde no veía directamente a Will. Jem se sentó junto a ella, pero no le buscó la mano. La muchacha se preguntó qué pasaría si anunciaran en ese momento lo que acababa de ocurrir, si dijeran como si nada: «Nos vamos a casar».

Pero Jem tenía razón, no era el momento. Charlotte parecía, al igual que Will, haber pasado en vela toda la noche; su piel tenía un color amarillento poco saludable, y unas oscuras ojeras le enmarcaban los ojos. Henry estaba sentado a su lado frente al escritorio, con una protectora mano sobre la de ella, observándola con expresión preocupada.

—Entonces, ya estamos todos —comenzó la directora del Instituto en tono animado, y por un momento Tessa quiso remarcar que no estaban todos, que faltaba Jessamine. Permaneció en silencio—. Como seguramente sabéis, se acaba el período de dos semanas que nos había concedido el cónsul Wayland. No hemos descubierto dónde se encuentra Mortmain. Según Enoch, los Hermanos



Silenciosos han examinado el cuerpo de Nathaniel Gray y no han podido averiguar nada de él y, como está muerto, nosotros tampoco podemos hacerlo.

«Y como está muerto». Tessa pensó en Nate como lo recordaba, cuando era muy joven, persiguiendo libélulas en el parque. Se había caído al estanque, y la tía Harriet (su madre) y ella lo habían ayudado a salir tendiéndole la mano, a la que él se había aferrado con las suyas, resbaladizas de agua y plantas acuáticas. Tessa recordaba, asimismo, la mano de él escurriéndose de la suya en el almacén de té, llena de sangre. «No sabes todo lo que he hecho, Tessa».

—Sin duda podemos informar de todo lo que sabemos sobre Benedict a la Clave —estaba diciendo Charlotte cuando Tessa se obligó a prestar atención a la conversación—. Parecería lo más razonable.

Tragó saliva.

—¿Y lo que dijo Jessamine? ¿Que le estaríamos haciendo el juego a Mortmain al hacerlo?

—Pero no podemos no hacer nada —intervino Will—. No podemos quedarnos sentados y entregarle las llaves del Instituto a Benedict Lightwood y a su lamentable prole. Son Mortmain. Benedict es su títere. Debemos intentarlo. Por el Ángel, ¿acaso no tenemos suficientes pruebas? Suficientes para conseguir que lo juzguen por la Espada, al menos.

—Cuando probamos la Espada con Jessamine, descubrimos que tenía bloqueos puestos por Mortmain —observó Charlotte preocupada—. ¿Crees que Mortmain será tan tonto como para no tomar la misma precaución con Benedict? Quedaremos como estúpidos si la Espada no le puede sacar nada.

Will se pasó las manos por el oscuro cabello.

—Mortmain espera que acudamos a la Clave —comenzó—. Sería su primera suposición. También está acostumbrado a dejar a su suerte a los socios que ya no le sirven. De Quincey, por ejemplo. Lightwood tampoco es irremplazable para él, y lo sabe. —Tamborileó sobre las rodillas—. Creo que si acudiéramos a la Clave, sin duda conseguiríamos que Benedict no pudiera aspirar a dirigir el Instituto. Pero hay un segmento de la Clave que le sigue; a algunos los conocemos, pero a otros no. Es triste, pero no sabemos en quién podemos confiar más allá de nosotros. El Instituto está seguro con nosotros, y no podemos permitir que nos lo arrebaten. ¿Dónde más estaría Tessa a salvo?

Ésta parpadeó.

—¿Yo?

Will parecía haberse quedado parado, como sorprendido por lo que él mismo acababa de decir.

—Bueno, eres una parte integral de los planes de Mortmain. Siempre te ha querido a ti. Siempre te ha necesitado. No debemos dejar que te tenga. Es evidente que, en sus manos, serías una arma muy poderosa.

—Todo eso es cierto, Will, y claro que iré a ver al Cónsul —convino Charlotte—. Pero como una cazadora de sombras cualquiera, no como la directora del Instituto.

—Pero ¿por qué, Charlotte? —preguntó Jem—. Eres excelente en tu trabajo...

—¿Lo soy? —se interrogó Charlotte—. Por segunda vez no he notado que había un espía bajo mi propio techo; Will y Tessa se escaparon con facilidad de mi vigilancia para asistir a la fiesta de Benedict; nuestro plan para capturar a Nate, que nunca compartimos con el Cónsul, se complicó mucho, y nos ha dejado con un testigo, que podía haber sido de gran importancia, muerto...

—¡Lottie! —Henry puso una mano sobre el brazo de su esposa.

—No sirvo para dirigir este lugar —insistió ella—. Benedict tenía razón... Naturalmente, intentaré

convencer a la Clave de su culpabilidad. Otra persona dirigirá el Instituto, pero no seré yo tampoco...

Se oyó un repiqueteo metálico.

—¡Señora Branwell! —Era Sophie. Había dejado caer el atizador y le había dado la espalda al fuego—. No puede dimitir, señora. Usted... simplemente, no puede.

—Sophie —comenzó Charlotte en un tono muy amable—. Allí adonde vayamos después de esto, donde Henry y yo nos instalemos, te llevaremos...

—No es eso —repuso la doncella con un hilillo de voz. Recorría la sala con los ojos—. La señorita Jessamine... Era... Quiero decir, decía la verdad. Si acude a la Clave así, le estará haciendo el juego a Mortmain.

Charlotte la miró, perpleja.

—¿Qué te hace decir eso?

—No... no lo sé exactamente. —La sirvienta miró al suelo—. Pero sé que es verdad.

—¿Sophie? —El tono de Charlotte era casi de queja, y Tessa sabía lo que estaba pensando: «¿Tenemos otra espía, otra serpiente en el jardín?». También Will se inclinaba con ojos entrecerrados.

—Sophie no miente —aseveró Tessa de repente—. Lo sabe porque... porque oímos a Gideon y a Gabriel hablando en la sala de entrenamiento.

—¿Y sólo ahora decides mencionarlo? —Will arqueó las cejas.

—Cállate, Will —le soltó de repente, irrazonablemente furiosa con él—. Si tú...

—He estado paseando con él —interrumpió Sophie alzando la voz—. Con Gideon Lightwood. Lo he estado viendo en mis días libres. —Estaba pálida como un fantasma—. Me lo dijo él. Había oído a su padre riéndose de ello. Sabían que habían descubierto a Jessamine. Estaban esperando que ustedes acudieran a la Clave. Debería haber dicho algo, pero me parecía que, de todas formas, ustedes no querían acudir a ellos, así que...

—¿Paseando? —preguntó Henry, incrédulo—. ¿Con Gideon Lightwood?

Sophie mantuvo su atención centrada en Charlotte, que la miraba fijamente.

—Y también sé qué es lo que Mortmain tiene que el señor Lightwood quiere —continuó Sophie—. Gideon acaba de descubrirlo. Su padre no sabe que él lo sabe.

—Bueno, santo Dios, niña, no te quedes ahí —se quejó Henry, que parecía tan perplejo como su esposa—. Dínoslo.

—Viruela demoníaca —respondió la sirvienta—. El señor Lightwood la tiene, desde hace años, y lo matará en un par de meses si no consigue la cura. Y Mortmain dice que se la puede conseguir.

Estalló un gran alboroto en la sala. Charlotte corrió hacia Sophie; Henry la llamó; Will saltó de la silla y comenzó a danzar en círculo. Tessa se quedó donde estaba, anonadada, y Jem permaneció a su lado. Mientras tanto, Will parecía estar cantando una canción sobre que él había tenido razón en lo de la viruela demoníaca desde el principio.

*Viruela demoníaca, oh, viruela demoníaca,*

*¿Y cómo se coge ese estropicio?*

*Ir al lado malo de la ciudad*

*Hasta cansarse de verdad.*

*Viruela demoníaca, oh, viruela demoníaca,*

*La tuve desde el principio...*

*No la viruela, tontos, no*

*Sino como digo en esta canción  
Toda, toda la razón  
¡Y todos vosotros no!*

—¡WILL! —Charlotte gritó sobre el ruido—. ¡¿HAS PERDIDO EL JUICIO?! ¡PARA CON ESE ESCÁNDALO INFERNAL!

Jem, poniéndose en pie, le tapó la boca a Will con la mano.

—¿Prometes callarte? —siseó a su amigo al oído.

Will asintió, con los ojos brillantes. Tessa lo miraba sorprendida; todos lo estaban. Había visto a Will de muchas maneras: divertido, amargado, condescendiente, enfadado, lastimoso... pero nunca así. Su amigo lo soltó.

—Muy bien, entonces.

Will se dejó caer al suelo, con la espalda contra el sillón, y alzó los brazos.

—¡Ponga la viruela demoníaca en su hogar! —anunció, y bostezó.

—Oh, no, semanas de chistes sobre viruela —se quejó Jem—. ¡La que nos va a caer!

—No puede ser cierto —se asombró Charlotte—. Es sencillamente... ¿Viruela demoníaca?

—¿Y cómo sabemos que Gideon no ha mentado a Sophie? —preguntó Jem, con tono suave—. Lo siento, Sophie. Odio decirlo, pero los Lightwood no son de fiar.

—He visto la cara de Gideon cuando mira a Sophie —intervino Will—. Fue Tessa quien me dijo primero que a él le gustaba nuestra señorita Collins, y yo me lo pensé y me di cuenta de que era verdad. Y un hombre enamorado..., un hombre enamorado dirá cualquier cosa. Traicionará a cualquiera. —Estaba mirando a Tessa mientras hablaba. Ella le devolvía la mirada; no podía evitarlo. Sus ojos parecían atraídos hacia él. La forma en que la miraba, con esos ojos azules como trozos de cielo. Pero ¿qué demonios...?

Le debía la vida, se dio cuenta sorprendida. Quizá él había estado esperando que ella se lo agradeciera. Pero no había habido tiempo ni oportunidad. Decidió darle las gracias en cuanto pudiera.

—Además, Benedict tenía una mujer demonio en el regazo en la fiesta, y la besaba —continuó, apartando la mirada—. Tenía serpientes por ojos. Cada uno con sus gustos, me imagino. De todas formas, la única manera en que puedes contraer la viruela demoníaca es teniendo relaciones impropias con un demonio, así que...

—Nate me dijo que el señor Lightwood prefería a las mujeres demonio —recordó Tessa—. No creo que su esposa se enterara nunca de eso.

—Espera. —Era Jem quien, de repente, se había quedado muy quieto—. Will, ¿cuáles son los síntomas de la viruela demoníaca?

—Bastante desagradables —contestó Will, disfrutando—. Comienza con sarpullido en forma de escudo en la espalda, y se extiende por todo el cuerpo, formando grietas y fisuras en la piel...

Jem soltó un grito ahogado.

—Ahora regreso —dijo—, sólo un momento. Por el Ángel...

Y desapareció por la puerta, dejando a los otros mirándolo pasmados.

—No crees que él tenga viruela demoníaca, ¿verdad? —preguntó Henry a nadie en concreto.

«Espero que no, ya que acabamos de prometernos», tuvo el impulso de decir Tessa, sólo para ver qué cara ponían, pero se contuvo.

—Oh, cierra la boca, Henry —soltó Will, y parecía estar a punto de decir algo más, pero la puerta se abrió de golpe y Jem volvió a la sala, jadeando y sujetando un trozo de pergamino.

—Los Hermanos Silenciosos me dieron esto... cuando Tessa y yo fuimos a ver a Jessamine. —Lanzó a aquélla una mirada un poco culpable desde debajo del claro flequillo, y ella recordó que él había salido de la celda de Jessamine y había regresado al cabo de un momento, con aspecto preocupado—. Es el informe de la muerte de Barbara Lightwood. Después de que Charlotte nos dijera que su padre nunca entregó a Silas a la Clave, pensé en preguntar a los Hermanos Silenciosos cómo había muerto la señora Lightwood. Para ver si Benedict también mentía cuando dijo que había muerto de pena.

—¿Y mentía? —Tessa se inclinó hacia adelante, fascinada.

—Sí. Lo cierto es que se cortó las venas. Pero hay más. —Miró el papel que tenía entre las manos—. «Un sarpullido en forma de escudo, indicativo de las marcas características de astriola, sobre el hombro izquierdo» —leyó.

Se lo pasó a Will, que lo cogió y lo leyó, abriendo los ojos asombrado.

—¡Astriola! —soltó—. Eso es viruela demoníaca. ¡Tenías pruebas de que la viruela demoníaca existe y no me lo dijiste! *Et tu, Brute?* —Enrolló el papel y le dio a Jem en la cabeza con él.

—¡Ay! —El chico se frotó la cabeza, avergonzado—. ¡Esas palabras no significaban nada para mí! Supuse que era alguna enfermedad menor. No parece que haya sido eso lo que la mató. Se cortó las venas, pero si Benedict quería proteger a sus hijos, ocultándoles que su madre se había quitado la vida...

—Por el Ángel —exclamó Charlotte en voz baja—. No me extraña que se matara. Porque su marido le había pasado la viruela demoníaca. Y ella lo sabía. —Se volvió de golpe hacia Sophie, que soltó un pequeño grito—. ¿Sabe Gideon esto?

Sophie negó con la cabeza, con ojos como platos.

—No.

—Pero ¿no estarían los Hermanos Silenciosos obligados a informar a alguien de que habían descubierto esto? —preguntó Henry—. Parece, bueno, como mínimo, irresponsable.

—Claro que informarían a alguien. Se lo dirían a su esposo. Y sin duda lo hicieron, pero ¿y qué? Seguramente, Benedict ya lo sabía —aventuró Will—. No había necesidad de decírselo a los niños; el sarpullido aparece al principio de contraer la enfermedad, así que ya serían demasiado mayores para que ella se la hubiera pasado a ellos. Sin duda, los Hermanos Silenciosos se lo comunicaron a Benedict, y él dijo: «¡Horror!», y cubrió rápidamente todo el asunto. No se puede juzgar a los muertos por mantener relaciones impropias con demonios, así que quemaron el cuerpo, y ya está.

—¿Y cómo es que Benedict sigue vivo? —inquirió Tessa—. ¿No debería haberlo matado ya la enfermedad?

—Mortmain —contestó Sophie—. Todo este tiempo le ha estado dando drogas que hacen que la enfermedad progrese más despacio.

—¿La hace ir más despacio, pero no la para? —quiso saber Will.

—No, aún se está muriendo, y ahora más de prisa —respondió Sophie—. Por eso está tan desesperado, y hará lo que sea que quiera Mortmain.

—¡Viruela demoníaca! —susurró Will, y miró a Charlotte. A pesar de su evidente excitación, había una luz parpadeando tras sus ojos azules. Una luz de aguda inteligencia, como si fuera un jugador de ajedrez reflexionando sobre la siguiente jugada en busca de posibles ventajas y desventajas—.

Debemos ponernos en contacto con Benedict inmediatamente —propuso Will—. Charlotte debe apelar a su vanidad. Está demasiado seguro de conseguir el Instituto. Debe decirle que aunque la decisión oficial del Consejo no está programada hasta el domingo, se ha dado cuenta de que es él quien conseguirá el puesto, y que desea reunirse con él para hacer las paces antes de que eso ocurra.

—Benedict es obstinado... —comenzó Charlotte.

—No tanto como orgulloso —repuso Jem—. Benedict siempre ha querido controlar el Instituto, pero también quiere humillarte, Charlotte. Probar que una mujer no puede dirigir el Instituto. Está convencido de que el domingo el Cónsul decidirá arrebatarle el control del Instituto, pero eso no significa que deje pasar la oportunidad de verte cómo te humillas en privado.

—¿Con qué fin? —preguntó Henry—. Enviar a Charlotte ante Benedict, ¿qué nos proporciona, exactamente?

—Chantaje —contestó Will, con lo ojos ardiéndole de excitación—. Quizá Mortmain no esté a nuestro alcance, pero Benedict sí, y por ahora eso puede ser suficiente.

—¿Crees que cejará en su intención de hacerse con el Instituto? ¿Con eso no conseguiremos sólo que uno de sus seguidores tome su puesto? —inquirió Jem.

—No estamos tratando de librarnos de él. Queremos que dé su completo apoyo a Charlotte. Que retire su desafío y que la declare adecuada para dirigir el Instituto. Sus seguidores se quedarán sin nada; el Cónsul estará satisfecho. Nosotros seguimos con el Instituto. Y más que eso, podremos obligar a Benedict a que nos hable de Mortmain: dónde se halla, cuáles son sus secretos, todo.

—Pero estoy casi segura de que él le tiene más miedo que a nosotros —observó Tessa dudando—, y sin duda necesita lo que le da. De otra forma, morirá.

—Sí, morirá. Pero lo que ha hecho, el tener relaciones impropias con un demonio, contagiar a su esposa y causar su muerte, es como haber matado a otro cazador de sombras adrede. No sólo se puede considerar asesinato, sino también asesinato con medios demoníacos. Eso exigiría el peor de los castigos.

—¿Qué es peor que la muerte? —quiso saber Tessa, e inmediatamente lamentó haberlo preguntado, porque vio que Jem tensaba la boca imperceptiblemente.

—Los Hermanos Silenciosos le extraerán lo que lo convierte en nefilim. Será un Abandonado —respondió Will—. Sus hijos serán mundanos, y se les quitarán las marcas. El nombre de Lightwood se tachará de las listas de los cazadores de sombras. Será el final de los Lightwood entre los nefilim. No hay peor vergüenza. Es un castigo que hasta Benedict temerá.

—¿Y si no? —cuestionó Jem en voz baja.

—Entonces, supongo que tampoco habremos perdido nada —repuso Charlotte, cuya expresión se había ido endureciendo mientras Will hablaba; Sophie, estaba apoyada en la repisa de la chimenea, abatida, y Henry, con la mano sobre el hombro de su esposa, parecía más apagado que de costumbre—. Visitaremos a Benedict. No hay tiempo para enviar un aviso adecuado por delante; tendrá que ser algo así como una sorpresa. Bueno, ¿dónde están las tarjetas de visita?

Will se incorporó.

—¿Así que has decidido seguir mi plan?

—Ahora es mi plan —replicó Charlotte con firmeza—. Puedes acompañarme, Will, pero seguirás mis instrucciones, y no se hablará de viruela demoníaca hasta que yo lo diga.

—Pero..., pero... —farfulló el chico.

—Oh, déjalo —intervino Jem, dándole una patadita afectuosa a su amigo en el tobillo.

—¡Se ha apropiado de mi plan!

—Will —comenzó Tessa con firmeza—, ¿qué te importa más, que el plan se ponga en práctica o que se te reconozca la iniciativa?

Él la señaló con un dedo.

—Eso —contestó él—. Lo segundo.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—William, esto se hará como yo decida o no se hará.

Will respiró hondo y miró a Jem, que le sonrió; Will dejó escapar el aire de los pulmones con un suspiro de derrota.

—Muy bien, Charlotte. ¿Pretendes que vayamos todos?

—Tú y Tessa sin duda. Os necesitamos como testigos de la fiesta. Jem, Henry, no es necesario que vengáis, y hace falta que al menos uno de vosotros se quede para vigilar el Instituto.

—Cariño... —Henry le tocó el brazo a Charlotte con una mirada inquisitiva.

—¿Sí? —Su mujer lo miró sorprendida.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo?

Charlotte le sonrió, lo que transformó su rostro tenso y cansado.

—Muy segura, Henry; técnicamente, Jem no es adulto, y dejarlo solo aquí, y no quiero decir que no sea capaz, sólo añadirá leña al fuego de quejas de Benedict. Pero muchas gracias.

Tessa miró a Jem; éste le ofreció una sonrisa pesarosa, y tras las faldas de ella, le apretó la mano, un gesto que pasó desapercibido para el resto. Su contacto tranquilizó a Tessa, que se puso en pie, mientras Will también se alzaba. Charlotte cogió una pluma para escribir una nota para Benedict en el dorso de una tarjeta de visita, que Cyril le entregaría mientras ellos esperaban en el carruaje.

—Será mejor que vaya a buscar el abrigo y los guantes —susurró Tessa a Jem, y fue hacia la puerta. Will estaba justo detrás de ella y, un momento después, la puerta del salón se cerró tras ambos y se encontraron solos en el pasillo. Tessa estaba a punto de correr hacia su habitación cuando oyó los pasos de él detrás de ella.

—¡Tessa! —la llamó, y ella se volvió—. Tessa, tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? —replicó ella, sorprendida—. Me ha dado la impresión de que Charlotte quiere que nos apresuremos.

—¡A la porra las prisas! —exclamó el chico, acercándose a ella—. ¡A la porra Benedict Lightwood y el Instituto y todo este asunto! Quiero hablar contigo. —Le sonrió. Siempre había habido en él una temeraria energía, pero aquello era diferente; la diferencia entre la temeridad de la desesperación y el abandono de la felicidad. Pero ¡qué curioso momento para ser feliz!

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó ella—. Hablas de «viruela demoníaca» como cualquier otro diría «enorme herencia inesperada». ¿De verdad estás tan satisfecho?

—Vindicado, no feliz, y además, esto no tiene nada que ver con la viruela demoníaca. Esto es sobre tú y yo...

Se abrió la puerta del salón y apareció Henry, con su esposa justo detrás. Sabiendo que Jem sería el siguiente, Tessa se apartó de Will rápidamente, aunque nada indecoroso había pasado entre ellos.

«Excepto en tus pensamientos», le recordó una vocecita, que ella rápidamente acalló.

—Will, ahora no —dijo entre dientes—. Creo que sé lo que quieres decirme, y tienes toda la razón en querer decirlo, pero éste no es el momento ni el lugar. Créeme, estoy tan ansiosa por hablarlo como tú, porque me pesa en la conciencia...

—¿Ansiosa? ¿Te pesa? —Will parecía atontado, como si ella lo hubiera golpeado con una piedra.

—Bueno..., sí —repuso Tessa, mirando a ver si Jem iba hacia ellos—. Pero no ahora.

Will siguió su mirada, tragó saliva, y aceptó a regañadientes.

—Entonces ¿cuándo?

—Más tarde, después de ir a casa de los Lightwood. Reúnete conmigo en el salón.

—¿En el salón?

Ella lo miró ceñuda.

—La verdad, Will —protestó—. ¿Vas a repetir todo lo que digo?

Jem había llegado hasta ellos, y oyó la última frase; sonrió.

—Tessa, deja al pobre Will que recupere la cordura; se ha pasado toda la noche fuera y parece que casi ni recuerda su propio nombre. —Puso una mano sobre el brazo de su *parabatai*—. Vamos, Herondale. Parece que necesitas una runa de energía... o dos, o tres.

Will apartó los ojos de Tessa y dejó que Jem se lo llevara por el pasillo. Ella los observó, meneando la cabeza.

«Chicos», pensó. Nunca los entendería.

Tessa sólo había dado unos pasos en su habitación cuando se quedó parada de la sorpresa, contemplando lo que había sobre su cama: un elegante traje de paseo de seda india con rayas de color crema y gris, adornado con un delicado cordón trenzado y botones de plata. Unos guantes grises se hallaban al lado, de un estampado de hojas sobre un hilo de plata. A los pies de la cama había unas botas de botones de color hueso, y unas elegantes medias estampadas.

La puerta se abrió y entró Sophie, sujetando un sombrero gris pálido con adornos de frutos silvestres plateados. Estaba muy pálida, y tenía los ojos hinchados y rojos. Evitó la mirada de Tessa.

—Ropa nueva, señorita —dijo—. La tela era parte del ajuar de la señora Branwell, y bueno, hace unas semanas pensó en hacer un vestido para usted. Creo que pensó que usted debería tener ropa que no le haya comprado la señorita Jessamine. Pensó que se sentiría más... cómoda. Y lo han traído esta mañana. Le pedí a Bridget que lo preparara para usted.

Tessa notó lágrimas en los ojos, y se sentó rápidamente en el borde de la cama. Que Charlotte, con todo lo que estaba pasando, pensara en su comodidad hizo que tuviera ganas de llorar. Pero se contuvo, como siempre.

—Sophie —habló con voz temblorosa—. Debería..., no, quiero pedirte disculpas.

—¿Pedirme disculpas a mí? —preguntó la doncella en una voz neutra, mientras dejaba el sombrero sobre la mesa. Tessa lo miró. Charlotte llevaba siempre una ropa muy sencilla. Nunca hubiera pensado de la directora que tuviera inclinación por las cosas bonitas, o el gusto para elegir las.

—Me equivoqué por completo al hablarte de Gideon como lo hice —continuó—. Metí la nariz donde no debía, y tienes toda la razón, Sophie. No se puede juzgar a un hombre por los pecados de su familia. Y yo debería haberte dicho, que aunque vi a Gideon en el baile la otra noche, no parecía estar tomando parte de las diversiones; de hecho, no puedo ver dentro de su mente para saber lo que piensa, y no debería haberme comportado como si pudiera. No tengo más experiencia que tú, Sophie, y cuando se trata de caballeros, estoy claramente desinformada. Me disculpo por comportarme con superioridad, no lo volveré a hacer, si puedes perdonarme.

Sophie fue al armario y lo abrió para mostrarle un segundo vestido; éste era azul oscuro adornado

con un cordón trenzado de terciopelo dorado, y una falda a la polonesa con la abertura a la derecha, que dejaba ver pálidos volantes de tela de faya.

—¡Qué bonito! —exclamó Sophie con un tono un poco soñador, y lo rozó con la mano—. Ha sido... ha sido una disculpa muy bonita, señorita, y la perdono. La perdoné en el salón, sí, cuando mintió por mí. No apruebo las mentiras, pero sé que lo hacía por bondad.

—Lo que has hecho ha sido muy valiente —señaló Tessa—. Decirle la verdad a Charlotte. Sé que temías que se enfadara.

La sirvienta sonrió tristemente.

—No está enfadada. Está decepcionada. Lo sé. Me ha dicho que ahora no podía hablar conmigo, pero que lo haría más tarde, y lo he visto en su cara. En cierto modo, es peor.

—Oh, Sophie. Pero ¡si se decepciona con Will a todas horas!

—Bueno, ¿y quién no?

—No me refería a eso. Me refiero a que te aprecia, como si fueras Will o Jem, o bueno, ya sabes. Incluso si está decepcionada, no debes temer que te vaya a echar. No lo hará. Cree que eres maravillosa, y yo también lo creo.

—¡Señorita Tessa! —protestó Sophie, abriendo mucho los ojos.

—Bueno, es la verdad —repuso Tessa, rebelde—. Eres valiente, generosa y encantadora. Como Charlotte...

A Sophie se le saltaron las lágrimas. Se las enjugó rápidamente con la punta del delantal.

—Vale, ya basta de eso —la cortó con prisas, aún parpadeando—. Debemos vestirla y prepararla, porque Cyril ya viene con el carruaje, y ya sabe que a la señora Branwell no le gusta perder el tiempo.

Tessa se acercó obediente, y con la ayuda de la sirvienta se puso el vestido de rayas blancas y grises.

—Y tenga cuidado, eso es todo lo que tengo que decir —concluyó Sophie, mientras manejaba hábilmente el gancho de los botones—. El padre es una mala pieza, no lo olvide. Es muy duro con esos chicos.

«Esos chicos». Por la forma en que lo decía, parecía que Sophie también se compadecía de Gabriel, además de Gideon. Tessa se preguntó qué pensaría éste de su hermano pequeño, y de su hermana también. Pero no preguntó nada mientras Sophie le cepillaba y le rizaba el cabello, y le humedecía las sienes con agua de lavanda.

—Bueno, está encantadora, señorita —observó Sophie orgullosa cuando acabó, y Tessa tuvo que admitir que la muchacha había hecho muy bien eligiendo el corte y el color que mejor le sentaban. El gris, en efecto, le quedaba muy bien: los ojos se le veían más grandes y más azules; la cintura y los brazos, más esbeltos; el busto, más lleno—. Una última cosa...

—¿Qué es, Sophie?

—El señorito Jem —contestó, y Tessa se sorprendió—. Por favor, haga lo que haga, señorita... — Le miró a la cadena con el colgante de jade oculta por el vestido, y se mordió el labio—. No le rompa el corazón.



## LA AMARGA RAÍZ

Pero ahora, eres dos, seccionada  
carne de su carne, pero corazón de mi corazón;  
y enterrado en uno está la amarga raíz,  
y dulce es para uno la flor que no marchita.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, *El triunfo del tiempo*

Tessa se estaba poniendo los guantes de terciopelo mientras cruzaba la puerta principal del Instituto. Un viento cortante ascendía desde el río y hacía volar las hojas por el patio. El cielo se había puesto plomizo y tormentoso. Will se hallaba al pie de la escalera, con las manos en los bolsillos, mirando hacia la aguja de la iglesia.

Iba sin sombrero, y el viento le alzaba el negro cabello y se lo apartaba del rostro. No parecía ver a Tessa y, por un momento, ésta se quedó mirándolo. Sabía que no era correcto; Jem era suyo, y ella de él, y el resto de los hombres igual podían no existir. Pero no conseguía evitar compararlos: Jem, con su rara combinación de delicadeza y fuerza, y Will, como una tormenta en el mar, azul y negro con brillantes destellos de furia, como el calor del rayo.

Se preguntó si llegaría un momento en que verlo no la afectaría, no le aceleraría el corazón, y si ese sentimiento disminuiría mientras se acostumbraba a la idea de su compromiso con Jem. Era tan reciente que todavía no le parecía real.

Algo sí había cambiado. Cuando miraba a Will, ya no sentía ningún dolor.

Entonces, Will la vio, y le sonrió entre el cabello que el viento le alborotaba ante el rostro. Se lo echó atrás con la mano.

—Vestido nuevo, ¿verdad? —preguntó él mientras Tessa bajaba la escalera—. No es uno de los de Jessamine.

Ella asintió, y esperó con resignación a que él dijera algo sarcástico, sobre ella, sobre Jessamine, sobre el vestido o sobre los tres.

—Te queda muy bien. Es curioso que el gris haga que los ojos se te vean azules, pero así es.

Tessa lo miró atónita, pero antes de que pudiera hacer algo aparte de abrir la boca para preguntarle si se encontraba bien, el carruaje torció traqueteando la esquina del Instituto, con Cyril a las riendas. Se detuvo ante los escalones, y la puerta se abrió. Charlotte estaba dentro, ataviada con un vestido de terciopelo de color vino y un sombrero con un ramito de flores secas de adorno. Parecía más nerviosa que nunca.

—Subid, daos prisa —les ordenó, sujetándose el sombrero mientras se inclinaba hacia afuera por la puerta—. Creo que va a llover.

Tessa se sorprendió al ver que Cyril los conducía no a la casa solariega de Chiswick sino a una elegante mansión en Pimlico, que al parecer era la residencia cotidiana de los Lightwood. Había

comenzado a llover, y sus prendas mojadas —guantes, sombreros y abrigos—, las cogió un lacayo con mala cara antes de acompañarlos a través de muchos pasillos relucientes hasta una gran biblioteca, donde un enérgico fuego ardía en una gran chimenea.

Detrás de un enorme escritorio de roble se hallaba sentado Benedict Lightwood, con su marcado perfil, acentuado por el juego de luces y sombras del interior de la estancia. Las cortinas estaban corridas sobre las ventanas, y las paredes, cubiertas con pesados volúmenes encuadernados en cuero oscuro, con letras doradas en el lomo. Estaba flanqueado por sus hijos: Gideon a la derecha, con el cabello rubio echado hacia adelante para ocultar su expresión, y los brazos cruzados sobre el amplio pecho; Gabriel a la izquierda, y sus ojos verdes estaban iluminados por una superioridad divertida, mientras mantenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Parecía como si estuviera a punto de ponerse a silbar.

—Charlotte —saludó Benedict—. Will. Señorita Gray. Siempre es un placer recibirlos. —Les hizo un gesto para que se sentaran en las sillas que había ante el escritorio. Gabriel le dedicó una sonrisa desagradable a Will mientras éste tomaba asiento. Will lo miró, con el rostro cuidadosamente neutro, y luego apartó la mirada.

«Sin ningún comentario sarcástico», pensó Tessa, perpleja. Sin ni siquiera una fría mirada. ¿Qué estaba pasando?

—Muchas gracias, Benedict. —Charlotte, menuda, con la columna muy recta, hablaba con perfecto aplomo—. Por recibirnos sin que te hayamos avisado.

—Naturalmente. —Sonrió—. Sabes que no puedes hacer nada para cambiar el resultado de esta situación. Yo no tengo nada que ver con lo que acuerde el Consejo. Es su decisión.

La mujer inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sin duda, Benedict. Pero eres tú el que hace que esto ocurra. Si no hubieras obligado al cónsul Wayland a mostrar públicamente su censura por mis actos, entonces no habría decisión.

El hombre se encogió de hombros.

—Ah, Charlotte. Recuerdo cuando eras Charlotte Fairchild. Eras una niña muy encantadora y, lo creas o no, sigo apreciándote. Lo que estoy haciendo es por el bien de la Clave y el Instituto. Una mujer no puede dirigirlo. No está en su naturaleza. Me lo agradecerás cuando estés en casa con Henry criando la próxima generación de cazadores de sombras, como deberías hacer. Puede que te hiera el orgullo, pero en tu corazón sabes que tengo razón.

El pecho de Charlotte subía y bajaba con rapidez.

—Si renuncias al Instituto antes de la decisión, ¿crees que sería un desastre? ¿Que yo dirija el Instituto?

—Bueno, nunca lo descubriremos, ¿no crees?

—Oh, no lo sé —contestó ella—. Creo que la mayoría de los miembros del Consejo preferirían a una mujer antes que a un disoluto depravado que confraterniza no sólo con subterráneos sino también con demonios.

Hubo un corto silencio. Benedict no movió ni un músculo. Gideon tampoco.

—Rumores e insinuaciones —dijo finalmente el padre, aunque había puñales en el tono aterciopelado de su voz.

—Verdad y observación —replicó ella—. Will y Tessa estuvieron en tu última fiesta, en Chiswick. Observaron mucho.

—Esa mujer demonio con la que estabas tumbado en el diván —comenzó Will—. ¿Dirías que era

una amiga o más bien una colega de negocios?

Los ojos de Benedict se endurecieron.

—Cachorro insolente...

—Oh, yo diría que era una amiga —continuó Tessa—. Normalmente, uno no deja que sus colegas de negocios le lamen la cara. Aunque podría equivocarme. ¿Qué se yo de esas cosas? Sólo soy una pobre mujer.

Will esbozó una sonrisa torcida. Gabriel seguía mirando fijamente; Gideon tenía los ojos clavados en el suelo. Charlotte estaba perfectamente compuesta, con las manos sobre el regazo.

—Los tres sois bastantes estúpidos —replicó Benedict, haciendo un gesto de desprecio hacia ellos. Tessa vislumbró algo en su muñeca, una sombra, las vueltas de un brazalete de mujer, antes de que la manga volviera a cubrirla—. Es decir, si pensáis que el Consejo creará vuestras mentiras. Tú —echó una mirada despectiva a Tessa— eres una subterránea; tu palabra no vale nada. Y tú —lanzó un brazo hacia Will— eres un lunático que confraterniza con brujos. Y no ya con esta cría sino también con Magnus Bane. Y cuando me interroguen bajo la Espada Mortal y niegue vuestra declaración, ¿a quién pensáis que creerán, a vosotros o a mí?

Will intercambió una rápida mirada con Charlotte y Tessa. Había tenido razón al suponer que Benedict no temía a la Espada.

—Hay otra prueba, Benedict —anunció.

—¿Oh? —Lightwood curvó el labio en una mueca de desdén—. ¿Y cuál es?

—La prueba de tu propia sangre envenenada —contestó Charlotte—. Hace un instante, cuando nos has hecho un gesto, te lo he visto en la muñeca. ¿Hasta dónde se ha extendido la corrupción? Comienza en el torso, ¿verdad?, y se extiende por las piernas y los brazos.

—¿De qué está hablando? —La voz de Gabriel era una mezcla de furia y terror—. ¿Padre?

—Viruela demoníaca —soltó Will con la satisfacción de los auténticos vindicados.

—¿Qué acusación más rastrera...! —comenzó Benedict.

—Entonces, refútala —replicó Charlotte—. Súbete la manga. Muéstranos el brazo.

El hombre torció la boca en un gesto de contrariedad. Tessa lo observó fascinada. No la aterrorizaba, como Mortmain había hecho, sino que la asqueaba, igual que cuando veía un gusano gordo arrastrándose por el jardín. Lo observó volverse hacia su hijo mayor.

—Tú —rugió—. Tú se lo has dicho. Me has traicionado.

—Sí —repuso Gideon, alzando la cabeza y estirando los brazos—. Y lo volvería a hacer.

—¿Gideon? —preguntó Gabriel, desconcertado—. ¿Padre? ¿De qué estáis hablando?

—Tu hermano nos ha traicionado, Gabriel. Les ha contado nuestros secretos a los Branwell. —Escupió las palabras como si fueran veneno—. Gideon Arthur Lightwood —continuó. Su rostro parecía envejecido; las arrugas junto a la boca, más marcadas, pero el tono seguía siendo el mismo—. Te sugiero que pienses con mucho cuidado lo que has hecho y lo que harás ahora.

—Ya he estado pensando —contestó el aludido con su voz tranquila y baja—. Desde que me hiciste regresar de España, he estado pensando. De niño supuse que todos los cazadores de sombras vivían como nosotros. Condenando a los demonios durante el día, y confraternizando con ellos bajo el manto de la noche. Ahora sé que eso no es cierto. No se trata de cómo hacemos las cosas, padre; se trata de cómo las haces tú. Has vertido la deshonra y la inmundicia sobre el nombre de Lightwood.

—No hace falta ponerse melodramático...

—¿Melodramático? —Había un terrible desprecio en el tono de Gideon, normalmente neutro—.

Padre, temo por el futuro del Enclave si pones las manos en el Instituto. Te lo digo ahora, testificaré contra ti en el Consejo. Sujetaré la Espada Mortal y diré al cónsul Wayland que creo que Charlotte es mil veces más capaz que tú de dirigir el Instituto. Revelaré lo que pasa aquí a todos los miembros del Consejo. Les diré que trabajas para Mortmain. Y les diré por qué.

—¡Gideon! —exclamó Gabriel, con la voz acerada, cortando a su hermano—. Sabes que la custodia del Instituto fue el deseo de nuestra madre en su lecho de muerte. Y es culpa de los Fairchild que ella muriera...

—Eso es una mentira —afirmó Charlotte—. Se quitó la vida, pero no por nada que hiciera mi padre. —Miró directamente a Benedict—. Sino por algo que tu padre hizo.

—¿Qué quieres decir? —Gabriel alzó la voz—. ¿Por qué dices algo así? Padre...

—Calla, Gabriel. —La voz de Benedict era dura y autoritaria, pero por primera vez había miedo en ella y en sus ojos—. Charlotte, ¿qué estás diciendo?

—Sabes muy bien lo que estoy diciendo, Benedict —lo acusó Charlotte—. La pregunta es si deseas que comparta lo que sé con la Clave. Y con tus hijos. Ya sabes lo que significaría para ellos.

Benedict se recostó en el asiento.

—Reconozco el chantaje cuando lo veo, Charlotte. ¿Qué quieres de mí?

Fue Will quien respondió, demasiado ansioso para contenerse por más tiempo.

—Retira tu demanda sobre el Instituto. Habla a favor de Charlotte delante del Consejo. Diles que crees que el Instituto debe seguir en sus manos. Eres un hombre muy bien hablado. Seguro que se te ocurre alguna cosa.

Benedict pasó la mirada de Will a Charlotte. Hizo una mueca de desprecio.

—¿Ésas son tus condiciones?

Ella contestó antes de que Will pudiera seguir hablando.

—No todas nuestras condiciones. Necesitamos saber cómo te has estado comunicando con Mortmain y dónde está.

Benedict soltó una risita.

—Me comunicaba con él por medio de Nathaniel Gray. Pero, como lo habéis matado, dudo que ahora sea una fuente de información muy efectiva.

La mujer parecía consternada.

—¿Quieres decir que nadie más sabe dónde está?

—Yo seguro que no —replicó Benedict—. Mortmain no es estúpido, por desgracia para ti. Deseaba que yo me hiciera con el Instituto para poder atacar desde el propio corazón. Pero ése era sólo uno de sus planes, un hilo de su telaraña. Lleva mucho tiempo esperando esto. Derrotará a la Clave. Y la tendrá a ella. —Posó los ojos sobre Tessa.

—¿Qué pretende hacer conmigo? —quiso saber ésta.

—No lo sé —respondió Benedict con una sonrisa astuta—. Lo que sé es que siempre preguntaba por tu estado. Tanto interés, tan enternecedor en un novio potencial.

—Dice que él me creó —añadió Tessa—. ¿Qué quiere decir exactamente con eso?

—No tengo ni la más remota idea. Os equivocáis si creéis que me ha hecho su confidente.

—Sí —repuso Will—, los dos no parecéis tener mucho en común, excepto la afición por las mujeres demonio y el mal.

—¡Will! —protestó Tessa.

—No me refería a ti —puntualizó Will, sorprendido—. Me refería al Club Pandemónium...

—Si habéis acabado con vuestro pequeño número... —dijo Benedict—. Quiero dejar algo muy claro a mi hijo. Gideon, entiende que si apoyas a Charlotte en esto, no volverás a ser bien recibido bajo mi techo. Por algo se dice que nunca se deben poner todos los huevos en la misma cesta.

Como respuesta, Gideon alzó las manos ante sí, casi como si fuera a rezar. Pero los cazadores de sombras no rezaban; e instantáneamente Tessa se dio cuenta de lo que estaba haciendo: se estaba quitando el anillo de plata del dedo. El anillo que era parecido al anillo de los Carstairs de Jem, sólo que éste tenía un dibujo de llamas alrededor del aro. El anillo de la familia Lightwood. Lo dejó en el borde del escritorio de su padre y se volvió hacia su hermano.

—Gabriel —le espetó—, ¿vendrás conmigo?

Los ojos verdes de éste estaban brillantes de furia.

—Sabes que no puedo.

—Sí, sí que puedes. —Gideon le tendió la mano.

Benedict los miró a ambos. Había palidecido ligeramente, como si de repente se hubiera dado cuenta de que no sólo podía perder a un hijo, sino a los dos. Se agarró al borde del escritorio, y los nudillos se le pusieron blancos. Tessa no pudo evitar mirar el trozo de muñeca que le quedó al descubierto al alzársele la manga. Era muy pálida, rodeada de estrías negras circulares. Había algo en ello que le resultaba nauseabundo, y se alzó del asiento. Will, a su lado, ya estaba en pie. Sólo Charlotte seguía sentada, tan compuesta e inexpresiva como siempre.

—Gabriel, por favor —rogó Gideon—. Ven conmigo.

—¿Y quién cuidará de padre? ¿Qué dirá la gente de nuestra familia si los dos lo abandonamos? —planteó Gabriel, con un tono de amargura y desesperación—. ¿Quién se encargará de las tierras, del asiento en el Consejo...?

—No lo sé —contestó Gideon—. Pero no hace falta que seas tú. La Ley...

—La familia antes que la Ley, Gideon —sentenció Gabriel con voz temblorosa. Por un momento, ambos hermanos se miraron a los ojos; luego el benjamín apartó la mirada, mordisqueándose el labio; fue a colocarse junto a su padre, y puso la mano en el respaldo de la silla de éste.

Benedict sonrió; al menos en eso, había triunfado. Charlotte se puso en pie, con la barbilla muy alta.

—Confío en verte mañana en la cámara del Consejo, Benedict. Confío en que sepas qué debes hacer —lo retó, y se marchó de la sala, con Gideon y Tessa tras ella.

Sólo Will se entretuvo un momento en el umbral, mirando a Gabriel, pero cuando éste le clavó la mirada, se encogió de hombros y salió tras los otros, cerrando la puerta al marchar.

Volvieron al Instituto en silencio, con la lluvia golpeando las ventanillas del carruaje. Charlotte trató varias veces de hablar con Gideon, pero él se mantuvo en silencio, mirando la empañada vista de las calles al pasar. Tessa no podía decir si el joven estaba enfadado, se arrepentía de sus acciones, o si sentía alivio. Se mostraba tan impasible como de costumbre, incluso mientras Charlotte le explicaba que siempre habría una habitación para él en el Instituto, y que no podía expresar su inmensa gratitud por lo que había hecho.

Al final, cuando ya traqueteaban por el Strand, Gideon habló:

—Estaba convencido de que Gabriel vendría conmigo. Una vez supiera lo de Mortmain...

—Aún no lo comprende —lo justificó Charlotte—. Dale tiempo.

—¿Cómo lo supiste? —Will miró a Gideon con mucha atención—. Nosotros acabamos de

descubrir lo que le pasó a tu madre. Y Sophie dijo que no tenías ni idea...

—Hice que Cyril entregara dos notas —explicó la directora—. Una para Benedict y otra para Gideon.

—Me la puso en la mano cuando mi padre no miraba —confirmó Gideon—. Tuve el tiempo justo de leerla antes de que entrarais.

—¿Y decidiste creernos? —preguntó Tessa—. ¿Tan de prisa?

El mayor de los Lightwood miró hacia el mojado cristal. Apretaba la mandíbula.

—La historia de mi padre sobre la muerte de mi madre nunca tuvo demasiado sentido para mí. Lo que ponía en la nota, sí.

Apretados en el carruaje, con Gideon sólo a unos centímetros de ella, Tessa sintió el extraño impulso de acercarse a él, de decirle que ella también había tenido un hermano al que había amado y había perdido por algo que era peor que la muerte, que lo entendía. Pudo ver por qué le gustaba a Sophie: la vulnerabilidad bajo su aspecto impasible, la firme honestidad bajo su bello semblante.

Sin embargo, no dijo nada, porque notó que no sería bien recibido. Mientras tanto, Will se hallaba sentado a su lado, como un resorte de energía acumulada. De vez en cuando, Tessa captaba un destello azul, cuando él la miraba; el borde de una sonrisa, de una sonrisa sorprendentemente dulce; algo similar al atolondramiento, que nunca había asociado con Will antes. Era como si estuviera compartiendo con ella un chiste privado, sólo que Tessa no estaba muy segura de cuál era. Aun así, notaba la tensión de él de una forma tan penetrante, que su propia calma, o lo que quedara de ella, se había evaporado totalmente para cuando llegaron al Instituto, y Cyril, empapado hasta los huesos y amable como siempre, fue a abrir las puertas del vehículo.

Ayudó primero a Charlotte y luego a Tessa, y en seguida Will estuvo a su lado, después de saltar desde el carruaje y esquivar un charco por los pelos. Miró al cielo y cogió a Tessa por el brazo.

—Ven conmigo —le susurró, y la dirigió hacia la puerta principal del Instituto.

Tessa miró hacia atrás, hacia donde Charlotte se hallaba, al pie de la escalera, después de haber logrado, al parecer, que Gideon le hablara. Gesticulaba animadamente con las manos.

—Deberíamos esperarlos, ¿no crees que...? —comenzó.

El chico negó firmemente con la cabeza.

—Charlotte no dejará de parlotear durante horas sobre qué habitación prefiere, lo agradecida que le está por su ayuda... y lo único que yo quiero hacer es hablar contigo.

Tessa lo miró mientras entraban en el Instituto. Will quería hablar con ella. Ya lo había dicho antes, era cierto, pero hablar tan directamente era raro en él.

Se le ocurrió una idea. ¿Le habría contado Jem que estaban prometidos? ¿Estaría enfadado, pensando que ella no era digna de su amigo? Pero ¿cuándo habría tenido Jem la oportunidad de contárselo? Quizá mientras ella se vestía, pero Will tampoco parecía contrariado.

—No puedo esperar para contarle a Jem cómo ha ido la reunión —comentó mientras subían la escalera—. Nunca se creará la escena; ¡que Gideon se haya vuelto así contra su padre! Una cosa es contarle secretos a Sophie, pero otra muy diferente es renunciar a toda tu relación con tu familia. Pero ha renunciado al anillo familiar.

—Es como dijiste —repuso Tessa, mientras ya enfilaban el pasillo. La mano enguantada de Will estaba sobre el brazo de ella—. Gideon está enamorado de Sophie. La gente hace cosas por amor.

Will la miró como si sus palabras lo hubieran impactado, luego sonrió, con la misma sonrisa enloquecedoramente dulce que le había regalado en el carruaje.

—Increíble, ¿verdad?

Tessa fue a contestar, pero habían llegado al salón. En el interior había mucha luz; las antorchas de luz mágica tenían mucha intensidad, y un fuego ardía en la chimenea. Las cortinas estaban abiertas, y permitían contemplar rectángulos de cielo plomizo. Tessa se quitó el sombrero y los guantes, y los estaba dejando sobre una mesita marroquí cuando vio que Will, que la había seguido dentro, estaba pasando el pestillo de la puerta.

Parpadeó sorprendida.

—Will, ¿por qué estás cerrando...?

No pudo acabar la frase. En dos zancadas, el muchacho cubrió el espacio que los separaba y la abrazó. Ella lanzó un grito ahogado de sorpresa cuando él la rodeó con los brazos y la obligó a retroceder hasta que casi chocó contra la pared, aplastando su polsón.

—Will —exclamó sorprendida, pero él la tenía atrapada contra la pared con su cuerpo, le recorría el torso con las manos, se las hundía en el húmedo cabello, con la boca ardiendo sobre la de ella. Tessa sintió que todo le daba vueltas y se ahogaba en ese beso; los labios de él eran suaves y su cuerpo firme contra el de ella; sabía a lluvia. Una oleada de calor le subió desde el estómago mientras él la besaba con intensidad, buscando una respuesta.

El rostro de Jem destelló ante los ojos cerrados de Tessa. Puso las manos planas sobre el pecho de Will y lo empujó tan fuerte como pudo. El aliento le salió en una violenta exhalación.

—No.

El chico dio un sorprendido paso atrás. Su voz, cuando habló, era grave y gutural.

—Pero ¿anoche? ¿En la enfermería? Me... me abrazaste...

«¿Lo hice?».

Anonadada, se dio cuenta de que lo que había tomado por un sueño no había sido tal. ¿O estaba mintiendo Will? Pero no. Era imposible que él supiera lo que ella había soñado.

—Eh... —Las palabras le salieron atropelladas—. Pensaba que estaba soñando...

La nublada mirada de deseo se estaba desvaneciendo rápidamente de los ojos de Will, reemplazada por otra de confusión y dolor.

—Pero incluso hoy —insistió él, casi tartamudeando—. Pensaba que... has dicho que estabas tan ansiosa de estar sola conmigo como yo...

—¡Me imaginaba que querías una disculpa! Me salvaste la vida en el almacén de té, y te estoy agradecida, Will. Pensaba que querías que te dijera que...

Él la miraba como si lo acabara de abofetear.

—¡No te salvé la vida para que me lo tuvieras que agradecer!

—Entonces ¿qué? —Tessa alzó la voz—. ¿Lo hiciste porque es tu obligación? Porque la Ley dice...

—¡Lo hice porque te amo! —casi gritó Will, y luego, al captar la mirada perpleja en el rostro de Tessa, confesó en una voz más calmada—. Te amo, Tessa, y te he amado casi desde el momento en que te conocí.

Ella entrelazó las manos. Las tenía frías como el hielo.

—Pensaba que no podías ser más cruel de lo que lo fuiste aquel día en el tejado. Me equivocaba. Esto es aún más cruel.

Will se quedó inmóvil. Luego comenzó a negar lentamente con la cabeza, de un lado a otro, como un paciente incrédulo frente al diagnóstico fatal del médico.

—¿No... no me crees?

—Claro que no te creo. Después de las cosas que has dicho, de la manera en la que me has tratado...

—Tenía que hacerlo —exclamó él—. No tenía elección. Tessa, escúchame. —La chica comenzó a ir hacia la puerta; él corrió a cortarle el paso, con los ojos ardiendo—. Por favor, escúchame.

Tessa vaciló. La forma en que había dicho «por favor», el tono de su voz, no era como el del tejado. En aquel momento, él había sido casi incapaz de mirarla. En éste, la miraba con desesperación, como si pudiera hacerla quedarse sólo por la pura fuerza de su deseo. La voz que le gritaba en su interior que él volvería a hacerle daño, que no sería sincero, fue perdiendo fuerza, cubierta por una traicionera voz cada vez más fuerte que le decía que se quedase. Que lo escuchase.

—Tessa. —Will se pasó las manos por el oscuro cabello; los estilizados dedos le temblaban de nerviosismo. Tessa recordó la sensación de tocar ese cabello, de tener los dedos hundidos en él, como seda áspera contra la piel—. Lo que voy a contarte no se lo he contado a nadie más excepto a Magnus, y eso sólo porque necesitaba su ayuda. No se lo he dicho ni siquiera a Jem. —Respiró hondo—. Cuando tenía doce años y vivía con mis padres en Gales, encontré una Pyxis en el despacho de mi padre.

Tessa no estaba muy segura de qué se había esperado que le dijera, pero seguro que no era aquello.

—¿Una Pyxis? Pero ¿por qué iba tu padre a guardar una Pyxis?

—¿Un recuerdo de sus días de cazador de sombras? ¿Quién puede saberlo? Pero ¿recuerdas que el *Códice* habla de maldiciones y de cómo se echan? Bueno, cuando abrí la caja, liberé a un demonio, Marbas, que me maldijo. Me juró que quien me amara estaría condenado a morir. Podía no haberle creído, yo no sabía mucho de magia, pero mi hermana mayor murió esa misma noche, de un modo horrible. Y pensé que era el inicio de la maldición. Huí de mi familia y vine aquí. Me parecía la única forma de mantenerlos a salvo, para no ocasionar una muerte tras otra. Al principio no me di cuenta de que estaba entrando en una segunda familia. Henry, Charlotte, incluso la maldita Jessamine... tenía que asegurarme de que nadie pudiera amarme. Porque de lo contrario, pensaba, los pondría en peligro. Durante años he mantenido a todo el mundo a distancia... a todos a los que no podía alejar definitivamente.

Tessa se lo quedó mirando. Las palabras le resonaron en el cabeza.

«Mantenido a todo el mundo a distancia... alejar definitivamente...»

Pensó en sus mentiras, en cómo se ocultaba, en la desagradable manera en que trataba a Charlotte y a Henry, en las crueldades que parecían forzadas, incluso en la historia de Tatiana, que lo había amado como amaban las niñas pequeñas, y cuyo cariño él había destrozado. Y luego estaba...

—Jem... —susurró Tessa.

Él la miró tristemente.

—Jem es diferente —susurró.

—Se está muriendo. ¿Dejaste que se acercara porque su muerte ya estaba próxima? ¿Pensaste que tu maldición no lo afectaría?

—Y con cada año que pasaba, y que él sobrevivía, eso parecía más probable. Pensé que podía aprender a vivir así. Pensé que cuando Jem faltara y después de cumplir dieciocho años, me iría a vivir solo, sin que nadie tuviera que aguantarme a mí o a mi maldición... y entonces, todo cambió. Por ti.

—¿Por mí? —preguntó Tessa con voz apagada y aturdida.



Will esbozó una levisima sonrisa.

—Cuando te conocí, pensé que eras diferente de todas las demás personas que había conocido. Me hiciste reír. Nadie excepto Jem me ha hecho reír desde hace, Dios, cinco años. Y tú lo hiciste como si nada, como respirar.

—Ni siquiera me conocías. Will...

—Pregúntaselo a Magnus. Te lo dirá. Después de aquella noche en el tejado, fui a verlo. Te había apartado de mí porque pensaba que habías comenzado a percibir lo que sentía por ti. Aquel día, en el Santuario, cuando creí que habías muerto, me di cuenta de que debías de habérmelo visto en la cara. Estaba aterrorizado. Tenía que conseguir que me odiaras, Tessa. Así que lo intenté. Y luego quería morir. Había pensado que podría soportar que me odiaras, pero no era capaz. Fui consciente de que te quedarías en el Instituto, y de que siempre que te viera sería como volver a estar en el tejado, haciendo que me despreciaras mientras me sentía como si estuviera tomando veneno. Fui a ver a Magnus y le exigí que me ayudara a encontrar el demonio que me había maldecido, para poder acabar con la maldición. Si lo lograba, pensé, podría intentarlo de nuevo. Tal vez fuera lento, doloroso y casi imposible, pero pensé que podría volver a hacer que me apreciaras si te podía decir la verdad. Que podría recuperar tu confianza, construir algo contigo, lentamente.

—¿Me..., me estás diciendo que ya no estás maldito? ¿Que se ha terminado?

—No tenía ninguna maldición, Tessa. El demonio me engañó. Nunca estuve maldito. Todos estos años, he sido un estúpido. Pero no tan estúpido como para no saber que lo primero que tenía que hacer en cuanto me enteré de la verdad era decirte lo que realmente siento. —Avanzó otro paso, y esa vez ella no retrocedió. Lo miraba, miraba la piel pálida, casi translúcida, bajo los ojos; miraba el cabello que se le rizaba en las sienes, en la nuca; miraba los ojos azules y la curva de los labios. Lo miraba como podría mirar un lugar querido que no sabía si volvería a ver, tratando de guardar en la memoria los detalles, grabárselos en los párpados para verlos cuando cerrara los ojos por la noche.

Oyó su propia voz como si le llegara de muy lejos.

—¿Por qué yo? —susurró—. ¿Por qué yo, Will?

Él vaciló.

—Después de que te trajéramos aquí, después de que Charlotte encontrara las cartas a tu hermano, las... las leí.

—Sé que lo hiciste —se oyó decir Tessa, con mucha calma—. Las encontré en tu habitación cuando estuve allí con Jem.

Will pareció sorprendido.

—No me dijiste nada.

—Al principio me enfadé —admitió ella—. Pero fue la noche que te encontramos en el antro de los ifrits. Me compadecí de ti, supongo. Me dije que había sido pura curiosidad, o que Charlotte te habría pedido que las leyeras.

—No lo hizo —contestó él—. Las saqué del fuego. Las leí todas. Cada una de las palabras que escribiste. Tú y yo, Tessa, nos parecemos. Vivimos y respiramos palabras. Fueron los libros los que me impidieron quitarme la vida después de que pensara que nunca podría amar a nadie, que nunca nadie me podría volver a amar. Fueron los libros los que me hicieron sentir que quizá no estaba completamente solo. Podían ser sinceros conmigo, y yo con ellos. Leer tus palabras, lo que escribiste, cómo a veces te sentías sola y asustada, pero siempre eras valiente; la manera en que veías el mundo, sus colores, texturas y ruidos, me hizo sentir... Me hizo saber lo que pensabas, esperabas, sentías,

soñabas. Sentí que estaba soñando, pensando y sintiendo contigo. Soñé lo que tú soñabas, quise lo que tú querías, y luego me di cuenta de que lo que realmente quería era a ti. A la chica que estaba tras esas cartas. Te amé desde el momento en que las leí. Aún te amo.

Tessa había comenzado a temblar. Eso era lo que siempre había querido que alguien le dijera. Lo que siempre había querido, en el rincón más oculto de su corazón, que le dijera Will. Will, el chico que amaba los mismos libros que ella, la misma poesía que ella, que la hacía reír incluso cuando estaba furiosa. Y ahí estaba, ante ella, diciéndole que amaba las palabras de su corazón, la forma de su alma. Diciéndole algo que nunca le volverían a decir, no de esa manera. Y no él.

Y no importaba.

—Es demasiado tarde —sentenció ella.

—No digas eso. —La voz de Will era casi un susurro—. Te amo, Tessa. Te amo.

Ella negó con la cabeza.

—Will... para.

Él respiró entrecortadamente.

—Sabía que te costaría confiar en mí —repuso—. Tessa, por favor, ¿es que no me crees o es que no te imaginas volviendo a amarme nunca?

—Will. Eso no importa...

—¡Nada importa más! —Su voz se fue haciendo más fuerte—. Sé que si me odias es porque te he obligado a hacerlo. Sé que no tienes ninguna razón para darme una segunda oportunidad, para que me veas de una forma diferente. Pero te ruego que me des esa oportunidad. Haré lo que sea. Cualquier cosa.

Se le quebró la voz, y ella oyó el eco de otra voz. Vio a Jem, mirándola, con todo el amor, la esperanza y la expectación del mundo concentrada en sus ojos.

—No —susurró ella—. Es imposible.

—No es cierto —repuso él, desesperado—. No puede serlo. No puedes odiarme tanto...

—No te odio en absoluto —reconoció ella, con gran tristeza—. Intenté odiarte, Will, pero no lo conseguí.

—Entonces, existe una posibilidad. —La esperanza renació en sus ojos.

Tessa pensó que no debería haberle hablado con ternura; oh, Dios, ¿habría alguna manera de hacer que fuera menos terrible? Tenía que decírselo. Ya. En seguida. Claramente.

—Tessa —continuó él antes de que ella hablara—. Si no me odias, entonces existe la posibilidad de que puedas...

—Jem se me ha declarado —soltó Tessa de golpe—. Y le he dicho que sí.

—¿Qué?

—He dicho que Jem se me ha declarado —repitió en un susurro—. Me ha preguntado si me casaría con él. Y le he dicho que sí.

Will se había puesto pálido de la impresión.

—Jem. ¿Mi Jem?

Ella asintió, sin encontrar palabras.

El chico se tambaleó y apoyó la mano en el respaldo de una silla para no caer. Parecía alguien al que de repente le hubieran pegado una brutal patada en el estómago.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Pero ya hace tiempo que nos hemos ido haciendo íntimos, mucho más íntimos.

—¿Tú... y Jem? —Will parecía como si le pidieran que creyera en algo imposible, como la nieve en verano o un Londres sin lluvia en invierno.

Como respuesta, Tessa tocó con la punta de los dedos el colgante de jade que Jem le había dado.

—Me ha dado esto —reveló, en una voz apagada—. Fue el regalo de bodas de su madre.

Will lo observó y se percató de los caracteres chinos, como si fuera una serpiente enrollada en el cuello de Tessa.

—Nunca me ha dicho nada. Nunca me ha dicho ni una palabra sobre ti. No de esa manera. —Se apartó el cabello del rostro, con el gesto característico que Tessa le había visto hacer miles de veces, sólo que, en esta ocasión, la mano le temblaba visiblemente—. ¿Lo amas?

—Sí, lo amo —respondió Tessa, y entonces vio que Will se encogía—. ¿Tú no?

—Pero él lo entendería —dijo Will como aturdido—. Si se lo explicara. Si se lo explicáramos..., lo entendería.

Por un momento, Tessa se imaginó quitándose el colgante, recorriendo el pasillo y llamando a la puerta de Jem. Devolviéndoselo. Diciéndole que había sido un error, que no podía casarse con él. Se lo contaría todo, le diría todo sobre Will y ella; que no estaba segura, que necesitaba tiempo, que no podía prometerle su corazón, que parte de ella pertenecía a Will y siempre le pertenecería.

Y luego pensó en las primeras palabras que había oído decir a Jem, con los ojos cerrados, de espaldas a ella, con el rostro bañado por la luz de la luna: «¿Will? ¿Will, eres tú?». Pensó en cómo la voz de Will, su rostro, se suavizaban por Jem como no lo hacía por nadie; la manera en que Jem había cogido a Will de la mano cuando éste sangraba; la forma en que Will había gritado «¡Jem!» en el almacén cuando el autómatas lo había lanzado al suelo.

«No los puedo separar —pensó—. No puedo ser responsable de algo así. No puedo decir la verdad a ninguno de los dos».

Se imaginó el rostro de Jem si se desdecía de su compromiso. Sería amable. Jem siempre era amable. Pero le estaría rompiendo algo precioso en su interior, algo esencial. Después ya no sería el mismo, y no tendría a Will para consolarlo. Y le quedaba tan poco tiempo...

¿Y Will? ¿Qué haría él entonces? Pensara lo que pensase en ese momento, Tessa sabía que si rompía su compromiso, incluso así, él no la tocaría, no estaría con ella por mucho que la amara. ¿Cómo podría mostrar su amor por ella delante de Jem, sabiendo que su felicidad era a costa del dolor de su mejor amigo? Incluso si Will se decía a sí mismo que podría, para él ella siempre sería la chica a la que Jem amaba, hasta el día en que Jem muriera. Hasta el día en que ella muriera. No traicionaría a Jem, ni siquiera después de muerto. Si hubiera sido otra persona, cualquier otra persona en todo el mundo... pero ella no amaba a ninguna otra persona en el mundo. Ésos eran los chicos a los que amaba. Para bien. Y para mal.

—¿Explicarle qué? —Puso la voz más fría que pudo. Y más calmada.

Will se la quedó mirando. Las estrellas brillaron en sus ojos en la escalera, mientras cerraba la puerta, cuando la besaba... una luz brillante y feliz. Pero estaba desapareciendo, desvaneciéndose como el último aliento de un moribundo. Tessa pensó en Nate, desangrándose en sus brazos. Aquella vez había sido impotente, incapaz de ayudarlo. Como lo era en esos instantes. Se sintió como si estuviera viendo la vida escapar de Will Herondale, y no podía hacer nada para detener esa hemorragia.

—Jem me perdonaría —aseguró Will, pero ya había impotencia en su rostro, en su voz. Se había rendido, pensó Tessa; Will que nunca se rendía antes de que la batalla empezase—. Jem...

—Lo haría —repuso ella—. Nunca ha podido estar enfadado contigo, Will; te quiere demasiado para eso. Ni siquiera creo que me guardara rencor. Pero esta mañana me ha dicho que antes de conocerme creía que moriría sin haber amado a nadie como su padre había amado a su madre, sin ser correspondido con un amor igual. ¿Quieres que llame a su puerta y le arrebate eso? ¿Me seguirías amando si lo hiciera?

Will la miró durante largo rato. Luego pareció desmoronarse por dentro, como un castillo de naipes; se sentó en el sillón, y puso el rostro entre las manos.

—¿Me prometes —le planteó— que lo amas? ¿Lo suficiente para casarte con él y hacerlo feliz?

—Sí —contestó Tessa.

—Entonces, si lo amas —continuó a media voz—, por favor, Tessa, no le digas lo que te acabo de decir. No le digas que te amo.

—¿Y la maldición? Él no sabe...

—Por favor, no le digas eso tampoco. Ni a Henry, ni a Charlotte... a nadie. Debo decírselo cuando yo quiera, a mi manera. Finge que no te he dicho nada. Si te importo aunque sea un poco, Tessa...

—No se lo diré a nadie. Te lo juro. Te lo prometo por mi ángel. El ángel de mi madre. Y, Will...

Él había bajado las manos, pero aún no parecía capaz de mirarla. Tenía aferrados los brazos del sillón, con los nudillos blancos.

—Creo que es mejor que te vayas, Tessa.

Pero ella no podía soportar hacerlo. No mientras él estuviera así, como si su alma estuviera agonizando. Lo que más deseaba Tessa era abrazarlo y besarle los ojos cerrados, hacerlo sonreír de nuevo.

—Lo que has soportado —dijo ella—, desde los doce años... habría matado a la mayoría de las personas. Siempre has creído que nadie te amaba, que nadie podía amarte, porque su supervivencia era la prueba de que no lo hacía. Pero Charlotte te ama. Y Henry. Y Jem. Y tu familia. Siempre te han amado, Will Herondale, porque no puedes ocultar la bondad que hay en ti, por mucho que lo intentes.

Will alzó la cabeza y la miró. Ella vio las llamas del fuego reflejadas en sus ojos azules.

—¿Y tú? ¿Me amas tú?

Tessa se clavó las uñas en la palma de la mano.

—Will.

Él la miró, casi a través de ella, ciegamente.

—¿Me amas?

—Yo... —Tessa respiró hondo. Dolía—. Jem ha tenido razón sobre ti todo este tiempo. Eras mejor de lo que yo creía, y por eso me disculpo. Porque si éste eres tú, eres así en realidad, y creo que sí, entonces no te costará encontrar a alguien que te ame, Will, alguien para quien seas el primero en su corazón. Pero yo...

Will emitió un sonido, entre una carcajada ahogada y un jadeo.

—El primero en su corazón —repitió él—. ¿Quieres creer que ésta no es la primera vez que me dices eso?

Ella movió la cabeza, desconcertada.

—Will, yo no...

—Tú nunca podrás quererme —le espetó él, y cuando ella no respondió, cuando vio que ella no decía nada, se estremeció; un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo. Luego se levantó del sillón sin mirarla. Cruzó la sala muy erguido, y buscó torpemente el pestillo. Ella lo observó con la mano

sobre la boca, mientras, después de lo que pareció una eternidad, dio con él, lo abrió y salió al pasillo, dando un portazo tras de sí.

«Will —pensó Tessa—. Will, ¿eres tú?».

Le dolían los ojos. De alguna manera se dio cuenta de que estaba sentada en el suelo delante de la chimenea. Miró las llamas, esperando las lágrimas. No pasó nada. Después de tanto tiempo conteniéndolas, al parecer habían perdido la capacidad de aflorar.

Cogió el atizador del gancho de la chimenea, clavó la punta en el corazón de los ardientes carbones y notó el calor en el rostro. El colgante de jade que pendía de su cuello se calentó, casi quemándole la piel.

Sacó el atizador del fuego. Brillaba tan rojo como un corazón. Aferró su candente punta con la mano.

Por un instante no sintió nada absolutamente. Y luego, como desde una gran distancia, se oyó gritar, y fue entonces cuando una llave giró en su corazón y liberó por fin un torrente de lágrimas. El atizador repicó sobre el suelo.

Cuando Sophie entró corriendo, al oír su grito, encontró a Tessa de rodillas junto al fuego, apretándose contra el pecho la mano quemada, sollozando como si se le fuera a partir el corazón.

Fue la doncella quien llevó a Tessa a su habitación, la doncella quien le puso el camisón y la metió en la cama, la doncella quien le lavó la mano quemada con un trapo frío y se la vendó tras aplicarle una pomada que oía a hierbas y especias, la misma pomada, le dijo a Tessa, que Charlotte le había puesto en la mejilla a Sophie cuando ésta había ido por primera vez al Instituto.

—¿Crees que me quedará cicatriz? —preguntó Tessa, más por curiosidad que porque le importara. La quemadura, y el llanto que había provocado, parecían haberle drenado todas las emociones. Se sentía tan ligera y vacía como una concha.

—Probablemente una pequeña, no como la mía —contestó Sophie con franqueza, mientras aseguraba el vendaje en la mano de Tessa—. Las quemaduras duelen más de lo que son, si me explico, y en seguida la he tratado con la pomada. Se pondrá bien.

—No, no me pondré bien —repuso Tessa mirándose la mano, y luego a la mundana, que estaba encantadora como siempre, tranquila y paciente en su uniforme negro y su cofia blanca, con los rizos recogidos alrededor del rostro—. Perdona de nuevo, Sophie —añadió Tessa—: Tenías razón en lo de Gideon, y yo me equivocaba. Debería haberte escuchado. Eres la última persona sobre la Tierra que haría el tonto por un hombre. La próxima vez que digas que se puede confiar en alguien, te creeré.

La sonrisa de la sirvienta fue como un destello, la sonrisa que hacía que hasta los desconocidos se olvidaran de la cicatriz.

—Entiendo por qué lo dijo usted.

—Debería haber confiado en ti...

—Y yo no debería haberme enfadado tanto —repuso Sophie—. Lo cierto es que yo tampoco estaba segura de qué haría él. No estaba segura, hasta que ha llegado en el carruaje con usted, de que al final se pondría a nuestro lado.

—Pero debe de ser agradable —continuó Tessa, jugueteando con las sábanas— que vaya a vivir aquí. Lo tendrás tan cerca...

—Será lo peor del mundo —la contradijo Sophie, y de repente tenía los ojos anegados de

lágrimas. Tessa se quedó helada, preguntándose qué habría dicho que fuera tan malo. Las lágrimas se le secaron en los ojos, sin caer, haciendo que el verde de sus iris reluciera—. Si vive aquí, me verá como soy de verdad. Una criada. —Se le quebró la voz—. Sabía que no debería haber ido a verlo cuando me lo pidió. La señora Branwell no es de las que castigan a sus sirvientas por tener admiradores y eso, pero sabía que estaba mal, porque él es él y yo soy yo, y no debemos estar juntos. —Se frotó los ojos con la mano, y entonces sí que las lágrimas surcaron sus mejillas, la lisa y la marcada—. Lo podría perder todo si me dejo llevar..., y él ¿qué puede perder? Nada.

—Gideon no es así.

—Es el hijo de su padre —replicó Sophie—. ¿Quién dice que eso no importa? No es que fuera a casarse con una mundana para empezar, pero verme preparándole el fuego, haciendo la colada...

—Si te ama, no le importará.

—A la gente siempre le importa todo eso. No es tan noble como usted cree.

Tessa recordó a Will con el rostro entre las manos, diciéndole: «Si lo amas, por favor, Tessa, no le digas lo que te acabo de decir».

—La nobleza se encuentra en los lugares más inesperados, Sophie. Además, ¿de verdad te gustaría ser una cazadora de sombras? ¿No preferirías...?

—Oh, claro que me gustaría —exclamó la muchacha—. Más que nada en este mundo. Siempre lo he querido.

—No lo sabía —reconoció Tessa, maravillándose.

—Solía pensar que me casaría con el señorito Jem... —Sophie subió la manta, y luego alzó la mirada y sonrió tristemente—. No le ha roto el corazón todavía, ¿verdad?

—No —contestó Tessa. «Sólo se me ha partido el mío en dos»—. No le he roto el corazón en absoluto.

## CARBONES DE FUEGO

Oh hermano, los dioses fueron buenos contigo.  
 Duerme, y alégrate mientras dura el mundo.  
 Satisfecho mientras los años van pasando.  
 Agradece la vida, y los amores y alicientes,  
 agradece la vida, oh, hermano, y la muerte.  
 El dulce último sonido de sus pies, de su aliento,  
 sus regalos, generosos y varios,  
 lágrimas y besos, esa dama tuya.  
 yacen los horrores de la sombra.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, *El triunfo del tiempo*

La música brotaba por debajo de la puerta de Jem, que estaba entornada. Will se quedó con la mano en el pomo y el hombro apoyado en la pared. Se sentía profundamente agotado, más cansado de lo que jamás hubiera estado en su vida. Una terrible energía ardiente lo había mantenido alerta desde que había salido de Cheyne Walk, pero ya se había disipado, agotada, y sólo quedaba una oscuridad exhausta.

Había esperado que Tessa lo fuera a buscar después de marcharse del salón dando un portazo, pero no lo había hecho. Aún podía verla, mirándolo, con esos ojos con el color de las nubes grises de tormenta.

«—Jem se me ha declarado. [...] Y le he dicho que sí.

»—¿Lo amas?

»—Sí, lo amo».

Y sin embargo, ahí estaba, ante la puerta de Jem. No sabía si había ido allí para tratar de convencer a su amigo de que dejara a Tessa, si algo así podía conseguirse, o, más probable, si había ido porque era allí adonde había aprendido a ir en busca de consuelo y no podía olvidar la costumbre de años. Abrió la puerta; la luz mágica iluminó el pasillo, y Will entró en la habitación de Jem.

Éste estaba sentado sobre el baúl a los pies de la cama, tocando el violín. Tenía los ojos cerrados mientras el arco pasaba por las cuerdas, pero esbozó una sonrisa cuando su *parabatai* entró en el cuarto.

—¿Will? ¿Eres tú, Will? —preguntó.

—Sí —contestó él. Se había parado justo al pasar la puerta, y sentía que no podía ir más allá.

Jem dejó de tocar y abrió los ojos.

—Teleman —dijo—. *Fantasia en Mi mayor*. —Dejó el violín y el arco—. Entra de una vez. Me pones nervioso quedándote ahí.

Will dio unos cuantos pasos más. Había pasado tantos ratos en esa habitación que la conocía tan bien como la suya. La colección de libros de música; la funda en la que guardaba el instrumento cuando no lo tocaba; las ventanas que dejaban pasar retazos cuadrados de luz del sol. El baúl con el que había viajado desde Shanghái. El bastón con su pomo de jade, apoyado contra la pared. La caja con Kwan

Yin en la tapa, que contenía las drogas. El sillón en el que Will se había pasado incontables noches, observando dormir a Jem, contando sus respiraciones y rogando porque no le pasara nada.

Jem lo miró. Sus ojos eran luminosos; ninguna sospecha los nublaba, sólo la sencilla felicidad de ver a su amigo.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también —repuso Will de mal humor. Se sentía incómodo, y se preguntó si Jem lo notaría. Nunca antes se había sentido incómodo cerca de su *parabatai*. Eran las palabras, pensó, que tenía en la punta de la lengua, presionando por ser dichas.

«Lo ves, ¿verdad, Jem? Sin Tessa no tengo nada, ni alegría, ni luz, ni vida. Si me amaras, la dejarías para que fuera mía. No puedes amarla como la amo yo. Nadie podría. Si de verdad eres mi hermano, harás esto por mí».

Pero las palabras no se pronunciaron, y Jem se inclinó hacia delante, con la voz baja y confidencial.

—Will, hay algo que quería decirte, pero en la intimidad.

Will se preparó. Ahí estaba. Jem iba a contarle lo del compromiso, y él iba a tener que fingir que se alegraba, y no vomitar por la ventana, que era lo que realmente quería hacer. Metió las manos en los bolsillos.

—¿Y qué es?

El sol destelló en el cabello de Jem cuando éste agachó la cabeza.

—Debería haber hablado contigo antes. Pero nunca hemos comentado el tema del amor, ¿verdad?, y como tú eres tan cínico... —Sonrió de medio lado—. Pensaba que te burlarías de mí. Además, nunca pensé que existiera ninguna posibilidad de que ella me correspondiera.

—Tessa —afirmó Will. Su nombre se convirtió en cuchillas en la boca.

La sonrisa de Jem era radiante, le iluminaba todo el rostro, y cualquier esperanza que Will hubiera albergado en algún compartimento secreto de su corazón de que quizá Jem no la amara de verdad, desapareció, arrastrada como una neblina por un fuerte viento.

—Nunca has rehuido tus obligaciones —dijo Jem—. Y sé que hubieras hecho todo lo posible para salvar a Tessa en el almacén de té, fuera quien fuese. Pero no pude evitar pensar que quizá la razón por la que te arriesgaste tanto para salvarla tal vez fuera porque sabías lo que significa para mí. —Echó la cabeza hacia atrás, con una sonrisa incandescente—. ¿Supuse bien o soy un idiota rematado?

—Eres un idiota —contestó Will, y tragó con fuerza con la garganta reseca—. Pero... no te equivocas. Sé lo que significa para ti.

Jem sonrió satisfecho. Tenía la felicidad escrita en toda la cara, en los ojos, se percató Will; nunca lo había visto así. Siempre había considerado a Jem como una presencia tranquila y pacífica; siempre había pensado que la felicidad, al igual que la furia, era una emoción humana demasiado intensa para él. En ese momento se dio cuenta de que había estado muy equivocado; era simplemente que Jem nunca antes había sido feliz. No desde que sus padres murieron, supuso Will. Pero éste nunca lo había pensado. Se había concentrado en si Jem estaba a salvo, en si sobrevivía, pero no en si era feliz.

«Jem es mi gran pecado».

Fue consciente de que Tessa tenía razón. Él había querido que rompiera con Jem, a cualquier coste; pero viéndolo, se daba cuenta de que no podía. «Al menos puedes creer que conozco el honor..., el honor y la deuda», le había dicho a Jem, de todo corazón. Le debía la vida a Jem. No podía arrebatárle lo que éste más quería. Incluso a costa de su propia felicidad, porque Jem no sólo era alguien con quien tenía una deuda que nunca podría pagar, sino, como decía el ritual, alguien a quien amaba más que a su



propia alma.

Jem no sólo parecía más feliz, sino también más fuerte, con un saludable color en las mejillas y la espalda recta.

—Debo pedirte disculpas —prosiguió Jem—. Fui demasiado severo con lo del antro de los ifrits. Sé que sólo estabas buscando consuelo.

—No, tenías razón al...

—No la tenía. —Jem se incorporó—. Si fui duro contigo, fue porque no puedo soportar ver que te tratas como si no valieras nada. Por mucho que actúes para fingir lo contrario, te veo como eres realmente: mi hermano de sangre. No sólo mejor de lo que finges ser, sino mejor de lo que mucha gente podría esperar ser. —Le puso una mano en el hombro, con cariño—. Tú lo vales todo, Will.

Will cerró los ojos. Vio el negro basalto de la sala del Consejo, los dos círculos ardiendo en el suelo. Jem pasando de su círculo al de Will, para habitar el mismo espacio, marcado por el fuego. Entonces, sus ojos todavía eran negros, muy grandes en su pálido rostro. Will recordó las palabras del juramento de *parabatai*: «A donde tú vayas, yo iré; donde tu mueras, yo moriré, y allí seré enterrado: que el Ángel me haga eso, y mucho más, si no es la muerte lo único que nos separa». La misma voz le hablaba en ese momento.

—Gracias por lo que hiciste por Tessa —decía Jem.

Will no pudo mirar a su amigo; en vez de ello, clavó la vista en la pared, donde sus sombras se fusionaban en relieve, de forma que no se podía decir dónde acababa uno y comenzaba el otro.

—Gracias a ti por observar al hermano Enoch sacándome esquilas de metal de la espalda —contestó Will.

Jem se echó a reír.

—¿Para qué si no son los *parabatai*?

La cámara del Consejo estaba cubierta de estandartes rojos cortados por runas negras; Jem susurró a Tessa que eran runas de decisión y juicio.

Se sentaron hacia el frente, en una fila que también ocupaban Henry, Gideon, Charlotte y Will. Tessa no había hablado con éste desde el día anterior; él no había acudido a desayunar, y sólo se había reunido con ellos en el patio, tarde, aún abrochándose el abrigo mientras corría escalera abajo. Tenía el cabello alborotado, y aspecto de no haber dormido. Parecía tratar de evitar mirar a Tessa, y ella, por su parte, evitaba mirarlo a él, aunque podía notar, de vez en cuando, algunas miradas furtivas, como cenizas calientes cayéndole sobre la piel.

Jem era el perfecto caballero; su compromiso seguía siendo un secreto y, aparte de sonreírle de vez en cuando, no se comportaba de ninguna manera especial. Mientras se sentaban, Tessa notó que él le rozaba el brazo con el dorso de la mano derecha, suavemente, antes de apartarla.

Sintió a Will observándolos, desde el extremo de la fila, donde se había sentado. Ella no lo miró.

En los asientos de la tarima elevada en el centro de la sala se hallaba Benedict Lightwood, con su perfil aquilino apartado de la masa del Consejo, y el mentón apretado. A su lado, estaba Gabriel, que, como Will, parecía exhausto y desaliñado. Miró a su hermano cuando Gideon entró en la sala, y luego apartó la mirada cuando éste se sentó, deliberadamente, entre los cazadores de sombras del Instituto. El pequeño de los Lightwood se mordió el labio y miró al suelo, pero no se movió.

Tessa reconoció unos cuantos rostros más entre los asistentes. La tía de Charlotte, Callida, estaba

allí, y también el demacrado Aloysius Starkweather, a pesar, como él se había quejado, de que sin duda no había sido invitado. Entornó los ojos al ver a Tessa, y ella volvió rápidamente la vista hacia el frente de la sala.

—Estamos aquí —comenzó a hablar el cónsul Wayland después de colocarse ante el atril, con el Inquisidor a su izquierda—, para determinar hasta qué punto Charlotte y Henry Branwell han ayudado a la Clave durante la pasada quincena en el asunto de Alex Mortmain, y si, como Benedict Lightwood ha indicado en su reclamación, el Instituto de Londres estaría mejor en otras manos.

El Inquisidor se puso en pie. Sujetaba algo que lanzaba destellos de plata y negro.

—Charlotte Branwell, por favor, acércate al atril.

La mujer se puso en pie y subió los escalones del estrado. El Inquisidor bajó la Espada Mortal, y ella rodeó la hoja con las manos. En una voz tranquila relató los acontecimientos de las dos últimas semanas: la búsqueda de Mortmain en recortes de periódicos y registros históricos, la visita a Yorkshire, la amenaza contra los Herondale, el descubrimiento de la traición de Jessamine, la lucha en el almacén, la muerte de Nate. No mintió en ningún momento, aunque Tessa se dio cuenta de que omitía algunos detalles aquí y allí. Al parecer, se podía burlar a la Espada Mortal, si bien sólo un poco.

Hubo varios momentos durante el discurso de Charlotte en que el Consejo reaccionó de forma audible: aspiraciones bruscas, remover de pies, sobre todo ante la revelación del papel de Jessamine en el asunto.

—Conocí a sus padres —oyó Tessa decir a Callida, la tía de Charlotte, en el fondo de la sala—. ¡Terrible suceso... terrible!

—¿Y dónde se halla la joven ahora? —preguntó el Inquisidor.

—En las celdas de la Ciudad Silenciosa —contestó Charlotte—, esperando el castigo por su crimen. Ya informé al Cónsul sobre su paradero.

El Inquisidor, que había estado yendo de un lado a otro de la plataforma, se detuvo y miró a Charlotte fijamente.

—Dices que esta joven era como una hija para ti —expuso—. Y, sin embargo, la entregaste a los hermanos voluntariamente. ¿Por qué harías algo así?

—La Ley es dura —repuso Charlotte—. Pero es la Ley.

El cónsul Wayland tuvo que contener una sonrisa.

—Y tú dices que Charlotte es blanda con los malhechores, Benedict —comentó—. ¿Algún comentario?

Benedict se puso en pie; era evidente que ese día había decidido alargarse los puños, y le sobresalían, blancos como la nieve, de las mangas de su chaqueta de *tweed* hecha a medida.

—Sí que tengo un comentario —dijo—. Apoyo totalmente a Charlotte Branwell en su posición de directora del Instituto, y renuncio a mi reclamación de esa posición.

Un murmullo de incredulidad corrió entre los asistentes.

Benedict sonrió amablemente.

El Inquisidor se volvió para mirarlo, incrédulo.

—Estás diciendo que a pesar de que esos cazadores de sombras mataron o fueron responsables de la muerte de Nathaniel Gray, nuestra única conexión con Mortmain; a pesar de que de nuevo albergaron a una espía bajo su techo; a pesar de que aún no sabes dónde se halla Mortmain, ¿recomiendas a Charlotte y a Henry Branwell para dirigir el Instituto?

—Quizá no sepan dónde se halla Mortmain —contestó Benedict—, pero saben quién es. Como el

gran estratega militar mundano, Sun Tzu, dijo en *El arte de la guerra*: «Si conoces a tus enemigos y te conoces a ti mismo, puedes ganar cientos de batallas sin una sola pérdida». Ahora sabemos quién es Mortmain en verdad: un hombre mortal, no un ser sobrenatural; un hombre que teme a la muerte; un hombre dedicado a la venganza por lo que considera el asesinato inmerecido de su familia. Tampoco tiene compasión por los subterráneos. Ha utilizado a los licántropos para construir su ejército de autómatas lo más rápido posible, dándoles drogas que los mantenían trabajando durante todo el día, y sabiendo que esas drogas matarían a los lobos y asegurarían su silencio. A juzgar por el tamaño del almacén y el número de trabajadores que ha empleado, su ejército mecánico será numeroso. Y a juzgar por su motivación y los años durante los cuales ha refinado sus estrategias para la venganza, es un hombre con el que no se puede razonar, al que no se puede disuadir, al que no se puede detener. Debemos prepararnos para la guerra. Y eso es algo que no sabíamos antes.

El Inquisidor miró a Benedict apretando los labios, como si sospechara que pasaba algo extraño, pero no pudiera imaginarse el qué.

—¿Prepararnos para la guerra? ¿Y cómo sugieres que lo hagamos... a partir, claro, de esa supuestamente valiosa información que los Branwell han conseguido?

Benedict se encogió de hombros.

—Bueno, eso, naturalmente, deberá decidirlo el Consejo a partir de aquí. Pero Mortmain ha tratado de reclutar a poderosos subterráneos, como Woolsey Scott y Camille Belcourt, para su causa. Quizá no sepamos dónde está, pero sabemos cómo actúa, y podemos atraparlo de esa manera. Quizá aliándonos con algunos de los líderes subterráneos más poderosos. Charlotte parece tenerlos a todos bien controlados, ¿no crees?

Una ligera risa se extendió por el Consejo, pero la causante de la misma no era Charlotte, sino Benedict; sonreían con él. Gabriel observaba a su padre, y los verdes ojos le ardían.

—¿Y la espía en el Instituto? ¿No considerarías eso un ejemplo de descuido? —preguntó el Inquisidor.

—En absoluto —respondió Benedict—. Charlotte se ha ocupado del asunto rápidamente y sin compasión. —Sonrió a la mujer, una sonrisa cortante como una navaja—. Me retracto de mi afirmación anterior sobre la excesiva clemencia. Es evidente que puede impartir justicia sin piedad, como cualquier hombre.

Charlotte palideció, pero no dijo nada. Sus pequeñas manos estaban muy inmóviles sobre la Espada.

El cónsul Wayland suspiró profundamente.

—Ojalá hubieras llegado a esa conclusión hace quince días, Benedict, y nos hubieras ahorrado todo este lío.

Éste se encogió de hombros con elegancia.

—Pensaba que necesitaba ser puesta a prueba —repuso—. Por fortuna, ha superado la prueba.

Wayland meneó la cabeza.

—Muy bien. Votemos. —Le entregó al Inquisidor lo que parecía un pequeño recipiente de cristal empañado. Éste se metió entre la gente y entregó el vial a una mujer sentada en la primera silla de la primera fila. Tessa observó fascinada cómo ésta inclinaba la cabeza, susurraba algo al vial y luego lo pasaba al hombre que tenía a la izquierda.

Mientras el vial recorría la sala, Tessa notó que Jem le ponía la mano entre las de ella. Pegó un bote, aunque sospechaba que sus voluminosas faldas les ocultaban las manos. Entrelazó los dedos con

los de él y cerró los ojos.

«Lo amo, lo amo, lo amo». Y sí, su contacto la hizo estremecer, aunque también hizo que le entraran ganas de llorar, de amor, de confusión, de desengaño, al recordar la expresión en el rostro de Will cuando le había dicho que Jem y ella estaban prometidos y había visto cómo la felicidad de éste se extinguía igual que un fuego apagado por la lluvia.

Jem sacó la mano de las de ella para coger el vial que le entregaba Gideon, sentado a su otro lado. Tessa lo oyó susurrar: «Charlotte Branwell», antes de pasarle el vial a Henry, por encima de ella. Tessa lo miró, y él debió de malinterpretar la tristeza en sus ojos, porque le sonrió para animarla.

—Todo irá bien —le dijo—. Van a elegir a Charlotte.

Cuando el vial concluyó su recorrido, se le devolvió al Inquisidor, quien se lo entregó con una floritura al Cónsul. Éste tomó el vial y, después de colocarlo en el atril que tenía delante, trazó una runa en el cristal con su estela.

El vial tembló, como una olla al hervir. De su interior comenzó a salir un humo blanco: los susurros recogidos a los cazadores de sombras. Fueron escribiendo una palabra en el aire:

#### CHARLOTTE BRANWELL

Charlotte separó las manos de la Espada Mortal, casi dejándose caer de alivio. Henry soltó una especie de grito de alegría y lanzó su sombrero al aire. La sala se llenó de conversaciones y alboroto. Tessa no pudo evitar mirar a Will. Éste estaba recostado en su asiento, con la cabeza asimismo reclinada y los ojos cerrados. Parecía pálido y agotado, como si esta última parte del asunto le hubiera consumido la poca energía que le quedaba.

Un grito cortó el alboroto. Tessa se puso en pie al instante y se volvió hacia atrás. Callida, la tía de Charlotte, estaba gritando con la elegante cabeza cana echada hacia atrás y señalando con el dedo hacia lo alto. Se oyeron gritos ahogados por toda la sala cuando los otros cazadores de sombras fueron siguiendo su mirada. El aire en lo alto estaba inundado por docenas de criaturas de metal negro, que zumbaban como enormes escarabajos de acero negro con alas de cobre e iban de un lado al otro en el aire, llenado la sala con el desagradable sonido de un retumbar metálico.

Uno de los escarabajos metálicos bajó en picado y se mantuvo frente a Tessa, a la altura de sus ojos, emitiendo unos chasquidos. Carecía de ojos, aunque tenía una placa circular de cristal en el frente plano de la cabeza. Tessa notó que Jem la cogía del brazo, tratando de apartarla, pero ella se soltó, impaciente; se quitó el sombrero de la cabeza y atrapó a la cosa entre él y el asiento de su silla. Al instante, un rabioso y agudo zumbido surgió de su interior.

—¡Henry! —llamó Tessa—. Henry, tengo una de esas cosas...

Éste apareció tras ella, con el rostro rosa, y miró el sombrero. Se estaba abriendo un agujerito en el costado del elegante terciopelo, donde la criatura metálica lo estaba rompiendo. Con una palabrota, Henry bajó el puño con fuerza, chafando el sombrero y el ser que tenía dentro, que zumbó una última vez y se quedó inmóvil.

Jem alzó el maltrecho sombrero con cuidado. Lo que quedaba bajo él era un amasijo de partes: una ala de metal, un chasis destrozado y muñones rotos de patas de cobre.

—¡Uf! —exclamó Tessa—. Es tan parecido a un bicho.

Miró hacia arriba cuando otro grito recorrió la sala. Las criaturas insecto se habían unido en un enjambre negro en el centro de la sala. Mientras Tessa las miraba boquiabierta, comenzaron a girar

cada vez más rápido y luego desaparecieron, como escarabajos negros absorbidos por un desagüe.

—Perdona por el sombrero —dijo Henry—. Te compraré otro.

—A la porra el sombrero —exclamó Tessa mientras los gritos del furioso Consejo resonaban por la sala. Miró hacia el centro de la estancia; el Cónsul estaba en pie con la Espada Mortal en la mano, y a su espalda estaba Benedict, con una expresión pétrea y los ojos como de hielo—. Es evidente que tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—Es una especie de cámara —dijo Henry, sujetando sobre el regazo los trozos del destrozado escarabajo de metal mientras el carruaje traqueteaba hacia su casa—. Sin Jessamine, Nate o Benedict, Mortmain debe de haberse quedado sin espías humanos de confianza que le puedan informar. Así que ha enviado estas cosas. —Toqueteó los restos del sombrero de Tessa.

—Benedict no parecía muy contento de ver esas cosas —comentó Will—. Deber de haberse dado cuenta de que Mortmain ya se ha enterado de su desertión.

—Era sólo cuestión de tiempo —repuso Charlotte—. Henry, ¿esas cosas pueden grabar sonido, como un fonógrafo, o sólo imágenes? Volaban tan rápido...

—No estoy seguro. —Su marido frunció el ceño—. Tendré que examinar las partes con más cuidado en la cripta. No hallo ningún mecanismo de obturación, pero eso no significa... —Miró a los rostros carentes de comprensión que lo observaban, y se encogió de hombros—. En cualquier caso, quizá no le vaya tan mal al Consejo echar un vistazo a las invenciones de Mortmain. Una cosa es oír hablar de ellas, y otra ver lo que está haciendo. ¿No te parece, Lottie?

Charlotte murmuró una respuesta, pero Tessa no la oyó. Estaba dándole vueltas a algo muy peculiar que había ocurrido justo después de salir ella de la cámara del Consejo y mientras esperaba el carruaje de los Branwell. Jem se había apartado de ella para hablar con Will, cuando el aleteo de una capa negra le había llamado la atención, y Aloysius Starkweather se había acercado a ella, con su feroz rostro entrecano.

—Señorita Gray —ladró él—. Esa criatura mecánica... la forma en que se acercó a usted...

Tessa había permanecido en silencio, mirándolo, esperando que la acusara de algo, aunque no podía imaginarse de qué.

—¿Usted se encuentra bien? —preguntó él, bruscamente al final, con su acento de Yorkshire de repente muy pronunciado—. ¿No le hizo daño?

Lentamente, Tessa había negado con la cabeza.

—No, señor Starkweather. Es usted muy amable por interesarse por mi bienestar, pero no.

Para entonces, Will y Jem ya se habían vuelto y estaban mirando. Como si supiera que estaba captando su atención, Starkweather había asentido una vez, con sequedad, y se había alejado, con su gastada capa aleteando tras él.

Tessa no sabía qué pensar al respecto. Mientras recordaba su breve estancia en la cabeza de Starkweather y lo atónito que éste se había quedado la primera vez que la había visto, el carruaje se detuvo con una sacudida frente al Instituto. Aliviados de poder abandonar ese pequeño espacio, los cazadores de sombras y Tessa salieron al patio.

Había un claro en la nube gris que cubría la ciudad, y una luz amarillo limón caía a través de él, haciendo brillar la escalera que daba a la puerta. Charlotte comenzó a ir hacia ella, pero Henry la detuvo, y la rodeó con el brazo que no sujetaba el malparado sombrero de Tessa. Ésta los observó con

el primer atisbo de felicidad que había sentido desde el día anterior. Había llegado a apreciar mucho a Charlotte y a Henry, se dio cuenta, y quería verlos felices.

—Lo que debemos recordar es que todo ha ido tan bien como podíamos esperar —comentó él, apretándola contra sí—. Estoy muy orgulloso de ti, cariño.

Tessa hubiera esperado un comentario sarcástico de Will, pero éste miraba hacia la verja. Gideon parecía avergonzado, y Jem, como si estuviera complacido.

Charlotte se apartó de su esposo; se sonrojó violentamente y se puso derecho el sombrero, pero era evidente que estaba encantada.

—¿De verdad, Henry?

—¡Absolutamente! No sólo mi esposa es hermosa, sino que es brillante, y ¡esa genialidad debe reconocerse!

—Aquí —dijo Will, aún mirando hacia la verja— es cuando Jessamine os hubiera dicho que pararais porque la estaríais poniendo enferma.

La sonrisa desapareció del rostro de Charlotte.

—Pobre Jessie...

Pero la expresión de su marido era mucho más dura de lo que era habitual en él.

—No debería haber hecho lo que hizo, Lottie. No es tu culpa. Sólo cabe esperar que el Consejo no sea muy duro con ella. —Carraspeó—. Y no hablemos más de Jessamine hoy, ¿de acuerdo? Esta noche es para celebrar. El Instituto sigue siendo nuestro.

Su mujer lo miró sonriendo de oreja a oreja, con tanto amor en los ojos que Tessa tuvo que apartar la mirada, y la posó en el Instituto. Parpadeó. En lo alto de la fachada de piedra, captó un leve movimiento y vio un rostro mirándolos. ¿Sophie, buscando a Gideon? No podía estar segura; el rostro había desaparecido al instante.

Esa noche, Tessa se vistió con especial cuidado, con uno de los vestidos nuevos que le había proporcionado Charlotte: el de satén azul con un canesú en forma de corazón y un escote redondeado sobre el que se sujetaba un petillo de encaje. Las mangas eran cortas y abombadas, y dejaban al descubierto sus largos brazos. Se recogió el cabello y se lo sujetó sobre la coronilla, un peinado entrelazado con pensamientos azul oscuro. No fue hasta que Sophie le hubo fijado las flores en el cabello cuando Tessa se dio cuenta de que eran del color de los ojos de Will, y de repente quiso arrancárselas, pero, naturalmente, no hizo nada parecido, sólo le agradeció a la doncella sus esfuerzos y la alabó de corazón por lo bien que la había peinado.

Sophie se fue antes que ella, para ir a ayudar a Bridget en la cocina. Tessa se sentó automáticamente ante el espejo para mordisquearse el labio y pellizcarse las mejillas. Necesitaba color, pensó. Estaba más pálida que de costumbre. El colgante de jade estaba oculto bajo el encaje, donde no se veía; la criada lo había mirado mientras Tessa se vestía, pero no había hecho ningún comentario. Cogió el colgante con el ángel mecánico y también se lo puso alrededor del cuello. Le llegaba debajo del otro colgante, justo bajo la clavícula, y la tranquilizó con su tictac. No había ninguna razón para no llevar los dos, ¿no?

Al salir al pasillo, Jem ya la estaba esperando. Los ojos se le iluminaron cuando la vio, y después de echar una mirada a un lado y otro del pasillo, la acercó a sí y la besó en la boca.

Ella se forzó a fundirse en el beso, a disolverse contra él como había hecho antes. Notaba la boca

de él suave sobre la suya y con un sabor dulce, y él le puso sobre la nuca una mano fuerte y tierna. Ella se aproximó más a él, deseando sentir el latido de su corazón.

Él se apartó, sin aliento.

—No pretendía hacer esto...

Ella sonrió.

—Pues yo creo que sí, James.

—No antes de verte —repuso él—. Sólo pretendía pedirte si podía acompañarte al comedor. Pero estás tan hermosa... —Le tocó el cabello—. Me temo que un exceso de pasión podría hacer que se te fueran cayendo los pétalos, igual que las hojas de los árboles en otoño.

—Bueno, sí puedes —dijo ella—. Acompañarme a la cena, quiero decir.

—Gracias. —Le acarició la mejilla con la yema de los dedos—. Pensaba que me despertaría esta mañana y que habría sido un sueño que tú me dijeras que sí. Pero no lo era, ¿verdad? —Le escrutó el rostro con la mirada.

Ella negó con la cabeza. Podía notar el sabor a lágrimas en la garganta, y se alegró de que los guantes de cabritilla ocultaran la quemadura que tenía en la mano izquierda.

—Lamento que hagas un negocio tan malo aceptándome, Tessa. Con los años, quiero decir. Atándote a un hombre moribundo a tus dieciséis años...

—Y tú sólo tienes diecisiete. Hay mucho tiempo para encontrar una cura —susurró ella—. Y la encontraremos. Estaré contigo. Para siempre.

—Eso sí me lo creo —repuso él—. Cuando dos almas se convierten en una, se quedan juntas en la Rueda. Nací para amarte, y te amaré en la próxima vida, y en la que vendrá después de ésta.

Tessa pensó en Magnus.

«Estamos atados a esta vida por una cadena de oro, y no nos atrevemos a cortarla por miedo a lo que haya después de la caída».

En ese momento entendió lo que él quería decir. La inmortalidad era un regalo, pero no uno que careciera de consecuencias.

«Porque si soy inmortal —pensó Tessa—, entonces, sólo tengo esto, esta única vida. No giraré y cambiaré como tú, James. No te veré en el cielo, o en las orillas del gran río, o en cualquier vida que haya después de ésta».

Pero no lo dijo. Le haría daño, y si había algo que sabía con toda seguridad era que en su interior vivía un feroz deseo irrazonable de protegerlo, de colocarse entre él y la decepción, entre él y el dolor, entre él y la muerte, y luchar contra todos ellos como Boadicea luchó contra los romanos. En vez de hablar, ella le acarició la mejilla, y él le puso el rostro sobre el cabello, su cabello lleno de flores del color de los ojos de Will, y se quedaron así, juntos, hasta que la campana de la cena sonó por segunda vez.

Bridget, a la que se podía oír cantando tristemente en la cocina, se había esmerado en el comedor, y lo había adornado con velas en candelabros de plata por todas partes, inundando la sala de luz. Rosas y orquídeas recién cortadas flotaban en cuencos de plata sobre el blanco mantel. Henry y Charlotte presidían la mesa. Gideon, en traje de etiqueta, estaba sentado con los ojos fijos en Sophie mientras ésta entraba y salía del comedor, aunque ella parecía estar evitando sus miradas. Y junto a él estaba Will.

«Amo a Jem. Voy a casarme con Jem», se había repetido Tessa todo el camino por el pasillo, pero no le sirvió de mucho; el corazón le dio un doloroso vuelco dentro del pecho cuando vio a Will. No lo había visto vestido de etiqueta desde la noche del baile, y, a pesar de estar pálido y con aspecto enfermizo, aún resultaba insultantemente apuesto.

—¿Vuestra cocinera siempre está cantando? —estaba preguntando Gideon en un tono de asombro cuando Jem y Tessa entraron en el comedor.

Henry alzó la mirada y, al verlos, les dedicó una gran sonrisa con su rostro simpático y pecoso.

—Empezábamos a preguntarnos dónde estaríais... —comenzó.

—Tessa y yo tenemos noticias —soltó Jem. Buscó la mano de la chica y se la cogió; ella se quedó helada mientras tres rostros curiosos se volvían hacia ellos, cuatro si se contaba a Sophie, que acababa de aparecer. Will siguió donde estaba, mirando al cuenco de plata que tenía delante; una rosa blanca flotaba en él, y Will parecía dispuesto a mirarla hasta que se hundiera. En la cocina, Bridget seguía cantando una de sus canciones terriblemente tristes; la letra se colaba por la puerta:

*«En una clara tarde salí a tomar el fresco  
Oí a una doncella gimiendo;  
Decía: «¿Has visto a mi padre? ¿O a mi madre?  
»¿O a mi hermano John?  
»¿O al muchacho que más amo,  
»De nombre Dulce William?».*

«La voy a matar», pensó Tessa. ¡Qué hiciera una canción sobre eso!

—Bueno, nos lo tendrás que decir ya —lo instó Charlotte, sonriendo—. No nos dejes en ascuas, Jem.

Jem alzó sus manos unidas.

—Tessa y yo estamos prometidos. Se lo he pedido, y ella... me ha aceptado.

Se hizo un silencio de sorpresa. Gideon parecía atónito; de una manera vaga, Tessa hasta sintió pena por él. Sophie se quedó mirándolos con una jarrita de crema en la mano, boquiabierta. Tanto Henry como Charlotte parecían haberse quedado sin habla. Nadie se había esperado eso, pensó Tessa; a pesar de lo que dijera Jessamine sobre que su madre era una cazadora de sombras, ella seguía siendo una subterránea, y los cazadores de sombras no se casaban con los subterráneos. Nunca había pensado en ese momento. De algún modo, había supuesto que se lo dirían a cada uno por separado, con cuidado, no que Jem lo soltaría en un acceso de euforia en medio del comedor.

«Oh, por favor, sonreíd —se dijo—. Por favor, felicitadnos. Por favor, no se lo estropeéis. Por favor».

La sonrisa de Jem sólo había comenzado a palidecer cuando Will se puso en pie. Tessa respiró hondo. Estaba muy guapo vestido de etiqueta, eso era cierto, pero siempre estaba guapo; sin embargo, en ese momento tenía algo diferente, una mayor profundidad en el azul de sus ojos, grietas en la perfecta y dura armadura que lo rodeaba, por las que pasaba una luz cegadora. Ése era un nuevo Will, un Will diferente, un Will del que ella sólo había captado retazos, un Will al que quizá Jem nunca había conocido en realidad. Y ella ya nunca lo conocería. Esa idea le atravesó el corazón con una tristeza semejante a la del recuerdo de alguien muerto.



Will alzó su copa de vino.

—No conozco dos personas mejores —habló—, y no se me ocurre una noticia mejor. Que vuestra vida juntos sea larga y feliz. —Buscó a Tessa con los ojos, luego los apartó de ella y los clavó en Jem—. Felicidades, hermano.

Un torrente de otras voces siguieron a su breve discurso. Sophie dejó la jarrita y fue a abrazar a Tessa; Henry y Gideon estrecharon la mano de Jem, y Will se quedó mirándolo todo, aún con la copa en la mano. Entre la algarabía de voces felices, sólo Charlotte permaneció en silencio, con la mano sobre el pecho. Tessa se acercó a ella, preocupada.

—Charlotte, ¿va todo bien?

—Sí —contestó ésta, y luego alzó más la voz—. Sí. Es que... yo también tengo noticias. Buenas noticias.

—Sí, cariño —saltó Henry—. ¡Hemos recuperado el Instituto! Pero eso ya lo sabe todo el mundo...

—No, no es eso. Henry. Tú... —La mujer menuda hizo un ruido como un hipido, medio risa, medio llanto—. Henry y yo vamos a tener un hijo. Un niño. Me lo ha dicho el hermano Enoch. No he querido decir nada antes, pero...

El resto de sus palabras quedaron sepultadas por el incrédulo grito de alegría de Henry. Levantó a su esposa de la silla y la abrazó.

—Cariño, eso es maravilloso, maravilloso...

Sophie soltó un gritito y aplaudió. Gideon parecía tan vergonzoso que se podía imaginar que podría morir allí mismo, y Will y Jem intercambiaron miradas divertidas. Tessa no pudo evitar sonreír. La alegría de Henry era contagiosa. Hizo rodar a Charlotte como ejecutando un vals por todo el comedor y de vuelta, antes de pararse de golpe, horrorizado pensando que esos giros podrían ser malos para el bebé, y la sentó en la silla más cercana.

—Henry, soy totalmente capaz de andar —replicó Charlotte, indignada—. Incluso de bailar.

—¡Cariño mío, estás indisputada! Deberás permanecer en cama durante los próximos ocho meses. El pequeño Buford...

—No voy a llamar Buford a nuestro niño. No me importa si era el nombre de tu padre, o de si es un nombre tradicional de Yorkshire... —replicó exasperada, pero unos golpes en la puerta la interrumpieron, y Cyril asomó su desgreñada cabeza.

El sirviente contempló la curiosa escena de alegría.

—Señor Branwell, hay alguien aquí que desea verlos a todos —dijo vacilante.

Henry parpadeó.

—¿Alguien quiere vernos? Pero es una cena privada. No he oído sonar la campana...

—No, es una nefilim —explicó Cyril—. Y dice que es muy importante. Que no puede esperar.

Henry y Charlotte intercambiaron miradas de perplejidad.

—Bueno, muy bien —dijo el hombre finalmente—. Que pase, pero dile que tendrá que ser rápida.

Cyril desapareció. Charlotte se puso en pie, se alisó el vestido y se atusó el alborotado cabello.

—¿Quizá tía Callida? —aventuró insegura—. No me puedo imaginar quién más...

La puerta se abrió de nuevo y entró Cyril, seguido de una niña de unos quince años. Llevaba una capa negra de viaje sobre un vestido verde. Incluso si Tessa no la hubiera visto antes, habría sabido al instante de quién se trataba, la habría reconocido por el cabello negro, los ojos azul violeta, la elegante curva del blanco cuello, los delicados ángulos de los rasgos, el gesto de la boca...

Oyó a Will exhalar con repentina violencia.

—Hola —saludó la chica, con una voz sorprendentemente dulce y sorprendentemente firme—. Les pido disculpas por interrumpirles la cena, pero no tenía adónde más ir. Soy Cecily Herondale, ya ven. He venido a recibir entrenamiento como cazadora de sombras.

## NOTA SOBRE EL LONDRES DE TESSA

Como en *Ángel mecánico*, el Londres de *Príncipe mecánico* es, tanto como he podido hacerlo, una mezcla de lo real y lo irreal, lo conocido y lo olvidado. (Por ejemplo, sí que hay una cámara Pyx en la Abadía de Westminster). He respetado la geografía del auténtico Londres victoriano tanto como he podido, pero a veces no me ha sido posible.

Para los que se preguntan por el Instituto: sí que existió una iglesia llamada All-Hallows-the-Less (Todos los Santos de Less) que ardió en el Gran Incendio de Londres de 1666; sin embargo, estaba situada en Upper Thames Street, no donde la he ubicado yo, justo saliendo de Fleet Street. Los que conozcan Londres reconocerán la localización del Instituto, y la forma de su capitel, como la de la famosa St. Bride's Church, querida por periodistas y reporteros, que no se menciona en *Cazadores de Sombras*, *Los orígenes*, ya que el Instituto ocupa su sitio. Los que se pregunten por el Instituto de York, éste está basado en Holy Trinity Goodramgate, una iglesia que aún se puede encontrar y visitar en York.

En cuanto a la casa de los Lightwood en Chiswick, durante los siglos XVI y XVII se creía que esta localidad se hallaba a suficiente distancia de Londres como para ser un sano refugio de la suciedad y la enfermedad que reinaba en la City, y muchas familias adineradas tenían una mansión allí. La de los Lightwood se basa muy ligeramente encima en la famosa Chiswick House. En cuanto al número 16 de Cheyne Walk, donde reside Woolsey Scott, en aquel tiempo estaba alquilado por Algernon Charles Swinburne, Dante Gabriel Rossetti y George Meredith. Eran miembros del movimiento estético, y les hubiera gustado el lema del anillo de Woolsey: «*L'art por l'art*», o «El arte por el arte».

En cuanto al fumadero de opio de Whitechapel, se han realizado numerosas investigaciones sobre ese tema, pero no existe ninguna prueba de que éste, tan elogiado por los fans de Sherlock Holmes y los amantes de lo gótico, haya existido nunca. Aquí lo he reemplazado por un antro de vicio demoníaco. Del mismo modo, nunca se ha probado que éstos existieran, pero, claro, tampoco se ha probado que no existieran.

Para los que se preguntan qué le dice Will a Tessa antes de entrar en la mansión de Chiswick, *Caelum denique* era el grito de guerra de los cruzados, y significa: «¡El cielo por fin!».

## AGRADECIMIENTOS

Como siempre, gracias a mi familia: a mi madre y a mi padre; Jim Hill y Kate Connor; Nao, Tim, David y Ben; Melanie, Jonathan y Hellen Lewis; Florence y Joyce. Gracias a los que han leído, comentado e indicado anacronismos o inconsistencias: Kelly Link, Clary, Delia Sherman, Holly Black, Sarah Rees Brennan, Justine Larbalestier, Robin Wasserman, Maureen Johnson. Gracias a Lisa Gold, experta investigadora ([lisagoldresearch.wordpress.com](http://lisagoldresearch.wordpress.com)) por su ayuda. Gracias a Joey Yeung y a Huan Yu por las traducciones al mandarín. Gracias a Wayne Miller por su ayuda con el griego y el latín. Mi gratitud para siempre a mi agente, Barry Goldblatt; a mi editora, Karen Wojtyla, y a los equipos de Simon & Schuster y Walker Books por hacer que sucediera. Y naturalmente, gracias a mi esposo, Josh, por evitar que Linus y Lucy se comieran el manuscrito.



CASSANDRA CLARE. Nació el 27 de julio de 1973 es una escritora iraní. Vivió en Suiza, Inglaterra y Francia. En sus años de instituto vivió en Los Ángeles y en Nueva York, donde trabajó en varias revistas de entretenimiento. Empezó a trabajar en su novela Ciudad de hueso en el año 2004, inspirada en un viaje urbano por Manhattan. La autora es mundialmente reconocida por ser la autora de la saga de libros *Cazadores de sombras*, de la cual también saldrá una película.

Antes de la publicación de Ciudad de huesos, Clare era conocida como escritora de *fanfiction* bajo el seudónimo de Cassandra Claire, muy parecido al que usa en la actualidad. Sus obras principales fueron *La trilogía de Draco*, que trata sobre una biografía del personaje ficticio de Draco Malfoy, perteneciente a la serie de libros *Harry Potter* y *El Diario muy secreto*, basada en la historia de *El señor de los anillos*. Claire fue considerada una gran fanática entre la comunidad de seguidores de *Harry Potter* y fue reconocida en varios periódicos, pero también ha sido acusada de plagio.